EL ADOLESCENTE



Fiódor Dostoyevski

LIBRO LIBERADO

FIÓDOR DOSTOYEVSKI

El adolescente



Libro Liberado · libroliberado.cl

El adolescente
Fiódor Dostoyevski
Traducción: de dominio público, según la edición de origen
Texto de dominio público. Libre para leer, copiar y compartir.
Edición digital: *Libro Liberado*, 2026.
libroliberado.cl

El adolecente primera parte capitulo primero

✦

Sin resistir más, empiezo (1) a escribir esta historia de mis primeros pasos en la carrera de la vida. Y sin embargo, muy bien podría pasarme sin esto. Una cosa es segura: que ya nunca más escribiré mi autobiografía, aunque tenga que vivir cien años. Hay que estar prendado muy bajamente de uno mismo para hablar así sin avergonzarse. La sola excusa que me doy, es que no escribo por el mismo motivo que todo el mundo, es decir, para obtener las alabanzas del lector. Si de repente se me ha ocurrido anotar palabra por palabra todo to que me ha pasado desde ei año anterior, es por una necesidad íntima: ¡tan impresionado me he quedado por los hechos acaecídos! Me limito a registrar los acontecimientos, evitando con todas mis fuerzas lo que les es ajeno, y sobre todo los artificios literarios; un literato se lleva escribiendo treinta años, y al final ignora por qué ha escrito tanto tiempo. No soy literato ni quiero serlo. Arrastrar la intimidad de mi alma y una bonita descripción de mis sentimientos por el mercado literario sería a mis ojos una inconveniencia y una bajeza. Preveo no obstante, no sin disgusto, que será probablemente imposible evitar del todo las descripciones de sentimientos y las reflexiones *(quizás incluso vulgares)*: ¡tanto desmoraliza al hombre todo trabajo literario, hasta el emprendido únicamente para sí! Y estas reflexiones pueden aún ser muy vulgares, porque to que uno estima puede muy bien no tener valor alguno para un extraño. Pero quede dicho todo esto entre paréntesis. He aquí hecho mi prefacio: no habrá nada más por el estilo. ¡Manos a la obra! Aunque no haya nada más embarazoso que emprender una obra, y quizás el poner manos a la obra en general.

II

Comienzo; es decir, querría comenzar mis memorias en la fecha del 19 de septiembre del año pasado (2), o sea precisamente el día en que por primera vez me encontré con...

Pero explicar con quién me encontré, así como así, de bue nas a primeras, cuando nadie sabe nada, será una vulgaridad; este tono mismo, a mi parecer, es ya vulgar: después de haberme jurado evitar los adornos literarios, he aquí que caigo en ellos desde la primera línea. Además, para escribir de manera sensata, no basta con quererlo. Haré notar también que no hay, estoy convencido, una sola lengua europea que sea tan difícil para escribir como el ruso. Acabo de releer lo que he escrito hace un instante, y veo que soy mucho más inteligente que lo que ha quedado escrito. ¿Cómo puede suceder esto de que las cosas enunciadas por un hombre inteligente sean infínitamente más estúpidas que lo que se queda en su cerebro? Lo he notado

más de una vez en mí y en mis relaciones orales con los demás hombres durante todo este último año fatal, y me he sentido bien atormentado por eso.

Aunque comience en la fecha del 19 de septiembre, diré sin embargo en dos palabras quién soy, dónde he estado antes de esa fecha y por añadidura lo que yo podía tener en la cabeza, a lo menos parcialmente, en aquella mañana del 19 de septiembre, para que todo sea más inteligible al lector, y quizás a mí mismo también.

III

Soy un antiguo bachiller, y heme aquí ahora con veintiún años cumplidos. Me llamo Dolgoruki, y mi padre legal es Makar Ivanov (3) Dolgoruki, ex siervo criado de los señores Versilov. Así pues, soy hijo legítimo, aunque ilegítimo en el más alto grado, no cabiendo la menor duda sobre mi origen. He aquí cómo fue la cosa: hace veintidós años, el propietario Versilov *(mi padre)*, que entonces tenía veinticinco años, visitó sus propiedades de la provincia de Tula. Supongo que en aquella época era todavía un ser de escasa personalidad. Es curioso cómo este hombre que me ha impresionado tanto desde mi infancia, que ha tenido una influencia tan capital en la formación de mi alma y que, por mucho tiem.po quizá, ha contaminado todo mi porvenir, siga siendo para mí, incluso hoy y en una infinidad de puntos, un verdadero enigma. Pero volveremos sobre eso más tarde. No es tan fácil de referir. Pero, de todas formas, mi cuaderno entero estará lleno de este hombre.

En aquella época, a los veinticinco años, acababa de perder a su mujer. Era una muchacha del gran mundo, pero no muy rica, una Fanariotova, y él tenía de ella un hijo y una hija. Mis noticias sobre esa esposa desaparecida tan pronto son bastante incompletas y se pierden en el conjunto de mis materiales; por lo demás, muchas circunstancias de la vida de Versilov se me han escapado, hasta tal punto se ha mostrado siempre conmigo orgulloso, altivo, reservado y negligente, a pesar de una especie de humildad, pasmosa a veces, hacia mí. Menciono sin embargo, a título de indicación, que ha gastado en el curso de su existencia tres fortunas a incluso bastante grandes, por un total de más de cuatrocientos mil rublos (4) y quizá me quedo corto. Ahora, naturalmente, no tiene ya un copec. . .

Pues sucedió que fue a sus propiedades «Dios sabe por qué»; por lo menos así es como.se explicó él más tarde conmigo. Sus hijitos no estaban con él, sino en casa de parientes, según su costumbre; así es como se comportó toda la vida con su prole, legítima o ilegítima. Había en aquella hacienda una gran cantidad de criados: entre ellos, el jardinero Makar Ivanov Dolgoruki. Agregaré aquí, para no tener que volver sobre lo mismo, lo siguiente: pocas personas han podido maldecir su apellido tanto como yo lo he hecho a lo largo de toda mi vida. Era una cosa estúpida, pero era así. Cada vez que yo entraba en una escuela o me encontraba con gente a la que mi edad me obligaba a rendir cuentas, en una palabra, cada maestro de escuela, preceptor, censor, cura, no importa quién, después de haberme preguntado el nombre y de haberse enterado de que yo era Dolgoruki, experimentaba la necesidad de añadir:

—¿El príncipe Dolgoruki?

Y cada una de las veces me veía obligado a explicarles a todos aquellos holgazanes:

—No, Dolgoruki tout court (5).

Aquel tout court terminó por volverme loco. Anotaré como una especic de fenómeno que no me acuerdo de una sola excepción: todos me hacían la pregunta. Algunos, indudablemente, la hacían sin el menor interés; por lo demás, no sé qué podía interesar aquello a quienquiera que fuese. Pero todos lo hacían, todos, hasta el último. Al enterarse de que yo era simplemente Dolgoruki, el interrogador me examinaba de ordinario con una mirada obtusa y estúpidamente indiferente, poniendo de manifiesto que él mismo no sabía por qué me había interrogado, y se iba. Pero los más ofensivos eran los camaradas de la escuela. ¿Cómo pregunta un escolar a un novato? El novato, aturdido y confuso, el primer día de su entrada en la escuela *(en no importa qué escuela)* es la víctima propiciatoria en general: se le ordena, se le irrita, se le trata como a un criado. Un mocetón lleno de salud se planta de repente delante del infeliz, bien cara a cara, y lo observa algunos instantes con ojos severos a insolentes. El nuevo se mantiene delante de él en silencio, le mira a hurtadillas, si no es un cobarde, y aguarda los acontecimientos.

—¿Cómo te llamas?

—Dolgoruki.

.¿Príncipe Dolgoruki?

—No, Dolgoruki a secas.

—¡Ah!... ¡a secas! ¡Idiota!

Y tienen razón: nada más estúpido que llamarse Dolgoruki cuando no se es príncipe. Esa estupidez la arrastro conmigo sin que haya culpa por mi parte. Más tarde, cuando empecé a enfadarme seriamente, ante la pregunta «¿Eres príncipe?», respondía siempre:

—No, soy hijo de un criado, antiguo siervo.

Más tarde todavía, cuando llegué por fin a encolerizarme, a la pregunta «¿Es usted príncipe?», respondî firmemente un día:

—No, Dolgoruki a secas, hijo natural de mi antiguo señor, el caballero Versilov.

Fue en clase de retórica donde hice ese descubrimiento y, aunque me convencí pronto de que era una tontería, no renuncié en seguida. Me acuerdo de que uno de los profesores

—por lo demás, el único —descubrió que yo estaba «lleno de ideas de venganza y de civismo». De una manera general, se acogió aquella salida con una seriedad un poco ofensiva para mí. Por fin uno de mis camaradas, un bajito muy mordaz con el cual yo apenas hablaba más de una vez al año, me dijo con aire profundo, pero mirándome ligeramente de cos tado:

—Esos sentimientos le honran a usted, desde luego, y, sin duda alguna, tiene motivos para estar orgulloso. Sin embargo, en su lugar, yo no me jactaría tanto de ser hijo natural... ¡Se diría en realidad que está usted en una situación envidiable!

Desde entonces cesé de jactarme de mi ilegitimidad.

Lo repito, es difícil escribir en ruso: he ennegrecido ya tres hojas de papel para explicar cómo he abominado toda mi vida de mi apellido, y el lector ha sacado seguramente la conclusión de que lo único que me pasa es que estoy rabioso por no ser príncipe, sino sencillamente Dolgoruki a secas. No me rebajaré a explicarme ni a justificarme una vez más.

IV

Así pues, entre aquella servidumbre que era legión, además de Makar Ivanov se hallaba una muchacha que tenía ya los díeciocho años cuando Makar Dolgoruki, a los cincuenta, manifestó de repente la intención de casarse con ella. En el régimen de servidumbre, los casamientos entre siervos domésticos se realizaban, como se sábe, con autorización de los señores, a veces incluso por orden de los mismos. En la propiedad habitaba entonces una tía; a decir verdad, no era tía mía, sino la señora del castillo; solamente que, no sé por qué, todo el mundo la llamaba tía, tía en general, y lo mismo ocurría entre los Versilov, con los cuales, por lo demás, puede que estuviera emparentada. Era Tatiana Pavlovna Prutkova. Poseía aún en aquella época, en la misma provincia y en el mismo distrito, treinta y cinco «almas» (6) de su propiedad exclusiva. Adrninistraba, o vigilaba más bien, a título de vecina, la hacienda de Versilov *(quinientas almas)*, y aquella vigilancia, por lo que he oído decir, era tan eficaz como la de no importa qué intendente especialmente instruido. Por lo demás sus conocimientos no me interesan en absoluto; quiero agregar solamente, rechazando todo pensamiento de alabanza y de adulación, que esta Tatiana Pav1ovna es una criatura noble y hasta original.

Fue, pues, ella quien, lejos de contrariar las inclinaciones matrimoniales del sombrío Makar Dolgoruki *(parece que era muy sombrío)*, las animó en el más alto grado. Sofía Andreievna *(aquella sierva de dieciocho años, mi madre)* era huérfana desde hacía varios años; su padre, que sentía por Makar Dolgoruki un respeto extraordinario y le estaba, no sé por qué, muy agradecido, siervo él también, al morir seis años antes, en su lecho de muerte, y se pretende incluso que un cuarto de hora antes de entregar el último suspiro, tanto que se podría haber visto en aquello, en caso de necesidad, un efecto del delirio si no hubiese sido ya incapaz como tal siervo, había llamado a Makar Dolgoruki y, delante de todo el personal y en presencia del sacerdote, le había expresado en voz alta y apremiante aquella última voluntad, señalándole a su hija:

—¡Edúcala y tómala por esposa!

Aquellas palabras fueron oídas por todo el mundo. En lo que concierne a Makar Ivanov, ignoro con qué sentimientos se casó seguidamente, si con gran placer o solamente para cumplir un deber. Lo más probable es que presentara el aire exterior de una perfecta indiferencia. Era un hombre que, ya entonces, sabía adoptar una pose. Sin estar versado en las Escrituras ni ser un letrado *(se sabía de memoria todos los oficios y sobre todo algunas vidas de santos, pero principalmente de oídas)*, sin ser una especie de razonador de profesión, tenía sencillamente un carácter resuelto, a veces incluso aventurero; hablaba con aplomo, tenía juicios categóricos y, en

una palabra, « vivía respetablemente», según su pasmosa expresión. He ahí la clase de hombre que era entonces. Naturalmente, disfrutaba del respeto universal, pero, se dice, se hacía insoportable a todo el mundo. Todo cambió cuando salió de la casa: no se habló ya de él más que como de un santo y un mártir. Todo esto lo sé de buena fuente.

Por lo que se refiere al carácter de mi madre, Tatiana Pavlovna la guardó a su vera hasta que cumplió los dieciocho años, a pesar del intendente, que quería ponerla como aprendiza en Moscú, y le dio alguna educación, es decir, le enseñó la costura, el corte, las buenas maneras a incluso le hizo aprender un poco a leer. En lo que se refiere a escribir, mi madre no llegó a hacerlo nunca pasablemente. A sus ojos, aquel matrimonio con Makar Ivanov era desde hacía mucho tiempo una cosa resuelta y todo lo que le sucedió entonces le pareció excelente y perfecto; se dejó conducir al altar con la fisonomía más tranquila que se pueda tener en caso semejante, tanto que la misma Tatiana Pavlovna la trató entonces de «pava». Por esta misma Tatia na Pavlovna me he enterado de lo que concíerne al carácter de mi madre en aquella época. Versilov llegó a sus tierras exactamente seis meses después de aquel matrimonio.

V

Quiero indicar solamente que jamás he podido saber ni adivinar de manera satisfactoria cómo comenzaron las cosas entre él y mi madre. Estoy totalmente dispuesto a creer, como él mismo me lo aseguró el año pasado, con rubor en las mejillas, aunque me hiciera todo el relato con el aire más desenvuelto y más «espiritual», que no hubo a11í ni la novela más mínima, y que todo pasó «como pasan esas cosas». Creo que es verdad, y el «como pasan esas cosas» es una expresión encantadora. A pesar de todo, siempre he tenido deseos de saber cómo pudo iniciarse aquello. Esas porquerías siempre me han inspirado horror y me lo siguen inspirando. No, desde luego no es porque haya curiosidad malsana por mi parte. Haré notar que hasta el año pasado no he conocido a mi madre, por así decirlo; desde la infancia he estado confiado a extraños, para mayor comodidad de Versilov *(más tarde se tratará de eso)*, y por consiguiente soy incapaz de figurarme la fisonomía que ella pudiera tener entonces. Si no era hermosa, ¿qué había en ella que pudiese seducir a un hombre como Versilov? Esta cuestión es importante para mí, porque este hombre se dibuja aquí en un aspecto extremadamente curioso. He ahí por qué me planteo la pregunta, y no por perversión. Él mismo, este hombre sombrío y reservado, me decía, con esa amable ingenuidad que se sacaba Dios sabe de dónde *(como se saca un pañuelo del bolsillo)* cuando le era necesario, que, por aquel entonces, no era más que «un cachorrillo estúpido» y, sin ser sentimental, acababa de leer, « como quien no quiere la cosa», Antonio el Desgraciado (7) y Paulina Saxe (8), dos producciones literarias que han tenido un inapreciable influjo civilizador sobre la generación de aquellos tiempos. Agregaba que había sido quizás a causa del personaje de Antonio por lo que había vuelto al campo, y decía eso muy seriamente. ¿En qué forma aquel «cachorrillo estúpido» pudo entrar en relaciones con mi madre? Acabo de pensar que, si yo tuviese solamente un lector, éste no dejaría de prorrumpir en carcajadas a

mis expensas: ridículo adolescente que, conservando su tonta inocencia, pretende razonar sobre cosas de las que no entiende ni jota. Sí, desde luego, todavía no entiendo nada de eso, y lo confieso sin el menor orgullo, porque sé hasta qué punto esta inexperiencia es algo estúpido en un chicarrón de veinte años; solamente que diré a ese señor que tampoco él entiende nada y se lo probaré. Es cierto que en cuestión de mujeres no sé nada, y nada quiero saber, porque me burlaré de ellas toda mi vida, me lo he jurado decididamente. Y sé sin embargo que una mujer puede encantarle a uno con su belleza, o sabe Dios con qué, en un abrir y cerrar de ojos; a otra, hace falta estarla trabajando seis meses antes de comprender lo que lleva en la mollera; a la de más a11á, para verla del todo y quererla, no basta con mirarla, no basta con estar dispuesto a todo. Hace falta además ser un superdotado. Estoy convencido de ello, aunque no entienda nada; de no ser así, se necesitaría de golpe y porrazo rebajar a todas las mujeres a la categoría de simples animales domésticos y no mantenerlas cerca de uno más que en esta forma. Eso es lo que querría quizá muchísima gente.

Lo sé positivamente por varios conductos, mi madre no era una belleza, aunque yo no haya visto jamás su retrato de aquellos tiempos, retrato que existe en alguna parte. Prendarse de ella a la primera mirada era pues imposible. Para una simple «distracción», Versilov podía elegir a otra cualquiera, y había una, en efecto, una jovencita, Anfisa Constantinovna Sapojkova, una criadita. Por lo demás, para un hombre que llegaba allí con el desgraciado Antonio, atentar, en virtud del derecho señorial, contra la felicidad conyugal de su siervo, habría resultado muy vergonzoso a sus propios ojos, puesto que, lo repito, apenas hace unos meses, es decir, después de transcurridos veinte años, hablaba aún de aquel infeliz Antonio con una seriedad extraordinaria. Ahora bien, a Antonio no le habían quitado más que el caballo, y no la mujer. Sucedió, pues, alguna cosa rara, en detrimento de la señorita Sapojkova *(a mi entender, para ventaja de ella)*¡ Una o dos veces, el año pasado, en los momentos en que se podía hablar con él, cosa que no ocurría todos los días, le hice estas preguntas y noté que, a pesar de toda su cortesía y a veinte años de distancia, se hacía rogar largo rato antes de decidirse a hablar. Pero yo lograba mi propósito. Por lo menos, con aquella desenvoltura mundana que se permitía conmigo muchas veces, esbozó un día cosas muy extrañas: mi madre era una de esas personas sin defensa a las que no se puede querer, ¡desde luego que no!, pero que de repente, sin que se sepa por qué, suscitan un sentimiento de lástima, a causa de su dulzura. ¿A causa de qué en realidad? Nunca se sabe con seguridad. Pero la lástima perdura; a fuerza de lástima, se siente uno ligado... «En una palabra, pequeño, sucede incluso que no es posible ya zafarse.» Eso es to que él me dijo. Y si las cosas ocurrieron realmente de aquella manera, me veo obligado a ver en él algo muy distinto al cachorrillo estúpido de que él mismo habla, refiriéndose a cómo era en aquella época. Esto es todo lo que yo quería hacer constar.

Por lo demás, se puso en seguida a asegurarme que mi madre lo había querido por «humildad»; un poco más, y ya iba a inventar que «por obediencia servil». Mentía por

dárselas de elegante, mentía contra su propia conciencia, contra toda norma de honor y de generosidad.

Todo esto, desde luego, lo he escrito, pudiera decirse, en alabanza de mi madre, y sin embargo, como ya lo he declarado, ignoro en absoluto to que ella fuese entonces. Es más, conozco muy bien la impermeabilidad del ambiente y de las no ciones lastimosas entre las cual.es ella se ha enranciado desde su infancia y entre las cuales ha pasado a continuación toda su existencia. A pesar de todo, la desgracia terminó por consumarse. A propósito, una rectificación: me he perdido entre las nubes y he olvidado un hecho que, por el contrario, era preciso hacer resaltar: todo se inició entre ellos precisamente por la desgracia. *(Espero que el lector no se pondrá a fingir ahora que no comprende todo aquello de lo que inmediatamente quiero hablar.)* En una palabra, aquellos comienzos fueron señoriales, aunque la señorita Sapojkova hubiese sido dejada a un lado. Pero aquí intervengo yo y declaro anticipadamente que no me contradigo en lo más mínimo. ¿De qué, gran Dios, de qué podía en aquella época hablarle un hombre como Versilov a una persona como mi madre, ni siquiera en el caso de un amor irresistible? Les he oído decir a personas libertinas que muy frecuentemente el hombre, al abordar a la mujer, empieza sin pronunciar una palabra, lo que es evidentemente el colmo de la monstruosidad y del cinismo; Versilov, aunque lo hubiese querido, no habría podido, creo yo, empezar de otra manera con mi madre. ¿Podría empezar explicándole el argumento de Paulina Saxe? Sin contar con que la literatura rusa era la menor preocupación de ambos; según sus propias palabras *(un día que se franqueó conmigo)*, se ociltaban en los rincones, se acechaban el uno al otro en las escaleras, rebotaban lejos, como globos, con las mejillas rojas, si alguien pasaba, y el «tirano» temblaba delante de la última de las lavanderas, a pesar de todos sus derechos feuda les. Si las cosas empezaron a la manera señorial, continuaron del mismo modo, pero no completamente, y en el fondo no hay que buscar explicaciones. No servirían más que para espesar las tinieblas. Las proporciones que tomó el amor de la pareja son ya un enigma, puesto que la primera cualidad de individuos como Versilov es la de dejarlo todo plantado una vez conseguido su objetivo. Pero aquí ocurrió de otra forma. Pecar con una bonita sierva pazguata *(y no es que mi madre fuera tonta)*, para un « cachorrillo» libertino *(todos eran libertinos, todos, hasta el último, progresistas y retrógrados)* es cosa no solamente posible, sino incluso inevitable, sobre todo si se piensa en su situación novelesca de viudo joven y a sus anchas. Pero quererla toda la vida, es demasiado. No garantizo que él la haya querido; pero que la ha arrastrado detrás de él toda su vida, es un hecho.

He hecho muchas preguntas, pero hay una, la más ímportante, que no me he atrevido a hacerle a mi madre de una manera formal, aunque me haya compenetrado mucho con ella el año pasado y, aunque hijo grosero a ingrato que juzga que se es culpable ante él, no me haya enfadado con ella en absoluto. En cuanto a la pregunta, hela aquí: ¿cómo pudo ella, casada no hacía más que seis meses y aplastada bajo todas las ideas sobre la santidad del matrimonio, aplastada como una mosca sin defensa, ella que respetaba a su Makar Ivanovitch como una

especie de Dios, cómo pudo, en quince días escasos, caer en semejante pecado? No se trataba sin embargo de una mujer descarriada. A1 contrario, to diré ahora anticipadamente, sería difícil representarse un alma más pura, como lo ha sido durante toda su vida. La sola explicación es que obró sin darse cuenta de lo que hacía, sin tener conciencia de ello, no en el sentido en que los abogados de hoy en día lo dicen de sus asesinos o de sus ladrones (9), sino bajo una de esas impresiones fuertes que, en una víctima un poco simplota, la arrastran fatal y trágicamente. ¿Quién sabe? Tal vez ella le amó hasta la locura, amó el porte de sus trajes, la raya a la parisiense de sus cabel.los, su pronunciación francesa, sí, francesa, de la cual ella no comprendía ni jota, la romanza que él cantó al piano. Amó algo que ella no había visto ni oído jamás *(él era un hombre muy guapo)* y de golpe y porrazo lo amó de cuerpo entero, hasta el desfallecimiento, lo amó con sus trajes y sus romanzas. He oído decir que esto les sucedía a veces a siervas jóvenes en la época de la servidumbre, a incluso a las más honradas. Lo comprendo. Vergüenza para quien lo explique únicamente por la servidumbre y «la humildad». Así pues, aquel joven pudo tener bastante fuerza y seducción para atraer a una criatura hasta entonces tan pura, y sobre todo a una criatura tan perfectamente extraña a su naturaleza, procediendo de un mundo muy distinto y de una tierra muy diferente, pudo atraerla a un abismo tan manifiesto. Que aquello era un abismo, espero que lo comprendió mi madre en todo momento; solamente que mientras caminaba hacía él no pensaba en eso; estos seres «sin defensa» son siempre los mismos: saben que el abismo está ahí y corren hacia él.

Cometido el pecado, se arrepintieron inmediatamente. Él me ha contado con bastante ingeniosidad cómo sollozó sobre el hombro de Makar Ivanovitch, llamado expresamente para eso a su despacho, mientras que ella, durante aquel tiempo... Ella estaba acostada en algún sitio sin conocimiento, en su cuartito de sierva...

VI

Pero ya he hablado bastante de estas cuestiones y de estos detalles escandalosos. Versilov rescató a mi madre, comprándosela a Makar Ivanov, se marchó precipitadamente y desde entonces, como ya he escrito más arriba, la arrastró tras él casi por todas partes, salvo cuando se ausentaba por mucho tiempo: entonces la dejaba casi siempre encomendada a los buenos cuidados de la tía, es decir, de Tatíana Pavlovna Prutkova, que en aquellas ocasiones se encontraba siempre presente. Pasaban temporadas en Moscú, las pasaban en toda clase de otros dominios o villas, a incluso en el extranjero, y por fin en Petersburgo. Hablaré de eso más tarde o bien no hablaré en absoluto. Diré solamente que un año después de la separación de Makar Ivanovitch vine yo al mundo; un año después de mí nacimiento, vino mi hermana; luego, diez a once años más tarde, mi hermano menor, un niño enfermizo que murió al cabo de pocos meses. Aquellos partos dolorosos pusieron fin a la belleza de mi madre. Por ro menos eso es lo que se me ha dicho: empezó a envejecer y a debilitarse rápidamente.

Pero con Makar Ivanovitch las relaciones no cesaron jamás. O bien estuviesen pasando temporadas los de Versilov, o bien viviesen varios años seguidos en el mismo sitio o viajasen, Makar Ivanovitch no dejaba de enviar noticias suyas «a la familia». Se constituyeron así relaciones singulares, un poco solemnes y casi serias. Entre señores, fatalmente se habría mezclado en aquello algo de cómico, lo sé muy bien; pero en este caso, ni hablar de eso. Las cartas llegaban dos veces al año, ni más ni menos, asombrosamente parecidas las unas a las otras. Las he visto; no contienen casi nada de índole personal; por el contrario, en todo lo posible, únicamente informaciones ceremoniosas sobre los acontecimientos más genetales y los sentimientos más generales también, si es lícito expresarse así a propósito de sentimientos: noticias de su salud, luego preguntas sobre la salud del destinatario, luego votos de felicidad, saludos y bendiciones ceremoniosas, y pare usted de contar. Esta generalización y esta impersonalidad constituyen, a mi entender, el buen tono y el savoir vivre de aquel ambiente. «A nuestra amable y respetada esposa Sofía Andreievna dirijo nuestro más humilde saludo...» «A nuestros queridos hijos envío nuestra bendición paternal inalterable por siempre.» Seguían todos los nombres de los hijos, en el orden en que se habían ido acumulando, yo incluido. Anotaré aquí que Makar Ivanovitch tenía la suficiente inteligencia para no calificar a «Su nobleza el muy respetado señor Andrés Petrovitch» como «bienhechor» suyo, pero en cada carta le dirigía invariablemente sus más humildes saludos, pidiéndole su bendición a impetrando para él la gracia de Dios. Las respuestas a Makar Ivanovitch eran remitidas prontamente por mi madre, redactadas siempre en el mismo estilo. Versilov no participaba en la correspondencia. Makar Ivanovitch escribía desde todos los rincones de Rusia, desde las ciudades y desde los monasterios donde residía, a veces durante mucho tiempo. Llegó a convertirse en un «errabundo» *(10)*. No pedía nunca nada; pot el contrario, tres veces al año venía sin falta a casa y se detenía en las habitaciones de mi madre, que siempre resultaba tener entonces un apartamiento exclusivo para ella, distinto del ocupado pot Versilov. Tendré que volver más tarde sobre este particular, pero anotaré aquí solamente que Makar Ivanovitch no se tendía a pierna suelta en los divanes del salón, sino que se instalaba modestamente en algún sitio detrás de un biombo. No se quedaba mucho tiempo: cinco días, una semana.

Se me ha olvidado decir que él amaba y respetaba mucho el apellido de Dolgoruki. Naturalmente, es una estupidez ridícula. Lo más ridículo es que aquel nombre le agradaba precisamente porque hay príncipes Dolgoruki. ¡Extraña idea, lo más contrario al sentido común!

He dicho que la familia estaba siempre completa: ni que decir tiene que sin mí. Yo había sido, por decirlo así, como arrojado pot la borda y colocado, casi inmediatamente después de mi nacimiento, en casa de extraños. No hubo en eso la menor intención; fue una cosa que se produjo con la mayor naturalidad. Cuando me trajo al mundo, mi madre era todavía joven y hermosa: a él le servía por tanto para algo, y un niño de pecho resultaba muy molesto, sobre todo en los viajes. He ahí cómo se explica que, hasta no cumplir los veinte años, no vi, por

decirlo así, a mi madre fuera de dos o tres ocasiones pasajeras. La falta no podía achacársele a los sentimientos de mi madre, sino a la actitud altiva de Versilov hacia la gente.

VII

Pasemos ahora a otra cosa.

Hace un mes, es decir, un mes antes del diecinueve de septiembre en Moscú, resolví renunciar a todos ellos y retirarme definitivamente dentro de mi idea. Escribo a propósito «retirarme dentro de mi idea», porque esta expresión puede significar todo mi pensamiento esencial, por lo que sigo estando vivo. En cuanto a lo que sea « mi idea», no haré más que hablar con mucha extensión en lo que sigue. En la soledad soñadora de mis largos años de Moscú se ha formado en mí desde los primeros años de estudio y desde entonces no me ha abandonado un instante. Ha devorado toda mi existencia. También antes de concebirla, yo vivía en el sueño, he vivido desde mi infancia en un reino encantado de un cierto matiz, pero, con la aparición de esa idea esencial y devoradora, mis sueños se han consolidado y han revestido de golpe y porrazo una forma determinada: absurdos que eran, se han hecho sensatos. El Instituto no impedía los sueños; tampoco impidió la llegada de la idea. Añadiré sin embargo que mi último curso fue malo, mientras que en todas las clases hasta entonces yo había estado en los primeros puestos: aquello se debió a esa misma idea, a la consecuencia tal vez falsa que extraje de ella. Así pues el Instituto no molestó a la idea, pero la idea molestó al Instituto. Molestó también a la Universidad. Salido del Instituto, tuv a inmediatamente la intención de romper de una manera radical no sólo con todos los míos, sino, si era preciso, con el mundo entero, aunque no tuviese aún más que veinte años. Escribí sin ambages, a Petersburgo, que se me dejase definitivamente tranquilo, que no se enviase más dinero para mi sostenimiento, y, que si era posible, se me olvidase del todo *(en el caso, claro es, en que se acordasen un poco de mí)*, y, en fin, que «por nada de este mundo» entraría yo en la Universidad. El dilema que se me planteaba era ineluctable: o bien la Universidad y la continuación de mis estudios, o bien retrasar cuatro años todavía la puesta en práctica de mi «idea». Tomé sin vacilar el partido de mi idea, porque yo estaba convencido matemáticamente. Versilov, mi padre, al que yo solamente había visto una vez en mi vida, por espacio de un instante, cuando yo tenía diez años *(y que con aquel instante había tenido tiempo para dejarme estupefacto)*, Versilov, en respuesta a mi carta, que por lo demás no había estado dirigida a él, me llamó a Petersburgo con un billete escrito de su puño y letra, prometiéndome un empleo en casa de un señor particular. Aquella invitación de un hombre seco y orgulloso, lleno de altivez y de negligencia respecto a mí y que hasta entonces, después de haberme engendrado y abandonado en manos de desconocidos, no solamente no me había tratado, sino que ni siquiera se había arrepentido jamás (¿quién sabe?, quizá de mi propia existencia no tenía más que una noción vaga a imprecisa, puesto que, como se reveló más tarde, no era él el que entregaba el dinero necesario para mi estancia en Moscú, sino otras personas); la invitación de aquel hombre, digo, acordándose de mí de repente y

honrándome con una carta autógrafa, esta invitación, al halagarme, decidió mi suerte. Cosa singular, lo que me agradó entre otros detalles en su billete *(una paginita de formato pequeño)* era que no decía una palabra de la Universidad, no me pedía que cambiase de intención, no me censuraba por no querer proseguir mis estudios, en una palabra, no usaba ninguno de los sermones paternales que son obligados en semejantes casos: y sin embargo era aquello precisamente lo que estaba mal de su parte, al testimoniar aún más su indiferencia hacia mí. Resolví partir por otro motivo además, el que aquello no difi cultaba en nada mi sueño principal: « Ya veremos qué pasará: en todo caso, me ligaré con ellos únicamente durante algún tiempo, y quizá muy breve. En cuanto que me dé cuenta de que este viaje, por condicional a insignificante que sea, me aleja sin embargo de lo esencial, romperé inmediatamente, lo abandonaré todo y volveré a entrar en mi concha.» ¡En mi concha, qué bien está eso! «Me acurrucaré en ella como la tortuga»; la comparación me agradaba enormemente. «No estaré solo», continuaba yo haciendo mis cálculos mientras corría de un extremo a otro de Moscú durante aquellos días como una ardilla; «ya nunca estaré solo, como lo he estado hasta aquí durante tantos años espantosos: tendré conmigo mi idea, a la que no traicionaré jamás, aunque me agradasen todos los de por allá, aunque me diesen la felicidad más completa y aunque viviera con ellos diez años». He ahí la impresión, lo digo anticipadamente, he ahí la dualidad de planes y de objetivos que, esbozada ya en Moscú, no me abandonó ni un solo instante en Petersburgo *(no sé si ha habido un solo día en Petersburgo que no me lo haya fijado de antemano como el plazo definitivo para ruptura con ellos y para mi partida)*; esta dualidad, digo, ha sido, creo yo, una de las causas principales de muchas de mis imprudencias en el curso de este año, de muchas de mis infamias, de mis bajezas incluso, sin hablar, naturalmente, de mis estupideces.

De repente hacía irrupción en mi vida un padre que antes no existía. Esa idea me embriagaba durante mis preparativos en Moscú, durante el viaje en el tren. Un padre no era todavía nada, a mí no me gustaban los mimos: pero aquel hombre no habia querido conocerme y me había humillado, mientras que, durante todos aquellos años, yo no soñaba más que con él hasta la saciedad *(si esta expresión puede aplicarse a un sueño)*. Cada uno de mis sueños, desde mi infancia, se refería a él, flotaba en torno a él, terminaba por volver a él una y otra vez. No sé si lo odiaba o si lo quería, pero él llenaba todo mi porvenir, todas mis previsiones sobre la vida, y aquello había ido formándose por su cuenta, a medida que yo crecía.

Lo que influyó en mi partida de Moscú fue también una circunstancia poderosa, una tentación que, tres meses antes de mi partida *(en un momento en que, por consiguiente, ni siquiera había surgido la más remota posibilidad de lo de Petersburgo)*, hacía ya latir y encogerse mi corazón. Lo que me atraía en aquel océano desconocido, era que yo podía entrar en él como dueño y señor de la suerte de otra persona, ¡y de quién! Pero en mí borboteaban sentimientos magnánimos, y no despóticos. lo prevengo con anticipación para que mis palabras no induzcan a error. Versilov podía pensar *(si es que en general se dignaba pensar en mí)* que iba a recibir a un jovencito recién salido del Instituto, un adolescente, entornando los ojos a la luz. Ahora bien,

yo sabía, yo en persona, todo lo que él se traía entre manos y yo tenía en mi poder un documento de suma importancia, a cambio del cual *(hoy lo sé con toda seguridad)* él habría dado varios años de su vida, si yo le hubiese descubierto entonces el secreto. Pero me doy cuenta de que estoy hablando con enigmas. Imposible describir sentimientos sin hechos. Por lo demás, de todo esto se hablará suficientemente en el lugar que le corresponde, y por eso precisamente he cogido la pluma. Escribir de esta manera es casi estar sumergido en un delirio o ir andando por las nubes.

VIII

En fin, para llegar definitivamente a la fecha del 19, diré en pocas palabras, y, por decirlo así, de paso, que los encontré a todos, a Versilov, a mi madre y a mi hermana *(veía a ésta por primera vez en mi vida)* en un estado lamentable, casi en la miseria o al borde de la miseria. Ya me había enterado de eso en Moscú, pero estaba lejos de suponer que la cosa llegase a tal extremo. Desde mi infancia, me había acostumbrado a representarme a aquel hombre, «mi futuro padre, con una especie de aureola; yo no podía figurármelo de otra manera que ocupando en todas partes el primer puesto. Versilov jamás ha bía habitado con mi madre, le alquilaba siempre un apartamiento particular: obraba así, desde luego, a causa de innobles «conveniencias». Ahora, por el contrario, vivían todos juntos, en un pabellón de madera de una callejuela del Semenovski Polk *(11)*. Todo el mobiliario estaba ya en el Monte de Piedad, de forma que tuve incluso que entregar a mi madre, a espaldas de Versilov, mis misteriosos sesenta rublos. Misteriosos, porque se habían ido acumulando, con el dinero para mis gastos menudos que se me daba a razón de cinco rublos por mes, durante dos años; la acumuiación había comenzado desde el primer día de mi «idea», y por eso precisamente Ver silov no debía saber nada de aquel dinero. Era algo que me daba pánico.

Aquella ayuda no fue más que una gota de agua en el océano. Mi madre trabajaba, mi hermana hacía también labores de costura; Versilov vivía en la ociosidad, se mostraba caprichoso y conservaba una multitud de viejas costumbres pasablemente dispendiosas. Era terriblemente difícil de contentar, sobre todo en la mesa, y sus aires eran siempre los de un verdadero déspota. Pero mi madre, mi hermana, Tatiana Pav1ovna y toda la familia del difunto Andronikov *(un jefe de oficina muerto tres meses antes y que llevaba también los asuntos de Versilov)*, comprendiendo una infinidad de mujeres, estaban de rodillas delante de él como delante de un fetiche. Yo no podía figurarme espectáculo semejante. Debo decir que nueve años antes él era infinitamente más seductor. He dicho ya que se me aparecía en mis sueños con una especie de aureola, y además me costaba trabajo creer que hubiese podido envejecer y estropearse hasta aquel punto en nueve años escasos; experimenté por ello inmediatamente pena, lástima y vergüenza. Entre mis primeras impresiones de llegada, la de verle a él fue una de las más penosas. Distaba mucho de ser un anciano, apenas tenía cuarenta y cinco años. Examinándolo más de cerca, descubrí en su belleza algo más impresionante aún que lo que se

me había quedado en la memoria. Menos brillo, menos apariencia, menos rebuscamiento, pero la vida había marcado aquel rostro con un no sé qué mucho más curioso que antaño.

Sin embargo, la miseria no era más que la décima o vigésima parte de sus desgracias; eso yo lo sabía muy bien. Además de la miseria, había algo infinitamente más grave, sin hablar de la esperanza que él conservaba aún de ganar un proceso entablado desde hacía un año contra los príncipes Sokolski a propósito de una herencia, y que podía reportarle en breve plazo una hacienda de setenta mil rublos y quizá más. Ya he dicho más arriba que este Versilov se había tragado en su vida tres herencias: ¡una vez más iba a sér salvado por otra! El asunto debía decidirse muy en breve. Yo había llegado con aquella esperanza. Únicamente que nadie prestaba dinero contando con una simple esperanza, no había nadie a quien pedirle prestado; mientras se aguardaba, había que sufrir.

Por lo demás, Versilov no iba a pedirle nada a nadie, aunque a veces estuviese todo el día fuera de casa. Hacía más de un año que lo habían expulsado de la buena sociedad. Aquella historia, a pesar de todos sus esfuerzos, seguía estando para mí inexplicada, no obstante llevar ya más de un mes en Petersburgo. ¿Versilov era culpable o no? ¡Aquello era lo que me importaba y por lo que yo estaba a11í! Todo el mundo le había vuelto la espalda, entre otros todos los personajes influyentes con los que siempre había sabido mantener relaciones. La causa eran ciertos rumores relativos a la conducta extremadamente baja y, lo que es peor a los ojos del mundo, extremadamente escandalosa, de la que se habría hecho culpable poco más de un año antes en Alemania, habiendo recibido entonces de forma muy ostentosa una bofetada justamente de un príncípe Sokolski, al cual no habría respondido con un desafío. Incluso su prole *(legítima)*, su hijo y su hija, le habían vuelto la espalda y vivían separados de él. Cierto que este hijo y esta hija frecuentaban los medios más elevados de la buena sociedad, por su parentesco con los Fanariotov y el viejo príncipe Sokolski *(ex amigo de Versilov)*. En realidad, al examinarlo en el curso de aquel mes, vi a un hombre orgulloso al que la sociedad no había excluido de su seno, sino que más bien era él quien había rechazado de su vera a la sociedad, ¡tan índe pendiente era el aire que tenía! Pero ¿tenía derecho a adoptar aquel aire? Eso era lo que me turbaba. Yo tenía que saber forzosamente toda la verdad en el plazo más breve posible, porque yo había venido a juzgar a aquel hombre. Yo le ocultaba todavía mis fuerzas, pero me era preciso o bien adoptarlo, o bien rechazarlo enteramente. La segunda solución me habría resultado demasiado penosa, y de esta forma me atormentaba a mí mismo. Haré, en fin, una confesión: ¡quería a aquel hombre!

De momento vivía con ellos, en su mismo alojamiento, trabajaba y a duras penas refrenaba mis groserías. No es que me abstuviese de ellas enteramente. Después de transcurrido un mes, estaba cada día más convencido de que la explicación definitiva no tenía que pedírsela a él. Aquel hombre orgulloso se erguía delante de mí como un enigma, profundamente ofensivo. Conmigo se mostraba incluso amable y complaciente, pero yo habría preferido las disputas a las bromas. Todas mis conversaciones con él tenían siempre no sé qué ambigüedad, o

sencillamente no sé qué ironía singular por su parte. Desde el principio, a mi llegada de Moscu, no me había tomado en serio. Yo no llegaba a comprender por qué obraba él así. Sin duda, había conseguido aquel resultado consistente en permanecer impenetrable ante mí; pero, por mi parte, yo no me habría rebajado jamás pidiéndole que me tratase más en serio. Además, él tenía procedimientos sorprendentes a imperiosos ante los cuales yo no sabía qué hacer. En una palabra, me trataba como al último de los mocosos, cosa que me costaba trabajo soportar, aun sabiendo que aquello debía ser así. Consiguientemente, dejé incluso de hablar- casi en absoluto. Yo esperaba a una persona cuya llegada a Petersburgo podría descubrirme definitivamente la verdad: en eso estribaba mi última esperanza. De todos modos, me preparaba a romper definitivamente y tomé todas las medidas necesarias para eso. Mi madre me daba lástima, pero... «o él, o yo»: he ahí lo que, quería proponerle, a ella y a mi hermana. El día incluso estaba fijado; mientras tanto, yo iba a mi oficina.

Capítulo ii

I

Aquel día diecinueve, yo debía también percibir mi primer mes de sueldo en casa del «partícular» en cuestión. No sé me había pedido mi opinión sobre aquella colocación, se me había entregado simplemente, por las buenas, a mi patrón, creo, el primer día de mi llegada. Era demasiado grosero, y casi me vi obligado a protestar. El sitio estába en casa del viejo príncipe Sokolski. Pero protestar inmediatamente habría sido romper de golpe con ellos, lo que no me asustaba en lo más mínimo, pero era contrario a mis objetivos esenciales. Así, pues, acepté la colocación, esperando, sin decir palabra; defender mi dignidad con mi silencio. Diré ahora mismo que este príncipe Sokolski, rico y consejero privado *(12)*, no era en forma alguna pariente de los príncipes Sokolski de Moscú *(miserables desde hacía varias generaciones)* con los que Versilov estaba enfrentado en aquel proceso. Lo único que tenían de semejante era el apellido. Sin embargo, el viejo príncipe se interesaba mucho por ellos y quería de uná manera muy especial a uno de ellos, el jefe por así decirlo de la familia, un oficial joven. Versilov, hasta hacía poco, había tenido una influencia inmensa en los asuntos de aquel viejo y era su amigo, un amigo muy singular, puesto que aquel pobre príncipe, según he podido darme cuenta, le tenía un miedo terrible, no solamente en la época que entré a su servicio, sino también, creo, en todo el tiempo que duró aquella amistad. Por lo demás, desde hacía tiempo, ya no se veían; el acto deshonroso del que se acusaba a Versilov afectaba directamente a la familia del príncipe; pero Tatiana Pavlovna se encontró alií muy a propósito y por intermedio de ella fui colocado en casa del viejo, que quería tener a su vera « a un hombre joven», en su despacho. Sucedió también que él tenía un gran deseo de mostrarse agradable con Versilov, de dar en suma un primer paso hacia el otro, y que Versilov lo apreciara. El viejo príncipe había decidido de esta forma en ausencia de su hija, viuda de un general, que desde luego no le habría permitido hacer aquel avance. De eso se tratará más tarde, pero anotaré en seguida que esta rareza en sus relaciones con Versilov me impresionó en favor de éste. Yo pensaba que, si el jefe de una familia ofendida continuaba así teniendo respeto hacia Versilov, los rumores extendidos sobre la inmoralidad de éste debían ser falsos o por lo menos estar expuestos a interpretación. Aquello fue to que en parte me impidió protestar: yo esperaba, al entrar en casa del príncipe, poder comprobar todo aquello.

Esta Tatiana Pavlovna desempeñaba un raro papel en la época en que me la encontré en Petersburgo. Casi me había olvidado de su existencia y no esperaba en absoluto que tuviese que

atribuirle semejante importancia. Me la había encoritrado tres o cuatro veces en Moscú; ella surgía, no se sabía de dónde ni por orden de quién, cada vez que hacía falta instalarme en alguna parte, hacerme entrar en la triste pensión Tuchard o bien, dos años y medio más tarde, trasladarme al Instituto o bien alojarme en casa del inoividable Nicolás Semenovitch. Una vez aparecida, se quedaba conmigo todo el día, pasaba revista a mi ropa blanca, a mis trajes, iba conmigo al Kuznetski *(13)*, me compraba todos los objetos necesarios, me constituía, en una palabra, todo mi equipo, hasta el último maletín y el último portaplumas; y, mientras hacía aquello, no cesaba de gruñirme, de regañarme, de abrumarme de reproches, de hacerme sufrir exámenes, de proponerme como ejemplo a yo no sé qué otros muchachos imaginarios de sus conocidos o de su parentela, todos mejores que yo, según ella, a incluso, a fe mía, me pellizcaba, me daba verdaderos golpes, en varias tandas y dolorosos. Después de haberme instalado y colocado, desaparecía durante varios años sin dejar rastro. Pues bien, fue ella la que, inmediatamente después de mi llegada, se presentó de nuevo para colocarme. Era una personilla bajita y seca, con una naricilla puntiaguda de pájaro y ojillos penetrantes, de pájaro también. Para Versilov, era una verdadera esclava. Estaba en adoración delante de él como delante de un Papa, pero por convicción. Sin embargo, note bien pronto con asombro que todo el mundo sin excepción y en todas partes la respetaba y sobre todo que todo el mundo sin excepción y en todas partes la conocía. El viejo príncipe Sokolski tenía para ella una veneración extraordinaria; en su familia, pasaba lo mismo; los orgullosos hijos de Versilov, también; en casa de los Fanariotov, también. Sin embargo, ella vivía de la costura, del lavado de yo no sé qué encajes, y trabajaba para un almacén. Nos peleamos desde la primera palabra, porque pretendió regañarme como seis años antes; a continuación seguimos disputando cada día; pero eso no nos impedía conversar juntos a veces y confieso que al terminar el mes ya ella comenzaba a agradarme; esto era, pienso, a causa de la independencia de su carácter. Por to demás, me guardé muy mucho de decírselo.

Comprendí en seguida que se me había colocado junto a aquel enfermo únicamente para «ocuparlo» y que en eso consistía mi servicio. Naturalmente, aquello me humilló y tomé al punto mis medidas; pero bien pronto el viejo original me causó una impresión inesperada, como una especie de lástima, y, hacia fin de mes, sentía ya por él un raro afecto: en todo caso, abandoné mi intención de dejarlo plantado. Por lo demás no tenía mucho más de sesenta años. Había tenido toda una historia. Dieciocho meses antes había sufrido un ataque: en viaje para no sé dónde, perdió la cabeza por el camino, lo que dio lugar a una especie de escándalo del que se habló en Petersburgo. Como es conveniente en tales casos, se le condujo instantáneamente al extranjero, pero cinco meses después hizo su reaparición en perfecto estado de salud, única mente que retirado. Versilov aseguraba seriamente *(y con visible calor)* que lo que le había pasado no era en modo alguno locura, sino un simple ataque de nervios. Aquel calor de Versilov, lo noté inmediatamente. Diré por lo demás que yo casi compartía su opinión. El viejo parecía únicamente a veces de una excesiva ligereza que no convenía en nada a su edad, lo que,

según se dice, no le pasaba antes en ningún momento. Se decía que en otros tiempos daba yo no sé qué consejos ni dónde y que había ejecutado con mucha distinción una misión que le había sido confiada. Conociéndole desde hacía un mes, yo no le habría supuesto jamás capacidades especiales para ser consejero. Se había notado *(aunque yo, por mi parte, no haya observado nada)* que después de su ataque había quedado afectado por la singular manía de querer casarse lo antes posible y que, más de una vez en el curso de aquellos dieciocho meses, había pensado realizar aquella idea. En el mundo, a1 parecer, se sabía aquello y se estaba interesado en el asunto. Pero como aquella inclinación no respondía apenas a los intereses de ciertas personas que le rodeaban, por todas partes se montaba la guardia en torno al anciano. Su familia no era numerosa; hacía ya veinte años que.él estaba viudo y no tenía más que una hija única, aquella viuda de general que se esperaba que llegase de Moscú de un día a otro, una persona joven cuyo carácter él temía visiblemente. Pero tenía una masa de parientes lejanos, sobre todo por parte de su difunta esposa, y todos los cuales estaban, por así decirlo, en la miseria; además de eso, existía la multitud de sus pupilos varones y hembras, objetos de sus beneficencias, y todos los cuales aguardaban una pequeña parte en el testamento y por consiguiente ayudaban a la generala a vigilar al anciano. Tenía éste además, desde su juventud, una singularidad de la que no sabría decir si era ridícula o no: la de casar a muchachas pobres. Las casaba desde hacía veinticinco años: parientes lejanos, nietas de primos hermanos de su mujer, ahijadas, y hasta la hija de su portero. Empezaba trayéndolas a su lado, muy niñas todavía, las hacía educar por institutrices y criadas francesas, luego las enviaba a los mejores establecimientos de instrucción, y por fin las dotaba. Todo aquel mundo giraba perpetuamente en torno a él. Naturalmente, las pupilas, una vez casadas, tenían a su vez hijas, todas estas hijas aspiraban también a su protección, en todas partes era padrino, todo aquel mundo venía a felicitarle en su fiesta y todo aquello le resultaba extremadamente agradable.

Una vez en su casa, noté en seguida que en el cerebro del anciano se albergaba una convicción - era imposible no notarlo -, a saber que la gente le consideraba ahora con un aire extraño, que no se le trataba ya como antes, cuando el estado de su salud era perfecto; esa impresión no le abandonaba jamás, ni siquiera en las reuniones mundanas más alegres. El anciano se hizo susceptible; notaba algo en todos los ojos. La idea de que se le tuviese aún por loco le atormentaba visiblemente; incluso a mí mismo me miró a veces con desconfianza. Y si alguna vez se hubiese enterado de que alguien propagaba o confirmaba aquel rumor respecto a él, creo que ese hombre absolutamente sin rencor alguno se habría convertido en su enemigo mortal. Esto es lo que os ruego que tengáis en cuenta. Añadiré que esto fue también lo que me decidió desde el primer día a no tratarlo brutalmente; incluso me sentía feliz cuando por casualidad se me presentaba la ocasión de alegrarlo o de distraerlo; no creo que esta confesión pueda echar ninguna sombra sobre mi dignidad.

Tenía invertida en negocios una gran parte de su fortuna. Después de su enfermedad había adquirido una participación en una gran sociedad anónima. Por lo demás muy sólida *(14)*. Y

aunque la empresa fuera gobernada por otros, él se interesaba también, frecuentaba las reuniones de los accionistas, se hizo elegir miembro fundador, asistía a los consejos, pronunciaba largos discursos, refutaba, hacía ruido, con una satisfacción manifiesta. Le encantaba pronunciar discursos: por lo menos todo el mundo podia así ver su ingenio. Y de una manera general, incluso en su vida privada más íntima, le encantaba enormemente colocar en su conversación algunas sentencias profundas o algunas frases brillantes; y yo lo comprendo. Había en su palacio, en el piso inferior, una especie de mostrador doméstico en el que un empleado se ocupaba de los negocios, hacía las cuentas y llevaba los libros, sin dejar de gobernar la casa. Este empleado, que tenía además un puesto oficial, era completamente suficiente, pero, por deseos del príncipe, se me colocó junto a él, con el pretexto de ayudarle.

Ünicamente que fui trasladado en seguida a1 gabinete del príncipe, y con mucha frecuencia no tenía delante de mí, ni siquiera para cubrir las apariencias, ni trabajo ni papeles ni libro.

Escribo hoy como un hombre que se ha serenado hace mu cho tiempo y está de vuelta de muchas cosas; pero ¿cómo representaría yo la pena *(de la que me acuerdo aún tan vivamente)* que invadía entonces mi corazón y sobre todo mi turbación de aquella época, que me condujo a un estado tal de inquietud y de acaloramiento, que ya no dormía por las noches, a causa de mi misma impaciencia y de los enigmas que me proponía a mí mismo?

II

Pedir dinero es una cosa muy sucia; incluso un salario, si en alguna parte de los repliegues de la conciencia se siente que ese salario no está bien ganado. Ahora bien, la víspera, mi madre, cuchicheando con mi hermana a propósito de Versilov *(«para no causarle pena a Andrés Petrovitch»)*. había manifestado su intención de llevar al Monte de Piedad un icono al que ella estimaba mucho. Yo tenía un salario de cincuenta rublos por mes, pero ignoraba en absoluto cómo lo percibiría; al colocarme, no se había precisado nada. Tres días después, al encontrarme abajo con el empleado, le pregunté dónde podría hacer que me pagaran. El otro me miró con una sonrisa de hombre asombrado *(no me tenía la menor simpatía)*:

—¿Es que tiene usted que cobrar algo?

Yo esperaba que él agregase, inmediatamente después de mi respuesta:

—¿Y por qué?

Pero se limitó a responder secamente:

—No sé nada —sumergiéndose luego en su libro rayado al que iba volcando cuentas escritas en tiras de papel.

Por lo demás, él bien sabía que yo realizaba algún trabajo, a pesar de todo. Quince días antes, me había llevado exactamente cuatro días ocupado en un trabajo que él mismo me encargó: copiar en limpio un borrador. Había sido preciso redactarlo casi todo de nuevo. Era un amasijo de « ideas» del príncipe, ideas que se disponía a presentar al comité de los accionistas. De todo aquello había que componer un todo, y arreglar el estilo. A continuación

el príncipe y yo nos pasamos todo un día hablando de aquel documento, y discutió muy vivamente conmigo; pero se quedó satisfecho. Solamente ignoro si el escrito fue remitido o no. No mencionaré dos o tres cartas de negocios que escribí también a petición suya.

Si me fastidiaba lo de pedir mi salario, era porque había resuelto dejar la colocación, presintiendo que me vería obligado a irme también de allí, a causa de ciertas circunstancias inevitables. Aquella mañana, una vez despierto y dispuesto a vestirme en el piso alto, en mi habitacioncita, sentí que el corazón me latía con fuerza y tuve que imponerme a mí mismo para fingir indiferencia, pero al entrar en las habitaciones del príncipe, volví a sentir todavía la misma turbación: aquella mañana debería llegar la persona, la mujer de la que yo aguardaba la explicación de todo lo que me atormentaba. Era la hija del príncipe, la generala Akhmakova, aquella viuda joven de la que ya he hablado y que estaba en guerra abierta con Versilov. ¡He escrito ese nombre por fin! Naturalmente yo no la había visto nunca y no podía figurarme cómo le hablaría ni si le hablaría; pero me parecía *(quizá con razones suficientes)* que con su venida se disiparían las tinieblas que, a mis ojos, rodeaban a Versilov. No podía estar tranquilo: era un terrible fracaso encontrarse desde el primer momento tan cobarde y tan torpe; era terriblemente curioso y sobre todo odioso: tres impresiones a la vez. Aquel día lo recuerdo con todo detalle.

Mi príncipe no sabía nada aún de la llegada probable de su hija. No la aguardaba antes de una semana. Yo me había enterado la víspera y totalmente por azar: Tatiana Pavlovna, que había recibido una carta de la generala, había dejado escapar su secreto delante de mí, hablando con mi madre. En vano se habían esforzado en hablar en voz baja y con términos vagos; yo lo había adivinado todo. No es que estuviese escuchando, eso es evidente; pero no pude menos que poner el oído alerta cuando vi de repente hasta qué punto mi madre se turbaba al enterarse de la llegada próxima de aquella mujer. Versilov no estaba en casa.

Yo no quería avisar al anciano, porque había podido notar durante todo aquel tiempo cómo temía él aquella llegada. E incluso, tres días antes, se había dejado decir, tímida y vaga mente, que aquella llegada la temía por mí, o más bien que por mi causa habría una discusión. Debo añadir sin embargo que, con respecto a su familia, conservaba su independencia y su superioridad, sobre todo en asuntos de dinero. Mi primera conclusión respecto a él fue que no era más que una mujercilla; pero en seguida tuve que enmendar aquel juicio en el sentido de que, si era una mujercilla, le quedaba sin embargo a veces una cierta terquedad, a falta de virilidad verdadera.

Había instantes en los que, con su carácter en apariencia cobarde y maleable, se ponía casi insufrible. Versilov me explicó la cosa en seguida más detalladamente. Anoto ahora con curiosidad que casi nunca hablábamos de la generala, por así decirlo evitábamos hablar de ella: era yo sobre todo quien lo evitaba, y él a su vez evitaba hablar de Versilov, y yo adivinaba que no me respondería en caso de hacerle una de esas preguntas delicadas sobre cosas que me intrigaban tanto.

Si se quiere saber de qué hablamos durante todo aquel mes, responderé: en resumen, de todo, pero siempre de cosas raras. Lo que me agradaba mucho era la extrema bonachonería con la que me trataba. A veces yo consideraba a aquel hombre con un asombro extremado y me preguntaba: « ¿Dónde ha podido encajar bien? En el Instituto, en el cuarto curso por ejemplo, habría sido un camarada encantador.» Yo estaba también impresionado por su rostro: parecía extraordinariamente serio *(y casi guapo)*, seco; cabellos rizados, blancos, espesos, ojos abiertos; en toda su persona era enjuto, de buena estatura; pero su rostro tenía la particularidad más bien desagradable, casi inconveniente, de pasar de pronto de una seriedad extrema a una alegría excesiva, que el que le veía por primera vez no habría podido prever jamás. Se lo dije a Versilov, que me escuchó con curiosidad; sin duda no me creía capaz de hacer tales observaciones; pero indicó como de paso que eso le acontecía al príncipe desde su enfermedad y en la época más reciente.

Con frecuencia hablábamos de dos temas abstractos: Dios y su existencia - ¿existe o no? - y de las mujeres. El príncïpe era muy religioso y muy sensible. Tenía en su despacho un inmenso armario de iconos con una lámpara. Pero en ciertos rnomentos le asaltaba la murria y se ponía de golpe y porrazo a dudar de la existencia de Dios, y decía cosas sorprendentes, para provocar mi réplica. Yo era bastante indiferente, de una manera general, a aquella idea, pero esto no impedía que nos enzarzásemos los dos y siempre sinceramente. Por lo demás, todas aquellas conversaciones me han dejado, hasta hoy día, un recuerdo agradable. Sin embargo, lo más agradable para él era charlar sobre las mujeres, y como, no gustándome apenas ese tema de conversación, yo no podía ser un buen interlocutor, a veces se mostraba dolido por eso.

Se puso justamente a hablar de ese tema desde el momento en que llegué a su casa aquella mañana. Me lo encontré de muy buen humor, siendo así que la víspera lo había dejado extremadamente cariacontecido. Ahora bien, me hacía una falta enorme resolver aquel mismo día la cuestión de mi salario, antes de la llegada de ciertas personas. Yo preveía que aquel día seríamos seguramente interrumpidos *(no en vano me latía tan fuertemente el corazón)*; y entonces no tendría quizá valor para hablar de dinero. Pero como la conversación no recaía sobre el dinero, me enfurecí naturalmente contra mi estupidez y, me acuerdo muy bien de ello, por reacción contra alguna pregunta suya verdaderamente demasiado alegre, le expuse mis ideas sobre las mujeres de un solo tirón y con una vivacidad extraordinaria. Resultó así que .se desbocó todavía más y siempre a mi costa.

III

... No me gustan las mujeres, porque son groseras, porque son torpes, porque no tienen iniciativa y porque llevan un vestido absurdo.

Tal fue la conclusión desordenada de mi larga parrafada.

—¡Piedad para ellas, querido mío! —exclamó él, terriblemente divertido, lo que me enfureció aún más.

Soy conciliador y minucioso solamente en las cosas pequeñas; en las grandes no cedo jamás. En las cosas pequeñas, en vagas actitudes mundanas, se puede hacer de mí todo lo que se quiera, y maldigo siempre ese rasgo de mi carácter. Por no sé qué infecta bonachonería, he estado a veces dispuesto a aprobar incluso a un fatuo mundano, únicamente porque me sentía encantado por su cortesía, o a emprender una discusión con un imbécil, cosa que es de lo más imperdonable. Todo eso a causa de no saberme contener y porque he crecido en mi rincón. Uno se va furioso y jura no volver a empezar, pero al día siguiente es la misma historia. He ahí por qué se me ha tratado a veces como a un chiquillo de dieciséis años. Pero en lugar de adquirir el dominio de mí mismo, prefiero, aun hoy día, encerrarme más y más en mi rincón, aunque sea en la forma más misántropa: « ¡Torpe si queréis, pero os digo adiós! » Y lo digo en serio y para siempre. Por lo demás, no escribo esto en absoluto a propósito del príncipe, ni a propósito de la conversación de marras.

No estoy hablando para divertirle a usted - casi le grité -. Expreso sencillamente mi opinión.

—Pero ¿en qué son groseras las mujeres y por qué están vestidas de una manera absurda? Eso es lo que me parece nuevo.

—Son groseras. Vaya usted al teatro, vaya al paseo. Todos los hombres saben caminar por la derecha, se llega a un cruce y se cede el paso, yo cojo por la derecha y el otro también. La mujer, quiero decir la señora, porque estoy hablando de las señoras, arremete contra uno sin mirarlo siquiera, como sí estuviésemos obligados a desviarnos para cederles el sitio. Yo estoy dispuesto a ceder ante una criatura más débil, pero aquí no es cuestión de derecho. ¿Por qué está ella tan segura de que estoy obligado a hacerlo? ¡He ahí lo indignante! En esos encuentros escupo siempre de disgusto. Después de lo cual, ellas gritan que se las humilla, reclaman la igualdad. ¡La igualdad! ¡Cuando me empujan o me llenan la boca de polvo!

—¡De polvo!

—Sí. Porque van vestidas de una manera inconveniente. Hay que ser tan depravado para no notarlo. En los tribunales se hacen los juicios a puerta cerrada cuando se va a tratar de cosas inconvenientes: ¿por qué se permiten esas cosas en la calle, donde el público es aún más numeroso?

»Se cuélgan ostensiblemente polisones en el trasero, para demostrar que son mujeres guapas. ¡Ostensiblemente! Yo no puedo dejar de notarlo, los muchachos lo notan también, el niño, el jovencito que empieza, también lo nota. Es una infamia. ¡Que los viejos libertinos las admiren y corran detrás con la lengua afuera, ¡sea!, pero hay una juventud pura, a la que es preciso preservar. No queda más que escupir de disgusto. Va andando por el bulevar y detrás de ella una cola de un me tro barre el polvo. Usted, que va detrás, tiene que salir corriendo para rebasarla o bien dar un salto de costadillo, de lo contrario ella le meterá en la boca y en la nariz dos kilos de polvo. A más de eso, esa seda, la pasea ella sobre los guijarros durante tres kilómetros, simplemente para obedecer a la moda, y su marido gana quinientos rublos por año

en el Senado: ¡he ahí de donde vienen todos los tiestos! Yo escupo encima, escupo ruidosamente y suelto un juramento.

Anoto esta conversación de manera un poco humorística y con mi vivacidad de entonces; pero las ideas siguen siendo aún las mías.

—¿Y no te ha pasado nada? —se interesa el príncipe.

—Escupo y paso. Naturalmente, ella comprende, pero no lo deja entrever, avanza majestuosamente sin volver la cabeza. Una solo vez he disputado muy en serio con dos mujeres, las dos con cola, en el bulevar, sin palabras feas, desde luego, solamente he hecho la observación en voz alto de que aquellas colas me ofendían.

—¿Así lo dijiste?

—Desde luego. Ante todo, ese tipo de mujer traspasa las reglas de la buena sociedad. Además levanta polvo, y el bulevar es para todo el mundo: yo me paseo por él, otro se pasea, un tercero... Fedor, Iván, poco importa. Eso es lo que dije. Y por lo general no me gusta el andar de las mujeres, vistas de espalda; lo he dicho también, pero por alusión.

—Pero, amigo mío, puedes buscarte un 1ío desagradable. Podrían llevarte ante el juez de paz.

—¡Imposible! ¿De qué podían ellas quejarse? Un hombre pasa a su lado y va hablando solo. Cada cual tiene derecho a expresar sus opiniones en voz alto. Yo hablaba en abstracto, sin dirigirma a ellas. Son ellas las que me han atacado: ellas se han puesto a decir palabras gruesas mucho más feas que las mías; que yo era un vago, que debían dejarme sin postre, que era un nihilista, que se me debía llevar al calabozo municipal, que las había insultado porque eran solas y débiles y que, si hubiesen tenido un hombre con ellas, me habría escapado aprisa y corriendo. Declaré fríamente que sería mejor que me dejasen tranquilo y yo pasaría por el otro lado. Pero, para demostrarles que no tenía miedo de sus maridos y que estaba dispuesto a aceptar el desafío, las seguiría a veinte pasos hasta sus casas, luego me apostaría delante de su puerta y aguardaría a11í a sus maridos. Eso es lo que hice.

—¿Es posible?

—Desde luego. Era una tontería, pero yo estaba rabioso. Ellas me arrastraron así más de tres kilómetros, con un color tórrido, hasta los Institutos de señoritas. En seguída entraron en una casa de madera sin pisos, muy decorosa, tengo que reconocerlo, en las ventanas de la cual se veían muchas flores, dos canarios, tres perritos y grabados puestos en sus marcos. Me quedé una media hora delante de la casa, en plena calle. Ellas miraron tres veces a hurtadillas, luego bajaron todas las persianas. Por fin, por una puertecita salió un funcionario de edad madura. A juzgar por su aspecto, debía de estar durmiendo y lo habían despertado a propio intento; estaba con ropa de dormir o, por lo menos, vestido muy sumariamente; se apostó ante la puertecilla, con las manos detrás de la espalda, y se dedicó a mirarme; yo le miraba. Luego él apartó la vista, me miró después una vez más, y de pronto me sonrió. Volví la espalda y me fui.

—¡Pero, amigo mío, eso es Schiller! *(15)*. Una cosa me ha asombrado siempre: tienes las mejillas rojas, la cara te brilla de salud, y... semejante..., sí, se le puede llamar así, ¡semejante repugnancia hacia las mujeres! ¿Es posible que la mujer no te produzca, a tu edad, una cierta impresión? Yo. mon cher yo no tenía más que once años cuando mi preceptor me hacía observar que miraba demasiado de cerca las estatuas del Jardín de Verano *(16)*.

—Está usted empeñado en que haga una visita a cualquier Josefina de esos parajes y le traiga luego noticias. ¡Es inútil! A los trece años he visto la desnudez femenina, toda por entero. Desde aquel momento no tengo más que rcpugnancia por ella.

—¿En serio? Pero, cher enfant *(17)*, una mujer hermosa y joven es como una manzana. ¿Qué hay en eso de repugnante?

—En mi antigua pensión, en casa de Tuchard, antes del Instituto, yo tenía un camarada llamado Lambert. Me pegaba siempre, pordue tenía tres años más que yo, y yo le servía y le sacaba las botas. El día de su confirmación, el abate Rigaud vino a visitarlo con motivo de su primera comunión; los dos se lanzaron al cuello el uno del otro con grandes llantos y el sacerdote to estrechó contra su pecho con toda clase de gestos. Yo lloraba también, y sentía muchos celos. Cuando su padre murió, salió de la pensión, estuve sin verle más de dos años, y luego me lo encontré en la calle. Dijo que me vendría a ver. Yo estaba entonces en el Instituto y vivía en casa de Nicolás Semenovitch. Vino una mañana, me enseñó quinientos rublos y me invitó a seguirle. Por más que dos años antes me pegara, siempre había tenido necesidad de mí, y no solamente para quitarse las botas; me contaba todos sus asuntos. Me dijo que aquel mismo día había robado el dinero a su madre, haciendo un duplicado de la llave de su cofrecito, porque el dinero del padre le pertenecía legalmente y ella no tenía derecho a negárselo; que el abate Rigaud había venido la víspera por la noche a sermonearlo: había entrado, se había colocado delante de él y se había puesto a gimotear, fingiendo horror y levantando los brazos al cielo: «yo saqué mi navaja y dije que iba a degollarlo» *(pronunciaba degoyallo)*. Nos fuimos juntos al Kuznetski. Me contó por el camino que su madre tenía relaciones con el abate Rigaud, que él se había dado cuenta, que se ciscaba en todo, que todo lo que decían de la comunión eran tonterías. Habló todavía muchísimo más, y a mí me daba miedo. En el Kuznetski compró una escopeta de dos tiempos, un morral, cartuchos, una fusta y una libra de bombones. Nos fuimos a cazar por los alrededores y por el camino nos encontramos a un pajarero con jaulas. Lambert le compró un canario. En un bosquecillo, soltó el canario, que no podía volar bien, al salir de la jaula, y le tiró, pero sin darle. Era la primera vez en su vida que tiraba, pero, desde hacía mucho tiempo ya, quería comprar una escopeta; en casa de Tuchard aque llo había sido por mucho tiempo el sueño de nosotros dos. Estaba como ahogado por la emoción. Sus cabellos eran de un negro espantoso, la cara blanca y roja, como una máscara, la nariz larga y corva como la tienen los franceses, los dientes blancos, los ojos negros. Ató al canario con un hilo a una rama y, con los dos cañones, a boca de jarro, a cuatro centímetros de distancia, soltó dos disparos que lo destrozaron en mil plumitas. En seguida deshicimos el

camino, entramos en un hotel, tomamos una habitación, comimos, y bebimos champaña. Llegó una señora... me acuerdo que me quedé muy impresionado por el lujo de su indumentaria, su vestido de seda verde. Allí fue donde vi todo... eso de lo que le he hablado a usted... En seguida nos pusimos otra vez a beber y a enfadarla y a injuriarla. Estaba desnuda. Él escondió la ropa y, cuando ella se enfadó y reclamó la ropa para vestirse, le dio con toda su fuerza un fustazo en las espaldas desnudas. Me levanté, le cogí por los cabellos y le golpeé tan diestramente que, al primer golpe, cayó en tierra. Se apoderó de un tenedor y me lo clavó en el muslo. A mis gritos, la gente acudió, y pude huir. Desde entonces la desnudez me causa horror. Y, créalo usted, era una belleza.

A medida que yo hablaba veía como la fisonomía del príncipe pasaba del regocijo a la tristeza.

—Mon pauvre enfant! Siempre he estado convencido de que tu infancia ha conocido muchos días desgraciados.

—No se inquiete usted por rní, se to ruego.

—Pero estabas solo, tú mismo me lo has dicho. En cuanto a ese Ambert, me has hecho un retrato de él...: ese canario, esa confirmación con llanto sobre el pecho, y seguidamente, un año después, esa historia de su madre con el abate... O mon cher! Esta cuestión de la infancia es sencillamente terrible en nuestra época: mientras esas cabecitas doradas, con sus bucles y su inocencia, en su primera infancia, evolucionan delante de uno, mirándolo, con sus risas claras y sus ojos luminosos, se creería estar viendo ángeles del buen Dios o pajarillos encantadores; pero más tarde... ¡más tarde sucede que mejor habrían hecho no creciendo!

—¡Oh, príncipe, he aquí que se desanima usted! Se diría en realidad que tiene usted hijos. Sin embargo, no los tiene ni los tendrá nunca.

—Tiens! —y todo su rostro cambió de pronto—. justamente Alexandra Petrovna, anteayer, ¡ja, ja! Alexandra Petrovna Sinitskaia, tú debes de haberla encontrado aquí hace tres semanas, figúrate que anteayer, a mi observación burlona de que, si yo me casaba ahora, podría estar seguro por lo me nos de no tener hijos, me replicó súbitamente, casi con una especie de rabia: «Al contrario, usted los tendrá, la gente como usted es la que los tiene oblígatoriamente, y vendrán dentro del primer año, ya lo verá.» ¡Ja, ja! Todo el mundo se figura, no sé por qué, que voy a casarme. En fin, aunque esto se diga con malignidad, confiesa que es ingenioso.

—Ingenioso, pero ofensivo.

—Oh, cher enfant, hay gente con la que no se puede uno ofender. Lo que aprecio más en la gente es el ingenio, que por lo visto está en vías de desaparecer. Pero, ¿es que hay que echar cuenta de lo que pueda decir Alexandra Petrovna?

—¿Cómo, que ha dicho usted? Hay gente con la que no se puede... ¡Está muy bien eso! No todo hombre merece que se le preste atención. ¡Regla admirable! Justamente es una regla así la que yo necesito. Voy a anotarla. Príncipe, de vez en cuando dice usted cosas maravillosas.

Todo su rostro se iluminó.

—Nest —ce pas? Cher enfant, el verdadero ingenio desaparece, y cada día más. Eh mais... C'est moi qui connais les fem mes. Créeme, la vida de toda mujer, cualesquiera que sean sus palabras, no es más que la búsqueda eterna de un amo... Una sed de obediencia, por decirlo así. Y, nótalo bien, sin la menor excepción.

—¡Absolutamente justo, admirable! —exclamé yo, entusiasmado.

En otro momento cualquiera, nos habríamos lanzado inmediatamente a consideraciones filosóficas sobre este tema, a lo menos durante una hora larga, pero de repente me sentí como mordido y me ruboricé hasta la raíz de los cabellos. Me pareció que, alabando sus frases brillantes, yo lo halagaba por su dinero y que, de todos modos, se quedaría persuadido de aquello cuando le formulase mi petición. Por eso menciono el hecho aquí.

—Príncipe, le quedaría muy reconocido si me hiciera entregar hoy mismo los cincuenta rublos que me debe de este mes —dije de una tirada y con una irritación que rozaba la grosería.

Me acuerdo *(porque se me ha quedado impresa er la me moria toda aquella mañana hasta en sus menores detalles)* que entonces se produjo entre nosotros una escena odiosa, por su realismo. Al principio, no me comprendió, me miró largo rato, sin llegar a entender de qué dinero quería yo hablarle. Era evidente que ni siquiera tenía la más mínima idea de que yo percibiese un salario. ¿Y por qué, por otra parte? Es cierto que en seguida me aseguró que se había olvidado y que, inmediatamente después de haber comprendido, sacó instantáneamente cincuenta rublos, apresurándose a incluso poniéndose colorado. Viendo aquello, me levanté y declaré categóricametite que ahora ya no podía yo aceptar dinero alguno, que si se me había hablado de un sueldo, era sin duda error o engaño, para que yo no me negase a aceptar el puesto, y que yo comprendía ahora demasiado bien que no tenía nada que percibir, puesto que nada tenía que hacer. El príncipe se asustó y se esforzó en persuadirme de que yo le prestaba servicios inmensos, que se los prestaría todavía más y que cincuenta rublos eran una suma tan ínfima, que, por el contrario, me la aumentaría, porque era deber suyo, y que él mismo se había puesto de acuerdo con Tatiana Pavlovna, pero que había cometido «un olvido imperdonable». Estallé y declaré definitivamente que me deshonraría percibiendo dinero por relatos escandalosos sobre la manera como había acompañado a dos suripantas hasta los Institutos, que yo no estaba a su servicio para divertirle, sino para trabajar en serio, que, si él no tenía trabajo, era preciso poner punto final, etc., etc. Yo no tenía la menor idea de que uno pudiese asustarse tanto como él se asus tó después de aquellas palabras. Evidentemente, el asunto terminó de esta forma: dejé de protestar, y él me metió entre las manos, a pesar de todo, aquellos cincuenta rublos. ¡Todavía me acuerdo con la frente llena de vergüenza habérselos aceptado! En este mundo todo termina con alguna bajeza. Y, lo que es peor, casi llegó a demostrarme que yo había ganado indiscutiblemente aquel dinero, y cometí la estupidez de creerlo. Me parecía absolutamente imposible no tomarlos.

—Cher, cher enfant! —exclamaba abrazándome y cubriéndome de besos *(lo confieso, yo estaba a punto de llorar, el diablo sabe por qué, pero me contuve a incluso hoy día, al escribir, el*

rubor me sube a la cara)—. Querido amigo, tú eres para mí casi un hijo, tú te has convertido durante este mes en un pedazo de mi corazón. En el «gran mundo» no hay más que el «gran mundo» y nada más. Catalina Nicolaievna —su hija— es una mujer brillante y estoy orgulloso de ella, pero con mucha frecuencia, querido mío, ella me hiere... En cuanto a esas muchachas *(elles sont charmantes)* y a sus madres, que vienen a felicitarme en mai onomástica, se traen consigo sus labores y son incapaces de decir una palabra. Tengo ya, hechos por ellas, docenas de cojines, siempre con perros y ciervos. Las quiero mucho, pero contigo me siento casi como con un hijo, o, mejor, con un hermano y me gusta sobre todo cuando me replicas... Tú tienes letras, tú has leído, tú eres capaz de entusiasmo...

—No he leído nada y no tengo letras en absoluto. He leído todo lo que me ha caído en las manos, y estos dos últimos años no he leído nada de nada y nunca leeré ya.

—¿Y por qué eso?

—Mis propósitos son otros.

——Cher..., será una lástima si, al fin de tu vida, te dices como yo: Je sais tout, mais je ne sais rien de bon. ¡No sé verdaderamente para qué he vivido! Pero... te debo tanto... quería incluso...

Se interrumpió de repente, se ensombreció, y se quedó pensativo. Después de cualquier arrebato *(y esos arrebatos podían ocurrirle en cualquier instante, Dios sabe por qué motivo)*, solía perder durante cierto tiempo la facultad de razonar y de comportarse; por lo demás, se recuperaba tan rápidamente y de una manera tan total, que todo aquello no le causaba demasiado daño. Nos quedamos así por espacio de un minuto. Su labio inferior, muy ancho, le colgaba completamente... Lo que más me asombraba, era que hubiese nombrado a su hija, y sobre todo con tanta franqueza. Se lo atribuía al desarreglo de su espíritu.

—Cher enfant, no me tomarás a mal, ¿verdad?, que te hable de tú —soltó de improviso.

En lo más mínimo. Al principio, las primeras veces, lo confieso, la cosa me chocó un poco y quería hablarle a usted también de tú. Pero después he visto que era una tontería, puesto que usted no me tuteaba para humillarme.

Ya no me escuchaba y había olvidado su pregunta.

—Bueno, ¿y tu padre?

Bruscamente alzó hacia mí su mirada pensativa.

Me estremecí. Por lo pronto, llamaba a Versilov mi padre, cosa que no se permitía hacer jamás conmigo; además, era él el primero que había hablado de, Versilov, lo que no ocurría nunca.

—¡Está sin dinero y se lo llevan los diablos! —respondí secamente, pero ardiendo de curiosidad.

—Sí, sin dinero. Hoy precisamente va su asunto al tribunal de apelación, y estoy esperando el príncipe Sergio para ver qué me dice. Me ha prometido que vendrá directamente desde el tribunal aquí. Ho y se decide el destino de todos ellos: se trata de sesenta mil o de ochenta mil.

Evidentemente, yo siempre le he tenido simpatía a Andrés Petrovitch *(es decir, a Versilov)*, y creo qua será él quien ganará, pero los príncipes se quedarán sin nada. ¡Es la ley!

—¿Hoy? —exclamé estupefacto.

La idea de que Versilov ni siquiera se había dignado comunicarme esta noticia me llenaba de estupor. «Entonces no ha dicho nada a mi madre, ni a nadie quizá - pensé yo al punto -. ¡Vaya un carácter! »

—¿Y el príncipe Sokolski está en Petersburgo? —De golpe y porrazo se me había ocurrido una idea muy distinta.

—Desde ayer. Ha venido directamente de Berlín, especialmente para este día.

Otra noticia de extrema importancia para mí. «Y vendrá hoy, el mismo individuo que le dio a él una bofetada»

—Bueno —la fisonomía del príncipe cambió súbitamente—, continuará predicando, y sin duda... cortejará a las jóvenes, a las muchachitas sin experiencia. ¡Ja, ja! A propósito de esto, tengo una anécdota muy divertida... ¡Ja, ja!

—¿Quién predica? ¿Quién corteja a las muchachas?

—¡Andrés Petrovitch! ¿Podrás creerlo? Entonces estaba pendiente de todos nosotros: ¿qué comemos?, ¿en qué pensamos? O cosas por el estilo. Nos llegaba a dar miedo: «Si sois religiosos, ¿por qué no entráis en el convento?» ¡Ni más ni menos! Mais quelle idée! Quizá tenía razón, pero ¿no era algo demasiado riguroso? A mí sobre todo, a mí era cosa que le encantaba asustarme con el juicio final.

—Yo no he notado nada de esa índole, y, sin embargo, hace ya un mes que estamos viviendo juntos —respondí con impaciencia.

Estaba muy molesto al ver que no se recuperaba del todo y que balbuceaba sin orden ni concierto.

—Entonces es que ahora ya no lo dice, pero, créelo, es completamente cierto. Es un hombre espiritual, indudablemente, y de una ciencia profunda; pero ¿tiene la cabeza en su sitio? Todo eso le ha pasado después de sus tres años de estancia en el extranjero. Y to confieso, me sentí trastornado... como todo el mundo, por otra parte... Cher enfant, j'aime le bon Dieu... yo creo, creo todo lo que me es posible creer, pero en aquellos momentos... me hizo salir de mis casillas. Admitamos que empleé un procedimiento poco caballeresco, pero lo hice adrede, por despecho, y por lo demás, en el fondo, mi objeción era tan seria como lo ha sido siempre desde el principio del mundo: «Si existe un Ser Supremo, le decía yo, y si existe personalmente, y no bajo la forma de un espíritu repartido a través de la creación, bajo la forma de un líquido por ejemplo *(porque. entonces es todavía más difícil de comprender)*, ¿dónde reside, pues? Amigo mío, c'était béte, sin duda alguna, pero ¿es que todas las objeciones no vienen a desembocar ahí? Un domicile, es una cosa grave. Se enfadó terriblemente. Era que allá abajo se había convertido al catolicismo.

—También yo to he oído decir. Seguramente es una mentira.

—Te lo garantizo, por lo que haya de más sagrado. Obsérvalo bien... Por lo demás, tú mismo dices que ha cambiado. Pues bien, en el momento que nos atormentaba tanto, ¿podrás creerlo?, se daba aires de santo, ¡no le faltaban más que los milagros; Nos pedía cuentas de nuestra conducta, ¡te lo juro! ¡Milagros! En voilà une autre! Todo lo monje o ermitaño que quieras, pero el caso es que se paseaba con traje de paisano y todo lo demás... ¡y después de eso, milagros! Extraño deseo para un hombre de mundo y, lo confieso, un gusto raro. No digo... desde luego, son cosas sagradas, y todo puede suceder... Además, todo eso, es de l'inconnu, pero para un hombre de mundo es incluso una inconveniencia. Si la cosa me sucediera a mí, o si se me ofreciera, yo rehusaría, lo juro. Supongamos por ejemplo que ceno hoy en el círculo, que en seguida, de golpe y porrazo, he aquí que me pongo a hacer milagros. ¡Se reirían de mí! Es lo que le dije entonces... Llevaba cadenas *(18)*.

Enrojecí de cólera.

—¿Las vio usted esas cadenas?

—No es que las viera, pero...

—Entonces, se lo digo a usted, son mentiras, no es más que un amasijo de viles comadreos, una calumnia de enemigos, o más bien de un enemigo, principal a inhumano, puesto que él. no tiene más que un enemigo, ¡y es su hija de usted!

El príncipe estalló a su vez.

—Mon cher, te to ruego, a insisto en ello, te encarezco que, a partir de hoy, el nombre de mi hija no se pronuncie jamás delante de mí a propósito de esa historia infame.

Hice ademán de levantarme. Ël estaba fuera de sí; le temblaba la barbilla.

—Cette histoire infâme!... Yo no me la creía, no he querido jamás creer en eso... Pero... me lo han dicho: créeme, créeme, yo...

En aquel momento entró un criado y anunció una visita. Me volví a sentar.

IV

Entraron dos señoras, o más bien dos muchachas. Una era la nieta de un primo hermano de la difunta mujer del príncipe, o algo por el estilo, protegida suya, a la cual le había otorgado ya una dote y que *(lo anoto para el porvenir)* tenía ya fortuna; la segunda era Ana Andreievna Versilova, hija de Versilov, tres años mayor que yo y que vivía con su hermano en casa de los Fanariotova, no habiéndola yo visto hasta ahora más que una sola vez, de paso, en la calle, aunque, por otra parte, tuve unas palabras, también de paso, en Moscú, con su her mano *(es muy posible que más ádelante mencione esta escaramuza, si tengo ocasión, porque en el fondo no vale la pena)*. Esta Ana Andreievna había sido desde su infancia la gran favorita del príncipe *(las relaciones de Versilov con el príncipe se habían iniciado hacía muchísimo tiempo)*. Yo estaba tan turbado por lo que acababa de suceder, que, a su entrada, ni siquiera me levanté, aunque el príncipe se hubiese levantado para acogerlas; después pensé que ya sería vergonzoso levantarse, y me quedé en mi sitio. Sobre todo estaba desorientado por el hecho de que el príncipe me

hubiese gritado tres minutos antes, y seguía sin saber si debía irme o no. Pero mi buen viejo lo había olvidado ya todo, como era su costumbre, y se animó del todo, muy agradablemente, al ver a las jóvenes. Incluso se las arregló, con una fisonomía cambiada rápidamente y un guiño de ojos misterioso, para susurrarme a toda prisa, justo un segundo antes de que entraran:

—Observa —bien a Olimpia, mírala atentamente, muy atentamente... ya te contaré luego...

La mire con bastante atención y no le encontré nada de particular: una muchacha de una estatura media, fuerte, con mejillas extraordinariamente rojas. Un rostro por lo demás bastante agradable, de los que agradan a los materialistas. Quizás una expresión de bondad, pero con sus reservas. No sería precisamente por su inteligencia por lo que podría brillar, por lo menos en el sentido superior de la palabra, puesto que en sus ojos se leía la astucia. No más de diecinueve años. En una palabra, nada digno de atención. En el Instituto habríamos dicho: una pavita. *(Si la describo de manera tan detallada, es únicamente porque esto me servirá más tarde.)*

Por lo demás, todo lo que he descrito hasta aquí, con tantos detalles en apariencia inútiles, todo eso prepara la continuación y será necesario más adelante. Todo se volverá a encontrar en su debido momento; no he encontrado medio de evitarlo; si resulto aburrido, no me leáis.

La hija de Versilov era una persona completamente distinta. Alta, incluso un poco delgada; un rostro ovalado y notablemente pálido, aero cabellos negros y abundantes; ojos sombríos y grandes, la mirada profunda; labios pequeños y bermejos, una boca fresca. La primera mujer cuyos andares no me inspiraban repugnancia; por lo demás era fina y un poco seca. Una expresión que no era del todo bondadosa, pero seria; veintidós años. Casi ningún parecido exterior con Versilov, y sin embargo, no sé por qué milagro, un parecido extraordinario en la expresión, en la fisonomía. No sé si era bonita; eso es cuestión de gusto. Las dos iban vestidas muy modestamente: nada que describir. Yo contaba ser ofendido inmediatamente por alguna mirada o algún gesto de Versilova, y estaba preparado; desde luego había sido bien ofendido por su hermano, en Moscú, en el primer encuentro que tuvimos en la vida. Ella no podía conocerme de vista, pero desde luego había oído decir que estaba en casa del príncipe. Todo lo que proyectaba o hacía el príncipe suscitaba inmediato interés y parecía un acontecimiento en toda aquella banda de parientes y de «postulantes»: con mucha más razón el apasionamiento súbito que había concebido por mí. En compensación, yo sabía que el príncipe se interesaba muchísimo por la suerte de Ana Andreievna y le buscaba un novio. Pero encontrar ese novio era más difícil para Versilova que para las que se dedicaban a hacer labores.

Ahora bien, contra toda previsión, Versilova, después de haber estrechado la mano del príncipe y cambiado con él algunos festivos cumplidos mundanos, me miró con una curiosidad extrema, y, viendo que yo la miraba también, se inclinó brus camente con una sonrisa. En suma, acababa de entrar y se inclinaba como la que ha llegado la última, pero aquella sonrisa era tan bondadosa, que, indudablemente, era algo querido a propio intento. Me acuerdo de eso; experimenté una sensación asombrosamente agradable.

—Y aquí ——. aquí, es mi joven y querido amigo Arcadio— Andreievitch Dol... —balbuceó el príncipe notando que ella no había saludado, y que yo seguía sentado.

De repente se interrumpió: quizá se sintió confuso al pre sentarme a ella *(es decir, al preseritar el hermano a la herma na)*. La pavita me saludó también; pero súbitamente y de una manera muy estúpida estallé y salté de mi asiento: un arrebato de orgullo ficticio, absolutamente insensato; ¡siempre mi amor propio!

—Dispense, príncipe, no soy Arcadio Andreievitch, sino Arcadio Makarovitch — corté violentamente, olvidando por completo que era preciso responder a la señora con un saludo.

¡Al diablo aquella minucia incongruente!

—Mais. .. tiens! —exclamaba ya el príncipe, dándose con la mano en la frente.

—¿Dónde ha hecho usted sus estudios? —resonó en mis oídos la pregunta un poco tonta y lánguida de la pavita que se había acercado muchísimo.

—En Moscú, en el Instituto.

—Ah, ya me lo habían dicho. Bueno, ¿y enseñan bien allí?

Muy bien.

Yo seguía estando de pie, y respondía como un soldado a su jefe.

Las preguntas de aquella muchacha no denotaban ciertamente mucha imaginación, pero no por eso había dejado de encontrar algo con lo que hacer olvidar mi absurda salida de tono y calmar la turbación del príncipe, que escuchaba ya con una sonrisa gozosa las cosas alegres que le cuchicheaba al oído Versilova; se veía que no estaban hablando de mí. Pero ¿por qué aquella muchacha, que me era absolutamente desconocida, había juzgado necesario hacer olvidar mi absurda salida de tono y todo lo demás? Sin embargo, era imposible admitir que se condujera así -conmigo sin razón: ella tenía una intención determinada. Me examinaba con demasiada curiosidad; se hubiera dicho que deseaba que yo también por mi parte la observase lo más posible. Todo aquello me lo dije a mí mismo inmediatamente... y no me equivoqué.

—¿Cómo, hoy? —exclamó de repente el príncipe, saltando de su asiento.

—¿No lo sabía usted entonces? —se asombró Versilova—. Olympe!, el príncipe no sabía que Catalina Nicolaievna llega hoy. Hemos ido a casa de ella, pensábamos que había cogido el tren de la mañana y que estaba en casa desde hacía mucho tiempo. Pero acabamos de encontrárnosla en el za guán; llegaba directamente de la estación y nos ha dicho que entremos a verle a usted; ella también va a venir de un mo mento a otro... ¡por lo demás, hela aquí!

La puerta lateral se abrió y ¡apareció aquella mujer!

Yo la conocía ya de cara, por un retrato sorprendente colgado en el despacho del principe; me había estudiado aquel retrato a lo largo de todo el mes. Frente a ella pa sé en aquel despacho tres minutos, sm apartar los ojos de su rostro ni un solo segundo. Pues bien, sí yo no hubiese conocido el retrato y si me hubiesen preguntado después de aquellos tres minutos: « ¿Cómo la encuentra usted? », no habría respondido nada, porque veía turbio.

Me ha quedado de esos tres minutos el recuerdo de una mujer verdaderamente hermosa, a la que el príncipe abrazaba y bendecía con la mano y que de repente dirigió una mirada rápida - completamente de improviso, entrada apenas - hacia mí. Distinguí claramente que el príncipe, sin duda señalándome, musitaba algo, con una risita, a propósito de su nuevo secretario y pronunciaba mi nombre. Ella hizo una mueca, me lanzó una mirada desagradable y sonrió tan insolentemente, que di un paso, me aproximé al príncipe y balbuceé, temblando locamente, sin acabar una sola palabra, y, a lo que creo, rechinando los dientes:

—Así pues, yo... yo tengo ahora que hacer... me voy.

Volví la espalda y salí. Nadie me dijo una palabra, ni siquiera el príncipe; todos se limitaban a mirar. El príncipe me contó luego que yo estaba tan pálido, que él «había tenido miedo».

¡No había por qué!

Capítulo iii

I

No había por qué tener miedo: una consideración superior absorbía todos los detalles, un sentimiento potente compensaba para mí todo el resto. Salí sumido en una especie de entusiasmo. A1 poner el pie en la calle, estaba dispuesto a echarme a cantar. Como hecha adrede, la mañana era espléndida: sol, transeúntes, ruido, movimiento, alegría, muchedumbre. ¿Cómo, es que esa mujer no me ha ofendido? ¿De quién habría yo tolerado aquella mirada y aquella sonrisa insolente sin una protesta inmediata, por tonta que fuera, poco importa, de mi parte? Y notadlo, había llegado justamente con la idea de ofenderme lo antes posible, antes de haberme visto: yo era a sus ojos «el comisionado de Versilov», y estaba persuadida ya en aquel momento, y lo ha seguido estando mucho tiempo después, de que Versilov tenía entre sus manos todo el destino de ella y tenía el medio de perderla en el momento mismo, si quisiera, gracias a un determinado documento; por lo menos ella lo sospechaba. Era un duelo a muerte. Pues bien, sin embargo yo no estaba ofendido. Había ofensa, pero yo no la sentía. ¿Qué digo?, estaba incluso contento; venido para odiar, sentía incluso que empezaba a amarla. «Me pregunto si la araña puede odiar a la mosca a la que acecha y a la que atrapa. ¡Querida mosca! Me parece que uno quiere a su víctima; por lo menos se la puede amar. De esta manera yo, por lo que a mí se refiere, amo a mi enemiga: estoy terriblemente contento de que sea tan bella. Estoy terriblemente contento, señora, de que sea usted tan arrogante y tan altiva: si fuese más modesta, tendría yo menos placer. Ha escupido usted sobre mí y yo triunfo;. si me hubiese usted escupido efectivamente al rostro, quizá no me habría enfadado, porque usted es mi víctima, la mía, y no la suya. ¡Qué seductora es esta idea! No, la conciencia secreta que se tiene de su poder es infinitamente más agradable que una dominación manifiesta. Si yo fuese rico hasta el punto de tener muchos millones, creo que encontraría un gran placer llevando vestidos raídos y haciéndome pasar por el más miserable de los hombres, casi por un mendigo, haciéndome despreciar y dar de empellones: la convicción de mi riqueza me bastaría. »

He aquí cómo podría traducir mis pensamientos de entonces y mi alegría y mucho de lo que sentía. Agregaré solamente que lo que acabo de escribir es más superficial: en realidad, yo era más profundo y más pudibundo. Todavía ahora, soy más pudibundo en mí mismo que en mis palabras y en mis actos. A Dios gracias.

Quizá he hecho mal en ponerme a escribir: quedan dentro de mí infinitamente más cosas que lo que se trasluce en las palabras. El pensamiento de uno, por mezquino que sea, en tanto

que está en uno, es siempre más profundo; una vez expresado, es siempre más ridículo y más desleal. Versilov me ha dicho que lo contrario no sucede más que en la gente malvada. Éstos no hacen más que mentir, eso les resulta fácil; en cuanto a mí, me esfuerzo en escribir toda la verdad: ¡es terriblemente difícil!

II

Aquel 19 hice aún otra gestión.

Por primera vez desde mi llegada, me veía teniendo dinero en el bolsillo, puesto que los sesenta rublos reunidos en dos años se los había dado a mi madre, como ya he dicho más arriba; desde hacía algunos días, había decidido realizar, el día en que percibiese mi sueldo, una «experiencia» en la que pensaba desde hacía mucho tiempo. La víspera, había recortado de un periódico un anuncio de «el secretario ministerial en el consejo de los jueces de paz de San Petersburgo», etc., diciendo qu.e « este diecinueve de septiembre, a mediodía, en el barrió de Kazán, comisaría N.°- x, etc., etc., en la casa N.° x, serán vendidos los bienes muebles de la señora Lebrecht», y que «el inventario, las tasaciones de precio y los objetos que han de venderse podían ser vistos el día de la venta», etc., etc.

No eran mucho más de las dos. Me dirigí a pie a la dirección indicada Era el tercer año que no cogía nunca un coche: me había hecho el juramento a mí mismo *(de otra forma no habría ahorrado jamás sesenta rublos)*. No iba nunca a las subastas públicas, todavía no me lo permitía a mí mismo, y mi aproximación ahora no iba a ser más que experimental. Había decidido no emprender nada de aquello más qúe cuando hubiese salido del Instituto, después de haber roto con todo el mundo, cuando hubiera vuelto a entrar en mi concha y estuviese completamente libre. En realidad, estaba muy lejos de estar a11í, en mi concha, y lejos de estar libre; pero esta gestión había decidido hacerla únicamente a título de experiencia, para ver, casí para soñar un poco, y no volver a ello en mucho tiempo quizá, mientras no llegase el día en que me ocuparía de eso seriamente. Para los demás, no era más que una pequeña venta sin importancia; para mí, era la primera cuaderna del barco sobre el que Cristóbal Colón partió para descubrir América. He ahí cuáles eran entonces mis sentimientos.

Una vez llegado, penetré en un hueco del patio del inmueble designado en el anuncio y entré en el apartamiento de la señora Lebrecht. Se componía de un recibidor y de cuatro habitaciones pequeñas y bajas. En la primera a partir de la entrada se apretujaba una multitud de una treíntena de personas: la mitad eran pastores; los otros, a primera vista, o curiosos o aficionados, o gente que operaba a favor de los Lebrecht; había comerciantes, judíos que acechaban los objetos dorados, y algunas personas de «buen porte». Las fisonomías de algunos de estos señores se han quedado grabadas en mi memoria. En la puerta grande y abierta de la habitación de la derecha, justamente entre l.os dos batientes, se había colocado una mesa, de forma que era imposible entrar en dicha habitacióm a11í se encontraban los objetos inventariados y destinados a ser vendidos. A la izquierda había otra habitación, pero su puerta

estaba cerrada, aunque se entreabriese de vez en cuando dejando una pequeña hendidura por la que se veía mirar a alguien: sin duda un miembro de la numerosa familia de la señora Lebrecht, presa naturalmente de una gran vergüenza. Detrás de la mesa, de cara al público, se sentaba el señor secretario ministerial, revestido con sus insignias y que procedía a la subasta. Cuando llegué iban ya casi por la mitad; inmediatamente me abrí paso hasta la mesa. Estaban vendiendo candelabros de bronce. Miré.

Miré y me dije en seguida: ¿qué puedo comprar aquí? ¿Y dónde depositar estos candelabros de bronce, una vez adquiridos? ¿Es así como se hacen los negocios? ¿Pueden realizarse mis cálculos? ¿No era un cálculo infantil? Yo agitaba aquellos pensamientos y aguardaba. Era poco más o menos el sentimiento que se experimenta delante de una mesa de juego en el momento en que uno no ha coloeado aún su postura, pero en que se acerca ya con su carta: «Puedo poner, puedo marcharme, todo depende de mí.» El corazón no os late aún, pero comienza a fallaros, palpita ligeramente, sensación que no ca rece de un cierto agrado. Pero la indecision os pesa pronto, y estáis como ciego: tendéis la mano, cogéis una carta, pero maquinalmente, casi contra vuestra voluntad. Como si vuestra mano estuviese regida por otro; por fin, heos aquí decididos, apostáis, y la sensación es completamente distinta, inmensa *(19)*. No hablo de la venta, hablo de mí: ¿qué otra persona sentiría latir su corazón en una venta en pública subasta?

Había gente que se acaloraba. Había otros que se callaban y acechaban. Había algunos que compraban y se arrepentían. En cuanto a mí, no sentí la menor lástima de un señor que por error, por haber oído mal, había comprado una lecherita de imitación de plata, creyéndola de plata, por cinco rublos, en lugar de dos; incluso yo mismo me divertí mucho. El comisario-subastador variaba los objetos: después de los candelabros vinieron unos zarcillos, un cojín de cuero bordado, luego un cofrecito, sin duda por conseguir mayor variedad, o bien para responder a las exigencias del público. No pude contenerme más de diez minutos, me aproximé primeramente al cojín, luego al cofrecito, pero cada una de las veces me detuve en seco en el instance decisivo: aquellos objetos me parecían verdaderamente imposibles. Por fin entre las manos del comisario apareció un álbum.

—Un álbum, encuadernado en cuero rojo, usado, con dibujos en acuarela y en tinta china, en un estuche de marfil esculpido, con broches de plata: ¡dos rublos!

Me adelanté: el objeto parecía exquisito, pero había un defecto en el trabajado del marfil. Fui el único que me acerqué a mirar; todo el mundo se callaba, ningún competidor. Podía deshacer los atados y sacar el álbum de su estuche para examinarlo, pero no hice use de mi derecho a hice la señal, con una mano que temblaba: «¡Poco importa!»

—¡Dos rublos, cinco copeques! —dije rechinando los dientes, creo.

El álbum fue para mí. Saqué en seguida el dinero, pagué, cogí el álbum y me fui a un rincón de la estancia. Allí, lo saqué de su escuche y, febrilmente, con apresuramiento, me puse a examinarlo: con excepción del estuche, era la cosa más miserable del mundo, un álbum pequeñito, no más grande que una hoja de papel de cartas de formato pequeño, delgado, con

los cantos desdorados ya, como aquellos álbumes que tenían antiguamente las jovencitas que salían de los colegios. En colores y con tinta china estaban dibujados templos sobre montañas, amorcillos, un estanque donde nadaban cisnes. Había también versos:

Me voy para una larga ausencia,

Abandono Moscú para siempre,

A mi amor digo adiós con tristeza,

A Crimea me marcho sin verte.

(¡Se me han quedado en la memoria!) Deduje que había cometido una pifia; si podía existir un objeto inútil para todo el mundo, aquél desde luego lo era.

«Es igual - me dije -; la primera postura se pierde siempre. Incluso eso es una señal excelente.»

Estaba decididamente satisfecho.

——¡Ah, llego demasiado tarde! ¿Es usted quien lo tiene? ¿Lo ha comprado usted?— resonó completamente de improviso y cerca de mí la voz de un caballero de abrigo azul, de buen porte y bien parecido.

Llegaba retrasado.

—¡Demasiado tarde! ¡Ah, qué desgracia! ¿Y por cuánto?

—Dos rublos cinco copeques.

—¡Ah! ¡Qué lástima! ¿Y no me lo cedería usted?

—Salgamos —le musité al oído, latiéndome el corazón.

Salimos al rellano.

—Se lo cederé por diez rublos —dije, corriéndome un escalofrío por la espalda.

—¡Diez rublos! Perdone, ¿qué está usted diciendo?

—Como usted quiera.

Me miró con los ojos abiertos de par en par; yo iba bien vestido, no me parecía en lo más mínimo a un judío o a un revendedor.

—Pero, permítame, es un viejo álbum sin valor. ¿De qué puede servirle a usted? Ni siquiera el estuche vale nada. No encontrará a quien vendérselo.

—Sin embargo, usted quiere comprarlo.

—Pero es que yo tengo mis motivos particulares. Solamente me enteré ayer. Soy el único comprador posible.

—Debería pedirle veinticinco rublos; pero como, a pesar de todo, hay el riesgo de que renuncie usted a él, le he pedido solamente diez, para mayor seguridad. No rebajaré ni un solo copes.

Volvfíla espalda y me fui.

——¡Acepte usted cuatro rublos!— dijo alcanzándome, ya en el patio. ¡Vamos, cinco!

Continué andando sin responder.

—¡Vamos, tome! —sacó diez rublos, y le entregué el álbum—. Confiese que no es una acción muy honrada. ¡De dos rublos a diez!

—¿Y por qué no ha de ser honrada? ¡Es el mercado!

—¿Qué mercado? —Empezaba ya a enfadarse.

—Donde hay demanda, hay mercado. Si usted no lo hubiese pedido, yo no lo habría podido vender ni siquiera en cuarenta copeques.

Tenía que hacer grandes esfuerzos para no echarme a reír a carcajadas y conservar mi seriedad; reía interiormente, reía no de entusiasmo, sino sin saber por qué. Me ahogaba un poco.

—Escúcheme — rezongué yo completamente a mi pesar, pero amistosamente y con un gran afecto hacia él—, escuche. Cuando el difunto James Rothschüd de París, el que ha dejado mil setecientos millones de francos *(él agachó la cabeza)*, en su juventud, se enteró por casualidad, unas horas antes que los demás, del asesinato del duque de Berry, se apresuró a visitar a quien le correspondía, y por eso, en un abrir y cerrar de ojos, ganó varios millones *(20)*. He ahí cómo se hacen las cosas.

—Entonces, ¿usted es Rothschild, usted? —me gritó indignado, como si estuviera dirigiéndose a un imbécil.

Salí vivamente de la casa. ¡Una sola gestïón, y siete rublos noventa y cinco copeques de ganancias! La maniobra había sido insensata, era un juego de niños, convengo en ello, pero lo cierto era que coincidía con mi idea y no podía menos que conmoverme profundamente. Por lo demás, no hay en esto sentimientos que describir. El billete de diez rublos estaba en el bolsillo de mi chaleco, hundí allí dos dedos para palparlo y caminé así sin retirar la mano. A cien pasos de la casa, cogí el billete para mirarlo, lo examiné y tuve ganas de besarlo. De repente un coche se detuvo delante de una casa; el portero abrió la puerta y una señora subió al carruaje, lujosa, joven, bella, rica, envuelta en sedas y terciopelos, con una cola de metro y medio. De pronto, un bonito portamonedas se le escapó de las manos y cayó al suelo; ella se acomodó; el criado se bajó para recoger el objeto, pero yo di un brinco, lo cogí y se lo alargué a la señora alzándome el sombrero *(un bombín; iba vestido como un joven elegante, no mal del todo)*. La señora me dijo con discreción, pero con una sonrisa muy agradable:

—Merci, caballero.

El coche partió. Besé el billete de diez rublos.

Aquel mísmo día tenía yo que ver a Efim Zvierev, uno de mis antiguos camaradas del Instituto, que lo había abandonado para entrar en una escuela especial de Petersburgo. No vale la pena de una descripción y, en suma, yo no tenía con él ningún lazo de amistad; pero me había puesto en su búsqueda; él podía *(en virtud de ciertas circunstancias que tampoco merecen ser mencionadas)* proporcionarme la dirección de un tal Kraft, del que yo tenía una necesidad extrema, en el momento en que ese Kraft volviese de Vilna. Zvierev lo aguardaba justamente

aquel mismo día o al otro, y me to había hecho saber la antevíspera. Era preciso it a Petersburgskaia storona *(21)*, pero yo no sentía ningún cansancio.

Encontré a Zvierev *(él también tenía los diecinueve años cumplidos)* en el patio de la casa de su tía, con la que vivía provisionalmente. Acababa de comer y se paseaba por el patio en zancos; me anunció de sopetón que Kraft había- llegado la víspera y que había bajado a su antiguo apartamiento, también en Petersburgskaia storona, y que deseaba, él también, verme lo más pronto posible, para comunicarme inmediatamente una noticia urgente.

—Se vuelve a marchar no sé dónde —agregó Zvierev.

Como para mí era de una importancia capital, dadas las circunstancias, ver a Kraft, le rogué a Efim que me condujera inmediatamente a su casa, puesto que resultaba que vivía en una callejuela vecina, a dos pasos de a11í. Pero Zvierev me declaró que se lo había encontrado una hora antes, cuando se dirigía a casa de Dergatchev.

—¡Pero vamos a11í! —me invitó—. ¿Por qué has de negarte siempre? ¿Es que tienes miedo?

Efectivamente, Kraft podía demorarse en casa de Dergatchev, y entonces, ¿dónde iba a poder encontrarlo? Yo no le tenía miedo a Dergatchev, pero no tenía ganas de ir a su casa, aunque aquella fuese por lo menos la tercera vez que Efim quería arrastrarme hasta a11í. Pronunciaba siempre aquel «¿tie nes miedo?» con una sonrisa muy desagradable para mí. Sin embargo, no era cuestión de miedo, lo digo de antemano, y si temía algo, era una cosa muy distinta. Aquella vez resolví ir; la casa estaba también a dos pasos. Por el camino le pregunté a Efim si seguía teniendo intenciones de marcharse a América.

—Quizás espere todavía —respondió con una risita.

Yo no lo apreciaba mucho, en realidad no lo apreciaba en absoluto. Tenía los cabellos casi blancos, una cara redonda, demasiado blanca, blanca hasta la inconveniencia, casi infantil; era más alto que yo, pero era imposible calcularle más de diecisiete años. Con él no era posible sostener ninguna conversación.

—¿Y qué pasa por a11á? ¿Siempre hay tanta gente? —pregunté por decir algo.

—Pero, ¿por qué has de tener siempre miedo? —dijo una vez más, echándose a reír.

—¡Vete al diablo! —respondí furioso.

—No hay gente en lo más mínimo. No vienen más que conocidos, ningún extraño, estáte tranquilo.

—Extraños o no, ¿qué quieres tú que eso me importe? ¿Y yo, es que no soy yo un extraño en esa casa? ¿Por qué quieres que tengan confianza en mí?

—Soy yo quien te lleva y eso basta. Han oído hablar de ti. Kraft también puede decir lo que piensa de ti.

—Oye, ¿estará Vassine?

—No sé.

—Si está, empújame con el codo cuando entremos y señálamelo; en el mismo momento que entremos, ¿comprendes?

Yo había oído hablar tan bien de Vassine, que hacía mucho tiempo que me interesaba por él.

Dergatchev vivía en un pequeño pabellón en el patio de la casa de madera de una mujer de comerciante, pero él solo ocupaba todo aquel pabellón. Tenía tres hermosas habitaciones. Las cuatro ventanas tenían las persianas echadas. Era casi ingeniero y ocupaba un puesto en Petersburgo; incidentalmente the había enterado de que le proponían una colocación muy ventajosa en provincias y que iba a marcharse a11í.

Acabábamos de entrar en un minúsculo recibidor, cuando resonaron voces. Se habría dicho que era una discusión animada y alguien gritaba: «Quae medicamenta non sanat, ferrum sanat; quae ferrum non sanat, ignis sanat!» *(22)*.

Yo estaba realmente inquieto. Sin duda no estaba acostumbrado a la sociedad, cualquiera que fuese. En el Instituto nos tuteábamos todos, pero, por así decirlo, yo no tenía ni un solo camarada; me había hecho mi rinconcito para mí y a11í me quedaba. Pero no era eso lo que me tenía preocupado. Me había hecho a mí mismo la promesa de no participar en ninguna discusión y no pronunciar más que las palabras indispensables, para que nadie pudiese formular conclusión alguna sobre mí; sobre todo, no discutir.

En la habitación, muy exigua, había siete personas, y diez con las señoras. Dergatchev tenía veinticinco años y estaba casado. Su mujer tenía una hermana y otra parienta; vivían también con él. La habitación estaba amueblada de cualquier manera, suficientemente, a incluso con pulcritud. En la pared se veía un retrato litografiado, pero sin valor, y en el ángulo un icono sin adornos de metal, pero con una lámpara encendida. Dergatchev avanzó a mi encuentro, me estrechó la mano y me ofreció una silla.

—Siéntese usted; está aquí en su casa.

—Háganos el favor —agregó inmediatamente una mujer joven de figura bastante agradable, vestida muy modestamente, y a continuación, después de haberme dirigido un ligero saludo, salió. Era su mujer y parecía haber tomado parte en la discusión; ahora iba a darle de mamar a su niño. Pero que daban todavía dos señoras, una de estatura muy baja, de unos veinte años, vestida de negro y tampoco fea; la otra, de unos treinta años, seca y de ojos penetrantes. Estaban sentadas, escuchaban mucho, pero no intervenían en la conversación.

En cuanto a los hombres, todos estaban de pie, excepto Kraft, Vassine y yo. Efim me los señaló en seguida, puesto que yo veía a Kraft también por primera vez. Me levanté y me aproximé a ellos para entablar conocimiento. No olvidaré jamás el rostro de Kraft: ninguna belleza particular, pero algo de delicado y de desprovisto de malicia, con una dignidad personal que se marcaba en todo. Veintiséis años, una cierta delgadez, una estatura superior a la estatura media, rubio, la fisonomía seria, pero dulce; una especie de tranquilidad en toda su persona. Y sin embargo, si queréis saberlo, no cambiaría jamás mi rostro tan vulgar por el suyo, que me

parecía tan seductor. Había en su fisonomía un no sé qué que no me habría gustado en la mía, una especie de tranquilidad excesiva en el sentido moral de la palabra, una especie de orgullo secreto, ignorándose a sí mismo. Sin embargo, yo no podía juzgar exactamente de esta manera en aquel tiempo; es ahora cuando me parece haber juzgado así, después de consumado el hecho.

—Encantado de verle —dijo Kraft—. Tengo una carta que le interesará. Nos quedaremos aquí un momento y en seguida iremos a casa.

Dergutehev era *(23)* de estatura mediana, un moreno robusto, de hombros anchos, con una gran barba. Se veía en su mirada la inteligencia práctica y la reserva en todas sus cosas, una cierta prudencia jamás desmentida; en vano se esforzaba en callarse la mayor parte del tiempo; era él quien evidentemente dirigía la conversación. La fisonomía de Vassine no me impresionó apenas, aunque yo hubiese oído alabar su rara inteligencia: rubio, de grandes ojos de un gris claro, el rostro muy abierto, pero al mismo tiempo algo de un exceso de firmeza. Se le presentía poco sociable, pero la mirada era realmente inteligente, más que la de Dergatchev, más profunda, más inteligente que las de todos los presentes. Por lo demás, puede ser que yo esté exagerando ahora. De los restantes, no me acuerdo más que de dos personas entre toda aquella juventud: un hombre alto, bronceado, con patillas negras, ha blando mucho, de edad de unos veintisiete años, profesor o algo por el estilo, y un muchacho de mi edad, con cazadora de campesino, el rostro corroído, taciturno, y todo oídos. Resultó ser en efecto de origen aldeano.

—¡No, no es así como hay que plantear la cuestión! —comenzó, reanudando por lo visto la discusión del momento, el profesor de las patillas negras, más acalorado que todos los demás—. Por lo que se refiere a las pruebas matemáticas, no tengo nada que decir, pero esta idea, que estoy dispuesto a aceptar incluso sin pruebas matemáticas...

—Espere un momento, Tikhomirov *(24)* —interrumpió ruidosamente Dergatchev—, los recién llegados no comprenden. Miren ustedes, se trata —y se volvió bruscamente hacia mí sólo *(confieso que, si tenía intención de hacer sufrir un examen al «nuevo» a obligarrne a hablar, el procedimiento era muy hábil por su parte; lo percibí inmediatamente y me preparé)*—, miren ustedes, se trata de que el señor Kraft, por ejemplo, del que todos conocemos su fuerza de carácter y la firmeza de sus convicciones, ha sido conducido por un hecho muy ordinario a una conclusión totalmente extraordinaria y que a todos nos ha asombrado. Ha llegado a la conclusión de que el pueblo ruso es un pueblo de segunda categoría...

—¡De tercera categoría! —le gritó alguien.

—... De segunda categoría, destinado a servir de materia prima a una raza más noble, sin tener jamás un papel independiente en los destinos de la humanidad. Basándose en esta conclusión, quizá justa, el señor Kraft ha llegado a decir que toda la actividad de los rusos, cualquiera que sea, debe quedar en lo sucesivo paralizada por esta idea, que, por así decirlo, los brazos se nos deben caer a todos y...

—¡Permite, Dergatchev! ¡No es así como hay que plantear la cuestión! —intervino Tikhomirov con impaciencia. *(Dergatchev le cedió la palabra en seguida)*—. Siendo asi que Kraft ha realizado estudios serios, ha extraído de la fisiología deducciones que él estima matemáticas y ha consagrado quizá dos años a su idea *(que estoy dispuesto a adoptar con toda tranquilidad a priori)*, siendo así esto, quiero decir, la alarma y la seriedad de Kraft, la cosa se me aparece como un fenómeno. Todo nos conduce a la cuestión que Kraft no puede comprender, y de eso es de lo que debemos ocuparnos, quiero decir, de la incomprensión de Kraft, porque se trata de un fenómeno. Hay que decidir si este fenómeno corresponde a la clínica como caso aislado, o bien si es una propiedad que puede reproducirse normalmente en otros casos; es interesante para la causa común. Por lo que se refiere a Rusia, yo creo lo mismo que Kraft, y diría incluso que me alegro de ello; si esta idea fuese aceptada por todos, nos dejaría las manos libres y desembarazaría a mucha gente del prejuicio patriótico...

—No es por patriotismo —dijo Kraft con una especie de esfuerzo.

Todos aquellos debates parecían resultarle desagradables.

—¡Patriotismo o no, dejemos eso a un lado! —declaró Vassine, silencioso desde hacía mucho tiempo.

—Pero ¿de qué forma, decidme, la conclusión de Kraft podría debilitar las aspiraciones hacía la obra común de la humanidad? —gritó el profesor *(él solo gritaba, todos los demás hablában.en voz baja)*—. Yo bien quiero que Rusia sea colocada en un segundo rango; pero se puede trabajar para otros que no sean Rusia. Además, ¿cómo puede se r Kraft patriota si ha dejado de creer en Rusia?

—¡Por otra parte, él es alemán! —lanzó de nuevo una voz.

—¡Soy ruso! —dijo Kraft,

—Ésa es una cuestión que no afecta al fondo de las cosas —le hizo observar Dergatchev al interruptor.

——Salid, pues, de la estrechez de vuestra idea— continuó Tikhomirov, que no quería oír nada—. Si Rusia no es más que una materia para razas más nobles, ¿por qué no había ella de aceptar ese papel de materia? Es todavía un papel bastante brillante. ¿Por qué no descansar sobre esa idea para extender a continuación los puntos de vista? La humanidad está en vísperas de su regeneración, que ha comenzado ya. Hace falta estar ciego para negar las tareas que van a presentarse. Dejen ustedes a Rusia, si no tienen ya fe en ella, y trabajen por el porvenir, por el porvenir de un pueblo todavía desconocido, pero que se compondrá de toda la humanidad, sin distinción de razas. De todos modos, Rusia estará muerta un día; los pueblos, incluso los mejor dotados, viven mil quinientos años, dos mil años como máximo; dos mil años o doscientos años, ¿no es eso casi lo mismo? Los romanos, ¿no han triunfado durante mil quinientos años, y se han cambiado también en materia? Hace mucho tiempo que no existen, pero han dejado una idea, y esta idea ha sido un elemento de progreso en la evolución de la humanidad. ¿Cómo

se le puede decir a un hombre que no tiene nada que hacer? Trabajad por la humanidad y no os preocupéis del resto. Hay tantas cosas que hacer, que la vida no bastará, sí se considera bien.

—¡Hay que vivir según la ley de la naturaleza y de la verdad! —dijo desde detrás de la puerta la señora Dergatcheva.

La puerta estaba entreabierta, y se la veía de pie, con el niño en el seno, el pecho semicubierto, escuchando ardientemente.

Kraft escuchaba sonriendo ligeramente. Al fin dijo, con aire un poco cansado, y además con una sinceridad enérgica:

—No comprendo cómo se puede, si se está bajo la influencia de alguna idea dominante a la cual se subordina enteramente vuestro espíritu y vuestro corazón, tener una razón cualquiera para vivir fuera de esa idea.

—Pero si se os ha dicho lógicamente, matemáticamente, que vuestra conclusión es errónea, que toda vuestra idea es falsa, que no tenéis el menor derecho a apartaros de la actividad útil común por la sola razón de que Rusia sería irrevocablemente un valor de segundo orden; si se os ha mostrado en lugar de un horizonte estrecho un infinito que se nos ofrece, en lugar de vuestra idea estrecha de patriotismo...

—¡Ah! —dijo Kraft haciendo un gesto con la mano—, os he dicho va que no se trata de patriotismo.

—Aquí hay una equivocación evidente —intervino de golpe Vassine—. El error consiste en que no tenemos en Kraft una simple deducción lógica, sino, por decirlo así, una deduc —ción que degenera en sentimiento. Todas las naturalezas no son idénticas; hay muchos en quienes la deducción lógica se transforma a veces en un sentimiento violento que se apodera de todo el ser y que es muy difícil de expulsar o de modificar. Para curar al hombre así alcanzado, es preciso cambiar ese sentimiento, y la cosa no es posible más que reemplazándola por otra fuerza igual. Es siempre penoso, y en muchos casos imposible.

—¡Eso es un error! —clamó el disputador—. La conclusión lógica disuelve por si misma los prejuicios. La convicción razonable engendra un sentimiento apropiado. ¡El pensamiento emana del sentimiento y a su vez, al instalarse en nosotros, formula uno nuevo!

—Los hombres son muy diferentes. Unos cambian fácil mente de sentirnientos; otros, con dolor —respondió Vassine con aire de no querer prolongarla discusión.

Por mí, yo estaba encantado con su idea.

—¡Es exactamente como usted dice! —exclamé bruscamente, rompiendo el hielo y comenzando de pronto a ha blar—. En efecto, en el lugar de un sentimiento es necesario poner otro capaz de substituirlo. En Moscú, hace cuatro años de esto, un general... es que, fíjense, yo no lo conocía, pero... Puede ser que, en el fondo, por sí mismo no fuese digno de inspirar respeto... Además el hecho mismo podía parecer irracional, pero... En fin, vean lo que pasó, perdió un hijo, o más bien dos hijas, una después de la otra, de la escarlatina... ¡Y bien!, se quedó súbitamente tan abrumado, que no olvidó jamás su dolor; daba lástima verle, y finalmente se

murió apenas seis meses más tarde. Que murió de ese dolor, es un hecho. ¡Y bien!, ¿cómo se le habría podido resucitar? Res puesta: ¡por un sentimiento de una fuerza equivalente! Se necesitaba sacar de la tumba a esas dos hijitas y dárselas, eso es todo, quiero decir... alguna cosa de ese género. Él está muerto. Y sin embargo se le habrian podido ofrecer deduc ciones admirables: que la vida es corta, que todos nosotros somos mortales; se habría podido tomar del almanaque la estadística de los niños muertos por la escarlatina... estaba re tirado...

Me interrumpí, oprimido, y miré a mi alrededor.

—¡Eso no es por completo lo mismo! —dijo alguien.

—El hecho que usted alega, sin ser de la misma naturaleza que el caso presente, es sin embargo análogo y lo aclara —dijo Vassine, volviéndose hacia mí.

IV

Debo confesar aquí por qué he estado entusiasmado por el argumento de Vassine sobre «la idea-sentimiento», y al mismo tiempo debo confesar una vergüenza infernal. Sí, yo tenía miedo de ir a casa de Dergatchev, pero por una razón distinta a la que suponía Efim. Yo tenía miedo porque los creía ya en Moscú. Sabía que esas gentes *(ellos, a otros de la misma clase, poco importa)* son dialécticos y que muy probablemente destrozarían «mi idea». Yo estaba muy seguro de que esta idea no se la comunicaría a ellos jamás, no se la diría nunca; pero podían *(una vez más, ellos o la gente de la misma clase)* decirme cosas que me harían perder confianza en mi idea, incluso sin que hiciesen alusión a la misma. Había en mí «idea» problemas no resueltos, pero yo no quería que otro los resolviese por mí. En estos dos últimos años yo había dejado incluso de leer, temiendo tropezar con cualquier pasaje que no estuviese a favor de mi «idea», y que habría podido turbarme. Y he aquí que Vassine del primer golpe resuelve el problema y me calma extraordinariamente. En efecto: ¿de qué, por tanto, tenía yo miedo y qué podían hacerme con toda su dialéctica? He sido tal vez el único en comprender lo que Vassine quería decir con su «idea-sentimiento». No basta con refutar una hermosa idea, es preciso reemplazarla por otra no menos bella; de otra forma, no queriendo separarme a ningún precio de mis sentimientos, yo refutaría en mi corazón la refutación, incluso haciéndome violencia, sea lo que fuere lo que ellos pudiesen decir. Y ellos, ¿qué podían darme a cambio? También yo habría debido ser más osado; tenía el deber de ser más valiente. Y al entusiasmarme por Vassine, experimentaba cierta vergüenza, ¡me encontraba como un hijo indigno!

Todavía otro motivo de vergüenza. No es el despreciable sentimiento de hacer valer mi talento lo que me ha impulsado a romper el hielo y a hablar, sino que es también un deseo de «saltar al cuello» de la gente. Este deseo de saltar al cuello, para que se me encuentre bueno, para que se pongan a abrázarme o yo no sé qué de ese tipo *(una porquería, en una palabra)*, estimo que es el más infame de todos mis motivos de vergüenza. Desde hace mucho tiempo, sospechaba la existencia de eso en mí, y precisamente en aquel rincón donde me he mantenido durante tantos años, aunque no tenga por qué arrepentirme de ello. Yo sabía que debía

mostrarme más sombrío en el mundo. La única cosa que me consolaba, después de cada una de aquellas vergüenzas, era que, a pesar de todo, me quedaba todavía mi «idea» , siempre en su escondite, y que yo no la había entregado. Con un encogimiento de corazón, me imaginaba a veces que, el día mismo en que hubiera comunicado mi idea a alguien, de pronto no me quedaría ya nada, de forma que yo sería semejante a todo el mundo y que quizás hasta abandonaría mi idea; por eso la guardaba, la conservaba y temía los cotilleos. Y he aquí que en casa de Dergatchev, casi desde el primer encuentro, no había sabido contenerme: cierto que no había entregado nada, pero había charloteado de manera imperdonable; me había cubierto de vergüenza. ¡Triste recuerdo! No, no puedo vivir con los hombres; incluso hoy día estoy convencido de ello; y hablo con cuarenta años de anticipación. Mi idea es mi rincón.

Apenas me hubo aprobado Vassine, me sentí presa de unas ganas incontenibles de hablar.

—En mi opinión, cada cual tiene derecho a tener sus sentimientos propios... con tal de que eso se haga por convicción... Y nadie tiene derecho a reprochárselo —dije dirigiéndome a Vassine.

La frase había sido pronunciada contuadentemente, pero me parecía que yo no tenía nada que ver con aquello, como si fuese la lengua de otra persona la que se hubiese movido en mi boca.

—¿Que —no— es —po— si —ble?— preguntó con ironía y recalcando las sílabas la misma voz que había interrumpido a Dergatchev y que le había gritado a Kraft que era, alemán.

Juzgándolo una completa nulidad, me volví hacia el profesor, como si fuera él el que hubiese gritado.

—Mi convicción es que no tengo ningún derecho para juzgar a nadie.

Yo estaba ya temblando, sabiendo de antemano que no podría contenerme.

—¿Y por qué hacer tanto misterio de eso? —resonó de nuevo la voz de la nulidad.

—¡Que cada cual tenga su idea! —dije yo mirando fijamente al profesor, que, por el contrario, se callaba y me examinaba con una sontisa.

—¿Y cuál es la suya? —gritó la nulidad.

—Es demasiado larga para contarla... En parte consiste en esto: ¡que los demás me dejen en paz! Mientras que tenga dos rublos, quiero vivir solo, no depender de nadie *(tranquilícense, me sé las objeciones)* y no hacer nada, ni siquiera para la gran humanidad por venir, al servicio de la cual se quería hacer trabajar al señor Kraft. La libertad individual, es decir, mi libertad para mí, ante todo; no quiero saber nada fuera de eso.

Mi error fue que me irrité.

—¿Eso es decir que usted predica la tranquilidad de la vaca satisfecha?

—Lo reconozco. La vaca no tiene nada de ofensivo. Yo no debo nada a nadie, pago mi tributo a la sociedad en forma de impuestos para que no me roben, no me den la lata y no me maten), y nadie tiene derecho a reclamarme más. Tal vez yo tenga personalmente otras ideas, tal vez querría servir a la humanidad y la serviré, quizás incluso diez veces más que todos los

predicadores. Únicamente que no quie ro que nadie exija de mí ese servicio, que nadie me obligue a ello, como se quiere obligar al señor Kraft. Quiero que mi libertad permanezca completa, aunque yo no mueva ni el dedo meñique. En cuanto a eso de salir corriendo para ir a colgarse del cuello de todo el mundo por amor a la humanidad y derramar lágrimas de enternecimiento, no es más que una moda. ¿Y para qué tendría yo que amar al prójimo o a vuestra humanidad futura, que no veré nunca, que no me conocerá, y que a su vez desaparecerá sin dejar rastro ni recuerdo *(el tiempo nada tiene que ver con esto)*, cuando la tierra se cambiará a su vez en un bloque de hielo y volará por el espacio sin aire como una multitud infinita de otros bloques semejantes, lo que es con mucho la más absurda de las cosas que se pueda imaginar? ¡He ahí vuestra doctrina! Díganme, ¿por qué tendría yo que ser totalmente generoso? Especialmente si todo no dura más que un instante.

—¡Vamos! ¡Vamos! — gritó una voz.

Yo había soltado aquella parrafada nerviosa y malévola mente, quemando todas mis naves. Sabía que me lanzaba al abismo, pero me apresuraba, temiendo las objeciones. Me daba perfecta cuenta de que rodaba al azar, sin orden, sin concierto, pero me daba prisa en convencerlos y en aplastarlos. ¡Era para mí tan importante! ¡Llevaba tres años preparándome! Lo curioso es que se callaron repentinamente, como si nunca hubiesen dicho nada, limitíndose a escuchar. Continué dirigiéndome al profesor:

—Perfectamente. Un hombre en extremo inteligente ha dicho entre otros que no hay nada más difícil que responder a la pregunta: « ¿Por qué hace falta en forma alguna ser virtuoso?» Existen aquí abajo, vean ustedes, tres especies de pillos: los pillos ingenuos, convencidos de que su pillería es la virtud suprema; los pillos vergonzantes, los que se ruborizan de su propia pillería, aun teniendo la firme intención de practicarla hasta el colmo, y, por fin, los pillos sin más ni más, los pillos pura —sangre. Permítanme: he tenido como camarada a un cierto Lambert que me decía ya a los dieciséis años que, cuando fuera rico, su mayor placer consistiría en alimentar a perros con pan y carne cuando los hijos de los pobres estuvieran muriéndose de hambre y que, cuando no tuvieran con qué calentarse, él compraría todo un pedazo de bosque, lo transportaría al campo abierto y caldearía el aire, sin dar a los pobres ni una sola ramita. ¡He ahí los sentimientos que él tenía! Pues bien, díganme ustedes qué podré responder a ese canalla pura— sangre si me pregunta: «¿Por qué hace falta en forma alguna ser virtuoso?» Y sobre todo en nuestra época, que ustedes han hecho de esta manera. ¡Puesto que las cosas nunca han ido peor que hoy, señores! La situación no está del todo clara en nuestra sociedad. Ustedes niegan a Dios, niegan la santidad; ¿cuál es entonces la rutina, sorda, ciega y obtusa, que puede obligarme a obrar de una determinada manera, si me resulta más ventajoso obrar de otra? Ustedes dicen: «Obrar razonablemente hacia la humanidad es también obrar en mi propio interés.» Pero ¿qué pasa si yo encuentro irrazonables todas esas cosas razo nables, todos esos cuarteles, esas falanges? ¿Qué tengo yo que hacer con todo eso, qué tengo yo que ver con eso y con el porvenir de ustedes, si no tengo más que una vida que vivir? Que me dejen saber a mí

mismo cuál es mi propio interés: extraeré más placer de eso. ¿Cómo voy a interesarme por lo que sucederá en vuestra humanidad de dentro de mil años, si vuestro código no me concede a cambio ni amor, ni vida futura, ni patente de virtud? No, caballeros, si la cosa es así, viviré, con la mayor insolencia del mundo, para mí mismo. ¡Al diablo los demás!

—¡Bonito deseo!

—Estoy dispuesto a seguirlo.

—¡Mejor todavía! —Seguía siendo la misma voz.

Todos los demás continuaban callados, mirándome y observándome; pero poco a poco, desde varios rincones de la habitación, empezaron a elevarse unas risitas, al principio discretas. Luego todos se me echaron a reír en la cara. Únicamente Vassine y Kraft no reían. El. hombre de las patillas negras sonreía también; me miraba fijamente y escuchaba.

—Señores —yo temblaba con todo mi cuerpo—, no les diré mi idea, por nada del mundo. Les preguntaré, por el contrario, según el punto de vista que ustedes tienen, no según el punto de vista mío, puesto que quizá yo amo a la humanidad mil veces más que todos ustedes juntos. Díganme, y están ustedes obligados a responderme inmediatamente, están ustedes obligados a ello —precisamente porque se están riendo, díganme entonces: ¿Qué tienen ustedes que ofrecerme para que yo les siga? Díganme cómo me van a probar que todo irá mejor con el sistema de ustedes. ¿Qué harán de la protesta de mi individuo en el cuartel de ustedes, en los alojamientos comunes, en el strict nécessaire, en el ateísmo, en las mujeres comunes y sin hijos...? Porque ésa es la conclusión final, lo sé muy bien. ¡Y por todo eso, por esa porción ínfima de interés medio que me asegurará la racionalidad de ustedes, por un trozo de pan y un poco de calor, toman ustedes a cambio toda mi persona! ¡Aguarden un poco! Se me quita a la mujer; ¿aplastarán ustedes lo bastante mi individualidad como para impedirme matar a mi rival? Me dirán ustedes que en ese momento habré llegado a ser más razonable; pero mi mujer, ¿qué pensará de un marido tan rarzonable, si ella se respeta por poco que sea? Confiesen que es algo contra naturaleza. ¿No les da a ustedes vergüenza? *(25)*.

—¿Es usted especialista... en temas femeninos? —se burló la voz de la nulidad.

Por un instante tuve ganas de lanzarme contra él y molerlo a golpes. Era un hombrecillo pelirrojo y cubierto de pecas ... . En realidad, al cuerno su aspecto.

—Tranquilícese, todavía no he conocido a la mujer —solté yo, volviéndome por primera vez hacia su lado.

—Preciosa comunicación, que podría haber sido hecha en forma más educada, dada la presencia de las señoras.

Pero todo el mundo empezó a agitarse; cada cual cogía su sombrero y hacía ademán de marcharse, no por causa mía, sino porque ya era hora. Únicamente que aquella manera de tratarme con el silencio me cubrió de vergüenza. Me levanté también.

—¿Quiere usted decirme, a pesar de todo, cómo se llama? No ha hecho usted más que mirarme —dijo el profesor, dando un paso hacia mí, con una innoble sonrisa.

—Dolgoruki.

—¿Príncipe Dolgoruki?

—No, Dolgoruki a secas, hijo del ex siervo Makar Dolgoruki a hijo natural de mi ex amo señor Versilov. Cálmense, señores: no digo eso para que se me lancen ustedes al cuello y se pongan a llorar de enternecimiento como vacas.

Hubo un estallido de risas sonoras y sin acritud, de forma que el niño que estaba durmiendo en la otra parte se despertó y se echó a llorar. Yo temblaba de furor. Todos estrechaban la mano a Dergatchev y se iban sin prestarme la menor atención.

—¡Vámonos!

Era Kraft, que me empujaba con el codo. Me dirigí hacia Dergatchev, y le estreché la mano con todas mis fuerzas y se la sacudí varias veces, con todas mis fuerzas también.

—Discúlpeme —me dijo— si Kudriumov —el tipo pelirrojo— no ha hecho más que ofenderle.

Seguí a Kraft. No me avergonzaba de nada.

VI

Evidentemente, entre mi yo de hoy y mi yo de entonces hay una distancia infinita.

Persistiendo en mi empeño de «no avergonzaxme de nada», alcancé a Vassine en 1a escalera, abandonando para eso a Kraft, personaje de segunda categoría, y, con el aire más natural del mundo, como si nada hubiese pasado le pregunté:

—Creo que conoce usted a mi padre, quiero decir a Versilov, ¿no es así?

—No lo conozco muy a fondo —respondió inmediatamente *(sin el más mínimo matiz de esa cortesía refinada, pero ofensiva, de la que usan las personas delicadas respecto a quienes acaban de cubrirse de oprobio)*—, pero lo conozco un poco. He coincidido con él y lo he oído hablar.

—Si lo ha oído usted, entonces lo conoce, porque usted es usted. Pues bien, ¿qué piensa de él? Perdóneme esta pregunta a quemarropa, pero necesito su respuesta. Necesito sa ber qué piensa usted de él, qué opinión tiene.

—Es mucho pedir. Me parece que es un hombre capaz de formularse a sí mismo exigencias enormes y cumplirlas quizá, pero sin dar cuentas a nadie.

—¡Exacto, completamente justo, es muy orgulloso! Pero, ¿es sincero? Escuche usted un poco. ¿Qué piensa usted de su catolicismo? Pero he olvidado que quizás usted no está al corriente. . .

Si yo no hubiese estado tan turbado, indudablemente no le habría hecho a quemarropa preguntas semejantes a un hombre con el que nunca había hablado y al que no conocía más que de oídas. Me asombraba que Vassine no pareciera notar mi locura.

—He oído decir algo de eso, pero ignoro hasta qué punto puede ser verdad —respondió con un tono siempre igual y tranquilo.

—¡No hay nada de verdad en todo esto! ¡Nó son más que mentiras! ¿Se imagina usted que él pueda creer en Dios?

—Es un hombre muy orgulloso, como usted mismo ha dicho, y a muchos hombres muy orgullosos les gusta creer en Dios sobre todo los que desprecian un poco a los hombres. Muchos hombres fuertes experimentan una especie de necesidad material de encontrar a alguien o algo que adorar. Al hombre fuerte le cuesta a veces mucho trabajo soportar su propia fuerza.

—¡Escuche, eso debe de ser terriblemente cierto! —exclamé yo—. Solamente que me gustaría comprender...

—Oh, el motivo de eso es bastante claro: eligen a Dios para no tener que adorar a los hombres, naturalmente sin darse cuenta de lo que ocurre en ellos mismos. Adorar a Dios no tiene nada de humillante, he ahí cómo se reclutan los creyentes más apasionados, o con más exactitud, los que apasionadamente desean creer; pero toman su deseo por una fe verdadera. Y esos son también los que, al final, pierden con más frecuencia sus ilusiones. En cuanto al señor Versilov, creo que tiene rasgos de carácter extremadamente sinceros. De una manera general, me interesa.

—Vassine —exclamé yo—, usted me agrada. No es su inteligencia lo que me asombra, sino que pueda usted, un hombre tan puro y tan inconmensurablemente superior a mí, caminar a mi lado y hablar con tanta sencillez y cortesía como si nada hubiese pasado.

Vassine sonrió:

—Me adula usted. Lo único que ha pasado allí es únicamente que a usted le gustan demasiado las conversaciones abstractas. Sin duda usted ha permanecido hasta ahora silencioso durante mucho tiempo.

—He estado tres años callado; durante tres años me he estado preparando para hablar... Es natural; no le he parecido a usted un tonto, porque usted mismo es extraordinariamente inteligente; aunque me haya sido imposible conducirme de una manera más estúpida. Pero estoy seguro de que le he parecido una persona vil.

—¿Una persona vil?

—¡Sí, sin duda alguna! Dígame, ¿no me desprecia usted en secreto por haber dicho que soy hijo natural de Versilov... por haberme jactado de ser hijo de un siervo?

—Se atormenta usted demasiado. Si le parece que ha ha blado mal, no tiene más sino no hablar la próxima vez; aún le quedan cincuenta años por delante.

—¡Oh! Ya sé que es preciso mantenerse en silencio frente a los demás. La más innoble de todas las perversiones es la de colgarse del cuello de la gente. A ellos acabo de decírselo. ¡Y he aquí que ahora me cuelgo del cuello de usted! Pero hay una diferencia, ¿no es verdad? Si ha comprendido usted esta diferencia, si ha sido capaz de comprenderla, bendigo este minuto.

Vassine sonrió de nuevo:

—Véngame a ver, si gusta. Ahora tengo trabajo y estoy ocupado, pero será un placer para mí.

—Acabo de deducir por su cara de usted, que es usted muy tenaz y poco comunicativo.

—Quizá sea bastante cierto. El año pasado conocí en Luga a su hermana de usted. Isabel Makarovna... Kraft se ha parado y le está aguardando. Ahora tendrá usted que retroceder.

Estreché fuertemente la mano de Vassine y alcancé a Kraft, que había seguido andando mientras yo hablaba con Vassine. Caminamos en silencio hasta su alojamiento; yo todavía ni quería ni podía hablarle. Uno de los rasgos, más acusados del carácter de Kraft era la delicadeza.

Capítulo iv

✦

Kraft había tenido en tiempos un cargo oficial, y además ayudaba al difunto Andronikov *(mediante una remuneración)* a tratar ciertos asuntos privados de los que el último se ocupaba constantemente fuera de las horas de servicio. Lo que a mí me importaba era que Kraft, dada su intimidad con Andronikov, podía estar enterado de ciertas cosas que por su índole me interesaban. Pero yo sabía por María Ivanovna, mujer de Nicolás Semenovitch, en cuya casa yo había vivido tantos años mientras estaba en el Instituto - y que era la propia sobrina, la pupila y la favorita de Andronikov -, que Kraft había incluso recibido el «encargo» de entregarme algo. Yo lo estaba aguardando desde hacía un mes largo.

Vivía en un pequeño apartamiento de dos habitaciones completamente aislado, y, de momento, recién llegado, de vuelta de Vilna, estaba incluso sin servidumbre. Tenía abierta la maleta, pero los objetos no colocados estaban aún esparcidos sobre las sillas. Una mesa, delante del diván, sostenía un maletín, un cofrecillo, un revólver, etc... Cuando entramos, Kraft iba sumergido en sus pensamientos, como si me hubiese olvidado completamente, quizá ni siquiera había notado que yo no le había dirigido ni una sola palabra por el camino. Se puso en seguida a buscar algo, pero viendo de pronto un espejo, se detuvo y se miró fijamente un minuto largo. Noté aquella singularidad *(no he hecho más que acor darme demasiado de todo aquello, más tarde)*, pero me sentía triste y muy turbado. No tenía fuerzas para concentrarme. Por un instante, experimenté el deseo súbito de marcharme y de abandonarlo todo a11í para siempre. ¿De qué se trataba en el fondo? ¿No era una preocupación ficticia la que yo me estaba proporcionando? Me desesperaba al ver cómo desperdiciaba mi energía en futilidades indignas, por pura sensibilidad, siendo así que tenía frente a mí toda una meta enérgica. Ahora bien, mi ineptitud para toda acción seria era evidente, en vista de to que había pasado en casa de Dergatchev.

—Kraft, ¿seguirá usted yendo a casa de ellos? —pregunté completamente de improviso.

Se volvió despacio hacia mí, como si me comprendiese mal. Yo me senté.

—Perdónelos usted —me dijo de pronto Kraft.

Naturalmente me pareció que se burlaba; pero, al mirarle, vi en su rostro una bonachonería tan extraña a incluso tan asombrosa, que yo mismo me asombré de la seriedad con que me rogaba que los «perdonase». Cogió una silla y se sentó a mi lado.

—Yo sé muy bien que soy quizás un amasijo de todas las clases que haya de amor propio y nada más — —empecé a decir—, pero no pido ningún perdón.

—¿Y a quién iba usted a pedírselo? —preguntó, dulcemente y con seriedad.

Siempre hablaba dulcemente y muy despacio.

—Admitamos que soy culpable ante mí mismo... Me gus ta ser culpable ante mí mismo... Kraft, perdóneme si en este momento digo tonterías. Dígame, ¿es que también usted forma parte de ese círculo? Eso era lo que le quería preguntar.

—No son ni más tontos ni más sensatos que los demás; están chalados, como todo el mundo.

—¿Es que todo el mundo está chalado?

Me volví hacia él con una curiosidad involuntaria.

—Entre la gente bien, todo el mundo está hoy chalado. Sólo los mediocres y los incapaces se divierten... Pero ¿de qué sirve todo eso?

Mientras hablaba, miraba al vacío, empezaba frases y las interrumpía. Me chocó sobre todo observar un cierto aburrimiento en su voz.

—¿Y también Vassine está con ellos? Vassine tiene por su parte una inteligencia, una idea moral —exclamé yo.

—Hoy día no hay ideas morales. Han desaparecido súbitamente, todas, hasta la última. Se podría creer que nunca las ha habido.

—¿No las había en otros tiempos?

—Dejemos ese tema —dijo con un cansancio evidente.

Me sentí conmovido por su amarga seriedad. Ruborizándome por mi egoísmo, me puse a tono con él.

—La época presente —dijo él de una manera espontánea después de unos minutos de silencio, y mirando siempre al vacío— es la época del justo medio y de la insensibilidad. Pasión de la ignorancia, pereza, incapacidad de obrar, necesidad de que todo esté hecho. Nadie reflexiona ya; muy pocos podrían forjarse una idea.

Se volvió a interrumpir y se calló un instante. Yo escuchaba.

—Ahora se está desboscando a Rusia, se agota su suelo, se le transforma en estepa y se le prepara con vistas a los calmu cos. Si un hombre llega esperanzado y planta un árbol, todo el mundo se echará a reír: «¿Es que piensas que lo verás crecer? » Por otra parte, los que desean el bien discuten lo que pasará dentro de mil años. La idea estabilizadora ha desaparecido. Todos estamos como en una posada, dispuestos a salir mañana mismo de Rusia. Cada cual vive como para desembarazarse...

—Permita usted, Kraft. Usted ha dicho: «se ocupan de lo que pasará dentro de mil años». Pero, esa desesperación suya... en cuanto al destino de Rusia ... .¿no es una inquietud de l mismo tipo?

—¡Es... es la cuestión más esencial que pueda existir!—. declaró con irritación levantándose rapidamente—. ¡Ah, sí! ¡Ya se me olvidaba! —dijo completamente de improviso, con una voz muy distinta, mirándome con embarazo—. Le he hecho venir a usted por cuestión de negocios, y... ¡Perdóneme, por el amor a Dios!

Se hubiera dicho que acababa de salír de un sueño. Estaba casi confuso. Cogió una carte que estaba dentro de un vade colgado sobre la mesa y me la alargó.

—He aquí lo que tenía que entregarle a usted. Es un documento de alguna importancia — empezó a decir con precaución y con aire de hombre de negocios.

Mucho tiempo después, al reflexionar en aquello, me asombré por aquella facultad que él tenía *(en horas tan graves pare él)* de tratar con tanta cordialidad los asuntos de otros, de referirlos con tanta calma y firmeza.

—Es una carte de ese mismo Stolbieiev cuyo testamento ha dado lugar, después de su muerte, al proceso de Versilov contra los príncipes Sokolski. Ese proceso se está juzgando actualmente y terminará sin dude a favor de Versilov. La ley está de su lado. Ahora bien, en esta carta particular, escrita hace dos años, el testador anuncia él mismo su voluntad auténtica, o más bien su deseo, y la anuncia más bien en favor de lo s príncipes que de Versilov. Por lo menos, los puntos sobre los que se apoyan los príncipes Sokolski para impugnar el testamento encuentran en esta carta una poderosa confirmación. Los adversarios de Versilov darían cualquier cosa por este documento, que, por lo demás no tiene un valor jurídico absoluto. Alexis Nikanorovitch *(Andronikov)*, que se ocupaba del asunto de Versilov, conservaba esta carta en su casa. Poco antes de su muerte me la confió con el encargo de «guardarla preciosamente»; quizá temía por sus papeles, viendo venir la muerte. Yo no tengo por qué juzgar sobre las intenciónes que pudiera tener Alexis Nikanorovitch en aquellos momentos y confieso que, muerto él, me hallé en una penosa indecisión: ¿qué hacer con aquel documento? ¿Qué hacer, sobre todo, en presencia de la vista en cierne? Pero María Ivanovna, en la que Alexis Nikanorovitch parecía tener mucha confianza, me sacó del apuro: me escribió categóricamente, hace tres semanas, encargándome que le entregara a usted el documento, lo que, ella cree *(es su expresión)* responde a la intención de Andronikov. Helo, pues, aquí, y me siento muy dichoso al podérselo entregar a usted por fin.

—Escuche —dije yo, intrïgado con una noticia tan inesperada—. ¿Qué voy a hacer ahora con esta carta? ¿Qué conducta debo seguir?

—Eso depende enteramente de usted.

—Es imposible. No soy libre en absoluto, convenga usted mismo en ello. Versilov confiaba hasta tal punto en esta he rencia... Usted sabe que, sin ella, está perdido. ¡Y de golpe y portazo aparece un documento semejante!

—No existe más que aquí, en esta habitación.

—¿Es seguro eso? —dije mirándole atentamente.

—Si no encuentra usted por sí mismo la conducta que debe seguir, ¿qué consejo puedo yo darle?

—Sin embargo, yo no puedo entregárselo al príncipe Sokolski: mataría todas las esperanzas de Versilov y además ¿qué papel iba a representar yo a sus ojos? El de un traidor... Por otra pane,

entregándoselo a Versilov, arrojo a unos inocentes en brazos de la miseria, y Versilov no dejaría de encontrarse en una situación sin salida: renunciar a la herencia, o convertirse en un ladrón.

—Exagera usted la importancia de la cosa.

——Dígame otra cosa: ¿este documento tiene un carácter terminante, decisivo?

—No. Apenas soy jurísta. El abogado de la parte contraria encontraría naturalmente el medio de utilizer el documen. lo y de extraerle todo el provecho que pudiera. Pero Alexis Nikanorovitch estimaba realmente que esta carta, si llegaba a ser mostrada, no tendría un gran valor jurídico, y Versilov podría de todos modos ganar su pleito. Es más bien, por así decirlo, un asunto de conciencia...

—Pero es que eso es lo que importa sobre todo —le interrumpí yo—; ¡por eso justamente se verá Versilov en una situación sin salida.

—Pero él puede destruir el documento, y entonces, por el contrario, estará prevenido contra todo peligro.

—¿Tiene usted motivos especiales para juzgarlo así, Kraft? Esto es lo que yo quería saber; por esto he venido a su casa.

—Creo que cualquier hombre en su lugar obraría de esa manera.

—¿Y usted también, y usted también obraría así?

—Yo no tengo que recibir ninguna herencia, y por eso no sé lo que haría.

——Bueno— dije guardándome la carta en el bolsillo—. Ya esto es una cosa decidida. Escúcheme, Kraft. María Ivanovna, que, se lo aseguro a usted, me ha descubierto muchas cosas, me ha dicho que usted, y solamente usted, podría decirme la verdad sobre lo que ocurrió en Ems hace dieciocho meses entre Versilov y los Akhmakov. Lo he estado esperando a usted como al sol que me daría luz. Usted no conoce mi situación Kraft. Le suplico que me diga toda la verdad. Quiero saber qué clase de hombre es, y ahora ¡ahora, es más necesario que nunca!

—Me extraña que no se lo hay a contado todo la misma María Ivanovna. Ella ha podido estar informada de todo por el difunto Andronikov, y seguramente se ha enterado y sabe mucho más que yo.

—El mismo Andronikov se ha visto embrollado en este asunto: eso es to que dice María Ivanovna. Es un asunto que, a mi entender, nadie llegará a poner en claro. El mismo diablo se rompería aquí la crisma, Pero yo sé que usted estaba entonces en Ems...

—Yo no estuve presence en todo, pero quiero contarle lo que sé. Aunque ¿podré satisfacerle así?

II

No recogeré textualmente su relato, sino que me limitaré a dar brevemente la substancia del mistno.

Dieciocho meses antes, Versilov, que, por intermedio del viejo príncipe Sokolski, había llegado a ser amigo de la casa Akhmakov *(estaban todos entonces en el extranjero)*, había causado

una fuerte impresión primeramente en el mismo Akhmakov en persona, el general, no muy viejo aún, pero que había perdido en el juego la rica dote de su mujer, Catalina Nicolaievna, en tres años de matrimonio, y a quien sus excesos le habían producido ya un ataque. Se había recuperado y había partído para el extranjero: vivía en Ems a causa de su hïja, fruto de un primer matrimonio. Era una jovencita enferrniza de unos diecisiete años, delicada del pecho, muy bella, según se dice, y también extraordinariamente caprichosa. No tenía dote; se contaba, como de costumbre, con el viejo príncipe. Catalina .Nicolaíevna era, al parecer, una buena madrastra. Pero la joven se prendó de una manera muy particular de Versilov. Éste predicaba entonces «no sé qué cosa apasionada», para emplear la expresión de Kraft, no sé qué vida nueva, «estaba presa de una exaltación religiosa del más alto grado», según la expresión extraña, y quizá bu.rlona, de Andronikov, que me ha sido transmitida. Llamando la atención, bien pronto fue detestado por todo el mundo. El general mismo le temía; Kraft no desmiente en manera alguna el rumor según el cual Versilov habría conseguido implantar en el cerebro de su marido enfermo la idea de que Catalina Nicolaievna no era indiferente al joven príncipe Sokolski *(que pot aquel entonces había salido de Ems para París)*. Lo hizo no directamente, sino, «según su costumbre», por alusiones, insinuaciones y con toda clase de rodeos, «en to que ha llegado a ser maestro», declaró Kraft. En general, debo decir que Kraft lo juzgaba, y quería juzgarlo, más bien coma un bribón y un íntrigante, nato que como un hombre realmente poseído por una idea superior o sencillamente original. Yo sabía por otra parte, por fuera de Kraft, que Versilov, que había ejercido al principio una inmensa influencia sobre Catalina Nicolaievna, había llegado poco a poco a romper con ella. En qué consistía todo aquel juego, no he podido jamás hacérmelo explicar por Kraft, pero el odio mutuo sobrevenido entre ellos dos, después de su enemistad, me había sido confirmado por todos los conductos. Se produjo a continuación un hecho singular: la enfermiza hijastra de Catalina Nicolaievna se enamoró sin duda de Ver silov, o bien se quedó impresionada por algún rasgo de su persona, o bien fue influida por sus discursos, en resumen no sé nada de eso; pero es cosa sabida que, durante algún tiempo, Versilov pasaba, casi todos los días, horas y horas junto a aquella muchacha. Finalmente, ella declaró con toda brusquedad a su padre que quería a Versilov por marido. El hecho es real, está confirmado por todos, y Kraft, y Andronikov, y María Ivanovna a incluso Tatiana Pavlovna han hecho alusión a él un día en mi presencia. Se aseguraba también que Versilov no sólo deseaba aquel matrimonio, sino que incluso insistía, y que el acuerdo de aquellas dos criaturas heterogéneas, de un hombre viejo y de una niña, fue mutuo. Pero aquella idea espantaba al padre; a medida que iba aborreciendo a Catalina Nicolaievna, a la que había amado mucho en otros tiempos, se había puesto a adorar a su hija, sobre todo después de sufrir su ataque. Pero el adversario más encarnizado de semejante casamiento fue Catalina Nicolaievna. Hubo una cantidad extraordinaria de conflictos domésticos, secretos y extremadamente desagradables, de disputas, de enfados; en una palabra, suciedades de toda índole. El padre por fin comenzó a ceder, al ver la testarudez de su hija, enamorada de Versilov y

«fanatizada» por él *(la expresión es de Kraft)*. Pero Catalina Nicolaievna continuaba rebelándose, con un odio implacable. Y aquí es donde comienza el embrollo del que nadie comprende una palabra. He aquí sin embargo la hipótesis construida por Kraft según ciertos datos, pero no es más que una hipótesis.

Versilov habría conseguido sugerir, a su manera, delicada e irresistible, a la jovencita que, si Catalina Nicolaievna se negaba a dar su consentimiento, era porque ella misma estaba enamorada de él y desde hacía largo tiempo se hallaba atormentada por los celos: lo perseguía, intrigaba, le había hecho ya una declaración, y estaba dispuesta ahora a quemarlo vivo porque él amaba a otra. En resumen, algo por ese estilo. Lo peor era que habría «deslizado» una palabrita al padre, al marido de la mujer «infiel», explicando que lo del príncipe no había sido más que una distracción. Según otras variantes, Catalina Nicolaievna quería con locura a su hijastra y ahora, calumniada ante ella, estaba entregada a la desesperación, sin hablar de sus relaciones con su marido enfermo. En fin, existe aún otra variante en la cual, con gran pena por mi parte, creía rotundamente Kraft, y en la cual creía yo mismo *(porque ya de eso había tenido indicios)*. Se aseguraba *(según se dice, Andronikov lo había sabido por boca de la misma Catalina Nicolaievna)* que Versilov, por el contrario, ya antes, es decir, antes de que la jovencita hubiese conocido aquellos sentimientos, había ofrecido su amor a Catalina Nicolaievna; que ésta, que era su amiga a incluso había sido exaltada por él durante algún tiempo, pero que no lo creía nunca y lo contradecía siempre, había acogido aquella declaración con un odio extraordinario y lo había abrumado de burlas venenosas. Lo había puesto formalmente de patitas en la calle, porque el otro le proponía lisa y llanamente hacerla su mujer, previendo un segundo ataque, inminente, del marido. Así pues, Catalina Nicolaievna debió de experimentar una aversión particular contra Versilov cuando le vio seguidamente buscar de una manera tan ostensible la mano de su hijastra. María Ivanovna, al contarme todo aquello en Moscú, creía en la verdad de una y otra variante, es decir, todo a la vez: ella aseguraba que todo aquello podía conciliarse, que era la haine dans l'amour, una especie de orgullo amoroso herido, de una y de otra parte, etcétera; en una palabra, una especie de embrollo novelesco, indigno de un hombre serio y en posesión de sus cinco sentidos, y con una mezcla además de infamia. Pero María Ivanovna estaba repleta de novelas desde su infancia, las leía noche y día, a pesar de tener un carácter excelente. Lo que se desprendía de aquello, era la evidente ignominia de Versilov, la mentira y la intriga, algo negro y repugnante, tanto más cuanto que el final fue trágico: la pobre jovencita, inflamada de amor, se envenenó, se dice, con cerillas de fósforos; por lo demás, aún no sé hoy día si este último rumor es exacto; de todas maneras, se trató de ahogarlo por todos los medios. La joven no estuvo enferma más de quince días y murió. De ese modo la historia de las cerillas quedó dudosa, pero Kraft creía en ella firmemente. A continuación, muy rápidamente, murió el padre de la joven, se dice que de pena, pena que le produjo un segundo ataque, pero, sin embargo, no antes de tres meses. Pero, después del entierro de la muchacha, el joven príncipe Sokolski, vuelto de París a Ems, abofeteó públicamente a Versilov en pleno jardín, y el otro no

respondió con un desafío; al contrario, al día siguiente se mostró en el paseo como si nada hubiera pasado. Fue entonces cuando todo el mundo le volvió la espalda, también en Petersburgo; Versilov conservaba no obstante algunos conocimientos, pero en un ambiente completamente distinto. Sus amigos del gran mundo se hicieron todos sus acusadores, aunque muy pocos conociesen todos los detalles; no se sabía más que la historia de la muerte novelesca de la jovencita y lo de la bofetada. Únicamente dos o tres individuos poseían datos tan completos como era posible tener; el que más sabía de aquello fue el difunto Andronikov, que desde hacía mucho tiempo estaba ya en relaciones de negocios con los Akhmakov y en particular con Catalina Nicolaievna a causa de un determinado asunto. Pero guardó el secreto incluso en el seno de su propia familia; no se había franqueado un poco más que a Kraft y a María Ivanovna, y eso por necesidad.

—Lo esencial —concluyó Kraft— es que existe un documento al que la señora Akhmakova teme espantosamente.

Y he aquí lo que él me comunicó a este respecto.

Catalina Nicolaievna había cometido la imprudencia, en el momento en que el viejo príncipe su padre se reponía en el extranjero de su ataque, de escribir a Andronikov, con gran secreto *(Catalina Nicolaievna tenía en él una completa confianza)*, una carta extremadamente comprometedora. En aque llos momentos, el príncipe convaleciente había manifestado, según se dice, una cierta inclinación a derrochar su dinero, casi a tirarlo por la ventana: se había puesto a comprar en el extranjero objetos perfectamente inútiles, pero costosos, cuadros, jarrones; a hacer regalos y donativos, en grandes cantidades, incluso a diversos establecimientos del país; había estado a punto de comprarle a un noble ruso arruinado, a muy alto precio y sin hacer ninguna visita, una hacienda devastada y cargada de pleitos, y, en fin, pensaba realmente en el matrimonio. Pues bien, por todas aquellas razones, Catalina Nicolaievna, que no se habia apartado un paso de su padre durante su enfermedad, le planteó a Andronikov, en su calidad de jurista y de «viejo amigo», esta pregunta: «¿Sería posible, conforme a la ley, poner al príncipe bajo tutela o someterlo a consejo judicial; o sea, cuál es el mejor medio para conseguir eso sin escándalo, para que nadie encuentre motivos para hacer comentarios, para no herir tampoco los sentimientos del padre?», etc., etc. Se dice que Andronikov la llamó al orden y la disuadió de semejante empeño; más tarde, cuando el. príncipe estuvo completamente curado, no hubo ya ocasión de volver sobre lo mismo; pero la carta se quedó en casa de Andronikov. Ahora bien, Andronikov muere; Catalina Nicolaievna se acuerda en seguida de su carta: si algún día la descubrieran entre los papeles del difunto y cayese en manos del viejo príncipe, seguramente éste la expulsaría para siempre, la desheredaría y no le daría ya un solo copec en vida. La idea de que su propia hija no creía en su razón a incluso quería hacerlo declarar loco haría de aquel cordero una verdadera fiera. Ahora bien, en su viudedad, ella se había quedado, gracias al jugador de su marido, sin la menor fortuna y no contaba más que con su padre; tenía la firme esperanza de obtener de él una nueva dote, tan generosa como la primera.

De la suerte que hubiese corrido aquella carta, Kraft sabía muy poco. Había notado sin embargo que Andronikov «no rompía nunca los papeles que podían servir» y que además tenía el espíritu amplio, pero la conciencia muy «amplïa» también. *(Me asombré entonces de aquella extraordinaria independencia de Kraft, que quería y respetaba mucho a Andronikov.)* Pero Kraft tenía sin embargo la convicción de que el documento comprometedor había debido de caer entre las manos de Versilov, dada su intimidad con la viuda y con las hijas de Andronikov: se sabía ya que ellas habían puesto a su disposición a inmediatamente todos los papeles del difunto. Kraft sabía además que Catalina Nicolaievna no ignoraba que la carta estaba en poder de Versílov y que esto era lo que ella temía, pensando que aquél iría inmediatamente a mostrársela al viejo príncipe; sabía también que cuando ella regresó del extranjero, había buscado la carta en Petersburgo, había es tado en casa de los Andronikov, y continuaba aún buscándola, puesto que conservaba, a pesar de todo, la esperanza de que no estuviese en poder de Versilov; en fin, que había hecho el viaje desde Moscú únicamente con esta intención y le había suplicado a María Ivanóvna que hiciese una rebusca entre los papeles que se habían quedado en casa de esta última. En cuanto a la existencia de María Ivanovna y sus relaciones con el difunto Andronikov, ella se había enterado a última hora, una vez de vuelta en Petersburgo.

—¿Y cree usted que ella no ha encontrado nada en casa de María Ivanovna? —pregunté yo, teniendo mi idea.

—Si María Ivanovna no le ha revelado nada a usted, ni siquiera a usted, es quizá porque no tiene nada.

—Entonces, ¿cree usted que el documento está en poder de Versilov?

—Es lo más verosímil. Por lo demás, no estoy enterado de nada, todo es posible —declaró éi con un cansancio evidente.

Dejé de interrogarle. ¿Para qué seguir? Todo lo esencial estaba aclarado, a pesar de aquel abominable embrollo. Todo lo que yo temía se confirmaba.

—Todo esto me hace el efecto de un sueño o de un delirio —dije con una pena profunda, agarrando mi sombrero.

—¿Quiere usted mucho a ese hombre? —preguntó Kraft, con una simpatía grande y manifiesta, que leí en aquel mo mento en su rostro.

—Ha pasado lo que me imaginaba — dije—: que no me enteraría de todo en casa de usted. Me queda una esperanza, con Akhmakova. Contaba con ella. Tal vez vaya a verla. Tal vez no.

Kraft me miró, un poco perplejo.

—¡Adiós, Kraft! ¿Para qué aferrarse a la gente que no quiere saber nada de uno? ¿No vale más romper de una vez?

—¿Y después? —preguntó con aire sombrío y mirando al suelo.

—¡Entrar dentro de uno, dentro de uno! ¡Romper con todo y entrar dentro de sí mismo!

—¿Irse a América? *(26)*.

—¡A América! ¡Dentro de sí, sólo dentro de sí mismo! ¡He ahí en lo que consiste toda «mi idea», Kraft! —dije con excitación.

Me miró con curiosidad.

—¿Y tiene usted un sitio de ésos: un «dentro de sí»?

—Sí. Hasta la vista, Kraft. Le doy las gracias y lamento haberle importunado. En su lugar, con una Rusia semejante a la cabeza, yo enviaría a todo el mundo al diablo; marchaos, intrigad, comeos los unos a los otros; ¿qué me importa a mí eso?

—Quédese todavía un momento —dijo él de pronto, después de haberme acompañado ya a la puer ta.

Ligeramente asombrado, volví y me senté de nuevo. Kraft se sentó enfrente. Cambiamos algunas sonrisas: vuelvo a ver todo aquello como si estuviese a11í. Recuerdo que me sentía un poco sorprendido.

—Lo que me agrada de usted, Kraft, es su cortesía —dije de repente.

—¿Es posible?

—Es que yo raramente consign ser cortés, por más que me esfuerce... Por otra parte, quizá sea preferible ofender a la gente: por lo menos se libra uno así de la desgracia de amarla.

—¿Qué hora del día es la que prefiere usted más? —preguntó él, evidentemente ya sin escucharme.

—¿Qué hora? No sé. No me gusta la puesta de sol.

—¿De verdad? —preguntó con una curiosidad extraña.

E inmediatamente volvió a caer en su ensimismamiento.

—¿Vuelve usted a marcharse a alguna parte?

—Sí... me voy...

—¿Pronto?

—Pronto.

—¿Es que, para ir hasta Vilna, hay necesidad de tener un revólver? —pregunté yo sin e1 menor mal pensamiento, incluso sin pensamiento alguno.

La pregunta se me había ocurrido porque había visto un revólver y no sabía qué decir.

Se volvió y miró fijamente el revólver.

No, no tiene importancia, es una mera costumbre.

——Si yo tuviese un revólver, lo guardaría bajo llave en algún sitio. Mire usted, es algo terriblemente tentador. No creo en las epidemias de suicidios; pero cuando se tiene siempre un objeto así al alcance de la vista, hay instantes en que está uno tentado.

——¡No diga usted eso!— exclamó él, levantándose bruscamente.

—No me refiero a mí —añadí yo, levantándome también—. Yo nunca haría uso de una cosa de ésas. Que me den tres vidas, si quieren. Ni aun así tendría bastante.

—¡Que viva usted mucho tiempo!

Aquellas palabras parecieron escapársele.

Sonrió con aire distraído y de una manera rara se dirigió derechamente hacía el recibidor, como para guiarme hasta la salida, sin darse cuenta a punto fijo de lo que hacía.

—Le deseo toda clase de felicidades, Kraft —dije poniendo el pie en el rellano.

—Eso está por ver —respondió con firmeza,.

—Hasta la vista.

—También eso está por ver.

Me acuerdo de la última mirada que lanzó.

III

Así, pues, he aquí el hombre por el que mi corazón ha latido tantos años. ¿Y qué esperaba yo de Kraft, qué revela ciones?

A1 salir de casa de Kraft, sentí un hambre terrible. Caía la tarde, y yo no había comido. Desemboqué en seguida en la Gran Perspectiva de Petersburgskaia storona y entré en un pequeño traktir *(27)* con intención de gastar veinte copeques, y en ningún caso más de veinticinco; por nada del mundo me habría permitido un gasto mayor en aquellos momentos. Pedí una sopa y, me acuerdo muy bien, después de habérmela tragado, miré por la ventana. En el interior había mucha gente; un olor de grasa quemada, de servilletas de posada y de tabaco. Era algo infecto. Por encima de mi cabeza, un ruiseñor mudo, sombrío y pensativo, golpeaba con el pico en el fondo de su jaula. En la sala de billar hacían un gran ruido, pero yo me quedé en mi silla reflexionando. La puesta de sol *(¿por qué Kraft se había sorprendido tanto al enterarse de que no me gustaban las puestas de sol?)* me procuró sensaciones nuevas a inesperadas, completamente fuera de lugar. Yo entreveía siempre la dulce mirada de mi madre, sus hermosos ojos, que, desde hacía un mes, se posaban en mi tan tímidamente. En aquellos últimos tiempos yo me portaba en casa muy groseramente, sobre todo con ella; a quien le guardaba rencor era a Versilov, pero no atreviéndome a decirle groserías, según mi costumbre innoble, era a ella a la que me dedicaba a atormentar. Hasta me tenía miedo: a menudo me miraba con ojos suplicantes cuando entraba Andrés Petrovitch temiendo alguna intemperancia por mi parte... Cosa rara, fue entonces, en el traktir, cuando me di cuenta por primera vez de que Versilov me hablaba de tú, y ella de usted. Ya me había asombrado antes de eso, y no precisamente a favor de ella, pero aquí me dabá cuenta de una manera especial, a ideas raras, unas tras otras, atravesaban mi cerebro. Me quedé mucho tiempo inmóvil, hasta que el crepusculo imperó por completo. Pensaba también en mi hermana...

¡Instante fatal! Hace falta decidirse a toda costa. ¿Es que soy incapaz de tomar una decisión? ¿Qué hay de difícil en una ruptura, sobre todo cuando los demás no quieren saber nada de mí? ¿Mi madre y mi hermana? Pero a ellas yo no las abandonaré en ningún caso, pase lo que pase.

Es verdad, la aparición de aquel hombre en mi existencia, por espacio de un relámpago, en mi primera infancia, ha sido el choque fatal que ha hecho tambalear mi conciencia. Si no me lo hubiese encontrado entonces, mi espíritu, mi manera de pensar, mi destino habrían sido

seguramente distintos, a pesar del carácter que me estaba reservado por la suerte y que yo no habría podido evitar.

Ahora bien, resulta que este hombre no es más que un sueño, un. sueño de mis años de infancia. Soy yo quien me lo he imaginado de esta manera: en realidad él es muy diferente, está muy por debajo de mi fantasía. A quien yo he venido a buscar es a un hombre honrado, y no a éste. Pero ¿por qué me he prendado de él, de una vez para siempre, en aquel corto instante en que le vi en tiempos, siendo todavía un niño? Este «para siempre» debe desaparecer. Un día, si se presenta la ocasión, referiré cómo fue aquel primer encuentro: es una mera anécdota de la que no se puede extraer consecuencia alguna. Pero en mí toda una pirámide ha salido de aquel momento. He empezado esa pirámide bajo mi manta de niño, en el momento en que, antes de dormirme, podía llorar y pensar. ¿En qué? Yo mismo lo ignoro. ¿En el abandono en que se me tenía?, ¿en los tormentos que se me hacía sufrir? Pero no se me había atormentado apenas: escasamente dos años, en la pensión Tuchard, donde él me había metido antes de marcharse para siempre. A continuación, nadie me atormentó ya; al contrario, era yo quien miraba de arriba abajo a mis camaradas. Por lo demás, no puedo aguantar a esos huérfanos que gimotean sobre su suerte. No hay espectáculo más repulsivo que el de esos huérfanós, esos bastardos, todos esos desechos de la sociedad y, en general, toda esa canalla por la que no siento la menor lástima, que, de golpe y porrazo, se yergue solemnemente delante del público y se pone a clamar lastimeramente, pero también para recitar su lección: «¡Mirad cómo nos han tratado! » ¡Ya les daría yo de latigazos a semejantes huérfanos! No hay ni siquiera uno en esa turba vil, que comprenda que es diez veces más noble callarse, en lugar de gimotear y juzgarse digno de lástima. Si tú mismo lo juzgas digno de lástima, hijo del amor, no tienes más que lo que mereces. Eso es lo que pienso por mi

parte.

✦

Pero lo que resulta curioso, no son los sueños que yo acariciaba en otros tiempos, «bajo mi manta», sino el hecho de que he venido aquí por él, siempre por este hombre imaginario, olvidando casi mis objetivos esenciales. He venido a ayudarle a vencer la calumnia, a aplastar a sus enemigos. El documento del que hablaba Kraft, la carta de aquella mujer a Andronikov, carta que ella teme tanto, que puede destrozar su felicidad y sumirla en la miseria, y que ella cree que se encuentra entre las manos de Versilov, esa carta no estaba en poder de Versilov, sino en el mío, cosida en mi bolsillo lateral. Yo mismo la había cosido allí. Sí; no lo sabía nadie en el mundo. Si la novelesca María Ivanovna, que tuvo el documento «en custodia», había juzgado necesario entregármelo a mí, y no a otra persona, eso era un efecto de sus ideas y de su voluntad, y yo no tengo por qué explicarlo; quizás un día tendré ocasión de referirlo; pero, armado así de improviso, yo no podía menos de experimentar el deseo de venir a Petersburgo. Naturalmente, contaba con ayudar a este hombre en secreto, sin ponerme en evidencia y sin apasionarme, sin esperar de su parte ni alabanzas ni abrazos. ¡Y jamás, jamás, me habría juxgado digno de dirigirle un reproche! ¿Era culpa suya que yo me hubiese prendado de él y que me hubiese forjado con él un ideal fantástico? ¡Quizá ni siquiera le que ría! Su espíritu original, su carácter curioso, sus intrigas y sus aventuras, la presencia cerca de él de mi madre, todo eso, al parecer, no podía ya detenerme; bastante era que mi muñeca fantástica se hubiese roto y que yo fuese tal vez incapaz de quererle en lo sucesivo. Entonces, ¿qué era lo que me detenia aún, qué era lo que me sujetaba? He ahí la cuestión. Al fin y a la postre, el tonto lo era yo y nadie más.

Pero, porque exijo la franqueza de los demás, seré franco conmigo mismo: debo confesarlo, el documento cosido en mi bolsillo no despertaba en mí solamente un deseo apasionado de correr en socorro de Versilov. Ahora está demasiado claro para mí, aunque entonces me ruborizase ante aquella idea. Yo entreveía a una mujer, a una orgullosa criatura del gran mundo, con la que me encontraría cara a cara; ella me despreciaría, se reiría de mí como de un ratón, sin sospechar siquiera que soy el dueño de su destino. Esa idea me embriagaba ya en Moscú, y más aún en el tren, en el momento en que me dirigía aquí; ya lo he confesado más arriba. Sí, yo detestaba a esa mujer, pero la quería ya como víctima que iba a ser mía, y todo aquello era verdad, todo aquello era real. Pero era una puerilidad como nunca hubiese creído ni siquiera de una criatura como yo. Describo mis sentimientos de entonces, es decir, lo que me pasaba por la cabeza en el momento en que estaba sentado en el traktir debajo del ruiseñor, en el mo mento en que decidí romper con ellos, aquella misma noche, irrevocablemente. La idea de mi reciente encuentro con aque lla mujer hizo subir de pronto a mi rostro el arrebol de la vergüenza.

¡Vergonzoso encuentro! ¡Vergonzosa y estúpida impresión, y que sobre todo demostraba, de la mejor manera posible, mi ineptitud para la acción! Demostraba solamente, pensaba yo entonces, que yo era incapaz de resistir ni siquiera a los cebos más estúpidos, siendo así que acababa de declararle a Kraft que yo tenía, en algún lugar al sol, mi obra propia, y que, si me diesen tres vidas, sería aún demasiado poco para mí. Yo había dicho aquello orgullosamente. Que hubiese abandonado mi idea para inmiscuirme en los asuntos de Versilov, era todavía perdonable; pero lanzarme a un lado y a otro, como una liebre deslumbrada, y mezclarme en toda clase de estupideces. era evidentemente una pura imbecilidad de mi parte. ¿Qué necesidad tenía yo de haber ido a casa de Dergatchev a exponer mis tonterías, cuando estaba convencido desde hacía mucho tiempo de que yo era incapaz de contar nada con ilación y buen sentido y que mi mayor interés estaba en callarme? Y un Vassine me daba una lección con el pretexto de que yo tenía aún « cincuenta años de vida por delante, y que por consiguiente no tenía por qué inquietarme». Magnífica objeción, lo reconozco, objeción que hace honor a su inteligencia indiscutible; magnífica, porque es la más sencilla, y las cosas sencillas no se comprenden nunca más que al final, cuando se han tanteado todas las complicaciones y todas las tonterías; pero esa objeción ya la sabía yo sin necesidad de Vassine; esa idea ya la había experimentado hacía más de tres años; hay más, en parte era «mi idea». He aquí lo que me decía entonces a mí mismo en el traktir.

Me sentía muy a disgusto cuando, cansado de andar y de pensar, llegué por la noche, después de las siete, al Semenovski polk. La oscuridad era completa; el tiempo había cambiado; estaba ahora seco, pero se había levantado un viento desagradable, el viento de Petersburgo, cruel y penetrante; lo tenía a la espalda, y hacía girar alrededor la arena y el polvo. ¡Cuántas caras rudas, entre la gente humilde que se apresuraba a entrar en su rincón, de vuelta del trabajo o de la oficina! Cada cual llevaba grabado en su rostro su duro cuidado, ¡y ni siquiera una sola idea común que uniese a toda aquella muchedumbre! Kraft tiene razón: cada uno tira por su sitio. Me encontré con un niño, tan pequeño, que se asombraba uno de verlo solo en la calle a semejante hora; debía de haberse perdido; una buena mujer se detuvo un momento para interrogarlo, pero, no comprendiendo nada, hizo ademán de que ella nada podía hacer y continuó su camino abandonándolo solo en la oscuridad. Me acerqué, pero tuvo miedo de mí y huyó. Al llegar a casa, decidí no ir a visitar nunca a Vassine. Mientras subía la escalera, me sentí invadido pot unas ganas locas de encontrar a mi familia sola en casa, sin Versilov, para tener tiempo de decir antes de su llegada algunas pala bras amables a mi madre o a mi querida hermana, a la cual, por así decirlo, no le había dirigido en todo aquel mes una sola palabra afectuosa. Eso pasó: él no estaba en casa...

IV

A propósito de esto: al introducir en mis «memorias» a este «nuevo personaje» *(quiero decir a Versilov)*, debo dar brevemente algunos datos sobre la carrera de su vida, datos que. por

lo demás, no significan nada. Lo hago para que el lector me comprenda mejor, y porque no veo en qué sitio podría situar lógicarriente estos datos en el curso de la na - rración.

Había estado en la Universidad, pero había entrado en seguida en la guardia, en un regimiento de caballería. Se casó con una Fanariotova y pidió el retiro. Hizo varios viajes al extranjero. En los intervalos, vivía en Moscú, entregado a los placeres mundanos. Después de la muerte de su mujer, se retiró al campo; a11í es donde se sitúa el episodio de mi madre. Seguidamente, residió largo tiempo en alguna parte del Mediodía. Cuando estalló la guerra con Europa, volvió a entrar en servicio, pero no fue enviado a Crimea y no participó en ningún combate. Acabada la guerra, cogió su retiro, viajó por el extranjero, a incluso con mi madre, a la cual abandonó en Koenigsberg. La infeliz me ha contado varias veces, con una especie de espanto y agachando la cabeza, cómo tuvo que pasar seis meses absolutamente sola, con su hijita, sin saber el idioma del país, como en pleno bosque, y, al final, sin dinero. Entonces vino a buscarla Tatiana Pavlovna y se la llevó consigo a algún lugar en la provincia de Nijni. A continuación Versilov formó parte de la primera hornada de los «mediadores de paz» *(28)* y, según se dice, desempeñó sus funciones a maravilla. Pero las abandonó pronto y se ocupó, en Petersburgo, de distintos asuntos civiles privados. Andronikov estimó siempre en mucho su competencia. Lo respetaba enormemente, agregando tan sólo que no comprendía su carácter. Luego Versilov abandonó también aquella ocupación y volvió a marcharse al extranjero, esta vez por mucho tiempo, por varios años. Tras de lo cual se iniciaron sus relaciones muy estrechas con el viejo príncipe Sokolski. Durante todo aquel tiempo, la situación de su fortuna cambió radicalmente dos o tres veces: ora caía en la miseria, ora se enriquecía de nuevo y volvía a salir a flote.

Por lo demás, hoy, al llegar a esta parte de mis memorias, me resuelvo a hablar de «mi idea». Por primera vez, voy a describirla, comenzando por su nacimiento. Me decido, por así decirlo, a descubrírsela al lector, y también para dar más claridad a la continuación de mi relato. No es el lector sola mente, sino que también yo mismo, el autor, empiezo a meterme en dificultades al tratar de explicar mi conducta sin explicar antes lo que me ha guiado y lo que me ha impulsado. Con esta «figura de preterición», heme aquí caído de nuevo, por mi torpeza, en los «artificios» de novelista de los que me he burlado más arriba. A1 entrar en mi novela de Petersburgo, con todas sus aventuras vergonzosas para mí, encuentro este prefacio indispensable. No son los «artificios» los que me han hecho guardar silencio hasta aquí, sino la naturaleza de las cosas, es decir, la dificultad del relato. Incluso hoy día, después de todo lo que ha pasado, experimento una dificultad insuperable en referir esta «idea». Además, evidentemente debo exponerla en la forma que la misma tenía entonces, tal como estaba formada y concebida por mí en aquella época, y no tal como es ahora, to que implica una nueva dificultad. Hay ciertas cosas que resultan casi imposibles de contar. Precisamente las ideas más simples y más claras son las menos a propósito para ser comprendidas. Si, antes de descubrir América, Colón hubiese querido contar su idea a otros, estoy convencido de que se habría

estado mucho tiempo sin comprenderle. En realidad, no se le comprendía. Hablando así, no pretendo en manera alguna equipararme con Colón, y si alguien extrae esta consecuencia, él es, ni más ni menos, quien debe avergonzarse.

Capítulo v

✦

Mi idea es ser Rothschild. Invito al lector a que tenga calma y seriedad.

Lo repito: mi idea es ser Rothschild, ser tan rico como Rothschild; no simplemente rico, sino precisamente como Rothschild. Con qué intención, por qué motivo, qué fines voy persiguiendo, son cosas de las que se tratará más tarde. De momento, demostraré solamente que la consecución de mi objetivo está garantizada matemáticamente.

La cosa es de una sencillez infinita; todo el secreto consiste en dos palabras: terquedad y continuidad.

—Ya sabemos eso —se me dirá—; no es novedad ninguna. En Alemania, cada «Vater» se lo repite a sus hijos. Y sin embargo su Rothschild de usted *(el difunto James Rothschild, de París, al que me refiero)* ha sido siempre único, mientras que hay millones de «Vater».

Responderé:

—Ustedes aseguran que ya lo saben. Pues bien, no saben absolutamente nada. Existe un punto sin embargo en el que ustedes tienen razón: si he dicho que es una cosa «infinitamente simple», me he olvidado de añadir que es también la más difícil. Todas las religiones y todas las morales del mundo se reducen a esto: «Hay que amar la virtud y huir del vicio.» ¿Cómo, parece que haya nada más sencillo? ¡Pues bien, haced algo virtuoso, huid de uno solo cualquiera de vuestros vicios, ensayadlo un poco! Todo consiste en eso.

He aquí por qué vuestros innumerables «Vater», durante una infinidad de siglos, pueden repetir esas dos palabras asombrosas en las que estriba todo el secreto, mientras que sin embargo Rothschild sigue siendo único. Por tanto, no se trata de éso en absoluto, y los «Vater» no repiten en modo alguno el pensamiento que sería necesario.

En cuanto a la terquedad y a la continuidad, sin duda alguna, también ellos han oído hablar de eso; pero, para llegar a mi objetivo, no es la terquedad de los «Vater» ni la continuidad de los « Vater» la que hace falta.

Esta sola palabra de «Vater» - y no hablo solamente de los alemanes -, el hecho de que se tenga familia, de que se viva como todo el mundo, de que se tengan los mismos gastos que los demás, las mismas obligaciones, todo eso os impide llegar a ser Rothschild y os obliga a seguir siendo un hombre moderado. Por mi parte, comprendo demasiado bien que una vez llegado a ser Rothschild o incluso solamente deseando llegar a serlo, no a la manera de los «Vater», sino seriamente, en el mismo momento salgo fuera de la sociedad.

Hace algunos años leí en los periódicos que había muerto en un vapor del Volga un mendigo vestido de harapos, que pedía limosna y que era conocido por todo el mundo en la

comarca entera. Después de su muerte, se le encontraron co sidos en sus andrajos tres mil rublos en billetes de Banco. Estos días he leído una nueva historia de mendigos: un noble, ya anciano, que iba de posada en posada tendiendo la mano. Lo han detenido y le han encontrado encima cinco mil rublos. De ahí se extraen dos conclusiones: la primera, que la terquedad en la acumulación, aunque se trate de céntimos, da a la larga resultados inmensos *(el tiempo no tiene nada que ver con el asunto)*; la segunda, que la forma más fácil de enriquecimiento, con tal que sea continua, tiene el éxito asegurado matemáticamente.

Existen quizá numerosos hombres honorables, inteligentes y modestos que no tienen *(por más que se empeñen)* ni tres mil, ni cinco mil rublos, y que sin embargo desearían terriblemente tenerlos. ¿Por qué pasa eso? La respuesta es clara: porque ni siquiera uno solo entre todos ellos, a pesar de todo su deseo, quiere hasta el punto, si no hay otro medio, de hacerse incluso mendigo; ninguno es lo bastante terco como para, una vez hecho mendigo, no gastar las primeras monedas recibïdas en procurarse un pedazo más para él mismo o para su familia. Ahora bien, con este procedimiento de acumulación, quiero decir, con la mendicidad, hace falta alimentarse, para acumular sumas semejantes, con pan y con sal y nada más; por lo menos así es como yo comprendo la cosa. Desde luego, eso es to que hacían los dos mendigos mencionados más arriba; comían pan seco y dormïan al aire libre. Es muy cierto que no tenían la intención de llegar a ser Rothschild: no eran más que tipos a to Harpagon o Pliuchkine *(29)* en el estado puro, y nada más; pero la acumulación consciente, bajo una forma completamente distinta, con la intención de llegar a ser Rothschild, no exigirá menos deseo y fuerza de voluntad que los que han tenido estos dos mendigos. Ningún «Vater» tendrá esa fuerza. En este mundo, las fuerzas son muy variadas, las fuerzas de voluntad y de deseo sobre todo. Hay la temperatura de ebullición del agua y hay la temperatura en la que el fuego se pone al rojo.

Es un verdadero monasterio, son verdaderas hazañas de santos. Es un sentimiento, y no una idea. ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Es moral, no es una monstruosidad llevar harapos y comer pan negro toda la vida, cuando se lleva consigo una fortuna semejante? Estas cuestiones llegarán más tarde; de momento se trata solamente de la posibiiidad de alcanzar la meta.

Cuando concebí «mi idea» *(precisamente no consiste más que en el caldeamiento al rojo)*, quise ponerme a prueba: ¿estaba yo hecho para el monasterio y para la santidad? A este efecto, durante todo el primer mes no comí más que pan y agua. No me hacían falta más que dos libras y media de pan negro por día. Para conseguir aquello, tuve que engañar al astuto Nicolás Semenovitch y a María Ivanovna, que me quería mucho. Insistí, con gran pena de ella y no sin intrigar al muy delicado Nicolás Semenovitch, para que se me trajese la comida a la habitación. Allí, la destruía pura y simplemente. Tiraba la sopa por la ventana, sobre las ortigas o en cualquier otra parte; la carne, o bien se la arrojaba al perro por la ventana, o bien, envuelta en papel, me la metía en el bolsillo y me la llevaba afuera, y con el resto por el estilo.

Como me daban mucho menos de dos libras y media de pan, yo me lo compraba en secreto. Resistí muy bien aquel mes, quizá solamente me estropeé un poco el estómago; pero durante el

mes siguiente añadí al pan un poco de sopa, y por la mañana y por la noche un vaso de té. Y puedo aseguraros que pasé así un año con perfecta salud y resistencia, y moralmente sumido en un estado de encantamiento y en una perpetua exaltación secreta. Lejos de echar de menos mis platos, nadaba en entusiasmo. Terminado el año, convencido de que me hallaba en condiciones de soportar cualquier clase de ayuno, volví a comer como todo el mundo, a hice mis comidas con ellos. No contento con esta prueba, hice una segunda: para mis gastillos menudos tenía derecho, además de la pension pagada a Nicolás Semenovitch, a cinco rublos por mes. Resolví no gastar más de la mitad. Fue una prueba muy difícil, pero al cabo de poco más de dos años, al llegar a Petersburgo, llevaba en el bolsillo, aparte de otro dinero, setenta rublos producidos únicamente pot esas economías. El resultado de esas dos experiencias fue para mí colosal: comprobé positivamente que era capaz de querer lo bastante para llegar a mi objetivo, y es en esto, lo repito, en lo que constste «mi idea»; el resto no es más que futilidad.

II

Sin embargo, veamos también esas futilidades.

He descrito mis dos experiencias. En Petersburgo, como ya se sabe, hice una tercera: me dirigí a una subasta pública y, de un solo golpe, obtuve una ganancia de siete rublos noventa y cinco copeques. Naturalmente no era una verdadera experiencia, sino una especie de juego, de recreo: había tenido la fantasia de robarle al porvenir un minutito y ver cómo me comportaría y obraría. De una manera general, desde el principio, en Moscú, había aplazado la verdadera puesta en marcha hasta el momento en que me viese enteramente fibre; comprendía demasiado bien que me hacía falta primeramente, por ejemplo, terminar con el Instituto *(como se sabe, a la Universidad ya la había sacrificado)*. Indudablemente, yo partía para Petersburgo presa de una cólera secreta: recién salido del Instituto y fibre por primera vez, había visto de pronto que los asuntos de Versilov iban a distraerme nuevamente de mi empress hasta una fecha desconocida. Aunque con cólera, yo partía absolutamente tranquilo hacia mi meta.

Sin duda yo ignoraba la práctica; pero había reflexionado sobre esos tres años seguidos y no podia albergar duda alguna. Me había figurado mil veces la manera como procedería: me encuentro de golpe y porrazo, como caído de las nubes, en una de nuestras dos capitales *(había elegido para el estreno las capitales, y, en particular, a Petersburgo, a la cual le daba la preferencia con motivo de un determinado cálculo)* y, así bajado de mis nubes, pero enteramente libre, no dependo de nadie, tengo salud y cien rublos escondidos en el bolsillo como primer fondo de inversion. Con menos de cien rublos, imposible empezar, porque eso habría sido retrasar dura nte dema siado tiempo incluso el primerísimo período de éxito. Además de estos cien rublos, tengo, como se sabe, el valor, la terquedad, la continuidad, el aislamiento perfecto y el secreto. El aislamiento sobre todo: he detestado terriblemente hasta el último instante las relaciones y las asociaciones con la gente; de una manera general, estaba decidido a emprender «mi idea» absolutamente solo, condition sine qua non. La gente es para mí una carga; yo

habría tenido el espíritu turbado, y esa turbación habría perjudicado el objetivo. Por otra parte, hasta el día de hoy, durante toda mi vida, en todos mis sueños sobre mis relaciones futuras, con los hombres, siempre he salido del paso muy inteligentemente; apenas metido en faena, siempre muy estúpidamente. Lo reconozco con indignation y sinceridad, me he traicionado siempre por mis discursos, siempre demasiado apresurado, y por eso he resuelto suprimir a los hombres. Beneficio: independencia, tranquilidad de espíritu, claridad de la meta.

A pesar de los precios espantosos de Petersburgo, decidí de una vez para siempre que no gastaría más de quince copeques en mi alimentation, y sabía que cumpliría esta palabra. Había examinado largamente y con detalles este problems de la alimentation; resolví por ejemplo comer a veces dos días seguidos pan con sal, gastando en el tercero las economías así realizadas; me parecía que esto sería más ventajoso para mi salud que un desayuno igual y perpetuo con un mínimo de quince copeques. Seguidamente, para alojarme, me hacía falta un rincón, literalmente un rincón, únicamente donde pasar la noche o abrigarme en los días de muy mal tiempo. Resolví vivir en la calle y estaba dispuesto, en caso de necesidad, a dormir en los asilos nocturnos en los que se da, además del techo, un trozo de pan y un vaso de té. ¡Oh!, ya sabré yo esconder mi dinero para que no me roben, en mi rincón o en el asilo; nadie adivinará siquiera que lo tengo, os to garantizo.

«¿Robarme a mí, cuando me guardo de robar a los demás?»: he oído una vez esta frase burlona en la calle, en boca de un compadre astuta. Naturalmente, lo único que retengo de la frase es la prudencia y la astucia; no tengo la menor intención de robar. Hay más, ya en Moscú, y quizá desde el primer día de mi «idea», decidí que no sería ni prestamista, ni usurero: para eso están los judíos y aquellos rusos que no tienen ni inteligencia ni carácter. El préstamo y la usura son creacio nes de la mediocridad.

En cuanto a la ropa, resolví tener dos trajes: uno para todos los días y otro presentable. Una vez adquiridos, yo estaba seguro de llevarlos mucho tiempo; me había pasado dos años y medio aprendiendo a llevar mis trajes a incluso había descubierto este secreto: para que un traje esté siempre nuevo y no se estropee, hay que cepillarlo lo más frecuentemente posible, cinco y seis veces por día. La tela no tiene nada que temer del cepillo, lo digo a ciencia cierta; sus enemigos son el polvo y la suciedad. El polvo, sí se mira al microscopio, es un conjunto de pequeños guijarros, mientras que el cepillo, por duro que sea, no se diferencia mucho de la lana. Aprendí igualmente cuál era la forma mejor de llevar las botas; he aquí el secreto: hay que posar el pie con precaución, toda la suela a la vez, apoyándose en los lados lo más raramente posible. Es una ciencia que puede adquirirse en quince días, luego ya todo funcionará por sí mismo. Con este procedimiento, las botas duran por término medio un tercio más que antes. Es mi experiencia de dos años *(30)*.

A continuación venía la acción en sí. Yo partía de esta consideración: poseo cien rublos. Hay en Petersburgo tantas ventas en pública subasta, tantas liquidaciones, tantas tiendecillas a indigentes, que es imposible, después de haber comprado un objeto a un cierto precio, no

revenderlo un poco más caro. Por un álbum, yo había obtenido siete rublos noventa y cinco copeques de ganancia por dos rublos cinco copeques de capital desembolsado. Aquel beneficio colosal fue logrado sin ningún riesgo: en los ojos del comprador yo notaba que éste no se echaría atrás. Comprendo muy bien que fue una casualidad; pero esas casualidades son las que yo busco, y por eso he resuelto vivir en la calle. Estas casualidades pueden ser raras; mi regla esencial no será tampoco la de no correr ningún riesgo, y mi segunda regla, la de ganar cada día algo por encima del mínimo gastado en mi manutención, a fin de que la acumulación no se interrumpa un solo día.

Se me dirá: ésos son sueños, usted no sabe lo que es la calle, se hará aplastar al primer paso. Pero yo tengo voluntad y carácter, y la ciencia de la calle es una ciencia como las demás, se aprende con terquedad, atención a inteligencia. En el Instituto siempre estuve entre los primeros, hasta en filosofía, y estaba muy fuerte en matemáticas. ¿Es que está permitido erigir la experiencia y el conocimiento de la calle en fetiche, para predecirme obligatoriamente el fracaso? La gente que habla así es siempre la que no ha tenido ninguna experiencia, los que nunca han hecho nada, no han comenzado vida alguna y han vegetado en lo todo hecho. «Aquél se ha roto la crisma, por tanto este otro se la romperá fatalmente.» De ninguna manera; no me la romperé. Tengo carácter, y con un poco de atención aprenderé no importa qué. ¿Es posible figurarse que con una terquedad incesante, una penetración incesante, reflexiones y cálculos incesantes, una actividad y unas gestiones incesantes, no pueda uno llegar a adquirir la ciencia de ganar cada día veinte copeques de más? Y sobre todo yo estaba decidido a no buscar nunca el máximum de ganancia, sino a conservar siempre mi sangre fría. Más tarde, cuando poseyese mil o dos mil rublos, abandonaría con toda naturalidad la compra y la pequeña reventa. Todavía conocía muy mal lo relativo a la Bolsa, a las acciones, la Banca y el resto. Pero por el contrario sabía, lo mismo que dos y dos son cuatro, que a todas aquellas Bolsas y a aquellos Bancos los conocería y los estudiaría en su momento tan bien como no importa qué otra cosa y que esa ciencia me llegaría con toda naturalidad, únicamente porque sería el instante adecuado. ¿Hacía falta para eso mucha inteligencia? ¿Hacía falta ser un Salo - món? Bastaba con tener carácter; el saber, la habilidad, la ciencia llegarían por sí mismas. Solamente hacía falta no dejar nunca de «querer».

Y sobre todo, no correr riesgos, lo que no es posible más que teniendo carácter. Hace aún poquísimo tiempo, después de mi llegada, hubo en Petersburgo una suscripción para acciones de ferrocarril; los que pudieron suscribirse habían ga nado mucho dinero. Durante cierto tiempo las acciones estuvieron subiendo. De pronto uno que se había retrasado o un avaro, viendo acciones entre mis manos, me propondría que se las vendiese, con un cierto porcentaje de beneficios. Pues bien, yo se las vendería, a inmediatamente. Como es lógico, la gente se burlaría de mí: con sólo que hubiese esperado, habría ganado diez veces más. Sí, pero mi ganancia es más segura, porque la tengo en el bolsillo, y la vuestra está aún en el aire. Se me dirá que no es éste el medio de ganar mucho; perdón, ése es vuestro error, el error de todos nuestros

Kokorev, Poliakov, Gubonine *(31)*. Aprended esta verdad: la continuidad y la terquedad en la ganancia, y sobre todo en la acumulación, son más fuertes que beneficios instantáneos, incluso del ciento por ciento.

Poco antes de la Revolución Francesa hubo en París un tal Law que forjó un proyecto, verdaderamente genial en principio *(y que a continuación, en la realidad, fue un chasco espantoso)*. Todo París se conmovió; todo el mundo se disputaba las acciones de Law. La gente se apretujaba. El palacio en el que se recibían las suscripciones se tragaba el dinero de todo París; finalmente aquel palacio no bastó: el público se agolpaba en la calle; todas las profesiones, todas las condiciones sociales, todas las edades, burgueses, nobles y sus hijos, condesas, marquesas, prostitutas; todo aquello no formaba más que una masa furiosa, medio loca, como mordida por un perro rabioso; los títulos, los prejuicios de la sangre y de la vanidad, incluso el honor y el buen nombre, todo era pisoteado; todo se sacrificaba *(incluso las mujeres)* para obtener algunas acciones. La suscripción se trasladó por fin a la calle, pero no había sitio donde escribir. Fue entonces cuando se le propuso a un jorobado que cediese por un momento su joroba para servir de mesa. El jorobado consintió, fácil es de imaginar a qué precio. Poco después *(muy poco después)* vino la bancarrota: todo reventó, toda la idea se fue al diablo y las acciones perdieron todo su valor. ¿Quién ganó, pues, en aquel negocio? El jorobado, y sólo el jorobado, porque se hacía pagar no con acciones, sino con verdaderos luises de oro. Pues bien, ¡yo soy ese jorobado! He tenido la fuerza de no comer y de economizar a base de copeques setenta y dos rublos; tendré también la fuerza necesaria para mantenerme tranquilo en medio de la fiebre que se ha apoderado de todos los demás; preferiré una suma segura a una más considerable. No soy mezquino más que en las cosas pequeñas; no en las grandes. A menudo he carecido de carácter, incluso después del nacimiento de mi «idea», por una dificultad insignificante; para una gran dificultad, siempre tendré carácter de sobra. Cuando mi madre me servía por las mañanas, antes de ir al trabajo, un café frío, me enfadaba, le decía groserías, y sin embargo yo era el mismo hombre que había vivido todo un mes a pan y agua.

En una palabra, no ganar, no llegar a saber ganar sería contra naturaleza. Tampoco sería natural, con una acumulación igual a ininterrumpida, con una atención y una sangre fría incesantes, con reserva y economía, con una energía siempre creciente, no sería natural, digo, no llegar a ser millonario. ¿Cómo ha ganado el mendigo su fortuna, sino por un carácter y un encarnizamiento fanáticos? ¿Es que no valgo yo tanto como él? «En fin, podría ser que no obtuviese nada, podría ser que mi cálculo no fuera justo, podría ser que quebrase y me hundiera; poco importa, yo camino hacia delante. Camino porque así lo quiero.» He aquí lo que me decía ya en Moscú.

Se me objetará que no hay en esto ni sombra de «idea», ni nada nuevo. Diré por mi parte, y por última vez, que hay en esto una infinidad de ideas y una infinidad de novedades.

¡Oh! Ya presentía la trivialidad de todas las objeciones, y hasta qué punto sería trivial yo mismo al exponer mi «idea»: pues bien, ¿qué he dicho? No he dicho ni la centésima parte;

comprendo que todo esto es mezquino, grosero, superficial e incluso quizá por debajo de mi edad.

III

Quedan las respuestas para los « ¿de qué sirve eso?», « ¿para qué? », « ¿es moral o no? », etc., etc., preguntas a las que he prometido responder.

Siento muchísimo tener que desilusionar al lector desde el principio, lo siento y estoy al mismo tiempo encantado. Que se sepa bien esto: en los objetivos de mi «idea» no hay ningún sentimiento de «venganza», nada de byroniano, ni maldiciones, ni quejas de huérfano, ni lágrimas de bastardo, nada, nada. En una palabra, una señora romántica, si mis memorias fuesen a parar a sus manos, torcería inmediatamente el gesto. Todo el objetivo de mi «idea» es el aislamiento.

—Pero ese aislamiento se puede conseguir sin empeñarse en llegar a ser un Rothschild. ¿Qué tiene que ver Rothschild con todo esto?

—Es que, además del aislamiento, quiero también el poder.

Aquí un preámbulo: el lector se asustará tal vez de la franqueza de mi confesión y se preguntará ingenuamente: ¿cómo es posible que el autor no se haya avergonzado? Responderé diciendo que no escribo para ser publicado; tendré un lector tal vez dentro de diez años, cuando todo esté tan bien determinado, probado y cumplido, que no habrá ya necesidad de avergonzarse de nada. Por tanto, si en estas memorias me dirijo a veces al lector, no es más que un artificio. Mi lector es un personaje de fantasía.

No, no es mi nacimiento ilegítimo, por el que tanto me hacían sufrir en casa de Tuchard, no son mis tristes años de la niñez, no es la venganza ni una justa protesta lo que ha constituido el punto de partida de mi «idea»: la causa de todo está en mi carácter. A los doce años, creo, es decir, casi al principio de mi vida consciente, comencé a no querer a los hombres. No querer no es la palabra, pero me resultaban cargantes. A veces me era penoso, en mis momentos de pereza, no poder decírselo todo ni siquiera a quienes estaban más cerca de mí, o, mejor dicho, habría podido, pero yo no quería, había algo que me retenía: yo era desconfiado, moroso a insociable. Por lo demás, he observado en mí desde hace mucho tiempo, casi desde mi infancia, ese rasgo del que muy a menudo acuso o me siento inclinado a acusar a los demás; pero después de eso llegaba con mucha frecuencia a inmediatamente otro pensamiento, muy penoso; y éste, para mí: «¿No soy yo quien estoy equivocado, en lugar de ellos?» ¡Cuántas veces me he acusado sin razón! Para no tener que resolver cuestiones de esta índole, yo buscaba naturalmente la soledad. Por lo demás, no encontraba nada en la sociedad de los hombres, a pesar de todos mis esfuerzos, ¡y los hacía! Por lo menos, todos los de mi edad, todos mis camaradas, todos sin excepción, erán menos inteligentes que yo; no recuerdo una sola excepción.

Sí, soy sombrío, sin cesar me encierro en mí mismo. Con frecuencia siento ganas de retirarme de la sociedad. Quizás hiciese bien a los hombres, pero a menudo no veo el menor

motivo para hacerles bien. Los hombres no son en realidad tan hermosos como para que haya que ocuparse tanto de ellos. ¿Por qué no le abordan a uno limpia y francamente, por qué he de ser yo siempre el que me dirija a ellos primero? Ésas eran las preguntas que yo me hacía. Soy una criatura agradecida, y lo he demostrado con un centenar de locuras. Yo correspondería instantáneamente a la franqueza con la franqueza y les querría en seguida. Es lo que hago; pero todos inmediatamente me han engañado y se han cerrado respecto a mí, burlándose. E1 más abierto de todos era Lambert, que me pegaba tan fuertemente en mi infancia; pero también él no es más que un pillo de siete suelas y un bribón; y su franqueza no proviene más que de su bestialidad. He ahí cuáles eran mis pensamientos al llegar a Petersburgo.

Al salir de casa de Dergatchev *(¿qué demonio me había empujado allí?)* me acerqué a Vassine y, en un arrebato de entusiasmo, me puse a prodigarle alabanzas. ¿Qué más? La misma noche sentí que le quería ya muchísimo menos. ¿Por qué? justamente porque, al cubrirlo de alabanzas, me había de camino rebajado delante de él. Parece que debería ser al contrario: un hombre lo bastante equitativo y generoso para admirar a otro incluso en propio detrimento suyo, ¿no es, por su propia dignidad, superior a cualquier otro? Sin duda yo lo comprendía, y, a pesar de todo, quería menos a Vas sine, a incluso muchísimo menos: elijo intencionadamente un ejemplo ya conocido del lector. Lo mismo me pasaba con Kraft; me acordaba de él con cierto sentimiento de amargura y acritud porque me había mostrado el camino en su recibidor, y aquello duró hasta el día siguiente, en que se aclaró todo y en que ya no hubo medio de guardarle rencor. Desde las clases más inferiores del Instituto, cuando un camarada me sobrepasaba en conocimientos, o en la rapidez de sus respuestas, o en su fuerza física, yo dejaba inmediatamente de tratarlo y de hablar con él. No era que lo detestase o que le deseara algún mal; me apartaba sencillamente de él, porque tal es mi carácter.

Sí, toda mi vida he tenido sed de poder, de poder y de aislamiento. Soñaba con eso incluso en la edad en que cualquiera se me habría reído en la cara si hubiese podido ver lo que yo tenía en el cráneo; he ahí por qué me gusta tanto el misterio. Sí, soñaba con todas mis fuerzas, y hasta tal punto, que no tenía ya ni siquiera tiempo para hablar; se deducía de aquello que yo era un salvaje, y, de mi distracción, se sacaban conclusiones aún más desfavorables sobre mí, pero mis mejillas rosas demostraban lo contrario.

Yo era sobre todo feliz cuando, en la cama y cubriéndome con mi manta, emprendía solo,. en el aislamiento más perfecto, sin nadie a mi alrededor y sin un solo sonido de voz humana, la tarea de reconstruir el mundo a mi modo. Aquel estado de ensoñación exasperada me acompañó hasta el descubrimiento de mi «idea»: entonces todos los sueños, de absurdos que eran, se convirtieron de pronto en sensatos y, de la forma imaginativa de la novela, pasaron a la forma razonable de la realidad.

Todo se fundió en un solo objetivo. En el fondo, incluso antes, no eran tan idiotas, aunque fuesen legión y legión. Pero los había más y menos preferidos... Por lo demás, es inútil citarlos aquí.

¡El poder! Estoy persuadido de que muchos se reirían enormemente si se enterasen de que una «nulidad» semejante apetece el poder. Pero yo les asombraría todavía más: desde mis primeras ensoñaciones quizás, es decir, desde mi infancia o poco menos, no he podido verme jamás de otra forma que en primera fila, en todas partes y en todas las circunstancias. Añadiré una confesión singular: quizás eso dura todavía. Y anotaré además que no pido perdón.

Ahí es donde justamente radica mi «idea», ahí está su fuerza, la de qut el dinero es la única vía capaz de conducir a una nulidad a la primera fila. Yo no soy quizás una nulidad, pero sé por ejemplo, por los espejos, que mi aspecto exterior me perjudica, porque tengo una cara vulgar. Pero, si yo fuese rico como Rothschild, ¿quién iba a preocuparse de mi cara? No tendría más que dar un silbido, y millares de mujeres correrían a mí con sus «bellezas». Estoy incluso convencido de que, muy sinceramente, ellas acabarían por creerme guapo. Soy quizás hasta inteligente. Pero aunque tuviera una frente de siete pulgadas, pronto aparecería uno de ocho, y me vería perdido. Mientras que, si yo fuese Rothschild, ¿es que ese sabio de ocho pulgadas iba a tener el menor valor a mi lado? No se le dejaría ni siquiera abrir la boca. Soy quizás ingenioso, espiritual; sí, pero a mi lado podrían estar Talleyrand o Piron, y heme ya eclipsado, mientras que si yo fuese Rothschild, ¿dónde iban a estar los Piron y quizás incluso los Talleyrand? El dinero, sin duda, es una potencia despótica, pero es al mismo tiempo la suprema igualdad, y ahí radica su gran fuerza. El dinero niv ela todas las desigualdades. Ésa era la conclusión a la que yo había llegado, ya en Moscú.

Vosotros no veréis, estoy seguro, en este pensamiento más que insolencia, violencia, triunfo de la nulidad sobre el talento. De acuerdo, este pensamiento es audaz *(y por consiguiente voluptuoso)*. ¡Sea! Pero ¿creéis que yo quería entonces el poder forzosamente para oprimir? ¿Para vengarme? Así es como obraría fatalmente la mediocridad. Aún más, estoy convencido de que hay millares de esos talentos y de esas inteligencias muy orgullosos de sí mismos, que, si se les cargase de repente con todos los millones de Rothschild, no sabrían resistirlo y se comportarían como viles mediocridades y serían los peores opresores. Mi «idea» es completamente distinta. El dinero no me da miedo; no me oprimirá y no me hará oprimir a los demás.

No tengo necesidad del dinero, o más bien no es del dinero de lo que tengo necesidad; no es ni siquiera del poder; tengo necesidad solamente de lo que se adquiere por el poder y no puede adquirirse sin él: ¡la conciencia, tranquila y solitaria, de su fuerza! He ahí la más perfecta definición de la libertad, sobre la cual discute tanto el mundo. ¡La libertad! Por fin he escrito esta palabra grandiosa... Sí, la conciencia solitaria de su fuerza es cosa hermosa y embriagadora. Tengo fuerza, y estoy tranquilo. Los rayos están entre las manos de Júpiter, y él está tranquilo; ¿es que lo oís tronar con frecuencia? Los imbéciles pueden creer que dormita. Poned ahora en lugar de Júpiter a un literato vulgar o a una buena mujer del campo, ¡ya veréis si entonces oís truenos!

Si tuviese solamente el poder, razonaba yo, ya no tendría necesidad ni de eso siquiera; estoy seguro de que, por mí parte, con mi mejor voluntad, yo ocuparía en todas partes el último

puesto. Si yo fuera Rothschild, rne pasearía con un abrigo raído y con un paraguas en la mano. ¿Qué me importaría ser empujado en la calle o tener que correr por el fango para no ser aplastado por los coches? La conciencia existente en mí de que soy Rothschild bastaría para constituir mi gozo en ese momento. Sé que puedo tener un festín como nadie lo tiene, y el primer cocinero del mundo: me basta con saberlo. Me comeré una rebanada de pan y jamón y quedaré saciado con mi conocimiento. Incluso hoy día sigo pensando así.

No seré yo quien me impondré a las aristocracia; será ella la que acudirá a mí. No seré yo quien correré detrás de las mujeres, serán ellas las que acudirán como moscas ofreciéndome todo to que puede ofrecerme una mujer. Las más «vulgares» vendrán atraídas por el dinero, las más sensatas por la curiosidad hacia una criatura extraña, orgullosa, cerrada e indiferente a todo. Me mostraré acariciador tanto con las unas como con las otras. Quizá les daré dinero, pero no aceptaré nada de ellas. La curiosidad engendra la pasión: quizá también yo inspiraré pasión. Ellas se volverán a marchar sin nada, os lo aseguro, a no ser algún que otro regalo. Resultaré para ellas doblemente curioso.

... Me basta con este conocimiento *(32)*.

Lo que es raro es que este cuadro *(por lo demás exacto)* me ha seducido desde mis diecisiete años.

No tengo intención de oprimir ni de atormentar a nadie; pero sé que, si quisiese perder a tal hombre, enemigo mío, nadie podría impedírmelo, y todo el mundo se dedicaría a ello; y también en esto, ya con eso tengo bastante. Ni siquie ra me vengaría de nadie. Siempre me ha sorprendido el hecho de que James Rothschild pudiera consentir en ser barón. ¿Para qué sirve eso, para qué, si sin el título era ya superior a todos los de aquí abajo? « ¡Oh, que Dios libre a ese insolente general de ofenderme en el parador donde los dos aguardamos a que lleguen los caballos; si él supiera quién soy, correría a enjaezarlos en persona y me ayudaría a sentarme en mi modesto coche! Se ha contado que un conde o un barón extranjero, en un ferrocarril de Viena, había puesto en público unas zapatillas en los pies de un banquero de aquella ciudad, y que éste había sido lo bastante ordinario como para tolerarlo. ¡Oh, libra a esa hermosa temible *(temible, porque las hay temibles)*, esa hija de una aristocracia suntuosa y encopetada, al encontrarme por casualidad en un barco o en otra parte, líbrala de que me mire de arriba abajo y, alzando la nariz, se asombre con desprecio de que ese hombrecillo modesto, enclenque, con un libro o un periódico en la mano, haya osado sentarse en primera clase, al lado de ella! ¡Pero si supiera cerca de quién está sentada! Lo sabrá, ella lo sabrá y vendrá por sí misma a sentarse cerca de mí, sumisa, tímida, acariciadora, implorando una mirada mía, gozosa de arrancarme una sonrisa...» Inserto adrede estas pequeñas escenas prematuras, para explicar mejor mi pensamiento; pero son pálidos y tal vez vulgares. Sólo la realidad lo justifica todo.

Se me dirá que es absurdo vivir así: ¿por qué no tener un palacio, una casa abierta para todo el mundo, por qué no reunir a numerosas amistades, por qué no tener influencias, por qué no casarse? ¿A qué se reducirá entonces Rothschild? Será como todo el mundo. Todo el encanto

de la «idea» des aparecerá, con toda su fuerza moral. En mi infancia me aprendí de memoria el monólogo de El Caballero Avaro de Puchkin *(33)*. Puchkin no ha producido nada más superior en cuanto a la idea. Incluso hoy me aferro a esas ideas.

—Pero ese ideal de usted es muy bajo —se me dirá con desprecio—: ¡el dinero!, ¡la riqueza! ¿Y el interés social, y las empresas humanitarias?

Pero ¿sabéis vosotros en qué emplearé yo mi riqueza? ¿Qué inmoralidad y qué bajeza hay en el hecho de que de una multitud de garras judías sucias y malhechoras, esos millones caigan entre las manos de un solitario firme y razonable que dirige sobre el mundo una mirada penetrante? De una manera general, todos estos sueños de porvenir, todas estas previsiones, no son aún más que una especie de novela y he hecho más quizás en anotarlos; habría sido preferible dejarlos en mi cerebro; sé también que tal vez nadie leerá estas líneas; pero, si alguien las leyera, ¿creería que yo no podría resistir quizá los millones de Rothschild? No que me puedan aplastar, sino en un sentido diferente, completamente opuesto. Más de una vez, en mis sueños, he abrazado el momento futuro en el que mi conciencia quedará enteramente satisfecha y en el que el poder me parecerá insuficiente. Entonces, no por fastidio ni por un tedio sin objeto, sino porque querré infinitamente más, entregaré todos rnis millones a los hombres: que la sociedad reparta a su gusto toda mi riqueza, y yo, yo volveré a caer en la nada. Quizás incluso me metamorfosearé en ese mendigo que murió en el barco, con la diferencia de que no se encontrará nada cosido en mis harapos. La sola conciencia de que he tenido entre las manos millones y los he tirado al fango me alimentará en mi desierto. Aún hoy estoy dispuesto a pensar así. Sí, mi «idea» es la fortaleza en la que, en todo tiempo y en toda ocasión, puedo huir de todos los hombres, aunque fuese como el mendigo muerto en el barco. ¡He ahí mi poema! Y sabedlo, tengo necesidad de mi vo luntad viciosa toda enters únicamente para probarme a mí mismo que tengo la fuerza de renunciar a ella.

Se objetará sin duda alguna que esto es poesía y que no soltaré jamás mis millones si alguna vez llego a poseerlos, y no me cambiaré nunca en mendigo de Saratov. Quizás en efecto no los soltaré; no he hecho más que bosquejar el ideal de mi pensamiento. Pero añadiré ahora en serio: si llegase, en mi acumulación de riqueza, a la misma cifra que Rothschild, podría efectivamente acabar por tirarlos a la cara de la sociedad. *(Antes de llegar a la cifra de Rothschild, eso sería difícil de ejecutar.)* Y no sería la mitad lo que yo daría, porque entonces eso no sería más que vulgaridad: yo sería dos veces más pobre nada más; sino el todo, hasta el último copec, porque, al convertirme en pobre, me encontraría de golpe y porrazo dos veces más rico que Rothschild. Si no se comprende esto, no es culpa mía; no entraré en explicaciones.

« ¡Es faquirismo, es la poesía de la nulidad y de la impotencia, decidirá la gente, es el triunfo de la incapacidad y de la mediocridad.» Sí, confieso, es en parte el triunfo de la incapacidad y de la mediocridad, pero no el de la impotencia. He experimentado una alegría loca representándome a una criatura, precisamente incapaz y mediocre, plantada frente al mundo y diciéndole con una sonrisa: vosotros sois los Galileos y los Copérnicos, los Carlomagnos y los

Napoleones, los Puchkins y los Shakéspeares, los mariscales de campo y de corte, mientras que heme a mí aquí, sin talento y sin linaje, y sin embargo por encima de vosotros; puesto que vosotros os habéis sometido voluntariamente a esto. Lo confieso, he estirado esta fantasía hasta el extremo, hasta el punto de borrar incluso la instrucción. Me ha parecido que sería más hermoso que este hombre fuera incluso suciamente inculto. Este sueño exasperado ejerció su influjo sobre mí desde la última clase del liceo; dejé de estudiar por fanatismo: sin instrucción, el ideal aumentaba en belleza. Ahora he cambiado de opinión en este punto; la instrucción no perjudicará en absoluto.

Señores, ¿es posible que la independencia del pensamiento, aun la más reducida, os sea tan penosa? ¡Dichoso el que posea un ideal de belleza incluso erróneo! Pero yo creo en el mío. Sólo que lo he expuesto torpemente, elementalmente. Dentro de diez años, estoy seguro, lo expondré mejor. Mientras tanto, guardaré esto en lo sucesivo.

IV

He terminado con mi «idea». Si la he descrito en forma vulgar y superficial es culpa mía, no de ella. He advertido ya que las ideas más sencillas son las más difíciles de comprender; ahora añado que son también las más difíciles de exponer; tanto más cuanto que he contado mi «idea» en su forma primera.

La inversa es también justa; las ideas lisas y rápidas son comprendidas extraordinariamente pronto y precisamente por la multitud, por la calle; mucho más, son consideradas las más grandes y las más geniales, pero solamente el día de su aparición. Lo barato dura poco. La comprensión rápida es el índice de la vulgaridad de la cosa que hay que comprender. La idea de Bismarck *(34)* se ha hecho instantáneamente genial, y Bismarck mismo es un genio, pero es una rapidez que resulta sospechosa: aguardo a Bismarck dentro de diez años, y veremos entonces lo que quedará de su idea, y quizá del mismo señor Canciller en persona. Ésta es una observación totalmente incidental y que nada tiene que ver con el tema: la inserto evidentemente no a título de comparación, sino también para hacer memoria. *(Explicación destinada al lector verdaderamente demasiado grosero.)*

Voy ahora a contar dos anécdotas, para acabar con la « idea» como quiera que sea y para que no nos embarace más en el porvenir.

Un verano, en julio, dos meses antes de mi partida para Petersburgo y como yo estaba ya enteramente libre, María Ivanovna me pidió que fuese a Troitski-Possad *(35)* para darle un recado a una anciana señorita que habitaba por a11í, y que carece de interés para mencionarla aquí con detalle. Al volver el mismo día observé en el vagón a un joven raquítico, no mal vestido, pero sucio, barrilludo, uno de esos morenos con cutis de un color bronceado sucio. Se caracterizaba porque en cada estación o apeadero descendía obligatoriamente para beber vodka. Al final del trayecto, se formó alrededor de él una alegre compañía, por lo demás muy vulgar. El más entusiasta era un comerciante, también él ligeramente beodo, que admiraba la capacidad

que tenía el joven para beber incesantemente y sin embriagarse. No menos satisfecho estaba un muchachillo espantosamente estúpido y hablando por los codos, vestido a la europea y oliendo espantosamente mal: un lacayo, como supe más tarde; aquél incluso llegó a entablar amistad con el joven aficionado al vodka y en cada parada era él quien le invitaba a bajar: «¡Ha llegado el momento, vamos a beber! », tras de lo cual descendían los dos juntos muy abrazados. Después de haber bebido, el joven no decía casi una sola palabra, pero un número cada vez mayor de interlocutores se iba instalando alrededor de él. Él se limitaba a escucharlos, sin dejar de soltar risitas y de babear, y de cua ndo en cuando, pero de improviso, hacía oír algunos sonidos de este tipo: « ¡Tur- lur- lu! », llevándose un dedo en dirección a la nariz con un gesto caricaturesco. Eso era lo que regocijaba tanto al comerciante, al lacayo y a todo el mundo, y se reían con una risa extraordinariamente sonora y francota. A veces resulta imposible comprender por qué se ríe la gente. Me acerqué yo también; y no comprendo por qué aquel joven me agradó; quizás era por aquella violación manifiesta de las conveniencias oficiales y admitidas; en una palabra, no me di cuenta de su estupidez; inmediatamente empezamos a tutearnos, y al salir del tren me enteré de que iría por la noche, después de las ocho, al bulevar Tverskoi *(36)*. Era un ex estudiante. Acudí a la cita, y he aquí el ejercicio que me enseñó,: nos paseábamos juntos por los bulevares y, un poco más tarde, en cuanto que observábamos a una mujer de buena facha; no habiendo nadie alrededor de ella, nos pegábamos inmediatamente a su lado. Sin decir una palabra, nos colocábamos, él a un lado, yo al otro, y con el aire más tranquilo del mundo, como si ni siquiera la viésemos, sosteníamos entre él y yo la conversación más escabrosa. Nombrábamos los objetos por sus nombres, con una seriedad imperturbable y como si fuera la cosa más natural del mundo, y para explicar todas aquellas clases de porquerías y de infamias, entrábamos en detalles que la imaginación más sucia del más sucio desvergonzado no ha bría imaginado jamás. *(Naturalmente, yo había adquirido todos aquellos conocimientos en las escuelas, incluso antes que en el Instituto, pero sólo en palabras, no en acción.)* La mujer cogía miedo, apresuraba el paso, pero nosotros haciamos otro tanto y continuábamos todavía peor. Nuestra víctima no podía evidentemente hacer nada, no podía ponerse a dar gritos: ningún testigo, y además habría sido raro presentar una queja. Empleamos unos ocho días en aquella diversión; no comprendo cómo pude complacerme en aquello; por otra parte, no me agradaba, pero el caso es que... era así. Aquello me parecía al principio original, saliéndose de lo ordinario, de las convenciones admitidas; además, yo no podia tragar a las mujeres. Le confié una vez al estudiante que Jean-Jacques Rousseau, en sus confesiones *(37)*, reconoce haberse complacido, siendo joven, en exhibir secretamente, completamente desnudas, las partes del cuerpo que ordinariamente se llevan ocultas y esperar en esta postura a las mujeres que pasaban. El estudiante me respondió con su tur- lur- lu. Noté que era terriblemente ignorante y que no se interesaba por nada. En su cabeza, ni una sola de aquellas ideas que yo esperaba encontrar en él. En lugar de originalidad, no descubrí más que una abrumadora monotonía. Yo le apreciaba cada vez menos. Todo acabó de una manera inesperada: un día, en plenas tinieblas, nos

pegamos a una muchacha muy jovencita que pasaba rápida y tímidamente por él bulevar; quizá dieciséis años o menos aún, vestida muy limpia y muy modestamente, viviendo tal vez de su trabajo y volviendo a casa junto a una madre vieja, una pobre viuda cargada de hijos; pero es inútil meterse en sentimentalismos. La muchacha escuchó algún tiempo, luego apresuró el paso, agachó la cabeza y se cubrió con su velo, asustada y temblorosa. De repente se detuvo, descubrió un rostro que nada tenía de feo, por lo menos que yo me acuerde, pero macilento, y nos gritó con ojos relampagueantes:

—¡Ustedes no son más que unos miserables!

Tal vez estaba a punto de echarse a llorar, pero fue otra cosa lo que sucedió: tomó impulso y, con su manecita flaca, le soltó al estudiante la bofetada más hábil que tal vez se haya dado nunca. ¡Se oyó el restallido! El otro lanzó un juramento e hizo ademán de arrojarse sobre ella, pero yo le sujeté, y la muchacha tuvo tiempo de escapar. Una vez solos, nos peleamos: le dije todos los reproches que se habían acumulado en mí durante aquel tiempo: le dije que él no era más que un incapaz, que era una nulidad, que nunca había tenido el menor asomo de idea. Me respondió con injurias... *(yo le había ha blado una vez de mi nacimiento ilegítimo)*, luego nos separamos con escupitajos de desprecio y no le he vuelto a ver en mi vida. Aquella noche experimenté un inmenso despecho; al día siguiente un poco menos, al otro día ya me había olvidado de todo. A continuación aquella joven me ha vuelto a la memoria de cuando en cuando, pero solamente por casualidad y de paso. Solamente cuando llegué a Petersburgo, al cabo de unos quince días, me acordé de pronto de la escena. Me acor dé y me sentí invadido al punto por una vergüenza tal, que las lágrimas me corrieron literalmente por las mejillas. Estuve atormentado por aquello toda la tarde, toda la noche, y aún to estoy un poco ahora. Al principio me resultaba imposible comprender cómo había podido yo caer tan bajo, y sobre todo cómo había podido olvidar aquel incidente, no estar avergonzado, no estar corroído por el arrepentimiento. Solamente ahora he comprendido a qué se debía aquello: la culpa era de la «idea». En una palabra, llego a esta conclusión: que, cuando se tiene en el espíritu una cosa fija *(38)*, perpetua, poderosa, por la que se está enteramente ocupado, uno se aleja al mismo tiempo del mundo, se interna en la soledad, y todo to que acaece no hace más que deslizarse, sin rozar lo esencial. Incluso las impresiones son percibidas de una manera inexacta. Además y sobre todo, siempre se tiene una excusa. ¡Cuánto he podido atormentar a mi madre en esa época!, ¡cómo abandonaba vergonzosamente a mi hermana! «¡Bah!, tengo mi "idea", todo el resto no cuenta.» He aquí lo que me decía a mí mismo. Me podían ofender, incluso cruelmente: yo me iba sin más ni más y me decía seguidamente: «¡Bah!, soy un asqueroso, pero tengo mi "idea", y ellos no saben nada de eso.» La «idea» me consolaba en la vergüenza y en la nulidad; pero todas mis infamias parecían refugiarse bajo la «idea»; ella lo hacía todo más fácil, pero lo velaba todo delante de mí; sin embargo, una aprehensión tan confusa de las circunstancias y de las cosas no puede menos que perjudicar a la «idea» misma, sin hablar de todo lo demás.

Ahora, la segunda anécdota.

María Ivanovna, el primero de abril del año pasado, celebraba su fiesta. Por la tarde hubo algunos invitados, muy poco numerosos. De pronto he aquí a Agrafena *(39)* que entra desatentada, y declara que en el vestíbulo, frente a la cocina, hay un recién nacido abandonado que llora... y que ella no sabe qué hacer. La noticia emociona a todo el mundo. Se corre hacia allá y se ve una cestilla de mimbre y dentro una niñita de unas tres o cuatro semanas, lanzando gritos. Cogí la cestilla y la trasladé a la cocina. Encontré entonces un billete plegado en dos: «Queridos bienhechores, otorgad vuestra benévola asistencia a esta niña, bautizada Arina *(40)*. Ella y nosotros elevaremos eternamente nuestras lágrimas al cielo por vuestra felicidad. Os deseamos una fiesta agradable. Personas a las que no conocéis.» Fue entonces cuando Nicolás Semenovitch, al que yo tanto respetaba, me produjo una gran pena: puso una cara muy seria y decidió enviar inmediatamente la niña a la Beneficencia Pública. Me quedé muy triste. Ellos vivían muy apretadamente, pero no tenían hijos, y Nicolás Semenovitch se felicitaba siempre de eso. Saqué con precaución a la pequeña Arina de su cestilla y la levanté por los hombros; se desprendió un olor agrio y fuerte como el que esparcen los recién nacidos descuidados durante mucho tiempo. Después de haber discutido un momento con Nicolás Semenovitch, le declare bruscamente que tomaba a la niña a mi cargo. Se puso a presentar objeciones, con alguna severidad a pesar de la dulzura de su carácter, y terminó con una broma, pero su intención respecto a la Beneficencia Pública continuaba en pleno vigor. Sin embargo, todo pasó como yo quería. Había en el mismo inmueble, pero en otro pabellón, un carpintero muy pobre, ya entrado en edad y aficionado a la bebida; su mujer, aún joven y muy sana, acababa de perder una niña de pecho, y, sobre todo, hija única, nacida después de ocho años de matrimonio infecundo, niña que, por una extraña felicidad, se llamaba también Arina. Digo: por felicidad, porque en el momento en que discutíamos en la cocina, aquella mujer, enterada del incidente, vino a mirar y, al saber que era una pequeña Arina, se sintió conmovida. Ella tenía leche todavía: se descubrió el seno y se lo tendió a la niña. Caí a sus pies y le supliqué que se la llevase a su casa; yó le pagaría la pensión todos los meses. Ella dudaba sobre si su marido se to permitiría o no; sin embargo, se la llevó por lo pronto para pasar la noche. Por la mañana, el marido dio su permiso, me diante el pago de ocho rublos por mes, y yo le entregué inmediatamente el primer mes adelantado; él se fue a continuación a beberse el dinero. Nicolás Semenovitch, sin dejar de sonreír extrañamente, consintió en hacerse fiador mío por la suma de ocho rublos mensuales, garantizando que sería entregado regularmente. Le ofrecí a Nicolás Semenovitch entregarle en prenda mis sesenta rublos, pero él no los aceptó; por otra parte, él sabía que yo tenía dinero y tenía confianza en mí. Esa delicadeza borró nuestro disentimiento de un instante. María Ivanovna no dijo nada, pero se asombró de verme aceptar semejante preocupación. Yo aprecié mucho la delicadeza de que los dos habían hecho gala al no permitirse la menor burla a expensas mías y al considerar, por el contrario, la cosa con toda la seriedad que convenía. Tres veces cada día, yo daba una escapada a casa de Daria Rodivonovna *(41)*, y al cabo de una semana le entregué personalmente, en propia mano, a espaldas de su marido, tres rublos

de más. Mediante otros tres rublos, me procuré una mantita y una toquilla. Pero al cabo de diez días la pequeña Arina cayó enferma. Llamé inmediata mente al médico, prescribió no sé qué remedio y nos pasamos la noche atormentando a la criaturita con la repugna nte droga. Al día siguiente, declaró que era demasiado tarde v, en respuesta a mis ruegos - y también, creo, a mis reproches --, declaró con una noble discreción: «No soy el Buen Dios.» La lengüecita, los labiecitos y toda la boca estaban cubiertos por una erupción blanca y menuda, y por la tarde murió, clavando en mí sus grandes ojos negros, como si ella comprendiese ya. No sé por qué no se me ocurrió la idea de sacar una fotografía de la muertecita. Pues bien, se crea o no, no lloré aquella noche, pero maldije, cosa que no me había permitido jamás hasta entonces, y María Ivanovna se vio obligada a consolarme, y eso, una vez más, sin burlas de ninguna clase por parte de ella ni por parte de él. El carpintero confeccionó él mismo el pequeño ataúd; María Ivanovna lo decoró con encajes y colocó en él una almohadita muy graciosa; yo compré flores y las arrojé sobre la niña: de esa manera se llevaron a mi pobre florecilla de los campos, que no llego a olvidar todavía, se crea o no. Pero un poco más tarde este acontecimiento casi súbito me hizo reflexionar, a incluso muy seriamente. Sin duda Arina no me había costado cara: con el féretro, el entierro, el doctor, las flores y el salario de Daria Rodivonovna, no más de treinta rublos. Cuando partí para Petersburgo, recuperé aquel dinero con los cuarenta rublos enviados por Versilov para el viaje y con la venta de algunos objetos menudos, de forma que todo mi « capital» quedó intacto. «Pero - me dije -, si hago muchos dispendios de esta clase, no iré muy lejos.» La historia del estudiante demuestra que la «idea» puede introducir una parturbación en las impresiones y distraer de la actividad real. Con la historia de Arina, pasa todo lo contrario: ninguna «idea» es capaz de seducir *(por lo menos en lo que a mí se refiere)* hasta el punto de impedir que uno se detenga de súbito ante un hecho abrumador y que se le sacrifique inmediatamente todo lo que se ha realizado durante años de esfuerzos en pro de la «idea». Las dos conclusiones eran igualmente justas.

Capítulo vi

I

Mis esperanzas no se realizaron del todo: no las encontré solas. Versilov no estaba a11í, pero Tatiana Pavlovna se había instalado en casa de mi madre, y era a pesar de todo una desconocida. La mitad de mis disposiciones generosas se desvanecieron de golpe. Es asombroso lo rápido y cambiante que soy en tales ocasiones: basta una mota de polvo o un cabello para disipar mi buen humor y reemplazarlo por el malo. Y por desgracia mis malas impresiones son menos rápidas en dispersarse, aunque yo no sea rencoroso. Cuando entré, me di cuenta de que mi madre acababa de interrumpir en aquel instante y a toda prisa el hilo de su conversación, por lo visto muy animada, con Tatiana Pavlovna. Mi hermana había vuelto del trabajo apenas un minuto antes que yo y aún no había salido de su habitación.

Aquel partido se componía de tres habitaciones: aquella en la que todo el mundo se reunía según la costumbre, la habitación del medio o salón, era bastante espaciosa y hasta conveniente. Se veían a11í divanes rojos y blandos, por lo demás pasablemente usados *(Versilov no soportaba las fundas)*, algunos tapices, varias mesas veladores inútiles. Seguidamente, a la derecha, se abría el cuarto de Versilov, estrecho y exiguo, con una sola ventana; había a11í una miserable mesa de escritorio sobre la que se arrastraban varios libros abandonados y papeles olvidados, y delante de la mesa un no menos lastimoso sillón blando, cuyos muelles rotos apuntaban al aire, lo que con frecuencia hacía gemir y jurar a Versilov. En aquel mismo gabinete era donde se le preparaba la cama en un diván blando a igualmente usado; él detestaba aquel gabinete y, según creo, no se servía jamás de él, prefiriendo quedarse sin hacer nada en el salón durante horas enteras. A la izquierda del salón se encontraba un cuartito exactamente idéntico, donde dormían mi madre y mi hermana. Se tenía acceso al salón por un pasillo que terminaba en la cocina, donde se alojaba la cocinera Lukeria *(42)*. Cuando ella estaba en funciones, un olor a grasa quemada se esparcía sin piedad por todo el apartamiento. Había instantes en que Versilov maldecía en alta voz de su suerte y de toda su existencia a causa de aquellos aromas cocineriles, y en eso por lo menos yo estaba de perfecto acuerdo con él; también yo detesto esos olores, aunque entonces no llegasen hasta mí: yo vivía arriba, en la buhardilla bajo el techo, adonde subía por una escalera chirriante y terriblemente gastada. Las curiosidades del lugar eran una claraboya ovalada, un techo horriblemente bajo, un diván cubierto de tela encerada, sobre el cual Lukería extendía por las noches una sábana y ponía una almohada; el resto del mobiliario se componía de dos espejos, una mesa de simples tablas v una silla de enea.

En realidad, todavía subsistían sin embargo en nuestra casa restos de un cierto confort hoy desaparecido: había por ejemplo en el salón una lámpara de porcelana bastante buena y, colgado de la pared, un grabado admirable de la Madona de Dresde *(43)*, y justamente enfrente, en la otra pared, una preciosa fotografía de gran formato representando las puertas de bronce de la catedral de Florencia *(44)*. En aquella misma estancia se hallaba en un rincón una gran vitrina de viejos iconos de familia: uno de ellos *(el icono de Todos los Santos)* estaba revestido de plata dorada -era el que se quería empeñar-, y el otro *(el icono de la Santísima Virgen)*, de tercio pelo bordado de perlas. Delante de aquellas imágenes había una lámpara que se encendía las vísperas de las fiestas. Versilov se mostraba claramente indiferente a tales iconos, en lo que atañía a la significación de los mismos: se limitaba a fruncir las cejas, en un visible esfuerzo por contenerse, ante la luz de la lámpara reflejada por los adornos dorados, quejándose con dulzura de que aquello le perjudicaba la vista, pero no le prohibía a mi madre que la encendiera.

De ordinario yo entraba en silencio y con aire sombrío, clavando la mirada en uno de los rincones; a veces incluso sin decir buenos días. Entraba siempre más temprano que esta vez, y me llevaban la comida a11á arriba. Esta vez, al entrar, dije de repente: « ¡Buenos días, mamá! », lo que no me sucedía nunca antes, aunque, por una especie de falsa vergüenza, no pudiese tampoco esta vez atreverme a mirarla, y me senté en el ángulo opuesto de la habitación. Estaba muy fatigado, pero no pensaba en eso.

—Este mal educado continúa entrandó en vuestra casa tan insolentemente como antes —susurró Tatiana Pavlovna.

También en otros tiempos ésta se permitía palabras malsonantes, y había ya, entre ella y yo, una especie de costumbre.

—¡Buenos días!... —respondió mi madre, como estupefacta por el hecho de que yo le hubiera dicho buenos días—. La comida está lista desde hace mucho tiempo —agregó, casi confusa—. Cori tal que la sopa no se haya enfriado... Las chuletas, voy ahora mismo a dar la orden...

Hizo ademán de levantarse precipitadamente para ir a la cocina, y, por primera vez quizá después de un mes largo, sentí vergüenza de repente al verla apresurarse tanto para servirme, siendo así que hasta aquel día era yo mismo quien se lo exigía.

—Gracias, mamá, ya he comido. Si no le molesto, descansaré aquí un poco.

—¡Ah!... ¿cómo no?... Desde luego, descanse...

—No se inquiete usted, mamá, no diré más groserías a Andrés Petrovitch —declaré bruscamente.

—¡Señor, qué grandeza de alma! —gritó Tatiana Pav1ovna—. Mi querida Sonia, ¿es posible que continúes hablándole de usted? ¿Quién es él para merecer semejante honor, y encima de parte de su madre? ¡Mira, pero si estás toda nerviosa delante de él! ¡Es vergonzoso!

—A mí mismo me sería muy agradable que me hablase usted de tú, mamá.

——¡Ah! ... Bueno, está convenido— se apresuró a decir mi madre—. Lo que pasa es que... no todas las veces... A partir de hoy, es cosa hecha.

Enrojeció vivamente. Su rostro resultaba a veces extremadamente seductor... Era un rostro bondadoso, pero de ninguna manera ingenuo, un poco pálido, anémico. Sus mejillas eran muy flacas, incluso huecas, y en su frente las arrugas empezaban a acumularse con gravedad, pero no las había aún en torno a los ojos, y esos ojos, bastante grandes y bastante abiertos, brillaban siempre con un resplandor dulce y tranquilo, que me había atraído desde el primer día. Lo que me gustaba también era que su rostro no tenía nada de afligido o de humillado; al contrario, su expresión habría sido incluso alegre, si no estuviese alarmada con tanta frecuencia, a veces absolutamente sin motivo alguno, espantándose, sobresaltándose en ocasiones por una completa nadería o escuchando con espanto alguna nueva conversación, hasta el momento en que se convencía definitivamente de que todo continuaba transcurriendo bien como de costumbre. «Todo va bien», era para ella sinónimo de « Todo continúa como de costumbre». ¡Con tal solamente que no haya ningún cambio, con tal que no sobrevenga nada nuevo, ni siquiera dichoso!... Se hubiera creído que en su infancia le habían producido algún miedo horrible. Además de los ojos, me gustaba en ella el óvalo de su rostro y creo que, si hubiese tenido los pómulos un poco menos salientes, se la habría podido juzgar, no solamente en su juventud, sino incluso ahora, bonita. Entonces no tenía más de treinta y nueve años, pero sus cabellos castaños estaban ya fuertemente mezclados de blanco.

Tatiana Pavlovna me miró con una indignación declarada.

—¡Un mocoso como éste! ¡Temblar así delante de él! Eres ridícula, Sofía, harás que me enfade.

—Ay, Tatiana Pavlovna, ¿por qué lo trata usted así? Pero quizás está bromeando, ¿verdad? —agregó mi madre, notando en la fisonomía de Tatiana Pavlovna una especie de sonrisa.

La verdad era que los regaños de Tatiana Pavlovna apenas podían tomarse en serio, pero ella se sonreía aquella vez *(si sonrisa era aquello)* únicamente de mi madre, porque ella amaba hasta la locura su bondad y había notado desde luego la felicidad que mi sumisión le estaba procurando en aquel instante.

—Desde luego, no puede pasárseme por alto la manera que tiene usted de echarse sobre la gente, Tatiana Pavlovna, y esto justamente en el momento en que he dicho al entrar: « ¡Buenos días, mamá! », lo que nunca he hecho antes —juzgué por fin necesario hacerle notar.

—¿Ven ustedes eso? —estalló ella inmediatamente—. ¡Él ve en eso una hazaña! ¿Hará falta entonces arrodillarse delante de ti porque has tenido educación una vez en tu vida? ¿Y es que eso es educación? ¿Por qué miras al rincón cuando entras? ¿Crees que no sé lo mucho que te agitas frente a ella? También a mí podrías haberme dicho buenos días. He sido yo la que te ha envuelto en los pañales, soy tu madrina.

Naturalmente, desdeñé contestar. En aquel instante entró mi hermana, y me dirigí a ella inmediatamente:

—Lisa, hoy he visto a Vassine, y me ha preguntado cómo estabas. ¿Lo conoces?

—Sí, desde Luga, el año pasado —respondió ella con mucha sencillez sentándose junto a mí y lanzándome una mirada amable.

No sé por qué, pero me parecía que ella iba a estallar en el momento en que le hablase de Vassine. Mi hermana era rubia, una rubia de matiz claro; no tenía los cabellos de mi padre ni los de mi madre, pero los ojos y el óvalo del rostro eran casi los de mi madre. La nariz muy derecha, pequeña y regular; una particularidad aún: pequeñas pecas en el rostro, lo que mi madre no tenía en absoluto. De Versilov, no tenía gran cosa, a no ser, si acaso, la finura del talle, una buena estatura y no sé qué de encantador en el andar. Conmígo, ni el menor parecido: los dos polos opuestos.

—Le conozco desde hace tres meses —agregó Lisa.

—¿Hablando de Vassine dices le? Hace falta decir to y no lo. Perdona que te corrija, pero me resulta penoso ver que tu educación ha sido descuidada hasta ese punto.

—Es una indignidad de tu parte hacer semejante observación en presencia de tu madre —estalló Tatiana Pavlovna—. Por lo demás, eso no es verdad. Ella no ha sido descuidada en forma alguna.

—No hablo aquí de mi madre —intervine resueltamente—. Sepa usted, mamá, que considero a Lisa como a una segunda madre; usted ha hecho de ella una tal delicia de bondad y de carácter, que ella recuerda desde luego lo que usted era, lo que es usted aún, y lo que será eternamente... Quería hablar únicamente de ese lustre exterior, de todas esas tonterías mundanas, que son sin embargo indispensables. Me indigno de que Versilov, al escucharte decir uno de esos errores gramaticales, no te haya corregido jamás, tan altanero e indiferente es con nosotros. ¡Eso es lo que me da rabia!

—¡Miren ustedes a este osezno metiéndose a enseñar bue nas maneras! Le prohíbo, caballero, que digan en lo sucesivo «Versilov» en presencia de su madre de usted, así como en presencia mía. ¡No lo toleraré! —Tatiana Pavlovna lanzó un relámpago.

—Mamá, he cobrado hoy mi salario, cincuenta rublos. Tómelos usted, se lo ruego. Aquí están.

Me acerqué y le alargué el dinero; inmediatamente ella se alarmó.

—Pero, no sé... cómo coger este dinero —dijo, como si incluso temiese alargar la mano.

Yo no comprendía.

—Pero, mamá, si ustedes me consideran las dos un hijo y un hermano, entonces...

—¡Ah!, soy culpable ante ti, Arcadio. Tengo varias cosas que confesarte, pero me das demasiado miedo...

Dijo eso con una sonrisa tímida y suplicante; nuevamente me quedé sin comprender y la interrumpí:

—A propósito, ¿sabe usted, madre, que hoy era la vista del pleito entre Andrés Petrovitch y los Sokolskis?

—¡Qué me dices! —dijo ella, lanzando una exclamación de espanto, cruzándose las manos sobre el pecho— era su gesto.

—¿Hoy? —Tatiana Pavlovna se estremeció de pies a cabeza—. ¡Pero es imposible, él me lo habría dicho! ¿Te lo ha dicho a ti? —añadió, volviéndose hacia mi madre.

—No, no me ha dicho que fuera hoy. Pero tengo tanto miedo desde hace una semana... Que pierda, para que nos veamos libres de eso y todo vaya como de costumbre.

—¡Entonces tampoco a ustedes se lo ha dicho! —exclamé yo—. ¡Qué hombre! He ahí una prueba más de su indiferencia y de su altanería. ¿Qué les estaba diciendo hace un momento?

—¿Y cuál ha sido el resultado? ¿Y quién te lo ha dicho? —atacaba Tatiana Pavlovna—. ¡Dilo de una vez!

—¡Aquí está él en persona! Quizá quiera decírnoslo —anuncié yo, al oír sus pasos en el pasillo, y me senté muy aprisa cerca de Lisa.

—Hermano, por el amor de Dios, ten miramientos con mamá, sé paciente con Andrés Petrovitch —me susurró ella.

—Tendré paciencia, con esa intención he vuelto.

Le estreché la mano.

Lisa me lanzó una mirada llena de desconfianza, y tenía razón.

II

Hizo su entrada, muy contento consigo mismo, tan contento que ni siquiera estimó necesario ocultar su estado de ánimo. Por lo demás, había adquirido la costumbre, en aque llos últimos tiempos, de desahogarse delante de nosotros sin la más mínima ceremonia, no solamente en sus momentos malos, sino aun en sus accesos de alegría, lo que todo hombre teme más que nada; y sin embargo él sabía muy bien que nosotros lo comprenderíamos todo hasta el último detalle. Se abandonaba enormemente en su presentación desde el año pasado, como lo había notado Tatiana Pavlovna: iba vestido siempre convenientemente, pero con trajes viejos y sin elegancia. Estaba dispuesto a llevar la misma camisa dos días seguidos, lo que apenaba a mi madre; en casa eso pasaba por ser un sacrificio, y todo aquel grupo de mujeres abnegadas veía en eso incluso una proeza. Llevaba siempre sombreros blandos, negros, de alas anchas; cuando se quitaba el sombrero al entrar, todo un mechón de sus cabellos, muy espesos, pero con muchas hebras blancas, le caía por la frente. Me gustaba mirar sus cabellos cuando se quitaba el sombrero.

—Buenos días. Hoy tenemos aquí el completo. Incluso éste —señalándome— forma parte del número. He oído su voz en el recibidor. Estaba hablando mal de mí, ¿verdad?

Cuando hacía chistes a costa mía, aquello era signo de buen humor. Naturalmente, no repliqué. Entró Lukeria con todo un montón de cosas que puso sobre la mesa.

—¡Victoria, Tatiana Pavlovna! He ganado mi pleito, y los príncipes no se atreverán seguramente a apelar. ¡El gato está en la talega! Ahora mismo acabo de encontrar quien me

preste mil rublos. Sofía, deja ahí tu labor, no te canses los ojos. Lisa, ¿vuelves del trabajo?

—Sí, papá —respondió ella con ternura,

Le llamaba padre; por mi parte, yo nunca había querido conformarme a eso.

—¿Cansada?

—Sí.

—Deja ese trabajo, no vayas mañana, y abandónalo completamente.

—Pero, papá, eso me sentará mal.

—Te lo ruego... Detesto a las mujeres que trabajan, Tatiana Pavlovna.

—¿Y cómo vivir sin trabajar? ¿Qué haría una mujer que no trabajase?

—Ya lo sé, ya lo sé... todo eso está muy bien y es muy bonito, y doy mi aprobación de antemano; pero de lo que estoy hablando sobre todo es del trabajo de la señora. Porque, mirad, es una de las impresiones más penosas de mi infancia o, por decirlo mejor, de las más falsas. En mis vagos recuerdos de la época en que yo tenía cinco o seis años, veo con la mayor frecuencia, con desagrado naturalmente, alrededor de una mesa redonda un conclave de mujeres inteligentes, severas y gruñonas, tijeras, telas, patrones y figurines de moda. Toda esa gente discute y razona, agachando la cabeza grave y lentamente, sin dejar de medir y calcular y preparándose a cortar. Todos esos rostros cariñosos, que me quieren tanto, se han hecho de repente inabordables; que yo cometa la menor travesura, y me echarán fuera inmediatamente. Incluso mi pobre niñera, que me sostiene de la mano y ha dejado de responder a mis gritos y a mis tirones, es todo ojos y todo oídos como si estuviese frente a un ave del paraíso. Pues bien, esa severidad en rostros inteligentes, ese aire grave antes de comenzar el corte, lo experimento como un sufrimiento, incluso hoy día, cuando pienso en ello. Ta tiana Pavlovna, a usted le gusta apasionadamente cortar. Por aristocrático que eso sea, yo prefiero una mujer que no haga nada en absoluto. No creas, que esto va por ti, Sofía... Pero, ¿de qué sirve? La mujer no tiene necesidad de eso para ser una gran potencia. Por lo demás, tú también lo sabes muy bien, Sonia *(45)*. ¿Qué piensa usted de esto, Arcadio Makarovitch? Seguramente opinará lo contrario.

—No, de ninguna manera —respondí—. Es una expresión excelente: la mujer como gran potencia, aunque no comprendo todavía por qué relaciona usted eso con las labores de las señoras. Y que sea imposible no trabajar cuando no se tiene dinero, eso lo sabe usted mismo.

—¡Pues ahora se acabó! —Se volvió hacia mi madre, que estaba toda radiante *(se había echado a temblar cuando él se dirigió a mí)*—. ¡Por lo meno s en los primeros tiempos, que yo no vea más trabajo por aquí! Lo pido por consideración a mí. Tú, Arcadio, como verdadero joven de nuestro tiempo, debes de ser un poco socialista; pues bien, lo creas o no, amigo mío, quienes más gustan de la ociosidad, s on las gentes del pueblo, ese pueblo dedicado eternamente al trabajo.

—Quizá lo que quieren es reposo, y no ociosidad.

—¡No, es desde luego la ociosidad, la holgazanería absoluta; ése es su ideal! He conocido a uno de esos trabajadores eternos, que por lo demás no era del pueblo; era un hombre bastante

cultivado, capaz de razonar. Toda su vida, cada día quizá, soñaba con gozo y delectación en la ociosidad perfecta. Por así decirlo, llevaba ese ideal hasta lo absoluto, hasta la independencia ilimitada, la libertad perpetua del sueño y de la contemplación ociosa. Aquello duró hasta el día en que se agotó completamente a fuerza de trabajo: imposible volverlo a poner en pie; murió en el hospital. Yo estaba entonces seriamente dispuesto a extraer la conclusión de que los gozos del trabajo habían sido inventados por hombres desocupados, naturalmente hombres virtuosos. Ésa es una de las «ideas ginebrinas» de finales del pasado siglo. Ah, Ta tiana Pavlovna, recorté anteayer un anuncio que traía el periódico. Helo aquí *(se sacó un trozo de papel del bolsillo de arriba del pantalón)*: es uno de esos «estudiantes» perpetuos que saben lenguas antiguas y matemáticas y están dispuestos a marcharse a cualquier provincia, a un granero o no importa dónde. Escuchad esto: «Profesora prepara ingreso en todos los establecimientos de enseñanza *(¡fijaos, en todos!)*, y da clases de aritmética.» ¡Una línea solamente, pero del todo clásica! Prepara para el ingreso en los establecimientos de enseñanza: parecería que la aritmética debiera estar comprendida. ¡Pues no! Ella pone la aritmética aparte. Eso, eso es la verdadera hambre, el último grado de la miseria. Esa torpeza es precisamente la que me conmueve: con toda seguridad, ella no ha sido jamás profesora, es incapaz de enseñar lo que quiera que sea. Pero no hay nada que hacer, es preciso llevar el último rublo al periódico y anunciar que se prepara para el ingreso en todos los establecimientos de instrucción y por añadidura que se dan lecciones de aritmética. Per tutto mundo e in altri siti *(46)*.

—Pues bien, Andrés Petrovitch, será necesario ir a ayudarla. ¿Dónde vive? —exclamó Tatiana Pavlovna.

—¡Bah! ¡Hay tantas así! —y se guardó la dirección en el bolsillo—. En este paquete hay regalos para ti, Lisa, y para usted, Tatiana Pavlovna. A Sofía y a mí no nos gustan las golosinas. ¡También hay para ti, jovencito! Lo he elegido todo yo mismo en casa de Elissieev y de Ballet *(47)*. Hemos estado demasiado tiempo «muriéndonos de hambre», como dice Lukeria *(nota bene : nunca se había muerto nadie de hambre en esta casa)*. Hay ahí uvas, bombones, peras escarchadas y una tarta de fresas. Hasta he comprado un licor maravilloso. Y cacahuetes. Es curioso cómo desde mi infancia siguen gustándome los cacahuetes, Tatiana Pavlovna, y, usted lo sabe, los más sencillos de todos. Lisa es como yo; también a ella le encanta cascar cacahuetes, como una ardillita. Nada más encantador, Tatiana Pavlovna, que figurarse alguna vez, por casualidad, niño en el bosque, dispuesto a coger cacahuetes... Es casi el otoño, pero los días son claros, a veces hace fresco, uno se acurruca en los sitios perdidos, se interna en el bosque, las hojas huelen muy bien... ¡Veo que me mira usted con simpatía, Arcadio Makarovitch!

—Es que también yo he pasado en el campo los primeros años de mi infancia.

—¿Cómo es eso? Me parece que por el contrario tú has vivido siempre en Moscú... a menos que me equivoque.

—En casa de los Andronikov, él vivía en Moscú, en el momento en que usted llegó a11í. Pero hasta entonces, estuvo en casa de la difunta tía de usted, Varvara Stepanovna, en el campo

—confirmó Tatiana Pavlovna.

—¡Toma, Sofía, mira, dinero, apriétalo! Para uno de es tos días me han prometido cinco billetes de mil.

—Entonces, ¿los príncipes no tienen ya ninguna esperanza?

—Absolutamente ninguna, Tatiana Pavlovna.

—Siempre he tenido verdadera simpatía por usted, Andrés Petrovitch, y por todos los suyos, siempre he sido amiga de la casa. Pero por más que los príncipes me sean desconocidos, les tengo lástima, se lo juro a usted. Sobre todo no se enfade, Andrés Petrovitch.

—No tengo intención de repartir, Tatiana Pavlovna.

—Usted ya sabe cómo pienso, Andrés Petrovitch. Ellos habrían abandonado el asunto si usted les hubiese ofrecido la partición desde el primer momento; hoy, naturalmente, es ya demasiado tarde. Por lo demás, no es asunto mío... Lo que digo lo digo porque el difunto desde luego no los habría olvidado en su testamento.

—No solamente no los habría olvidado, sino que desde luego se lo habría dejado todo a ellos, No me habría olvidado más que a mí, si él hubiese hecho las cosas en regla y redactado su testamento como Dios manda. Pero ahora tengo la ley en mi favor. Se acabó. Ni puedo ni quiero repartir, Tatiana Pavlovna; es cosa hecha.

Pronunció estas palabras con irritación, cosa que se permitía raramente. Tatiana Pavlovna se calló. Mi madre bajó los ojos un tanto tristemente: Versilov sabía que ella aprobaba a Tatiana Pav1ovna.

«He aquí la bofetada de Ems», pensé en aquel instante. El documento que me había entregado Kraft y que yo tenía en el bolsillo, habría sufrido una triste suerte si hubiese caído en manos de Versilov. Pensé de pronto que todavía pesaba sobre mis espaldas todo aquel asunto; aquel pensamiento, juntamente con todo lo demás, contribuyó a irritarme.

—Arcadio, me gustaría que te vistieses mejor, amigo mío. No estás mal vestido, pero, en lo sucesivo, podré recomendarte a un francés, muy concienzudo y que tiene gusto.

—Le pediré a usted que no me haga jamás una proposición semejante —espeté bruscamente.

—¿Cómo es eso?

—¡Oh! No veo en eso nada de humillante, pero usted y yo no estamos tan de acuerdo a incluso más bien estamos en desacuerdo, puesto que estos días, desde mañana, déjo de ir a casa del príncipe, ya que no veo que haya la menor necesidad de hacerlo.

—Pero ir allí, estar a su lado, ¿no es eso una tarea?

—Tales pensamientos son humillantes.

—No comprendo. Y además, si eres tan puntilloso, no tienes más que no tomar su dinero, aunque hagas acto de presencia. Vas a apenarlo enormemente; él ya te tiene mucho afecto, créeme... En fin, haz lo que quieras...

Se le notaba que estaba descontento.

—Dice usted que no le coja su dinero. Y justamente, por causa de usted, he cometido hoy una infamia: usted no me había advertido de nada y hoy le he reclamado al príncipe mi sueldo del mes.

—Pero eso es porque tú has querido. Confieso que yo no creía que fueses a reclamar. ¡Sin embargo, qué hábiles sois todos hoy en día! Ya no hay juventud, Tatiana Pavlovna.

Estaba terriblemente amargado. Yo también,

—Me hacía falta sin embargo arreglar mis cuentas con usted... Es usted quien me ha obligado, y ahora no sé qué hacer.

—A propósito, Sofía, devuélvele inmediatamente a Arcadio sus sesenta rublos. Y tú, amigo mío, no te enfades por este arreglo de cuentas precipitado. Te adivino en la cara que estás maquinando alguna empresa y que tienes necesidad... de fondos para gastos o para alguna cosa de ese estilo.

—Ignoro lo que expresa mi cara, pero no esperaba que mamá le hablase a usted de ese dinero, siendo así que yo le había rogado a ella que no dijese nada,

Miraba a mí madre, y mis ojos lanzaban relámpagos. No sabría decir hasta qué punto me sentía vejado.

—Arkacha, hijo mío, perdóname, por el amor de Dios, no he podido evitar decírselo...

—Amigo mío, no le guardes rencor porque me haya descubierto tus secretos —dijo él dirigiéndose a mí—. Y además, la intención era buena: la madre ha querido sencillamente ufanarse de los sentimientos de su hijo. Pero, créelo, yo habría adivinado, sin necesidad de eso, que eras un capitalista. Todos tus secretos están escritos en tu rostro leal. Él tiene su «idea», Tatiana Pavlovna, ya se lo dije a usted.

—Dejemos mi rostro leal —continué yo, rabioso—. Sé que con frecuencia usted lee los pensamientos de la gente, aunque en otros casos no vea usted más allá de la punta de la nariz. Siempre me ha asombrado su perspicacia. Pues bien, sea. Tengo mi « idea». Evidentemente ha empleado usted esa expresión por casualidad, pero no temo confesarlo; tengo mi «idea». Y ni tengo miedo ni me da vergüenza de ella.

—Sobre todo no tengas vergüenza de ella.

—Y sin embargo no se la revelaré a usted.

—Es decir, que no me juzgarás digno de semejante cosa. Es inútil, ámigo mío, conozco yo las sustancias de tu idea. En todo caso, es:

Me retiro al desierto *(48)*.

Tatiana Pavlovna, mi opinión es que quiere convertirse en Rothschild o en alguna cosa por el estilo, y retirarse dentro de su grandeza. Naturalmente, nos concederá magnánimamente, a usted y a mí, una modesta pensión; a mí quizá no, pero lo que sí es seguro, es que pasará entre nosotros como un meteoro. Como la luna nueva; salida y, en el mismo momento, desaparecida.

Me sobresalté. Desde luego, no era más que una coincidencia: él no sabía nada, hablaba de una cosa muy distinta, aunque hubiese nombrado a Rothschild, pero ¿cómo podía definir con

tanta exactitud mis sentimientos: romper con ellos y retirarme? Lo había adivinado todo. Y quería con anticipación sazonar con su cinismo lo trágico de la cosa. Estaba furioso; no se podía dudar de eso.

—Mamá, perdóname mi exclamación, tanto más cuanto que, de todas maneras, era imposible ocultarme de Andrés Petrovitch.

Fingí echarme a reír y me esforcé, al menos por un instante, en convertirlo todo en una broma.

—Lo mejor que ha habido en esto, querido mío, es que te has reído. Es difícil imaginarse hasta qué punto se gana con eso, incluso exteriormente. Lo digo muy en serio. Tatia na Pavlovna, la verdad es que el muchacho tiene siempre el aspecto de estar incubando en su cabeza algo tan grave, que él mismo se avergüenza.

—Le ruego seriamente que tenga un poco más de compostura, Andrés Petrovitch.

—Tienes razón, amigo mío; pero sin embargo hacía falta decirlo una vez, para no volver más sobre esto. No has venido de Moscú más que para rebelarte. He ahí lo único que sabemos hasta ahora del motivo de tu llegada. Naturalmente, no hablaré de que hayas venido para asombrarnos. Seguida mente, desde hace un mes que estás aquí, no haces más que burlarte de nosotros; sin embargo, tú eres un hombre inteligente, por lo que parece, y con esa cualidad podrías dejar esas risitas para la gente que no tiene más medio que ése para vengarse de su nulidad. Te cierras siempre, siendo así que tu aspecto leal y tus mejillas rojas manifiestan que podrías mirar cara a cara a todo el mundo con una perfecta inocencia. Es hipocondríaco, Tatiana Pavlovna; no llego a comprender por qué hoy en día todos son hipocondríacos.

—Si no sabe usted ni siquiera dónde me he criado, ¿cómo va a saber que soy hipocondríaco?

—He ahí todo el misterio: estás dolido de que yo haya podido olvidar dónde te has criado.

—En lo más mínimo, no me atribuya usted semejante tontería. Mamá, Andrés Petrovitch me ha felicitado hace un mo mento por haberme reído; riámonos, pues; ¿por qué hemos de estar hechos unos mustios? ¿Quieren ustedes que les cuente historias divertidas sobre mi persona? Sobre todo teniendo en cuenta que Andrés Petrovitch no sabe nada de mis aventuras.

Yo estaba en ebullición. Sabía que nunca más volveríamos a encontrarnos juntos como hoy y que una vez salido de aquella casa no volvería nunca. Por eso, en la víspera de todo aquello, no pude contenerme más. Fue él mismo quien provocó aquel desenlace.

—Eso es muy agradable, con tal que sea verdaderamente divertido —observó él mirándome con ojos penetrantes—. Te has vuelto un poco salvaje, amigo mío, allí donde te has criado. Por lo demás, a pesar de todo, estás aún bastante presentable. Está encantador hoy, Tatiana Pavlovna, y ha hecho usted muy bien en abrir por fin ese paquete.

Pero Tatiana Pavlovna frunció las cejas; ni siquiera se volvió y continuó abriendo el paquete y colocando los regalos sobre los platos. Mi madre también se quedó perpleja, comprendiendo

y presintiendo que las cosas tomaban un mal camino. Mi hermana, una vez más, me empujó con el codo.

—Quiero contarles sencillamente —comencé a decir con el aire más desenvuelto— cómo un padre se encontró por primera vez con su hijo querido. Eso sucedió justamente «a11í donde te has criado».

—Pero, amigo mío, ¿no resultará eso... aburrido? Ya sabes: touts les genres...

—No frunza usted las cejas, Andrés Petrovitch, no es en absoluto lo que usted cree. Quiero hacerles reír a todos.

—¡Que Dios te oiga, querido mío! Ya sé que nos quieres a todos y que... no te interesará turbar nuestra velada —susurró él con aspecto falsamente desenvuelto.

—— Será seguramente por mi rostro por lo que habrá adivinado usted que le quiero, ¿no?

—Sí, en parte por tu rostro.

—Pues bien, por rni parte, yo he adivinado desde hace mucho tiempo en el rostro de Tatiana Pavlovna que está ena morada de mí. No me lance usted miradas tan feroces, Tatiana Pav1ovna, es preferible reír. ¡Es preferible reír!

Ella se volvió bruscamente hacia mí y durante medio minuto me estuvo mirando con ojos penetrantes:

—¡Ten cuidado!

Y me amenazaba con el dedo, tan seriamente, que aquello no podía relacionarse apenas con mi broma estúpida, sino que se parecía más bien a una advertencia: «¿Es que te empeñas en empezar? »

—Andrés Petrovitch, ¿no se acuerda usted entonces de cómo nos encontramos en la vida por primera vez?

—Lo he olvidado, te lo juro, y te pido por eso sinceramente perdón. Me acuerdo solamente de que fue hace mucho tiempo... y ya no sé dónde...

—Y usted, mamá, ¿no se acuerda usted de cuando estaba en el campo, en el pueblo donde fui criado hasta los seis o siete años, creo? ¿Ha vivido usted verdaderamente en ese pueblo, o bien es en sueños como me parece haberla visto por primera vez? Hace mucho tiempo que quería hacerle a usted esta pregunta, y retrocedía siempre; ahora ha llegado el momento.

—¡Cómo, mi pequeño Arcadio! Naturalmente, fui tres veces de visita a casa de Varvara Stepanovna; la primera vez cuando tú tenías apenas un año, la segunda cuando habías cumplido ya los cuatro, y luego cuando tenías más de diez años.

—Eso es. Todo este mes he estado queriendo hacerle la pregunta.

Mi madre enrojeció intensamente ante la brusca afluencia de recuerdos y me preguntó conmovida:

—¿Es posible, mi pequeño Arcadio, que te acuerdes de mí?

—No me acuerdo de nada y no sé nada; solamente ha quedado algo del rostro de usted en el fondo de mi corazón y para toda mi vida, y además, me ha quedado el saber que es usted mi

madre. Todo ese pueblo lo veo hoy como en un sueño. Incluso me he olvidado de mi ama. Esa Varvara Stepanovna... Me acuerdo de ella un poco, solamente porque tenía siempre vendas en las mejillas. Aún veo de nuevo, alrededor de la casa, árboles inmensos, creo que tilos; luego, algunos días, un sol fuerte entrando por las ventanas abiertas, platabandas de flores, una alameda, y a usted, mamá, no vuelvo a verla claramente más que un solo instante: cuando me dieron la comunión en la iglesia del pueblo y usted me cogió en brazos para hacerme recibir la hostia y besar el cáliz; era en verano, una paloma atravesó la cúpula, de una ventana a otra... *(49)*.

—¡Señor! Eso es completamente verdad —mi madre cruzó las manos—; me acuerdo de esa paloma. En el momento mismo de comulgar, te pusiste muy agitado y gritabas: « ¡La paloma, la paloma! »

—El rostro de usted, o por lo menos parte, una expresión, se quedó tan grabado en mí memoria, que hace cinco años, en Moscú, la reconocí inmediatamente como mi madre, aunque nadie me lo dijese. Luego, después de mi primer encuentro con Andrés Petrovitch, se me sacó de casa de los Andronikov; yo había pasado con ellos, dulce y alegremente, cinco años seguidos. Me acuerdo con sus menores detalles de cómo era su casa en un edificio del Estado y de todas aquellas señoras y señoritas que hoy han envejecido tanto, y de la casa llena, y el mismo Andronikov, que traía en persona de la ciudad las provisiones, la volatería, los corderos y los lechoncíllos y nos servía él mismo la sopa en la mesa, en lugar de su mujer, que se las daba siempre de orgullosa; nosotros nos burlábamos de eso y él era el primero en hacerlo. Fue a11í donde las jovencitas me enseñaron el francés, pero lo que más me gustaba eran las fábulas de Krylov *(50)*; me aprendí de memoria muchísimas y cada día le declamaba una a Andronikov: yo entraba sin vacilar en su pequeño despacho, estuviese ocupado o no. Pues bien, a causa de una de esas fábulas trabé conocimiento con usted, Andrés Petrovitch... Veo que empieza us ted a acordarse.

—En efecto, estoy recordando un poco, querido mío... ¿Qué es lo que me contaste entorces... una fábula, o bien un pasaje de Aflicción de espíritu? *(51)*. De todos modos, ¡qué memoria tienes!

—¡Memoria! ¡Eso es lo de menos! Es el único recuerdo que he conservado toda mi vida.

—¡Magnífico, magnífico, amigo mío! Me interesas.

Incluso sonrió, y después de él sonrieron mi madre y mi hermana. La confianza retornaba; únicamente Tatiana Pavlovna, que se había sentado en un rincón después de haber colocado los regalos sobre la mesa, continuaba atravesándome con una mirada desagradable.

—He aquí la historia —proseguí yo—. Un buen día mi amiga de la infancia, Tatiana Pav1ovna, que siempre ha surgido de improviso en mi existencia, como pasa en el teatro, vino a buscarme, se me llevó a un coche y se me depositó en un palacio señorial, en un lujoso apartamiento. Usted se había alojado entonces, Andrés Petrovitch, en la mansión de los Fanariotova, en la casa desocupada en aquellos momentos —y que ella le había comprado a

usted antaño; ella estaba en el extranjero. Yo llevaba siempre blusas; para aquello me pusieron de repente un bonito traje azul y ropa de la más fina. Tatiana Pavlovna pasó todo el día junto a mí y me compró toda clase de cosas; yo recorría las habitaciones vacías y me miraba en todos los espejos. Pues bien, no sé cómo fue, pero el caso es que, a la mañana siguiente, a eso de las diez, barzoneando por el apartamiento, entré de repente, por casualidad, en el despacho de usted. Ya la víspera le había visto en el momento en que se me acababa de conducir, pero sola mente de paso, en la escalera. Usted bajaba para subir al coche e ir a no sé dónde: se encontraba usted entonces solo en Moscú, por muy poco tiempo y después de una larga ausencia, de forma que le reclamaban de todas partes y no estaba usted casi nunca en casa. Al encontrarnos a Tatiana Pavlovna y a mí, usted solamente exclamó: « ¡Ah! », pero sin ni siquiera detenerse.

Describe con verdadero amor - observó Versilov, dirigiéndose a Tatiana Pavlovna.

Ella se alejó sin responder.

—Le veo como si todavía me encontrase allí, tal como us ted era entonces, florido y guapo. Es asombroso cómo ha podido usted envejecer y afearse tantísimo en estos nueve años, perdóneme la franqueza. Por lo demás, ya en aquellos momentos tenía usted los treinta y siete años cumplidos, pero yo no podía cansarme de mirarlo. ¡Qué cabellos más asoinbrosos!, casi enteramente negros, brillantes, sin un pelo blanco, bigotes y patillas de un acabado de joyero, no encuentro otra expresión; un rostro pálido y mate, pero no de una palidez enfermiza como la de hoy, pero, espere... Un rostro como el de su hija de usted, Ana Andreievna, a la que he tenido el honor de ver hace un rato; ojos ardientes y sombríos, dientes deslumbrantes, sobre todo cuando usted se reía. Precisamente se echó usted a reír al mirarme, cuando entré en su despa cho; yo no sabía entonces distinguir las cosas, y su sonrisa me alegró el corazón. Llevaba usted aquella mañana una chaqueta de terciopelo azul marino, una bufanda de tonalidad Solferino, una maravillosa camisa guarnecida de encajes de Alençon; estaba usted delante del espejo, con un cuaderno en la mano, en plan de estudiar y de declamar el último monólogo de Tchatski y en particular su último grito: « ¡Mi coche, mi coche!» *(52)*.

—¡Oh, Dios mío —exclamó Versilov—, lo que él dice es verdad! Yo había aceptado entonces, a pesar del poco tiempo de que disponía en Moscú, el desempeñar el papel de Tchatski en casa de Alejandra Petrovna Vipovtova, en su teatrito privado, a causa de la enfermedad de Jileiko *(53)*.

—¿Y lo había usted olvidado? —preguntó Tatiana Pavlovna echándose a reír.

—¡Me lo ha recordado él! Y lo confieso, ¡aquellos pocos días en Moscú fueron quizá los mejores de mi vida! Éramos entonces todos tan jóvenes... esperábamos todas las cosas con un ardor tal... Me encontré entonces en Moscúcon tantas... Pero continúa, hijo mío, has hecho muy bien esta vez al entrar en detalles...

—Yo estaba allí plantado, mirándole. De repente grité: « ¡Oh, qué bien está, ése es el verdadero Tchatski! » Usted se volvió innediatamente para preguntarme: « ¿Es que tú cono ces ya a Tchatski? » Luego se sentó usted en el diván y con el mejor humor del mundo se puso a

tomar el café. Yo le habría abrazado. Entonces le confié que en casa de Andronikov todo el mundo leía mucho, que las señoritas sabían muchos versos de memoria, que representaban entre ellas escenas de Griboiedov y que, toda la semana pasada, se había leído en reunión y en. alta voz los Relatos de un cazador *(54)*, en fin, que me gustaban sobre todo las fábulas de Krylov y que me las sabía de memoria. Usted me invitó a recitar algo, y yo dije La novia difícil: «Una novia soñaba con su novio...» *(55)*.

—_.¡Eso es, eso es, ahora me acuerdo de todo! —exclamó de nuevo Versilov .... Pero, amigo mío, me acuerdo también de ti. Tú eras entonces un muchachito lindísimo, un muchachito delicioso, y, te lo juro, has perdido mucho durante estos nueve años.

En aquel momento, la misma Tatiana Pavlovna se echó a reír. Estaba claro que Ardrés Petrovitch se burlaba y me pagaba con mi misma moneda. Todo el mundo se alegró, y estuvo muy bien dicho.

—A medida que yo recitaba, usted se sonreía, peró no había llegado todavía a la mitad cuando me detuvo, tocó la campanilla y dio orden al criado que entró en aquel momento de que llamase a Tatíana Pavlovna, que acudió en seguida con un aspecto tan gozoso, que, después de haberla visto la víspera, casi no la reconocí. En presencia de Tatiana Pavlovna, volví a empezar La novia difícil y terminé brillantemente *(56)*; Tatiana Pavlovna me sonrió, y usted, Andrés Petrovitch, usted incluso llegó a gritarme: « ¡Bravo! », y se puso a observar con ardor que, si se hubiese tratado de La cigarra y la hor miga no habría habido nada de particular en que un niño inteligente, a mi edad, la recitase con gusto, pero que... aque lla fábula:

Una novia soñaba con su amado.

En eso no hay pecado...

»Escuche cómo dice eso de: «En eso no hay pecado». En una palabra, estaba usted entusiasmado. Entonces se puso usted a hablar en francés con Tatiana Pavlovna. Inmediatamente ella frunció las cejas y empezó a poner objeciones, incluso muy acaloradamente; pero, como es imposible contradecir a Andrés Petrovitch si tiene ganas de algo, Tatiana Pavlovna me llevó en seguida a su casa: a11í me lavaron una vez más la cara y las manos, me cambiaron la ropa interior, me dieron pomada y hasta me rizaron. Luego, por la noche, la misma Tatiana Pavlovna se vistió suntuosamente, mucho más de lo que yo hubiera creído, y me llevó en coche. Por primera vez en mi vida, iba yo al teatro, a una función de aficionados en casa de Vitovtova: candelabros, bustos, señoras, militares, generales, señoritas el telón, las filas de sillas... yo todavía no había visto nada parecido. Tatiana Pavlovna escogió un sitio modesto en una de las últimas filas y me hizo sentar junto a ella. Naturalmente, también había niños como yo, pero yo no miraba ya nada, aguardaba, latiéndome violentamente el corazón, que la función empezara. Cuando usted entró en escena, Andrés Petrovitch, me quedé entusiasmado, entusiasmado hasta las lágrimas; el porqué, lo ignoro. ¿Por qué esas lágrimas de entusiasmo? He aquí algo que siempre me ha parecido raro, me he acordado de eso durante estos nueve años. Yo seguía la comedia, y el corazón se me paraba; todo lo que yo comprendía, evidentemente, era

que ella le había traicionado, y que gentes imbéciles a indignas de tocarle un dedo del pie se burlaban de él. Mientras que él declamaba en el baile, yo comprendía que estaba humillado, pero que él era grande, muy grande *(57)*. Sin duda, mi preparación en casa de Andronikov me ayudó a comprender, pero también la manera como usted representó su papel, Andrés Petrovitch. Por primera vez, yo veía teatro. En el momento de la partida, cuando Tchatski grita: « ¡Mi coche, mi coche! » *(usted daba un grito asombroso)*, boté de mi silla y con toda la sala, en una tempestad de aplausos, me puse a dar palmadas y a gritar con todas mis fuerzas: ¡Bravo!

»Me acuerdo también de que en aquel mismo instante sentí un alfiler que se me clavaba detrás «un poco por debajo de la cintura»; era Tatiana Pavlovna que me pinchaba furiosamente, pero yo no le echaba cuenta. Como es natural, inmediatamente después de la función, Tatiana Pavlovna me llevó a casa: «No te irás a quedar a bailar, y por causa tuya no me quedo yo», y estuvo usted gruñendo contra mí, en el coche, Tatiana Pavlovna, durante todo el camino de regreso. Me pasé la noche en un delirio, y al día siguiente a las diez ya estaba otra vez delante del despacho, pero la puerta estaba cerrada: tenía usted visita, estaba tratando de negocios; en seguida usted desapareció de repente durante todo el día hasta la noche, y ya no le vi más. ¿Qué quería decirle? Lo he olvidado, ni siquiera entonces lo sabía, pero queria apasionadamente verle de nuevo lo antes posible. A la mañana síguiente, a las ocho, usted partió para Serpukhov *(58)*; acababa usted de vender su hacienda de Tula para calmar a los acreedores, pero todavía le quedaba un buen pedazo, y por eso era por lo que había venido usted a Moscú, donde hasta aquel día no había podido mostrarse públicamente por miedo a los acreedores; y entre todos ellos, únicamente aquel grosero personaje de Serpukhov se negaba a aceptar la mitad en lugar del total de la deuda. Tatiana Pavlovna ni siquiera respondía a mis preguntas: «Estáte tranquilo, pasado mañana te llevaré a la pensión, prepárate, coge tus cuadernos, arregla tus libros y aprende a hacer tú mismo la maleta. No está usted destinado a vivir como un príncipe, caballero», etc., etc.; muletilla con la que me estuvo usted martillando los oídos durante aque llos tres días, Tatiana Pav1ovna. Y en efecto, me llevó usted a la pensión Tuchard, a mí, inocente y enamorado como estaba de usted, Andrés Petrovitch. Comprendo que aquel encuentro no fue más que una casualidad absurda, pero, créalo o no, sé que meses más tarde todavía quería escaparme de casa de Tuchard para ir en su busca.

—Lo has contado admirablemente, has despertado todos mis recuerdos —recalcó Versilov

—Pero lo que más me choca en tu historia es la riqueza de ciertos detalles particulares, a propósito de mis deudas, por ejemplo. Sin hablar de una cierta inconveniencia propia de tales detalles, no veo dónde has podido adquirirlos.

—¿Esos detalles? ¿Que dónde los he adquirido? Se lo repito, durante estos nueve años, no he tenido otra ocupación que la de recoger detalles sobre usted.

—¡Singular confesión, ocupación singular!

Me volvió la espalda, medio tendido en su sillón, y esbozó un ligero bostezo, voluntario o no, lo ignoro.

—¿Debo continuar contándole cómo quise escaparme de casa de aquel Tuchard?

—¡Prohíbaselo, Andrés Petrovitch! —¡Repréndalo, expúlselo de aquí!— profirió Tatiana Pavlovna.

—No, Tatiana Pavlovna —respondió Versilov expresivamente—. Arcadio tiene sin duda algún proyecto. Es completamente indispensable dejarlo terminar. ¡Que continúe!

¡Que haga su relato y que se libre de él! Por lo demás, eso es todo lo que él quiere, librarse de ese peso para siempre. Vamos, querido mío, empieza tu nueva historia. Nueva, es una manera de hablar, porque, estáte tranquilo, conozco el final.

IV

—Quería escaparme, huir junto a usted, es muy sencillo. Tatiana Pavlovna, ¿se acuerda usted de que, quince días después de mi entrada en la pensión Tuchard, le envió a usted una carta? ¿No se acuerda? María Ivanovna me enseñó esa carta mucho más tarde; estaba también en los papeles de Andronikov. Tuchard se había dado cuenta de pronto de que había pedido demasiado poco, y le comunicaba a usted «dignamente» que educaba en su establecimiento a príncipes y a hijos de senadores, y que juzgaba indigno de ese establecimiento tener a un pensionista cuyo origen era como el mío, a menos que se le pagase un suplemento.

—Mon cher, bien podrías...

—¡No es nada, no es nada! —interrumpí yo—; no tengo más que una palabra que decir de Tuchard. Usted le respondió desde el campo, Tatiana Pavlovna, quince días más tarde, con una negativa categórica. Lo veo, todavía todo encarnado, entrar en nuestra clase. Era un francés bajito, rechoncho y gordo, de unos cuarenta y cinco años y llegado realmente de París; antiguo zapatero remendón, como es lógico, pero se había instalado en Moscú, desde tiempo inmemorial, como profesor de francés con título, y poseía incluso diplomas de los que estaba extremadamente orgulloso; un hombre profundamente inculto *(59)*. En su casa sólo estába mos seis internos; había efectivamente entre ellos el sobrino de un senador moscovita. Vivíamos todos en su casa absolutamente en familia, casi siempre bajo la vigilancia de su esposa, una señora muy amanerada, hija de un oscuro funcionario ruso. Durante aquellos quince días me jacté terriblemente delante de mis camaradas, me ufanaba de mi chaquetilla azul y de mi papá Andrés Petrovitch y, cuando me preguntaba por qué me llamaba Dolgoruki y no Versilov, la pregunta no me turbaba lo más mínimo, porque yo mismo ignoraba el porqué.

——¡Andrés Petrovitch!— gritó Tatiana Pavlovna con un tono casi amenazador.

Por el contrario, mi madre me escuchaba sin perder una sola palabra y deseaba evidentemente verme continuar.

—Ce Tuchard..., to recuerdo en efecto, aquel hombrecillo bullidor —dijo Versilov entre dientes—; me habían dado de él los mejores informes...

—Ce Tuchard entró pues con la carta en la mano, se acercó a nuestra gran mesa de roble, ante la cual empollábamos los seis no sé ya qué lección, me agarró fuertemente por el hombro,

me hizo levantar y me ordenó que cogiese mis cuadernos. «Tu sitio no está aquí, sino allí.» Y me mostró un cuartito minúsculo a la izquierda del recibidor, donde había una mesa vulgar, una silla de enea y un diván recubierto de hule, exactamente como hoy en una buhardilla. Me dirigí a11í con asombro y poniéndome muy colorado; todavía nunca se me había tratado con grosería semejante. Media hora después, cuando Tuchard hubo salido de la clase, fui a cambiar guíños y a reírme con los camaradas; naturalmente, se burlaban de mí, pero yo no sospechaba nada y creía que nos reíamos juntos porque estábamos contentos. En aquel momento apareció Tuchard. Me cogió por un mechón de pelos y me arrastró. «No te atrevas a ir más con hijos de bue na familia. Tú eres de extracción vil, no eres más que una especie de lacayo.» Y me golpeó muy dolorosamente la mejilla llenita y colorada. La cosa le agradó, empezó una segunda vez, luego una tercera. Me deshice en lágrimas. Estaba terriblemente sorprendido. Me quedé una hora larga con la cabeza oculta entre las manos, llorando a todo llorar. Sucedía algo que yo no llegaba a comprender. No comprendía cómo un hombre sin maldad como Tuchard, un extranjero, el mismo que se había alegrado tanto con la liberación de los campesinos rusos, podía pegarle a un niño ingenuo como yo. En el fondo yo estaba solamente asombrado, nada ofendido; todavía no sabía sentir las ofensas. Me parecía que yo había cometido alguna travesura, que una vez castigado se me perdonaría y que de nuevo estaríamos todos contentos, iríamos a jugar al patio y reanudaríamos la buena vida.

—Amigo mío, si yo hubiese sabido. .. —dijo Versilov con la sonrisa negligente de un hombre un poco cansado— qué loco era aquel Tuchard... En fin, no pierdo aún la esperanza de que reunirás tu valor a manos llenas, que nos perdonarás por fin todo esto y que reanudaremos la buena vida.

Se siguió un bostezo enérgico.

—Pero si yo no acuso a nadie, absolutamente a nadie, no me quejo ni siquiera de Tuchard, créame —grité yo, un poco desorbitado—. Por lo demás, no me pegó más que por espacio de dos meses. Me acuerdo de que yo siempre quería desarmarlo, me lanzaba hacia él para besarle las manos, y se las besaba, llorando con todas las lágrimas de mi cuerpo. Los camaradas se burlaban de mí y me despreciaban, porque Tuchard me utilizaba a veces como criado suyo, me ordenaba que le trajera su ropa cuando él se vestía. En esto mi servilismo encontró instintivamente en qué emplearse: yo trataba con todas mis fuerzas de agradarle, sin mostrarme ofendido en lo más mínimo, porque aún yo no comprendía nada, y hasta hoy mismo me asombro de haber sido tan idiota como para no comprender cuán por debajó estaba de todos ellos. Sin duda mis camaradas me explicaban ya muchas cosas; yo estaba en una buena escuela. Tuchard acabó por preferir los puntapiés en el trasero a los golpes en la cara; seis meses después comenzó incluso a acariciarme de cuando en cuando; solamente que yo estaba seguro de que me pegaría por lo menos una vez al mes, para hacerme recordar cuál era mi puesto. Bien pronto se me volvió a poner con los demás niños, se me dejó jugar con ellos, pero ni una sola vez en el curso de aquellos dos años y medio olvidó Tuchard la diferencia de nuestras condiciones

sociales y, aunque sin exagerar, no dejaba de emplear me constantemente para su servicio, y creo que eso era también a título de recordatorio.

»Me fugué, es decir, pensé fugarme, cinco meses después de aquellos dos meses primeros. En general siempre he sido lento en decidirme. Cuando me acostaba y me tapaba con la manta, me ponía inmediatamente a soñar con usted, Andrés Petrovitch, únicamente con usted; ignoro en absoluto por qué era así. Le veía a usted incluso en sueños. Y sobre todo soñaba una y otra vez, siempre apasionadamente, que usted venía de pronto y se me aparecía, que yo me echaría en sus brazos, que me sacaría usted de aquel sitio y me llevaría a su casa, a su despacho, que iríamos juntos al teatro, y así sucesivamente. Sobre todo, que ya no nos separaríamos nunca más: aquello era lo principal. Cuando me despertaba por las mañanas, tropezaba en seguida con las burlas y el desdén de los chiquillos; a uno de ellos se le antojó pegarme y obligarme a que le limpiase los zapatos; me trataba dándome toda clase de nombres insultantes, empeñándose sobre todo en hacerme comprender mi origen, para la mayor alegría de todos los oyentes. Cuando por fin llegaba Tuchard, había siempre en mi interior algo que resultaba intolerable. Yo comprendía que no se me perdonaría nunca. Empezaba ya a comprender poco a poco qué era lo que no se me perdonaría y cuál era mi crimen. Por eso resolví huir. Llevaba ya soñando dos meses con aquello; por fin la decisión quedó tomada; era en septiembre. Aguardé a que llegase un sábado, cuando todos mis camaradas se hubiesen dispersado para pasar el domingo; y me hice cuidadosamente un paquete con los objetos más indispensables; por todo dinero tenía dos rublos. Quería aguardar a que llegase el crepúsculo:.«entonces bajaré por la escalera», me decía yo, «saldré y luego ire adelante». ¿Adónde? Yo sabía que Andronikov había partido para Petersburgo, y resolví descubrir la casa de Fanariotova junto al Arbat *(60)*. «Pasaré la noche no importa dónde, paseándome o sentado en un banco; por la mañana le preguntaré a alguien en el patio: ¿dónde está ahora Andrés Petrovitch, y, si no está en Moscú, en qué ciudad o en qué país? No dejarán de decirmelo. Me iré, y a continuación preguntaré en otra parte y a otra persona: ¿por qué sitio salir para dirigirse a tal o cuál ciudad? Saldré e iré, iré por la carretera general. Caminaré siempre; pasaré la noche no importa dónde o bajo los matorrales, no comeré más que pan, con dos rublos tendré para mucho tiempo.» Pero el sábado fue imposible escapar me; hubo que esperar hasta el día siguiente, domingo; como hecho adrede, Tuchard y su mujer se ausentaron. No quedamos en toda la casa más que Ágata y yo. Aguardé la noche con una emoción terrible. Estaba sentado, me acuerdo muy bien, delante de la ventana de nuestra clase, mirando por ella la polvorienta caile con sus casitas de madera y sus escasos transéúntes. Tudhard vivía en el fin del mundo y desde nuestras ventanas se veía la puerta de las murallas de la ciudad: ¡si fuese la buena!, me decia yo. El sol se ponía espléndidamente rojo, el cielo estaba helado, un viento áspero, exactamente como el de hoy, levantaba el polvo. Por fin la oscuridad cayó íntegramente; me planté delante del icono y recé, pero aprisa, aprisa, porque estaba muy apurado de tiempo; cogí mi hatillo y bajé de puntillas nuestra escalera chirriante, con un miedo terrible de que Ágata me oyese desde la cocina. La llave estaba en la puerta. Abrí

y de repente la noche negra me rodeó, como un desconocido peligroso y sin límites, y el viento se me llevó la gorra. Yo estaba ya fuera. En la acera opuesta resonó el grito ronco de un borracho que maldecía; me detuve, miré, y volví a entrar muy silenciosamente. Muy silenciosamente subí la escalera, muy silenciosamente me desnudé, solté el hatillo y me acosté boca abajo, sin lágrimas y sin pensamientos. Pues bien, desde aquel instante es cuando me puse a pensar, Andrés Petrovitch. Sí, desde el momento en que me di cuenta de que no era sólo un criado, sino también un cobarde. Entonces fue cuando empezó mi desarrollo verdadero y regular.

—¡Y en aquel momento fue cuando yo también empecé a comprender lo que tú eres en realidad! —Era Tatiana Pavlovna que brincaba de pronto, y de manera tan inesperada, que me cogió completámente desprevenido—. ¡No fue sola mente en aquel momento cuando fuiste un criado, lo eres siempre, tienes alma de criado! ¿Qué habría podido impedirle a Andrés Petrovitch que hiciera de ti un aprendiz de zapatero? ¡Incluso te habría hecho un favor enseñándote un oficío! ¿Quién habría podido exigir más de él, quién exigía algo? Tu padre, Makar Ivanovitch, no rogaba solamente, sino que casi exigía que no te sacasen de tu condición. No, tú no aprecias bastante lo que él ha hecho por ti al conducirte hasta la Universidad. Gracias a él gozas de los derechos de las clases superiores. Los niños le hacían burla, miren ustedes, y entonces ha jurado vengarse de la humanidad... ¡No eres más que un canalla!

Lo confieso, me quedé aplastado por aquella salida. Me levanté y miré un momento sin encontrar nada que responder.

——Lo que Tatiana Pavlovna acaba de decirme me resulta nuevo en efecto— dije, volviéndome por fin deliberadamente hacïa Versilov—. Soy en efecto lo bastante criado para no contentarme con que Versilov no haya hecho de mí un zapatero. Ni siquiera los derechos de las clases superiores me han enternecido, reclamo a todo Versilov, réclamo un padre... eso es lo que me hace falta. ¿No quiere decir eso que yo sea un criado? Mamá, tengo siempre sobre mi conciencia, desde hace ya ocho años, el momento en que usted vino sola a verme a casa de Tuchard y la manera como la recibí a usted entonces. Pero no es éste el momento de hablar de eso, Tatiana Pavlovna no lo permitirá. Hasta mañana, mamá, quizá volvamos a vernos todavía. Tatiana Pavlovna, ¿qué diría usted si soy aún lo bastante criado para no poder admitir que una persona se vuelva a casar viviendo su mujer? Sin embargo, eso es lo que estuvo a punto de pasarle a Andrés Petrovitch en Ems. Mamá, si no quiere usted quedarse con un marido que se casará mañana con otra, acuérdese de que tiene un hijo, que promete ser un hijo eternamente respetuoso, acuérdese y vayámonos de aquí. Solamente con una condición: o él o yo. ¿Quiere usted? No pido una respuesta inmediata: sé que éstas son pregunta s a las que no se puede responder en el acto...

No pude acabar, primero porque me había acalorado y perdía la cabeza. Mi madre se puso lívida, la voz le faltó: no podía decir ya una palabra. Tatiana Pavlovna habló mucho y ruidosamente, aunque yo no pude ni siquiera distinguir lo que ella decía, y por dos veces me hundió el puño en la espalda. Me acuerdo solamente de que ella gritaba que mis palabras

estaban «calculadas, largamente acariciadas por un alma mezquina, retorcidas». Versilov seguía sentado, inmóvil y muy serio, sin sonreír. Subí a mi habitación. La última mirada que me acompañó fue la mirada reprobadora de mi hermana; balanceaba la cabeza con aire severo.

Capitulo vii

I

Describo todas estas escenas sin perdonarme nada, a fin de que todo quede en claro, recuerdos a impresiones. Al entrar en mi habitación ignoraba en absoluto si debía avergonzarme o enorgullecerme por haber cumplido mi deber. Si yo hubiese sido un poco más experimentado, habría debido adivinar que la menor duda en semejante asunto hay que interpretarla en el sentido malo. Pero estaba desorientado por otras circunstancias: no comprendía por qué tenía que alegrarme, pero el caso era que me hallaba presa de un regocijo loco, a pesar de mis dudas y del claro convencimiento que tenía de haber sufrido a11á abajo un rotundo fracaso. Incluso las injurias rabiosas de Tatiana Pavlovna me parecían divertidas y graciosas, y no me enfadaban lo más mínimo. Aquello era sin duda porque, a pesar de todo, yo había roto mis cadenas y por primera vez me sentía en libertad.

Sentía también que había estropeado mis asuntos: ¿cómo obrar ahora con respecto a la carta sobre la herencia? La cuestión se tornaba aún más tenebrosa. Seguramente iban a creer que yo quería vengarme de Versilov. Pero mientras estábamos en el salón, durante todos aquellos debates, yo ha bía resuelto someter la cuestión a un arbitraje y elegir como árbitro a Vassine o, si no era posible, a algún otro, y ya sabía a quién. Un día, exclusivamente para eso y por única vez, iría yo a casa de Vassine, pensaba; seguidamente desapareceré para todo el mundo y por mucho tiempo, para varios meses, desapareceré incluso y sobre todo para Vassine; veré si acaso solamente, de cuando en cuando, a mi madre y a mi hermana. Todo aquello era algo muy desordenado; yo me daba cuenta de que alguna cosa estaba ya hecha, pero no como habría sido preciso, y... estaba contento; lo repito, a pesar de todo, me sentía dichoso.

Entonces decidí acostarme más temprano, previendo una larga caminata para el día siguiente. Además de buscar un alojamiento y trasladar mis cosas, tendría que tomar ciertas decisiones que resolví ejecutar de una forma a otra. Pero la jornada no debía acabarse sin imprevistos y Versilov consiguió sorprenderme de una manera asombrosa. Él no venía nunca, absolutamente nunca, a mi buhardilla. Ahora bien, todavía no llevaba yo una hora en mi cuarto cuando oí sus pasos en la escalera: me llamó, para que le alumbrara. Cogí una vela y, tendiendo hacia abajo una mano que él agarró, le ayudé a trepar arriba.

—Merci, amigo mío, no he subido aquí ni una sola vez, ni siquiera cuando alquilé la casa. Tenía mis temores sobre lo que esto pudiera ser, pero no preveía semejante perrera.

—Se detuvo en medio de mi buhardilla, mirando en torno con curiosidad—: ¡Es un ataúd, un verdadero ataúd!

Había en efecto un cierto parecido con el interior de un ataúd, y admiré incluso la exactitud de su definición. El cuartito era estrecho y largo; al nivel de mi hombro, no más alto, comenzaba el ángulo de la pared y del techo, que podía tocar con la palma de la mano. Versilov, en el primer instante, se mantuvo instintivamente encorvado, por miedo a chocar con la cabeza en el techo, pero no chocó, y acabó por sentarse con bastante tranquilidad en mi diván, donde ya estaba hecha mi cama. Por mi parte, no me senté y me quedé mirándole con el más profundo asombro.

—Tu madre me ha contado que no sabía si tomar el dinero que le has entregado por lo pensión de este mes. Teniendo en cuenta semejante ataúd, no solamente no tienes nada que pagar, sino que, por el contrario, somos nosotros los que estamos en deuda contigo. No he estado nunca aquí y... me cuesta trabajo imaginar que se pueda vivir en sitios seme jantes.

—Ya estoy acostumbrado. Pero a lo que no me acostumbro es a verle a usted en mi habitación después de lo que ha pasado abajo.

—¡Ah, sí!, te has mostrado bastante grosero abajo. Pero... también yo tengo mis motivos particulares, que lo explicaré, aunque en el fondo mi presencia no tenga nada de extraordinario; incluso lo que ha pasado abajo entra también en el orden natural de las cosas; pero explícame un detalle, te lo ruego: lo que nos has contado allá abajo y para lo cual nos preparaste tan solemnemente, ¿era todo lo que tenías la intención de revelarnos o de confiarnos? ¿No había otra cosa que tuvieras que decirnos?

—Es todo. O más bien admitamos que sea todo.

—Entonces es poco, amigo mío. A juzgar por tu exordio y por la manera como nos invitaste a reír, en una palabra, viendo las ganas que tenías de hablar, yo esperaba muchísimo más.

—Pero, ¿qué le va a usted en esto?

—Creo que en cuanto a mí es porque tengo el sentimiento de la medida... ¿Para qué tanto alboroto? Ahí no se ve la medida por ninguna parte. ¡Un mes de silencio y de preparativos, para dar a luz una nadería!

——Mis intenciones eran hacer un largo relato, pero me avergüenzo por lo que ya he dicho. Todo no puede contarse en palabras, hay cosas de las que vale más no acordarse. Ya he dicho bastante, y de todos modos usted me ha comprendido.

—¡Ah!, ¿y sufres a veces por el hecho de que tu pensamiento no se pliegue al molde de las palabras? Ese noble sentimiento, amigo mío, no se da más que a los elegidos; el imbécil siempre está satisfecho con lo que ha dicho y además siempre dice más de lo que hace falta; gente así gusta de lo excesivo.

—¿Como por ejemplo yo, hace poco, abajo? También yo he dicho más de lo que era preciso. He reclamado a «todo Versilov»; es infinitamente más: no tengo necesidad alguna de Versilov.

—Ya veo, amigo mío, quieres recuperar el tiempo perdido. Te arrepientes, y como arrepentirse significa entre nosotros lanzarse inmediatamente sobre alguien, estás bien decidido a no fallarme otra vez. He venido demasiado pronto, tu fuego no está todavía apagado y además soportas mal las críticas. Pero siéntate, te lo ruego, tengo algo que comunicarte. Gracias, así está mejor. Por lo que has dicho a tu madre al salir, se desprende claramente que conviene más, de todas maneras, que nos separemos. He venido a aconsejarte que lo hagas lo más dulcemente posible y sin alboroto, para no apenar y asustar todavía más a tu madre. Simplemente el verme subir aquí le ha hecho ya bien: está convencida de que toda vía podemos hacer la paz y que todo continuará como en el pasado. Creo que si pudiésemos los dos reír ruidosamente una o dos veces, sembraríamos la alegría en sus corazones tímidos. Estos corazones son sencillos, pero amantes, sinceros a ingenuos. ¿Por qué no mecerlos un poco, si se puede? Bueno, ése es el primer punto. He aquí el segundo: ¿por qué tendríamos que separarnos forzosamente con sed de venganza, rechinar de dientes, maldiciones y todo lo demás? Sin duda, no vamos a colgarnos el uno del cuello del otro, pero hay medios de separarse respetándose, por decirlo así, mutuamente. ¿No te parece?

—¡Todo eso son tonterías! Le prometo irme sin escándalo alguno, y ya eso es bastante. ¿Se atormenta usted por mi madre? Me parece sin embargo que la tranquilidad de mi madre le importa a usted muy poco. Eso no son más que palabras.

—¿No me crees?

—Me habla usted verdaderamente como a un niño.

—Amigo mío, estoy dispuesto a pedirte mil perdones, tanto por todas las cosas que me imputas, como por todos tus años de infancia y así sucesivamente. Pero, cher enfant, ¿qué resultaría de eso? Eres lo bastante inteligente para no desear colocarte en una postura tan tonta. Sin hablar de que ni siquiera conozco muy bien el carácter de tus reproches: ¿de qué me acusas en el fondo? ¿De no haber nacido Versilov? ¿No es eso? Te ríes con aire despreciativo y lo defiendes con la mano. Entonces, ¿no es eso?

—No, créalo usted. Crea que no encuentro ningún honor en llamarme Versilov.

——Dejemos el honor a un lado. Y además, ¿no sería preciso queto respuesta fuese democrática? Pero entonces, ¿de qué me acusas?

—Tatiana Pavlovna acaba de decirme todo lo que yo que ría saber y que hasta entonces no he podido comprender: que usted no ha hecho de mí un zapatero, y por consiguiente que le debo agradecimiento. No llego a comprender en qué soy ingrato, ni siquiera ahora que se me ha dado la lección. ¿No será la altiva sangre de usted la que está hablando?

—No lo creo. Debes admitir además que todas tus salidas de tono de hace un momento, en lugar de caer sobre mí, a quien tú las destinabas, no han hecho más que acongojarla y atormentarla a ella. Me parece sin embargo que tú no eres quién para juzgarla. Porque ¿en qué es ella culpable delante de ti? A propósito, explícame además esto, amigo mío: ¿por qué motivo y con qué intención has propalado, en la escuela y en el Instituto y durante toda to vida, y hasta

en los oídos del primer recién llegado, porque me lo han dicho, que tú eras un hijo natural? Me he enterado de que lo hacías con un cierto placer. Ahora bien, eso no es más que una estupidez y una innoble calumnia: tu eyes Dolgontki, hijo legítimo de Makar Ivanytch *(61)* Dolgoruki, persona respetable, notable por su inteligencia y por su carácter. Si has recibido una instrucción superior, es en efecto gracias a tu ex señor Versilov, pero ¿qué se desprende de ahí? Primeramente, al proclamar tu ilegitimidad, cosa que es una calumnia, has revelado al mis mo tiempo el secreto de tu madre; por yo no sé qué falso orgullo has arrastrado a tu madre por el fango, exponiéndola al juício del primer recién llegado. Pues bien, amigo mío, he ahí lo que no tiene nada de nobleza, tanto más cuanto que tu madre no es personalmente culpable de nada: es un carácter de una pureza perfecta, y si no es Versilova, es únicamente porque tiene todavía a su marido.

—¡Basta! Estoy enteramente de acuerdo con usted y creo hasta tal punto en su inteligencia, que espero que cesará en esas reprimendas que no han hecho más que durar demasiado. Usted que gusta tanto de la medida... Hay una medida en todo, incluso en ese amor súbito por mi madre; pues bien, prefiero que me díga otra cosa: si ha decidido usted venir a buscarme para pasar conmigo un cuarto de hora o una media hora *(sigo sin saber por qué, pero admitamos que sea por la tranquilidad de mi madre)* y si por añadidura encuentra usted tanto placer en charlar conmigo a pesar de lo que ha sucedido abajo, entonces, háble me más bien de mi padre, de ese Makar Ivanov *(62)*, el errante; quisiera que fuera usted el que me hablase de él; desde hacía mucho tíempo tenía la intención de pedirle a usted esto. Al separarnos, tal vez por mucho tiempo, me gustaría mucho también obtener de usted una respuesta a esta otra pregunta: ¿es posible que en estos veinte años no haya usted podido actuar sobre los prejuicios de mi madre, y ahora también sobre los de mi hermana, con la suficiente fuerza para disipar con la influencia civilizadora que usted tiene las tinieblas primitivas del ambiente en que ellas han vivido? ¡Oh. no es que yo quiera hablarle de la pureza de ella! Ella siempre le ha sido a usted infinitamente superior desde un punto de vista moral, le ruego que me perdone, pero... no es más que un cadáver infinitamente superior. No hay vida más que para Versilov; todo el resto en torno a él, todo lo que con él tiene relación vegeta con la condición absoluta de tener el honor de nutrirlo con sus energías, con sus jugos vitales. Y sin embargo ella ha estado viva, ella también, en otros tiempos, ¿no es así? Usted encontró en ella algo que amar, ¿verdad? Ella ha sido mujer, ¿no?

—Amigo mío, si quieres saberlo, ella no lo ha sido jamás —me respondió él haciendo una mueca a su manera de otras veces, mueca de la que yo había guardado tan bien el recuerdo y que me irritaba tanto; es decir, que se creía estar tratando con la bonachonería más sincera, siendo así que no había en él más que una burla profunda, hasta el punto de que a ve ces yo no podía comprender nada por su fisonomía—. No, ella no lo ha sido nunca. Una mujer rusa nunca es mujer.

—¿Y la polaca, la francesa, lo son? ¿O bien la italiana, una italiana apasionada, capaz de cautivar a un ruso civilizado de la alta sociedad como Versilov?

—¡Conque ésas tenemos! ¿Quién iba a esperar encontrarse con un eslavófilo? *(63)*.

Y Versilov se echó a reír.

Me acuerdo de su relato palabra por palabra; hablaba incluso muy a gusto y con evidente placer. Para mí estaba demasiado claro que había venido a buscarme no para charlar ni para calmar a mi madre, sino con intenciones completamente distintas.

II

—Tu madre y yo hemos vivido todos estos veinte años en el silencio —así fue como comenzó él su charla *(extremadamente ficticia y poco natural)*— y todo lo que hubo entre nosotros transcurrió también en silencio. El rasgo principal de este vínculo de veinte años ha sido el silencio. Creo que ni siquiera una sola vez hemos disputado. Sin duda, yo me he ausentado con frecuencia, dejándola sola, pero siempre he acabado por volver. Nous revenons toujours, ése es el gran carácter de los hombres; eso proviene de la magnanimidad que nos es propia.. Si el matrimonio fuese una cosa que dependiera únicamente de las mujeres, ni siquiera un matrimonio se sostendría; humildad, sumisión, rebajamiento, y al mismo tiempo firmeza, fuerza, fuerza verdadera, he ahí el carácter de tu madre. Y fíjate, es la mejor de todas las mujeres que yo haya encontrado jamás. Tiene fuerza, de eso soy yo testigo: he visto cuanto sostenía esa fuerza. Desde el momento en que se trate, no diré de convicciones *(convicciones verdaderas no vendrían al caso)*, sino de lo que en ellas se llama convicciones y de lo que, por consiguiente, es para ellas sagrado, están dispuestas a afrontar todos los tormentos... Pues bien, tú puedes sacar tus conclusiones por ti mismo. ¿Es que yo me parezco a un verdugo? He ahí por qué he preferido callarme casi siempre, y no solamente porque eso sea más fácil, y no me arrepiento, lo confieso. De esta manera todo se ha arreglado por sí mismo, humanamente y ampliamente, tanto que no me atribuyo por eso el menor mérito. Diré a este respecto, entre paréntesis, que sospecho de ella un poco que no haya creído nunca en mi humanitarismo y que por tanto siempre haya estado temblando. Pero, temblando y todo, nunca se ha prestado a ninguna clase de cultivo. Esta gente así sabe arreglárselas, y nosotros no vemos más que fuego. En general saben mucho mejor que nosotros arreglar sus pequeños asuntos. Pueden continuar viviendo a su manera en las situaciones más contrarias a su naturaleza y seguir siendo ellas mismas en tales situaciones; nosotros, en cambio, no somos tan hábiles.

—¿A qué gente se refiere usted? No le comprendo bien.

—Al pueblo, amigo mío, estoy hablando del pueblo. Ha demostrado su gran fuerza tan vivaz y su amplitud histórica, y eso a la vez moralmente y políticamente. Pero, volviendo a nosotros, diré de tu madre que no siempre ha estado silenciosa; ella habla a veces, y habla con la suficiente claridad como para demostrarle a uno de manera contundente que se ha estado perdiendo el tiempo soltándole discursos, aunque uno se haya llevado cinco años preparándola poco a poco con anticipación. Y además, las objeciones más inesperadas. Obsérvalo una vez

más y fíjate bien: no digo de ninguna manera que sea tonta; al contrario, hay una especie de inteligencia e incluso muy notable; pero tal vez tú no creerás en esa inteligencia...

—¿Por qué no? En lo que no creía es en que usted crea realmente en su inteligencia en lugar de aparentarlo.

—¿Sí? ¿Me tomas por un camaleón? Amigo mío, te consiento quizá demasiado... como a mi niño mimado... Pero dejemos esto por ahora.

—Háble me usted de mi padre; dígame la verdad, si es que puede.

—¿Makar Ivanovitch? Pues bien, Makar Ivanovitch, como tú sabes, es un siervo doméstico que ha tenido deseos, como se dice, de una cierta fama...

—Me apuesto algo a que en estos momentos usted tiene celos de él.

—Al contrario, amigo mío, al contrario. Y, si quieres saberlo, me alegro mucho de verte con humor tan complicado. Te juro que en estos momentos estoy en disposiciones muy propensas al arrepentimiento y que, precisamente hoy, en este instante, por milésima vez quizá, lamento inútilmente todo lo que sucedió hace veinte años. Dios me es testigo de que todo aquello pasó completamente por casualidad... y además, en lo que de mí ha dependido, de una manera humana; al menos según la idea que yo me hacía por aquel entonces de la virtud del humanitarismo. ¡Oh!, es que entonces todos nosotros ardíamos en el deseo de hacer el bien, de servir a la sociedad y a la idea, condenábamos los títulos, nuestros derechos hereditarios, las fincas a incluso, al menos algunos de nosotros, el Monte de Piedad... Te lo juro. Éramos pocos, pero nos hablábamos mucho, y te lo aseguro, a veces incluso obrábamos bien.

—Por ejemplo cuando se puso usted a sollozar encima de su hombro, ¿no?

—Amigo mío, de antemano estoy de acuerdo contigo en todo; a propósito, la historia del hombro la sabes por mí, y por consiguiente abusas en este momento de mi sinceridad y de mi confianza; concédeme que aquel hombro no era tan malo para esa primera visita, sobre todo para aquella época; entonces yo lo ignoraba. Tú, por ejemplo, ¿es que nunca has cometido cursilerías en la vida práctica?

—Hace un momento abajo, he caído en el sentimentalismo, y me he avergonzado mucho, una vez vuelto aquí, ante la idea de que usted pensaría que lo había hecho adrede. Es bien verdad; en ciertos casos se esfuerza uno inútilmente en ser sincero, se hace teatro de uno mismo; pero en lo de hoy, abajo, lo juro, todo era completamente.natural.

—Está bien eso. Lo has definido con una buena frase: «Se esfuerza uno inútilmente en ser sincero, se hace teatro de uno mismo.» Pues bien, eso es exactamente lo que pasó conmigo: en vano hacía teatro conmigo mismo; la verdad era que sollozaba con toda sinceridad. No niego que Makar Iva novitch habría podido tomar aquel hombro por un colmo de irrisión, si él hubiese tenido un poco más de inteligencia; pero su lealtad perjudicó entonces a su perspicacia. Lo que ignoro es si me tuvo entonces lástima o no; me acuerdo de que yo tenía un gran deseo de que se me compadeciera.

—Usted lo sabe —interrumpí yo—, y ahora, al decir estas palabras, se está usted burlando. De uná manera general, todas las veces que usted me ha hablado, durante este mes, lo ha hecho usted burlándose. ¿Por qué ha obrado así cada vez que me ha hablado?

—¿Tú crees? —respondió él dulcemente—. Eres muy susceptible.. Si me río, no me río de ti, o por lo menos no me río de ti únicamente, tranquilízate. Pero en este momento no me estoy riendo, y entonces... en una palabra, hice todo lo que pude y, créeme, no en provecho mío. Nosotros, quiero decir la gente bien, por oposición al pueblo, nosotros éramos entonces incapaces de obrar en provecho nuestro. Al contrario, nos hacíamos el mayor daño posible, y sospecho que en eso era justamente en lo que consistía, entre nosotros, «el interés superior que es también el nuestro», en un sentido más elevado, se entiende. La generación avanzada de hoy día es infinitamente más interesada que nosotros. Por tanto se lo expliqué todo a Makar Ivanovitch, con una extraordinaria franqueza, incluso antes de que ocurriera el pecado. Admito hoy que muchas de aquellas cosas no tenían por qué ser explicadas, sobre todo con semejante franqueza; sin hablar de humanitarismo, aquello habría sido más cortés; pero, ¡váyase usted a contener, cuando, ebrio de bailes, se tienen ganas de hacer un paso bonito! Quizás aquéllas eran las deficiencias de lo bello y del bien: todavía no he podido resolver la cuestión. En fin, es un tema demasiado profundo para una conversación superficial como la nuestra. En todo caso lo juro que ahora me muero algunas veces de vergüenza ante tal recuerdo. Le ofrecí tres mil rublos. Él se callaba, era yo sólo el que hablaba. Me figuraba que tenía miedo de mí, es decir, de mi derecho señorial, y me empeñé con todas mis fuerzas en animarlo, me acuerdo muy bien. Le exhorté a que me expresara todos sus deseos sin temer nada, a incluso con todas las críticas posibles. A título de garantía, le di mi pa labra de que, si rehusaba mis condiciones, es decir, los tres mil rublos, la liberación *(para él y para su mujer, naturalmente)*, y un viaje a donde Cristo dio las tres voces *(sin su mujer, naturalmente)*, él no tenía más que decírmelo francamente y yo lo liberaría acto seguido, le devolvería la mujer y les regalaría a los dos aquellos mismos tres mil rublos, y entonces no serían ya ellos los que se irían al cuerno, sino yo, que me iría a pasar tres años en Italia, solo y arrepentido. Mon ami, no me habría llevado a Italia a mademoiselle Sapojkova, puedes estar seguro; yo estaba demasiado lleno de pureza en aquel instante. ¿Y qué? Aquel Makar comprendía demasiado bien que yo obraría como yo le había dicho; pero continuó guardando silencio, y solamente cuando quise por tercera vez echarme a sus pies, retrocedió, hizo un gesto de desinterés y salió, incluso con un cierto descaro que no dejó de asombrarme, te lo aseguro. Me vi entonces por casualidad en un espejo, y jamás olvidaré el espectáculo. En general, cuando ellos no dicen nada, es cuando la cosa resulta más temible. Y aquél era de un carácter sombrío y, lo confieso, no solamente no me inspiraba confianza cuando entraba en mi casa, sino que yo le tenía un miedo horrible: en aquel ambiente hay caracteres, y en abundancia, que encierran en sí mismos, por así decirlo, la personificación de la inconveniencia, y eso es de temer más que los golpes. Sic ¡y cuánto arriesgué en aquellos momentos, cuantísimol Por ejemplo, se hubiera puesto a gritar como un loco, a lanzar aullidos,

aquel Urías de pueblo. ¿Qué habría sido de mí, pobre David, y qué habría podido yo hacer? He ahí por qué puse en primer lugar, antes que nada, los tres mil rublos; era algo instintivo, pero, por fortuna, me equivoqué: aquel Makar Ivanovitch era algo muy diferente...

—Dígame, ¿hubo pecado? Acaba usted de decirme que llamó usted al marido incluso antes del pecado.

—Es que, mira, eso depende...

—Entonces, hubo pecado. Acaba usted de decir que se equivocó en cuanto a él, que era una persona muy diferente... ¿Qué era entonces?

—¿Que qué era? ¡Ah!, todavía lo ignoro. Pero desde luego algo muy diferente, y mira, muy comedido; llego a esta conclusión porque con posterioridad me sentí tres veces más culpable delante de él. Al día siguiente, él consintió en el viaje, sin palabras, se entiende, y sin olvidar una sola de las compensaciones ofrecidas.

—¿Tomó el dinero?

—¡Y cómo! Has de saber, amigo mío, que en ese punto hasta llegó a asombrarme. Naturalmente, yo no llevaba encima los tres mil rublos. Saqué de mi bolsillo setecientos rublos y se los entregué, para empezar. ¿Qué crees? Me exigió los dos mil trescientos rublos restantes en forma de pagaré y, para más seguridad, a la orden de un comerciante. Seguidamente, dos años más tarde, armado de aquel documento, reclamó su dinero por medio de los tribunales y con los intereses, de forma que me asombró una vez más , tanto más cuanto que el buen hombre estaba de vuelta de una jira para la construcción de una iglesia para el buen Dios; hace ya veinte años que vagabundea de esa manera. No comprendo para qué un errabundo tiene necesidad de llevar tanto dine ro consigo... el dinero es una cosa tan mundana... Naturalmente, en aquellos momentos se los ofrecí con toda sinceridad, y, por así decirlo, arrastrado por el primer ardor, pero más tarde, después de haber pasado tantas horas, yo podía naturalmente cambiar de opinión... pensaba que por lo menos me perdonaría... o más bien nos perdonaría, a ella y a mí, que esperaría por lo menos un poco. Pues bien, ni siquiera esperó. ..

(Haré aquí una observación indispensable: si se diera el caso de que mi madre sobre viviese al señor Versilov, se quedaría literalmente bajo los pies de los caballos hasta el fin de sus días, a no ser por aquellos tres mil rublos de Makar Ivanovitch, duplicado desde hace mucho tiempo por los intereses y que él le ha dejado íntegramente hasta el último rublo por testamento, el año pasado. Ya él había calado a Versilov en aquella época.)

—Me dijo usted un día que Makar Ivanovitch se había alojado varias veces en casa de ustedes y que se quedaba siempre en las habitaciones de mi madre, ¿no es así?

—Sí, amigo mío, y, lo confieso, al principio me asustaban terriblemente aquellas visitas. Durante todo este tiempo, estos veinte años, él ha venido en total seis o siete veces; las primeras veces, si yo estaba en casa, me escondía. Incluso, al principio, yo no comprendía nada: ¿qué quiere decir esto? ¿Por qué viene aquí? Pero más tarde, por ciertas señales, me pareció que eso no era tan estúpido por su parte. Seguida mente, por casualidad, tuve la curiosidad de ir a

mirarle y, te aseguro, saqué de él una impresión muy original. Era ya su tercera o cuarta visita; en la época en que acababan de nombrarme mediador de paz y en la que, como de encargo, creía mi deber estudiar cómo era Rusia. Aprendí de él infinidad de cosas. Además, encontré en su persona algo qua yo no esperaba de ninguna manera encontrar: bondad de alma, igualdad de carácter y, lo que es todavía más asombroso, casi alegría. Ni la menor alusión a la chose *(tu comprends?)*, una habilidad espléndida para hablar concretamente y en términos admirables, es decir, sin esos aires profundos de los siervos domésticos, que, te lo confieso, a pesar de todas mis ideas democráticas, no puedo aguantar, y sin todos esos rusismos sacados por los pelos que emplean en las novelas y en el escenario los «verdaderos rusos» *(64)*. Además de eso, muy pocos discursos sobre la religión, a menos que fuese uno el que hablase de eso, a incluso relatos muy agradables en su estilo sobre los monasterios y la vida monacal, si uno se interesaba por aquello. Y sobre todo respeto, ese respeto modesto, ese respeto que es indispensable para la igualdad suprema, sin el cúal, a mi juicio, es imposible llegar ni siquiera a la primacía. Precisamente así, por esta carencia de toda susceptibilidad, es como se obtiene el supremo buen tono y como se manifiesta el hombre que se respeta verdaderamente y que está dentro de su condición, cualquiera que ella sea y cualquiera que pueda ser su destino. Esta facultad de respetarse en su condición es extremadamente rara en este mundo, por lo menos tan rara como la verdadera dignidad personal... Ya lo verás tú mismo, cuando hayas vivido un poco. Pero lo que más me impresionó a continuación, precisamente a la larga y no al principio *(agregó Versilov)*, es que este Makar es una persona extremadamente imponente y, te lo aseguro, de una extraordinaria belleza. Sin duda es viejo, pero

Bronceado, alto y derecho *(65)*, sencillo y grave; incluso he llegado a sorprenderme de que mi pobre Sofía hubiese podido preferirme entonces; y eso que estaba ya en la cincuentena, pero no era menos gallardo, y delante de él yo tenía el aspecto de un pisaverde. Por lo demás, me acuerdo de que estaba ya cano como la nieve y lo estaba también cuando se casó con ella... Quizá fue eso lo que actuó.

Aquel Versilov tenía las maneras más repugnantes del gran mundo: después de haber pronunciado *(cuando no había medio de hacerlo de otra manera)* algunas palabras muy inteligentes y muy bellas, acababa de pronto y adrede con una estupidez por el estilo de aquella sobre los cabellos blancos de Makar Ivanovitch y su influencia sobre mi madre. Lo hacía aposta y sin duda, sin que él mismo supiera por qué, por una estúpida costumbre mundana. Al oírlo, se hubiera dicho que hablaba muy seriamente, siendo así que él mismo hacía muecas o se reía.

III

No comprendo por qué, pero de pronto me sentí presa de una terrible irritación. En general, me acuerdo con gran disgusto de algunas de mis salidas de tono en aquellos momentos; de repente me levanté de la silla.

—¿Sabe usted lo que pasa? —dije—. Usted pretende haber venido sobre todo para que mi madre crea que hemos hecho las paces. Ya ha pasado bastante tiempo para que se lo crea; ¿no le importaría a usted dejarme solo?

Enrojeció ligeramente y se puso en pie:

—Querido mío, te comportas conmigo sin ceremonia alguna. En fin, hasta la vista. La amistad no es cosa que pueda imponerse. Me permitiré solamente hacerte una pregunta: ¿de verdad quieres abandonar al príncipe?

—¡Ah!, ¡ah!, ya sabía yo que usted venía con otras intenciones...

—Es decir, que sospechas que he venido a empujarte para que te quedes en casa del príncipe porque yo tendría algún interés en ello. Pero, amigo mío, ¿no crees tú también que te he hecho venir de Moscú porque yo tenga en eso algún provecho? ¡Oh, qué susceptible eres! Al contrario, todo eso es por tu bien. Y hoy que mi fortuna está restablecida, querría que nos permitieses de vez en cuando, a tu madre y a mí, acudir en tu ayuda...

—Yo no le quiero a usted, Versilov.

—¡Hasta «Versilov»! A propósito, lamento mucho no haberte podido dejar este nombre, porque en resumen en eso es lo que consiste toda mi falta, si es que hay falta. ¿No es así? Pero, insisto una vez más, yo no podía casarme con una mujer ya casada, compréndelo tú mismo.

—He ahí sin duda por qué quiso usted casarse con una mujer sin marido, ¿no es así?

Una ligera convúlsión sacudió su rostro.

—Te refieres a Ems. Escucha, Arcadio, hace un momento te has permitido una salida de ese género, señalándome con el dedo en presencia de tu madre. Pues bien, es preciso que lo sepas, tu mayor error estriba en eso. De esa historia con la difunta Lidia Akhmakova tú no sabes ni una palabra; tampoco sabes hasta qué punto tu madre participó en todo eso. Si, aunque ella no estuviese allí conmigo. Y si alguna vez he visto a una mujer virtuosa, fue, desde luego, entonces, al mirar a tu madre; pero basta, todo esto permanece aún en el secreto, y tú, tú hablas de lo que no sabes y a base exclusivamente de murmuraciones.

—Precisamente hoy mismo decía el príncipe que es usted muy aficionado a las jovencitas sin experiencia.

——¿El príncipe ha dicho eso?

—Sí, mire, ¿quiere que le diga exactamente por qué ha venido usted a verme? No he hecho más que preguntarme todo el tiempo cuál era el secreto de esta visita, y creo ha —berlo descubierto por fin.

Hacía ademán de marcharse, pero le detuve y volvió la cabeza hacia mí, esperando.

—Hace poco dije, como quien no quería la cosa, que la carta de Tuchard a Tatiana Pavlovna, caída entre los papeles de Andronikov, se había encontrado después de la muerte de éste, en casa de María Ivanovna en Moscú. He visto no sé qué crisparse de repente en el rostro de usted, y solamente en este instante, al notar, una vez más, esa misma crispación en su rostro, he adivinado: allá abajo se le ocurrió a usted una idea en aquel momento; si una carta de

Andronikov se ha descubierto ya en casa de María Ivanovna, ¿por qué la otra no había de estar allí también? Andronikov ha podido dejar cartas extremadamente graves y necesarias, ¿no es así?

—Y tú crees que he venido para hacerte hablar, ¿no?

—Es usted quien lo dice.

Palideció intensamente.

—Esa idea no se te puede haber ocurrido a ti solo. Percibo ahí a la mujer; ¡y cuánto odio hay en tus palabras, en esa suposición grosera!

—¿La mujer? ¡Pero si a esa mujer la acabo de ver justamente hoy! ¿Es quizá precisamente para espiarla por lo que quiere usted que me quede en casa del príncipe?

—Veo que irás extremadamente lejos por tu nuevo camino. ¿No será ésa tu «idea»? Continúa, amigo mío, tienes un talento indudable para detective. Cuando uno está dotado de un determinado talento, es preciso cultivarlo.

Se interrumpió para tomar aliento.

—¡Cuidado, Versilov! ¡No haga usted de mí un enemigo suyo!

—Amigo mio, en casos semejantes nadie expresa sus últimos pensamientos. Uno los guarda para sí. Y ahora, alúmbrame, to to ruego. Por más que to esfuerces en ser enemigo mío, no to serás hasta el punto de querer que me rompa la crisma. Tiens, mon ami!, figúrate —continuó sin dejar de bajar— que durante todo este mes to he estado tomando por un buen muchacho. Tienes una voluntad tal de vivir, una sed tal de vivir, que, si se to diesen tres vidas, creo que aún no tendrías bastante. Está escrito en to rostro. Pues bien, la mayoría de las veces, la gente así son buenos muchachos. ¡Me he equivocado de medio a medio!

IV

No sabría decir hasta qué punto se me encogió el corazón cuando volví a encontrarme solo: era como si me hubiese cortado, lleno de vida, un trozo de mi propia carne. Sería incapaz de decir ahora, naturalmente, y también era incapaz entonces, por qué de repente me había arrebatado, por qué lo había ofendido hasta tal punto, tan fuertemente y con tanta intención. ¡Cómo había palidecido! Aquella palidez, ¿no era la expresión del sentimiento más puro y más sincero, de la pena más profunda, más bien que la de la cólera y la del resentimiento? Siempre me pareció que había instantes en que me quería muchísimo. ¿Por qué, por qué no habría de creerlo hoy? Tanto más cuanto que muchísimas cosas se han explicado completamente desde aquel entonces.

Pero yo me había indignado de repente y lo había plantado en la puerta quizá como consecuencia de aquella suposición súbita de que él había venido a buscarme con la esperanza de saber si no quedaban en casa de María Ivanovna otras cartas de Andronikov. Que él estuviese obligado a buscar aquellas cartas y que las buscase, yo lo sabía; pero quizás en aquel mismo minuto había cometido yo un error espantoso. Y quién sabe si quizá soy yo el que, por ese

error, le he hecho pensar más tarde en María Ivanovna y le he inspirado la idea de que podía ser ella quien tuviera las cartas.

Finalmente, otra cosa extraña: una vez más, había él repetido palabra por palabra mi pensamiento *(sobre las tres vidas)*, el que yo le había expresado hacía poco a Kraft y en los mismos términos. Una coincidencia de palabras no es más que una casualidad, pero, a pesar de todo, ¡cómo conoce él el fondo de mi naturaleza!, ¡qué clarividencia!, ¡qué adivinación! Pero, si él comprende tan bien una cosa, ¿por qué no comprende en absoluto la otra? ¿Es posible creer que él no estaba fingiendo, sino que era realmente incapaz de adivinar que no era de la nobleza de Versilov de lo que yo tenía necesidad, que no era mi nacimiento lo que yo no podía perdonarle, sino que me hacía falta Versilov en persona, toda mi vida me había hecho falta, el hombre todo entero, el padre, y que aquel pensamiento se me había entrado en la sangre? ¿Un hombre tan fino puede ser tan obtuso y tan grosero? Y si no lo era, ¿para qué entonces hacerme rabiar, para qué fingir?

Capítulo viii

I

A la mañana siguiente traté de levantarme lo antes posible. Por lo general en mi casa nos levantábamos a las ocho, quiero decir, mi madre, mi hermana y yo; Versilov solía quedarse acostado, durmiendo la mañanita. hasta las nueve y media. A las ocho y media en punto, mi madre me traía el café. Pero aquella vez, sin aguardar al café, me escabullí de la casa exactamente a las ocho. Desde la víspera por la noche tenía hecho un plan de acción para todo aquel día. Notaba ya en aquel plan, a despecho de una voluntad apasionada de ponerlo inmediatamente en ejecución, una multitud de vacilaciones a incertidumbres en los puntos más importantes; por eso me había pasado casi toda la noche en un estado de duermevela, casi de delirio, había tenido muchísimos sueños y, por así decirlo, ni una sola vez había dormido como Dios manda. A pesar de eso, me levanté pimpante y dispuesto como nunca. Sobre todo no quería encontrarme con mi madre. Con ella no podía hablar más que de un solo tema y temía dejarme apartar de mis propósitos por alguna impresión nueva a imprevista.

La mañana era fría, y sobre toda la naturaleza flotaba una bruma húmeda y lechosa. No sé por qué, pero las mañanitas atareadas de Petersburgo, a pesar de su feo aspecto, me agradan siempre y toda esa multitud egoísta y perpetuamente preocupada apresurándose a ir a sus asuntos tiene para mí, a las siete de la rnañana, algo muy seductor. Me gusta sobre todo, yendo de camino, a toda prisa, pedir un dato, o mejor todavía si alguien me pregunta! pregunta y respuesta son siempre breves, claras, netas, pronunciadas sin detenerse y casi siempre amistosas. Es el momento del día en que se está más dispuesto a responder. El petersburgués, por el mediodía o por la tarde, se hace menos comunicativo. Con el menor pretexto se pone a gruñir o a burlarse. Es muy diferente por la mañana temprano antes del trabajo, en el momento más sobrio y más serio. Lo tengo observado.

Me dirigí de nuevo hacia Petersbourgskaia storona. Como tenía que estar por fuerza de regreso a la Fontanka *(66)* para el mediodía en casa de Vassine *(al que casi siempre se le solía encontrar en casa a mediodía)*, apresuré el paso, sin detenerme en ninguna parte, a pesar de las ganas extraordinarias que tenía de tomarme un café aquí o a11á. Y luego estaba también Efim Zveriev, al que era preciso sin remedio sorprender en casa; yo iba una vez más a visitarlo. Estuve a punto de llegar demasiado tarde; estaba acabando su café y se disponía a salir.

—¿Qué lo trae por aquí con tanta frecuencia?

Así fue como me recibió, sin moverse del sitio.

—Voy a explicártelo.

Todos los principios de la mañana, los de Petersburgo entre otros, ejercen sobre la naturaleza del hombre una acción desentumecedora. Hay sueños nocturnos inflamados que, con la luz y el frescor, se evaporan enteramente, y a mí mismo me ha sucedido a veces acordarme por la mañana de algunos de mis sueños de la noche, apenas acabados, y a veces de algunos actos, con reproche y disgusto. Pero notaré sin embargo de pasada que las mañanas de Petersburgo, las más prosaicas, podría pensarse, de todo el globo terrestre, son para mí las más fantásticas del mundo. Es la idea que yo tengo o, por mejor decir, es mi impresión, pero me aferro a ella. En una de esas mañanas de Petersburgo, una mañana pegajosa, húmeda y llena de bruma, el sueño salvaje de un Hermann de La Reina de Pica *(67) (personaje colosal, nada ordinario, un verdadero tipo de Petersburgo y del período petersburgués)* debe, en mi opinión, fortificarse muchísimo más. A través de aquella bruma tuve cien veces esta visión extraña, pero tenaz: «Cuando se disipe y se levante esta niebla, ¿no se llevará consigo a toda esta ciudad podrida y viscosa, no se alzará la ciudad con la niebla para desaparecer como humo, dejando en su lugar el viejo pantano finlandés y en el medio, si se quiere, para que haga bonito, al caballero de bronce sobre su corcel de patas inflamadas y de aliento quemante?» *(68)*. En una palabra, no sabría expresar mis impresiones, porque todo esto es fantasía, poesía al fin, y por consiguente tonterías. Sin embargo me he planteado con frecuencia y me planteo aún una pregunta absolutamente insensata: «Helos aquí que todos corren y se precipitan. ¿Y quién sabe? Todo esto quizá no es más que un sueño. Quizá no hay aquí un solo hombre verdadero, auténtico, un solo acto real. Alguien va a despertarse de repente, el que tiene este sueño, y todo se desvanecerá.» Pero me he apartado del tema.

Lo diré de antemano: hay en cada existencia deseos y sueños tan excéntricos, al parecer, que a primera vista y sin riesgo de error se podría tomarlos por fruto de la locura. Una de aquellas fantasías era la que yo llevaba aque lla mañana a casa de Zveriev, porque yo no tenía a na die en Petersburgo a quien poder dirigirme aquella vez. Aho ra bien, Efim era ciertamente la última persona a quien, si me hubiese sido posible elegir, habría debido yo enunciarle semejante proposición. Cuando me senté frente a él, me pareció que yo estaba allí, yo, el delirio y la fiebre encarnados, sentado frente al justo medio y a la prosa encarnados en un ser humano. Pero por mi parte había la idea y el sentimiento justo; por la suya, esta única conclusión práctica: eso no se hace. En una palabra, le expliqué clara y sumariamente que fuera de él no tenía a nadie en Petersburgo a quien pudiese tomar como testigo en un asunto de honor extremadamente grave; que él era un viejo camarada y que no tenía derecho a negarse; que yo quería provocar a un teniente de la guardia, príncipe Sokolski, porque hacía más de un año, en Ems, había abofeteado a mi padre Versilov. Haré notar que Efim conocía al detalle todos mis asuntos de familia, mis relaciones con Versilov, y, aproximadamente, todo lo que yo mismo sabía de la historia de éste; eran cosas que yo le había confiado en diversas ocasiones, excepto, naturalmente, algunos secretos. Escuchaba sentado, como de costumbre, erizado como un go

rrión en una jaula, silencioso y grave, inflado, con sus rubios cabellos hirsutos. Una sonrisa estereotipada y burlona no se apartaba de sus labios. Esa sonrisa era tanto más desagradable cuanto que de ninguna manera era algo premeditado, sino completamente involuntario; se veía que él se juzgaba en aque llos momentos real y verdaderamente muy superior a mí tanto en inteligencia como en carácter. Yo sospechaba también que me despreciaba por la escena de la víspera en casa de Dergatchev; así tenía que set, porque Efim es la muchedumbre, Efim es la calle, y la calle no se inclina nunca más que ante el éxito.

—¿Y Versilov no lo sabe? —preguntó él.

——Claro que no.

—Entonces ¿qué derecho tienes tú a inmiscuirte en sus asuntos? Además, ¿qué quieres probar con eso?

Yo me imaginaba sus objeciones y le expliqué inmediatamente que la cosa no era tan tonta como a él le parecía. En primer lugar, yo le probaría a aquel principillo insolente que hay todavía hombres que comprenden lo que es el honor, incluso en nuestra clase social; en segundo lugar, yo conse guiría así avergonzar a Versilov y darle una lección. En tercer lugar, y era lo esencial, incluso si Versilov había tenido sus motivos, en virtud de yo no sé qué convicciones, para no provocar al príncipe y encajar la bofetada, vería por lo menos que existe uns criatura capaz de sentirse tan dolido por el hecho de que le ofendan a él, que toma esa ofensa por su cuenta, y se lanza a sacrificar su vida para defender sus intereses... aunque separándose de él para siempre.

—Espera un poco, no grites, a mi tía no le gusta. Dime, ¿Versilov no anda metido en pleitos con ese mismo príncipe Sokolski por una cuestión de herencia? En tal caso, será un medio completamente nuevo y original para ganar el pleito: matar en duelo al adversario.

Le expliqué en toutes lettres que él no era más que un imbécil y un insolente y que, si su sonrisa burlona se alargaba más y más, aquello solamente era un signo de orgullo y de mediocridad, que él no podía sin embargo suponer que tales consideraciones sobre el proceso no se me hubiesen ocurrido, e incluso desde el principio mismo, y que no podían honrar con su presencia más que a su profundo cerebro. Le expliqué a continuación que el proceso estaba ya ganado, que no afectaba al príncipe Sokolski, sino a los príncipes Sokolskis, de grande suerte que, si uno de ellos resultaba muerto, quedaban los demás. Pero que sin duda habría que aplazar el desafío hasta que transcurriera el término legal para la apelación *(aunque los príncipes no pensasen apelar)*, únicamente por el qué dirán. Vencido el plazo, el duelo se celebraría; yo había venido sabiendo muy bien que el duelo no iba a ser cosa de hoy, pero tenía necesidad de tomar mis precauciones porque no tenía testigo y no conocía a nadie, para tener por la menos tiempo de descubrir a alguien si él, Efim, se negaba. Por eso era por lo que había venido.

—Entonces, vuelve a hablarme cuando llegue ese momento. Siempre habría sido mejor que andar diez verstas sin motivo.

Se levantó y cogió su gorra.

—¿Vendrás entonces?

—No, desde luego que no.

—¿Por qué?

—Primeramente por esta razón: que, si consintiese hoy para más tarde, vendrías a darme la lata aquí todas los días durante el plazo que queda para la apelación. Y luego, porque todo esto no son más que tonterías, ni más ni menos. ¿Te figuras que yo voy a destrozar mi carrera por ti? ¿Y si el príncipe me pregunta «Quién le ha enviado a usted»? «Dalgoruki.» «¿Y qué relación hay entre Dolgoruki y Versilov?» Entonces, ¿me voy a poner quizás a explicarle tu genealogía? ¡Se moriría de risa!

—Entonces tú le das en la boca.

—Eso no es serío.

—¿Es que tines miedo? Tú, tan grandote; tú que eras el más fuerte de todos nosotros en el Instituto.

—Tengo miedo, naturalmente que tengo miedo. Y además el príncipe se negará a batirse: uno se bate con su igual.

—También yo soy un caballero por mi educación, tengo derechos privilegiados, soy su igual... Él sí que no es igual mío.

—No, tú eres demasiado pequeño.

—¿Cómo pequeño?

—Como suena; nosotros dos somos pequeños y él es grande

—¡Imbécil! Hace ya más de un año que puedo casarme, conforme a la ley.

—Pues bien, cásate. Al fin y al cabo, no eres más que un mocoso: no has terminado de crecer.

Comprendí que quería burlarse de mí. Evidentemente podría haberme ahorrado de contar este estúplido episodio, y hasta habría valido más que desapareciese en lo desconocido. Para colmo, es repelente por su mezquindad y su inutilidad, aunque haya tenido consecuencias bastante serias.

Pero, para castigarme más todavía, diré el final. Después de haber notado que Efim se burlaba de mí, me permití golpearle en el omóplato con la mano derecha o, mejor dicho, con el puño derecho. Entonces me cogió por los hombros, me volvió de cara a la calle y me mostró efectivamente que él era el más fuerte de todos nosotros en el Instituto.

II

El lector se figurará seguramente que yo estaba de humor execrable al dejar a Efim, y sin embargo se equivocará. Comprendía demasiado bien que era un incidente entre escolares, entre bachilleres, y que lo serio de la cosa seguía intacto. Me tomé un café una vez que estuve en la isla Vassili *(69)*, evitando adrede mi taberna de la víspera, en Petersburgskaia storona: aquel figón y su ruiseñor me resultaban ahora doblemente odiosos. Cualidad singular: soy capaz de detestar

los lugares y las cosas tan exactamente como a las personas. Conozco por el contrario en Petersburgo ciertos sitios dicho sos, es decir, donde he sido dichoso un día. Pues bien, a esos sitios los mimo, permanezco el mayor tiempo posible sin ir a ellos, expresamente, para ír más tarde, cuando me vea completamente solo y desgraciado, a desesperarme y a acordarme. Mientras me bebía el café, le hice plenamente justicia a Efim y a su buen sentido. Sí, él era más práctico que yo, pero ¿era más real? El realismo que no ve más allá de la punta de su nariz es más peligroso que la más alocada de las fantasías, porque es ciego. Pero, aun haciendo justicia a Efim *(que, en aquel momento, estaba persuadido sin duda de que yo me deshacía en injurias mientras iba zancajeando por las calles)*, no abandoné ninguna de mis convicciones, como no las he abandonado en nada hasta hoy. He visto a gente que, al primer cubo de agua fría, reniegan no solamente de sus actos, sino incluso de su idea, y se ponen a reírse de lo que una hora antes consideraban sagrado. ¡Oh, qué fácil les resulta eso! Efim, incluso en la cuestión de fondo, tenía quizá más razón que yo, yo era tal vez el último de los imbéciles, yo era tal vez insincero, pero había en el fondo de la cuestión un punto en el que yo tenía razón, había también en mí algo justo y que, sobre todo, la gente no ha podido nunca comprender.

Llegué a casa de Vassine, en la esquina de la Fontanka y del puente de San Simeón *(70)*, casi sonando las campanas del mediodía, pero no estaba en su casa. Trabajaba en la isla Vassili y no volvía más que a ciertas horas fijas, entre otras casi siempre al mediodía. Como además era no sé qué fiesta, estaba seguro de que iba a encontrarlo; no siendo así, me dispuse a aguardarlo, aunque estuviese en su casa por primera vez.

He aquí cómo razonaba yo: la cuestión de la carta a pro pósito de la herencia es un asunto de conciencia. A1 tomar a Vassine por árbitro, le hago ver con eso toda la profundidad de mi respeto, lo que necesariamente debe halagarlo. Yo estaba realmente preocupado por aquella carta y firmemente convencido de la necesidad de un arbitraje; sospecho sin embargo que habría podido, ya en aquel momento, salir de aque lla dificultad sin ninguna ayuda extraña. Y sobre todo lo sabía yo mismo: bastaba con entregarle a Versilov la carta en mano; que hiciera con ella lo que quisiera. He ahí la solución. Colocarse como juez supremo en un asunto de aquella índole era perfectamente inoportuno. A1 entregarle la carta en mano, sin decir nada, y colocándome así fuera del asunto, todas las perspectivas de triunfo estaban a mi favor, me colocaba de golpe y porrazo por encima de Versilov, puesto que, por el hecho de renunciar, en lo que a mí se refería, a todos los beneficios de la herencia *(como hijo de Versilov, una parte de aquel dinero me habría venido a los bolsillos, si no inmediatamente, por lo menos más tarde)* yo me reservaba para siempre un derecho moral de vigilante sobre la conducta futura de Versilov. Nadie podía reprocharme haber arruinado a los príncipes, puesto que el documento no tenía ningún valor jurídico decisivo. Pensé en todo aquello y me lo dije a mí mismo claramente en la habitación vacía de Vassine, e incluso se me ocurrió de repente la idea de que había venido a buscar a Vassine, con semejante deseo de saber por él la conducta que adoptar; únicamente para

hacerle ver con esa ocasión que yo era el más noble y el más desinteresado de los hombres, y por consiguiente para vengarme de mi humillación de la víspera.

Comprobado que hube todo aquello, experimenté un gran despecho; sin embargo no me fui, sino que me quedé, aunque sabía muy bien que mi despecho no haría más que crecer por momentos.

Ante todo, la habitación de Vassine me desagradó enormemente. «Muéstrame tu habitación y te diré quién eres», podría decirse con toda razón. Vassine tenía alquilada una habitación amueblada a arrendatarios evidentemente pobres y que hacían de aquello su oficio, teniendo a otros inquilinos además de él. Yo conozco muy bien esas habitacioncitas estrechas, apenas amuebladas y que sin embargo pretenden dar una sensación de comodidad; hay obligatoriamente un diván relleno de crin y comprado en alguna tienda de viejo y al que se teme mover, un lavabo y una cama de hierro detrás de un biombo. Vassine debía de ser el mejor inquilino y el más seguro: cada patrona tiene necesariamente su mejor inquilino, al que se profesa un reconocimiento especial; se arregla y se barre más cuidadosamente su habitación, se cuelga encima de su diván alguna litografía, se tiende sobre su mesa un tapete mezquino. Las gentes que gustan de esta limpieza que huele a moho y sobre todo de esta solicitud respetuosa de los patronos son ellas mismas sospechosas. Yo estaba convencido de que el título de inquilino perfecto halagaba a Vassine. No sé por qué, pero al ver aquellas dos mesas llenas de libros me fui enfureciendo poco a poco. Libros, papeles, tintero, todo estaba en el orden más repelente, ese orden cuyo ideal coincide con la filosofía de una patrona alemana y de su criada. Los libros eran numerosos, verdaderos libros, no periódicos o revistas, y él debía de leerlos. Sin duda adoptaba, para leer o para escribir, un aire extremadamente grave y preocupado. No sé por qué, pero prefiero que los libros estén en desorden: por lo menos eso es señal de que se trabaja sin pontificar. Seguramente este Vassine es extremadamente cortés con los visitantes, pero cada uno de sus gestos debe de decir: «Me interesa desde luego pasar una horita contigo, pero en cuanto te marches, volveré a ocuparme de cosas serias.» Sin duda se puede mantener con él una conversación muy interesante y aprender cosas nuevas, pero «vamos a charlar un rato y yo te interesaré mucho, y luego, cuando te hayas marchado, me pondré a hacer lo que es verdaderamente interesante... » Y sin embargo no me decidía a irme, seguía a11í. Que no tenía necesidad de sus consejos era algo de lo que estaba ahora perfectamente persuadido.

Llevaba a11í una hora larga o más, sentado delante de la ventana, sobre una de las dos sillas de enea que se encontraban a11í. Lo que más rabia me daba era que el tiempo pasaba y que me era preciso encontrar un alojamiento antes de que se hiciera de noche. Tuve ganas de coger algún libro para disipar el aburrimiento, pero no hice nada de eso: la sola idea de distraerme redoblaba mi disgusto. Hacía ya más de una hora que reinaba un silencio extraordinario, cuando de pronto, muy cerca, detrás de la puerta condenada por el diván, distinguí, a pesar mío y progresivamente, un cuchicheo cada vez más fuerte. Había allí dos voces, voces de mujer, se las oía bien, pero resultaba imposible distinguir las palabras; sin embargo, movido por el

aburrimiento, me esforcé en ello. Estaba claro que se hablaba con animación, y que no se trataba de cosas corrientes. La cuestión parecía ser ponerse de acuerdo o bien se discutía, o bien una voz se hacía convincente y suplicante mientras que la otra negaba y objetaba. Eran sin duda otros inquilinos. Bien pronto la cosa me aburrió y mi oído llegó a acostumbrarse; yo continuaba escuchando, pero maquinalmente y a veces incluso olvidándome por completo de que estaba a la escucha, cuando de pronto se produjo un acontecimiento extraordinario: se hubiera dicho que alguien había saltado de su silla con las dos piernas hacia delante o se había lanzado bruscamente y golpeaba con el pie; en seguida se oyó un ge mido, luego un grito o más bien un aullido de animal, furioso y nada inquieto por la preocupación de saber si personas extrañas estaban escuchando o no. Me dirigí a la puerta de un salto y la abrí, al mismo tiempo se abrió otra puerta, al extremo de un corredor *(me enteré más tarde de que era la de la patrona)*, de donde surgieron dos cabezas curiosas. Los gritos cesaron inmediatamente, pero de improviso se abrió la puerta vecina a la mía y una joven, por lo que me pareció, se escapó vivamente y bajó corriendo la escalera. Otra mujer, ya de edad, quería sujetarla, pero no lo consiguió y se limitó a gemir tras la otra:

—¡O1ía! ¡O1ía! *(71)*. ¿Adónde vas? ¡Oh!

Pero, viendo abiertas nuestras dos puertas, ella empujó rápidamente la suya, dejando una rendija para oír lo que pasaba en la escalera, hasta el momento en que los pasos de Olia en fuga dejaron de oírse en absoluto. Volví a mi ventana. El silencio se había restablecido. Incidente sin importancia, hasta ridículo quizá, y dejé de pensar en eso.

Aproximadamente un cuarto de hora después resonó en el corredor, ante la puerta de Vassine, una voz de hombre sonora y francota. Una mano empuñó el tirador de la puerta y la entreabrió lo suficiente para que se pudiera distinguir en el pasillo a un hombre de alta estatura, quien, sin duda, me había visto también a incluso se me quedó mirando fijamente, pero no llegaba a entrar aún y continuaba hablando con la patrona de un extremo al otro del corredor, la mano en el picaporte. La patrona hacía eco, con una vocecilla aflautada y alegre, y solamente por su voz se podía comprender que el visitante era un conocido suyo, respetado y apreciado, lo mismo como huésped de confianza que como personaje divertido. El divertido personaje gritaba y bromeaba, pero todo se reducía a que Vassine no estaba en casa, que no lograba encontrarlo nunca, que eran cosas que no le pasaban más que a él, que aguardaría como la vez precedente, y todo aquello, sin duda alguna, le parecía a la patrona el colmo del ingenio. Por fin el visitante entró abriendo ampliamente la puerta.

Era un caballero muy bien puesto, vestido en casa de buen sastre, «noblemente», como se dice, y sin embargo no tenía nada de noble, a pesar de su deseo manifiesto. Era un sinvergüenza, o más bien uno naturalmente desvergonzado, lo que sin embargo es menos odioso que un desvergonzado que se ha estudiado delante del espejo. Sus cabellos, castaños con algunas hebras blancas, sus cejas negras, su gran barba y sus ojos grandes, lejos de infundirle carácter, le comunicaban por el contrario no sé qué de común, de semejante a todo el mundo. Gentes así

ríen y están dispuestas a reír, pero uno jamás se siente alegre en su compañía. De lo placentero pasan rápidamente a lo grave, de lo grave a lo juguetón o a los guiños de ojos insinuantes, pero todo eso con un orden perfecto y sin motivo... Por lo demás, es inútil describirlo con anticipación. Más tarde conocí bastante bien a aquel señor y bastante de cerca, por eso lo he presentado aquí, a pesar mío, con rasgos mucho más precisos que los que pude obtener en el momento en que abrió la puerta y entró en la habitación. Sin embargo, incluso hoy día me costaría trabajo decir de él algo que sea determinado y preciso, porque el principal carácter de esta gente es precisamente su inacabamiento, su dispersión y su indeterminación.

No se había sentado todavía cuando se me ocurrió de repente la idea de que aquél debía de ser el padrastro de Vassine, un cierto señor Stebelkov *(72)* del que yo ya había oído contar alguna cosa, pero tan incidentalmente, que me habría resultado imposible decir qué: me acordaba solamente de que no era una cosa buena. Yo sabía que Vassine había estado mucho tiempo bajo su férula en calidad de huérfano, pero que había escapado a su influencia desde hacía muchos años, que sus objetivos y sus intereses eran divergentes y que vivían separados en todos los aspectos. Me acordé también de que aquel Stebelkov poseía un cierto capital, que era incluso un especulador y un ventajista; en una palabra, quizá yo ya sabía algo más detallado respecto a él, pero se me había olvidado. Me atravesó con la mirada, sin saludarme. Colocó su chistera sobre la mesa situada delante del diván, apartó imperiosamente la mesa con el pie y se sentó, o más bien se dejó caer sobre el diván, donde yo no me había atrevido a sentarme, tan pesadamente, que se oyó un crujido; dejó colgar las piernas y, levantando la punta de su pie derecho, calzado con un zapato de charol, se puso a contemplarlo. Por lo demás, se volvió en seguida hacia mí, y me midió con sus grandes ojos un poco inmóviles.

—¡No voy a encontrarlo nunca entonces! —dijo con una ligera inclinación de cabeza hacia mí.

Yo no respondí palabra.

—¡No es puntual! Quiere tener ideas propias sobre todo, ¡Venir de Petersburgskaia storona!

—¿Viene usted de Petersburgskaia storona? —le pregunté yo.

—No, soy yo quien le hace a usted la pregunta.

—Yo... en efecto, pero ¿cómo lo sabe usted?

—¿Cómo? Hum...

Guiñó un ojo, pero no se dignó dar ninguna explicacíón.

—Es decir, no vivo en Petersburgskaia storona, pero vengo de allí y de a11í he venido aquí.

Continuó sonriendo en silencio, con una sonrisa importante que me desagradó horriblemente: tenía algo de idiota.

—¿En casa del señor Dergatchev? —pronunció él por fin.

—¿Cómo en casa de Dergatchev? —y abrí los ojos asombrado.

Me miró con aire victorioso.

—Ni siquiera lo conozco —añadí.

—Hum...

—Como usted quiera —respondí.

Ahora me era odioso.

—Hum... Sí... no..., permítame. Compra usted un objeto en una tienda, en otra tienda de al lado otro comprador compra otro objeto, ¿cuál cree usted? Dinero, en casa de un comerciante que se llama usurero... Porque el dinero también es un objeto, y el usurero también es un comerciante... ¿Me comprende usted?

—Creo que sí.

—Pasa un tercer comprador que dice, señalando a una de las tiendas: «Eso es serio», y señalando la otra: «Eso no es serio.» ¿Qué puedo deducir de ese comprador?

—¿Y yo qué sé?

—No, permítame. Era un ejemplo. El hombre vive de buenos ejemplos. Me paseo por el Nevsky y observo que, al otro lado de la calle, por la acera, se pasea un caballero cuyo carácter me interesaría comprobar. Llegamos, cada uno por nuestro lado, hasta la Morskaia, allí donde está el Almacén Inglés, y observamos a un tercer transeúnte que acaba de ser aplastado por un coche. Ahora, ponga usted mucha atención: pasa un cuarto señor, que quiere comprobar el carácter de nosotros tres, incluido el del aplastado, en cuanto se refiere a espíritu práctico y a seriedad... ¿Usted me comprende?

—Perdone, con mucho trabajo.

—Bueno, eso era lo que yo pensaba. Voy a cambiar de tema. Estoy tomando las aguas en Alemania, las aguas minerales, como lo he hecho muchas veces, poco importa el sitio. Me paseo y veo a unos ingleses. Como usted sabe, es difícil trabar conocimiento con un inglés; pero, al cabo de dos meses, acabada la estación, henos a todos en las montañas, hacemos juntos ascensiones, con bastones de contera puntiaguda, ya por una montaña, ya por otra. En el recodo, es decir, en la etapa, a11í donde los monjes fabrican el Chartreuse, nótelo usted bien, me encuentro con un indígena, plantado a11í, solitario y mirando silenciosamente. Quiero formarme idea de su seriedad: ¿qué cree usted?, ¿podría yo dirigirme para eso al grupo de ingleses con los que camino, únicamente porque he sido incapaz de trabar conversación con ellos en las aguas?

—¿Y yo qué sé? Perdone usted, pero me cuesta mucho trabajo comprenderle.

—¿Mucho?

—Sí, me marea usted.

—Hum...

Guiñó el ojo a hizo con la mano un gesto que sin duda debía de significar algo muy victorioso y muy triunfal; en seguida, muy gravemente y con mucha calma, sacó de su bolsillo un periódico que seguramente acababa de comprar, lo desplegó y se puso a leer la última página, como para dejarme completamente tranquilo. Durante cinco minutos no posó los ojos en mí.

—¿No han caído las Brest —Graev? No, van bien, siguen subiendo. Conozco a muchos que se han derrumbado.

Me miró con toda su alma.

—Todavía no comprendo gran cosa de la Bolsa —respondí yo.

—¿Lo condena usted?

—¿El qué?

—¡El dinero, caramba!

—No condeno el dinero, pero... me parece que la idea viene primero, el dine ro después,

—Es decir, permítame... he aquí un hombre que tiene, como se dice, buena suerte...

—Primero la idea, después el dinero. Sin idea superior, la sociedad, a pesar de todo su dinero, se hundirá.

No sé verdaderamente por qué me acaloré. Me miró un poco tontamente, como hombre que no sabe ya cómo salir de su embarazo; luego, de repente, su rostro floreció en una sonrisa gozosa y astuta:

—¿Y Versilov, eh? ¡Se ha llevado la tajada! Le dieron la razón ayer, ¿verdad?

Vi de pronto y con asombro que él sabía desde hacía tiempo quién era yo y que quizá sabía muchas cosas más. Solamente no comprendo por qué me ruboricé de pronto y le miré de la manera más estúpida sin quitarle los ojos de encima. Por lo visto gozaba con su triunfo, me miraba gozosamente, como si me hubiese sorprendido con alguna fina astucia y me hubiese cogido en la trampa.

—¡No! —alzó las dos cejas—. ¡Pregúnteme lo que sé del señor Versilov! ¿Qué le decía yo a usted hace un momento a propósito de la seriedad? Hace dieciocho meses, a causa de aquel niño, él habría podido realizar un negociejo estupendo, sí, querido, y en lugar de eso se partió la crisma. ¡Perfectamente!

—¿Qué niño?

—Pues el niño de pecho que él hace criar en secreto; solamente que no ganará nada con eso... porque...

—¿Qué niño de pecho? ¿De qué se trata?

—El suyo, claro está, su propio hijo, que ha tenido de mademoiselle Lidia Akhmakova... «Una chica muy linda, me traía loco.. . » Cerillas de fósforo, ¿eh?

—¿Qué significan esas tonterías? Él no ha tenido nunca ningún niño de Akhmakova.

—¡Eso es! ¿Y yo, dónde estaba yo entonces? Me parece sin embargo que soy doctor y comadrón. Me llamo Stebelkov. ¿No me conoce usted? Cierto que en aquella época yo ya no ejercía desde hacía mucho tiempo, pero podía dar un consejo práctico en un caso práctico.

—Usted es médico... ¿Usted ha estado en el parto de Akhmakova?

No, yo no he estado en parto ninguno. Había por a11á, en las afueras, un doctor Granz, cargado de familia, se le pagó medio tálero, lo que se da allí a los doctores, y además la verdad era que nadie lo había llamado. En fin, él estaba allí, en mi puesto... Fui yo quien lo recomendé,

para espesar las tinieblas. ¿Me comprende usted? Por mi parte, no hice más que dar un consejo práctico respecto a la pregunta de Versilov, de Andrés Petrovitch, una pregunta completamente secreta, de oído a oído. Pero Andrés Petrovitch prefirió seguir dos liebres.

Yo le escuchaba con el asombro más profundo.

—Quien persigue a dos liebres no caza a ninguna, se dice entre nosotros, o más bien en el pueblo. Por mi parte, yo digo: las excepciones constantemente repetidas llegan a ser la regla general. Él cazó una segunda liebre, es decir, un buen ruso, una segunda señora, y de resultado nulo. Un pájaro en mano vale más que ciento volando. Cuando hace falta obrar aprisa, se pone a holgazanear. La verdad es que Versilov es «un profeta para buenas mujeres», como el joven príncipe Sokolski lo calificó tan bien delante de mí. No, usted me agrada. Si quie re saber muchas cosas sobre Versilov, venga a verme.

Por lo visto, admiraba mi boca, toda redonda por efecto del asombro. Jamás en mi vida había oído yo hablar del niño de pecho. En aquel instante se oyó abrirse la puerta de las vecinas y alguien entró rápidamente en la habitación de las mismas.

—Versilov vive en Semenovski Polk, calle Mojaisk, casa Litvinova, número 17. Vengo de la Oficina de Direcciones —gritó una voz irritada de mujer.

Se oían todas las palabras. Stebelkov frunció las cejas y levantó el dedo más alto que su cabeza.

—Hablábamos de él, y helo aquí... ¡Helos aquí a los dos, las excepciones completamente repetidas! Quand on parle d'une corde...

Rápidamente, de un salto, se sentó sobre el diván, y pegó la oreja a la puerta contra la que estaba adosado aquel mueble.

Me sentí terriblemente sorprendido. Comprendí que aquel grito debía proceder de la joven que se había escapado hacía un momento con una agitación tan grande. Pero ¿por qué misterio se hablaba a11í de Versilov? Bruscamente resonó de nuevo el grito de hacía un momento, un grito histérico, grito de un ser loco de cólera a quien se le niega algo o a quien se le impide que haga alguna cosa. La única diferencia fue que los gritos y los aullidos duraron todavía más tiempo. Era una lucha, palabras precipitadas, rápidas: «No quiero, no quiero», «Devuélvemelo, devuélvemelo inmediatamente», o bien algo por el estilo, no llego a recordarlo con exactitud. Seguidamente, como hacía un momento, alguien saltó bruscamente hacia la puerta y la abrió. Las dos vecinas se lanzaron por el pasillo, la una, como poco antes, sujetando por lo visto a la otra. Stebelkov, que desde hacía largo rato se había bajado del diván y prestaba oído con complacencia, no dio más que un respingo hacia la puerta y con toda frescura corrió derechamente hacia las vecinas. Pero su aparición en el corredor causó el efecto de un cubo de agua helada: las vecinas se eclipsaron vivamente cerrando con estrépito. Stebelkov hizo ademán de correr tras ellas, pero se detuvo, levantando el dedo, sonriendo y reflexionando; aquella vez distinguí en su sonrisa algo extremadamente maligno, sombrío y siniestro. Viendo a la patrona plantada de nuevo delante de su puerta, corrió cerca de ella andando de puntillas; después de

haber cuchicheado dos minutos con la mujer y obtenido indudable mente algunos datos, volvió a la habitación con un paso majestuoso y decidido, cogió de la mesa su chistera y se encaminó hacia el cuarto de las vecinas. Por un instante se quedó escuchando a la puerta, pegando la oreja a la cerradura y dirigiendó al otro extremo del corredor un guiño victorioso a la patrona, que le amenazaba con el dedo y balanceaba la cabeza como si dijera: « ¡Curiosón, curiosón! » En fin, con aire decidido, pero infinitamente delicado, casi tronchándose de delicadeza, golpeó con los nudillos en la habitación de las vecinas. Se oyó una voz:

—¿Quién está ahí?

—¿No me concederán ustedes permiso para entrar? Se trata de un asunto de la mayor importancia —declaró Stebelkov con voz alta y digna.

No se apresuraron mucho, pero de todas maneras la puerta se abrió, al. principio un poco, la mitad; pero Stebelkov había empuñado ya fuertemente la manija y no habría dejado que se cerrara. La conversación se inició: Stebelkov hablaba en voz alta, insistiendo en penetrar en la habitación; no me acuerdo de las palabras, pero se trataba de Versilov; él podía dar noticias, explicaciones. «No, pregúntenme a mí, a mí. Vénganme a ver», y así sucesivamente. Le hicieron entrar a toda prisa. Me volví junto al diván y me puse a escuchar, pero no llegué a entenderlo todo: oía solamente que se nombraba con frecuencia a Versilov. Por la entonación de la voz adivinaba que Stebelkov dirigía ya la conversación y no hablaba ya insidiosamente, sino con imperio y con un tono desenvuelto, como hacía un momento conmigo: «¿Ustedes me comprenden? Déjenme ahora avanzar un poco más», etc., etc. Por lo demás, debía mostrarse extraordinariamente amable con las mujeres. Por dos veces había resonado su risa sonora, y desde luego inoportuna, porque, junto a su voz y a veces dominándola, se oían las voces de dos mujeres, que estaban muy lejos de expresar alegría; sobre todo la de la más joven, aquella que había lanzado los gritos; hablaba mucho, nerviosamente, aprisa, sin duda para acusar y quejarse, y reclamar justicia. Pero Stebelkov no se quedaba atrás; elevaba el tono más y más, y se reía con mayor frecuencia; la gente de esta clase no sabe escuchar a los demás. Me aparté bien pronto del diván, porque me pareció vergonzoso estar a11í escuchando, y volví a ocupar mi antiguo sitio ante la ventana, sobre la silla de enea. Estaba persuadido de qua Vassine no sentía ningún aprecio por aquel individuo, pero también me figuraba que, si le manifestaba yo mi opinión, inmediatamente tomaría su defensa con una dignidad grave y me daría una lección: «Es un hombre práctico, uno de esos hombres modernos de negocios a los que es imposible juzgar desde nuestro punto de vista general y abstracto.» En aquel instante, por lo demás, me acuerdo muy bien, yo estaba moralmente destrozado, el corazón me latía con fuerza y esperaba que ocurriese algo. Transcurrieron así unos diez minutos, y de pronto, en pleno arranque de una carcajada estrepitosa, alguien, exactamente como hacía un mo mento, saltó de su silla, luego se oyeron los gritos de las dos mujeres, se percibió que Stebelkov se había puesto también en pie de un salto, que hablaba con otro tono, como para justificarse, para suplicar que tuvieran la bondad de escucharlo hasta el final... Pero no le escucharon. Resonaron gritos furiosos: «

¡Fuera de aquí! ¡Usted no es más que un canalla, un sinvergüenza! » Era evidente que lo ponían de patitas en la calle. Abrí la puerta en el instante preciso en que salía del cuarto de las vecinas al pasillo, literalmente expulsado por las manos de aquéllas. A1 verme, se puso a gritar, al mismo tiempo que se acercaba a mí, señalándome con el dedo:

—¡He aquí el hijo de Versilov! Si no me creen ustedes, pues bien, he aquí a su hijo, su propio hijo. —Y me cogió imperiosamente por la mano—. ¡Es su hijo, su verdadero hijo! —repetía conduciéndome cerca de las señoras y sin agregar otra explicación.

La joven estaba en el pasillo; la de más edad, a un paso de ella, en el marco de la puerta. Me acuerdo solamente de que aquella pobre muchacha no era fea: podía tener unos veinte años, pero era delgada y de aspecto enfermizo, rubicunda y pareciéndose un poco a mi hermana en la cara; aquel detalle me atravesó el espíritu y se me ha quedado en la memoria. Únicamente que Lisa no se había encontrado jamás, y naturalmente jamás había podido encontrarse, en un acceso de cólera comparable a aquel en que se hallaba aquella joven frente a mí; tenía los labios blancos, sus ojos de un gris claro echaban chispas, temblaba de indignación. Y me acuerdo también de que yo me sentía en una postura extremadamente estúpida y vergonzosa, porque no encontraba en absoluto nada que decir, todo aquello por culpa de aquel grosero personaje.

—¿Su hijo? ¿Y qué? Si está con usted, es otro sinvergüenza. —Se volvió de repente hacia mí —: Si es usted el hijo de Versilov, pues bien, dígale de mi parte a su padre que es un bribón, un canalla desvergonzado, y que no tengo necesidad de su dinero... Tome, tome, devuélvale inmediatamente todo este dinero.

Se sacó bruscamente del bolsillo algunos billetes de Banco. Pero la mujer de más edad, su madre, como supe en seguida, la cogió por el brazo:

—Olia, pero tal vez no es verdad, tal vez no es su hijo.

Olia lanzó una rápida mirada, comprendió, me examinó con desprecio y volvió a entrar en la habitación, pero antes de cerrar la puerta, en el umbral, le dijo una vez más a Stebelkov:

—¡Fuera de aquí!

E incluso llegó a dar una patadita. Seguidamente la puerta se encajó de golpe y la cerraron con llave. Stebelkov, que seguía sujetándome por el hombro, levantó el dedo y, con la boca dilatada en una sonrisa larga y pensativa, fijó sobre mí una mirada interrogadora.

—Encuentro su conducta de usted con respecto a mí ridícula a indigna —rezongué indignado.

Pero él no me escuchaba, aunque no apartase de mí sus ojos.

—Eso es lo que habría que examinar —dijo con aire pensativo.

—Pero ¿cómo se ha atrevido usted a mezclarme en todo esto? ¿Qué significa? ¿Quién es esa mujer? Me ha cogido usted por el hombro y me ha arrastrado. ¿Qué quiere decir esto?

—¡Ah, diablo! Una mujer que ha perdido su inocencia... «la excepción frecuentemente repetida». ¿Me comprende usted?

Y me clavó el dedo en el pecho.

—¡Váyase al diablo! —exclamé, rechazándole el dedo.

Pero de repente, de la manera más inesperada, se puso a reír con suavidad, largamente, muy contento. Por último se puso el sombrero y, con una fisonomía ya cambiada y adusta, observó frunciendo las cejas:

——Habría que dar una lección a la patrona... Habría que echarlas del apartamiento. Y lo antes posible además... Ya verá usted. Recuerde lo que le digo, usted lo verá. Diablo— se interrumpió de pronto—, ¿va usted a esperar a Gricha?

—No, no le esperaré —respondí muy decidido.

—Vámonos, es igual...

Sin añadir una sílaba, volvió la espalda, salió y tomó escaleras abajo, sin honrar ni siquiera con la mirada a la patrona que parecía esperar explicaciones y noticias. Yo también cogí mi sombrero y, después de haberle rogado a la patrona que le dijese a Vassine que Dolgoruki había venido, bajé corriendo.

III

Había perdido el tiempo. En cuanto que me vi fuera, me dediqué a la búsqueda de un alojamiento; estaba distraído; estuve andando varias horas por las calles, entré en cinco o seis casas con habitaciones amuebladas, pero estoy seguro de que dejé pasar más de veinte sin mirarlas. Con gran despecho por mi parte, la verdad era que nunca hubiese creído tan difícil encontrar un alojamiento: por todas partes habitaciones como la de Vassine, y muchísimo peores aún, y precios imposibles, a lo menos para mi presupuesto. Yo pedía simplemente un rincón, nada más que para poder tenderme, y me respondían con desprecio que en aquel caso debía dirigirme a los «arrendadores de rincones» *(73)*. Además, por todas partes, una masa de inquilinos rarísimos con los cuales, a juzgar por su aspecto, yo no habría podido vivir jamás; incluso habría pagado para no vivir junto a ellos. Señores sin chaqueta, en chaleco, con la barba hirsuta, curiosos y desverzongados. En una habitación microscópica había diez jugando a las cartas y bebiendo cerveza: me ofrecieron una habitación contigua. Por otra parte, era yo quien respondía tan estúpidanàente a las preguntas de los arrendadores, que se me quedaban mirando con asombro; en un sitio, incluso llegué a enfadarme. Por lo demás, es inútil describir todos estos detalles ínfimos; quería decir únicamente que, hallándome terriblemente cansado, comí algo en una posada cuando ya se hacía casi de noche. Llegué a la resolución definitiva de que iría inmedi.atamente, solo y en persona, a entregarle a Versilov la carta a propósito de la herencia, sin darle la menor explicación, que resolvería mis asuntos por todo lo alto, llenaría la maleta y un maletín y me iría a pasar la noche al hotel. Sabía que al final de la Perspectiva Obukhov, cerca del Arco de Triunfo *(74)*, había albergues en los que se podía conseguir una habitación individual por treinta copeques; decidí por una noche hacer ese sacrificio, a fin de no permanecer por más tiempo en casa de Versilov. Ahora bien, al pasar por delante del Instituto Tecnológico me dieron ganas de pronto de entrar en casa de Tatiana Pavlovna, que

vivía enfrente. Como pretexto, tenía el de aquella misma carta a propósito de la he rencia, pero mi deseo invencible obedecía naturalmente a otras causas, que por lo demás soy incapaz de explicar hoy: reinaba en mi espíritu una terrible confusión entre «el niño de pecho», «las excepciones que se convierten en regla general» y todo lo demás. Ignoro si lo que quería hacer era contar cosas, o darme importancia, o pelearme, o incluso llorar, pero el caso es que subí la escalera de Tatiana Pavlovna. No había estado en su casa más que una vez, al principio de mi estancia en Petersburgo, a darle no sé qué recado de parte de mi madre, y me acuerdo de que entré, di el recado, y me fui un minuto después, sin sentarme y sin que ella hiciera nada por retenerme.

Llamé. La cocinera me abrió inmediatamente y me hizo entrar en silencio. Todos estos detalles son necesarios para hacer eomprender cómo pudo producirse un acontecimiento tan loco, que ha tenido una importancia tan colosal sobre todo lo demás. Primeramente la cocinera. Era una finlandesa colérica y chata que, según creo, detestaba a su ama, Tatia na Pavlovna, la cual, por el contrario, no podía separarse de ella, por una de esas pasiones que sienten las viejas por los perros muy viejos ya y de nariz húmeda o por los gatos perpatuamente dormidos. La finlandesa, o bien rezongaba y gruñía, o bien, después de alguna disputa, no abría la boca durante semanas enteras, para castigar a su ama. Sin duda yo había caído en uno de aquellos días de silencio, porque, a mi pregunta: « ¿Está la señora en casa? », que recuerdo positivamente haberle hecho, no respondió, y se volvió a la cocina sin decir esta boca es mía. Después de eso, naturalmente, persuadido de que la señora estaba en casa, entré, y, no encontrando a nadie, aguardé, pensando que Tatiana Pavlovna iba a salir de su habitación; no siendo así, ¿por qué la cocinera me habría hecho pasar? Me quedé de pie dos o tres minutos; caía la noche y el apartamiento de Tatiana Pav1ovna, ya sombrío de por sí, se tornaba aún menos acogedor debido a las oleadas de cretona que colgaban por todas partes. Dos palabras sobre este feo apartamiento, para hacer comprender el sitio donde sucedió la cosa. Tatiana Pavlovna, visto su carácter autoritario y terco y sus viejas fantasías señoriales, no podía acomodarse a una habitación amueblada: había alquilado aquella parodia de apartamiento únicamente para vivir por su cuenta y ser dueña en su casa. Aquellas dos habitaciones eran literalmente dos jaulas de canarios, pegadas la una a la otra, una más pequeña que la contigua, en el segundo piso y con vistas al patio. Al entrar se encontraba uno primeramente con un pequeño pasillo angosto, de una longitud de un metro poco más o menos; a la izquierda, las dos jaulas de canarios ya mencionadas; y todo derecho, al fondo del corredor, la entrada de una cocina minúscula. Los catorce metros cúbicos de aire, indispensables al hombre para una duración de doce horas, quizá existían a11í, pero seguramente poco más. Las habitaciones eran espantosamente bajas y, para colmo de estupidez, las ventanas, las puertas, los muebles, todo, todo estaba tapizado o cubierto de cretona, de hermosa cretona francesa, con festones; pero la habitación parecía así dos veces más sombría y semejaba el interior de una diligencia. En la habitación donde yo aguardaba se podía, con cierto trabajo, darse la vuelta, aunque todo

estuviese lleno de muebles, por lo demás no feos del todo: había allí toda clase de mesitas de marquetería con adornos de bronce, cajitas y un tocador exquisito a incluso rico. Pero el cuartito siguiente de donde yo esperaba verla salir, su alcoba, separada de esta otra habitación por una cortina, no contenía literalmente, como lo supe en seguida, más que una cama. Todos estos detalles son indispensables para comprender la estupidez que cometí.

Así, pues, aguardaba sin experimentar la menor duda, cuando sonó la campanilla. Oí como la cocinera recorría el pasillo sin apresurarse y dejaba entrar en silencio, exactamente como había hecho conmigo hacía un momento, a varias visitas. Eran dos señoras y las dos hablaban en voz alta, pero ¡cuál no fue mi asombro cuando, por la voz, reconocí en una a Tatiana Pavlovna y en la otra a la mujer con la que menos preparado estaba a encontrarme en aquellos momentos, sobre todo en aquel ambiente! No había error posible; el día anterior yo había escuchado aquella voz sonora, fuerte y metálica, tres minutos solamente, es verdad, pero era una voz que se había quedado en mi corazón. Sí, era desde luego «la mujer de ayer». ¿Qué hacer? No dirijo en modo alguno esta pregunta al lector. Trato de representarme solamente para mí mismo aquel minuto y todavía hoy me resulta absolutamente imposible explicarme cómo pudo suceder que me lanzase de repente detrás de la cortina y me encontrase en el dormitorio de Tatiana Pavlovna. En una palabra, me escondí y apenas tuve tiempo de dar aquel bote cuando ellas entraban. El por qué no les salí al encuentro en lugar de ocultarme, lo ignoro; todo aquello pasó por casualidad, sin que yo me diera cuenta.

En la habitación, tropecé con la cama y observé inmediatamente que había una puerta que se abría a la cocina, por tanto una salida posible en caso de necesidad y por la cual se podía escapar perfectamente. Pero, ¡horror!, la puerta estaba cerrada con llave y la llave no estaba en la cerradura. Llevado por la desesperación, me dejé caer en la cama; para mí estaba claro que ahora iba a escuchar la conversación y, desde las primeras frases, desde los primeros sonidos, adiviné que su entrevista era secreta y muy delicada. ¡Oh!, desde luego, un hombre noble y leal habría debido levantarse, incluso en aquel momento, salir y decir en alta voz:. « ¡Estoy aquí, esperen! » y, a pesar del ridículo de su situación, pasar adelante; pero no me levanté y no salí; de la manera más innoble, me dio miedo.

—Catalina Nicolaievna, querida mía, me apena usted profundamente —suplicaba Tatiana Pavlovna—, cálmese de una vez, eso no va bien con su carácter. Dondequiera que usted está reina la dicha, y he aquí que de pronto... Pero, por lo que a mí respecta, al menos, espero que continúe usted creyéndome, sabe hasta qué punto la estimo. Por lo menos tanto como a Andrés Petrovitch, a quien sin embargo no oculto mi eterna fidelidad... Pues bien, créame, se lo juro por mi honor, él no tiene ese documento, y quizá no lo tiene nadie; por otra parte, él es incapaz de semejantes intrigas y hace usted mal en sospechar de él. Son ustedes dos los que se han imaginado esta hostilidad...

—El documento existe, y él es capaz de todo. Ayer, no hago más que llegar, y mi primer encuentro es con ese petit espion que él se ha encargado de imponerle al príncipe.

—Vamos, ce petit espion? Ante todo, no es espion en absoluto. Soy yo quien he insistido para que lo coloquen en casa del príncipe, de lo contrario habría perdido la cabe za en Moscú o se habría muerto de hambre. Por lo menos tales son los informes que he recibido de a11í; y sobre todo ese muchacho grosero no es más que un imbécil, ¿cómo iba a hacer de espía?

——Sí, un imbécil, lo que no le impide por otra parte que sea un sinvergüenza. Si yo no hubiese tenido tanta rabia, me habría muerto de risa ayer: se puso pálido, se aturulló, se dio importancia, se puso a hablar en francés. ¡Y decir que en Moscú María Ivanovna me hablaba de él como de un genio! Esa maldita carta está intacta y se encuentra en alguna parte, en el sitio más peligroso, lo he deducido por la cara que ponía esa María Ivanovna.

—¡Querida! Pero si usted misma dice que no hay nada en casa de ella.

Al contrario, hay algo, ella miente. Y puede decirse, tiene sus miras al mentir. Antes de ir a Moscú, yo tenía todavía la esperanza de que no quedase rastro del papel, pero ahora, ahora...

—Pero, querida, se dice por el contrario que es una criatura excelente y muy razonable. Su difunto tío la apreciaba más que a todas sus sobrinas. Cierto que yo no la conozco bien, pero usted debería hacerle un poco la corte, querida. No le costaría ningún trabajo obtener la victoria: yo misma, que soy ya una vieja, pues bien, estoy enamorada de usted, dispuesta a abrazarla. ¿Qué le costaría a usted seducirla a ella?

—Le he hecho la corte, Tatiana Pavlovna, lo he ensayado todo, incluso se ha mostrado encantada, solamente que es astuta, ella también es astuta... No, es un carácter entero y original, un carácter moscovita... Figúrese usted que me ha aconsejado que me dirija aquí a un tal Kraft, que fue pasante de Andronikov; quizá él supiese algo. Yo ya tenía alguna idea de este Kraft a incluso creo recordarlo un poco. Pero en el momento en que me habló de ese Kraft tuve de repente la convicción de que, lejos de ignorar el asunto, ella miente, ella lo sabe todo.

—Pero ¿para qué, para qué todo eso? En todo caso es posible informarse en casa de ese Kraft. Es un alemán, muy poco hablador y muy honrado, me acuerdo de él. Desde luego, haría falta preguntarle. Sólo que creo que no está ya en Petersburgo...

—Volvió ayer, vengo ahora de su casa... Por eso precisamente me ve usted tan alarmada, me tiemblan los brazos y las piernas. Quería preguntarle, ángel mío, Tatiana Pavlovna, puesto que usted conoce a todo el mundo, ¿no habría medio de buscar entre sus papeles? Seguramente ha dejado papeles. ¿A quién irán a parar? ¿Caerán también éstos en manos peligrosas? He venido a pedirle a usted consejo.

—Pero ¿de qué papeles habla usted? —preguntó Tatiana Pavlovna, que no comprendía nada de aquello—. Acaba de decirme usted misma que viene de casa de Kraft.

—Sí, de allí vengo, pero él se ha matado. Ayer por la noche.

Salté abajo de la cama. Había podido quedarme quieto oyéndome tratar de espía y de idiota; cuanto más avanzaban ellas en su conversación, menos posible me parecía presentarme. ¡Era inconcebible! Resolví esperar, con el corazón latiéndome apenas, hasta el momento en que Tatiana acompañaría hasta la puerta a la visitante *(si, para suerte mía, no tenía necesidad de*

entrar antes en su aicoba), y en seguída, una vez que se fuera Akhmakova, estaba dispuesto a entendérmelas con Tatiana Pavlovna... Pero cuando, al enterarme de la muerte de Kraft, salté de la cama, me vi dominado por una especie de convulsión. Sin pensar ya en nada, sin razonar, sin darme cuenta, di un paso, levanté la cortina y me encontré frente a ellas. Había aún bastante claridad para que se me pudiese ver pálido y tembloroso... Lanzaron un grito. ¿Cómo no gritar?

—¿Kraft? —balbucí, volviéndome hacia Akhmakova—. ¿Se ha matado? ¿Ayer? ¿A la puesta de sol?

—¿Dónde estabas?~ ¿De dónde sales? —chilló Tatiana Pavlovna, que me clavó literalmente las uñas en el hombro—. ¿Nos espiabas? ¿Nos estabas escuchando?

—¿Qué le decía yo a usted? —preguntó Catalina Nicolaievna, levantándose del diván y señalándome con el dedo.

Salí de mis casillas.

—¡Eso no son más que mentiras y estupideces! —interrumpí furioso—. ¡Hace un momento me ha tratado listed de espía! ¡Señor! ¿Vale la pena, no digo yo espiar, sino sola mente vivir aquí en este mundo, al lado de gente como usted? Los hombres generosos acaban en el suicidio. Kraft se ha matado por la idea, por Hécuba... pero, ¿cómo va usted a conocer a Hécuba?... Aquí se está condenado a vivir en medio de vuestras intrigas, a chapotear entre vuestras mentiras, vuestros engaños, vuestros manejos subterráneos... ¡Basta ya!

—¡Déle una bofetada! ¡Déle una bofetada! —gritó Tatiana Pavlovna.

Y como Catalina Nicolaievna continuaba mirándome *(me acuerdo de todo, -hasta del más mínimo detalle)* sin desviar los ojos, pero sin moverse del sitio, Tatiana Pavlovna iba en el mismo instante a ejecutar en persona su consejo... tanto que a pesar mío levanté la mano para protegerme el rostro. A causa de aquel gesto, le pareció que la amenazaba.

—¡Vamos, pega, pega pues! Demuestra que siempre has sido un bestia... Eres el más fuerte, ¿por qué preocuparte de unas pobres mujeres?

—¡Basta ya de calumnias, basta! —grité—. ¡Nunca levantaré la mano contra una mujer! Es usted una desvergonzada, Tatiana Pavlovna, me ha despreciado siempre. ¿Para qué respetar a la gente? ¿Se ríe usted, Catalina Nicolaievna? Sin duda será de mi cara: sí, Dios no me ha dado un semblante como el de sus ayudantes de campo. Y sin embargo frente a usted no me siento humillado, sino, al contrario, superior... En fin, poco importan las palabras, pero no soy culpable. He venido aquí por casualidad, Tatiana Pavlovna. La única culpable es esa cocinera finlandesa que usted tiene, o, por decirlo mejor, la pasión que usted tiene por ella: ¿por qué no me ha contestado cuando le he preguntado si usted estaba y por qué me ha conducido aquí sin decir palabra? Luego, usted comprenderá, me ha parecido tan monstruoso salir del dormitorio de una mujer, que he decidido soportar en silencio todos sus insultos antes que mostrarme... ¿Se sigue usted riendo, Catalina Nicolaievna?

—¡Vete, vete, fuera de aquí! —gritó Tatiana Pavlovna, casi empujándome—. No le tome usted en cuenta sus mentiras, Catalina Nicolaievna, ya le dije antes que desde Moscú me lo han

descrito siempre como un chiflado.

—¿Un chiflado? ¿Desde Moscú? ¿Quién y cómo? Pero poco importa, basta ya. Catalina Nicolaievna, se lo juro por lo que hay para mí de más sagrado: esta conversación y todo lo que he oído quedará entre nosotros... ¿Es culpa mía si he descubierto sus secretos? Además desde mañana dejo de ir a casa de su padre. Así es que puede usted estar tranquila sobre la suerte del documento que está buscando.

—¿Cómo...? ¿De qué documento habla usted?

Catalina Nicolaievna se turbó tanto, que se puso muy pálida. Quizá sólo me lo pareció. Comprendí que había dicho demasiado.

Salí rápidamente. Me acompañaron sus miradas silenciosas en las que se leía un extraordinario asombro. En una palabra. yo les había planteado un enigma...

Capítulo ix

✦

Me apresuré a volver a casa y, ¡oh maravilla!, estaba muy contento de mí mismo. Sin duda, no se habla así a mujeres, y sobre todo a tales mujeres, o más exactamente a tal mujer, porque yo no tomaba en cuenta a Tatiana Pavlovna. Quizá no está permitido decirle a la cara a una mujer de semejante categoría: « ¡Me cisco en sus intrigas!» , pero yo lo había dicho y por eso estaba contento. Sin hablar de lo demás, estaba seguro al menos de que, por haber adoptado aquel tono, yo había borrado todo lo que había de ridículo en mi posición. Pero no tuve tiempo de pensar largamente en todo aquello: mi cerebro estaba ocupado por Kraft. No es que me atormentase mucho, pero a pesar de todo yo estaba conmovido hasta el fondo del alma; y hasta el punto de que el sentimiento ordinario de placer que experimentan los hombres en presencia de la desgracia del prójimo, por ejemplo cuando alguien se rompe una pierna, pierde el honor, se ve privado de un ser querido, etc., aquel mismo sentimiento ordinario de innoble satisfacción cedía en mí enteramente a otro sentimiento, a una sensación extremadamente imperiosa, a la pena, al dolor... si es que aque llo era el dolor, lo ignoro... en todo caso a un sentimiento extremadamente poderoso y bueno. Y por aquello también estaba yo contento. Es asombrosa la multitud de ideas extrañas que pueden atravesarle a uno el espíritu precisamente cuando se está sacudido por alguna noticia colosal que debería, parece, ahogar los demás sentimientos y dispersar todas las ideas extrañas, sobre todo las ideas sin importancia; ahora bien, son éstas, por el contrario, las que se presentan. Me acuerdo de eso todavía; me vi cogido poco a poco por un temblor nervioso bastante sensible, que duró aigunos minutos a incluso todo el tiempo que permanecí en casa para explicarme con Versilov.

Aquella explicación tuvo lugar en circunstancias singulares e insólitas. He dicho ya que vivíamos en un pabellón que había en el patio; aquel alojamiénto llevaba el número 3. Incluso antes de meterme debajo de la puerta cochera, oí una voz de mujer, que preguntaba en voz alta, con impaciencia a irritación: «¿Dónde está el partido número trece?» Era una señora que acababa de abrir la puerta de una tiendecilla contigua. Pero sin duda no le contestaron nada o hasta la mandaron a paseo, puesto que bajó los escalones con cólera y desesperación.

—¿Pero dónde está el dvornik? —gritó dando pataditas.

Hacía mucho tiempo que yo había reconocido aquella voz.

—Voy al partido número trece —dije acercándome a ella—. ¿Por quién pregunta usted?

—Hace una hora que estoy buscando al dvornik, le he preguntado a todo el mundo, he subido todas las escaleras.

—Es en el patio. ¿No me reconoce usted?

Pero ya me había reconocido.

—¿Quiere usted ver a Versilov? Tiene usted algún asunto con él; yo también —continué—. He venido a decirle adiós para siempre. ¡Vamos a11á!

—¿Es usted hijo suyo?

——Eso no significa nada. Admitamos, si usted quiere, que sea su hijo. Aunque me llamo Dolgoruki. Soy ilegítimo. Este señor tiene una multitud de hijos ilegítimos. Cuando la conciencia y el honor lo exigen, incluso un hijo legítimo abandona la casa. Eso está ya en la Biblia. Además, ha recibido una herencia que no quiero compartir. Me contento con el trabajo de mis manos. Cuando es preciso, un corazón generoso sacrifica hasta su propia vida. Kraft se ha matado por la idea, figúrese usted, Kraft, un joven que hacía concebir tantas esperanzas... ¡Por aquí, por aquí! Vivimos en un pabellón ais lado. Ya en la Biblia se lee que los hijos abandonan a sus padres y fundan su nido,... Cuando la idea le arrastra a uno... cuando la idea está ahí... La idea lo es todo, todo está en la idea...

Continué algún tiempo aquel parloteo, hasta el momento en que llegamos a nuestra casa. El lector ha notado sin duda que no me ahorro nada y que me trato como es debido. Quiero aprender a decir la verdad. Versilov estaba en casa. Entré sin quitarme el abrigo; ella, lo mismo. Iba vestida muy ligeramente; sobre un vestido oscuro se agitaba en alto un trozo de no sé qué, destinado a figurar como cuello o mantellina; lleva ba a la cabeza un viejo gorro raído que estaba lejos de embellecerla. Cuando entramos en la sala, mi madre ocupaba su sitio acostumbrado delante de su labor, mi hermana salió de su habitación para mirar y se detuvo en el umbral. Versilov, como de costumbre, no hacía nada y se levantó para recibir nos... Clavó en mí una mirada severa a inquisitiva.

—Yo no tengo nada que ver con esto —me apresuré a asegurarle al mismo tiempo que me apartaba—, he encontrado a esta señorita delante de la puerta; le buscaba a usted y nadie le daba razón. Pero también yo tengo mi asunto, que tendré el placer de explicarle inmediatamente...

Versilov no dejó de examinarme de una manera curiosa.

—¡Permítame! —comenzó a decir la muchacha con impaciencia.

Versilov se volvió hacia ella.

—He reflexionado largamente sobre el motivo que le impulsó a usted ayer a dejarme este dinero... Yo... en una palabra, ¡he aquí su dinero! —Casi lanzó un grito como horas antes, y arrojó sobre la mesa un puñado de billetes—. He tenido que it a la Oficina de Direcciones para saber dónde vivía usted, de lo contrario habría venido antes. Escuche usted —dijo volviéndose de repente hacia mi madre, que palideció de una manera terrible

—.No quiero ofenderla, tiene usted aspecto de ser una persona honrada y quizá ésa es hija de usted. Ignoro si es usted su mujer, pero sepa que este caballero recorta de los periódicos los anuncios que publican con sus últimos copeques las institutrices y profesoras y se dedica a visitar a esas desgraciadas, buscando ventajas deshonestas, apabullándolas con su dinero. No

comprendo cómo pude aceptar ayer su dine ro. ¡Tenía un aire tan leal! ¡Cállese, no diga una palabra! ¡Es usted un sinvergüenza, caballero! Incluso aunque tuviese usted intenciones honradas, no quiero limosnas suyas. ¡Ni una palabra, ni una palabra! ¡Oh, qué contenta estoy de avergonzarle delante de sus mujeres! ¡Que Dios le maldiga!

Se escapó rápidamente, pero en el umbral se volvió un instante para gritar tan sólo:

—¡Se dice que ha recibido usted una herencia!

En seguida desapareció como una sombra. Insisto una vez más: era una furia. Versilov estaba profundamente impresionado. Se quedó inmóvil, con sire soñador, como meditando en algo; por último, se dirigió a mí bruscamente:

—¿Tú no la conoces de nada?

—La he visto esta mañana por casualidad en casa de Vassine. Se agitaba por el corredor, lanzaba gritos y soltaba rmaldiciones contra usted. Pero no hemos hablado y no sé nada de ella. Ahora acabo de encontrármela ante la puerta. Será sin duda la profesora del anuncio de ayer, la que «da lecciones de aritmética».

—Ella es. Una vez en mi vida que hago una buena acción y... Y a ti, ¿qué te trae por aquí?

—¡He aquí una carta! —respondí—. No hace falta darle explicaciones: procede de Kraft, y él la recibió del difunto Andronikov. El contenido se lo explicará a usted todo. Debo añadir que nadie en el mundo conoce ahora la existencia de esta carta, excepto yo, puesto que Kraft, que me la entregó ayer, se mató inmediatamente después de mi visita...

Mientras que yo hablaba, jadeante y apresurándome, cogió la carta y, teniéndola en suspenso en su mano izquierda, continuó examinándome atentamente. Cuando le anuncié el suicidio de Kraft, le miré a la cara para ver el efecto producido. Pues bien, ¿qué creerán ustedes? La noticia no le produjo la menor impresión. Ni siquiera levantó las cejas. A1 contrario, viendo que me había detenido, agarró sus lentes, de los que no se desprendía nunca y llevaba colgados de una cinta negra, aproximó la carta a una bujía y, después de un vistazo a la firma, empezó a descifrarla. No sabría decir lo mucho que me hirió aquella orgullosa insensibilidad. Él debía de conocer muy bien a Kraft. ¡Una noticia, a pesar de todo, tan extraordinaria! Además, naturalmente, me habría gustado causar cierto efecto. Después de medio minuto de espera, sabiendo que la carta era larga, volví la espalda y me fui. Tenía preparada la maleta desde hacía mucho tiempo, no me quedaba más que hacer un paquete con algunos objetos. Pensé en mi madre: no me había acercado a ella. Diez minutos más tarde, cuando ya estaba casi listo y me disponía a it a buscar un coche de caballos, mi hermana entró en mi buhardilla.

—Toma, mamá te devuelve tus sesenta rublos y te ruega una vez más que la excuses por haber hablado de ellos a Andrés Petrovitch. Y además, ten estos veinte rublos. Ayer diste para tu pensión cincuenta rublos: mamá dice que no tiene derecho a pedirte más de treinta, porque ella no ha gastado más en ti, y te devuelve los veinte rublos que sobran.

—Gracias, si es que dice la verdad. Adiós, hermana, me voy.

—¿Adónde vas?

—Por lo pronto al albergue, con tal de no pasar una noche más en esta casa. Dile a mamá que la quiero.

—Ella lo sabe. Sabe que quieres también a Andrés Petrovitch. ¿Cómo no te da vergüenza de haber traído aquí a esa desgraciada?

—No la he traído yo, te lo juro. Me la encontré delante de la puerta.

—No, eres tú quien la has traído.

—Te aseguro...

—Reflexiona, interrógate, y verás que también tienes tú la culpa...

—La verdad es que estoy muy contento de haber avergonzado a Versilov. Figúrate que tiene de Lidia Akhmakova un niño de pecho... Pero no vale la pena que te hable de esto...

—¿Él? ¿Un niño de pecho? ¡Pero no es suyo! ¿Dónde has oído contar semejante mentira?

—¿Qué sabes tú de eso?

—¿Cómo no voy a saberlo? Soy yo quien ha criado ese niño en Luga. Escucha, hermano, veo desde hace tiempo que, sin saber nada, ofendes a Andrés Petrovitch y a mamá al mismo tiempo.

—Pues bien, si él tiene razón, seré yo el que estaré equivocado, eso es todo. Pero no por eso os quiero menos. ¿Por qué te pones colorada, hermana? Bueno, ahora te pones más colorada todavía. A pesar de todo, provocaré en duelo a ese principillo por la bofetada que le dio a Versilov en Ems. Si Versilov se portó bien con Akhmakova, con mucha más razón aún.

—¿Qué estás diciendo, hermano? Piensa un poco.

—Es una suerte que el pleito se haya acabado... Vamos, ahora se te ocurre ponerte pálida.

—Pero el príncipe no se batirá contigo —sonrió Lisa con una pálida sonrisa a través de su espanto.

—Entonces lo insultaré públicamente. ¿Qué tienes, Lisa?

Había palidecido hasta el punto de no poderse tener de pie y se había dejado caer sobre el diván.

—¡Lisa!

Era su madre, que la llamaba desde abajo.

Se repuso y se levantó; me dirigió una tierna sonrisa.

—Hermano, déjate de esas tonterías o espera a estar más enterado. Lo que sabes es muy poco.

—Me acordaré, Lisa, de que has palidecido al saber que voy a batirme en duelo.

—Sí, sí, acuérdate.

Sonrió una vez más en señal de despedida y bajó.

Llamé a un cochero y con su ayuda trasladé mis cosas. Nadie en la casa me puso obstáculo ni me detuvo. No fui a despedirme de mi madre para no tenerme que encontrar con Versilov. Cuando ya estaba montado en el coche, se me ocurrió una idea:

—Fontanka, Puente de San Simeón —ordené inopinadamente.

Y volví a casa de Vassine.

II

Había pensado de pronto que Vassine ya sabía la noticia, y quizá sabía de aquello cien veces más que yo. Eso es lo que sucedió. Vassine me comunicó inmediatamente y con amabilidad todos los detalles, por lo demás sin gran calor. Deduje que estaba fatigado, y era verdad. Había estado por la mañana en casa de Kraft. Kraft se había pegado un tiro de revólver *(¡aquel mismo revólver!)* la víspera, una vez que se hizo completamente de noche, como se desprendía de su diario. La última anotación estaba hecha justamente antes del suicidio: escribia que estaba casi en tinieblas, y que distinguía apenas las letras; pero que no quería encender la bujía, por miedo a dejar tras él un incendio. «En cuanto a encenderla para apagarla, antes de acabar con mi vida, no quiero», agregaba extrañamente en la última línea. Aquel diario lo había empezado la antevíspera, recién llegado a Petersburgo, antes de la visita a casa de Dergatchev. Después de mi salida, había anotaciones todos los cuartos de hora; las tres o cuatro últimas habían sido hechas cada cinco minutos. Me asombré mucho de que Vassine, habiendo tenido tanto tiempo aquel diario bajo su mirada *(se lo habían dado a leer)*, no hubiese sacado copia, tanto más cuanto que no tenía mucho más de una hoja y todas las anotaciones eran cortas: « ¡por lo menos la última página! » Vassine me hizo notar con una sonrisa que se acordaba de todo, que las anotaciones no tenían sistema ninguno y que estaban hechas a propósito de todo lo que había pasado por la cabeza del suicida. Yo iba a responderle que eso era justamente to que le daba más valor, pero renuncié a insistí para que se acordase de alguna frase. Se acordó en efecto de algunas líneas, trazadas aproximadamente una hora antes del disparo y en las que se decía que «tenía escalofríos»; «que, para calentarse, le daban ganas de beber un trago, pero que la idea de que el derramamiento de sangre podría ser así más abundante, lo había detenido».

—Y poco más o menos, todo es por este estilo —concluyó Vassine.

—¡Y a eso lo llama usted tonterías! —exclamé yo.

—¿Cuándo he hablado de tonterías? Me he limitado a no sacar copias. Pero, si no tonterías, ese diario es verdaderamente muy vulgar, o más bien natural, es decir, precisamente lo que debía ser en semejante caso...

—¡Pero los últimos pensamientos, los últimos pensamientos!

—Los últimos pensamientos son a veces asombrosamente nulos. Conozco a un suicida que se queja en su diario por no ser asaltado, en una hora tan grave, por ningún «pensamiento superior»: nada más que pensamientos vacíos y fútiles.

—¿Y el escalofrío, es también un pensamiento vacío?

—¿Quiere usted hablar del escalofrío o más bien del derramamiento de sangre? Es un hecho sabido que muchos de los que tienen vigor para pensar en su muerte inminente, voluntaria o no, con mucha frecuencia se llegan a preocupar por el estado en que se

encontrarán sus cuerpos. En este sentido era como Kraft temía un derramamiento de sangre demasiado intenso.

—Ignoro si es un hecho sabido... y si es exacto —refunfuñé—, pero me asombra que juzgue usted todo esto una cosa tan natural. Sin embargo, no hace tanto tiempo que Kraft conversaba, se conmovía, estaba sentado entre nosotros. ¿Es posible que no tenga usted lástima de él?

—Oh, desde luego, tengo lástima de él, pero ésa es otra cuestión. De todos modos, el mismo Kraft ha presentado su muerte bajo el aspecto de una deducción lógica. Parece que todo lo que se dijo ayer de él en casa de Dergatchev es exacto; ha dejado un gran cuaderno lleno de conclusiones científicas, según las cuales los rusos son una raza de segundo orden, todo eso basado en la frenología a incluso en las matemáticas, y consiguientemente, no vale la pena vivir cuando se es ruso. Si usted quiere, lo que hay en esto de más característico es que uno puede deducir todas las conclusiones lógicas que quiera, pero volarse los sesos a causa de esas conclusiones es cosa que no ocurre todos los días.

—Por lo menos hace falta rendir homenaje a su carácter.

—Y quizá también a otra cosa —observó Vassine evasiva mente.

Pero estaba claro que pensaba en la estupidez o en la debilidad de mollera. Todo aquello me irritaba.

—Fue usted mismo quien habló ayer de los sentimientos, Vassine.

—Y tampoco —los niego hoy. Pero, en presencia del hecho consumado, encuentro en él algo tan groseramente erróneo, que mi juicio severo me despoja, a pesar mío, hasta de la lástima.

—Mire, yo había ya adivinado al verle que hablaría usted mal de Kraft y, para no oírselo decir, había resuelto no preguntarle su opinión; pero me la ha expresado usted mismo y a mi pesar me veo obligado a estar de acuerdo; y sin embargo, me siento descontento de usted. Kraft me da lástima.

—Nos estamos apartando, usted sabe..

—Sí, sí... —interrumpí yo—. Pero lo que es tranquilizador al menos es que siempre en tales casos los supervivientes, jueces del difunto, pueden decirse: «Es inútil que el suicida sea un hombre digno de lástima y de indulgencia; nosotros permanecemos, y por consiguiente no hay por qué afligirse demasiado.»

—Sí, es exacto, si se adopta ese punto de vista. Ah, pero creo que usted bromea. Es muy ingenioso. Tengo la costumbre de tomar té a esta hora. Voy a encargarlo. Seguramente me hará usted compañía.

Y salió, midiendo con los ojos mi maleta y mi paquete.

Me habría gustado soltar alguna frase maligna para vengar a Kraft. La dije como mejor pude, pero lo más curioso era que en un principio él había tomado en serio. mi expresión de «nosotros permanecemos». Sin embargo, como quiera que fue se, él tenía más razón que yo, incluso en cuestión de sentimientos. Yó lo reconocía así en mi fuero interno sin el menor disgusto, pero comprendía claramente que no lo estimaba.

Cuando trajeron el té, le expliqué que le pedía hospitalidad por una noche solamente y que, si era imposible, no tenía más que decirlo: iría al albergue. A continuación le expuse brevemente mis razones, aduciendo con toda franqueza que me ha bía peleado para siempre con Versilov, sin entrar en detalles. Vassine me escuchó atentamente, pero sin ninguna emoción. Por lo general, se limitaba a responder a las preguntas, por lo demás amablemente y de manera bastante completa. De la carta a propósito de la cual había venido por la mañana a pedirle consejo, no dije ni palabra; le expliqué mi visita anterior como una simple visita. Después de la palabra dada a Versilov de que aquella carta no era conocida por nadie excepto yo, no me consideraba ya con derecho a hablar de ella a quienquiera que fuese. Por otra parte, me resultaba particularmente desagrada ble hablar de ciertas cosas con Vassine. De ciertas, pero no de otras: conseguí interesarle contándole las escenas ocurridas en el corredor y en casa de las vecinas y que habían tenido su epílogo en casa de Versilov. Me escuchó con extraordinaria atención, sobre todo en lo referente a Stebelkov. Cuando le hablé de las preguntas que Stebelkov hizo a propósito de Dergatchev, me instó a que se las repitiera dos veces a incluso se puso pensativo; pero al final estalló en una carcajada. De repente me pareció en aquel instante que nada ni nadie podría nunca turbar a Vassine; esa idea se presentó en mí, si recuerdo bien, en forma muy halagadora para él.

——No he podido sacar gran cosa de lo que me ha dicho el señor Stebelkov— concluí a este respecto—, habla evasiva mente... hay siempre en él un no sé qué demasiado ligero...

Inmediatamente Vassine puso un semblante grave.

—Cierto que no posee el don de la palabra, pero es solamente a primera vista; le ha sucedido el hacer observaciones de una extraordinaria justeza; por lo demás, esta gente abunda en hombres prácticos, hombres de negocio más bien que de pensamiento; es preciso tomarlos tal como son...

Era exactamente lo que yo había adivinado mucho antes.

—Sin embargo, la verdad es que ha causado en casa de sus vecinas un gran escándalo y ¿quién sabe cómo habrá terminado todo eso?

A propósito de esas vecinas, Vassine me contó que estaban allí desde hacía unas tres semanas y que habían venido de provincias; que tenían una habitación muy pequeña y que, según todas las apariencias, eran muy pobres; que estaban a11í aguardando algo. No sabía que la joven hubiese puesto un anuncio en los periódicos como profesora, pero se había enterado de que Versílov les había hecho una visita; había sido estando él ausente, pero la patrona se lo había dicho. Las vecinas, por el contrario, no hablaban con nadie, ni siquiera con la patrona. Había notado en los últimos días que, en efecto, algo no marchaba bien en aquella casa, pero nunca había habido escenas como las de hoy. Recuerdo nuestra conversación a propósito de las vecinas a causa de las consecuencias; en el partido de ellas reinaba en aquel momento un silencio de muerte. Vassine se enteró con mucho interés de que Stebelkov había juzgado

necesario hablar de las vecinas a la patrona y que había repetido por dos veces: «¡Ya verán!, ¡ya verán!»

—Y ya verá usted —agregó Vassine— que esta idea no se le ha ocurrido sin motivo; en este aspecto, tiene una vista muy penetrante.

—Entonces, según usted, ¿sería preciso aconsejarle a la patrona que las pusiera en la calle?

—No, no es cuestión de ponerlas en la calle, pero me temo que haya jaleo... Por lo demás, todas esas historias, de una manera o de otra, acaban siempre... Dejemos esto.

Sobre la visita de Versilov a las vecinas, se negó categóricamente a dar su opinión.

—Todo es posible. El buen hombre se ha sentido con dinero en el bolsillo... Por otra parte, es posible también que haya querido sencillamente dar una limosna; eso entra dentro de sus tradiciones y tal vez también dentro de sus inclina ciones.

Le conté los comentarios de Stebelkov sobre «el niño de pecho».

—En eso, Stebelkov está en un completo error —declaró Vassine con una seriedad y un acento muy especiales *(todavía me parece estar oyéndole)*—. Stebelkov se fía a veces exageradamente de su sentido práctico, y se apresura a extraer conclusiones conforme a su lógica, a menudo muy penetrante. Y sin embargo el acontecimiento puede adoptar un color infinitamente más fantástico y totalmente inesperado, si se tiene en cuenta a las personas en juego. Esto es to que ha pasado aquí: conociendo una parte del asunto, él ha llegado a la conclusión de que el niño pertenece a Versilov; y sin embargo no es así.

Insistí, y he aquí de lo que me enteré, con gran asombro por mi parte: el niño *(mejor dicho, la niña)* era del príncipe Sergio Sokolski. Lidia Akhmakova, a causa de una enfermedad o sencillamente de su carácter caprichoso, obraba a veces como una verdadera loca. Se había enamorado del príncipe antes de la llegada de Versilov, y el príncipe «no se había recatado en aceptar su amor», según la expresión de Vassine. Aquellas relaciones duraron un instante. Se pelearon, como ya se sabe, y Lidia puso al príncipe en la calle, «cosa de la que, parece ser, éste se alegró».

—Era una muchacha muy extraña —añadió Vassine—; es muy posible que jamás haya disfrutado del uso completo de la razón. Pero al marcharse a París, el príncipe ignoraba totalmente el estado en que dejaba a la víctima, lo ignoró hasta el final, hasta su regreso. Versilov, convertido en amigo de la joven, le ofreció el matrimonio, precisamente a causa de su estado ya visible y que, por lo que parece, los padres no sospecharon casi hasta el final. La joven se sintió muy conmovida, y en la propuesta de Versilov vio algo más que un sacrificio, aun apreciando también este último. Por lo demás, también él supo adaptarse. La niña nació un mes o seis semanas antes de tiempo, fue dada a criar en algún sitio de Alemania y luego recogida por Versilov y se encuentra ahora en Rusia, en Petersburgo quizá.

—¿Y las cerillas de fósforo?

—De eso no sé absolutamente nada —dijo Vassine—. Lidia Akhmakova murió quince días después del parto; lo que haya pasado, lo ignoro. El príncipe se enteró, recién llegado de París,

de la existencia de la niña, y, por lo que parece, no creyó al principio que fuera suya... En fin, por todas partes, hasta ahora, se ha mantenido esta historia en secreto.

—Pero ¿qué tipo es entonces ese príncipe? —exclamé yo, indignado—. ¿Es ésa una manera de comportarse con una muchacha que está enferma?

—Entonces no estaba tan enferma ——. y además fue ella misma quien lo echó... Cierto que tal vez él se precipitó demasiado en aprovecharse de la despedida.

—¿Justifica usted a un canalla semejante?

—No, únicamente que no lo llamo canalla. Hay en esto una cosa distinta de la canallada. Por lo demás, es un asunto bastante vulgar.

—Dígame, Vassine, ¿lo ha conocido usted de cerca? Me gustaría mucho conocer su opinión, a causa de una circunstancia que me interesa enormemente.

Pero entonces Vassine se puso a contestar con extremada reserva. Conocía al príncipe, pero, sobre las circunstancias en que hubiese hecho aquel conocimiento, guardaba un silencio premeditado. Me dijo a continuación que su carácter le daba derecho a alguna indulgencia.

—Está lleno de buenas inclinaciones, se deja influir, pero no tiene ni bastante razón ni la voluntad suficiente para dominar sus deseos. Es un hombre sin cultura; un conjunto de ideas y de cosas que están por encima de él; y, a pesar de eso, se lanza más a11á. Por ejemplo, le martillea a uno los oídos con declaraciones de esta índole: «Soy príncípe y desciendo de Rurik. Pero, ¿por qué no habría de ser ayudante de zapatero, si tengo necesidad de ganarme la vida y si soy incapaz de hacer otra cosa? Llevaría como insignia: príncipe fulano de tal, zapatero. ¿Qué cosa podía haber más noble?» Lo dice y es capaz de hacerlo, y eso es lo grave. Ahora bien, lo cierto es que no es en absoluto por convicción, sino simplemente por ligereza de espíritu a impresionabilidad. En seguida llega fatalmente el arrepentimiento, y entonces está siempre dispuesto a algún extremismo absolutamente contrario. Y ésa es toda su vida. En nuestra época, hay muchos hombres que se ven arrastrados así a un callejón sin salida, únicamente porque han nacido en nuestra época.

Aquello me dejó pensativo.

—¿Es verdad que en cierta ocasión fue expulsado del regimiento? —pregunté.

—Ignoro si fue expulsado, pero el caso es que dejó su regimiento después de algunas desavenencias. Usted no ignora que, en el otoño pasado, estando ya retirado, pasó dos o tres meses en Luga.

—¿Yo? Lo único que sé es que por aquel entonces estaba usted en Luga.

—Sí, residía11í algún tiempo. El príncipe conocíá también a Isabel Makarovna.

—¿Sí? No sabía nada. Bien es verdad que he hablado muy poco con mi hermana... Pero ¿le han llegado a recibir en casa de mi madre? —exclamé.

—¡Oh, no! Fue un conocimiento muy superficial, por medio de una tercera persona.

—Sí, eso encaja con lo que me ha dicho mi hermana sobre la criatura. Porque la niña también estuvo en Luga, ¿no?

Durante algún tiempo.

—¿Y dónde está ahora?

—Seguramente en Petersburgo.

—No creeré jamás —exclamé muy turbado— que mi madre haya tenido algo que ver con esta historia, con esa Lidia.

—En esa historia, aparte de todas esas intrigas, que yo no trato de analizar, el papel de Versilov no tuvo en el fondo nada de execrable —observó Vassine con una sonrisa indulgente —. Creo que tenía ganas de hablar conmigo de eso, pero él no quería darlo a entender.

—Nunca, nunca creeré que una mujer —exclamó de nue vo— haya podido ceder su marido a otra mujer. No, es una cosa que no creeré nunca... ¡Lo repito, mi madre no ha intervenido en una historia así!

—Me parece sin embargo que ella no mostró oposición alguna.

—En su lugar, por simple orgullo, yo habría hecho otro tanto.

—Por mi parte, me niego completamente a juzgar —concluyó Vassine.

En efecto. Vassine, con toda su inteligencia, no comprendía nada de las mujeres, tanto que todo un ciclo de idea y de fenómenos le quedaba completamente desconocido. Me callé. Vassine trabajaba provisionalmente en una sociedad anónima y yo sabía que se llevaba trabajo a casa. En respuesta a mis preguntas apremiantes, confesó que tenía en efecto algunas cuentas que hacer, y le rogué calurosamente que no se preocupase por mí. Aquello creo que le agradó; pero, antes de sentarse a su mesa escritorio, quiso hacerme la cama en el diván. A1 principio pretendió cederme la suya, pero como me negué, creo que también eso le agradó. Buscó en casa de la patrona una almohada y una manta; se mostró extremadamente amable y cortés, pero a mí me desagradaba un poco verle molestarse por mí. Me había encontrado más a mis anchas, tres semanas antes, cuando pasé la noche por casualidad en casa de Efim, en Petersburgskaia storona. También él me había hecho la cama en el divan ocultándose de su tía, suponiendo, no sé por qué, que a ella le disgustaría enterarse de que los camaradas venían a dormir a su casa. Nos habíamos reído mucho, habíamos tendido una camisa a modo de sábana y enrollado un abrigo por almohada. Me acuerdo de que Zvieriev, una vez todo terminado, dio en el divan una palmadita afectuosa y dijo:

—Vous dormirez comme un petit roi.

Y aquella alegría estúpida, y aquella frase francesa, que tan incongruente resultaba en sus labios, tuvieron por resultado que pasase en casa de aquel bufón una noche excelente. En cuanto a Vassine, me sentí encantado cuando, por fin, se sentó a la mesa y me volvió la espalda. Me tendí en el divan y, mirando a su espalda, reflexioné largamente en muchas cosas.

III

Había en qué reflexionar. Mi alma estaba turbada, no había nada compacto; pero algunas sensaciones sobresalían, aunque ninguna consiguiese arrastrarme completamente tras ella, en

vista de su abundancia. Todo espejeaba, por así decirlo, sin vínculo ni sucesión, y yo mismo no quería detenerme en nada ni establecer ningún orden. Incluso el recuerdo de Kraft retrocedió insensiblemente al segundo plano. Lo que me turbaba más era mi propia situación, el hecho de que ahora yo había «roto», que tenía a11í mi maleta, que no estaba en casa, que comenzaba una vida completamente nueva. Era como si, hasta aquel día, todas mis intenciones y mis preparativos hubiesen sido cosa de broma y como si «ahora, de improviso, y sobre todo súbitamente, todo empezase de verdad» . Aquella idea me animaba y, a pesar de la turbación que sentía por muchas razones, me alegraba. Pero... pero había otras sensaciones; una de ellas en particular tenía gran deseo de ponerse al frente y de conquistar mi alma y, cosa extraña, aquella sensación me animaba también; me impulsaba, por lo visto, a algo alocadamente gozoso. Sin embargo, aquello había comenzado por el miedo; yo tenía miedo desde hacía tiempo, desde hacía mucho tiempo, de haber dicho demasiado a Akhmakova, en mi indignación y en mi sorpresa, a propósito del documento. «Sí, he dicho demasiado - pensaba yo -; seguramente ellas habrán adivinado algo... ¡Qué desgracia! Desde luego no me dejarán en paz, si se les ocurre la menor sospecha. En fin, tal vez no me encuentren. Me ocultaré. Pero ¿y si se ponen a buscarme?...» Entonces me volví a ver, hasta en los menores detalles y con un placer creciente, frente a Catalina Nicolaievna, volví a ver sus ojos audaces, pero terriblemente asombrados, mirándome con fijeza cara a cara. Al partir la había dejado en aquel asombro; «sin embargo sus ojos no son absolutamente negros... sólo las pestañas son muy negras, y eso es to que hace los ojos tan sombríos.. . »

Y de repente, me acuerdo muy bien, aquel recuerdo me inspiró un terrible disgusto... despecho, náusea por ella y por mí. Me hacía a mí mismo no sabía qué reproches, trataba de pensar en otra cosa. «¿Por qué no siento la menor indignación contra Versilov en cuanto a la historia esa con la vecina?», pensé de pronto. Por mi parte estaba firmemente persuadido de que se había puesto en plan de conquistador, y de que había venido únicamente para divertirse, pero en el fondo aquello no me indignaba. Me parecía incluso que era imposible figurárselo de otra manera y en vano the alegraba de que lo hubieran avergonzado; yo no lo acusaba. No era eso to que me importaba; era que me había mirado con tanto odio cuando ha bía entrado yo con la vecina; jamás había tenido él una mirada así. «¡Por fin, también él me ha tomado en serio!», pensé latiéndome fuertemente el corazón. ¡Oh, si yo no lo quisiese, no me alegraría tanto por su odio!

Al final me cogió el sueño y me dormí completamente. Como a través de un sueño, vuelvo a ver a Vassine que, acabado su trabajo, pone cuidadosamente todo en orden y, después de haber mirado fijamente mi diván, se desnuda y apaga la bujía. Era más de medianoche.

IV

Dos horas más tarde, algo más, exactamente, me desperté sobresaltado y me senté en mi diván. Detrás de la puerta, en casa de los vecinos, había gritos horribles, llantos y aullidos.

Nuestra puerta estaba abierta de par en par y, en el pasillo, ya iluminado, la gente gritaba y corría. Quise llamar a Vassine, pero adiviné. bien pronto que no estaba ya en su lecho. No sabiendo dónde encontrar las cerillas, cogí a tientas mis vestidos y me vestí a prisa en la oscuridad. La patrona, y todos los inquilinos quizá, parecían haberse dado cita en casa de los vecinos. Los aullidos provenían en suma de una sola voz, la de la vecina de edad, y la joven de ayer, de la que me acordaba muy bien, estaba completamente silenciosa. Ésa fue la primera observación que me atravesó el espíritu. No estaba vestido del todo cuando entró Vassine precipitadamente. En un instante, con mano habituada a hacerlo, encontró las cerillas y alumbró la habitación. Estaba recién levantado, en camisón de dormir y en babuchas y comenzó en seguida a vestirse.

—¿Qué ha pasado? —le grité.

—¡Una historia muy desagradable y muy enojosa! —respondió casi encolerizado—. Esa jovencita de la que usted me ha hablado se ha ahorcado en su habitación.

Lancé un grito. ¡No sabría decir hasta qué punto mi alma fue herida por el dolor! Corrimos al pasillo. No me atrevía, lo confieso, a entrar en casa de los vecinos. Entoces vi a la desgraciada, ya descolgada, a cierta distancia. Estaba cubierta por un paño, por abajo apuntaban las dos estrechas suelas de sus zapatos. No miré su rostro. La madre estaba en un estado espantoso; estaba con ella nuestra patrona, muy poco espantada por cierto. Todos los inquilinos estaban apiñados. No eran numerosos; solamente un viejo marino, siempre gruñón y exigente y que sin embargo hoy se mantenía perfectamente tranquilo, algunos nuevos llegados de la provincia de Tver, un anciano y una anciana, marido y mujer, personas bastante venerables y que eran funcionarios. No describiré el resto de aquella noche, las idas y venidas, las visitas oficiales; hasta romper el día, estuve agitado literalmente por un pequeño temblor rápido y consideré deber mío no acostarme, aunque no tenía nada que hacer. Todo el mundo por cierto tenía una cara extremadamente despierta, incluso alegre. Vassine fue a dar un recado, no sé adónde. La patrona se mostró mujer bastante estimable, más de lo que yo pensaba. La convencí *(y me honro de ello)* de que no se debía dejar a la madre tan sola con el cadáver de su hija, y de que debía, al menos hasta el día siguiente, llevársela a su habitación. Consintió y la madre, aunque se resistió, debatiéndose y llorando y negándose a abandonar el cadáver, se trasladó sin embargo a casa de la patrona, que en seguida se puso a encender el samovar. Tras de lo cual los inquilinos se dispersaron por sus habitaciones y se cerraron con llave. Pero yo no quise a ningún precio volverme a acostar y permanecí mucho tiempo en casa de la patrona, que se alegraba de tener a11í a un extraño capaz además de contarle cosas a propósito del asunto. El samovar fue bien venido, ya que generalmente el samovar es la cosa más indispensable en Rusia en todas las catástrofes y todas las desgracias, sobre todo las más espantosas, las más súbitas y más excéntricas; la misma madre bebió dos tazas de té, naturalmente después de toda clase de súplicas y casi a la fuerza. Y sin embargo, hablando sinceramente, no he visto jamás desesperación más cruel y más franca. Después de los primeros sollozos y de los gritos

histéricos, comenzó a hablar incluso muy a gusto, y escuché ávidamente su relato. Hay desgraciados, sobre todo entre las mujeres, que necesitan en casos análogos hablar to más posible. Hay además caracteres tan trabajados, por así decirlo, por la desgracia, tan probados a todo lo largo de sus vidas, tan abrumados por las penas de todas clases, grandes y pequeñas, que nada les asombra ya, ni las catástrofes súbitas, e, incluso enfrente del cadáver del ser más querido, no olvidarán jamás una sola de las reglas, tan dolorosamente aprendidas, del arte de conciliarse la benevolencia. No condeno; no es ni egoísmo vulgar ni educación grosera; se encontrará tal vez en esos corazones más oro que en las heroínas de muy noble apariencia, pero la larga costumbre de la humillación, el instinto de la conservación, aprensiones perpetuas y una larga opresión, las rebajan al fin. En eso, la pobre suicida no se parecía a su madre. Pero de rostro eran muy parecidas, aunque la muerta fuera positivamente bella. La madre no era aún vieja, en los alrededores de la cincuentena; también era rubia, pero con los ojos hundidos y las mejillas huecas y grandes dientes amarillos y desiguales. Todo en ella era un poco amarillento: la piel de la cara y de las manos recordaban el pergamino; la bata, de co!or oscuro, había también amarilleado por la vejez y la uña del índice de su mano derecha, no sé por qué, estaba cuidadosamente recubierto de cera amarilla.

El relato de la pobre mujer carecía a veces de ilación. Contaré lo que he comprendido y aquello de lo que me acuerdo.

V

Ellas habían venido de Moscú. Ella era viuda desde hacía mucho tiempo, «pero viuda de consejero áulico» *(75)*. Su ma rido había sido funcionario y no le había dejado casi nada, «salvo doscientos rublos de pensión, pero, ¿qué son doscientos rublos?» Ella había sin embargo educado a Olia, la había mandado al instituto... « ¡Y qué bien aprendía, qué bien aprendía! Había recibido a su salida la medalla de plata...» *(Aquí, naturalmente, largos llantos.)* Su marido había perdido en casa de un comerciante de Petersburgo un capitalito de cerca de cuatro mil rublos. Súbitamente ese comerciante había rehecho su fortuna.

—Tengo papeles, he visto a abogados, me han dicho: «Reclame, y seguramente cobrará toda la suma...» Es lo que hice, el comerciante se mostró tratable: « Vaya usted misma», me dijeron. Hemos hecho nuestras maletas, Olia y yo, y henos aquí desde hace ya un mes. Tenemos algunos recursos; hemos alquilado esta habitación porque es la más pequeña de todas, pero en una casa bien, nosotras mismas lo vemos, y para nosotras eso es lo que cuenta sobre todo: mujeres como nosotras, sin experiencia, todo el mundo podría hacernos daño. Mire, se le ha pagado a usted el mes, bien que mal, y es que Petersburgo cuesta mucho. Y nuestro comerciante que se niega a pagar: «No la conozco y no quiero conocerla», y mis papeles que no están en orden, bien lo veo yo misma. Me aconsejan ir a ver a un abogado célebre; ha sido profesor, no es un simple abogado, sino un jurista, de forma que debe decir seguramente to que hay que hacer. He ido a llevarle nuestros últimos quince rublos; ¡y bien!, se ha mostrado tal

como es, y no me ha escuchado ni tres minutos: «Veo de qué se trata —ha dicho—, lo sé. Si quiere, pagará; si no quiere, no pagará. Si intenta usted un proceso, puede tener que pagar los gastos. Lo mejor es obrar amistosamente.» Incluso ha bromeado con el Evangelio: «Haz la paz mientras estás en camino, antes de pagar lo último as.» Me ha acompañado a la puerta riendo. ¡Quince rublos perdidos! Encuentro de nuevo a Olia, nos quedamos la una frente a la otra, y lloro... Ella no llora, se queda igual, orgullosa, indignada. Y así ha sido siempre toda su vida, incluso de pequeñita, nada de ¡oh! ni de ¡ah!, nada de lágrimas, se quedaba con los ojos severos, yo sentía hasta frío en la espalda al mirarla. Lo creerán ustedes si quieren; yo tenía miedo de ella, miedo de verdad desde hace mucho tiempo; a veces tenía ganas de quejarme, pero no me atrevía delante de ella. Volví a casa del comerciante una última vez, prorrumpí en lágrimas: «Bueno», dijo sin escuchar más. Debo decirles que, como no contábamos quedarnos tanto tiempo, estamos sin dinero. He vendido alguna ropa. La llevamos al Monte de Piedad y vivimos de ella. Todo se había ido ya. Entonces ella me ha dado su última camisa y yo he vertido una lágrima amarga. Ha golpeado con el pie, ha corrido ella mis ma a casa del comerciante. Es una viuda; le ha hablado así: «Venga mañana a las cinco, quizá tenga algo que decirle.» Ella ha vuelto contenta: «He aquí que ha dicho que tendrá algo que decirme.» Yo también estaba contenta, sólo que algo me oprimía el corazón: ¡va a pasar algo!, me decía, pero no tenía valor para hacerla hablar. A los dos días, vuelve de casa del comerciante, pálida, toda temblorosa, y se tira al lecho: yo había comprendido todo, no me atrevía ni a preguntarle. Bue no, ¿qué es lo que creen ustedes?: ha sacado quince rublos, el bandido: «Y si te encuentro virgen —le ha dicho—, añadiré todavía cuarenta más.» Le ha dicho eso cara a cara, sin ruborizarse: Entoces ella se ha lanzado contra él, según me contó, pero él la ha rechazado con el pie y se ha encerrado con llave en otra habitación. Sin embargo, se lo confieso a ustedes, sobre mi conciencia, no teníamos casi nada que comer. Hemos cogido un bolero forrado de liebre y lo hemos vendido. En seguida ella ha ido al periódico y ha puesto un anuncio: Preparo para todas las ciencias y para la aritmética. «Me pagarán bien treinta copeques», me decía. Y al verla, yo, su madre, hasta rne espantaba. Ella no me decía nada, se quedaba sentada horas enteras a la ventana, para mirar el tejado de la casa de enfrente, luego lanzaba un grito:

»-Iré a lavar la ropa, iré a cavar si hace falta.

»Una palabra así y después golpeaba con el pie en el suelo. Y es que no tenemos amigos aquí, nadie a quien se pueda ir a buscar. ¿En qué vamos a parar? Y yo tengo siempre miedo de hablar con ella. Duerme en pléno día, de pronto se despierta, abre los ojos y me mira. Yo estoy sentada sobre el cofre y la miro también. Se levanta sin decir nada, se acerca a mí, me besa fuerte, fuerte, y las dos no aguantamos más, lloramos así y nos acobardamos la una por la otra. Era la primera vez que le sucedía eso en su vida. Estábamos así una y otra, cuando he aquí a vuestro Nastassia que entra y dice:

»-Hay una señora que pregunta por usted.

»Era hace cuatro días. Ella entra, la señora esa: muy bien vestida, hablando ruso, pero con una especie de acento alemán.

»-¿Ha insertado usted, un anuncio en el periódico? ¿Da usted lecciones?

»La hemos festejado, hemos hecho que se sentara, reía amablemente:

»-No es para mí, es para mi sobrina, que tiene hijos pequeños; venga a vernos, si quiere, y nos pondremos. de acuerdo.

»Ha dado su dirección: Voznessenski, número tal, partido tal. Y luego se ha marchado. Mi peqtieña Olio Ira ido a11í, ha corrido allí el mismo día. ¡Y bien!, ha vuelto dos horas después en plena histeria. Me ha contado en seguida:

—Le pregunto al dvornik : "¿Dónde está el apartamiento número tal?" El dvornik me mira: "¿Y qué es lo que necesita en ese apartamiento?" Dijo eso en forma extraña, tanto que se podía ya dudar algo.

Pero ella era tan orgullosa, tan impaciente, que no sufría las preguntas ni las groserías.

—Bueno, vaya —dijo el otro indicándole con el dedo la escalera.

»Le volvió la espalda y se metió en su cuartito. ¿Qué creen ustedes que pasó? Entra, pregunta y pronto acuden mujeres de todas partes.

»-¡Entre! ¡Entre! .

»Todas se precipitan riendo, cubiertas de joyas falsas, se toca el piano, la arrastran.

»-Yo quería huir, pero ellas no me dejaban.

» Ha cogido miedo, sus piernas no la sostienen; las otras no la soltaban, sino que le hablaban suavemente, tiernamente, la animaban; se descorchó una botella de Oporto, querían complacerla. Entonces ella se revolvió, lanzó injurias, toda temblorosa:

»-¡Dejadme! ¡Dejadme!

»Se arrojó contra la puerta, la sujetaron, ella gritaba. Entonces saltó la otra, la que había venido a casa, le dio a Olia dos bofetadas y la echó fuera.

» -No vales la pena, basura, no mereces habitar en una casa decente.

»Y otra le gritó en la escalera:

»-¡Eres tú misma quien ha venido a ofrecerse, porque no tienes nada que comer en tu casa; de otra forma, con esa jeta, no te habríamos ni mirado.

»Toda esa noche la pasó con fiebre y delirio. Por la mañana sus ojos brillaban. Se levanta:

»-Voy a querellarme.

»Yo no digo nada, pero pienso para mí: ¿cómo querellarse? No hay pruebas. Se pasea de arriba abajo, se retuerce las ma nos, las lágrimas le corren por las mejillas; pero aprieta los labios, inmóvil. Desde ese momento, todo el rostro se le ha ennegrecido, hasta el último instante. Dos días después se encontraba mejor, se la habría creído calmada. Entonces es cuando ha venido, a las cuatro de la tarde, el señor Versilov.

»Pues bien, lo diré francamente: no puedo todavía comprender cómo Olia, tan desconfiada, ha podido escucharlo ni siquiera la primera palabra. Lo que nos atraía a las dos era

su aire serio, hasta severo, su forma de hablar dulce, tan educada, hasta respetuosa, y sin embargo no se veía en él halago alguno: se veía que eso procedía de su buen corazón:

»--He leído su anuncio en el periódico. No lo ha redactado exactamente como es preciso hacerlo, y eso podría hasta perjudicarla.

»Luego le ha explicado algo, no he comprendido bien, a pro pósito de la aritmética. Sólo he visto que Olia enrojecía *(¡debe de ser un hombre muy inteligente!)*. Oí incluso que ella le daba las gracias. Él le ha hecho preguntas, se veía que habitaba en Moscú desde hacía mucho tiempo, conocía personalmente a una directora de instituto.

»-La encontraré lecciones - dijo -, porque conozco a mucha gente aquí, puedo hasta preguntar a personas muy influyentes, a incluso si usted quiere una plaza permanente, se puede estar a la vista... Mientras tanto, perdóneme una pregunta directa: ¿En qué puedo ahora serle útil? No será usted quien tendrá que estarme agradecida, es usted, al contrario, quien me causará un placer si me permite hacerle un pequeño servicio. Me lo devolverá, si quiere, en cuanto haya usted obtenido una plaza. Para mí, créame bajo mí palabra de honor, si yo cayera un día en el estado en que está usted, y usted, por lo contrario, se hubiera hecho rica, ¡bien!, no tendría vergüenza de pedirle ayuda, le enviaría a mi mujer y a mi hija...

»No les diré todas sus palabras, desde luego, sólo que de rramé una lágrima al ver los labios de Olia temblar de reconocimiento. Ella le respondió así:

»--Si acepto es porque tengo confianza en un hombre leal y humano que podría ser mi padre.

»Lo ha dicho así de bien, tan brevemente, tan noblemente: « ¡un hombre humano! » Él se levanta en seguida:

»-Nada de eso, nada de eso; le encontraré lecciones y una plaza, me ocuparé hoy mismo, tanto más cuanto que tiene usted títulos por completo suficientes...

»Pero yo había olvidado decirles que, en seguida, al entrar, él había examinado los diplomas de ella del instituto, y la interrogó sobre toda clase de temas.

»-¡Cómo me ha preguntado! - me ha dicho en seguida Olia-. ¡Qué inteligente es!, ¡qué agradable resulta hablar con un hombre tan culto, tan instruido... !

»Estaba toda resplandeciente de alegría. Había sesenta rublos sobre la mesa:

»-Recójalos - me dijo ella -; tendremos una plaza, los devolveremos lo antes posible, probaremos que so mos personas honradas, puesto que, en cuanto a ser delicadas, él ha visto ya que lo somos. - En seguida se ha callado, yo veía que respiraba profundamente -. Si fuéramos gentes groseras, no habríamos tal vez aceptado, por orgullo, pero al aceptar, hemos mostrado así nuestra delicadeza, hemos demostrado que tenemos confianza en él, un hombre respetable de cabellos blancos, ¿no es verdad?

»Al principio no he comprendido y he dicho:

»-¿Y por qué, Olia, no aceptar un favor de un hombre noble y rico, si además tiene buen corazón?

»Ella frunció las cejas.

»-No, mamá, no es eso, no es de favor de lo que se trata, sino de humanidad. En cuanto a lo del dinero, habría quizá valido más no tomarlo: puesto que ha prometido encontrarme una plaza, eso bastaba... aunque tengamos mucha necesidad de él.

»Y yo:

»-Vamos, Olia, estamos en una situación como para no rehusar - y hasta me he reído al decir eso.

»Yo estaba contenta por mi parte, sólo que, una hora despues, ella vuelve al tema:

»-Espere un poco, mamá, antes de gastar ese dinero -dijo en tono categórico.

»-¿Cómo? - dije.

»-¡Sí, aguarde! - y no dijo nada más.

»Toda la tarde ha permanecido silenciosa; sólo a la noche, a las dos de la madrugada, me despierto y oigo a Olia revolverse en la cama:

»-Mamá, ¿no duerme?

»-No.

»-¿Sabe usted?, ha querido ofenderme.

»-¿Qué estás diciendo?

»-Seguramente, seguramente, y sobre todo no gaste un solo copec de su dinero.

»Yo iba a responderle, comenzaba incluso a llorar en mi cama, pero ella se volvió de cara a la pared diciendo:

»-¡No me responda, déjeme dormir!

»Por la mañana la miro y no la reconozco; lo creerán ustedes o no lo creerán, pero les juro delante de Dios, ¡ella había perdido ya la razón! Desde que se la había tratado así en aquella casa infame, su corazón no estaba en su sitio, y su razón tampoco... La miro, esa mañana, y no sé qué pensar; tengo miedo; me digo: no hay que contradecirla. Me pregunta:

»--Mamá, ¿no ha dejado su dirección?

»-Estás equivocada, Olia; le oíste hablar ayer, has hecho su elogio, en seguida has estado dispuesta a llorar lágrimas de reconocimiento.

»No le he dicho nada más, pero ella lanza gritos, patea:

»-Usted no tiene más que sentimientos bajos, se ve bien ahí, ¡la vieja educación de la esclavitud...!

»-¿Qué es lo que no me ha dicho...? Coge su sombrero, se escapa, y le grito en la escalera. Me digo: « ¿qué es lo que tiene?, ¿a dónde huye?» Había ido a la oficina de direcciones, para saber dónde habitaba el señor Versilov. Al volver, me dijo:

»-Hoy mismo voy a devolverle su dinero, se lo tiraré a la cara; ha querido ofenderme, lo mismo que Safronov *(era nuestro comerciante)*, sólo que Safronov lo ha hecho como rudo mujik, y éste como astuto hipócrita.

»Exactamente en ese mismo momento, llama a la puerta ese señor de ayer:

»-Oigo. que se habla de Versilov; puedo daros noticias de Versilov.

»Al oír ese nombre de Versilov, ella se lanza sobre él, completamente furiosa: se pone a hablar. Yo la miraba y no creía en mis ojos: ¡ella, tan silenciosa! Jamás había hablado de aquella forma, y muchísimo meno s a un desconocido. Sus mejillas estaban rojas, sus ojos brillantes... y él:

»-Tiene usted toda la razón. Versilov es exactamente como esos generales que se describen en los periódicos; el general se coloca todas sus condecoraciones y recorre todas las amas de llave que insertan anuncios en los periódicos, acude y encuentra lo que le hace falta; si no lo encuentra, se queda a charlar, promete montañas y maravillas y se vuelve, y es por lo menos una distracción que se ha procurado.

»Hasta Olia estalla en r isotadas, pero es una especie de risa malvada. Ese señor la coge por la mano y se lleva esa mano a su corazón:

»-Yo mismo tengo cierto capital que podría siempre ofrecer a una bella, pero comienzo por besar esta gentil manecita...

»Y veo que la atrae para besarla. Ella salta, y yo con ella esta vez, y entre las dos lo ponemos en la puerta. Por la tarde Olia recoge el dinero, se va corriendo y vuelve diciendo:

»-¡Mamá, me he vengado de ese grosero!

»-¡Ah, mi pequeña Olia, tal vez es a nuestra fortuna a lo que hemos expulsado, has ofendido quizás a un hombre noble y bienhechor!

»Lloro de despecho; no podía aguantar más. Entonces ella me grita:

»-¡No quiero, no quiero! ¡Aunque fuera el hombre más honrado del mundo, no quiero sus limosnas! ¡No quiero que se tenga piedad de mí!

»Me acuesto sin una idea en el cerebro. ¡Cuántas veces lo he mirado, he mirado ese clavo que tiene usted en la pared, que ha quedado de algún espejo!; ¡pues bien!, no sospeché nada, ni ayer, ni antes, no adivinaba nada, y sobre todo no me esperaba eso de mi Olia. Duermo como de costumbre, a puños cerrados, ronco, es la sangre que se me sube a la cabeza. Otras veces me baja al corazón, y grito en el sueño; entonces Olia me despierta en la noche:

»-¿Qué significa eso, mamá? Duerme tan profundamente que no se consigue despertarla cuando hace falta.

»-¡Ah, sí!, mi pequeña Olia, duermo muy profundamente, muy profundamente.

»Por lo que hay que creer que yo roncaba así ayer. Es lo que ella esperaba: entonces se ha levantado sin temor. Había allí una correa de maleta, una larga correa que se arrastraba todos estos meses, bien a la vista. Todavía ayer mañana, yo me decía:

»-Habrá que arreglarla, que no se arrastre de esa forma.

»En seguida, sin duda, ha empujado la caja con el pie; para que no hiciese ruido, había puesto su camisa por debajo. Y, sin duda, me desperté mucho tiempo después, una hora larga o más. Llamo:

»-¡O1ía, Olia!

»Tuve de pronto una especie de visión para llamarla así. O bien era que no oía su respiración en la cama o bien distinguía en la oscuridad que su lecho parecía estar vacío. El caso es que me levanté de repente y alargo el brazo: ¡nadie en la cama, la almohada está fría! Entonces mi corazón se agita, estoy como sin conocimiento, mi razón se turba. «Ha debido salir» , me digo. Doy un paso y luego, cerca de la cama, en el rincón, delante de la puerta, me parece verla de pie. La miro sin decir nada y ella también, en la oscuridad, me mira sin hacer un movimiento... Pero, ¿por qué está de pie encima de la silla? Digo muy bajito:

»-Olia, tengo miedo. Olia, ¿me oyes?

Entonces de pronto todo se aclara, doy un paso, me lanzo con los brazos por delante sobre ella, la abrazo, y ella, ella se balancea entre mis manos, la agarro y continúa balanceándose. Entonces lo comprendo todo, y no quiero comprender... Quiero gritar, el grito no viene... ¡Ah!, ¡cuánto pienso! Caigo al suelo y entonces grito... *(76)*.

—Vassine —dije al llegar la mañana, entre cinco y seis—, sin su Stebelkov, todo esto no habría tal vez sucedido.

—¿Quién sabe? Seguramente habría sucedido. No está permitido juzgar así; todo estaba ya preparado... Es cierto que a veces este Stebelkov...

No terminó y frunció desagradablemente las cejas. A eso de las seis se marchó; siempre estaba marchándose. Al fin, me quedé solo. Era de día. La cabeza me daba vueltas ligeramente. La imagen de Versilov me vino a la memoria: el relato de aquella señora lo mostraba bajo otra luz. Para reflexionar más cómodamente me estiré en la cama de Vassine, tal como estaba, vestido y calzado, sin la menor intención de dormir, y de pronto me quedé dormido, no recuerdo ni cómo pasó, Dormí cerca de cuatro horas; nadie me despertó.

Capítulo x

I

Me desperté a las diez y media y durante mucho tiempo no creí en mis ojos: sobre el diván donde había dormido la víspera, estaba sentada mi madre, y al lado de ella la infortunada vecina, la madre de la suicida. Las dos estaban cogidas de la mano y conversaban en voz baja, sin duda para no despertarme, y las dos lloraban. Me levanté y me precipité a abrazar a mi madre. Toda radiante, me besó y me hizo tres veces la señal de la cruz con la mano derecha. No habíamos pronunciado ni una palabra, cuando la puerta se abrió: Versilov y Vassine entraron. Mi madre inmediatamente se levantó, llevándose a la vecina. Vassine me tendió la mano; Versilov no me dijo una palabra y se dejó caer en la butaca. Mi madre y él estaban allí seguramente desde hacía algún tiempo. Su rostro estaba tenso y preocupado.

—Lo que más lamento —le explicaba lentamente a Vassine, continuando sin duda la conversación comenzada— es no haber podido arreglar todo eso ayer tarde. ¡Esta terrible historia no habría sucedido sin duda! Apenas ella se escapó de mi casa, decidí por mi parte seguirla hasta aquí y sacarla de su error, pero ese asunto imprevisto y urgente, que además habría podido muy bien aplazar hasta hoy... a incluso durante una semana, ese lamentable asunto ha impedido todo y todo lo ha estropeado. ¡Las cosas que pasan!

—Tal vez no hubiera usted conseguido convencerla. Aparte de usted, había ya mucho rencor acumulado —observó incidentalmente ~ Vassine.

—No, yo habría triunfado. Seguramente habría triunfado. Tenía incluso una idea en la cabeza, enviar en mi lugar a Sofía Andreievna. La idea me atravesó el espíritu, pero no hizo más que atravesarlo. Sofía Andreievna habría triunfado y la desgraciada estaría todavía viva. No, jamás me meteré... en «buenas acciones...» ¡Para una vez que me he metido! ¡Y yo que pensaba que era aún de mi tiempo, y que comprendía a la juventud moderna! Sí, vuestros viejos cerebros han envejecido ya antes de madurar. A propósito, hay una cantidad espantosa de hombres que, por costumbre, continúan conside rándose de la joven generación porque todavía ayer lo eran, y no se dan cuenta de que están ya para el arrastre.

—Aquí ha habido un equívoco, una confusión demasiado evidente —observó Vassine atinadamente—. Su madre dice que después de la terrible ofensa de la casa pública ella había algo así como perdido la razón. Añada a eso las de más circunstancias, la primera ofensa del comerciante... todo habría podido producirse en otros tiempos exactamente de la misma forma y no caracteriza en absoluto, según yo, a la juventud de hoy.

—Es más bien impaciente la juventud de hoy, sin hablar, claro es, de esa mediocre comprensión de la realidad que es propia sin duda de la juventud de todos los tiempos, pero más aún de la juventud de hoy... Dígame, ¿y qué ha pintado en esto el señor Stebelkov?

—El señor Stebelkov es la causa de todo. —Era yo el que intervenía en la conversación—. Sin él, no habría sucedido nada; ha echado aceite al fuego.

Versilov escuchó, pero no me miró. Vassine hizo una mueca de desagrado.

—Me reprocho también una circunstancia ridícula —continuó Versilov sin apresurarse y arrastrando las palabras—. Me parece que, de acuerdo con mi mala costumbre, me he permitido con ella una especie de alegría, una risita ligera, en una palabra, no he sido bastante cortante, seco y sombrío, tres cualidades que, según creo, son también muy apreciadas por nuestra joven generación... En una palabra, le he dado motivo para tomarme por un Céladon ambulante.

—Todo lo contrario —interrumpí de nuevo violentamente—, la madre asegura que usted ha producido una excelente impresión precisamente por su seriedad, incluso su severidad, su sinceridad. Éstas son sus mismas palabras. La difunta, poco después de marcharse usted, ha hecho su elogio precisamente en ese sentido.

—¿Si...í? —balbució Versilov, lanzándome al fin una mirada furtiva—. Tome, pues, ese papel, es indispensable para el caso—..— dijo, tendiendo un trocito minúsculo de papel a Vassine.

Vassine lo cogió, y, viendo que yo miraba con curiosidad, me lo dio a leer. Era una nota, dos líneas irregulares garrapateadas con lápiz y probablemente en la oscuridad:

«Mamá, mi querida mamá, perdóneme por haber fracasado en el comienzo de mi vida. Su Olia que le ha causado dolor.»

—Se ha encontrado esta mañana —explicó Vassine.

—¡Qué billete tan singular! —exclamé, asombrado.

—¿En qué es singular? —preguntó Vassine.

—¿Es que se puede, en un instante como ése, escribir en ese estilo humorístico?

Vassine me miró con aire inquisitivo.

—Este humor es singular —continué—, es jerga escolar... Y bien, ¿quién, pues, en un momento así y en una nota a su infortunada madre, a su madre a quien ella amaba, se ve bien claro, puede escribir: «por haber fracasado en el comienzo de mi vida»?

—¿Y por qué no? —Vassine continuaba sin comprender.

—Aquí no hay el más mínimo humor —observó al fin Versilov—. La expresión sin duda es impropia, chirría, ha podido nacer en efecto de alguna jerga escolar o de cualquier germanía, como tú has dicho, o bien hasta puede provenir de cualquier novela de folletín, pero la difunta, al emplearla, no ha observado seguramente que no encajaba en el tono y, créame, la ha empleado en esa terrible nota con completa inocencia y seriedad.

—Eso es imposible; ella terminó sus estudios y salió con la medalla de plata.

—La medalla de plata no tiene nada que ver. En nuestros tiempos, hay muchos que terminan sus estudios de esa forma.

—¿Incluso la juventud? — sonrió Vassine.

—De ninguna manera —le respondió Versilov levantándose y cogiendo su sombrero—. Si la generación actual es menos literaria, posee sin ninguna duda... otros méritos —añadíó con una seriedad desacostumbrada—. Además, «mucho» no es «todo». Usted, por ejemplo, yo no le acusaré de poseer un acervo literario insuficiente, y sin embargo usted es un hombre joven todavía.

——¡Pero Vassine no ha encontrado nada de malo en ese «fracasado en el comienzo»!—hice notar sin poder contenerme *(77)*.

Versilov le tendió silenciosamente la mano a Vassine. Éste cogió también su gorra para salir con él y me gritó:

—¡Hasta la vista!

Versilov salió sin prestarme atención. Yo tampoco tenía tiempo que perder: ¡era preciso a todo precio correr en busca de un alojamiento, ahora más que nunca! Mi madre no estaba ya a11í, había salido, llevándose a la vecina. Me encontré en la calle de un humor excelente... Una sensación nueva e inmensa nacía en mi alma. Además, como por azar, todo me salió bien: encontré extraordinariamente pronto un alojamiento perfectamente conveniente; volveré a hablar después de él, por ahora terminemos con lo esencial.

Era poco más de la una cuando volví a casa de Vassine para recoger mi maleta. Lo encontré precisamente en casa. Al verme gritó con aire gozoso y sincero:

—¡Cuánto me alegra que me haya encontrado! ¡Iba a salir! Tengo que comunicarle una cosa que, estoy seguro, le interesará mucho.

—¡Estoy seguro de ello de antemano! —exclamé.

—¡Ah, qué aspecto tan alegre tiene! Dígame, ¿no sabe usted nada de cierta carta que estaba en casa de Kraft y que cayó ayer en manos de Versilov, a propósito de la herencia que le ha sido adjudicada? El testador explica en ella su vo luntad en un sentido opuesto a la decisión del tribunal. Esta carta está escrita hace mucho tiempo. En una palabra, no sé exactamente lo que hay dentro, pero, ¿no sabe usted nada de ella?

—¡Claro que sí! Kraft me llevó anteayer a su casa... desde la casa de esos señores, para entregarme esa carta, y fui yo quien se la entregó ayer a Versilov.

—¿Sí? Es justo lo que pensaba. Figúrese que el asunto de que hablaba ahora mismo aquí Versilov, y que le impidió ve nir ayer tarde a sacar de su error a esa muchacha, ¡bien!, ese asunto ha sido suscitado por esa carta. Versilov se dirigió ayer tarde a casa del abogado del príncipe Sokolski, le ha remitido esa carta y ha renunciado a toda la herencia. A estas horas esta renuncia ha revestido ya forma legal. Versilov no hace un donativo, reconoce en este acto el justo derecho de los príncipes.

Yo estaba aturdido, pero encantado. A decir verdad, estaba absolutamente convencido de que Versilov destruiría la carta. Más aún: yo le había dicho a Kraft que eso sería deshonroso y me lo había repetido incluso en el restaurante, me ha bía dicho que «contaba con tener que tratar con un hombre puro y no con ése», pero aparte de mí, es decir, en lo más profundo de mi corazón, consideraba que era imposible obrar de otra forma más que suprimiendo radicalmente el documento. Es decir, que yo veía en eso la cosa más normal del mundo. Si, luego, yo hubiera acusado a Versilov habría sido a propósito, en apariencia solamente, es decir, para conservar sobre él mi superioridad. Pero ahora, al saber la hazaña de Versilov, sentía un entusiasmo sincero y completo; lamentaba y condenaba mi cinismo y mi indiferencia en cuanto a la virtud y alcé instantáneamente a Versilov a una altura infinita sobre mí. Estuve a punto de abrazar a Vassine.

—¡Qué hombre! ¡Qué hombre! ¿Quién habría hecho otro tanto? —exclamaba yo en mi exaltación.

—Reconozco con usted que muchos hombres no lo habrían hecho... y que este paso es sin discusión altamente desinteresado...

—¿«Pero»?... Acabe, Vassine, ¿hay un «pero»?

—Claro que sí, hay un «pero». El paso de Versilov, a mi juicio, es un poco rápido, y un poco menos franco —dijo Vassine sonriendo.

—¿Menos franco?

—Sí. Él quiere concederse, como si se dijera, un «pedestal». Pues, en todo caso, se habría podido hacer igual sin perjudicarse a sí mismo. Si no la mitad, al menos una cierta parte de la herencia podría ahora todavía volver a Versilov, incluso con la lealtad más puntillosa, tanto más cuanto que el documento no tenía valor decisivo y el proceso estaba ganado. Éste es el parecer del abogado de la parte contraria; acabo de hablar con él. La decisión no habría sido menos hermosa, y únicamente por deseo de vanidad ha resultado de otra forma. Sobre todo el stñor Versilov se ha excitado y se ha apresurado demasiado. ¿No dijo él mismo ahora que habría podido aplazarla una semana...?

—¡Ya sabe usted, Vassine! No tengo más remedio que estar de acuerdo con usted, pero... ¡prefiero ver las cosas a mi manera! ¡Esto me gusta más!

—Es cuestión de gusto. Es usted quien me ha provocado, yo no pedía nada mejor que callarme.

—E incluso aunque haya un «pedestal», ¡de todas formas es mejor así! —continué—. El pedestal tiene a gala ser un pedestal, no por eso es menos una cola muy estimable. Es a pesar de todo un «ideal» y, si ciertas almas de hoy no lo tienen, eso no es un progreso; con una pequeña deformación, si usted quiere, ¡pero prefiero que exista! ¡Y seguramente usted piensa otro tanto, Vassine, amigo mío, Vassine, mi quetido Vassine! En una palabra, yo me he entusiasmado, naturalmente, pero usted me comprende bien. De otra forma, usted no sería Vassine. ¡De todas formas, le cojo a usted y lo abrazo, Vassine!

—¿De alegría?

—¡De alegría inmensa! ¡Pues este hombre «estaba muerto y ha resucitado, estaba perdido y ha sido encontrado»! Vassine, soy un ma l muchacho y no lo merezco a usted. Es desde luego eso lo que me hace darme cuenta en ciertos momentos de ser otro completamente distinto, más educado y más profundo. Por haberle lanzado anteayer su elogio en pleno rostro *(lo hïce únicamente porque usted me había humillado y abrumado)*, ¡lo he detestado durante dos largos días! Mé prometí, esta misma troche, no venir jamás a verle y, si vine ayer por la mañana, fue únicamente por rabia, ¿comprende usted bien?, por rabia. Sentado en esta silla, solo, criticaba su habitación y a usted mismo y a todos sus libros y a su patrona; me esforzaba en rebajarlo y burlarme de usted...

—No era muy útil el contármelo...

—Ayer por la tarde, habiendo deducido de una de sus frases que usted no comprende a las mujeres, yo estaba encantado de poder cogerle por ahí. A1 momento, a propósito del «fracaso del comienzo», estuve otra vez encantado locamente al cogerle en falta, y todo eso porque yo había hecho su elogio el otro día...

—¡Pero no puede ser de otra forma! —exclamó al fin Vassine *(continuaba sonriendo, sin asombrarse lo más mínimo)*—. Pero es lo que pasa siempre, a casi todo el mundo, y hasta es el primer móvimiento. Sólo que nadie lo confiesa, y además no hace falta confesarlo, porque eso pasa y no entraña ninguna consecuencia.

—¿A todo el mundo? ¿Es posible? ¿Todos los hombres son así? ¿Y usted, al decir eso, está tranquilo? Pero, ¡con semejantes ideas, la vida es imposible!

—Entonces, según usted:

Más querida me es la ilusión que nos alza que mil bajas verdades *(78)*.

—¡Eso sí que es verdad! —exclamé—. ¡Esos dos versos encierran un axioma sagrado!

—No sé nada: no pretendo de ninguna forma decidir si esos versos son verdaderos o no. La verdad, como siempre, debe de estar en alguna parte en el medio: es decir, en un caso una santa verdad, y en otro una mentira. No hay más que una cola que sé bien: que durante mucho tiempo aún esta idea seguirá siendo uno de los grandes puntos de litigio entre los hombres. Hago observar, en todo caso, qué usted tiene ahora deseos de bailar. ¡Pues bien, baile! El ejercicio es bueno, y yo estoy precisamente esta mañana abrumado de trabajo... ¡Además ya estamos retrasados!

—¡Me voy, me voy! Una palabra solamente —grité, cogiendo ya mi maleta—. Si alguna vez me he «lanzado al cuello de alguien», es únicamente porque usted me ha comunicado la noticia, desde mi llegada, con una alegría tan sincera y porque usted se ha sentido «dichoso» al yo encontrarle en casa, y eso después de la historia del «fracaso en los comienzos». Esa síncera alegría ha vuelto por completo mi «joven corazón» a favor de usted. ¡Pues bien!, adiós, trataré de no venir más durante el mayor tiempo posible, y sé que eso le será extremadamente agradable. Lo leo en sus ojos. Y además eso será una cosa excelente para los dos...

Parloteando así y asfixiándome casi con ese divertido coterreo, levanté mi maleta y salí con ella para mi nuevo alojamiento. Lo que me complacía sobre todo era que Versilov se hubiese enfadado tan pronto conmigo y se negara a hablarme y a mirarme. Una vez depositada mi maleta, volé a casa de mi viejo príncipe. Esos dos días sin él me habían sido, lo confieso, un poco penosos. Además ya él debía estar enterado de la conducta de Versilov.

II

Yo sabía muy bien que se alegraría al verme y, lo juro, incluso sin Versilov, habría ido a buscarle hoy mismo. Yo estaba solamente asustado, ayer y ahora mismo, por la idea de que me encontraría con Catalina Nicolaievna. Pero ahora no tenía ya miedo de nada.

Me abrazó con alegría.

—¡Ese Versílov! ¡Ha visto usted! —comencé en seguida abordando lo esencial.

—¡Cher enfant, mi querido amigo, es tan noble, tan educado! ¡Hasta Kilian *(el funcionario de abajo)* ha quedado impresionado! Es una locura por su parte, ¡pero es magnífico, es una hazaña! ¡Hay que saber apreciar el ideal!

—¿No es eso? ¿No es eso? Siempre hemos estado de acuerdo en este punto.

—Querido, siempre estamos de acuerdo. ¿Dónde estabas? Quería decididamente ir a verte, pero no sabía dónde encontrarte... Sin embargo no podía ir a casa de Versilov. .. aunque hoy, después de todo... Fíjate, amigo mío: he aquí lo que le ha permitido triunfar de las mujeres, rasgos de este género, estoy seguro...

—A propósito, antes de olvidarlo... Se lo tenía reservado precisamente para usted. Ayer, un indigno golfillo, injuriando a Versilov en mi presencia, lo trató de «profeta para buenas mujeres». ¡Qué expresión tan rara! ¿La expresión misma? Se la reservaba para usted...

—« ¡Profeta para buenas mujeres! » Mais... c'est charmant! ¡Ah, ah, ah! ¡Pero eso le va tan bien! ... ¡o más bien eso no le va en absoluto! ¡Puf!, pero está bien dicho... o más bien no está dicho nada, pero...

—Eso no importa, eso no importa, no se preocupe; ¡no considere más la frase!

—La frase es admirable y, ya sabes, tiene un sentido muy profundo... ¡La idea es completamente justa! Quiero decir que tú lo creeras tal vez... En resumen, te cunfiaré un secretito. ¿Te has fijado el otro día en esa Olimpia? ¿Creerás que siente una debilidad por Andrés Petrovitch, hasta el punto, creo, de alimentar algo...?

—De alimentar... ¡que tenga cuidado! —grité, adoptando una postura amenazadora, en mi indignación.

—Mon cher, no grites. Siempre es lo mismo, además tú tienes razón desde tu punto de vista. A propósito, amigo mío, ¿qué es lo que te sucedió la otra vez, delante de Catalina Nicolaievna? Vacilaste... creí que ibas a caerte, a iba a lanzar me para sostenerte.

—No es el momento de hablar de eso. Bueno, en una palabra, me sentí confuso por completo, por cierta razón...

—Y ahora mismo acabas de ruborizarte...

—Y usted tiene necesidad de insistir aún. Usted sabe que ella no es amiga de Versilov:.. luego, todos esos asuntos, ¡bue no!, me he turbado. Vamos, ¡dejemos eso para después!

—Dejemos, dejemos, ya me gustaría a mí... En resumen, soy muy culpable ante ti, y hasta, tú te acuerdas de eso, gruñí algo entonces... ¡Pero he aquí al príncipe Serioja!

Vi entrar a un oficial joven y hermoso. Lo examiné con ojo ávido porque no le había visto jamás hasta entonces. Digo hermoso, porque era lo que todo el mundo decía de él, pero había en ese joven y bello rostro un no sé qué muy poco seductor. Lo anoto aquí como la primera impresión recibida en la primera ojeada que lancé sobre él y que siempre he conservado. Era delgado, de buena estatura, castaño. Su tez era brillante, pero tirando un poco a amarilla, y la mirada decidida. Sus hermosos ojos oscuros parecían ligeramente severos, incluso cuando estaba perfectamente tranquilo. Pero su mirada decidida era precisamente desagradable porque se olía. que esta decisión le costaba demasiado barata. En fin, no sé cómo expresarme... Sin duda su fisonomía era capaz de pasar brus camente de la severidad a la amabilidad o a una expresión asombrosamente dulce y acariciadora, y eso con una indiscutible sinceridad. Esta sinceridad atraía. Un rasgo más: a pesar de su amabilidad y de su sinceridad, esa fisonomía no estaba jamás alegre; incluso cuando el príncipe reía de buena gana se sentía a pesar de todo que no debía de tener en su casa una verdadera alegría, ligera y luminosa... Pero es extremadamente difícil describir un rostro. Por lo que a mí toca soy absolutamente incapaz de hacerlo. El viejo príncipe se precipitó en hacernos trabar conocimiento, según su tonta costumbre.

—Mi joven amigo, Arcadio Andreievitch *(¡otra vez Andreievitch!)* Dolgoruki.

El joven príncipe se volvió hacia mí con una expresión doblemente respetuosa, pero se veía que mi nombre le era totalmente desconocido.

—Es el... pariente de Andrés Petrovitch —murmuró mi insoportable príncipe. *(¡Cuán insoportables son a veces estos viejecitos, con sus costumbres!)*

E1 joven príncipe adivinó en seguida.

—¡Ah! He oído hablar hace mucho tiempo... —dijo rápidamente—. He tenido el gran placer de conocer, el año pasado, en Luga, a su hermana, Isabel Makarovna... Ella me habló también de usted ——.

Yo mismo me quedé sorprendido: una alegría sincera brillaba en su rostro.

—Permítame, príncipe —balbuceé, llevándome a la espalda los brazos—, debo decirle sinceramente, y me alegra que sea en presencia de nuestro querido príncipe, que deseaba mucho encontrarle a usted, y muy recientemente, ayer aún, yo tenía ese deseo, pero con una intención muy distinta. Lo digo francamente, usted seguramente se asombrará. En resumen, yo quería provocarle por la injuria que le hizo usted hace dieciocho meses, en Ems, a Versilov. Y aunque usted tuviera que rechazar mi desafío porque no soy más que un escolar y un adolescente todavía menor de edad, se lo lanzaría de todas formas, cualesquiera que fuese su respuesta y lo que usted pudiera hacer... Y todavía hoy, lo confieso, tengo la misma intención. ..

El viejo príncipe me dijo más tarde que yo había pronunciado esta frase muy noblemente.

Un disgusto sincero se marcó en el rostro del príncipe.

—No me ha dejado usted terminar —respondió con aire importante—. Si le he dirigido esas pocas palabras con toda mi buena voluntad, la razón está en los verdaderos sentimientos que experimento ahora hacia Andrés Petrovitch. Lamento no poder comunicarle en este mismo momento todas las circunstancias, pero, se lo aseguro por rni honor, desde hace mucho tiempo considero mi desgraciado acto de Ems con el más profundo pesar. A1 volver a Petersburgo he resuelto conceder todas las satisfacciones posibles a Andrés Petrovitch, es decir, pedirle perdón con toda franqueza, literalmente en la forma que fije él mismo. Influencias muy altas y muy poderosas han sido la causa de este cambio de opinión. El que hayamos tenido un proceso no ha influido en nada en mi decisión. Su forma de obrar ayer conmigo me ha emocionado, por decirlo así, y en este mismo momento, créame, no me he. repuesto todavía. ¡Bueno!, debo prevenirle que he venido a casa del príncipe para comunicarle un hecho de extremada importancia: hace tres horas, es decir, exactamente en el momento en que se redactaba ese acta con el abogado, el hombre de confianza de Andrés Petrovitch ha venido a buscarme y me ha transmitido de su parte un desafío... un desafío en regla por la his toria de Ems...

—¡Él le ha desafiado! —exclamé, y sentí que se me saltaban las lágrimas y me subía la sangre a la cara.

—Sí, me ha desafiado; he aceptado en seguida el desafío, pero he resuelto, antes del encuentro, dirigirle una carta expo niéndole el juicio que me merece mi acción y mi pesar por aquel terrible error... ¡pues no fue más que un error, desgraciado, fatal error! Le haré notar que mi posición en el regimiento me hace correr un gran riesgo: una carta como esa en la víspera de un duelo me hace víctima de la opinión pública... ¿comprende? Pero a pesar de eso yo estaba decidido. Sólo que me ha faltado tiempo para remitirle la carta, pues, una hora después del reto, he recibido una nueva carta de él en la que me rogaba que le excuse por haberme importunado, que olvide el reto, y añadiendo que lamentaba «ese acceso pasajero de cobardía y de egóísmo», éstas son sus propias palabras. Me facilita así considerablemente el paso... la carta. No la he enviado aún, pero he venido justamente para decir una palabra al príncipe. Y créame, he sufrido personalmente reproches de mi propia conciencia infinitamente más que cualquier otro... ¿Le satisface esta explicación, Arcadio Makarovitch, al menos por el momento? ¿Me hará usted el honor de creer en mi perfecta sinceridad?

Yo estaba vencido por completo. Veía una franqueza indiscuíible que no me esperaba de ninguna forma. No aguardaba por cierto nada semejante. Balbucí no sé qué en respuesta y le tendía mis manos; él las estrechó alegremente entre las suyas. Luego se llevó al príncipe aparte y habló cinco minutos con él en su habitación.

—Si quiere usted proporcionarme un gran placer —me dijo en voz alta y franca al salir de casa del príncipe—, vamos a ir juntos y le enseñaré la carta que le envío a Andrés Petrovitch y, al

mismo tiempo, la que he recibido de él.

Consentí con gran placer. Mi príncipe se empeñó ardorosamente en acompañarme hasta la puerta y me llamó también, un momento, a su habitación.

—Mon ami, ¡qué dichoso soy, qué dichoso soy! ... Hablaremos de todo esto después. A propósito, tengo aquí en mi cartera de mano dos cartas, una que hay que llevar en mano y explicar personalmente, otra para el Banco, y aquí también...

Y me dio dos recados que pretendía que eran urgentes y exigían, según él, mucho trabajo y atención. Se trataba de ir a11í, de remitir una carta, de firmar, etc.

—¡Ah, qué astuto es usted! —exclamé, cogiendo las cartas—. Le juro que todo eso no es más que una falsa propuesta y que no hay absolutamente nada que hacer. ¡Estos dos recados los ha inventado usted a propósito para hacerme creer que le soy útil y que no robo mi sueldo!

—Mon enfant, te juro que te engañas. Son dos recados de verdad urgentes... Cher enfant!

—exclamó de pronto enterneciéndose infinitamente—, ¡mi querido jovencito!— Me puso las manos sobre la cabeza—. Te bendigo lo mismo que a tu destino... Sé siempre tan puro de corazón como hoy... Sé bueno y bello cuanto te sea posible... Amemos todo lo que es bello... bajo los aspectos más variados... ¡Vamos, enfin, enfin, rendons grâce... et je to bénis!

No acabó y sollozó sobre mi cabeza. Lo confieso, estuve a punto de llorar yo también; al menos abracé sinceramente y con placer a mi original anciano. Cambiamos miles de besos.

III

El príncipe Serioja *(quiero decir Sergio Petrovitch, así lo nombraré de ahora en adelante)* me llevó a su casa en un elegante coche y comencé por admirar la magnificencia de su apartamiento. O más bien, sin hablar de magnificencia, era un apartamiento como el que posee «la gente bien»: habitaciones altas y vastas, luminosas *(vi dos, las otras estaban cerradas)*; muebles que, sin recordar de ninguna forma a Versailles o a la Renaissance, eran blandos, confortables, suntuosos, muy elegantes; alfombras, maderas esculpidas y estatuillas. Sin embargo, todo el mundo decía de ellos que eran miserables, que no tenían nada. Yo había permitido que me dijeran no obstante que ese príncipe lanzaba la pólvora a los ojos en todo sitio donde podía: aquí, en Moscú, en su antiguo regimiento, en París, que era jugador y que tenía deudas. En cuanto a mí, yo llevaba un redingote descolorido y además cubierto de plumas, porque había dormido completamente vestido, y una camisa de cuatro días. Por cierto que este redingote casi no estaba ya presentable, pero, una vez en casa del príncipe, me acordé de la recomendación de Versílov de que me encargara un traje nuevo.

—Figúrese —que me he pasado la noche sin desnudarme, con motivo de un suicidio— dije con aire distraído.

Pero como manifestó pronto atención, le conté brevemente la historia. Lo que más le preocupaba sin embargo era su carta. Yo encontraba raro que él no hubiese ni siquiera sonreído, ni esbozado el menor gesto en ese sentido cuando le anuncié hacía un momento, de sopetón,

que quería provo carlo a un duelo. Sin duda yo había sabido obligarle a no reírse, pero eso no era menos extraño por parte de un hombre semejante. Nos sentamos uno enfrente del otro en medio de la habitación, delante de una inmensa mesa de escritorio, y me enseñó su carta a Versilov, ya lista y puesta en limpio. Ese documento se parecía mucho a todo lo que acababa de expresarme en casa de mi príncipe; estaba escrito hasta con calor. Yo no sabía aún, es verdad, qué pensar definitivamente de esta franqueza aparente y de estas disposiciones hacia el bien, pero comenzaba ya a dejarme seducir, pues, en suma, ¿que razón tenía para no creer en eso? Quienquiera que fuese el hombre, y cualesquiera los rumores que corriesen sobre él, no podia menos de tener buenas inclinaciones. Miré también la última nota de Versilov, siete líneas, para renunciar a su reto. Él había en efecto hablado claramente y con todas sus letras de su «cobardía» y de su «egoísmo», pero esa nota se distinguía en su conjunto por cierta altura... o más bien se sentía en todo este paso no sé qué desdén. Me guardé bien de decirlo.

—Pero usted, ¿qué piensa de esta renuncia? —pregunté—. ¿No cree que él tenga miedo?

—¡Seguro que no! —sonrió el príncipe, pero con una sonrisa muy seria.

Estaba por cierto cada vez más preocupado. Yo conocía demasiado bien el valor de este hombre. Naturalmente es una idea mía... una disposición de espíritu que me es particular...

—Sin duda alguna —le interrumpí calurosamente—. Un tal Vassine dice que en esta historia de carta y de renuncia a la herencia hay un «pedestal»... deseado. Según yo, estas cosas no se hacen por exhibición, sino que corresponden a un sentimiento profundo, íntimo.

—Conozco muy bien al señor Vassine —dijo el príncipe.

—¡Ah!, sí, usted ha debido de verlo en Luga *(79)*.

Nos miramos de pronto y recuerdo haber enrojecido un poco. En todo caso, él interrumpió la conversación. Yo estaba completamente decidido a hablar. La idea de, un encuentro que yo había tenido la víspera me incitaba a formularle algunas preguntas, sólo que no sabía cómo expresarlas. Y en general no me sentía muy a mi gusto. Lo que me chocaba también era su buena educación, su urbanidad, la naturalidad de sus modales, en una palabra, todo el lustre que esa gente adquiere casi al salir de la cuna. Yo había notado en su carta dos faltas gramaticales groseras. En general, en encuentros parecidos, no me rebajo jamás, al contrario, me hago cortante, lo que a veces puede ser malo. Pero en el caso presente yo estaba impulsado además por la idea de que estaba cubierto de plumas, si bien exageré un poco y caí en la familiaridad.,. Había observado muy poco a poco que el príncipe me examinaba a veces muy fijamente.

—Diga, príncipe —lancé de repente—, ¿no encuentra ridículo, en su fuero interno, que un «mocoso» como yo haya querido provocarle a un duelo, y sobre todo por una ofensa hecha a un tercero?

—Cuando se trata de un padre, está permitido ofenderse. No, no veo en eso nada de ridículo.

—Y a mí me parece que es espantosamente ridículo... desde el punto de vista de otro... es decir, naturalmente no del mío. Tanto más cuanto que yo soy Dolgoruki, y no Versilov. Y si usted no dice la verdad, si le quita importancia a las cosas por conveniencias mundanas, entonces, ¿me engaña también en todo lo demás?

—No, no veo en eso nada de ridiculo —repitió con gran seriedad—. ¡Usted no puede dejar de sentir en sí mismo la sangre de su padre! ... Sin duda, es usted aún joven y... no sé... pero me parece que un menor no tiene derecho a batirse, y no se tiene derecho a aceptar su desafío... según los regla mentos... Pero, si usted quiere, no puede haber en esto más que una objeción seria: si usted lanza su desafío sin que lo sepa el ofendido cuya injuria quiere usted vengar, manifiesta por eso mismo, en cuanto a él, una cierta falta de respeto. ¿No es verdad?

Nuestra entrevista fue bruscamente interrumpida por un criado que entró a anunciar a alguien. Al verle, el príncipe, que sin duda lo esperaba, se levantó sin acabar su discurso y avanzó rápidamente a su encuentro, de tal forma, que el otro habló a media voz y yo no oí nada.

—Excúseme —me dijo el príncipe—, vuelvo en un minuto.

Y salió. Me quedé solo. Recorría grandes zancadas la habitación de arriba abajo, reflexionando. Cosa extraña, me gus taba y no me gustaba del todo. Había un no sé qué que no habría sabido decir, pero que me chocaba. «Si no se mofa de ninguna forma de mí, entonces, sin duda alguna, es terriblemente franco; pero, si se mofase de mí, entonces... me parecería más inteligente. . . » Esta idea extraña me atravesó el espíritu. Me aproximé a la mesa y releí la carta a Versilov. Distraído así, no sentí pasar el tiempo y cuando volví en mí advertí súbitamente que el minuto del príncipe duraba ya un buen cuarto de hora. Me sentí ligeramente turbado; me puse de nuevo a andar arriba y abajo, al fin cogí mi sombrero y, lo recuerdo, decidí marcharme: si veía a alguien, mandaría a buscar al príncipe y, cuando viniera, me despediría de él asegurándole que tenía un asunto urgente y no podía esperar más. Me pareció que sería lo más digno, pues yo estaba un poco atormentado por la idea de que, al abandonarme así tanto tiempo, me mostraba cierto desdén.

Las dos puertas cerradas de esta habitación se encontraban en las dos extremidades de una misma pared. Como yo había olvidado por cuál habíamos entrado, o más bien por distracción, abrí una de ellas y de pronto vi, en una habitación larga y estrecha, sentada en un diván, a mi hermana Lisa. No había nadie más y ella debía de esperar a alguien. Pero apenas tuve tiempo de asombrarme cuando oí la voz del príncipe que ha blaba en voz alta y volvía a su despacho. Volví a cerrar rápidamente la puerta, y el príncipe, que entraba por la otra, no advirtió nada. Recuerdo que se deshizo en excusas, habló de no sé qué Ana Fedorovna... Pero yo estaba tan sorprendido y turbado que no comprendí casi nada y balbucí que debía obligatoriamente volver a mi casa, después de lo cual salí a pasos precipitados. Este príncipe tan bien educado debió evidentemente considerar mi conducta con curiosidad. Me acompañó hasta la antesala hablando siempre, mientras yo no respondía nada y no lo miraba.

Una vez en la calle, torcí a la izquierda y anduve al azar. Todo se confundía en mi cabeza. Caminaba lentamente y creo que había andado no poco trecho, unos quinientos pasos, cuando sentí de pronto que me daban un golpecito suave en el hombro. Me volví y vi a Lisa: me había alcanzado y me había dado suavemente con la sombrilla. Había en su mirada radiante una alegría loca, y un asomo de malicia.

—¡Qué contenta estoy porque hayas cogido por este lado! ¡De otra forma no lo habría encontrado en todo el día!

Ella jadeaba un poco por la marcha tan rápida.

—¡Cómo jadeas!

—¡He corrido tanto para alcanzarte!

—Lisa, ¿eres de verdad tú a quien he visto hace un momento?

—¿Dónde?

—En casa del príncipe... el príncipe Sokolski...

No, no era yo, no has podido verme...

Me callé, y anduvimos una decena de pasos. Lisa estalló en risas.

—¡Era yo, seguro que era yo! ¡Escucha un poco! Pero tú me has visto, me has mirado a los ojos y yo te he mirado también. ¿Por qué me preguntas si era yo? ¡Qué carácter tan extraño! Has de saber que sentí unas ganas terribles de reír cuando me miraste a los ojos; tenías un aspecto demasiado raro.

Ella no podía contener la risa. Sentía que todo mi enojo me abandonaba.

—Pero, ¿cómo diablos te encontrabas a11í?

—En casa de Ana Fedorovna.

—¿Qué Ana Fedorovna?

—Stolbieieva. Cuando vivíamos en Luga pasé en casa de ella días enteros. Ella nos recibía, a mamá y a mí, y venía también a nuestra casa. Ella no iba, por decirlo así, a casa de nadie más. Es una pariente lejana de Andrés Petrovitch, y también de los príncipes Sokolski. Debe de ser poco más o menos abuela del príncipe.

—Entonces, ¿ella vive en casa del príncipe?

—No, es el príncipe quien vive con ella.

—Entonces, ¿de quién es el apartamiento?

—De ella. Hace ya un año que todo el apartamiento es de ella. Ella misma no está en Petersburgo más que desde hace cuatro días.

—Bueno... ¿sabes una cosa, Lisa? Al diablo el apartamiento y la mujer también...

—No, ella es buena...

—Quiero creerlo; además tiene los medios. ¡Nosotros también somos buenos! Mira un poco: ¡qué día!, ¡qué buen tiempo!, ¡qué hermosa estás hoy, Lisa! Pero en el fondo no eres más

que una niña terrible.

—Díme, Arcadio, esa muchachita de ayer...

—¡Ay!, ¡qué lástima, Lisa! ¡Qué lástima!

—¡Ah, qué lástima! ¡Qué destino! ¿Tú sabes? Es malo por nuestra parte estar tan alegres mientras que su alma vuela ahora en las tinieblas en una oscuridad sin fondo, con su pecado y su resentimiento... Arcadio, ¿quién tiene la culpa de su pecado? ¡Ah, qué terrible! ¿Piensas alguna vez en esas tinieblas? ¡Ah, qué miedo tengo de la muerte!, ¡y qué mala es! No me gusta la oscuridad; ¡ah, este sol, cuánto mejor es! Mamá dice que es malo tener miedo... Arcadio, ¿tú la cono ces bien a mamá?

—Todavía bastante poco, Lisa, la conozco bastante poco.

—¡Ah, qué criatura es! ¡Tú debes, tú debes conocerla! Hace falta sobre todo comprenderla...

—Pero a ti misma, yo no te conocía, y ahora te conozco por completo. En un minuto he pentrado en ti por completo. Lisa, te esfuerzas en vano en tener miedo de la muerte, debes ser orgullosa, audaz, valiente. ¡Vales más que yo, infinitamente más que yo! Te quiero locamente, Lisa. ¡Ah, Lisa! ¡La muerte puede venir cuando quiera; por el momento, vivamos, vivamos! Lamentemos la pérdida de esa desgraciada, pero bendigamos la vida. ¿No tengó razón? Tengo mi «idea», Lisa. Lisa, ¿sabes que Versilov ha renunciado a la herencia?

—¿Cómo no iba a saberlo? Nos hemos abrazado mamá y yo.

—Tú no conoces mi alma, Lisa, tú no sabes lo que era para mí ese hombre...

—¡Vamos, lo sé todo!

—¿Tú lo sabes todo? ¡Seguro! Tienes alma; incluso más que Vassine. Mamá y tú tenéis ojos penetrantes, quiero decir la mirada, no los ojos, me confundo... Muy a menudo soy un imbécil, Lisa:..

—¡Hay que llevarte de la mano, eso es todo!

—¡Pues bien!, llévame, Lisa. ¡Qué bueno es mirarte hoy! Pero, ¿sabes que eres adorable? No había visto nunca tus ojos... Acabo de verlos por primera vez... ¿Dónde los has cogido hoy, Lisa? ¿Dónde los has comprado? ¿Cuánto has pagado por ellos? Lisa, yo no tenía amigos, y luego considero esta «idea» como una tontería; pero contigo no es una tontería... ¿Quieres que seamos amigos? ¿Comprendes bien lo que quiero decir?

—Lo comprendo muy bien.

—Y, ¿sabes?, sin contrato, sin condiciones, seremos amigos por las buenas.

—Sí, completamente por las buenas. Sólo hay una condición: si un día nos acusamos el uno al otro, si estamos descontentos de algo, si estamos de mal humor, si incluso nos olvidamos de todo, ¡bien no nos olvidaremos jamás de este día ni de esta hora! Démonos palabra. Prometamos acordarnos eternamente de este día en que nos hemos paseado juntos, cogidos de la mano, y en que tanto nos hemos reído, y hemos tenido tanta felicidad... ¿Sí? ¿Dices sí?

—Sí, Lisa, sí, te lo juro. Pero, Lisa, me parece que te oigo por primera vez... Lisa, ¿tú has leído mucho?

—¡No me habías hecho todavía esta pregunta! Fue ayer, cuando me equivoqué en una palabra, la primera vez que te dignaste prestarle a esa atención, querido señor, señor Filósofo.

—¿Por qué no hablabas tú, tú misma, si yo he sido tan bestia?

—Esperaba siempre que te hicieras más inteligente. He visto a través de usted desde el principio, Arcadio Makarovitch. Y pronto me dije: él vendrá, terminará seguramente por venir. Y he preferido concederle el honor de dar el primer paso: «No —me decía yo—, te toca a ti ahora correr detrás de mí. »

—¡Ah!, así ha sido la cosa, ¡pequeña coqueta! ¡Bueno!, Lisa, confiésalo francamente, ¿te has reído mucho de mí este mes?

—¡Caramba!, es que eres muy ridículo, ¡abominablemente ridículo, Arcadio! Y, ¿sabes?, tal vez te he amado este mes sobre todo por eso, porque eres tan original. Pero con frecuencia eres un mal original, digo eso para que no te enorgullezcas. Pero, ¿sabes quién se ríe todavía de ti? Mamá se ha reído, nos hemos reído juntas: « ¡Qué original! », nos cuchicheábamos, « ¡qué original de todas formas! » Y tú, tú te figurabas durante todo ese tiempo que estábamos allí temblando ante ti.

—Lisa, ¿qué piensas de Versilov?

—Muchas cosas. Pero, ¿sabes?, no vamos a hablar de él ahora. No es el día, ¿verdad?

—Tienes razón. No, ¡eres terriblemente inteligente, Lisa! Eres seguramente más inteligente que yo. ¡Bueno! Espera un poco, terminaré con todo esto y luego te diré quizás una cosa...

—¿Por qué has fruncido las cejas?

—No he fruncido nada por completo, Lisa, no es nada... Mira, Lisa, vale más decirlo francamente: no me gusta que se me toque con el dedo ciertos lugares cosquillosos de mi alma... o más bien que se haga exhibición de ciertos sentimientos para que todo el mundo los admire. Es vergonzoso, ¿no es verdad? Por eso prefiero algunas veces fruncir las cejas y no decir nada. Tú eres inteligente, debes comprender.

—Pero yo también soy así. Te comprendo perfectamente y, ¿sabes?, mamá también es así.

—¡Ah, Lisa! ¡Sólo con que pudiésemos vivir mucho tiempo aquí! ¡Cómo! ¿Qué es lo que has dicho?

—Pero si no he dicho nada.

—¿No me estás mirando?

—Pero tú también me estás mirando. Te miro y te quiero.

La acompañé de vuelta casi hasta la casa y le di mi dirección. Al dejarla, la besé por primera vez en mi vida...

V

Y todo esto habría estado bien; no había más que una sombra: una idea triste se agitaba en mí desde la noche y no me salía del alma. Era que, cuando la víspera por la tarde había encontrado delante de nuestra puerta a esa desgraciada, yo le había dicho que también yo me iba de la casa, del nido, que se abandonaba a los malvados para fundar su propio nido para sí mismo, y que Versilov tenía muchos bastardos. Estas palabras de un hijo sobre su padre habían seguramente confírmado sus sospechas a propósito de Versilov y su impresión de que él había querido ofenderla. Yo acusaba a Stebelkov, y era tal vez yo quien había arrojado aceite al fuego. Terrible idea, terrible aún hoy... Pero entonces, esa mañana, yo había intentado en vano comenzar a atormentarme, me parecía que no era más que una tontería: «Vamos, había ya sin mí mucho rencor acumulado», me repetía de tiempo en tiempo. « ¡Bah, eso pasará! ¡Me tranquilizará! Compensaré eso de una manera a otra... con cualquier buena acción... ¡Tengo toda vía cincuenta años delante de mí! »

Pero la idea continuaba agitándose

Segunda parte capítulo primero

✦

I

Salto un intervalo de cerca de dos meses; que el lector no se inquiete: todo se aclarará a continuación. Anoto el día 15 de noviembre, día demasiado memorable para mí por muchas razones. Ante todo, nadie habría podido reconocerme, de los que me habían visto dos meses antes; al menos exteriormente, es decir, que me habrían reconocido desde luego, pero no habrían comprendido nada. Estoy vestido como un dandy; esto es un primer punto. El «francés consciente y lleno de gusto» que me recomendaba un día Versilov me ha hecho todo un traje, e incluso ha sido ya superado: tengo ahora otros sastres, de rango superior, de primerísima clase, y hasta tengo cuenta en casa de ellos. Tengo también una cuenta en un restaurante selecto, pero allí me da todavía un poco de miedo y, en cuanto tengo dinero, en seguida pago, aunque sepa que eso es de mal gusto y que así me comprome to. Junto al Nevski, estoy en las mejores relaciones con un peluquero francés, y cuando me hago cortar el pelo en su casa, él me cuenta anécdotas. Y, lo confieso, me ejercito con él en hablar francés. Conozco la lengua, y hasta bastante decentemente, pero en la buena sociedad siento siempre alguna timidez al arriesgarme; además mi acento debe de estar bastante alejado del acento parisiense. Tengo también a Matvei, el cochero, el buen servidor, que está a mis órdenes cuando lo llamo. Hay un potro bayo claro *(no me gustan los caballos grises)*. Hay sin embargo ciertas cosas que no marchan bien... Es el 15 de noviembre. El invierno está instalado desde hace tres días, y tengo todavía mi vieja pelliza, de tejón, un regalo de Versilov: de venderlo me darían bien veinticinco rublos. Tengo que encargarme una nueva, y mis bolsillos están vacíos. Además es preciso desde ahora mismo reunir el dinero para esta tarde, y esto a toda costa; de lo contrario, «soy un desgraciado, estoy perdido»; éstas son mis propias expresiones de entonces. ¡Oh, qué miseria! ¿Y de dónde han venido de pronto esos billetes de mil,, esos trotones, y los Borel? *(80)*. ¿Cómo he podido olvidar así todo, cambiar hasta este punto? ¡Qué vergüenza! Lector, emprendo ahora el relato de mi vergüenza y de mi deshonor, y para mí no puede haber nada más infamante que estos recuerdos.

Hablo como juez, pero me reconozco culpable. En el torbellino que me arrastraba entonces, me esforzaba en vano en estar solo, sin guía ni consejero; me daba ya cuenta de mi caída, lo juro, y por tanto no puedo excusarme. Y, sin embargo, durante esos dos meses fui casi dichoso. ¿Por qué casi? ¡Fui demasiado dichoso! Y hasta un punto tal, que la conciencia de mi deshonor, que se me aparecía en algunos instantes *(¡instantes frecuentes!)* y que hacía que mi alma se

estremeciera, esa conciencia, ¿será posible creerlo?, me embriagaba todavía más: «Puesto que hay que caer, caigamos completamente. Por lo demás, no caeré, saldré de esto. Mi estrella me guía.» Avanzaba sobre una pasarela de virutas, sin barandillas, por encima del precipicio, y me alegraba de avanzar así; me gustaba mirar el precipicio. El peligro estaba a11í, y eso me alegraba. ¿Y la «idea»? La «idea» vendría después, la idea podía esperar; todo aquello « no era más que un rodeo»...: « ¿por qué no concederse un poco de diversión?» He ahí en lo que mi «idea» es mala, lo repito una vez más: es mala por lo que tiene de tolerar absolutamente todos los rodeos. Si fuese menos firme y menos radical, tal vez yo temería apartarme de ella.

De momento, conservaba mi pequeña habitación; la conservaba, pero sin vivir en ella: tenía a11í mi maleta, mi saco de viaje y otros objetos; mi principal residencia estaba en casa del príncipe Sergio Sokolski. Vivía en su casa, dormía en su casa y pasaba a11í semanas enteras. La forma en que aquello había sucedido se verá inmediatamente; por ahora hablemos de mi pequeño alojamiento. Me resultaba muy querido: a11í era adonde había venido a buscarme Versilov en persona, la primera vez después de nuestra disputa. Y después había ve nido otras muchas veces. Lo repito, aquel período no fue más que una vergüenza terrible, pero también una inmensa felicidad. Entonces todo me salía bien, todo me sonreía. «¿Para qué esas caras tristes de antes -- me decía yo en aquellos instantes de embriaguez -, para qué aquellos esfuerzos- dolorosos, mi infancia aislada y amarga, mis sueños absurdos bajo las mantas, mis juramentos, mis cálculos a incluso mi "idea"?» Todo aquello me lo había figurado yo, me lo había imaginado, y sucedía que el mundo era de una manera muy distinta; todo me resultaba tan diveitido y tan fácil...; yo tenía aún... pero dejemos esto. ¡Ay!, todo se hacía en nombre del amor, de la grandeza de alma, del honor, y todo se convirtió en seguida en algo monstruoso, insolente, deshonroso.

¡Basta!

II

Vino a mi casa por primera vez al día siguiente de nuestra ruptura. Yo había salido. Me esperó. Cuando entré en mi minúscula habitacioncita, donde le había aguardado en vano durante todos aquellos tres días, mis ojos se velaron y mi corazón latió tan fuerte, que me detuve en el umbral. Afortunádamente él estaba con mi casero, quien, para que el visitante no se aburriera, había juzgado útil trabar inmediatamente conocimiento con él y estaba a punto de hacerle un relato inflamado. Era un consejero titular *(81)*, de unos cuarenta años, muy marcado por la viruela, muy pobre, con la carga de una mujer tísica y de un hijo enfermo; de carácter extremadamente comunicativo y pacífico, por lo demás bastante delicado. Me alegré de su presencia; a incluso así me vi salvado, porque, de lo contrario, ¿qué habría podido yo decirle a Versilov? Yo sabía, había sabido con seguridad aquellos tres días, que Versilov vendría por sus pasos, él primero, exactamente como yo deseaba, porque por nada en el mundo habría sido yo el primero en ir a su casa, no por obstinación, sino precisamente por afecto a él, por no sé qué

celos amorosos, no llego a expresar este sentimiento. Por lo demás, en general, el lector no encontrará en mí elocuencia alguna. Pero en vano lo había yo aguardado aquellos tres días imaginándomelo constantemente en el momento de hacer su entrada; era incapaz de calcular con anticipación, a pesar de todos mis esfuerzos, de qué íbamos a hablar, de golpe y porrazo, después de todo to que había pasado.

—¡Ah, ya estás aquí! —y me tendió amistosamente la mano, sin levantarse—. Siéntate aquí, junto a nosotros. Pedro Hippolitovich estaba a punto de contar una historia muy interesante sobre esa piedra que hay cerca de los cuarteles de Pablo... o en uno de esos parajes...

—Sí, ya sé la piedra que es —respondí apresuradamente, sentándome en una silla junto a ellos.

Estaban delante de la mesa. La habitación formaba un cuadrado exacto de cuatro metros de lado. Yo respiraba penosamente.

Un relámpago de satisfacción brilló en los ojos de Versilov: sin duda no estaba tranquilo, sin duda pensaba que yo querría hacer una escena. Ahora se había tranquilizado.

—Empiece usted desde el principio, Pedro Hippolitovitch.

Ya se llamaban por sus nombres de pila y sus patronímicos.

—Pues bien, la cosa ocurrió en el reinado del difunto emperador *(82)* —dijo Pedro Hippolitovitch volviéndose ha cia mí.

Hablaba nerviosamente y con una especie de sufrimiento, como si se atormentara de antemano por el éxito de su relato.

—Sabe usted cuál es la piedra a que me refiero, una estúpida piedra en mitad de la calle y que no hace más que mo lestar: El emperador pasó por a11í muchísimas veces, y aquella piedra estaba siempre en el mismo sitio. Aquello terminó por irritarlo, puesto que, efectivamente, era una verdadera montaña, una montaña en plena calle, que estropeaba la perspectiva. « ¡Que desaparezca esa piedra! » Había dicho: « ¡Que desaparezca! », y ya comprenderán ustedes lo que eso significaba: « ¡Que desaparezca! » ¿Se acuerdan ustedes de cómo era el difunto emperador? ¿Qué hacer con aquella piedra? Todo el mundo andaba de cabeza. Estaba el Consejo municipal, y ha bía alguien, no me acuerdo exactamente quién, pero uno de los más altos personajes de aquel tiempo, que estaba encargado de aquella misión. Pues ese personaje se entera de lo siguiente: le dicen que aquello costará quince mil rublos, ni uno más ni uno menos, y además rublos de plata *(puesto que, en el reinado del difunto emperador, se acababan de cambiar los billetes por plata)*. «¡Quince mil rublos! ¿Es posible?» Primeramente los ingleses querían colocar carriles, ponerla encima y llevársela luego en una máquina de vapor; pero ¿cuánto no habría costado aquello? Todavía no existían los ferrocarriles; la única línea que funcionaba era la de Tsarskoie Selo...

—Bueno, ¿es que no la podían aserrar?

Yo empezaba a fruncir las cejas; me sentía lleno de despecho y vergüenza delante de Versilov; pero éste escuchaba con un visible placer. Comprendí que el casero era para él una persona

grata por el simple hecho de que también él tenía vergüenza de estar delante de mí; era una cosa que se le notaba a las claras y que incluso resultaba conmovedora.

—¿Aserrarla? Justamente ésa fue la idea que surgió entonces, la de Monferrand, ya usted sabe, el que en aquellos momentos estaba construyendo San Isaac *(83)*. La aserraremos, decía, y luego se la llevarán. Sí, pero ¿a qué precio?

—No veo que tuviera que resultar tan costoso; simplemente aserrarla y llevársela.

—No, no, permítame, hacía falta instalar una máquina, una máquina de vapor, y, además, ¿llevársela adónde? ¡Una montaña de semejante tamaño! Se decía que la cosa no costaría menos de diez mil rublos, diez mil o doce mil.

—Mire usted, Pedro Hippolitovitch, eso es una tontería, la cosa no sucedió así... —pero en aquel momento Versilov me hizo un guiño imperceptible y entreví en el gesto una compasión tan delicada hacia mi casero, incluso un tal sufrimiento por él, que aquello me agradó enormemente y me eché a reír.

—Bueno, vamos a ver, vamos a ver —dijo el otro, alegre, que no se había dado cuenta de nada y que temía terriblementa, como todos los narradores, ser interrumpido con preguntas—. Entonces viene un burgués, todavía joven, ya ustedes me comprenden, un verdadero ruso, con una puntiaguda perilla, con el caftán cavéndole hasta los tobillos, quizás un poco embriagado... bueno, no precisamente embriagado. He aquí que se acerca precisamente en el momento en que están conferenciando los ingleses y Monferrand. Y el personaje encargado del asunto, que acaba de llegar en su coche, escucha y se enfada: ¿cómo es posible que lleven tanto tiempo discutiendo y que no hayan llegado a ninguna conclusión? De pronto se da cuenta de que a cierta distancia está plantado aquel burgués y que sonríe con un aire falso, bueno, no es que sea falso, no es eso, sino...

—Irónico —propuso prudentemente Versilov.

—Irónico, es decir, un poco irónico, esa sonrisa rusa tan especial, ustedes me comprenden. Pues bien, el gran personaje, enfadado como estaba, como ustedes se hacen cargo, le grita:

—Y tú, el barbudo, ¿qué esperas ahí? ¿Quién eres?

»-No hago más que mirar la piedra -dice -, Alteza.

»Porque en realidad era Alteza, tal vez incluso era el príncipe Suvorov, el italiano, el descendiente del general... No, no era Suvorov; es lástima, me he olvidado de quién era, pero desde luego lo mismo daba que fuera Alteza que no, era un ruso auténtico, un verdadero tipo ruso, un patriota, un gran corazón ruso; así es que lo adivinó todo.

»-¿Por qué te ríes? ¿Es que podrías llevarte tú la piedra?

»-Me río de los ingleses, Alteza. Desde luego piden tan caro porque la bolsa rusa está bien hinchada y en su país no tienen qué comer. Que me dé su Alteza cien rublos y mañana por la tarde la piedra ya estará quitada.

»Ya pueden ustedes figurarse la escena. Los ingleses, naturalmente, querían comérselo crudo; Monferrand se echó a reír; solamente aquel príncipe, aquel buen corazón ruso, dijo:

»-¡Que le den cien rublos! ¿Seguro que la quitarás?

»-Mañana por la tarde estará quitada, Alteza.

»-¿Y cómo vas a arreglártelas?

»-Eso, sea dicho sin ofender a Su Alteza, es secreto nuestro - respondió, y, ustedes me comprenden, en buen idioma ruso. Aquello le agradó:

»-¡Bueno, que le den lo que pida!

»Y lo dejaron allí. Pues bien, ¿qué creen ustedes? ¿Lo hizo tal como lo había dicho o no?

El narrador se detuvo y paseó sobre nosotros una mirada enternecida.

—No sé —sonrió Versilov. *(Por mi parte, yo estaba sombrío.)*

—Pues bien, lo hizo, ¡y cómo! —exclamó el otro tan triunfante como si lo hubiera hecho él mismo—. Contrató a mujiks con palas, algunos buenos rusos sencillamente, y excavó un foso alrededor de la piedra; toda la noche estuvieron excavando, se hizo un enorme agujero, exactamente del tamaño de la piedra y quizás un dedo más profundo, y cuando todo estuvo acabado, ordenó ahondar poco a poco y prudentemente por debajo de la piedra. Como es natural, al poco tiempo la piedra no tenía ya tierra que la sostuviera, y empezó a perder el equilibrio; una vez que se tambaleaba, la empujaron por el otro lado a fuerza de brazos, a la rusa, y, ¡pum!, ¡he aquí a la piedra dentro del agujero! Se rellenó lo demás con la pala, se apisonó la tierra con un pilón y por encima se rehízo la calzada. ¡La piedra había desaparecido! ¡Todo estaba des pejado!

—¡Vaya un caso! —dijo Versilov.

—Vino una multitud de gente, el pueblo entero. Aquellos ingleses, que lo habían adivinado todo desde hacía tiempo, se enfurecen. Monferrand llega: «Es un trabajo a lo mujik —dice—, demasiado sencillo. Pero todo consistía en eso, que era tan sencillo como los buenos días y que a ustedes no se les podía ocurrir, ¡partida de imbéciles!» Y todavía hay más: el gran jefe, el personaje del Gobierno, lo cogió y lo abrazó: «Pero, ¿de dónde eres tú?» «Yo, de la provincia de Iaroslavl *(84)*, Alteza. Somos sastres de profesión, y en el verano venimos a la capital a vender fruta.» Pues bien, la cosa llegó hasta las autoridades; las autoridades ordenaron que le colgasen al cuello una medalla; él se paseaba por todas partes con la medalla al cuello, luego se dedicó a beber. Ustedes saben que nosotros, los rusos, no tenemos arreglo. Por eso todavía nos dejamos comer por los extranjeros, ¿no es así? *(85)*.

—Desde luego, el espíritu ruso... —empezó a decir Versilov.

Pero en aquel momento el narrador tuvo la suerte de que lo llamara su esposa enferma, y corrió a atenderla. De lo contrario yo no habría podido contenerme. Versilov se reía.

—Pero, muchacho, me ha entretenido durante una hora larga antes de que llegases. Esa piedra es de lo más innoblemente patriótico que hay entre todos los relatos de ese género. Pero, ¿cómo interrumpirlo? Tú mismo has visto cómo se hinchaba de placer. En realidad, creo que esa piedra está todavía en su sitio, si no me equivoco, y de ninguna forma en el agujero...

—¡Oh Dios mío! —exclamé——. ¡Claro que está a11í! ¿Cómo se ha atrevido... ?

—¿Qué dices? Por lo que veo, estás verdaderamente indignado. Ha debido confundirse: en mi infancia también escuché una historia así a propósito de una piedra, pero desde luego no se trataba de ésa. «La cosa llegó hasta las autoridades.» Es que toda su alma cantaba en aquel momento: «llegó hasta las autoridades». .En ese ambiente lastimoso, esas anécdotas son necesarias. Cuentan con un gran número, sobre todo a causa de su intemperancia. No han aprendido nada, no saben nada, no saben nada exactamente. Pues bien, fuera de los naipes y de su oficio, sienten deseos de hablar de algo humano, poético... ¿Quién es, en el fondo, este Pedro Hippolitovitch?

—La más pobre de las criaturas, un desgraciado.

—Bueno, ya ves, es posible que ni siquiera juegue a las cartas. Te lo repito, al contar esas paparruchas, satisface su amor hacia el prójimo; ha querido agradarnos. Su sentimiento patriótico también queda satisfecho; por ejemplo, tienen también la anécdota esa de que Zavialov *(86)* recibió de los ingleses la oferta de un millón, con la condición única de no poner su marca en sus artículos...

—¡Oh Dios mío! Conozco esa anécdota.

—¿Y quién no la conoce? También él, al hacerte su relato, sabe que seguramente tú to has oído ya, pero te lo cuenta a pesar de todo, figurándose voluntariamente que no lo sabes. La visión del rey de Suecia *(87)* parece haber pasado de moda; pero en mi juventud la repetían con delicia y con murmullos misteriosos, de la misma manera que aquella otra historia según la cual, a principios de siglo, cierto personaje se habría puesto de rodillas en pleno Senado delante de los senadores *(88)*. Había también muchas anécdotas a propósito del comandante Bachutski *(89)* y del robo de un monumento. Les encantan las anécdotas sobre la corte: por ejemplo las historias acerca de Tchernychev *(90)*, un ministro del último reinado, quien, a la edad de setenta años, habría transformado tan perfectamente su fisonomía que no se le calculaban más de treinta, y el difunto emperador no creía to que sus ojos estaban viendo en los desfiles...

—También conozco esa historia.

—¿Y quién no la conoce? Todas estas anécdotas son el colmo del mal gusto. Pero has de saber que esta categoría del mal gusto está extendida mucho más amplia y profundamente de lo que creemos. El deseo de mentir para agradar al prójimo, lo encontrarás incluso en la mejor sociedad, puesto que todos nosotros sufrimos de esta intemperancia del corazón. Únicamente que entre nosotros son historia de otro género: ¿qué no se cuenta de nosotros, por ejemplo, en América? ¡Es espantoso, a incluso entre hombres de Estado! Yo mismo, lo confieso, pertenezco a esta categoría de personas y toda mi vida he sufrido por eso.

—También yo he contado varias veces la historia de Tchernychev.

—¿Tú también, ya?

—Vive conmigo otro inquilino, un funcionario también marcado por la viruela, ya viejo, pero terriblemente realista, y en cuanto que Pedro Hippolitovitch abre la boca, se pone a

interrumpirlo y a contradecirlo. Tan bien lo hace, que el otro lo adula como un esclavo y no trata más que de hacérsele agradable, únicamente para conseguir que lo escuche.

—Ése es otro tipo de mal gusto, a incluso más desagradable quizá que el primero. ¡El primero es todo entusiasmo! «Déjame exagerar; ya verás lo bonito que es.» El segundo no es más que prosa y melancolía: «No me cuente historias: ¿dónde fue eso?, ¿cuándo?, ¿qué año?» Un hombre sin corazón, en una palabra. Amigo mío, permite siempre a los hombres mentir un poco, es de lo más inocente. Incluso déjalos mentir mucho. Primeramente así demostrarás tu delicadeza; por otra parte, en cambio, te dejarán mentir a ti: dos enornes ventajas que adquieres a la vez. Que diable! Es necesario amar al prójimo. Pero tengo prisa. Estás instalado maravillosamente —agregó, levantándose de su silla—. Le contaré a Sofía Andreievna y a tu hermana que te he hecho una visita y que te he encontrado bien de salud. Hasta la vista, querido mío.

Cómo, ¿eso es todo? Pero yo no tenía la menor necesidad de esto; yo esperaba otra cosa, lo esencial, aunque comprendiera perfectamente que no podía ser de otra manera. Lo acompañé, con una vela en la mano, hasta la escalera; el casero hizo intención de salir de su casa, pero, muy dulcemente, sin que Versilov se diera cuenta, lo agarré del brazo, y tiré de él con brutalidad. Me lanzó una mirada de asombro, pero se eclipsó instantáneamente.

—Estas escaleras... —refunfuñaba Versilov arrastrando sus palabras por decir algo y temiendo sin duda que yo dijera alguna cosa—. No estoy acostumbrado a estas escaleras, y estás en un segundo piso. Bueno, ya podré orientarme yo solo. No te molestes más, muchacho, vas a enfriarte.

Pero yo no lo dejaba. Descendimos juntos hasta el primero.

—Llevo aguardándolo estos tres días.

La frase se me escapó a pesar mío. Me atraganté.

—Gracias, querido.

—Sabía con toda seguridad que usted vendría.

—Y yo sabía que tú sabías que yo vendría. Gracias, muchacho.

Se calló. Estábamos delante de la puerta y yo lo seguía aún. Abrió; el viento, que se coló bruscamente, me apagó la vela. Entonces lo agarré del brazo; había una completa oscuridad. Se estremeció, pero no dijo ni una palabra. Me lancé sobre su mano y me puse a besársela ávidamente, varias veces, una multitud de veces.

—Mi querido niño, ¿por qué me quieres tanto? —dijo, pero con uua voz completamente distinta.

Esa voz temblaba y producía un sonido totalmente nuevo; se habría dicho que no era él quien hablaba.

Yo quería responder, pero no pude, y volví a subir corriendo. Él seguía aguardando en el mismo sitio, y solamente cuando llegué a mi piso oí abrirse y cerrarse con ruido la puerta de afuera. Escapando al casero, que una vez más se hallaba en el corredor, me deslicé dentro de mi

habitación, corrí el cerrojo y, sin encender la vela, me arrojé encima de la cama, el rostro contra la almohada, y lloré, lloré. Era la primera vez que lloraba desde la época de Tuchard. Aquellos sollozos se me escapaban con tanta fuerza, y yo era tan feliz... Pero, ¿cómo describirlo?

Acabo de trazar estas palabras sin enrojecer, porque tal vez todo aquello estaba bien, a pesar de toda su absurdidad.

Pero, ¡cómo tuvo que arrepentirse! Me mostré un déspota terrible. Como de costumbre, entre nosotros no se volvió a hablar de aquella escena. Al contrario, nos encontramos al día siguiente como si nada hubiera sucedido. Es más, aquella segunda noche me mostré casi grosero, y también él me pareció seco. Me pasaba algo raro; no sé por qué, no había ido todavía a su casa, a pesar de mi deseo de ver a mi madre.

Durante todo aquel tiempo, es decir, durante aquellos dos meses, no hablamos más que de las materias más abstractas. Y eso es to que me asombra: no hacíamos más que tratar de cuestiones abstractas, las más humanas y las más indispensables sin duda, pero sin rozar lo más mínimo lo esencial. Ahora bien, en lo esencial muchísimas cosas necesitaban ser decididas y aclaradas, a incluso lo necesitaban con urgencia, pero aquello era precisamente de lo que no hablábamos. Yo no decía nada ni de mi madre, ni de Lisa... ni, en fin, de mí mismo, de toda mi historia. ¿Era vergüenza o bien algún capricho de juventud? Lo ignoro. Supongo que era por puerilidad, puesto que la vergüenza podia, a pesar de todo, ser superada. Yo lo tiranizaba terriblemente a incluso varias veces llegué a rozar la insolencia, hasta contra mi corazón: aquello se hacía por sí mismo, irresistiblemente, sin que yo pudiera evitarlo. En cuanto a él, en su tono había, como antiguamente, una ligera ironía, aunque siempre extremadamente acariciadora, a pesar de todo. Lo que me chocaba también era que él prefiriese venir a mi casa, tanto que acabé yendo muy raramente a casa de mi madre, una vez por semana, no más, sobre todo en la época más reciente, cuando me sentía completamente aturdido. Él venía siempre por las noches y se quedaba para charlar; le gustaba también charlar con mi casero; me ponía furioso que un hombre como él hiciera eso. Se me ocurrió una idea: ¿sería tal vez que no disponía de otras personas a las que visitar? Pero yo sabía con toda certeza que tenía amistades; en aque llos últimos tiempos había incluso reanudado muchas antiguas relaciones mundanas descuidadas el año anterior; pero no parecía que lo sedujeran desmesuradamente y muchas de ellas no las había renovado más que de una forma oficial; prefería venir a mi casa. A veces me conmovía mucho el hecho de que, al presentarse por las noches, casi todas las veces tenía una especie de timidez en el momento de abrir la puerta y, en el primer instante, me miraba siempre con una singular inquietud en los ojos: a¿No te molesto? Dímelo francamente y me iré.» Incluso algunas veces llegaba a decirlo. Una vez, por ejemplo, justamente en estos últimos tiempos, a entró en el instante en que yo estaba ya completamente vestido con un traje que acababa de salir de casa del sastre, y me preparaba a ir a recoger al «príncipe Serioja» para dirigirme con él a un sitio donde tenía algo que hacer *(más tarde explicaré a qué sitio)*. Entró y se sentó, probablemente sin darse cuenta de que yo me disponía a salir; algunos momentos tenía

distracciones extraordinarias. Como al azar, dejó caer la conversación sobre el casero; yo me puse furioso.

—¡Al diablo el casero!

—¡Ah, querido! —y de pronto se levantó—, pero veo que te dispones a salir y que te estoy molestando... Perdóna me, te lo ruego.

Y se apresuró humildemente a marcharse. Era aquélla su humildad ante mí por parte de un hombre tan mundano y tan independiente, y dotado de tanta originalidad, la que resucitaba de golpe en mi corazón toda mi ternura hacia él, toda mi confianza en él. Pero, si me quería hasta tal punto, ¿por qué entonces no me había detenido en el momento de mi infamia? No tenía más que haber dicho una palabra y tal vez yo me habría contenido. Tal vez no. Pero él veía sin embargo ese dandismo, esas fanfarronadas, ese Matvei *(incluso una vez había querido llevarlo en mi trineo, pero él se había negado siempre, a incluso aquello se había reproducido varias veces y siempre se había negado)*. Veía sin embargo que yo gastaba sumas locas, y ni una palabra, ni una sola palabra, ni la más mínima curiosidad. Eso me asombra todavía, incluso hoy. Y yo, como de costumbre, no me cortaba delante de él; lo mostraba todo con ostentación, naturalmente, sin darle la explicación más mínima. Él no me hacía preguntas y yo tampoco hablaba.

Sin embargo, dos o tres veces estuvimos a punto de hablar de lo esencial. Una vez, al principio, después de la renuncia a la herencia, le pregunté de qué iba a vivir ahora.

—Ya me las arreglaré, amigo mío —declaró con una calma extraordinaria.

Hoy sé que hasta el capitalito de Tatiana Pavlovna, cinco mil rublos, ha sido gastado a medias por Versilov en estos dos últimos años.

Otra vez nos pusimos a hablar de mi madre:

—Amigo mío —dijo él de pronto y con mucha tristeza—, frecuentemente le advertí a Sofía Andreievna, en los comíenzos de nuestra unión, o mejor dicho, en los comienzos, a mediados y al final: «Querida mía, te atormento y te atormentaré siempre, y no me arrepiento mientras estás frente a mí; pero, si murieses, sé que me dejaría morir a modo de castigo.»

Por lo demás, me acuerdo de que aquella noche se mostró especialmente franco:

—¡Si por lo menos yo fuera una nulidad sin carácter y sufriese por darme cuenta de eso! Pero no, sé muy bien que soy infinitamente fuerte. ¿Fuerte en qué, según tú? Pues bien, precisamente con esa fuerza inmediata de poder adaptarme a lo que quiera que sea, que es tan característica de los rusos inteligentes de nuestra generación. Nada puede derribarme, nada puede destruirme, y nada me asombra. Soy vivaz como un perro pastor. Puedo experimentar con la mayor comodidad del mundo dos sentimientos opuestos en el mismo instante y eso sin que mi voluntad participe en ello. Pero yo sé sin embargo que es desleal, sobre todo porque es demasiado razonable. He vivido cerca de cincuenta años, y hasta hoy igno ro si es un bien o un mal haber llegado a esta edad. Sin duda me gusta la vida, y eso se desprende directamente de los hechos; pero para un hombre como yo, amar la vida es una cobardía. Hay cosas nuevas en estos últimos tiempos: los Krafts no se adaptan, y se saltan la tapa de los sesos. Es evidente que los

Krafts son imbéciles; por tanto nosotros somos los inteligentes, pero no se puede trazar ningún paralelo y la pregunta queda sin contestar. ¿Es posible que la tierra no exista más que para gente como nosotros? Es probable que sí. Pero esta idea es de por sí bastante desoladora. En fin, el caso es que la pregunta queda sin contestar.

Hablaba tristemente y, sin embargo, yo no sabía si era sincero o no. Había siempre en él no sé qué repliegue del que no quería deshacerse a ningún precio.

IV

Lo abrumé entonces a fuerza de preguntas. Me lancé sobre él como un hambriento sobre un trozo de pan. Me respondía siempre con amabilidad y sencillez, pero al final terminaba siempre recurriendo a aforismos generales, tanto que era imposible deducir en resumen algo. Ahora bien, todas aquellas preguntas me habían turbado durante toda mi vida y, lo reconozco francamente, ya en Moscú, yo aplazaba su solución a nuestra entrevista de Petersburgo. Se lo declaré incluso, y no se burló de mí: al contrario, me acuerdo de eso, me estrechó la mano. Sobre la política general y los problemas sociales, no pude sacarle casi nada, y sin embargo aquellas cuestiones, en vista de mi «idea», eran las que más me turbaban. Sobre personas como Dergatchev, le arranqué una vez esta observación: «Están por debajo de toda crítica», pero agregó de una manera muy extraña que se reservaba el derecho de no conceder a su propia opinión «ninguna importancia». ¿Cómo acabarán los estados contemporáneos y el universo? ¿Cómo se restablecerá la paz social? A todo eso se hizo el sordo durante mucho tiempo; por fin obtuve penosamente de él estas pocas palabras:

—Pienso que todo eso sucederá de la manera más ordinaria. Completamente por las buenas, todos los estados, a pesar del equilibrio de los presupuestos y «la ausencia de déficit», un beau matin se verán cogidos definitivamente en sus propias mentiras y todos, desde el primero al último, se negarán a pagar, para renovarse en seguida, desde el primero al último, en una bancarrota universal. Sin embargo, todos los elementos conservadores del mundo entero se opondrán a eso, puesto que ellos serán los accionistas y los acreedores y no que rrán admitir la quiebra. Entonces se producirá naturalmente una especie de oxidación general; en seguida todos los que nunca han tenido acciones y que en general nunca han tenido nada, es decir, todos los mendigos, se negarán naturalmente a participar en la oxidación... Vendrá la batalla, y después de setenta y siete derrotas, los mendigos aniquilarán a los accionistas, les quitarán sus acciones y se instalarán en lugar de ellos, como accionistas también, se entiende. Quizá dirán algo nuevo; quizá no. Lo más probable es que también ellos lleguen a la bancarrota. A continuación, amigo mío, soy incapaz de leer más lejos en los destinos que transformarán la faz de este mundo. Por lo demás, estudia el Apocalipsis...

—Pero, ¿es que las cosas van a ser tan materiales? ¿Es que únicamente por cuestiones económicas va a acabar el mundo actual?

—¡Oh!, claro está que yo no me he fijado más que en un ángulo del cuadro, pero ese ángulo se relaciona con todo el resto por vínculos indisolubles.

—Y entonces, ¿qué se debe hacer?

—¡Ah!, Dios mío, no tengas prisa: todo esto no va a suceder ahora mismo. Hablando de una manera general, lo mejor es no hacer nada en absoluto. Uno tiene por lo menos la conciencia tranquila, puesto que no ha participado en nada.

—Déjese de eso, hablemos en serio. Quiero saber lo que tengo que hacer y cómo debo vivir.

—¿Lo que tienes que hacer, querido? Sé honrado, no mientas nunca, no desees la casa de tu prójimo, en una palabra, relee los Diez Mandamientos: todo eso está escrito en ellos para toda la eternidad.

—Basta, basta, todo eso es demasiado viejo, y además no son más que palabras, siendo así que hace falta obrar.

—Pues bien, si te ves presa de un aburrimiento demasiado grande, trata de amar a alguien o algo, o incluso sencillamente de aficionarte a algo.

—Usted todo lo toma a broma. Además, ¿qué haría yo solo con sus Diez Mandamientos?

—Pues los pondrás en práctica, a pesar de tus preguntas y de tus dudas, y serás un gran hombre.

—Ignorado de todos.

—Nada hay oculto que no se descubra un día.

—¡Usted siempre está bromeando!

—Pues bien, si lo tomas todo tan en serio, lo mejor sera que trates de especializarte lo antes posible. Hazte arquitecto o abogado. Tendrás entonces una ocupación verdadera y seria, te calmarás y olvidarás todas esas chiquilladas.

Me callé. ¿Qué más podía sacar? Y sin embargo, después de cada una de aquellas conversaciones, me sentía aún más turbado que antes. Además, veía claramente que en él seguía habiendo una especie de misterio; eso era lo que me atraía hacia él más y más.

—Escuche —le interrumpí un día—, siempre he sospecha do que usted hablaba así únicamente por despecho y por súfrimiento, mientras que en el fondo de usted mismo está adherido a no sé qué idea superior que usted oculta o que se avergüenza de confesar.

—Te doy las gracias, querido mío.

—¡Escuche! No hay nada más sublime que hacerse útil. Dígame en qué, en el momento dado, puedo ser más útil. Sé que no va a resolverme usted la pregunta. Pero sólo necesito su opinión, dígamela y haré lo que usted diga, ¡lo juro! Pues bien, ¿en qué consiste ese gran pensamiento?

—Cambiar las piedras en panes, he ahí el gran pensamiento.

—¿Es el más grande? No, en verdad, usted ha indicado toda una vía a seguir. Usted me lo dirá sin embargo: ¿es la más grande?

—Es muy grande, amigo mío, muy grande. Pero no es la más grande; es grande, pero de segunda categoría, y grande solamente en el momento actual: el hombre, una vez saciado, perderá el recuerdo de esto; por el contrario, dirá en séguida: «Bueno, heme aquí saciado. Y ahora, ¿qué voy a hacer?» La pregunta queda eternamente sin contestar.

—Ha hablado usted de las «ideas ginebrinas». No he comprendido qué quiere decir eso de « ideas ginebrinas».

—Las ideas ginebrinas, amigo mío, es la virtud sin el Cristo, son las ideas de hoy día, o, por decirlo mejor, es la idea de toda la civilización moderna; en una palabra, es una de esas largas historias que son muy fastidiosas de empezar y haríamos mejor callándonos.

—¡Usted siempre querría callarse!

—Acuérdate, amigo mío, de que el silencio es cosa sin peligro, buena y bella.

—¿Bella?

—Desde luego. El silencio es siempre hermoso, y el silencioso es siempre más bello que el charlatán.

—Pero hablar como nosotros hacemos, usted y yo, equivale de todas maneras a callarse. ¡Al diablo esa belleza, al diablo una ventaja así!

—Querido mío —me dijo de pronto, cambiando ligeramente de tono, incluso con sentimiento y con una cierta insistencia particular—, querido mío, no quiero en forma alguna seducirte con alguna buena virtud burguesa a cambio de tus ideales. Yo no te digo que «la felicidad vale más que el heroísmo». A1 contrario, el heroísmo es superior a no importa qué felicidad, y la sola predisposición al heroísmo constituye la felicidad. Así, pues, eso es una cosa que queda bien resuelta entre nosotros. Si siento respeto por ti, es porque tú has sabido, en nuestra época podrida, crearte en tu corazón una «idea» para ti *(tranquilízate, me acuerdo de eso muy bien)*. Sin embargo, es imposible no pensar también en la mesura, puesto que tienes deseos ahora de una vida resonante, de incendiar no sé qué, de hacer añicos no sé qué, de elevarte por encima de toda Rusia, de pasar como una nube fulgurante, de sumir a todo el mundo en el espanto y en la admiración y de desva necerte en los Estados Unidos. Seguramente hay algo como esto en tu corazón, y por eso creo útil prevenirte, puesto que he concebido por ti un afecto sincero.

¿Qué podía yo sacar tampoco de aquello? Allí no había más que inquietud respecto a mí, a propósito de mi suerte material. Era el padre con sus sentimientos prosaicos, aunque buenos, pero ¿era eso lo que me hacía falta, en presencia de ideas por las cuales todo padre leal debería enviar a su hijo a la muerte, como el viejo Horacio a los suyos por la idea romana?

Frecuentemente le hice preguntas sobre la religión, pero en aquel terreno la bruma era aún más densa. Si yo preguntaba: ¿qué debo hacer en este sentido?, me respondía de la manera más tonta, como a un niñito: hace falta creer en Dios, querido mío.

—Pero ¡si yo no creo en todo eso! —exclamé una vez, lleno de irritación.

—Entonces, está muy bien, querido.

—¿Cómo que está muy bien?

—Es un signo excelente, amigo mío; es incluso el más seguro de todos, puesto que nuestro ateo ruso, si solamente es ateo de verdad y tiene un poquito de espíritu, es el mejor hombre del mundo, siempre dispuesto a acariciar a Dios, porque es bueno, y es bueno porque está inmensamente satisfecho de ser ateo. Nuestros ateos son gente respetable y dignos de toda confianza; son; por así decirlo, el sostén de la patria...

Ya aquello era evidentemente algo, pero no era lo que yo quería. Solamente una vez enunció sus pensamientos, pero de una manera tan rara, que me quedé todavía más asombrado, sobre todo teniendo en cuenta todas aquellas veleidades católicas y todas aquellas cadenas de las que yo había oído hablar:

—Querido mío —me dijo un día, no en casa, sino en la calle, después de una larga conversación, mientras lo acompañaba—. Amigo mío, amar a los hombres tal como son es imposible. Y sin embargo es preciso. Por eso hay que hacerles el bien refrenando los propios sentimientos, tapándose la nariz y cerrando los ojos *(esta última condición es indispensable)*. Debes soportar el mal que te hacen, sin tomarles odio, si eso es posible, «acordándote de que también tú eres hombre». Naturalmente, tienes derecho a mostrarte severo con ellos si te ha sido concedido el ser un poco más inteligente que el término medio. Los hombres son bajos por naturaleza y les gusta amar por miedo; no te dejes coger en este amor y no ceses nunca de despreciarlos. En alguna parte del Corán, Alá ordena a su profeta que mire a los «recalcitrantes» como si fueran ratones, que les haga el bien y siga su camino. Es una conducta un poco altanera, pero es justa. Has de saber despreciarlos, incluso cuando son buenos, porque entonces es precisamente cuando son más infectos. ¡Oh, amigo mío, hablo así porque me conozco muy bien! Quien no es demasiado bestia no puede vivir sin despreciarse, honrado o pillo, poco importa. Amar a su prójimo y no despreciarlo, es imposible. A mi entender, el hombre ha sido creado físicamente con la incapacidad de amar a su prójimo *(91)*. Hay en eso un error de lenguaje, desde el principio mismo, y «el amor a la humanidad» debe comprenderse únicamente en el sentido de la humanidad que tú te creas a ti mismo en tu corazón *(en otras palabras, me creo a mí mismo así como al amor hacia mí)*, y que por consiguiente no existirá nunca en realidad.

—¿No existirá nunca?

—Reconozco, amigo mío, que eso sería un poco idiota, pero no tengo yo la culpa. Y como no se me ha pedido mi opinión en el momento de la creación del mundo, me reservo el derecho a pensar lo que me parezca.

—¿Cómo, después de eso, le pueden llamar a usted —exclamé— cristiano, monje cargado de cadenas, predicador? ¡No lo comprendo!

—¿Y quién me llama así?

Se lo conté. Me escuchó muy atentamente, pero dejó que la conversación decayera...

No consigo acordarme a propósito de qué tuvimos aquella charla memorable. Pero incluso se enfadó, lo que no le sucedía casi nunca. Hablaba con pasión y sin ironía, como si estuviera dirigiéndose a otra persona. Pero todavía yo no lo escuchaba con confianza: no era posible que se pusiese a tratar con un chiquillo como yo de temas tan serios.

Capítulo ii

I

Aquella mañana, 15 de noviembre, me lo encontré en casa del «príncipe Serioja». Era yo quien se lo había presentado al príncipe, pero, aun sin mi intervención, tenían bastantes puntos de contacto *(me refiero a aquellas viejas historias de lo ocurrido en el extranjero, etc.)*. Además, el príncipe le ha bía dado su palabra de asignarle por lo menos un tercio de la herencia, lo que vendría a representar unos veinte mil rublos. Me acuerdo de que me pareció muy raro que no le asignase más que un tercio y no la mitad; pero no dije nada. Aquella promesa la había dado el príncipe por su propia iniciativa; Versilov no había pronunciado la menor palabra ni aventurado la más mínima alusión; el príncipe mismo fue quien dio los primeros pasos, y Versilov admitió la cosa en silencio y no volvió a mencionarla nunca; jamás mostró acordarse en forma alguna de la promesa. Diré de paso quc el príncipe, al principio, se mostró totalmente encantado con él, en particular con sus discursos; llegó incluso a entusiasmarse y me lo dijo en varias ocasiones. Exclamaba a veces, a solas conmigo y casi con desesperación, que era «tan inculto, que llevaba un camino tan equivocado...». La verdad es que ¡éramos entonces tan amigos... ! Por mi parte me esforzaba en hacer que Versilov adquiriera una buena opinión del príncipe, defendía sus defectos, aunque los veía muy bien; pero Versilov se quedaba silencioso o sonreía.

—¡Si tiene defectos, para mí por lo menos tiene tantas cualidades como defectos! —exclamé un día, plantándole cara a Versilov.

—¡Cómo lo adulas, gran Dios! —se burló.

—¿En qué? —pregunté sin comprender.

—¡Tantas cualidades! ¡Pues hará milagros, si tiene tantas cualidades como defectos!

Por lo visto, no se trataba solamente de una opinión. En una palabra, evitaba entonces hablar del príncipe, como en general evitaba hablar de todos los problemas esenciales; pero del príncipe todavía más. Yo sospechaba ya que iba a ver al príncipe cuando yo no estaba y que sostenía con él relaciones particulares, pero aquello no me molestaba. Tampoco me sentía celoso porque le hablase más seriamente que a mí, de manera más positiva, por así decirlo, con menos ironía; pero yo era entonces tan feliz, que incluso aquello me agradaba. Hasta lo excusaba con el hecho de que el príncipe era un poco torpe y, además, le gustaba la precisión en los términos y era incluso incapaz de comprender algunas bromas. Pues bien, en los últimos tiempos, empezaba a emanciparse. Hasta sus sentimientos hacia Versilov parecían cambiar.

Versilov, siempre sensible, no dejó de notarlo. Advertiré también que el príncipe cambió al mismo tiempo respecto a mí, incluso de una manera demasiado visible; de nuestra amistad primitiva, casi calurosa, no quedaban sino algunas fórmulas muertas. Sin embargo yo continuaba yendo a su casa; por lo demás, ¿ cómo habría podido obrar de otra manera, una vez embarcado en todo aquello? ¡Oh, qué novato era yo entonces! ¿Es posible que la sencillez de corazón pueda conducir a un hombre a un grado semejante de torpeza y de humillación? Aceptaba dinero de él y creía que aquello no tenía importancia. O, mejor dicho, no es eso: yo sabía ya que era algo que no se debía hacer, pero apenas pensaba en eso. No era por el dinero por lo que yo iba a11í, aunque me hiciese una falta terrible. Yo sabía que no iba a11í por el dinero, pero comprendía que iba cada día a coger dinero. Pero yo estaba ya metido en el torbellino y además mi alma se ocupaba entonces de otra cosa completamente dis tinta: ¡en mi alma había un cántico!

Al entrar, a eso de las once de la mañana, me encontré a Versilov terminando una larga parrafada; el príncipe escucha ba dando zancadas por la habitación y Versilov estaba sentado. El príncipe parecía estar un poco turbado. Versilov tenía casi siempre el don de turbarlo. El príncipe era un ser extremadamente receptivo, hasta la ingenuidad, lo que muchas veces me impulsaba a mirarlo por encima del hombro. Pero, lo repito, en aquellos últimos días había aparecido en él una especie de malignidad declarada. Se interrumpió al verme y el rostro pareció contraérsele. Por mi parte yo sabía cómo explicarme aquella mañana su aire sombrío, pero no esperaba un cambio tal de fisonomía. Sabía que se le habían acumulado toda clase de dificultades, pero la lástima era que yo no conocía más que la décima parte; por aquel entonces el resto era para mí un secreto absoluto. Era algo estúpido y desagradable, porque yo me permitía a menudo consolarlo y darle consejos, me burlaba olímpicamente de su debilidad, reprochándole que se desanimara «por semejantes tonterías». Él guardaba silencio; pero era imposible que no me odiase terriblemente en aquellos momentos: yo estaba en una situación demasiado falsa, sin ni siquiera sospecharlo. ¡Oh, Dios es testigo, yo no sospechaba lo esencial!

Sin embargo, me tendió cortésmente la mano y Versilov inclinó la cabeza sin interrumpir su discurso. Me senté en el diván. ¡Qué aires me daba yo entonces, qué ademanes! Me hacía el importante, trataba a sus amigos como s i fueran los míos... ¡Oh, si hubiese algún medio para volver atrás, de qué manera más distinta me comportaría!

Dos palabras, para no olvidarme: el príncipe vivía entonces en el mismo apartamiento, pero ahora lo ocupaba casi del todo; la propietaria, Stolbieieva, no había pasado a11í más que un mes y había vuelto a marcharse.

II

Hablában de la nobleza. Haré constar que esta idea atormentaba mucho al príncipe, a pesar de sus aires de progresista, y hasta sospecho que muchos aspectos malos de su vida provienen de ahí, han tenido ese comienzo: herido por su título de príncipe y privado de fortuna, se pasó

toda la existencia derrochando dinero por falso orgullo y se cubrió de deudas. Versilov le insinuó muchas veces que no era en eso en lo que consistía la nobleza y se esforzó en hacer penetrar en su corazón un concepto más elevado; pero el príncipe acabó por ofenderse de que se le quisiera dar lecciones. Evidentemente era una escena de este tipo la que se estaba representando aquella mañana, pero yo no había asistido al comienzo. Las palabras de Versilov me parecieron al principio reaccionarias, pero se corrigió en seguida.

—La palabra honor significa deber —decía él *(reproduzco tan sólo el sentido, por lo que recuerdo aún)*—. Cuando en un estado domina una clase privilegiada, el país es fuerte. La clase dominante tiene siempre su honor y su religión del honor, que puede por lo demás ser falsa, pero que sirve de cimiento y consolida la nación; es útil moralmente y todavía más en política. Pero los esclavos sufren, quiero decir, todos los que no pertenecen a esa casta. Para que no sufran, se les concede la igualdad de derechos. Es lo que se ha hecho entre nosotros, y está muy bien. Pero todas las experiencias que han tenido lugar hasta ahora y en todas partes *(es decir, en Europa)* muestran que la igualdad de derechos arrastra consigo una mengua del sentimiento del honor, y por consiguiente del deber. El egoísmo ha reemplazado la antigua idea que servía de cimiento al país, y todo se ha disuelto en libertad de los individuos. Los hombres, liberados, al quedarse sin idea que les sirva de cimiento, han perdido por fin tan totalmente toda idea superior, que incluso han cesado de defender su libertad. Pero la nobleza rusa no se ha parecido nunca a la de Occidente. Aun hoy, después de haber perdido sus derechos, nuestra nobleza podría seguir siendo un orden superior, conservador del honor, de las luces, de la ciencia y de las ideas superiores, sobre todo al cesar de ser una casta cerrada, lo que entrañaría la muerte de la idea. A1 contrario, las puertas de la nobleza se han entreabieito en nosotros desde hace mucho tiempo; hoy ha llegado el instante de abrirlas definitivamente. Que cada proeza del honor, de la ciencia y de la valentía confiera a cada uno de nosotros el derecho de adherirse a esa categoría superior. De esa forma la clase degenera por sí misma en una reunión de las mejores, en el sentido literal y verdadero, y no en el sentido antiguo de casta privilegiada. Bajo esta forma nueva o, por mejor decir, renovada, esta clase podría mantenerse.

E1 príncipe enseñó los dientes:

—¿Qué quedará entonces de la nobleza? Lo que usted proyecta es una especie de logia masónica, no es nobleza ya.

Lo repito, el príncipe era espantosamente inculto. Llegué a darme una vuelta en el diván, lleno de despecho, aunque tampoco estuviera completamente de acuerdo con Versilov. Versilov comprendió que el príncipe estaba irritado.

—Ignoro en qué sentido habla usted de masonería —respondió—, pero si incluso un príncipe ruso rechaza una idea semejante, ¡pues bien!, es que el momento no ha llegado todavía. La idea del honor y de la instrucción como regla de conducta de cualquiera que desee adherirse a una corporación no cerrada y renovada sin cesar es evidentemente una utopía, pero ¿por qué

había de ser imposible? Si esta idea está viva, aunque no sea más que en algunos cerebros, no está perdida, brilla como un punto luminoso en medio de profundas tinieblas.

—A usted le gusta emplear las palabras «idea superior», «gran idea», « idea que cimenta» y así sucesivamente. Me gustaría saber qué es lo que entiende usted precisamente por «gran idea».

—No sé muy bien qué responderle, querido príncipe —dijo Versilov con fina burla—; si le confieso que soy totalmente incapaz de responderle, seré más exacto. Una gran idea es por lo general un sentimiento que durante mucho tiempo permanece sin definición. Sé solamente que eso ha sido siempre lo que ha dado nacimiento a la vida viviente *(92)*, es decir, no libresca y ficticia, sino, al contrario, alegre y sin fastidio. Por eso la idea superior, de la que emana, es absolutamente indispensable, en desacuerdo con todos, naturalmente.

—¿Por qué en desacuerdo con todos?

—Porque es fastidioso vivir con ideas. Sin ideas, siempre se está alegre.

El príncipe se tragó la píldora.

—¿Y qué es entonces, según usted, esa vida viviente? —Era claro que estaba muy furioso.

—Tampoco yo lo sé, príncipe; sé simplemente que debe de ser algo infinitamente simple, totalmente ordinario, que salta a los ojos cada día y a cada minuto; tan simple, que nos cuesta trabajo creer que sea una cosa tan sencilla delante de la cual pasamos con toda naturalidad desde muchos millares de años, sin observarla ni reconocerla.

—Quería decir únicamente que la idea que usted tiene de nobleza es al mismo tiempo la negación de la nobleza —dijo el príncipe.

—Pues bien, puesto que usted insiste, diré que la nobleza tal vez no ha existido nunca entre nosotros.

—Todo eso es terriblemente sombrío y oscuro. ¿De qué sirve hablar tanto? En mi opinión, lo que habría que hacer es desarrollar...

La frente del príncipe se arrugó. Inquieto, lanzó una mirada al reloj. Versilov se levantó y cogió su sombrero:

—¿Desarrollar? —dijo—. No, vale más no desarrollar nada, y además mi debilidad es la de hablar sin nada de desarrollos. Sí, es la verdad. Otra cosa rara: si alguna vez me pongo a desarrollar una idea en la que creí, casi siempre, al final de mi alegato, yo mismo dejo de creer en ella. Me temo que hoy pasaría igual. Hasta la vista, mi querido príncipe. La verdad es que en casa de usted me dejo arrastrar por la charla; no tengo perdón.

Salió. El príncipe lo acompañó cortésmente, pero yo estaba ofendido.

—¿Por qué se amohína usted? —preguntó de improviso, sin mirarme y pasando a mi lado sin detenerse.

—Me amohíno —empecé a decir con un temblor en la voz— porque encuentro en usted un cambio tan extraño respecto a mi e incluso respecto a Versilov, que... Sin duda, Versilov ha

empezado quizá de una manera un poco reaccio naria, pero en seguida ha rectificado y... tal vez había en sus palabras un pensamiento profundo, pero usted no ló ha comprendido y...

—¡No quiero que se me den lecciones y que se me trate como a un colegial! —interrumpió, casi enfadado.

—Príncipe, ésas son palabras que...

—¡Hágame el favor de no recurrir a gestos dramáticos! ¡Se lo ruego! Lo sé, lo que hago es indigno, soy un pródigo, un jugador, un ladrón quizá... Sí, un ladrón, puesto que pierdo el dinero de mi familia, pero no quiero jueces por encima de mí. No quiero, no lo toleraré. Yo soy mi propio juez. Y, ¿a qué vienen esas ambigüedades? Si tiene algo que decirme, que lo diga francamente, en lugar de perderse en profecías nebulosas. Pero, para decírmelo, hace falta tener derecho para ello, hace falta que uno mismo sea honrado...

—Ante todo no he estado presente en el comienzo a ignoro de qué está usted hablando; además, ¿en qué no es honrado Versilov? Permítame que le haga la pregunta.

—¡Basta, se lo ruego, basta! Ayer me pidió usted tresciento rublos: ¡helos aquí!

Depositó el dinero sobre la mesa, se sentó en un sillón, se dejó caer nerviosamente sobre el respaldo y cruzó las piernas. Me detuve, turbado:

—No sé... —balbuceé—. Es verdad que se los he pedido... y ese dinero me es muy necesario, pero, en vista de ese tono...

—Déjese de tonos. Si he pronunciado alguna palabra ofensiva, excúseme. Le aseguro que tengo otras preocupaciones. Escuche una cosa importante: he recibido una carta de Moscú. Usted sabe que mi hermano Sacha, niño todavía, ha muerto hace tres días. Mi padre, como usted sabe también, hace dos años que está paralítico y me escriben que ha empeorado, que ya no puede articular una palabra y que no reconoce a nadie. Allá abajo se regocijan de antemano, a causa de la herencia, y quieren llevárselo al extranjero; pero el médico me escribe que no le quedan más de quince días de vida. Por tanto nosotros nos quedamos, mi madre, mi hermana y yo, y de esta forma me encuentro poco más o menos solo... En una palabra, heme aqui solo... Esa herencia... esa herencia, ¡oh, quizás habría sido mejor que no hubiese llegado nunca! Pero he aquí lo que tenía que comunicarle a usted: de esa herencia le he prometido a Andrés Petrovitch un mínimo de veinte mil rublos. Ahora bien, hágase cargo de que las diversas forma lidades me han impedido hacer nada hasta ahora. E incluso yo... es decir, nosotros... bueno, mi padre, todavía no ha tomado posesión de esos bienes. Sin embargo he perdido tanto dinero estas tres últimas semanas, y ese sinvergüenza de Stebelkov cobra unos intereses tales... Acabo de darle a usted poco más o menos mis últimos...

—¡Oh, príncipe, si es así.. . !

—No lo digo por eso. ¡En absoluto! Stebelkov me traerá hoy seguramente dinero, y habrá bastante de momento, pero, ¡qué mal bicho es ese Stebelkov! Le he suplicado que me busque diez mil rublos, para poderle dar al menos esa cantidad a Andrés Petrovitch. Mi promesa de cederle ese tercio de la herencia me atormenta, me martiriza. He empeñado mi palabra y debo

cumplirla. Y, se lo juro a usted, ardo en deseos de librarme de mis compromisos, por lo menos en lo que a eso se refiere. ¡Son compromisos pesados, muy pesados, insoportables! Es una obligación que me pesa... No puedo ver a Andrés Petrovitch, porque no puedo mirarlo a la cara... ¿Por qué abusa él entonces?

—¿En qué abusa, príncipe? —me detuve asombrado ante él—. ¿Es que alguna vez le ha hecho a usted alusiones?

—¡Oh, no, y se lo agradezco! Pero me odio a mí mismo. En fin, me torturo más y más... Ese Stebelkov...

—Escuche, príncipe, cálmese, se lo ruego. Veo que cuanto más insiste usted, tanto más trastornado se siente. Y sin embargo todo eso no es quizá tal vez más que un espejismo. ¡Oh!, yo también me he torturado, imperdonablemente, bajamente; pero sé que eso es pasajero... Me bastaría con ganar una pequeña suma y luego... dígame, con estos trescientos, serán dos mil quinientos los que le debo, ¿no es así?

—Me parece que no se los estoy reclamando —dijo el príncipe, mostrando de pronto los dientes.

—Usted ha dicho: diez mil a Versilov. Si yo acepto ahora el dinero de usted, será porque entra a cuenta de los veinte mil de Versilov. No lo aceptaría de otra forma. Pero... pero se lo devolveré yo mismo con toda seguridad... ¿Cree quizá que Versilov viene a su casa a causa de su dinero?

—Me encontraría mejor, si viniera a causa de su dinero — —dijo el príncipe enigmáticamente.

—Habla usted de una «obligación que le pesa»... Si se trata de Versilov y de mí, es ofensivo. En fin; usted dice: ¿por qué no es él mismo lo que quiere que sean los demás? ¡He ahí su lógica! Ante todo, eso no es lógica, permítame que se lo diga; aunque él no fuera lo que exige ser, eso no le impediría predicar la verdad... Además, ¿por qué esa palabra, «predica»? También dice usted: «profeta». Dígame, ¿fue usted quien lo trató de «profeta para buenas mujeres» en Alemania?

—No, no fui yo.

—Stebelkov me ha dicho que sí.

——Ha mentido. No soy capaz de poner motes tan divertidos. Pero si alguien se dedica a predicar la virtud, que sea él mismo virtuoso: he ahí mi lógica, y si es falsa, poco me importa. Quiero que él sea así, y así lo será. ¡Y que nadie se atreva a venir a mi casa a juzgarme y a tratarme como a un crío! Ya está bien— me gritó haciendo un ademán con la mano para que no continuara—. ¡Ah, al fin!

La puerta se abrió y Stebelkov entró.

Estaba igual que siempre, elegantemente vestido, con el pecho echado hacia delante, mirando tontamente a los ojos de los demás, creyéndose más listo que los otros, y muy satisfecho de sí mismo. Pero en esta ocasión, al entrar, lanzó una curiosa ojeada circular; había

en su mirada no sé qué particularmente prudente y penetrante; se habría dicho que trataba de adivinar algo por nuestras fisonomías. Por lo demás, se calmó instantáneamente y una sonrisa plena de presunción se abrió en sus labios, esa sonrisa de «solicitante insolente» que me era tan inmensamente desagradable.

Yo sabía desde hacía tiempo que él atormentaba mucho al príncipe. Había ya venido una o dos veces en mi presencia. Yo... también yo había tenido que ver con él por cuestión de negocios en el pasado mes, pero esta vez, por cierta razón, me quedé un poco sorprendido por su visita.

—Inmediatamente —le dijo el príncipe, sin decirle siquiera buenos días, y, volviéndonos la espalda, sacó de su mesa escritorio papeles y cuentas.

Yo estaba personalmente ofendido en serio por las últimas palabras del príncipe; la alusión a la falta de honestidad de Versilov era tan clara *(¡y tan sorprendente!)*, que era imposible dejarla pasar sin una explicación radical. Pero delante de Stebelkov no se podía soñar en eso. Me tumbé de nuevo sobre el diván y abrí un libro que estaba ante mí.

—¡Bielinski *(93)*, segunda parte! Es una novedad. ¿Quiere usted intruirse? —le pregunté al príncipe, con tono probáblemente muy falso.

Él estaba muy ocupado y se daba prisa, pero al oír aquellas palabras se volvió bruscámente:

—Se lo ruego, deje ese libro tranquilo —exclamó con tono tajante.

Aquello pasaba ya de los límites. Sobre todo en presencia de Stebelkov. Como si lo hiciera adrede. Stebelkov esbozó un visaje innoble y astuto y con un guiño de ojos me hizo señal por detrás del príncipe. Me aparté de aquel imbécil.

—No se enfade usted, príncipe. Se lo cedo al hombre más esencial y me eclipso...

Había decidido no enfadarme.

—¿Soy yo el hombre más esencial? —preguntó Stebelkov, señalándose gozosamente con el dedo.

—Sí, usted lo es. Usted es el hombre más esencial, y además lo sabe muy bien.

—No, no, permita. Aquí abajo hay en todas partes un segundo. Yo soy ese segundo. Hay el primero, y hay el segundo. El primero hace, y el segundo toma. De esa forma el segundo llega a ser primero, y el primero, segundo. ¿Es ver dad o no?

—Es posible, solamente que no le comprendo a usted, como de costumbre.

—Permítame. En Francia hubo la Revolución, y se guillotinó a todo el mundo. Vino Napoleón, y se apoderó de todo. La Revolución es lo primero, y Napoleón es lo segundo. Pues bien, Napoleón llegó a ser lo primero y la Revolución lo segundo. ¿Es verdad o no?

Diré de paso que cuando se puso a hablar de la Revolución Francesa, volví a encontrar en eso su malicia de la otra vez, que me divertía tanto: seguía viendo en mí a un revolucionario y, todas las veces que me encontraba, juzgaba oportuno algunas frases por aquel estilo.

—¡Vamos! —dijo el príncipe, y los dos se retiraron a otra habitación.

Una vez que me quedé solo, decidí definitivamente devolverle sus trescientos rubos en cuanto Stèbelkov se hubiese marchado. Me hacía muchísima falta aquel dinero, pero había

tomado mi decisión.

Se quedaron unos diez minutos sin que se oyese nada, y de pronto empezaron otra vez a hablar en voz alta. Hablaban los dos a la vez, pero el príncipe se puso en seguida a gritar: se diría que era víctima de una violenta irritación que casi llegaba a la rabia. Algunas veces era muy violento, y por eso le pasaban muchas cosas. Pero en aquel mismo instante entró un criado; le indiqué la habitación donde se encontraba el príncipe y todo se calmó allí dentro instantáneamente. En seguida, el príncipe volvió a salir, con el rostro preocupado, pero con una sonrisa. El criado se marchó corriendo y, medio minuto después, entraba un visitante.

Era un personaje de aspecto majestuoso que llevaba cordones y emblema imperial, un señor de unos treinta años como máximo, miembro del gran mundo y de severa apariencia. Debo advertirle al lector que el príncipe Sergio Petrovítch no pertenecía en realidad al gran mundo petersburgués, a pesar del deseo apasionado que tenía de lograrlo *(yo estaba enterado de ese deseo)*, y por consiguiente debía apreciar muchísimo una visita semejante. Eran unas relaciones que, como yo sabía, acababan de trabarse después de grandes esfuerzos del príncipe; el visitante devolvía ahora la visita, pero, por desgracia, cogía desprevenido al dueño de la casa. Vi con qué sufrimiento y con qué mirada de angustia el príncipe se volvió un instante hacia Stebelkov; pero el otro sostuvo aquella mirada como si no pasase nada y, sin pensar lo más mínimo en retirarse, se sentó con aire desenvuelto en el diván y se puso a frotarse los cabellos con la mano, sin duda en señal de independencia. Incluso adoptó un aspecto grave. En una palabra, era imposible. En cuanto a mí, en aquella época, sabía ya comportarme y no habría hecho que nadie tuviera que ruborizarse, pero, ¿cuál no sería mi asombro cuando sorprendí también sobre mi persona aquella mirada angustiosa, lastimera y llena de odio del príncipe? ¡Por tanto, se avergonzaba de nosotros dos, me colocaba al mismo nivel que a Stebelkov! Esa idea me puso furioso; me senté todavía más cómodamente y hojeé el libro con aire de quien no se siente afectado por nada. Stebelkov, por el contrario, abrió ojos tamaños, se inclinó hacia delante y puso oído atento a la conversación, juzgando sin duda que eso era lo cortés y lo amable. El visitante le lanzó una o dos miradas, y también me las lanzó a mí.

Se comunicaron noticias de familia; aquel señor había conocido a la madre del príncipe, que procedía de una familia renombrada. Por lo que pude deducir, el visitante, a pesar de su amabilidad y de la aparente sencillez de su tono, era persona muy engreída y se juzgaba tan superior, que una visita suya debía ser, en su opinión, un honor extremo para quien quiera que fuese. Si el príncipe hubiese estado solo, es decir, sin nosotros, estoy convencido de que se habría mostrado más digno y más ingenioso; pero un no sé qué de tembloroso en su sonrisa, quizás afable en exceso, y una distracción extraña lo traicionaban.

No llevaban sentados cinco minutos, cuando fue anunciado otro visitante más, y, como designado por la suerte, también era comprometedor. Yo lo conocía muy bien y había oído hablar mucho de él, aunque él no me conociera en absoluto. Era un hómbre muy joven, de unos veintitrés años aproximadamente, vestido admirablemente, de buena familia y muy bien

parecido, pero que no pertenecía desde luego a la buena sociedad. El año anterior todavía servía en uno de los más célebres regimientos de Caballería de la Guardia, pero se había visto obligado a pedir el retiro, y todo el mundo sabía por qué. Sus padres hasta habían llegado a anunciar en los periódicos que no respondían de sus deudas, pero no por eso él cesaba en sus francachelas, encontrando dinero al diez por ciento, jugando de una manera terrible en los casinos y arrui nándose por una francesa famosa. Aproximadamente una semana antes había ganado en una velada unos doce mil rublos, y se sentía triunfador. Se llevaba muy bien con el príncipe; con frecuencia jugaban juntos y a medias; el príncipe incluso se estremeció al verlo, lo noté desde mi sitio; aquel muchacho se sentía en todas partes como si estuviera en su casa, hablaba ruidosamente sin cortarse delante de nadie y decía con la mayor desenvoltura todo lo que le pasaba por las mientes, y, desde luego, no se le podía ocurrir que nuestro anfitrión temblase hasta tal punto por su compañía, estando a11í su empingorotado visitante.

No había hecho más que entrar, interrumpió la conversación de los dos y se puso en seguida a contar la partida de juego del día anterior, incluso antes de sentarse.

—También estaba usted a11í, creo —dijo en su tercera frase, volviéndose hacia el visitante empingorotado, a quien tomaba por uno de los suyos.

Pero, después de considerarlo con más atención, exclamó:

—¡Ah, perdone!, le había tomado a usted por uno de los de ayer.

—Alexis Vladimirovitch Darzan, Hipólito Alexandrovítch Nachtchokine —dijo el príncipe, apresurándose a presentar el uno al otro.

A pesar de todo, aquel muchacho era presentable: el nombre era bueno y conocido; pero, en cuanto a nosotros, no nos había presentado y nos quedamos en nuestros rincones. Yo me negaba en absoluto a volver la cabeza hacia donde estaban. Pero Stebelkov, al ver al joven, esbozó una mueca gozosa y hasta pareció dispuesto a abrir la boca. Todo aquello empezaba a divertirme.

—Lo he encontrado a usted con frecuencia el año pasado en casa de la princesa Veriguina —dijo Darzan.

—Me acuerdo, pero entonces usted llevaba el uniforme, creo —respondió afablemente Nachtchokine.

—Sí, estaba entonces de uniforme, pero gracias a... ¡pero si es Stebelkov! ¿Cómo diablos está aquí? Precisamente a causa de estos caballeretes no llevo ya el uniforme.

Señaló francamente a Stebelkov y se echó a reír. Stebelkov se rió también gozosamente, tomando sin duda aquella frase por una amabilidad. El príncipe se sonrojó y se apresuró a hacerle alguna pregunta a Nachtchokine, mientras que Darsan, después de acercarse a Stebelkov, se enzarzaba con él en una conversación muy animada, pero a media voz.

—Usted debió de conocer muy bien en el extranjero a Catalina Nicolaievna Akhmakova, ¿no es así? —le preguntó el visitante al príncipe.

—¡Oh, sí!, muy bien...

——Creo que pronto tendremos noticias. Se dice que va a casarse con el barón Bioring.

.¡Es verdad! - exclamó Darzan.

—¿Lo sabe usted... de una manera cierta? —le preguntó el príncipe a Nachtchokine con una turbación visible a imprimiendo a su pregunta un acento particular.

—Es lo que me han dicho. Y creo desde luego que ya se habla de eso. Pero no lo sé de forma segura.

¡Oh, es seguro!-dijo Darzan, aproximándose a ellos-. Dubassov me lo dijo ayer: es siempre el primero en enterarse de esas cosas. Sin embargo, el príncipe debería saber...

Nachtchokine aguardó a que Darzan hubiera acabado y se volvió de nuevo hacia el príncipe:

—Ahora se la ve raramente en sociedad.

—Su padre estaba enfermo el mes pasado —observó secamente el príncipe.

—Me parece que es una señorita que ha tenido aventuras —soltó de pronto Darzan.

Levanté la cabeza y me enderecé.

—Tengo el gusto de conocer personalmente a Catalina Nicolaievna y creo que es mi deber asegurarle a usted que todos esos rumores escandalosos no son más que mentitas e infamias... han sido inventados por los... que rondaban en torno de ella, pero que han fracasado.

Después de aquella tonta interrupción me callé y seguí mirando a los asistentes, con el rostro inflamado y el busto erguido. Todo el mundo se volvió hacia el lado donde yo estaba, pero de repente Stebelkov se echó a reír; Darzan, sorprendido, sonrió también.

—Arcadio Makarovitch Dolgoruki —le dijo el príncipe a Darzan, señalándome.

—¡Ah!, créame, príncipe —dijo Darzan volviéndose hacia mí con un aire franco y benévolo —. No soy yo quien habla; si hay rumores, no he sido yo quien los ha propalado.

—¡Oh, no le acuso a usted! — respondí rápidamente.

Pero ya Stebelkov estallaba en una risotada indecente, mo tivada, según se aclaró más tarde, por el hecho de que Darzan me hubiese llamado príncipe. ¡Otra mala pasada que me jugaba aquel nombrecito infernal! Todavía hoy me sonrojo al pensar que no supe, naturalmente por una vergüenza mal entendida, deshacer inmediatamente aquella tontería y declarar bien alto que yo era Dolgoruki a secas. Era la primera vez que me pasaba aquello. Darzan nos miró perplejo a Stebelkov, todo risueño, y a mí.

—¡Ah, sí!, ¿quién es esa muchacha tan linda que acabo de encontrarme, pimpante y fresca, en la escalera? —le preguntó súbitamente al príncipe.

—No sé nada —respondió el otro rápidamente, ruborizándose.

—¿Quién podrá saberlo entonces? —preguntó Darzan sonriente.

—En realidad... puede que sea.. . —y el príncipe se interrumpió.

—Es... pues es su hermanita... Isabel Makarovna —soltó Stebelkov, señalándome—. Yo también acabo de encontrarme con ella...

——¡Ah, desde luego!— dijo el príncipe, esta vez con rostro extremadamente grave y serio

—. Debe de ser Isabel Makarovna, una buena amiga de Ana Fedorovna Stolbieieva, cuya casa ocupo ahora. Seguramente habrá venido a ver a Daria Onissimovna, otra buena amiga de Ana Fedorovna, que le ha confiado su casa al partir...

Conque era aquello. Aquella Daria Onissimovna era la madre de la pobre Olia, de la que ya he hablado, y a la que Ta tiana Pavlovna había colocado por fin en casa de la Stolbieieva. Yo sabía perfectamente que Lisa iba a casa de Stolbieieva y que a veces veía a11í a la pobre Daria Onissimovna, hacia la cual todo el mundo en nuestra casa había concebido un gran cariño; pero en aquel momento, después de aquella declaración tan precisa del príncipe y sobre todo después de la absurda salida de Stebelkov, y quizá también porque se me acababa de llamar príncipe, sentí que me sonrojaba de la cabeza a los pies. Por fortuna, en aquel mismo instante, Nachtchokine se levantó para despedirse; le tendió la mano también a Darzan. Durante el instante que nos quedamos solos con Stebelkov, éste me señaló a Darzan que nos volvía la espalda en el umbral; amenacé a Stebelkov con el puño.

Un minuto después, Darzan se fue también, después de haber convenido con el príncipe una cita para el día siguiente, ni que decir tiene que en una casa de juego. Al salir, le gritó algo a Stebelkov y se inclinó ligeramente delante de mí. Apenas se había marchado, Stebelkov saltó de su sitio y se plantó en mitad de la habitación, alzando un dedo en el aire:

—Ese señorito ha hecho la semana pasada la faena siguiente: ha firmado un pagaré con un falso endoso a nombre de Averianov. Ese delicioso pagaré existe todavía. ¡Es inadmisible! Es una cuestión de derecho. ¡Ocho mil rublos!

—¿Y es usted quien tiene ese pagaré? —le pregunté, lanzándole una mirada feroz.

—Lo que yo tengo es una banca, un mont —de— piété, y no un pagaré. Ustedes saben lo que es el mont —de— piété en París. Es pan y felicidad para los pobres. Pues bien, yo tengo un mont —de— piété mío particular...

El príncipe lo interrumpió maligna y brutalmente:

—¿Y qué hacía usted ahí? ¿Por qué se ha quedado?

—¿Cómo? —dijo Stebelkov, parpadeando—. ¿Y la cosa?

—¡No, no y no! —exclamó el príncipe, pataleando—. ¡Ya lo he dicho!

—Bueno, si es así... está bien. Solamente que eso no es todo...

Dio media vuelta y salió bruscamente bajando la cabeza y encorvando la espalda. El príncipe le gritó cuando ya estaba en el umbral:

—¡Y sepa usted bien, caballero, que no le tengo miedo!

Estaba muy irritado. Tenía ganas de sentarse, pero al verme no lo hizo. Su mirada parecía decirme también: «¿Y tú, qué haces tú ahí?»

—Príncipe —empecé.

—No tengo tiempo, de verdad, Arcadio Makarovitch, tengo que salir.

—Un momentito, príncipe, es muy importante. Y ante todo, tenga usted sus trescientos rublos.

—¿Qué quiere decir eso ahora?

Se iba, pero se detuvo.

—Es que después de lo que ha pasado... y de lo que usted ha dicho de Versilov, que no es decente, y, en fin, el tono que ha adoptado usted todo este tiempo... En una palabra, no puedo aceptar.

—Sin embargo ha estado usted aceptando durante todo un mes.

Se sentó bruscamente. Yo estaba en pie delante de la mesa; con una mano me entretenía atormentando el libro de Bielinski, con la otra tenía agarrado el sombrero.

—Los sentimientos eran distintos, príncipe... Y, además, yo nunca habría sobrepasado de una determinada cifra... Este juego... En una palabra, no puedo.

—No se ha distinguido usted de ninguna manera, y por eso está furioso. Le ruego que deje en paz ese libro.

—¿Qué quiere usted decir con eso de «distinguido de ninguna manera»? Además, en presencia de sus invitados, me ha puesto usted poco más o menos al mismo nivel que Stebelkov.

—¡He ahí la clave del enigma! —dijo con una sonrisa mordaz—. Además, le ha molestado que le digan príncipe.

Soltó una risita maligna. Yo estallé:

—Ni siquiera comprendo... Príncipe, he ahí un título que no querría ni siquiera de balde.

—Conozco su carácter. ¡Cómo se ha revuelto para defender a Ahkmakova! ¡Suelte usted ese libro!

—¿Qué significa eso? —grité yo también.

—¡Suel —te— e —se libro!— aulló, enderezándose furiosamente en su sillón, como dispuesto a echárseme encima.

—¡Esto ya sobrepasa todos los límites! —dije, dirigiéndome rápidamente hacia la puerta.

Pero todavía no había llegado cuando me gritó:

—¡Vuelva, Arcadio Makarovitch! ¡Vuelva! ¡Vuelva inmediatamente!

Yo ya no lo escuchaba y me iba. Me alcanzó a pasos rápidos, me cogió por el brazo y me arrastró a su despacho, tendiéndome los trescientos rublos que yo había abandona do -. ¡Tómelos, lo exijo... de lo contrario... Se lo ordeno!

—Pero, príncipe, ¿cómo voy a cogerlos?

—Pues bien, le pido perdón, si quiere. Venga, perdóneme.

—Príncipe, yo siempre lo he querido a usted, y si, por su parte también...

—Yo también. Tenga...

Tomé los billetes. Sus labios temblaban.

—Le comprendo, príncipe, está usted enfadado con ese sinvergüenza... pero a pesar de todo no aceptaré más que si nos besamos, como después de nuestros enfados anteriores...

Diciendo aquellas palabras, también yo temblaba.

—Ahora, mimos... —rezongó el príncipe, sonriendo tímidamente.

Pero se inclinó y me besó. Me estremecí: en el momento de aquel beso, leí en su rostro una clara repugnancia.

—¿Le ha traído a usted el dinero al menos?

—Bueno, poco importa. —Entonces es que...

—Lo ha traído, lo ha traído...

—Príncipe, éramos amigos... y, además, Versilov...

—Sí, sí, ¡está bien!

—En fin, no sé realmente si estos trescientos rublos...

Los tenía entre las manos.

—¡Tómelos, tómelos!

Y se echó a reír de nuevo, pero había en su sonrisa algo malvado.

Los tomé.

Capítulo iii

I

Los tomé, porque le tenía cariño. Al que no me crea, le responderé que, por lo menos en el momento en que yo tomaba aquel dinero, estaba firmemente convencido de que podría, si quisiera, procurármelo en otra parte. Así, pues, lo tomaba no por necesidad, sino por delicadeza, para no herirlo. ¡Ay, he ahí cómo yo razonaba entonces! Pero de todas formas me sentía demasiado confuso al separarme de él aquella mañana. Con respecto a mí, observaba en él un cambio enorme. Él nunca había empleado un tono parecido; y, contra Versilov, era una rebelión declarada. Sin duda Stebelkov lo habia puesto de mal humor; pero aquello había comenzado antes de la llegada de Stebelkov. Lo repito: el cambio podia notarse ya los días precedentes, pero no de esta manera, no hasta tal punto, y eso era lo importante.

Lo que había podido causar aquel efecto era la estúpida noticia relativa a aquel ayudante de campo de Su Majestad, el barón Bioring *(94)*... También yo había salido turbado, pero... El hecho es que yo tenía entonces otra luz delante de los ojos y dejaba pasar muchas cosas sin prestarles ninguna atención: me apresuraba a dejarlas pasar, rechazaba todo lo que era sombrío y me dirigía hacia lo que brillaba...

No era todavía la una de la tarde. Desde la casa del príncipe me dirigí con mi Matvei, se crea o no, directamente a casa de Stebelkov. Acababa de sorprenderme menos por su visita al príncipe *(le había prometido venir)* que por los guiños de ojos que me había dirigido según su estúpida costumbre, pero sobre un tema completamente diferente del que yo me imaginaba. Yo había recibido de él, el día anterior por la noche y por correo, un billete bastante enigmático en el cual me suplicaba que fuera a verlo hoy entre la una y las dos: tenía que comunicarme «ciertas cosas inesperadas». Y de aquella carta, no había dicho ni una sola palabra hacía un momento, en casa del príncipe. ¿Qué secretos podía haber entre Stebelkov y yo? La sola idea era ridícula; pero, después de todo lo que había pasado, yo no dejaba de sentir un temblorcillo al dirigirme a su casa. Claro que ya había ido a buscarlo una vez, hacía unos quince días, para una cuestión de dinero, y él me lo había ofrecido, pero no nos habíamos puesto de acuerdo y yo no había aceptado; en aquella ocasión rezongó alguna cosa os cura, según su costumbre, y me pareció que quería hacerme una proposición, ofrecerme condiciones especiales... Y, como yo lo había tratado altivamente todas las veces que me lo encontré en casa del príncipe, rechacé con orgullo toda idea de condiciones especiales y salí, aunque él saliera corriendo detrás de mí hasta la puerta. Y entonces fue cuando le pedí prestado al príncipe.

Stebelkov vivía completamente independiente y con gran lujo: un apartamiento de cuatro hermosas habitaciones, un bonito mobiliario, dos sirvientes, hombre y mujer, más una ama de llaves, por to demás de edad madura. Me mostré muy colérico.

—Escuche usted, señor mío —empecé desde la puerta—; ante todo, ¿qué significa esa cartita? No admito correspondencia entre usted y yo. ¿Y por qué no me ha dicho todo lo que tenga que decirme hace un momento, en casa del príncipe? Me tenía usted a su disposición.

—Y usted, ¿por qué no habló usted hace un momento? ¿Por qué no me preguntó nada?

Y abrió la boca en una sonrisa de perfecta satisfacción.

—Sencillamente porque no soy yo quien tiene necesidad de usted, sino usted quien la tiene de mí —exclamé enfurecido.

—Y entonces, ¿por qué viene usted a verme, si la cosa es como me dice?

Casi se puso a saltar de alegría. Inmediatamente di media vuelta para marcharme, pero me agarró por el hombro.

—No, no era broma. El asunto es serio, usted lo verá.

Me senté. Lo confieso, me arrastraba la curiosidad. Nos instalamos al extremo de un amplio despacho, el uno frente al otro. Sonrió finamente y levantó el dedo.

—¡Si le parece, sin finuras y sin rodeos! Y sobre todo sin alegorías. Derecho al grano, o me voy —le grité, enfadado nuevamente.

—¡Es usted orgulloso! —dijo con un reproche idiota, balanceándose en su sillón y marcando todas las arrugas de la frente.

—Así es como hay que obrar con usted.

—Hoy... ha recibido usted dinero en casa del príncipe. Trescientos rublos. También yo tengo dinero. El mío vale más.

—¿Cómo sabe usted que lo he aceptado? —me sentía terriblemente sorprendido—. ¿Es que se lo ha dicho él?

—Me lo ha dicho. Cálmese usted, ha sido de una manera incidental, de pasada, no a propósito. Me lo ha dicho. Pero usted no podía rechazar. ¿Es así o no?

No sé por qué me propone eso; he oído decir que desuella usted a la gente con los intereses.

—Tengo mi mont —de— piété, no desuello a nadie. Fácilito dinero únicamente a los amigos, no a los demás. Para los demás hay el mont —de— piété...

Ese mont-de-piété era sencillamente préstamos sobre objetos dejados en prenda, manipulacíón que se llevaba a cabo en un local distinto, siendo, por lo demás, una empresa floreciente.

—A los amigos les doy grandes sumas.

—¿Y el príncipe es uno de sus amigos?

—Lo es. Pero... quiere contarnos paparruchas. ¡Que tenga cuidado!

—¿Hasta ese punto lo tiene usted entre las manos? Le debe mucho, ¿no?

—¿Él. .. ? Muchísimo.

—No dejará de pagarle. Tiene una herencia...

—Esa herencia no es suya. Me debe dinero, y otra cosa además. No basta con la herencia. A usted le prestaré sin intereses.

—¿También a título de amigo? ¿Por qué me lo he merecido? —pregunté, echándome luego a reír.

—Se lo merecerá usted.

Avanzó hacia mí con todo su cuerpo y se dispuso a elevar el dedo.

—¡Stebelkov, nada de dedos!, o me voy.

—¡Escuche... él puede casarse con Ana Andreievna! —y me hizo un guiño infernal.

—Mire, Stebelkov, la conversación está tomando un aspecto demasiado escandaloso... ¿Cómo se atreve usted a mencionar el nombre de Ana Andreievna?

—No se enfade usted.

—Estoy conteniéndome para poder escucharle, porque en todo esto veo no sé qué maquinación y querría saber... Pero ya no puedo resistir más, Stebelkov.

—No se enfade usted, no se haga el orgulloso. Deje de hacerse el orgulloso un momentito. ¿Conoce usted la historia de Ana Andreievna? ¿Sabe usted que el príncipe puede casarse?

—Naturalmente, he oído hablar de ese proyecto, estoy enterado de todo. Pero jamás he comentado eso con el príncipe Sokolski, que sigue enfermo hoy día. Y yo nunca he dicho nada ni he participado en eso. Se lo digo a usted únicamente a título de explicación, y me permito preguntarle ante todo: ¿por qué ha sacado a relucir este tema? Y además, ¿cómo es posible que el príncipe hable de estas cosas con usted?

—No es él quien habla de eso conmigo; no quiere hablarme; soy yo quien le hablo y él no quiere escucharme. Hace un momento se puso a gritar.

—¡Y con mucha razón; yo lo apruebo!

—El viejo, el príncipe Sokolski, dotará espléndidamente a Ana Andreievna. Ella le agrada. Entonces, el novio, el príncipe Sokolski, me devolverá mi dinero. Y me devolverá también la otra deuda. Seguro que me la devolverá. Mientras que ahora no puede hacerlo.

—Pero yo, ¿en qué puedo serle yo útil?

—Puede usted serme útil para una cuestión esencial: usted los conoce. A usted lo conocen en todas partes. Puede enterarse de todo.

—¡Demonios!, ¿de qué?

—Si el príncipe consiente, si consiente Ana Andreievna, si consiente el príncipe anciano. Usted puede saber la verdad.

—¡Y usted me propone que me convierta en su espía, y además por dinero! —salté, indignado.

—No se muestre orgulloso, no se muestre orgulloso. Resista todavía un ratito, no más de cinco minutos.

Hizo que volvieran a sentarse. Se notaba que no le temía ni a mis gestos ni a mis exclamaciones; decidí escucharlo hasta el fin.

—Solamente me hace falta saber, enterarme pronto, porque... porque bien pronto quizá sea demasiado tarde. ¿Ha visto usted hace un momento cómo se tragó la píldora cuando el oficial le habló del barón y de Akhmakova?

Decididamente me rebajé al quedarme más tiempo escuchándolo, pero mi curiosidad estaba interesada de manera irresistible.

—Mire, usted es... usted es un sinvergüenza —dije con tono categórico—. Si me quedo aquí a escucharle y si le permito que hable de esas personas... a incluso si me decido a responderle, no es en absoluto porque le reconozca a usted ese derecho. Solamente es que veo en todo eso no sé qué maquinación. Y ante todo, ¿qué esperanzas puede fundar el príncipe sobre Catalina Nicolaievna?

—Ninguna, pero está rabioso.

—Es falso.

—Está rabioso. Pero dejemos entonces lo que se refiere a Akhmakova. Bueno, en eso he perdido la partida. Queda todavía lo de Ana Andreievna. Le daré a usted dos mil... sin intereses ni pagarés.

Dicho esto, se reclinó, decidido y grave, sobre el respaldo de su sillón y me asaeteó con los ojos. Yo lo miraba también con toda fijeza.

—Lleva usted puesto un traje que procede de la Gran Millionnaia *(95)*. Hace falta dinero, hace falta. Mi dinero vale más que el suyo. Yo daré más de dos mil...

—Pero, ¿por qué? ¿Por qué?, ¡qué diablos!

Pataleé un poco. Se inclinó hacia mí y dijo en forma expresiva:

—Para que usted no me moleste.

—Para eso no necesita darme dinero, yo no me mezclo en nada —exclamé.

—Ya sé que usted no dice nada. Eso está bien.

—No tengo necesidad ninguna de que usted me dé su aprobación. Es verdad que es una cosa que yo deseo muchí simo por mi parte, pero pienso que no es asunto mío y que sería incluso inconveniente.

—¡Ya lo ve usted, ya lo ve usted, inconveniente! —repitió, levantando el dedo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Inconveniente... ¡ja, ja! —se echó a reír—. Comprendo, comprendo que sería inconveniente para usted, pero... ¿de verdad que no me estorbará?

Hizo un guiño, pero en aquel guiño había algo horriblemente descarado, burlón, bajo. Suponía en mí no sé qué bajeza, una bajeza con la que él contaba. Aquello estaba claro, pero yo seguía sin comprender adónde quería ir a parar.

—Ana Andreievna es también hermana de usted —dijo con intención.

—Le prohíbo que hable de ella. No tiene usted derecho a hablar de Ana Andreieana.

Deje de mostrarse orgulloso por lo menos un minutito más. Escúcheme: él recibirá dinero y se lo facilitará a todo el mundo - dijo Stebeikov, recalcando la frase -, a todo el mundo, ¿me comprende usted?

—Entonces, ¿usted cree que yo voy a aceptar su dinero?

—Por lo menos lo está aceptando ahora.

—Es un dinero que es mío.

—¿Suyo?

—Es dinero de Versilov: él le debe veinte mil rublos a Versilov.

—¡Poco importa! ¡También yo he podido razonar así! Yo sabía que eso importaba muchísimo: no era tan imbécil. Pero repito que razonaba así por «delicadeza».

—¡Basta! —exclamé—. No comprendo nada de nada. ¿Cómo se ha atrevido usted a hacerme venir para decirme semejantes tonterías?

—¿Es posible que realmente no comprenda usted? ¿Lo hace adrede? —pronunció lentamente Stebelkov, lanzándome una mirada penetrante acompañada de una sonrisa de desconfianza.

—Se lo juro, no comprendo una palabra.

—Digo que él puede proveer a todo el mundo, a todo el mundo, solamente que no hay que estorbarlo, no hay que disuadirlo...

—¡Usted ha perdido la cabeza! ¿Qué quiere decir con eso de «todo el mundo»? ¿Es que va a proveer a Versilov?

—No está usted solo, ni Versilov tampoco... Hay otras personas. Ana Andreievna es tan hermana de usted como Isabel Makarovna.

Lo miré, abriendo los ojos de par en par. Súbitamente hubo en su innoble mirada una especie de lástima hacia mí:

—Entonces es que usted no comprende, ¡tanto mejor! Está muy bien, está muy bien esto de que no comprenda. Es algo admirable... si es verdad que no comprende.

Me enfurecí del todo:

—¡Váyase al diablo con sus estupideces! ¡Está usted loco! —grité, recogiendo mi sombrero.

No son estupideces. ¿Lo cree? Mire, usted volverá.

—¡No! —dije en forma tajante, ya en el umbral.

—Usted volverá y entonces... entonces hablaremos de otra manera. Hablaremos de cosas serias. Acuérdese de que son dos mil rublos.

II

Había producido en mí una impresión tan turbia y tan sucia, que, al salir, me esforcé en no pensar más en aquello y me limité a escupir asqueado. La idea de que el príncipe hubiera podido hablarle de mí y de aquel dinero me hacía el efecto de un pinchazo de aguja. «Los recuperaré y se los devolveré hoy mismo», pensé con decisión.

Por bestia y retorcido que fuese Stebelkov, yo veía ahora al tunante en todo su esplendor, y, sobre todo, que no podía dejar de haber a11í alguna intriga. Únicamente que yo no tenía tiempo entonces para ocuparme en descifrar intrigas, y ésa era la causa principal de mi ceguera momentánea. Miré mi reloj con inquietud, pero todavía no eran ni siquiera las dos; por tanto aún podía hacer una visita, de lo contrario estaría hasta las tres muerto de emoción. Me dirigí a casa de Ana Andreievna Versilova, mi hermana. Me había encontrado con ella hacía mucho tiempo, en casa de mi anciano príncipe, durante su enfermedad. El pensamiento de que no la veía desde hacía tres o cuatro días atormentaba mi conciencia. Pero fue Ana Andreievna quien me sacó del apuro: el príncipe sentía por ella una verdadera pasión y delante de mí la había llamado su ángel de la guarda. A propósito, la idea de casarla con el príncipe Sergio Petrovitch había arraigado efectivamente en la cabeza de mi buen viejo y me lo había incluso manifestado más de una vez, en secreto, naturalmente. De aquello yo le había hablado a Versilov, porque ya antes había notado que, si bien se mostraba indiferente para todas las cosas esenciales, sin embargo siempre se interesaba por las noticias que yo le daba de mis encuentros con Ana Andreievna. Versilov había refunfuñado entonces que Ana Andreievna era bastante inteligente y podía arreglárselas, en un asunto tan delicado, sin consejos de nadie. Stebelkov estaba evidentemente en lo cierto al suponer que el viejo le daría una dote, pero ¿cómo podía él haber contado con una cosa segura? El príncipe acababa de gritarle que no le tenía miedo, pero, al fin y al cabo, ¿no era de Ana Andreievna de quien Stebelkov le había hablado en su despacho? Me imagino hasta qué punto yo me habría sentido furioso en su lugar.

En los últimos tiempos yo iba bastante a menudo a casa de Ana Andreievna. Pero siempre pasaba una cosa rara: era ella siempre la que me concedía la cita y me esperaba con toda puntualidad, pero, apenas llegado, me daba la impresión de que me había presentado a11í de una manera completamente inopinada; había observado en ella ese detalle, pero no por eso le tenía menos cariño. Ella vivía en casa de Fanariotova, su abuela. naturalmente a título de pupila *(Versilov no daba nada para su manutención)*, pero con un papel muy distinto del que se atribuye de ordinario a las pupilas de las damas nobles, como por ejemplo en Puchkin, en La dama de Pica, la de la vieja condesa. Ana Andreievna era por sí misma una especie de condesa. Tenía en la casa su departamento particular, completamente independiente, aunque en el mismo piso y en el mismo apartamiento que Fanariotova, pero formado por dos habitaciones aisladas, de modo que ni al entrar ni al salir me encontraba yo nunca con ninguno de los Fanariotov. Tenía derecho a recibir a quien quisiera y emplear su tiempo como le pareciera bien. Cierto es que ya había cumplido los veintitrés años. El año pasado había dejado de ir casi en absoluto a las fiestas de sociedad, aunque Fanariotova no ahorrase gastos en su nieta, a la que quería muchísimo, por lo que he oído decir. Por el contrario, lo que más me agradaba en Ana Andreievna era que me la encontraba siempre con un vestido muy modesto, siempre ocupada, con alguna labor o un libro entre las manos. Había en su porte no sé qué de monástico, de casi monjil, que también me agradaba. No era locuaz, pero hablaba siempre con ponderación y le

gustaba mucho escuchar, cosa de la que siempre he sido incapaz. Cuando yo le decía que, sin tener ningún rasgo común con él, ella me recordaba enormemente a Versilov, no dejaba de ruborizarse un poco. Se ruborizaba con frecuencia, y siempre rápidamente, pero siempre de una manera muy tenue, y esa particularidad de su rostro me agradaba mucho. En su casa yo nunca designaba a Versilov por su nombre: lo llamaba siempre Andrés Petrovitch, y eso parecía estar convenido tácitamente. Incluso había notado que, en casa de los Fanariotov en general, se debía de tener un poco de vergüenza de Versilov; por mi parte sólo lo había notado en Ana Andreievna, aunque todavia no sepa si «vergüenza» es aquí el término más apropiado; pero había algo de aquello. Yo hablaba también con ella del príncipe Sergio Petrovitch, y ella escuchaba mucho, parecía interesarse por aquellos informes; pero sucedía siempre que era yo quien se los comunicaba sin que ella me preguntase jamás. Yo nunca me había atrevido a hablarle de la posibilidad de un casamiento entre ellos, aunque muchas veces me asaltase el deseo de hacerlo, porque la idea me agradaba muchísimo. Pero había una multitud de temas que yo no me atrevía a abordar en su habitación, y sin embargo me sentía a11í infinitamente bien. Lo que también me gustaba mucho era que se trataba de una muchacha muy cultivada que leía enormemente, incluso libros serios; leía mucho más que yo.

La primera vez fue ella quien me hizo ir a su casa. Comprendí entonces que pensaba sacarme alguna noticia. ¡Oh, en aquella época, mucha gente podía sonsacarme con la mayor facilidad! «Pero, ¿qué importa? - me decía yo -; no me recibe solamente por eso.» En una palabra, yo me sentía dichoso por poderle ser útil y... y cuando estaba sentado cerca de ella, me parecía siempre que era mi hermana quien estaba a mi lado, aunque nunca hubiésemos hablado de nuestro parentesco, ni con palabras claras ni siquiera con alusiones; se habría dicho que ese parentesco no había existido jamás. Al visitarla en su casa, me parecía completamente imposible abordar aquel tema y, al mirarla, una idea absurda me atravesaba a veces el espíritu: ¡que quizás ella ignoraba aquel parentesco, en vista de la forma que tenía de comportarse conmigo!

III

Al entrar, me encontré con que estaba allí Lisa. Me quedé casi aturdido. Yo sabía muy bien que ellas se habían conocido ya; el encuentro se había producido en casa del «niño de pecho». Tal vez hablaré más tarde, si se presenta la ocasión, del capricho que tuvo la orgullosa y púdica Ana Andreievna de ver aquel niño, así como de su encuentro a11í con Lisa; pero no me esperaba en forma alguna que Ana Andreievna ïnvitara a Lisa a su casa. Me sentí por tanto agradablemente sorprendido. Sin demostrarlo, como es natural, le di los buenos días a Ana Andreievna, estreché calurosamente la mano de Lisa y me senté a su lado. Las dos estaban ocupadas con asuntos serios: sobre la mesa y sobre sus rodillas estaba extendido un vestido de noche de Ana Andreíevna, suntuoso pero anticuado, es decir, que se lo había puesto ya tres veces, y que quería transformarlo. Lisa era una gran «artista» en el asunto y tenía buen gusto:

se celebraba pues un consejo de guerra entre aquellas «sabihondas». Me acordé de Versilov y me eché a reír; por lo demás, estaba de un humor radiante.

—Está usted hoy muy alegre. Eso es muy agradable —dijo Ana Andreievna, destacando gravemente cada palabra.

Tenía una voz de contralto cálida y vibrante, pero pronunciaba siempre calmosa, tranquilamente, bajando un poco sus largas cejas, con una sonrisa fugitiva sobre su pálido rostro.

—Lisa sabe lo desagradable que soy cuando no estoy alegre —respondí jovialmente.

—También es posible que lo sepa Ana Andreievna.

Era un alfilerazo que me dirigía la desvergonzada de Lisa. ¡Pobrecilla, si yo hubiese sabido entonces el peso que había en su corazón!

—¿Qué hace usted ahora? —preguntó Ana Andreievna. *(Nótese que era ella quien me había rogado que viniese a verla aquel día.)*

—Ahora estoy aquí y me pregunto por qué me gusta más encontrarla delante de un libro que delante de una labor. No, verdaderamente, las labores de señoras no van con usted. En ese aspecto, soy de la opinión de Andrés Petrovitch.

——¿Todavía sigue usted sin decidirse a ingresar en la Universidad?

—Le agradezco infinito que no haya olvidado nuestras conversaciones anteriores. Eso es señal de que piensa en mí algunas veces. Pero, en lo que se refiere a la Universidad, todavía no estoy decidido, y además tengo ciertos proyectos.

—Lo cual quiere decir que tiene su secreto —observó Lisa.

—Déjate de bromas, Lisa. Un hombre inteligente ha dicho estos días que todo nuestro movimiento progresista de estos últimos veinte años ha probado en primer lugar que todos somos unos groseros incultos. Y, como era justo, no ha olvidado nuestras universidades.

—Vamos, papá ha estado en lo cierto; con mucha frecuencia tú repites sus mismas ideas

—observó Lisa.

—Lisa, se diría que, en opinión suya, carezco de cerebro.

—En nuestra época es útil escuchar los discursos de las personas inteligentes y retenerlos

—replicó Ana Andreievna, intercediendo ligeramente a mi favor.

—Exactamente, Ana Andreievna —repliqué con ardor—. Quien no piensa en estos momentos en Rusia, no es ciudadano. Considero a Rusia desde un punto de vista tal vez extraño: hemos sufrido la invasión tártara, luego dos siglos de esclavitud, sin duda porque lo uno y lo otro fueron de nuestro gusto. Ahora se nos ha dado la libertad y se trata de soportarla: ¿podremos hacerlo? ¿Nos gustará realmente la libertad? He ahí el problema.

Lisa envió una mirada rápida a Ana Andreievna; ésta bajó inmediatamente la cabeza y fingió estar buscando alguna cosa; vi que Lisa hacía los mayores esfuerzos por contenerse, pero de repente nuestras miradas se encontraron por casualidad y ella estalló en una carcajada; yo prorrumpí:

—¡Lisa, eres imposible!

—¡Perdón! —dijo bruscamente, cesando de reír y casi con pena—. No sé lo que tengó en la cabeza...

De pronto unas lágrimas temblaron en su voz; me dio una vergüenza espantosa: le cogí la mano y se la besé con fuerza.

—Es usted muy bueno —me dijo dulcemente Ana Andreievna, viéndome besar la mano de Lisa.

—Lo que me siento es muy dichoso, Lisa, por encontrarte una vez con ganas de reír. ¿Lo creerá usted, Ana Andreievna?: todos estos último s días me ha estado recibiendo con una mirada especial y en su mirada una especie de pregunta: «Y bien, ¿te has enterado de algo? ¿Va todo bien?» —Verdaderamente, hay algo en ella de ese tipo.

Ana Andreievna la miró lenta y fijamente; Lisa bajó los ojos. Por lo demás, yo notaba muy bien que había entre ellas muchísima más intimidad de la que yo hubiera supuesto al entrar; aquella idea me resultó agradable.

—Acaba usted de decir que soy bueno; no podría usted creer hasta qué punto me siento mejorado al estar aquí y lo bien que me encuentro en su casa, Ana Andreievna—.— dije emocionado.

—Y a mí me encanta oírle hablar así en este momento —me respondió ella con gravedad.

Debo decir que ella no me hablaba nunca de mi vida desordenada ni del torbellino en el que yo estaba sumergido, aunque, yo lo sabía, estuviese informada de todo a incluso preguntase a los demás por mí. Por tanto aquélla era la primera alusión, y mi corazón no hizo más que sentirse todavía más atraído hacia ella.

—¿Y nuestro enfermo? —pregunté.

—¡Oh! Va mucho mejor: sale, ayer y hoy ha ido a dar un paseo. Pero, ¿es que no ha ido usted a verlo hoy? Lo está esperando.

—Estoy en deuda con él, pero ahora es usted quien lo visita y me ha reemplazado perfectamente. Es un gran infiel, me ha cambiado por usted.

Se puso muy seria, porque mi broma podía pasar muy bien por una vulgaridad.

—Salgo de casa del príncipe Sergio Petrovitch, y... A propósito, Lisa, ¿has estado en casa de Daria Onissimovna?

—Sí —respondió ella brevemente, sin levantar la cabeza—. Pero me parece que vas todos los días a casa del príncipe enfermo, ¿no es asi? —preguntó de pronto, quizá para decir algo.

—Sí, voy, solamente que no llego hasta el final —respondí riendo—. Entro y hago un giro a la izquierda.

—Incluso el príncipe ha notado que va usted con mucha frecuencia a casa de Catalina Nícolaievna. Ayer hablaba de eso y se rió mucho —dijo Ana Andreievna.

—¿Y de qué se reía?

—Bromeaba, ya usted me comprende. Decía que, al contrario de lo que se piensa, una mujer joven y bella produce siempre en un joven de la edad de usted una impresión de furia y de cólera. .. —dijo Ana Andreievna, echándose luego a reír.

—Oiga... ¿Sabe usted que eso está muy bien dicho? —exclamé—. Seguramente no es cosa de él; será usted quien se lo habrá apuntado, ¿no es así?

—¿Y por qué? No; es cosa suya.

—Y si esa hermosa le presta atención, aunque él sea tan poquita cosa, que se mantiene en un rincón y le da rabia ser «su pequeño», y si de pronto ella lo prefiere a la multitud de adoradores que la rodean, ¿qué pasará entonces? —pregunté bruscamente con semblante atrevido y provocador mientras el corazón me latía con fuerza.

—Pues que estás perdido frente a ella —respondió Lisa, y estalló en una carcajada.

—¿Perdido? —exclamé—. No, ne estoy perdido. Creo firmemente que nunca estaré perdido. Si una mujer se atraviesa en mi camino, está obligada a seguirme. No se me cierra el camino impunemente...

Lisa me dijo un día, incidentalmente, mucho tiempo después, que yo había pronunciado esa frase de una manera extraña, con una terrible seriedad y como sumido de pronto en mis reflexiones; pero en aquel momento «resultaba tan cómico, que no había manera de contenerse». Efectivamente, Ana Andreievna se echó a reír una vez más.

—¡Ríase, búrlese de mí! —exclamé en una especie de embriaguez, porque toda aquella conversación y su tono me agradaban enormemente—. Que lo haga usted, es para mí un placer. Me encanta oír su risa, Ana Andreievna. Es su característica más acusada: se queda usted silenciosa y luego se echa de pronto a reír, en un instante, sin que en el segundo anterior hubiese nada en su rostro que presagiara esa risa. En Moscú conocí de lejos a una señora, puesto que yo la miraba desde mi rinconcito: era casi tan guapa como usted, pero no sabía reír y su rostro, tan seductor como el de usted, perdía con eso toda su seducción; lo que me atrae en usted tanto, es esa facultad... He aquí algo que hace mucho tiempo quería decírselo.

Cuando pronuncié la frase sobre la dama «tan guapa como usted», estaba mintiendo; fingí que aquella frase se me había escapado sin querer, incluso sin darme cuenta; sabía que aquel elogio «escapado» sería más apreciado que no importa qué cumplido alambicado. Y Ana Andreievna se sonrojó inútilmente: yo estaba seguro de que se sentía contenta. Incluso la dama en cuestión era imaginaria: nunca había conocido en Moscú a semejante señora; era únicamente para halagar a Ana Andreievna y producirle una alegría.

—Se podría creer verdaderamente —me dijo con una sonrisa encantadora—que estos días últimos ha estado usted sometido a la influencia de alguna beldad.

Tenía la impresión de estar volando... Incluso me daban ganas de hacerle una confidencia... pero me contuve.

—A propósito, hace un momento se le ha escapado a usted a cuenta de Catalina Nicolaievna una expresión completamente hostil.

—Si me he expresado mal —repuse mientras mis ojos relampagueaban—, la causa es esa monstruosa columnia que afirma que es enemiga de Andrés Petrovitch; a él se le calumnia también, diciendo que ha estado enamorado de ella, que le ha hecho proposiciones y no sé cuántas tonterías más. Esa idea no es menos monstruosa que la otra calumnia que pretende que ella le haya ofrecido al príncipe Sergio Petrovitch casarse con é1 sin que después haya cumplido su palabra. Sé de buena tinta que todo eso es falso y que no consistió más que en broma. Estoy muy bien enterado. En cierta ocasión, en el extranjero, en un momento de alegría, ella le dijo efectiva mente al príncipe: «Quizá», refiriéndose al porvenir; pero, ¿era aquello otra cosa que una palabra lanzada al aire? Sé muy bien que el príncipe, por su parte, no puede conceder el menor valor a una promesa de esa clase, ni ésa es tampoco su intención —añadí, conteniéndome—. Tiene ideas muy diferentes —insinué con astucia—. Hace un momento Nachtchokine decía en su casa que Catalina Nicolaíevna se va a casar con el barón Bioring. Pues bien, créanme ustedes, ha escuchado esa noticia con la mayor tranquilidad del mundo, pueden estar convencidas.

—¿Que Nachtchokine estaba en su casa? —preguntó Ana Andreievna con gravedad y como asombrada.

—Pues claro; creo que es de esa clase de gente que...

—¿Y Nachtchokine le ha hablado de ese casamiento~ con Bioring? —continuó Ana Andreievna, súbitamente interesada.

—Del casamiento, no; sino de su posibilidad, de un rumor. Dice que ese rumor corre por el gran mundo. Por mi parte, estoy convencido de que se trata de una estupidez.

Ana Andreievna reflexionó y se inclinó sobre su labor

—Yo le tengo simpatía al príncipe Sergio Petrovitch —añadí de pronto ardorosamente—. Tiene sus defectos, es indudable, ya otras veces he hablado de eso, una cierta estrechez de ideas... pero esos mismos defectos manifiestan la nobleza de su alma, ¿no es verdad? Por ejemplo, hoy mismo, hemos estado a punto de enfadarnos por una idea: está convencido de que, para hablar de la nobleza, es preciso que sea noble el que habla; de lo contrario, todo lo que dice es una mentira. Pues bien, ¿es eso lógico? Indudablemente, no; pero eso mismo revela sus altas exigencias en cuestión de honor, de deber, de justicia... ¿No tengo razón? ¡Ah, Dios mío!, ¿qué hora es? —exclamé, habiéndose fijado mi mirada por casualidad en la esfera del reloj colocado sobre la chimenea.

—Las tres menos diez —declaró ella tranquilamente, después de haber mirado el reloj.

Todo el tiempo que yo había estado hablando del príncipe me había escuchado con los ojos bajos, con una cierta ironía marrullera, pero suave: sabía por qué me preocupaba de alabarlo tanto. Lisa escuchaba con la cabeza inclinada sobre su labor, y desde hacía largo rato no tomaba parte en la conversación.

Me puse en pie de un brinco como si acabara de sufrir una quemadura.

—¿Tiene usted prisa?

—Sí... no... Tengo prisa, es verdad. Pero permítame un momento... Una palabra solamente, Ana Andreievna —empecé a decir todo conmovido—, ya hoy no puedo callarlo más. Quiero confesarle que muchísimas veces he bendecido ya su bondad y la delicadeza con que me ha invitado a visitarla... Nuestras relaciones han producido en mí la más fuerte impresión... En casa de usted, me. purifico; salgo de su casa mejor de lo que era. Es verdad. Cuando estoy a su lado, no sola mente no puedo decir nada malo: ni siquiera puedo tener malos pensamientos; desaparecen en presencia de usted. Si un mal recuerdo me pasa por la cabeza, estando junto a usted, en seguida me ruborizo y me da vergüenza. Y mire, me ha resultado particularmente agradable encontrar hoy a mi hermana en casa de usted... Eso demuestra tanta nobleza por su parte... un sentimiento tan bello... En una palabra, me ha dicho usted algo tan fraternal, si me permite que rompa por fin el hielo, que yo...

Mientras yo hablaba, ella se había levantado y se sonrojaba más y más. De pronto se asustó, como si hubiera un límite que no se debía sobrepasar, y me interrumpió rápidamente:

—Créame, sabré apreciar con todo mi corazón sus sentimientos... Sin palabras, ya había comprendido... desde hace mucho tiempo...

Se interrumpió, turbada, estrechándome la mano.

De pronto, Lisa me arrastró a la otra habitación.

IV

—Lisa, ¿por qué me has tirado de la manga? —le pregunté.

—Es mala, es astuta, no merece... Te mima para hacerte hablar —me confió en un susurro rápido y lleno de odio.

Jamás le había yo visto semejante fisonomía.

—¿Qué estás diciendo, Lisa? ¡Una muchacha tan encantadora!

—Entonces, es que soy yo la mala.

—¿Qué te pasa?

—Soy muy mala. Quizás ella es la más deliciosa de las muchachas y la mala soy únicamente yo. Bueno, déjame. Escucha: mamá te pide «lo que ella misma no se atreve a decir». Son sus propias palabras. ¡Mi querido Arcadio! Deja de jugar, cariño, te lo suplico... mamá también...

—Lisa, yo también lo sé, pero... Sé que es una cobardía, pero... son idioceces y nada más. Mira, he contraído deudas con un imbécil, y quiero recuperarme para verme libre. Hay maneras de ganar, porque hasta ahora he jugado sin cálculo, al azar, como un imbécil, mientras que ahora temblaré por cada rublo... ¡Dejaré de ser yo, si no gano! En mí no es una pasión; no es la cosa esencial, es algo pasajero, te lo aseguro. Soy demasiado fuerte para no apartarme en cuanto quiera... Devolveré el dinero, y entonces estaré con vosotras sin ninguna reserva, y dile a mamá que no os abandonaré..,

—Esos trescientos rublos de hace un momento te han costado muchísimo.

—¿Cómo lo sabes? — pregunté estremeciéndome.

—Daría Onissímovna lo oyó todo...

Pero en aquel instante Lisa me empujó detrás de la cortina y los dos nos vimos en el «mirador», una habitacioncita redonda toda de ventanas. No había vuelto en mí de mi sorpresa cuando oí una voz conocida y un ruido de espuelas, y adiviné unos pasos que me resultaban familiares.

—¿El príncipe Serioja? —susurré.

—El mismo —murmuró ella.

—¿Por qué tienes tanto miedo?

—Porque sí; no quiero que me vea aquí por nada del mundo...

—Tiens, ¿estará por casualidad cortejándote? —pregunté, y me eché a reír—. Ya le daré una buena lección. ¿Adónde vas?

—Salgamos. Me voy contigo.

—¿Ya te has despedido?

—Sí. Tengo el abrigo en la antecámara...

Salimos; en la escalera se me ocurrió una idea:

—Mira, tal vez ha venido a declarársete.

—No... No se declarará... —afirmó lentamente y con firmeza, en voz baja.

—Fijate, Lisa, aunque acabo de enfadarme con él, puesto que ya te lo han contado... te lo juro, lo aprecio sinceramente y deseo que tenga éxito. Hemos hecho la paz. Somos todos tan buenos cuando nos sentimos dichosos... Mira, hay muchas cosas buenas... y cosas humanas... por lo menos la semilla... y, entre las manos de una muchacha firme e inteligente como Versilova, él se pondría completamente en orden y llegaría a ser feliz. Es una lástima que en algunos momentos... Pero vamos a ir juntos un buen trecho, me gustaría contarte...

—No, vete tú solo, yo voy por otro lado. ¿Vendrás a casa?

—Iré, iré, te lo prometo. Escucha, Lisa; hay un individuo innoble, en una palabra, la criatura más infame de todas, Stebelkov, si sabes a quién me refiero... Ese tiene sobre sus asuntos un poder terrible... Tiene unos pagarés... en una palabra, lo tiene entre las garras y bien sujeto por cierto, y el otro ha caído ya tan bajo, que los dos no ven más salida que ofreciéndose a Ana Andreievna. Haría falta prevenirla en serio; por lo demás, son tonterías, ella misma arreglará todo eso más tarde. ¿Y qué crees tú, lo rechazará?

—Adiós. No tengo tiempo —interrumpió Lisa, y vi de repente en su mirada furtiva tanto odio, que exclamé, espantado:

—Lisa, cariño, ¿por qué...?

—No es contra ti. Únicamente, no juegues más...

—¡Ah!, ¿es por el juego? No jugaré más, se acabó.

—Has dicho hace un momento: «cuando nos sentimos dichosos». Pues bien, ¿te sientes tú muy dichoso?

—¡Terriblemente dichoso! ¡Lisa, terriblemente! ¡Dios mío, pero son ya las tres, incluso más! Adiós, mi pequeña Lisa; dime, cariñito, ¿se puede hacer esperar a una mujer? ¿Está eso permitido?

—¿En una cita?

Lisa sonrió apenas, con una sonrisa que le nacía ya muerta, temblorosa.

—Dame la mano para darme suerte.

—¿Darte suerte? ¿Mi mano? ¡Por nada en el mundo!

Y se alejó rápidamente. ¡Había lanzado aquel grito con tanta seriedad! Me lancé sobre mi trineo.

¡Sí, sí, era aquella « dicha» lo que constituía la causa principal de mi ceguera, de que, como un topo ciego, no comprendiese ni viese nada fuera de mí mismo!

Capítulo iv

I

Incluso hoy mismo me da miedo de contarlo. Todo esto es ya viejo. Pero todo esto, ahora aún, es para mí como un espejismo. ¿Cómo una mujer así había podido darle una cita a un muchacho tan mezquino como lo era yo en aquella época? Eso era lo que sucedía a primera vista. Cuando, después de haber dejado a Lisa, me alejé rápidamente, el corazón me latía y me pareció haber perdido la razón: la idea de una cita se me antojó de pronto de un absurdo chocante, que no había manera de creer en ello. Y sin embargo no sentía la menor duda; es más, cuanto más escandalosa me parecía aquella absurdidad, más creía en ella.

Habían dado ya las tres, eso era lo que me inquietaba: « ¡Teniendo una cita, llegar tarde! » También se presentaban a mi espíritu cuestiones estúpidas de esta índole: « ¿Qué es ahora más conveniente: la audacia o la timidez?» Pero todo aquello no hacía más que pasar, porque en mi corazón estaba lo esencial, un algo esencial que yo no podía precisar. Era algo que había sido dicho la víspera: «Estaré mañana a las tres en casa de Tatiana Pavlovna.» Era todo. Pero, primeramente, en su casa, en su habitación, yo era recibido de una forma completamente particular, y ella podía decirme todo lo que quisiera sin trasladarse a casa de Tatiana Pavlovna. Entonces, ¿qué objeto tenía fijar otro lugar, decir que en casa de Tatiana Pavlovna? Otra pregunta más: ¿Tatiana Pavlovna estará en su casa o no? Si se trata de una cita, Tatiana Pavlovna no estará. ¿Y cómo hacer que no esté sin explicárselo todo previamente? ¿Está entonces Tatiana Pavlovna en el secreto? Esa idea me parecía horrible, inconveniente, casi grosera.

En fin, sencillamente, ella había podido tener la intención de hacerle una visita a Tatiana Pavlovna: me lo había comunicado el día anterior sin otro propósito, y yo me había formado unas ideas raras. Aquello había sido dicho incidentalmente, con todo abandono, con entera tranquilidad, y después de una sesión bien aburrida, porque todo el tiempo que permanecí en su casa había estado como desorientado: clavado en mi sitio, farfullando y no sabiendo qué decir, rabioso y tímido, mientras que ella se disponía a salir, como se descubrió en seguida, y le alegró ver que me marchaba. Todas estas reflexiones se arremolinaban en mi cerebro. Resolví finalmente: «Iré, llamaré, la cocinera abrirá, y preguntaré: ¿Está Tatiana Pavlovna en casa? Si no está, será desde luego una cita.» Pero yo no tenía la menor duda, ¡en absoluto!

Subí corriendo y, una vez en el rellano, delante de la puerta, todo mi terror desapareció: « Vamos- me dije-, lo principal es hacerlo pronto.»La cocinera abrió y gangoseó con su flema repugnante que Tatiana Pavlovna no estaba en casa. «¿Y no hay nadie más? ¿No hay nadie que

espere a Tatiana Pavlovna?» Quise hacer aquella pregunta, pero no la hice: «Yo mismo veré.» Farfullándole a la cocinera que me que daría a esperar, me quité la pelliza y abrí la puerta...

Catalina Nicolaievna estaba sentada delante de la ventana y « aguardaba a Tatiana Pavlovna».

—¿No está ella ahí? —me preguntó con preocupación e inquietud, en cuanto me vio.

Su voz y su rostro respondían tan poco a mis esperanzas, que me quedé clavado en el umbral.

—¿A quién se refiere? —balbuceé.

—¡A Tatiana Pavlovna! Ayer le rogué a usted que le dijese que estaría en su casa a las tres.

—Yo... pero yo no la he visto.

—Se ha olvidado, ¿verdad?

Me dejé caer como muerto en una silla. ¡He aquí de lo que se trataba: estaba claro como el día! Y yo, yo que me empeñaba todavía en creer...

No me acuerdo de que usted me rogase que se lo dijera. Usted no me pidió nada: me dijo solamente que estaría aquí a las tres - interrumpí con impaciencia y sin mirarla.

—¡Ah! —exclamó ella de improviso—. Entonces, si a usted se le ha olvidado decírselo y si sabía. por otra parte, que yo estaría aquí, ¿por qué ha venido?

Levanté la cabeza: ni burla ni cólera en su rostro, sino una sonrisa luminosa y alegre, una travesura muy marcada en. su expresión, su expresión de siempre por lo demás, una travesura casi infantil: «Pues bien, como ves, te he cogido en la trampa. ¿Qué vas a decir ahora?», parecía expresar todo su rostro.

No quise responder, y bajé los ojos. Aquel silencio duró medio minuto.

—¿Viene usted de casa de papa? —preguntó ella brus camente.

—Vengo de casa de Ana Andreievna, no he estado en casa del príncipe Nicolás Ivanovitch... y usted lo sabe muy bien —añadí.

—¿No le ha pasado a usted nada en casa de Ana Andreievna?

——¿Se refiere a que tengo aires de loco? No, ya tenía este aire antes de ver a Ana Andreievna.

—¿Y no se ha vuelto usted más cuerdo en su casa?

—No. Allí me he enterado de que va usted a casarse con el barón Bioring.

—¿Es ella quien se lo ha dicho? —preguntó, súbitamente interesada.

—No, soy yo quien se lo ha anunciado, por habérselo oído decir a Nachtchokine, que se lo comunicó al príncipe Sergio Pétrovitch.

Seguía sin levantar los ojos sobre ella; mirarla era lo mismo que bañarse en luz, en alegría y en felicidad, y yo quería ser dichoso. El aguijón de la cólera estaba clavado en mi corazón, y en un instante tomé una decisión colosal. En seguida me puse a hablar, no sé ya bien de qué. Me ahogaba y balbuceaba, pero ahora la rniraba atrevidamente. El corazón me latía con fuerza. Dije no sé qué frase que no tenía nada que ver con aquello, por lo demás bastante bien construida.

Al principio me escuchó con su sonrisa igual y paciente, que no abandonaba jamás su rostro; pero, poco a poco, el asombro, el espanto luego, atravesaron su mirada inmóvil. Sin embar go su sonrisa no la abandonaba, pero esa misma sonrisa suya temblaba a veces.

—¿Qué tiene usted? —pregunté de pronto, al observar que ella había temblado de la cabeza a los pies.

—Tengo miedo de usted —me respondió, casi alarmada.

—¿Por qué no se marcha? Ahora que Tatiana Pavlovna no está y que usted sabe muy bien que no vendrá, su obligación es levantarse a irse.

Yo quería aguardar, pero ahora... en efecto...

Se había levantado a medias.

—¡No, no, quédese sentada! —dije, deteniéndola—. Acaba usted de temblar de nuevo, pero, incluso con su miedo, sigue sonriendo... Usted siempre tiene su sonrisa... Mire, aho —ra se sonríe completamente...

—¿Está usted delirando?

—Estoy delirando.

—Tengo miedo... —murmuró ella otra vez.

—¿De qué?

—Tengo miedo de que usted... de que usted se ponga a dar puñetazos en las paredes ——.

—— sonrió ella nuevamente, pero con verdadero miedo.

—¡No puedo resistir su sonrisa...!

Y otra vez me puse a hablar. Casi volaba. Había algo que me empujaba. Nunca, nunca jamás le había hablado de aquella manera: siempre con timidez. Y ahora también, pero sin embargo hablaba; me acuerdo de que pronuncié un verdadero discurso sobre su rostro:

—¡No puedo resistir más su sonrisa! —exclamé de improviso—. ¡Y yo que la veía a usted, ya en Moscú, temible, magnífica, dejando caer pérfidas palabras mundanas! Sí, en Moscú; ya allí hablábamos de usted con María Ivanovna, tratábamos de verla tal como debía de ser... ¿Se acuerda usted de María Ivanovna? Estuvo usted en su casa. Durante el viaje la vi en sueños toda la noche en mi vagón. Aquí, antes de su llegada, he estado mirando todo un mes su retrato en el despacho de su padre, y no he adivinado nada. Porque la expresión que usted tiene en el rostro es de una malicia infantil y de una sencillez infinita, eso es todo. Es una expresión que he admirado en usted siempre que la veo. ¡Oh! Claro que también sabe usted tener un semblante altivo y aplastar con la mirada: me acuerdo cómo me miró en casa de su padre, cuando estaba recién llegado de Moscú... La vi entonces, y sin embargo, si me hubieran preguntado en seguida cómo era usted, no habría podido decir nada. ¡Ni. siquiera cómo era su talle! No hice más que verla y me quedé ciego. Su retrato no se le parece lo más mínimo: no tiene usted los ojos oscuros, sino claros; son las largas pestañas las que los hacen parecer sombríos. Es usted gruesa, de estatura regular, pero de un grosor carnoso, ligero, un grosor de aldeana joven y sana. También su rostro es completamente rústico, un rostro de belleza pueblerina. No se ofenda

usted, no hay cosa más excelente que un rostro redondo, sonrosado, claro, atrevido, risueño y... tímido. Sí, tímido. ¡Tímido, Catalina Nicolaievna Akhmakova! ¡Tímido y casto, lo juro! ¡Más que casto, lo juro! ¡Más que casto, infantil: eso es su rostro! Es una cosa que siempre me ha tenidó asombrado y que me ha hecho preguntarme una y otra vez: ¿es de verdad la misma mujer? Ahora ya lo sé, es usted muy inteligente, pero al principio la creía un poco simplona. Tiene usted el espíritu alegre, pero sin bellezas ficticias... Lo que más me gusta de todo es su eterna sonrisa: esó es mi paraíso. Me gusta también su calma, su dulzura, su manera de hablar, reposada, tranquila y casi perezosa. Ésa es la pereza que amo. Creo que, si un puente se hundiese bajo sus pies, usted continuaría hablando con ese tono medido y reposado... Yo creía que era usted el colmo del orgullo y de las pasiones, y he aquí que hace dos meses que habla usted conmigo como una estudiante con un estudiante... Yo no me figuraba nunca una frente como ésa: un poco baja, como una estatua, pero tierna y blanca corno el mármol, bajo una cabellera suntuosa. Tiene usted el pecho alto; el andar, ligero; una belleza extraordinaria y ni el más mínimo orgullo. ¡Sólo ahora lo creo, siempre me había negado a creerlo!

Ella escuchó con grandes ojos abiertos de par en par aque lla tirada bárbara. Se daba cuenta de que yo temblaba. En varias ocasiones levantó con un gesto gracioso y prudente su manecita enguantada, para detenerme, pero cada vez la retiraba perpleja y temerosa. Incluso en ocasiones, se echaba haciá atrás rápidamente con todo el cuerpo. Dos o tres veces, una sonrisa alumbró de nuevo su rostro; hubo un momento en que se sonrojó muchísimo, pero al final tuvo verdaderamente miedo y palideció. Apenas me hube parado, tendió su mano y pronunció con voz suplicante, pero siempre mesurada:

—No se debe decir eso... No está permitido hablar así...

Y de repente se levantó, cogió sin prisa su manteleta y su manguito de cebellina.

—¿Se va usted? —exclamé.

—Indudablemente, le tengo miedo... Usted desvaría... —dijo ella, como con pena y reproche.

—Escúcheme, no voy a hundir las paredes, se lo juro.

—¡Pero es que ya ha empezado! —No se contuvo y sonrió—. Ni siquiera estoy segura de que me deje pasar.

Y creo que temía verdaderamente que le cerrase el paso.

—Yo mismo le abriré la puerta, puede irse, pero sépalo bien, he tomado una decisión importantísima; y si quiere usted darle luz a mi alma, vuelva, siéntese y escuche solamente dos palabras. Si no quiere, váyase y yo mismo le abriré la puerta.

Me miró y se. volvió a sentar.

—¡Con qué indignación habría salido otra .nujer cualquiera, y usted ha vuelto a sentarse!

—dejé escapar en mi embriaguez.

—Nunca se había permitido usted hablar así.

—Entonces yo era tímido. Ahora también; no sabía lo que iba a decir cuando he llegado. ¿Se figura usted que no soy tímido ya? Lo soy siempre. Pero he tomado de golpe una decisión importantísima y he comprendido que voy a ponerla en práctica. Habiéndola tomado, he perdido la cabeza y me he puesto a hablar... Escúcheme, he aquí mis dos palabras: ¿soy yo su espía, sí o no? Respóndame. ¡Ésa es la pregunta!

El sonrojo le subió bruscamente al rostro.

—No responda todavía, Catalina Nicolaievna, continúe escuchando y en seguida dígame toda la verdad.

Yo había derribado de un manotazo todas las barreras y volaba por el espacio.

II

—Hace dos meses, yo estaba aquí detrás de la cortina... ya usted sabe... y usted con Tatiana Pavlovna hablaba de la carta. Me lancé, fuera de mí, y hablé más de la cuenta. Usted comprendió en seguida que yo estaba enterado de algo... no tenía usted más remedio que comprenderlo... usted buscaba un documento importante y temía el destino que se le pudiera dar... Espere, Catalina Nicolaievna, no hable todavía. Le confieso que sus sospechas estaban bien fundadas: ese documento existe... es decir, existía... yo lo he visto; se trata de la carta que usted le escribió a Andronikov, ¿no es así?

—¿Usted ha visto esa carta? —preguntó ella rápidamente, llena de turbación y de temor—. ¿Dónde la ha visto?

—La vi... la vi en casa de Kraft... el que se mató...

—¿De verdad? ¿La vio usted con sus propios ojos? ¿Y qué ha sido de ella?

—Kraft la hizo trizas.

—¿Delante de usted, viéndolo usted?

—Delante de mí. La rompió, pensando ya en su muerte, sin duda... Yo no sabía que iba a pegarse un tiro...

—Así, pues, está destruida. ¡Alabado sea Dios! —dijo lentamente, después de lanzar un suspiro, y se santiguó.

Yo no le había mentido. O más bien yo había mentido sin proponérmelo, puesto que el documento estaba en mi casa y nunca había estado en casa de Kraft, pero aquello no era más que un detalle. En lo esencial yo no había mentido, porque, en el mismo instante en que estaba mintiendo, me prometía quemar aquella carta esa misma noche. Y lo juro, si la hubiese tenido en el bolsillo en aquel instante, la habría sacado y se la habría entregado; pero no la llevaba conmigo, estaba en casa. Por lo demás, quizá no se la habría dado, porque me habría resultado muy difícil confesarle que era yo quien tenía la carta y que la había conservado tanto tiempo sin dársela. Es igual: yo la habría quemado en casa de todas maneras y no he mentido. Yo era puro en aquel instante, puedo jurarlo.

—Si es así — continué, casi fuera de mí—, dígame una cosa: ¿por qué me ha atraído usted, me ha halagado y me ha recibido en su casa, sino porque sospechaba que yo conocía la existencia del documento? Espere— continué—, Catalina Nicolaievna, todavía un minutito, no hable y déjeme acabar: todas las veces que yo venía a verla, todo este tiempo he estado sospechando que usted me animaba únicamente para hacerme hablar de esa carta, para obligarme a confesar... Espere todavía un momento; yo sospechaba, pero sufría. La doblez de usted me resultaba insoportable porque... porque yo había descubierto en usted a la más noble de las criaturas. Se lo digo francamente, sí, se to digo a usted francamente: yo era su enemigo, pero había descubierto en usted a la más noble de las criaturas. Todo fue vencido de repente. Pero la duplicidad me tenía abrumado... Ahora debe decidirse todo, explicarse, ha llegado el momento; pero aguarde todavía un poco, no hable, entérese de la manera que considero ahora todo esto, en el momento actual; se lo digo francamente: si todo ha ocurrido como yo digo, no me enfadaré... quería decir más bien: no me sentiré ofendido, porque es lo más natural del mundo, lo comprendo. ¿Qué puede haber en eso de cosa mala y contra naturaleza? Usted está atormentada por ese documento, sospecha que hay alguien que lo sabe todo, y claro, usted podía desear perfectamente que ese individuo hablase... No hay en eso nada de malo, absolutamente nada. Hablo sinceramente. Pero sin embargo es preciso que usted me diga ahora mismo una cosa... que usted confiese *(perdone esta expresión)*. Tengo necesidad de saber la verdad. ¡Tengo una necesidad tan grande! Así, pues, dígame: ¿era para hacerme hablar del documento por lo que me engatusaba?..., ¿era por eso, Catalina Nicolaievna?

Yo hablalba sin poder detenerme y tenía la frente ardiendo. Ella me escuchaba ahora sin inquietud; al contrario, su fisonomía revelaba emoción; pero tenía un aire un poco tímido, tal vez por vergüenza.

——Era por eso—declaró lentamente y a media voz—. Perdóneme, he hecho mal —agregó de pronto, levantando las manos ligeramente hacia mí.

Yo no esperaba aquello. Lo esperaba todo, pero no aquellas tres palabras; ni siquiera viniendo de ella, a la que yo conocía ya tan bien.

—¡Y usted me dice: «He hecho mal» con esa tranquilidad: « He hecho mal» —exclamé.

—¡Oh!, hace ya mucho tiempo que comprendo que me estoy portando muy mal con usted... Y me alegro de que hoy se ponga todo en claro...

—¿Desde hace mucho tiempo? ¿Y por qué no lo dijo usted antes?

—Es que no sabía cómo decirlo —sonrió—. O, mejor dicho, si habría sabido —volvió a sonreír—, pero tenía remordimientos... porque es muy cierto que al principio lo «atraje», como usted dice, únicamente para eso, pero en seguida yo misma me sentí asqueada... y toda esta falsedad me ha desagradado muchísimo, ¡se to aseguro!— agregó con amargura —¡y además todas a estas preocupaciones!

—¿Y por qué, por qué no hacer la pregunta francamente? Usted podría haberme dicho: «Puesto que conoce la carta, ¿a qué fingir esa ignorancia?» E inmediatamente yo se lo habría

contado todo, se to habría confesado todo en un instante.

—Es que... le tenía un poco de miedo. Lo confieso, no me inspiraba usted la suficiente confianza. Y, además, a decir verdad, si yo he obrado con doblez, también usted ha hecho lo mismo —añadió, echándose luego a reír.

—¡Sí, sí, me he portado indignamente! —exclamé abatidísimo—. ¡Oh, no sabe usted todavia todo lo bajo que he caído, en qué abismo...!

—Bueno, ya estamos con los abismos. Reconozco en eso su estilo. —Sonrió dulcemente—. Esa carta —agregó con tristeza— ha sido el acto más triste y más insensato de mi vida. Mi conciencia me lo ha reprochado siempre. Influida por las circunstancias y por mis temores, llegué a dudar de mi querido y magnánimo padre. Sabiendo que esa carta podía caer... en manos de gente malvada... pudiendo pensarlo todo —dijo eso con fuego—, temblaba con la idea de que pudieran servirse de ella para enseñársela a papa... Y eso habría podido producir en él una impresión fortísima... en su estado... en su salud... y me habría detestado... Sí —agregó, mirándome a los ojos y después de haber sorprendido sin duda algún fulgor en mis miradas—, sí, temía también por mí misma: temía que... bajo la influencia de su enfermedad... fuera a privarme de sus bondades... La verdad es que ese sentimiento también estaba presente en mí, pero en eso estoy segura de que también he pensado mal de él: él es tan bueno y tan generoso, que seguramente me habría perdonado. Y eso es todo lo que ha sucedido. En cuanto a mi conducta respecto a usted, pues bien, reconozco que no debería haber obrado así —acabó, súbitamente avergonzada—. Me hace usted avergonzarme de mí misma.

—¡No, no tiene usted por qué avergonzarse! —exclamé.

—La verdad es que yo contaba con su impulsividad... y lo confieso —dijo, bajando los ojos.

—¡Catalina Nicolaievna! ¿Qué, qué la obliga, dígamelo, qué la obliga a hacerme confesiones semejantes? —exclamé como embriagado—. ¿Qué le costaba a usted levantarse y, con expresiones escogidas, de la manera más delicada, probarme, como dos y dos son cuatro, que todo esto ha sucedido, pero que a pesar de todo no ha sucedido: usted me comprende, lo mismo que de ordinario se sabe tratar entre ustedes, en el gran mundo, las verdades más incuestionables? ¡Yo soy un bruto y un grosero, la habría creído inmediatamente, habría creído de su boca todo lo que usted me hubiese querido contar! ¿Qué trabajo le costaba a usted obrar de esa manera? ¿No tendría miedo de mí? ¿Cómo ha podido humillarse voluntariamente delante.de un pequeño chismoso, de un muchacho miserable?

—En cuanto a eso, no creo haberme humillado delante de usted —declaró con una infinita dignidad, sin duda no habiendo comprendido mi exclamación.

—¡Al contrario, al contrario! ¡Lo que me consume es tra tarle de explicar eso!

—Mire, ¡es que era una cosa tan mala y tan desconsiderada por mi parte! —exclamó ella, llevándose la mano a la cara, como para esconderse detrás—. Ya ayer tenía vergüenza, y por eso no me sentía a mis anchas cuando vino usted a verme... La verdad es —añadió— que hoy las circunstancias son tales, que me es absolutamente necesario saber por fin toda la verdad sobre la

suerte de esa malhadada carta que, por otra parte, empezaba ya a olvidarla... porque no era exclusivamente por la carta por lo que le recibí a usted en casa —añadió bruscamente.

Me tembló el corazón.

—Desde luego que no —y sonrió finamente—, desde luego que no. Yo... Usted lo ha notado muy bien hace un momento, Arcadio Makarovitch, usted ha dicho que hablábamos como un estudiante con una condiscípula. Se lo aseguro, con mucha frecuencia me aburro en el gran mundo; sobre todo después de mi estancia en el extranjero y después de todas esas desgracias de familia... Ya ni siquiera salgo mucho, y no es únicamente por pereza. A menudo me entran ganas de retirarme al campo. Releería a11í mis libros favoritos, abandonados desde hace mucho tiempo y que nunca llego a releer. Pero ya le he dicho a usted todo eso. ¿Se acuerda de lo mucho que se rió cuando le dije que leía dos periódicos rusos por día?

—Yo no me reí...

—Sería sin duda porque también usted estaba emociona do. Se lo confesé hace mucho tiempo: soy rusa y amo a Rusia. Usted se acuerda, leíamos juntos los «hechos», como usted los llamaba —se sonrió—. En vano trataba usted de mostrarse con demasiada frecuencia un poco... raro, usted se animaba a veces hasta el punto de encontrar una palabra bien sentida, y se interesaba justamente por las cosas —que me interesaban a mí. Cuando usted es « estudiante», se muestra verdaderamente agradable y original. Los otros papeles no le encajan tan bien— añadió con una sonrisa astuta y deliciosa—. Acuérdese de que nos hemos pasado a veces horas enteras ocupándonos nada más que de cifras, contábamos y calculábamos, buscábamos cuántas escuelas hay en nuestro país, adónde lleva la instrucción. Contábamos los asesinatos y los asuntos criminales, los comparábamos con las buenas noticias... Queríamos saber ha cia dónde tendía todo aquello y lo que sucederá finalmente con nosotros. En usted he encontrado sinceridad. En el mundo, no es así como se nos habla a nosotras, las mujeres. La semana pasada, le hablé al príncipe ...ov de Bismarck, porque me interesaba mucho por él y no sabía qué pensar en definitiva. Figúrese que se sentó a mi lado y se puso a contarme historias, con muchos detalles, pero siempre con una especie de ironía y con esa condescendencia, insoportable para mí, de la que hacen use por lo general los «grandes hombres» para con nosotras las mujeres, si se nos ocurre mezclarnos «en lo que no nos concierne»... ¿Se acuerda usted de cómo estuvimos a punto de pelearnos a propósito de Bismarck? Quería usted demostrarme que tenía una idea «infinitamente superior» a la de Bismarck.— De repente se echó a reír—. No he encontrado en toda mi vida más que a dos personas que me hayan hablado verdaderamente en serio: mi difunto marido, un hombre muy, muy inteligente y... lleno de nobleza— pronunció esa palabra con tono conmovido—, y luego... pero usted sabe muy bien quién...

—¿Versilov? —exclamé, todo anhelante.

—Sí. Me gustaba mucho oírlo, terminé por ser con él completamente... quizá incluso demasiado franca, pero en aquel momento no me creyó.

—¡No la creyó!

—Por lo demás, nadie me ha creído nunca.

—¡Pero Versilov, Versilov!

—No sólo no se contentó con no creerme —dija, bajando los ojos y sonriendo extrañamente—, sino que juzgó que yo tenía «todos los vicios».

—¡No tiene usted ni siquiera uno!

—No, eso tampoco; algunos tengo.

—Versilov no la quería a usted, por eso no ha podido comprenderla —exclamé, con los ojos brillantes.

Algo cambió en su rostro.

—Deje usted eso y no me hable nunca de... ese hombre —agregó calurosamente y con una fuerte insistencia—. Pero basta. Ya es hora. —Se levantó para irse—. Bueno, ¿me perdona usted, sí o no? —dijo, mirándome limpiamente.

—¡Yo... perdonarla yo a usted! Mire, Catalina Nicolaievna, no se enfade, ¿es verdad que va a casarse?

—No es una cosa que está totalmente decidida —dijo como asustada, turbada.

—¿Es una buena persona? Perdón, perdóneme esta pregunta.

—Sí, muy buena...

—¡No me responda ya, no me conceda ni una sola respuesta! ¡Yo sé muy bien que estas preguntas son imposibles, siendo yo quien las hago! Quería solamente saber si se trata de un hombre digno o no, pero yo mismo me procuraré los informes.

—¡Oh, mire! —exclamó espantada.

—No, no quiero, no quiero. Iré más allá... Pero he aquí lo que tengo que decirle a usted: ¡Que Dios le conceda toda clase de felicidades, todas las que usted desee... a cambio de toda la felïcidad que acaba usted de otorgarme en menos de una hora! En lo sucesivo, usted permanecerá grabada siempre en mi memoria. He conseguido un tesoro: el pensamiento de su perfección. Me imaginaba una cosa de perfidia, una coquetería grosera, y me sentía desgraciado... porque no podia compaginar esa idea con usted... Estos días últimos, pensaba en eso día y noche; y ahora todo está claro como el amanecer. Al venir aquí, pensaba que recogería hipocresía, astucia, preguntas de serpiente, y he encontrado honor, gloria, franqueza de estudiante... ¿Se ríe usted? Bueno, bueno. Lo que pasa es que es usted una Santa y no puede reírse de lo que es sagrado...

—¡Oh!, no, me río solamente porque emplea usted pala bras tan aterradoras... ¿Qué significa por ejemplo eso de «preguntas de serpiente»?

Se echó a reír.

—Hoy se le ha escapado a usted una palabra preciosa —continué entusiasmado—. ¿Cómo ha podido decir delante de mí «que contaba con mi impulsividad»? Lo creo a pies juntillas, usted es una Santa, y usted misma lo reconoce, puesto que se imagina culpable de no sé qué falta y quiere cas tigarse por eso... aunque en realidad nó hay falta en absoluto, puesto que,

aunque hubiera algo, todo lo que proviene de usted es santo. Pero, sin embargo, usted podría no haber pronunciado esa palabra, esa expresión... Una franqueza tan poco natural prueba solarnente su suprema castidad, su respeto hacia mí, su fe en mí —exclamé sin transició n—. ¡Oh!, no se ruborice usted, no se ruborice... ¿Y quién, quién ha podido calumniarla y decir que es usted una mujer apasiona da? Oh, perdóneme: veo una expresión de dolor en su rostro, perdone a un muchacho exaltado sus frases tan torpes. Pero, ¿cómo va a tratarse hoy de frases, de expresiones? ¿No está usted por encima de todas las expresiones? Vetsilov dijo un día que si Otelo mató a Desdémona y se mató en seguida él no fue por celos, sino porque le habían arrebatado su ideal... ¡Lo comprendo muy bien, porque hoy me ha sido devuelto mi ideal!

—Usted me alaba demasiado; no lo merezco —dijo ella, emocionada—. ¿Se acuerda de lo que le dije de sus ojos? —agregó jovialmente.

—Que no son ojos, sino microscopios, y que convierto a una mosca en un camello. No, no hay camello que valga... ¿Cómo, se va usted?

Estaba en medio de la habitación, con el manguito y el chal en la mano.

—No, esperaré que usted se marche, me iré a continuación. Tengo que escribírle a Tatiana Pavlovna don palabritas.

—Me voy, me voy, pero una vez más: ¡que sea usted muy dichosa, sola o con el que usted elija! Por mi parte, no necesito más que mi ideal.

—Mi querido, mi buen Arcadio Makarovitch, créame, pensaré en usted... Mi padre siempre dice al hablar de usted: «El buen muchacho, el agradable joven.» Créame, me acordaré siempre de sun historian sobre el pobre muchachito abandonado en casa de desconocidos, sobre sus sueños solítarios... Comprendo muy bien cómo se ha ido formando el alma de usted... Pero ahora no podemos volver a ser estudíantes por más que hagamos —agregó, con una sonrisa suplicante y púdica, estrechándome la mano—, no tenemos ya derecho a vernos como otras veces y... pero usted me comprende, ¿verdad?

—¿Que no tenemos derecho?

—No, y por mucho tiempo... Y es culpa mía... Veo que ahora es completamente imposible... Nos encontraremos algunas veces en casa de papa.

« ¿Teme uested "la impulsividad" de mis sentimientos? ¿No tiene confianza en mí?», quise exclamar, pero ella sintió de repente tanta vergüenza delante de mí, que las palabras no llegaron a salirme de los labios.

—Dígame —me detuvo de pronto, cuando me hallaba a un paso de la puerta—, ¿vio usted con sus propios ojos que... aquella carta... fue hecha pedazos? ¿Se acuerda usted —bien? ¿Y cómo supo que era la carta escrita a Andronikov?

—Kraft me habló del contenido, incluso me la enseñó... ¡Adiós! Cuando estaba en casa de usted, me mostraba enorme mente tímido, pero, cuando usted salía, siempre me hallaba dispuesto a lanzarme y a besar la parte del entarimado donde se habían posado sus pies...

—dije de repente, sin saber cómo ni por qué, y, sin mirarla, salí rápidamente.

Me preecipité hacia mi casa, mi alma presa del entusiasmo. Todo daba vueltas en mi mente como un torbellino, y mi corazón estaba rebosante. A1 acercarme a la casa de mi madre, me acordé de improviso de la ingratitud de Lisa hacia Ana Andreievna, de sus palabras crueles y monstruosas de hacía un momento, y al punto me dolió el corazón por ellas dos. « ¡Qué corazón más duro tienen todas! Pero Lisa, ¿qué tendrá?», pensé al poner el pie en la escalinata.

Despedí a Matvei y le ordené que viniese a recogerme a mi casa a las nueve.

Capítulo v

I

Llegué tarde para la comida, pero todavía no se habían sentado a la mesa: me esperaban. Tal, vez porque yo comía raramente en casa de ellos, se habían hecho algunos extraordinarios, como entremeses, sardinas, etc. Pero, con gran asombro por mi parte y gran pena, encontré a todo el mundo preocupado, enfurruñado: Lisa apenas sonrió al verme, y mamá estaba visiblemente inquieta; Versilov sonreía, pero con esfuerzo. «¿No habrán disputado?», pensé. Al principio, todo fue bien. Versilov solamente torció el gesto delante de la sopa de fideos, poniendo una cara larguísima cuando trajeron las albóndigas.

—Basta que diga que mi estómago no soporta un determinado plato para que, al día siguiente, haga su aparición —se dejó decir, lleno de despecho.

—Pero, Andrés Petrovitch, ¿qué quiere usted que haga? Todos los días no se puede inventar un plato nuevo —respondió tímidamente mi madre.

—Tu madre es todo lo contrario de algunos de nuestros periódicos para los que todo lo que es nuevo es bueno.

Versilov quería bromear, decir alguna cosa jovial y amable, pero no lo consiguió; no hizo más que asustar mayormente a mi madre que, como es natural, no comprendió nada de aquella comparación con los periódicos y lanzó miradas angus tiadas. En aquel instante entró Tatiana Pavlovna, que declaró haber comido ya y que se sentó sobre el diván al lado de mi madre.

Yo no había conseguido aún ganarme las simpatías de aquella persona; al contrario, me atacaba más y más, a propósito de todo y de nada. Su descontento había incluso aumentado en los últimos tiempos: no podía ver mi traje de dandy, y Lisa me había confiado que estuvo a punto de sufrir un ataque al enterarse de que tenía un cochero a mis órdenes. Yo había acabado por rehuirla lo más que podía. Hacía dos meses, después de la restitución de la herencia, había corrido a su casa para contarle la conducta de Versilov, pero no me encontré con la menor simpatía; al contrario, se había mostrado terriblemente disgustada: le desagradaba mucho que se hubiese devuelto todo, en lugar de la mitad; en cuanto a mí, me hizo esta observación virulenta:

—Me apuesto algo a que estás seguro de que ha devuelto el dinero y ha provocado al otro en duelo únicamente para subir un poco más en la estimación de Arcadio Makarovitch.

¡Casi lo había adivinado! Por aquel entonces yo tenía sentimientos de ese tipo.

Desde que entró, comprendí en seguida que fatalmente se me iba a echar encima; estaba incluso bastante convencido de que ella hábía venido exclusivamente para eso. Por tal motivo adopté al punto un tono extremadamente despreocupado, cosa que en realidad no me costaba ningún trabajo, puesto que continuaba sintiéndome radiante de alegría. Advertiré de una vez para siempre que ese tono de despreocupación no encajaba conmigo en absoluto, no convenía a mi fisonomía y, por el contrario, me cubría siempre de vergüenza. Eso fue lo que sucedió: bien pronto fui atrapado en flagrante delito de mentíra. Sin ninguna mala intención, por pura ligereza, habiendo notado que Lisa estaba espantosamente triste, solté de repente, sin reflexionar en lo que decía:

—Hace un siglo que no como aquí, y da la casualidad de que te veo toda enfurruñada, Lisa.

—Me duele la cabeza —respondió ella.

—¡Oh, Dios mío! —atacó Tatiana Pavlovna—, está enferma, ¿y qué importa eso? Arcadio Makarovitch se ha dignado venir a comer: es preciso bailar y alegrarse.

—Decididamente es usted el azote de mi existencia, Ta tiana Pavlovna. No vendré nunca más cuando esté usted aqui.

Y con un despecho sincero, di un golpe en la mesa. Mi madre se sobresaltó y Versilov me miró con expresión extraña. Me eché a reír y pedí perdón.

—Tatiana Pavlovna, retiro lo de azote —dije, volviéndome hacia ella, con tono siempre despreocupado.

—No, no —dijo secamente—, me halaga muchísimo más ser tu azote que lo contrario, puedes estar convencido.

—Muchacho, es preciso saber soportar los pequeños azotes de la existencia —susurró Versilov sonriendo—. Sin azotes, la vida carece de encanto.

—Mire, algunas veces es usted un terrible reaccionario —prorrumpí, y me eché a reír nerviosamente.

—Amigo mío, eso me es completamente igual.

—No, ¿cómo va a ser igual.? ¿Por qué no decirle francamente a un asno que es un asno?

—¿Quieres hablar de ti? Ante todo ni quiero ni puedo juzgar a nadie.

¿Por qué no quiere usted, por qué no puede?

—Pereza y repugnancia. Una mujer inteligente me dijo un día que no tengo derecho a juzgar a los demás porque «yo no se sufrír», siendo así que para erigirse en juez, hace falta ganarse con los sufrimientos el derecho a juzgar. Es un poco grandilocuente, pero, aplicado a mí, tal vez es cierto, y me he sometido gustosamente a ese juicio.

—¿No será Tatiana Pavlovna la que le haya dicho a usted eso? — pregunté.

—¿Cómo lo has adivinado? — dijo Versilov lanzándome una mirada ligeramente asombrada.

—Se lo he notado a ella en la cara: ha tenido una contracción.

Yo había adivinado por casualidad. Aquella frase, como supe más tarde, le había sido dicha la víspeta a Versilov por Tatiana Pavlovna, en el curso de una conversación animada. *(En general, lo repito, con mi alegría y mi expansividad, había caído a11í muy inoportunamente: cada uno de ellos tenía su preocupación, y bien penosa por cierto.)*

—No comprendo nada de eso; es todo demasiado abstracto. use es un rasgo de su carácter: es espantoso lo mucho que le gusta a usted hablar en tono abstracto, Andrés Petrovitch; es signo de egoísmo: únicamente a los egoístas les gusta hablar en tono abstracto.

—No está mal dicho eso, pero no insistas.

—¡No, permítame! —insisti con mi natural expansivo—. ¿Qué significa «ganar con los sufrimientos el derecho a juzgar»? Todo hombre honrado puede ser juez, eso es lo que yo pienso.

—Entonces apenas encontrará jueces.

—Conozco a uno.

—¿A quién?

—Está aquí a punto de discutir conmigo.

Versilov tuvo una risa extraña, se inclinó del todo sobre mi oreja y, agarrándome por el hombro, me susurró:

—Te está mintiendo.

No he comprendido todavía cuál era entonces su pensamiento, pero sin duda él se encontraba en aquel instante presa de una extrema turbación *(como consecuencia de cierta noticia, como lo he conjeturado más tarde)*. Pero aquella frase: « Te está mintiendo» era tan inesperada, había sido dicha tan en serio y con una expresión tan singular, de ningún modo agradable, que me estremecí nerviosamente, me sentí casi espantado y le lance una mirada salvaje; pero Versilov se apresuró a reírse.

—¡Bueno, Dios sea alabado! —dijo mi madre, que se había asustado al verlo cuchichearme al oído, no fuese yo a creer...—. Tú, mi querido Arcadio, no debes enfadarte con nosotros; personas inteligentes las encontrarás a montones, pero, ¿quién te querrá si no estamos nosotros?

—Precisamente por eso el cariño de los padres es inmoral, mamá: es una cosa inmerecida. Y el cariño debe ser merecido.

—Ya te lo merecerás más tarde; mientras tanto, se te quiere gratis.

Todo el mundo se echó a reír.

—Pues bien, mamá, tal vez no lo has dicho adrede, pero lo cierto es que has dado en el blanco —exclamé, y me eché también a reír.

—¿Y te figuras tú quizá que hay motivos para quererte? —era de nuevo Tatiana Pavlovna, que otra vez se lanzaba sobre mí—. O te quieren gratis, o más bien te quieten venciendo su repugnancia.

—¡Ah, no! —exclamé alegremente—. ¿Sabe usted quién me ha dicho hoy que me quiere?

—¡Si lo ha dicho, es para burlarse de ti! —replicó repentinamente Tatiana Pavlovna con una malicia poco natural, como si hubiera estado aguardando de mí precisamente aquella frase—. Sí, un hombre delicado, y más todavía una mujer, tiene que sentirse repelido por la negrura de tu alma. Te peinas a raya, tienes ropa blanca de lo más fino, trajes hechos en casa del mejor sastre francés, y todo eso no es más que fango. ¿Quién te viste, quién te alimenta, quién te da dinero para jugar a la ruleta? Acuérdate de esa persona a la que no te da vergüenza de pedirle ese dinero.

Mi madre se puso roja como una amapola. Nunca había visto yo en su rostro tanta vergüenza. Me invadió la rabia:

—Si gasto, lo hago con mi dinero y no tengo que rendirle cuentas a nadie —declare, todo arrebolado.

—¿Tu dinero? ¿Qué es eso de tu dinero?

—Si no es mi dinero, es el de Andrés Petrovitch. Él no me lo negará... Se lo he pedido prestado al príncipe, de lo que éste le debe a Andrés Petrovitch...

—Amigo mío —declaró firmemente Versilov—, él no tiene un solo copec que sea mío.

La frase era terrible. Me quedé clavado en el sitio. Sin duda, al recordar mi estado de ánimo entonces, paradójico y desordenado, habría debido dejarme arrastrar por algún «noble» impulso, por alguna palabra detonante o alguna otra cosa de ese tipo; pero de repente observé en el rostro sombrío de Lisa una expresión malvada, acusadora, una expresión injusta, casi una burla sarcástica, y un demonio me empujó:

—Me parece, señorita —me volví de pronto hacia ella—, que va usted a visitar muchísimo a Daria Onissimovna, en casa del príncipe. ¿Puedo pedirle que entregue al príncipe estos trescientos rublos, por los cuales ya me ha atormentado usted hoy bastante?

Saqué el dinero y se lo tendí. Pues bien, ¿podrá creerse?, esas palabras villanas fueron dichas sin ningún propósito, es decir, sin la menor alusión a lo que quiera que fuese. Por otra parte, no podía haber alusión alguna, porque en aquel momento yo no estaba enterado absolutamente de nada. Quizá tuve solamente el deseo de lanzarle un puntazo, relativamente muy inocente, poco más o menos de este tenor: usted, señorita, que se mete en lo que no le importa, usted consentirá tal vez, puesto que tanto le interesa meter la nariz en todas partes, en ir a ver a ese príncipe, a ese joven, a ese oficial petersburgués, y entregarle ese recado, «puesto que tanto dis fruta usted entrometiéndose en los asuntos de la gente joven». Pero cuál no sería mi estupefacción cuando mi madre se levantó bruscamente y, levantando el dedo para amenazarme, lanzó este grito:

—¡Cállate! ¡Cállate!

Yo no podía esperar nada parecido por parte de ella y me sobresalté, no de temor, sino con una especie de sufrimiento, con una herida torturante en el corazón, al adivinar de pronto que acababa de producirse algo terrible. Pero mamá no resistió mucho tiempo: ocultándose el

rostro entre las manos, salió rápidamente de la habitación. Lisa la siguió, sin mirar hacia el sitio donde yo estaba. Tatíana Pavlovna me examinó medio minuto en silencio:

—¿Es posible que hayas querido decir una porquería? —exclamó enigmáticamente, mirándome con profundo asombro.

Pero, sin aguardar mi respuesta, se marchó también. Versilov se levantó de la mesa con aire hostil, casi maligno, y cogió el sombrero que tenía en un rincón.

—Me parece que no eres tan estúpido... no eres más que un inocente —gruñó con tono burlón—. Si las mujeres vuelven, díles que no me esperen para el postre: voy a dar una vuelta.

Me quedé solo. Al principio encontré aquello extraño, luego ofensivo, por fin vi claramente que no sabía a qué atenerme. Por lo demás, no sabía por qué, presentía algo. Me senté ante la ventana y aguardé. Al cabo de unos diez minutos, también yo cogí mi sombrero y subí a mi antigua buhardilla. Sabía que ellas estaban a11í, es decir, mamá y Lisa, y que Tatiana Pavlovna se había marchado ya. En efecto, me las encontré a las dos juntas sobre mi diván, cuchicheando. Cuando aparecí, aquel cuchicheo cesó en absoluto. Con gran asombro por mi parte, no se mostraron enfadadas; por lo menos mamá me sonrió.

—Perdón, mamá —comencé.

—Vamos, vamos, no es nada —interrumpió ella—; lo que tenéis que hacer es quereros el uno al otro y no pelearos nunca. Dios os dará la felicidad.

—Él, mamá, no me hará nunca ningún daño, de eso estoy segura —dijo Lisa con convicción y sentimiento.

—Sin esa Tatiana Pav1ovna, nada de esto habría sucedido —exclamé—. Es un ser odioso.

—¿Ve usted, mamá? ¿Lo oye? —dijo Lisa señalándome.

—Y he aquí lo que voy a deciros a las dos —proclamé—. Si hay alguien malo aquí, soy yo sólo; el resto es encantador.

—Mi pequeño Arcadio, no te enfades, querido mío, pero si pudieras dejar...

—¿De jugar? ¿De jugar? Dejaré, mamá. Iré hoy por última vez. sobre todo después de lo que Andrés Petrovitch acaba de declarar a todo pulmón, que no tiene a11í ni un solo copec suyo. No podéis figuraros hasta qué punto me dio vergüenza... Pero tengo que explicaros... Mi querida mamá, la última vez que estuve aquí pronuncié... unas palabras torpes... Mamá, he mentido: quiero creer sinceramente, me las he dado de fanfarrón, pero amo mucho al Cristo...

En efecto, la véz precedente habíamos tenido una conversación de ese tipo. Mi madre se había mostrado muy apena da y muy alarmada. Ahora, después de oírme, me sonrió como a un niño:

—El Cristo, mi pequeño Arcadio, lo perdonará todo, tanto tus blasfemias como cosas todavía peores. El Cristo es un padre, el Cristo no tiene necesidad de nada y resplandecerá hasta en las tinieblas más profundas...

Me despedí de ellas y salí pensando en las posibilidades que tenía de ver aquel mismo día a Versilov; tenía que ha blar mucho con él, y hacía un momento había sido imposible. Tenía

grandes sospechas de que me aguardaba en casa. Me dirigí a11í a pie; estaba empezando a helar ligeramente y el paseo resultaba muy agradable.

II

Yo vivía cerca del puente Voznessenski *(96)* en un gran edificio, por la parte del patio. A1 entrar en el portal tropecé con Versilov que salía de mi casa.

—Siguiendo mi costumbre, he venido, dando un paseo, hasta tu casa a incluso te he aguardado en la habitación de Pedro Hippolitovitch, pero he acabado por aburrirme. Están siempre con ganas de disputa y hoy la mujer se ha metido en la cama y se ha puesto a llorar. He echado una ojeada y me he marchado.

Experimenté una especie de descontento.

—Creo que soy la única persona a cuya casa va usted y que, aparte de mí y de Pedro Hippolitovitch, no tiene usted a nadie en todo Petersburgo, ¿no es así?

—Amigo mío... ¿qué más te da eso?

—Y ahora, ¿adónde va usted?

—No, no volveré a subir a tu casa. Si quieres, podemos pasearnos, la noche es espléndida.

—Si, en lugar de consideraciones abstractas, me hubiese usted hablado humanamente, si por ejemplo me hubiese hecho una alusión, una simple alusión a ese juego maldito, quizá no me habría yo dejado embarcar como un imbécil —dije de pronto.

—¿Te arrepientes? Está bien —respondió pesando sus palabras—. Siempre he sospechado que el juego en ti no era lo esencial, sino una simple desviación pasajera... Tienes razón, amigo mío, el juego es una porquería, y además se puede perder.

—Y perder también el dinero de los demás.

—¿Has perdido tú el dinero de los demás?

—El de usted. Yo le pedía prestado al príncipe contando con la deuda de éste. Sin duda era un comportamiento absurdo y estúpido por mi parte esto de considerar el dinero de usted como mío, pero yo siempre quería jugar para desquitarme.

—Te prevengo una vez más, muchacho, que el príncipe no tiene ningún dinero mío. Sé que ese joven está por su parte en una situación muy apurada, y estimo que no me debe nada, a pesar de sus promesas.

——En ese caso, mi situación es dos veces peor... ¡Es cómica! ¿Y a título de qué me dará él y aceptaré yo, después de esto?

—Eso es asunto tuyo... ¿De verdad no tienes justificación ninguna para admitir su dinero, eh?

—Fuera de la camaradería...

—¿Ninguna justificación fuera de la camaradería? ¿No algún otro niotivo que te permita pedirle prestado? Vamos, en virtud de ciertas consideraciones... ¿eh?

—¿Qué consideraciones? No comprendo.

—Tanto mejor si no comprendes. Te confieso, amigo mío, que estaba persuadido de ello. Brisons là, mon cher. Y por lo menos trata de no jugar más.

—¡Si me lo hubiese usted dicho antes! E incluso ahora, no me lo dice usted, me lo susurra.

—Si te lo hubiese dicho antes, no habríamos conseguido más que enfadarnos y tú no tendrías tanta alegría al recibirme en tu casa por las noches. Ha de saber, amigo mío, que todos esos consejos saludables y dados por anticipado no son más que intrusiones en la conciencia del prójimo. Yo estoy ya bastante escarmentado de esas incursiones y, al fin y a la postre, eso no proporciona nada más que quebraderos de cabeza y burlas. De los papirotazos y las burlas, me importa un comino, pero lo importante es que esas maniobras no acaban en nada: por más que uno se entrometa, nadie escucha... y todo el mundo llega a detestarnos.

—Me alegro de que empiece usted a hablarme de una manera que no tenga nada que ver con las abstracciones. Hace mucho tiempo que quiero preguntarle una cosa, pero no he podido hasta ahora. Es conveniente que estemos en la calle. ¿Se acuerda usted de aquella noche, en su casa, la última noche, hace dos meses, cuando usted estaba sentado en mi habitación, en mi «ataúd», y yo le hacía preguntas sobre mamá y sobre Makar Ivanovitch? ¿Se acuerda usted de lo descarado que era yo entonces? ¿Se le podía permitir a un hijo mocoso hablar en esos términos de su madre? Pues bien, usted no pronunció una sola palabra; al contrario, se franqueó completamente y con eso me sumió en mayores confusiones.

—Amigo mío, me alegro de oírte expresar... sentimientos semejantes... Sí, me acuerdo muy bien; yo aguardaba en efecto, en aquellos momentos, la aparición de un rubor en tu rostro y, si te dejaba seguir, era quizá para empujarte hasta el límite...

—¡Y lo único que hizo usted entonces fue engañarme y enturbiar todavía más la fuente pura que había en mi alma. Sí, soy un muchacho miserable a ignoro a veces lo que está bien y lo que está mal. Si usted me hubiese mostrado el camino aunque sólo fuera un poquito, yo habría comprendido, y me habría puesto inmediatamente en el camino recto. Pero usted no hizo más que irritarme.

—Cher enfant, siempre he presentido que, de una manera o de otra, llegaríamos a ponernos de acuerdo: ese «rubor» en tu rostro, te ha venido ahora con toda naturalidad, sin indicación de mi parte, y, te lo juro, eso vale más para ti... Observo, querido mío, que has ganado mucho en estos últimos tiempos... ¿No se deberá eso a la compañía de ese joven príncipe?

—No me alabe usted; eso no me gusta. No deje en mi corazón la penosa sospecha de que me alaba por hipocresía, en perjuicio de la verdad, para no dejar de agradarme. En estos últimos tiempos... mire usted... he hecho amistad con señoras. Por ejemplo soy muy bien recibido en casa de Ana Andreievna, ¿sabe usted?

—Lo sé por ella misma, amigo mío. Sí, es encantadora e inteligente. Mais brisons là, mon cher. Es curioso, me siento mal hoy, ¿será quizá s el spleen? Lo atribuyo a las hemorroides. ¿Qué pasó en casa? ¿Nada? Hiciste la paz, hubo be sos y abrazos, naturalmente, ¿no es así? Cela va sans dire. Es triste algunas veces verse obligado a ir a buscarlas, incluso después del paseo más

desagradable. Te aseguro que hay ocasiones en que doy rodeos bajo la lluvia para retardar el momento de volver a entrar en casa... ¡Qué fastidio, Dios mío, qué fastidio!

—Mamá...

—Tu madre es la más perfecta y la más deliciosa de las criaturas, mais... En una palabra, lo más probable será que yo no valga lo que ella. A propósito, ¿qué es lo que tienen hoy? Todos estos últimos días tienen todas ellas, diríamos... Es que, tú sabes, trato siempre de no enterarme, pero me parece que hoy se ha cerrado algo entre ellas... ¿N o has notado nada?

—No sé absolutamente nada y ni siquiera habría notado lo más mínimo sin esa maldita Tatiana Pavlovna, que no pue de dejar de morder. Tiene usted razón: hay algo. Encontré a Lisa en casa de Ana Andreievna; estaba un poco... incluso me ha dejado asombrado. Usted sabe sin duda que la reciben en casa de Ana Andreievna, ¿no?

—Lo sé, amigo mío. Y tú... ¿Cuándo has estado en casa de Ana Andreievna... a qué hora exactamente? Tengo necesidad de saberlo a causa de un cierto detalle.

—Entre las dos y las tres. Y figúrese que en el momento en que yo salía, llegaba el príncipe...

Le conté toda mi visita hasta en sus menores detalles. Escuchó sin decir una palabra; sobre el posible matrimonio del príncipe y de Ana Andreievna no hizo el menor comentario; a mis elogios entusiastas de Ana Andreievna susurró de nuevo que era «encantadora».

—Hoy la he asombrado enormemente al comunicarle la noticia recentísima de que Catalina Nicolaievna Akhmakova se casa con el barón Bioring —dije bruscamente como si la frase se me hubiera escapado.

—¿Sí? Pues bien, figúrate que ella me ha comunicado esa misma «noticia» esta mañana, antes del mediodía, es decir, mucho antes de que tú hubieras podido asombrarla.

—¿Qué me dice usted? —me quedé clavado en el sitio—. ¿Y cómo ha podido saberla? Pero, ¿qué digo? Desde luego que ha podido enterarse antes que yo, pero figúrese usted que me la ha escuchado decir como si se tratase de una noticia portentosa. En fin, ¿qué se le va a hacer? Tiene que haber gente de todas clases, ¿no es eso? Yo, por ejemplo, habría propalado la noticia inmediatamente, mientras que ella se la guarda en el buche... De acuerdo, está bien... ¡Y sin embargo es la más encantadora de las criaturas y el más admirable de los caracteres!

—Sin duda, cada cual está hecho de una manera distinta. Pero lo más original es que estos caracteres admirables se superan a veces proponiendo extraños enigmas. Figúrate que Ana Andreievna, hoy mismo, me lanza a quemarropa esta pregunta: «¿Quiere usted a Catalina Nicolaievna Akhmakova, sí o no?»

—¡Qué pregunta más absurda y más ridícula! —exclamé, nuevamente aturdido.

Por un momento lo vi todo turbio. Yo nunca había tratado con él de aquel tema, y ahora era él mismo quien...

—Pero, ¿cómo ha formulado esa pregunta?

—Pues de ninguna manera, amigo mío. El buche, como tú dices, se volvió a cerrar, más herméticamente que antes. Y fíjate bien, yo no había admitido jamás la posibilidad de

semejantes conversaciones entre nosotros, y ella tampoco por su parte... Pero tú mismo dices que la conoces; puedes por tanto figurarte hasta qué punto le cuadra una pregunta así... ¿No sabías tú algo?

—Tan enigma resulta para mí como para usted. ¿Quizás una curiosidad frívola, una broma?

—Al contrario, la pregunta era muy seria. No era una pregunta, sino casi un interrogatorio, y por lo visto por motivos extraordinarios y categóricos. ¿La verás tú? ¿Puedes enterarte de alguna cosa? Incluso te pediría que lo hicieras, porque, como comprendes...

—¡Pero la posibilidad, el suponer simplemente que usted pueda querer a Catalina Nicolaievna... ! Perdóneme, no llego a salir de mi asombro. Nunca, nunca me he permitido hablarle a usted de este tema ni de nada que se le parezca...

—Y has obrado cuerdamente, querido mío.

—Las antiguas intrigas de usted, sus antiguas relaciones, serían naturalmente entre nosotros un tema inconveniente. Incluso habría sido estúpido por mi parte. Pero da la casualidad de que en estos últimos tiempos, estos últimos días, me he preguntado varias veces a mí mismo: bueno, si un día quiso a esta mujer, ¿no fue más que un instante? ¡Oh, usted no habría cometido jamás por su parte un error tan terrible como el que se produjo a continuación! Lo que sucedió, lo sé: estoy enterado de la hostilidad y de la repugnancia mutuas, por así decirlo, que siente cada uno de ustedes por el otro, he oído hablar do eso, incluso demasiado, ya en Moscú, y, precisamente, lo que destaca aquí, ante todo, es ese hecho de una repugnancia a ultranza, de una hostilidad encarnizada, exactamente to contrario del amor. ¡Y he aquí que Ana Andreievna le pregunta a usted de repente si la quiere! ¿Es posible que esté tan mal informada? Es muy extraño. Quería reírse, se lo aseguro a usted, quería reírse.

—Pero observo, querido mío —percibí en su voz no sé qué de nervioso y de íntimo, penetrante hasta el corazón, lo que le sucedía muy raras veces—,observo que tú mismo hablas de esto con mucho calor. Acabas de decir que tienes amistades femeninas... Naturalmente, me desagrada hacerte preguntas... sobre un tema semejante, como tú acabas de decir... Pero « esta mujer», ¿no está en la lista de tus nuevos amigos?

—Esta mujer... —mi voz tembló de repente—, escuche. Andrés Petrovitch, escuche: esta mujer es lo que usted dijo hace poco en casa del príncipe sobre la «vida viviente» *(97)*, ¿se acuerda usted? Usted dijo que esta vida verdadera es algo tan claro y tan sencillo, que le mira a uno tan de frente, que precisamente por esa misma rectitud y esa límpieza es imposible creer que sea lo que hemos buscado toda nuestra vida con tanto esfuerzo... ¡Pues bien, he ahí con qué ojos ha acogido usted a la mujer ideal y reconocido en la perfección, en el ideal, «todos los vicios»! ¡Eso es lo que hay!

El lector puede juzgar hasta qué punto yo estaba fuera de mí.

—¡«Todos los vicios»! ¡Oh, oh, he ahí una frase que conozco muy bien! —exclamó Versilov —. Si hemos llegado hasta el extremo de que esta frase te haya sido comunicada, tal vez

convendría felicitarte, ¿no es así? Eso supone entre vosotros una intimidad tal, que quizá fuera preciso alabarte por una modestia y una discreción de las que pocos jóvenes son capaces...

En su voz sonaba una risa amable, amistosa, acariciadora... Había algo provocativo y gentil en sus palabras, en su rostro luminoso, en la medida en que podía darme cuenta de ello en medio de la oscuridad. Se mostraba presa de una extraña excitación. Me iluminé a pesar mío.

—¡Modestia, díscreción! ¡Oh, no, no! —exclamé, ruborizándome y estrechando al mismo tiempo su mano, que ya le había agarrado y que, sin darme cuenta, no se la había soltado—. ¡No, por nada en el mundo...! ¡No hay motivo para felicitarme y nada semejante podrá producirse jamás!, ¡jamás! —Yo me ahogaba y volaba, ¡tenía tantas ganas de volar!, ¡encontraba tantos encantos en aquel momento!—. Usted sabe..., ¡oh, si eso llegase algún día, un momentito nada más!, usted ve, mi querido, mi simpático papá, ¿me permite usted que le llame papá?, no es solamente un padre a su hijo, pero quienquiera que sea debe prohibirse hablar a una tercera persona de sus relaciones con una mujer, por puras que esas relaciones sean. E incluso cuanto más puras sean, más secretas deben permanecer. Es repugnante, es grosero, en una palabra, aquí no hay confidente posible. Pero si no existe nada, absolutamente nada, se puede hablar entonces, está permitido, ¿verdad?

—Si el corazón te lo aconseja...

—Una pregunta indiscreta, muy indiscreta: usted, en su vida, usted ha conocido mujeres, usted ha tenido amoríos, ¿no? Se lo pregunto en general, no en particular.

Me sonrojaba, me ahogaba de entusiasmo.

—Pues bien, admitamos que sí.

—Entonces, he aquí un caso que usted va a explicarme, puesto que tiene más experiencia: una mujer le dice a usted de repente al despedirle, esto es, completamente de pronto, mirando a otro lado: « Mañana estaré a las tres en tal sitio»... en casa de Tatiana Pavlovna, por ejemplo.

Estaba lanzado y fui hasta el fin. El corazón me latía irregularmente, incluso cesó de latir. Quería pararme y no seguir hablando: ¡imposible! Él era todo oídos.

—Pues bien, el día siguiente a las tres, estoy en casa de Tatiana Pavlovna. Entro y me hago estos razonamientos; « Va a abrirme la cocinera, ¿conoce usted a su cocinera?, y le preguntaré de golpe y porrazo: ¿Está Tatiana Pavlovna en casa? Y si me dice que Tatiana Pavlovna no está en casa y que hay una mujer que la espera», entonces, ¿qué debo deducir?, dígamelo, si usted... En una palabra, si usted...

—Sencillamente que te han dado una cita. Pero, ¿ha sido así la cosa? ¿Y era hoy? ¿Sí?

—¡Oh, no, no, no! ¡En absoluto, de ninguna manera! ¡La cosa ha sucedido, pero no de esta forma! Una cita, pero no para eso, lo declaro antes que nada, para no ser un bellaco, la cosa ha sucedido, pero...

—Amigo mío, todo esto empieza a ponerse tan interesante, que te propongo...

—Yo mismo, yo he dado diez y veinticinco copeques ¡se acabó! Solamente algunos copeques, es un teniente quien lo pide, un antiguo teniente.

La alta silueta de un mendigo, tal vez, en verdad, un teniente retirado, nos cerraba de pronto el paso. Lo más curioso era que estaba muy bien vestido para ejercer aquella profesión; lo que no le impedía tender la mano.

III

Aquel miserable episodio del miserable teniente lo menciono aposta, porque Versilov se presenta siempre en mi me moria acompañado por todos los detalles, incluso los más menudos, de aquella circunstancia que para mí fue fatal. ¡Fatal, pero yo no lo sabía!

—¡Déjenos en paz, o llamo inmediatamente a la policía!

Versilov había elevado la voz súbitamente y de manera poco natural, parándose delante del teniente. Yo no me habría figurado nunca que fuera posible una cólera semejante por parte de tal filósofo y por un motivo tan insignificante. Y, fíjense ustedes, interrumpíamos nuestra conversación en el pasaje más interesante para él, según él mismo acababa de manifestarlo.

—Entonces, ¿es que no tienen ustedes ni una simple moneda de cobre? —gritó groseramente el teniente con un ademán— ¿Qué canalla es ésta que no tiene hoy ni siquiera una moneda? ¡Roñoso! ¡Pillo! ¡Lleva un cuello de castor y forma un escándalo por una moneda!

—¡Agente! . — gritó Versilov.

Pero no había necesidad de gritar: el agente estaba a dos pasos, en la esquina, y habia oído las injurias del teniente.

—Le ruego que sea testigo del insulto. ¡En cuanto a usted, sírvase seguirnos al cuartelillo!

—Ja ,ja! Ésa es una cosa que me tiene completamente sin y cuidado, usted no podrá probar nada. Sobre todo no demostrará ser inteligente.

—Agente, usted no lo suelte y guíenos —decidió imperiosamente Versilov.

—¿Al cuartelillo? ¿Para qué? —le susurré yo.

—Es preciso, querido mío. Este desorden en nuestras calles comienza a fastidiarme, y, si cada cual cumpliera su deber, todo el mundo se encontraría mejor. Ç'est comique, mais ç'est ce que nous ferons.

Durante un centenar de pasos, el teniente se mostró muy acalorado; se las daba de valiente y de orgulloso; aseguraba que «era imposible» que... «por una moneda de cobre», etc. Por fin, empezó a cuchichear al oído del agente. El agente, hombre reflexivo y visiblemente hostil a los nerviosismos de la calle, parecía estar a su favor, pero solamente en cierto sentido. Le comunicaba a media voz que «ahora ya la cosa no tenía remedio», que «el asunto estaba ya en marcha», y que «si, por ejemplo, se excusaba, y el señor consentía en aceptar su excusas, entonces tal vez... »

—Bueno, escuche, mi buen señor, ¿adónde vamos? Se lo pregunto: ¿adónde corremos así?, ¿qué hay de gracioso en todo esto? —gritó el teniente—. Si un desgraciado que está en las últimas consiente en ofrecer sus excusas... si es que usted tiene necesidad de humillarlo... No

estamos en un salón, ¡qué diablos! ¡Estamos en la calle! Para la calle, esto basta y sobra como excusas...

Versilov se detuvo y se echó a reír. Yo estaba a punto de pensar que había liado toda aquella historia para divertirse; pero no se trataba de eso.

—Le disculpo enteramente, señor official, y le aseguro que no está usted desprovisto de talento. Obre así incluso en un salón; bien pronto, para .los salones también, sobrará con eso; mientras tanto, tome aquí dos monedas. Querría darle las gracias por su trabajo, pero se ha colocado usted en una postura tan noble... Querido mío —se dirigió a mí—, hay por aquí cerca una tabernilla que en el fondo no es más que una espantosa cloaca, pero se puede tomar allí té, y yo lo invito... Estamos a dos pasos, vamos pues.

Lo repito, yo nunca lo había visto con una excitación tal. Sin embargo su rostro estaba alegre y radiante de luz. Pero noté que; cuando sacó de su portamonedas dos piezas de cobre para dárselas al oficial, las manos le temblaban y los dedos no le obedecían, tanto que acabó por rogarme que cogiera las monedas y se las diese al teniente; es un detalle. que no puedo olvidar.

Me guió a un pequeño traktir al otro lado de la calle. No había mucha gente. Estaba tocando un organillo ronco y desafinado; aquello olía a manteles sucios; nos instalamos en un rincón.

—Quizá no lo sabes. El caso es que a veces, por aburrimiento... por un terrible aburrimiento del corazón... me gusta descender hasta estas cloacas. Este ambiente, ese aria trémula de Lucía *(98)*, estos camareros en traje ruso hasta la inconveniencia, esta humareda de tabaco, esos gritos de los jugadores de billar, todo es tan vulgar y tan prosaico, que casi roza con lo fantástíco. Bueno, querido mío, ¿dónde estábamos? Ese hijo de Marte nos ha interrumpido en el momento más interesante, creo... Pero he aquí el té; me encanta el té, aquí... Figúrate que Pedro Hippolitovitch aseguraba hace un momento a ese otro inquilino marcado por la viruela que el Parlamento inglés había constituido en el siglo pasado una comisión de juristas para examinar todo el proceso de Cristo delante del Sumo Sacerdote y de Pílatos, únicamente para saber cómo sucedería hoy la cosa según nuestras leyes, y que toda esa historia se montó con toda la solemnidad deseada, con abogados, procuradores y todo lo demás... y que los jurados se vieron obligados a dictar un veredicto de culpabilidad... ¡Es asombroso!, ese imbécil de inquilino se ha puesto a discutir, se ha enfadado y ha dicho que se marchará mañana mismo... La casera se ha deshecho en lágrimas, porque pierde unos ingresos... Mais passons! Algunas veces en estos traktirs hay ruiseñores. ¿Sabes esa vieja anécdota moscovita à la Pedro Hippolitovítch? Un ruiseñor canta en un traktir de Moscú; entra uno de esos comerciantes cascarrabias de los que se enfadan en seguida: « ¿Cuánto el ruiseñor? — —¡Cien rublos!—. — ¡Que lo asen y que me lo sirvan!» Así se hizo. « ¡Córteme una lonja de dos centavos!» Se la conté un día a Pedro Hippolitovitch, pero no quiso creérsela, incluso se indignó. ..

Habló mucho todavía. Cito estos fragmentos a título de muestra. Me interrumpía sin cesar en el momento mismo en que yo abría la boca para contar una historia por mi cuenta, y soltaba

alguna tontería completamente original y que no tenía la menor relación con lo que se estaba hablando; hablaba exaltadamente, con alegría; se reía de todo a incluso soltaba una risita por lo bajo, cosa que yo no le había visto hacer nunca. Se bebió de un trago un vaso de té y se sirvió un segundo. Ahora lo comprendo: se parecía a un hombre que ha recibido una carta querida, curiosa y que esperaba desde hacía mucho tiempo, que la ha colocado delante de sí y que, adrede, se retrasa en abrirla. Por el contrario, le da vueltas largo rato entre sus dedos, examina el sobre, el sello de lacre, va de una habitación a otra para dar órdenes, retrasa, en una pala bra, el minuto más interesante, sabiendo muy bien que no se le escapará; y todo eso para aumentar su contento.

Naturalmente, se lo conté todo, desde el principio, y mi relato duró una hora tal vez. ¿Cómo podía ser de otra forma? Desde el primer momento yo había tenido deseos de hablar. Comencé por nuestro primer encuentro en casa del príneipe, después de su llegada; luego conté cómo había sucedido todo, poco a poco. No me salté nada, y no podía saltarme nada: él mismo me ponía sobre el carril, adivinaba, me soplaba las palabras. Me parecía a veces que yo estaba viviendo un cuento fantástico, que él había estado siempre a11í, sentado o de pie en cualquier parte detrás de la puerta, en todo momento durante esos dos meses: sabía de antemano cada uno de mis gestos, cada uno de mis sentimientos. Yo experimentaba un gozo infinito haciéndole aquella confesión, porque veía en él tanta dulzura cordial, tanta finura psicológica, una capacidad tan asombrosa para adivinarlo todo con la más pequeña palabra... Me escuchaba tiernamente, como una mujer. Sobre todo se comportó tan bien, que no llegué a experimentar ninguna vergüenza; a veces me detenía bruscamente para preguntar. me algún detalle; a menudo me interrumpía y repetía con nerviosismo:

—No olvides los detalles, sobre todo no olvides los detalles; cuanto más minúsculo es un rasgo, más importante es a veces.

Volvió a decirlo en varias ocasiones. ¡Oh!, desde luego, al empezar yo había tomado la cosa desde muy alto, con respecto a ella, pero muy pronto recaí en la verdad. Conté sinceramente que estaba dispuesto a besar el sitio del entarimado donde se hubiera posado su pie. Lo más bello, lo más espléndido, era que él comprendía perfectamente que se pudiera «sentir miedo por el documento» y al mismo tiempo seguir siendo una criatura noble y sin reproche, tal como hoy se había descubierto ante mis ojos. Comprendió perfectamente lo de la palabra. «estudiante». Pero, cuando estaba ya por el final, noté que su bondadosa sonrisa era atravesada de vez en cuando por una impaciencia demasiado visible, algo brusco y distraído. Cuando llegué a lo del «documento», pensé para mí: «¿Decirle toda la verdad o no?» Y no se la dije, a pesar de todo mi entusiasmo. Lo hago constar aquí para acordarme de eso toda mi vida. Le expliqué la cosa de la misma manera que a ella, es decir, sacando a colación a Kraft. Sus ojos se encendieron. Un pliegue singular se trazó en su frente, un pliegue muy sombrío.

—¿Y te acuerdas con toda seguridad de que esa carta la quemó Kraft en la vela? ¿No te equivocas?

——No, no me equivoco— confirmé.

—Es que ese billete es de una extrema importancia para ella, y, si lo tuvieses hoy día en tus manos, podrías desde hoy mismo... —Pero no llegó a decir lo que «yo podría»—. Entonces, ¿es totalmente cierto que no lo tienes ya en tu poder?

Me estremecí en mi interior, pero no exteriormente. Exteriormente, no me traicionó de ninguna manera: ni siquiera un parpadeo; ni siquiera quise creer en la pregunta.

—¿Cómo en mi poder? ¿Que lo tengo ahora en mi poder? ¡Pero si le digo que Kraft lo ha quemado!

—¿Sí?

Fijó sobre mí una mirada de fuego, inmóvil, de la que me acuerdo todavía. Por lo demás, estaba sonriente, pero toda su bonachonería, toda la feminidad de su expresión habían desaparecido de pronto. Adoptó un aire indeciso y desorientado; se mostraba cada vez más distraído. Si hubiese sido más dueño de sí, tan dueño como lo había sido hasta entonces, no me habría hecho aquella pregunta sobre el documento; si la había hecho, era seguramente porque estaba fuera de sí. Pero es hoy cuando hablo así; en aquella época no aprecié tan rápidamente el cambio sobrevenido en su persona: yo continuaba transportado y mi alma estaba llena de la misma música. Pero, habiendo terminado mi relato, lo miré.

—¡Asombroso! —dijo él de repente, cuando le hube entregado hasta la última coma—. Asombroso, amigo mío; tú dices que has estado a11í de tres a cuatro y Tatiana Pavlovna no estaba en casa, ¿no es así?

—Para ser más exacto, de tres a cuatro y media.

—Pues bien, figúrate que yo fui a casa de Tatiana Pav1ovna a las tres y media justas, y ella me recibió en la cocina; casi siempre entro por la escalera de servicio.

—¿Cómo, que lo recibió a usted en la cocina? —exclamé, retrocediendo de asombro.

—Sí, y me declaró que no podía recibirme; me quedé sólo dos minutos, y por lo demás sólo iba para invitarla a comer.

—Tal vez acababa de volver a casa, ¿no?

—No sé. Seguramente no. Estaba en bata. Eran exactamente las tres y media.

—Pero... ¿no le dijo a usted Tatiana Pavlovna que yo estaba allí?

—No, no me dijo que estuvieras... De lo contrario, yo lo habría sabido y no lo habría sabido y no te habría preguntado nada.

—Escuche, eso es muy importante...

—Sí... eso depende del punto de vista; te estás poniendo pálido, muchacho. Pero, ¿qué importancia tiene eso?

—¡Me han engañado como a un crío!

—Sencillamente «a ella le ha dado miedo de tu impulsividad», como ella misma te ha dicho. Y se ha refugiado detrás de Tatiana Pavlovna.

—¡Dios mío, qué historia! Escuche, ella me ha dejado decir todo aquello en presencia de una tercera persona, delante de Tatiana Pavlovna. ¡Por tanto, la otra ha oído todo lo que yo decía! ¡Es..., es terrible sólo el pensarlo!

—C'est selon, mon cher! Además, tú mismo has hablado hace un momento de que tiene que haber gente de todas clases y te ha parecido muy bien que así sea.

—Si yo fuese Otelo y usted Yago, no podría usted decir nada mejor... Pero estoy bromeando. Aquí no puede haber Otelo, puesto que no existen relaciones de ese tipo. ¿Y cómo no echarse a reír? ¡Sea! ¡A pesar de todo sigo creyendo en lo que está infinitamente por encima de mí y no pierdo mi ideal... ! Si es una broma por parte de ella, se la perdono. Admito lo de burlarse de un miserable muchachillo. Yo nunca me he disfrazado, y el estudiante... el estudiante estaba a11í, a pesar de todo, sigue a11í frente a todo y contra todo, estaba en su alma, estaba en su corazón, existe y existirá. ¡Basta! Escuche, ¿qué cree usted: debo o no debo ir inmediatamente a su casa para saber toda la verdad?

Yo decía: « río», y tenía las lágrimas en los ojos.

—Pues bien, ve, amigo mío, si sientes deseos de hacerlo.

—Me siento como manchado por haberle contado a usted todo esto. No se enfade, pero no está permitido, se lo repito, no está permitido hablar de una mujer a una tercera persona. El confidente no comprenderá nunca. Ni siquiera un ángel comprendería. Cuando se respeta a una mujer no se toma confidente; cuando se respeta uno a sí mismo, no se toma confidente tampoco. En este momento yo no me respeto. Hasta la vista; no me perdonaré nunca...

—Vamos, amigo mío, exageras. Tú mismo lo dices: no ha pasado nada.

Salimos y nos dijimos adiós.

—Pero, ¿no me vas a abrazar nunca con todo tu corazón, como un hijo abraza a su padre?

—me dijo con un temblor singular en la voz.

Lo abracé calurosamente.

—Querido mío... sé siempre tan puro como lo eres en este momento.

Todavía yo no lo había abrazado nunca, y nunca habría podido figurarme que iba a ser él quien lo reclamara.

Capítulo vi

✦

I

« ¡Está claro, hace falta ir a11í! », decidí mientras me apreuraba a volver a casa. Hace falta ir a11í inmediatamente. Lo más probable será que me la encuentre sola; sola o con alguien, poco importa: se la puede llamar. Me recibirá; se quedará asombrada, pero me recibirá. Si no me recibe, insistiré para que lo haga, le mandaré decir que es absolutamente necesario. Creerá que se trata del documento, y me recibirá. Y me enteraré de todo con respecto a Tatiana. A continuación... pues bien, a continuación, ¿qué? Si soy yo el que estoy equivocado, presentaré mis excusas; si tengo razón y es ella la que se ha portado mal, entonces será el fin de todo. ¿Qué es lo que voy a perder? Nada. ¡Vamos a11á, vamos a11á! »

Ahora bien, no lo olvidaré nunca, y me acordaré de eso con orgullo, ¡no fui de ninguna rnanera! Nadie lo sabrá, esto quedará ignorado, pero me basta con saberlo yo, con saber que en aquel momento he sido capaz de una reacción de infinita nobleza. «Es una tentación, y la venceré», decidí al fin, después de haber reflexionado. «Se me ha querido asustar, pero yo no he creído, no he perdido mi fe en su pureza. ¿Qué necesidad hay de ir a11í? ¿Para informarme de qué?, ¿Por qué tendría ella que creer en mí de la misma manera absoluta que yo creo en ella, creer en mi «pureza», no temer mí «impulsividad» y no ocultarse detrás de Tatiana? Yo no he merecido todavía nada de eso a sus ojos. Que ella ignore, pues, que lo merezco, que no me dejo seducir por las «tentaciones», que no creo en las malas lenguas. Por el contrario, yo lo sé, y así me respetaré más. Respetaré mi sentimiento. ¡Oh!, sí, ella me ha dejado hablar delante de Tatiana, ha admitido a Tatiana, sabía que Tatiana estaba allí y escuchaba *(puesto que no podía menos que escuchar)*, sabía que Tatiana se burla de mí, ¡es espantoso, espantoso...! Pero... ¿y si era imposible evitarlo? ¿Qué podía ella hacer en su situación, y cómo acusarla de eso?

¿No le he mentido yo respecto a Kraft? ¿No la he: engañado yo también, porque también era imposible evitarlo? También yo he mentido involuntariamente, inocentemente. « ¡Ah, Dios mío! - exclamé de pronto sonrojándome dolorosamente -, yo mismo, yo mismo, ¿qué es lo que acabo de hacer?, ¿no he sido yo quien la he atraído delante de esa misma Tatiana, no he sido yo quien acabo de contárselo todo a Versilov? Pero, ¿para qué hablar de mí? Hay una gran diferencia. Se trataba solamente del documento; en el fondo, yo no le he hablado a Versilov más que del documento, porque no había otra cosa que contarle ni podía haberla. ¿No he sido yo el primero en prevenirle, y el primero que le he asegurado que no podía ha ber otra cosa? Es un hombre que comprende la vida. ¡Hum...., ¡pero sin embargo ese odio en su corazón, todavía a

estas alturas, hacia esa mujer! ¿Qué drama ha debido producirse en otros tiempos entre ellos y por qué? ¡Naturalmente por amor propio! Versilov no es capaz de ningún sentimiento fuera de un amor propio ilimitado.»

Sí, este último pensamiento se me escapó, y ni siquiera lo noté. He aquí, pues, las ideas que, sucesivamente, una tras otra, atravesaron entonces mi cerebro, y yo era en ese momento sincero conmigo mismo: no disimulaba, no me engañaba a mí mismo; y si hay alguna cosa que yo no haya comprendido en aquel instante, es únicamente porque me ha faltado la comprensión, y no por hipocresía ante mí mismo.

Volví a entrar en la casa, presa de una excitación espantosa, y, no sé por qué, de un humor muy alegre, aunque muy turbio. Pero temía ana lizarme y me esforzaba con todas mis fuerzas en distraerme. Inmediatamente fui a buscar a la casera: habia habido en efecto una terrible disputa entre su marido y ella. Era una mujer de funcionaiio, completamente tuberculosa y buena, pero, como todas las enfermas del pecho, extremadamente caprichosa. Me dediqué inmediatamente a reconciliarlos. Vi al inquilino, un imbécil muy grosero, marcado por la viruela, excesivamente vanidoso, que trabajaba en un Banco, un cierto Tcherviakov, por el que no sentía la menor simpatía, pero con quien mantenía sin embargo relaciones pacíficas porque tenía la debilidad de aliarme con él para tomarle el pelo a Pedro Hippolitovitch. Lo convencí en seguida para que no se marchara; por lo demás, no estaba decidido en forma alguna a hacerlo. Por fin calmé definitivamente a la casera y, además, supe arreglarle muy bien su almohada.

—¡He ahí una cosa que Pedro Hippolitovitch nunca sabrá hacer! —dijo ella maliciosamente.

En seguida me ocupé en la cocina de prepararle sus cataplasmas, y con mis propias manos le fabriqué dos totalmente notables. El pobre Pedro Hippolitovitch me miraba con envidia, pero no le permití que las tocase siquiera y fui recompensado, literalmente, con lágrimas de agradecimiento. Luego, me acuerdo muy bien, todo aquello me aburrió de golpe y adiviné bruscamente que no era en modo alguno por bondad de alma por lo que cuidaba a la enferma, sino por hacer algo, no sabía por qué, o por alguna razón totalmente distinta.

Aguardaba nerviosamente a Matvei: aquella noche estaba decidido a probar la suerte por última vez y... y, además de la suerte, sentía una necesidad terrible de jugar; de lo contrario aquello rne habría resultado insoportable. Si no hubiese ido a ninguna parte, no habría podido contenerme y me habría dirigido a casa de ella. Matvei debía llegar pronto, pero de repente la puerta se abrió y vi entrar a una visitante inesperada: Daria Onissimovna. Fruncí las cejas y dejé revelar mi asombro. Ella sabía dónde vivía yo porque una vez había venido a darme un recado de mi madre. La invité a que se sentara y la miré con aire interrogador. Ella no dijo nada, limitándose a mirarme a los ojos y a sonreír humildemente.

—¿Viene usted quizá de parte de Lisa? —pregunté de repente.

—No, he venido porque sí.

Le advertí que iba a salir; respondió de nuevo que había venido « porque sí», y que también ella se iba a marchar. De pronto sentí no sé qué movimiento de lástima. Debo hacer constar que, de todos nosotros, de mi madre y en particular de Tatiana Pavlovna, había recibido muchas muestras de simpatía, pero que, después de haberla colocado en casa de Stolbieieva, todos los nuestros la habían olvidado poco más o me nos, salvo tal vez Lisa, que la visitaba con frecuencia. El motivo, estoy convencido, procedía de ella misma, puesto que tenía la particularidad de alejarse y desvanecerse, a pesar de toda su humildad y de sus sonrisas humildes. A mí esas sonrisas no me agradaban lo más mínimo: la veía siempre adoptar un aire falso y llegué a pensar un día que no había llorado mucho tiempo a su Olia. Pero esta vez, no sé por qué, sentí lástima de ella.

Ahora bien, sin decir una palabra, se agachó de pronto, bajó los ojos y, lanzando los brazos hacia delante, me cogió por la cintura mientras que su rostro se inclinaba hacia mis rodillas. Me cogió la mano y ya me figuraba que era para besármela, pero se la llevó a los ojos y me la mojó con lágrimas ardientes. Estaba toda sacudida por los sollozos, pero lloraba sin ruido. Se me encogió el corazón, aunque al mismo tiempo empecé a sentirme un poco irritado. Pero ella me besaba con una completa confianza, sin temor a molestarme, siendo así que hacía un momento me dedicaba sonrisas tan tímidas y tan serviles. Le rogué que se calmase.

—Mi buen señor, yo ya no sé qué hacer de mí. En cuanto se pone oscuro, no puedo soportarlo; cuando cáe la no che, ya no puedo resistir a11í, es preciso que salga a la calle, a las tinieblas. Lo que sobre todo me atrae es un sueño. Un sueño que ha nacido en mi cerebro y que me dice que cuando salga me la encontraré en la calle. Me pongo a andar y me parece verla. Es decir, que son los otros los que andan, y yo ando detrás adrede y me digo: ¿no es ella? ¡Sí, sí, he ahí que ésa es mi Olia! Y pienso, pienso. Al final he terminado por volverme loca, a fuerza de correr entre la multitud; siento mareos. Empujo a la gente como si estuviera borracha; hay quienes me cubren de injurias. Pero yo guardo todo eso para mí y no voy ya a casa de nadie. Además, vaya adonde vaya, todavía me siento peor. Hace un momento pasé por delante de la casa de usted y me dije: «¿Y si entrara? Él es mejor que los demás, y además ha presenciado la cosa.» Mi buen señor, perdóneme usted; me voy en seguida e iré...

Se levantó bruscamente y se dispuso a marcharse. En aquel momento llegó Matvei; la hice sentarse a mi lado en el trineo y, al pasar, la dejé en su domicilio, en casa de Stolbieieva.

II

En los tiempos más recientes yo freeuentaba la ruleta de Zerchtchikov. Hasta entonces había ido a tres casas, siempre con el príncipe, que me «introducía» en esos lugares. En una de esas tres casas se dedicaban sobre todo al bacará y se jugaba fuerte. Pero yo a11í no me encontraba bien: vela que habría hecho falta mucho dinero y además acudían muchos desvergonzados y muchos jóvenes de la alta sociedad con los bolsillos bien provistos. Eso era precisamente lo que le gus taba al príncipe; le gustaba jugar, pero le gustaba también rozarse

con aquellos insensatos. Noté que, si entraba a veces llevándome a su lado, en el curso de la noche se apartaba de mí y no me presentaba a ninguno «de los suyos». Yo tenía el aspecto de un verdadero salvaje, hasta el punto de llamar a veces la atención. En la mesa de juego me sucedía en ocasiones ponerme a charlar con uno o con otro; pero una vez intenté al día siguiente, en la misma sala, saludar a un señor bajito con el que en la víspera no solamente había hablado, sino reído, estando sentado a su lado *(e incluso le había adivinado las cartas)*: pues bien, no me reconoció. O más bien fue peor aún: me miró con un asombro fingido y pasó con una sonrisa. Por consiguiente, abandoné pronto aquella casa y me puse a frecuentar una cloaca; no sabría llamarla de otra manera. Era una ruleta bastante miserable, minúscula, regentada por una prostituta, que sin embargo no se dejaba ver nunca en la sala.

Allí se estaba en completa confianza y, aunque viniesen oficiales y comerciantes ricos, todo transcurría en familia, lo que no dejaba de atraer a mucha gente. Además allí la suerte me sonreía con frecuencia. Pero dejé de ir después de una sucia historia acaecida un buen día en pleno juego y que acabó con una riña entre dos jugadores. Entonces empecé a acudir a casa de Zerchtchikov, adonde también me había llevado el príncipe. Era un capitán de Caballería retirado, y el tono de sus veladas era muy soportable, un poco militar, muy puntilloso en cuanto a las formas, rápido y práctico. Por ejemplo, no venían nunca ni bromistas ni aguafiestas. Además, el juego estaba muy lejos de ser una broma. Se jugaba al bacará y a la ruleta. Hasta aquella noche, 15 de noviembre, yo había estado allí en total dos veces, y creo que Zerchtchikov me conocía de vista; pero yo no había trabado conocimiento con nadie más. Como si lo hubiera hecho adrede, el príncipe vino aquella noche a eso de las doce con Darzan, de vuelta del bacará de aquellos insensatos del gran mundo donde yo había dejado de ir, así es que aquella noche yo estaba como un desconocido en medio de una muchedumbre desconocida.

Si yo tuviese un lector y éste hubiera leído todo lo que he escrito ya sobre mis aventuras, no tendría necesidad, desde luego, de explicarle que verdaderamente no he nacido para la vida de sociedad, cualquiera que ésta sea. Primeramente, no sé cómo comportarme en el mundo. Cuando voy a un sitio donde ha y mucha gente, me parece siempre que todas las miradas me electrizan. Me siento nervioso, me encuentro físicamente a disgusto, incluso en sitios como un teatro, sin ha blar de las casas particulares. En todas esas ruletas y esas reuniones, yo era absolutamente incapaz de seguir una conducta normal: tan pronto, sentado, me reprochaba mi exceso de dulzura y de educación, tan pronto me levantaba y cometía alguna grosería. Y, sin embargo, cualquier tunante vulgar, en comparación conmigo, sabía comportarse con una desenvoltura asombrosa y, eso era lo que me daba más rabia: se comportaba tan bien, que yo llegaba a perder más y más mi sangre fría. Lo diré francamente, no sólo hoy, sino incluso entonces, toda aquella sociedad y hasta las ganancias en el juego, si es preciso decirlo todo, acabaron por parecerme repugnantes y dolorosas. Exactamente: dolorosas. Sin duda yo experimentaba un gozo extremado, pero ese gozo lo conseguía mediante el sufrimiento; todo

aquello, quiero decir la gente, el juego, y yo, sobre todo, con ellos, me parecía algo espantosamente sucio. «¡Que tenga la suerte de ganar, y lo mando todo al diablo! », me decía una y otra vez a mí mismo, al despertarme por la mañana después del juego de la noche. La ganancia por ejemplo: el. dinero no me gustaba lo más mínimo. No voy a repetir la frase trivial, corriente en semejantes casos, de que jugaba por jugar, por las sensaciones, por el placer del riesgo, del azar y todo lo demás, y de ninguna manera por la ganancia. Tenía una necesidad terrible de dinero, y sin duda no era aquél mi camino, ni era mi idea, pero, de una forma u otra, no estaba menos decidido entonces a probar también, a título de experiencia, aquel camino. Había una idea poderosa que me turbaba siempre: «Has llegado a la conclusión de que puedes llegar a ser millonario con toda seguridad, a condición de tener un carácter suficientemente fuerte; ya has hecho la prueba de tu carácter; pues bien, muestra, aquí también, lo que vales: ¿iría a exigir la ruleta más carácter que tu idea?» He aquí lo que yo me repetía. Y como todavía hoy estoy convencido de que, en los juegos de azar, con una calma perfecta, que permita conservar toda la finura de la razón, es imposible no superar la grosería del azar ciego y no ganar, yo debía fatalmente, en esta época, irritarme más y más al ver que a veces perdía mi sangre fría y me embalaba como un muchachillo. « ¡Yo, que he podido resistir el hambre!, ¿no podré dominarme a mí mismo en una tontería semejante?» Eso era lo que me ponía de mal humor. Además, la convicción que yo poseía, por ridículo y humillado que pareciera, de tener un tesoro de fuerza que los obligaría a todos a cambiar de opinión un día sobre mí, esa convicción, desde mis años de infancia humillada, era entonces la única fuente de mi vida, mi luz y mi patrimonio, mi arma y mi consolación, de lo contrario tal vez me habría matado siendo todavía niño. Así, pues, ¿cómo no iba a enfadarme contra mí mismo, viendo la criatura lamentable en que me convertía ante una mesa de juego? He aquí por qué no podía ya abandonar el juego: hoy lo veo claramente. Además de esta razón principal, el mezquino amor propio sufría también: la pérdida en el juego me rebajaba a los ojos del príncipe, a los ojos de Versilov, aunque éste no se dignase decir nada; a los ojos de todos, a incluso de Tatiana; por lo menos eso era lo que me parecía, lo que sentía. En fin, haré además una confesión: estaba ya corrompido; me era ya difícil renunciar a mi comida de siete platos en el restaurante, a Matvei, al almacén inglés, a la opinión de mi perfumista, a todo eso en fin. Ya entonces tenía conciencia de todo aquello, pero cerraba los ojos; es hoy, al escribirlo, cuando me ruborizo.

III

Habiendo entrado solo y encontrándome en medio de una muchedumbre desconocida, me instalé primeramente en un rincón de la mesa y empecé jugando cantidades pequeñas. Permanecí así dos horas sin moverme. Fueron dos horas de un terrible marasmo: ni buena ni mala suerte. Dejaba pasar oportunidades asombrosas, tratando de no enfadarme, de dominarlo todo con mi sangre fría y mi seguridad. Al final resultó que, en aquellas dos horas, no había ni ganado ni perdido: de trescientos rublos, había perdido de diez a quince. Aquel resultado

miserable me enfureció. Además, sucedió un incidente de lo más desagradable. Yo sé que a veces se encuentra alrededor de esta ruleta a ladrones, no venidos de la calle, sino que son jugadores conocidos. Por ejemplo, estoy persuadido de que el famoso jugador Aferdov es un ladrón; se pavonea hoy por la ciudad; lo he encontrado hace muy poco con sus dos jacas, pero no por eso deja de ser un ladrón, y me ha robado. Pero esta historia es para más tarde; aquella noche fue solamente el preludio: yo había estado sentado aquellas dos horas en el rincón de la mesa y a mi izquierda se encontraba un petimetre muy elegante, un pequeño judío, creo; formaba parte de no sé qué, a incluso escribía y se costeaba sus obras. En el último minuto, gané de golpe veinte rublos. Dos billetes rojos estaban allí delante de mí, cuando bruscamente vi que el pequeño judío tendía la mano y recogía con la mayor tranquilidad del mundo uno de mis billetes. Iba a detenerlo, pero con el aire más insolente y sin elevar la voz, ¿no tiene la frescura de decir que es su ganancia, que acaba de hacer la puesta y que ha ganado? No quiso ni siquiera proseguir la conversación y me volvió la espalda. Como hecho adrede, yo estaba en aquel segundo en un estado de ánimo muy estúpido: se me había ocurrido una gran idea. Escupí, me levanté rápidamente y me fui, sin querer discutir, regalándole el billete rojo. Por lo demás, habría sido una torpeza querer solventar el asunto con semejante pillastre, porque había pasado el tiempo; el juego había continuado. Pues bien, aquello fue por mi parte una falta inmensa, que debía tener sus consecuencias: tres o cuatro jugadores en torno a nosotros habían observado nuestra discusión, y, al verme retroceder tan fácilmente, habían debido de pensar de mí: ¡es uno de ésos! Era exactamente media noche; me fui a la sala vecina, reflexioné, elaboré un nuevo plan, volví y cambié en la banca mis billetes por monedas de oro. Me vi así en posesión de más de cuarenta monedas. Hice diez partes y resolví apostar diez veces seguidas al zéro, cuatro semiimperiales *(99)* cada vez, una tras otra: «Si gano, será mi oportunidad; si pierdo, tanto mejor: no jugaré más,» Haré notar que en aquellas dos horas el zéro no había salido ni una sola vez, tanto que, al final, nadie apostaba al zéro.

Yo jugaba de pie, silencioso, frunciendo las cejas y apretando los dientes. A la tercera vez, Zerchtchikov anunció en alta voz el zéro, que no había salido en toda la noche. Me pagaron ciento cuarenta seiimperiales de oro. Me quedaban rodavía siete puestas. Continué, pero ya todo alrededor de mí se agitaba y bailaba.

—¡Pásese usted aquí! —le grité a un jugador que estaba al otro lado de la mesa y cerca del cual yo había estado sentado un momento antes, un hombre bigotudo. muy cano, con el rostro escarlata y en traje de etiqueta, que, desde hacía ya varias horas, arriesgaba con indecible paciencia sumas muy pequeñas y perdía todas las veces—. ¡Pásese usted aquí! ¡Aquí es donde está la suerte!

—¿Se refiere usted a mí? —gritó el bigotudo del extremo de la mesa, con un asombro amenazador.

—¡Sí, a usted! ¡En ese sitio va a perderlo todo!

—Eso no es asunto suyo. Le ruego que me deje en paz.

Pero yo ya no podía contenerme. Frente a mí, al otro lado de la mesa, estaba sentado un militar de cierta edad. Al verme hacer la apuesta, le farfulló a su vecino:

—Es raro: el zéro. No, no me decidiré nunca por el zéro.

—¡Atrévase usted, coronel! —grité, apostando de nuevo.

—Le ruego que me deje en paz a mí también. No necesito para nada sus consejos —me dijo violentamente—. Hace usted mucho ruido aquí.

—Le estoy dando un buen consejo. ¿Quiere usted apostarse que el zéro va a salir una vez más?: diez monedas de oro, quiere usted?

Y empujé diez semiimperiales.

—¿Diez monedas? ¿Una apuesta? Acepto —pronunció, seco y severo—. Apuesto contra usted a que no saldrá el zéro.

—Diez luises de oro, coronel.

—¿Qué es eso de diez luises de oro?

—Diez semiimperiales, coronel. En estilo noble: diez luises de oro

—Diga entoncas diez semiimperiales, y no bromee conmigo.

Naturalmente yo no tenía la menor esperanza de ganar mi apuesta: había treinta y seis probabilidades contra una de que el zéro no saldría; pero yo había apostado primeramente para «epatar» y además porque quería atraerme a mi favor a todo el mundo. Me daba demasiada cuenta de que nadie me tenía simpatía allí y eso se me hacía notar con una malignidad especial. La ruleta se puso a girar, y, ¿cuál no sería la estupefacción general cuando el zéro salió una vez más? Hubo incluso una exclamación unánime. Entonces la gloria del triunfo me nubló el cerebro. Inmediatamente me contaron ciento cuarenta semiimperiales. Zerchtchikov me preguntó si no que ría recibir una parte en billetes, pero le respondí con un gruñido, porque literalmente era incapaz de explicarme con calma y con claridad. La cabeza me daba vueltas, me flaqueaban las piernas. Comprendí de repente que ahora iba a correr un riesgo terrible; además, tenía ganas de emprender algo, de proponer todavía alguna apuesta, de entregarle a no importa quién algunos millares de rublos. Recogí maquinalmente mi montón de billetes y de monedas de oro y no pude decidirme a contarlos. En aquel momento noté inmediatamente detrás de mí al príncipe y a Darzan; llegaban entonces de su bacará, donde, como me enteré en seguida, lo habían perdido todo.

—¡Mire, Darzan! —le grité—, ¡aquí es donde está la suerte! ¡Apueste al zéro!

—Lo he perdido todo, no me queda dinero —respondió secamente.

El príncipe, por su parte, tenía el aspecto de no observar nada y de no reconocerme.

—¿Dinero? ¡Helo aquí! —grité, mostrándole mi montón de oro—. ¿Cuánto quiere usted?

—¡Demonios! —exclamó Darzan, muy colorado—. Me parece que no le he pedido a usted nada.

—Le llaman a usted —me dijo Zerchtchikov, tirándome de la manga.

El coronel me había llamado ya varias veces y casi con injurias, después de haber perdido su apuesta de diez semiimperiales.

—¡Tome! —me gritó, todo rojo de cólera—. No estoy obligado a aguardarle. Después se iría usted diciendo que no ha recibido nada. ¡Cuente!

—Le creo, le creo, coronel, le creo sin contar. Solamente le ruego que no me grite y que no se enfade.

Y le recogí de la mano su montón de oro.

—Señor mío, le ruego que dirija sus entusiasmos a otra persona, no a mí —gritó violentamente el coronel—. ¡No hemos comido nunca en el mismo plato!

—¡Es curioso que se admita a personas como éstas! ¿Quién es? ¿Un mozalbete? —se decía por todas partes a media voz.

Pero yo no escuchaba, apostaba al azar y ya no al zéro. Coloqué todo un paquete de billetes arco iris sobre los dieciocho primeros.

—¡Vámonos, Darzan! . —dijo el principe detrás de mí.

—— ¿A casa? —me volví hacia ellos—. Espérenme, nos iremos juntos. He acabado.

Mi número ganó; era una ganancia enorme.

—¡Basta! —grité, y, con manos temblorosas, recogí el oro y me lo fui echando en los bolsillos sin contarlo; arrugando torpemente entre mis dedos los fajos de billetes, que quería meter todos a la vez en un bolsillo lateral.

De repente, una mano regordeta y con un anillo, la de Aferdov, que estaba ahora a mi derecha y había apostado también grandes sumas, se plantó sobre tres de mis billetes arco iris y los cubrió con su palma.

—¡Permítame, éstos no son de usted! —dijo severamente y recalcando las sílabas, por lo demás con una voz bastante dulce.

Aquél era el preludio de lo que, pocos días después, debía tener tales consecuencias. Hoy lo juro por mi honor, aquellos tres billetes de cien rublos eran desde luego míos, pero, para mi desgracia, en vano estaba entonces persuadido; me quedaba todavía una milésima de duda y, para un hombre honrado, todo estriba en eso; ahora bien, yo soy un hombre honrado. Sobre todo no sabía entonces con seguridad que Aferdov era un ladrón; ignoraba entonces hasta su nombre, de forma que pude creer verdaderamente que me había engañado y que aquellos tres billetes no eran de los que se me acababan de alargar. Durante toda la velada no había contado jamás mi montón de dinero y me contentaba con recogerlo con las manos, mientras que Aferdov tenía delante de él su dinero, al lado del mío, pero en buen orden, y bien contado. En fin, Aferdov era conocido en la casa, se le consideraba como a un ricachón, lo trataban con respeto: todo aquello me imponía, y una vez más no protesté. ¡Terrible error! Lo peor de todo, era que me encontraba en pleno arrebato de entusiasmo.

—Es una lástima que no me acuerde exactamente; pero me parece que esos billetes son míos —dije con los labios temblándome de indignación.

Aquellas palabras suscitaron inmediatamente un murmullo.

—Para decir una cosa así, hace falta estar seguro, y usted mismo acaba de proclamar que no se acuerda exactamente —dijo Aferdov con tono de insoportable superioridad.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Cómo pueden permitirse tales cosas? —fueron algunas de las exclamaciones que se oyeron.

—No es la primera vez. Hace un momento tuvo la misma historia con Rechberg por un billete de diez rublos —dijo cerca de mí una voz encanallada.

—¡Bueno, está bien, basta! —exclamé—. No protesto. ¡Lléveselos! Príncipe... Pero, ¿dónde están el príncipe y Darzan? ¿Se han marchado? Señores, ¿no han vista ustedes por qué parte se han ido el príncipe y Darzan?

Recogí por fin todo mi dinero y, sin tomarme tiempo para guardarme en un bolsillo algunos imperiales que llevaba todavía en la mano, me lancé en seguimiento del príncipe y de Darzan. El lector ve que no silencio nada y que me acuerdo con todo detalle de cómo estaba yo en aquellos minutos, hasta la idiotez más insignificante, para que se comprenda del todo lo que pasó a continuación.

El príncipe y Darzan estaban ya en los bajos de la escalera; no habían prestado la menor atención a mi llamada y a mis gritos. Los alcancé, pero me detuve un segundo delante del portero y le metí en la mano tres semümperiales, el diablo sabe por qué; me miró intrigado sin ni siquiera darme las gracias. Pero aquello me importaba poco, y, si Matvei se hubiese encontrado por allí, le habría soltado desde luego un buen puñado de monedas de oro, por lo menos ésa era la intención que llevaba al poner el pie en la escalinata, pero entonces me acordé de pronto de que ya lo había despachado. En aquel momento, se hizo avanzar al trineo del príncipe y éste se montó.

—¡Voy con usted, príncipe, voy a su casa! —exclamé, agarrando la cortina del trineo y levantándola para sentarme; pero bruscamente, pasando delante de mí, Darzan se montó de un salto, y el cochero, arrancándome la cortina, cubrió con ella a sus amos.

—¡Diablos! —grité, fuera de mí.

Todo había sucedido como si yo hubiese levantado la cortina para que entrara Darzan, como podría haber hecho un criado.

—¡A casa! —gritó el príncipe.

—¡Deténgase! —aullé, agarrándome al trineo.

Pero el caballo arrancó y rodé por la nieve. Creo incluso que oí como se reían. Me levanté, salté instantáneamente al primer coche de punto que se presentó y volé a casa del príncipe, hostigando en todo momento al pobre jamelgo.

IV

Como par casualidad, el jamelgo avanzaba con una lentitud que no parecía natural; sin embargo yo había prometido un rublo. E1 cochero no cesaba de dar latigazos al pobre caballo y,

como es natural, lo azotaba por un rublo. El corazón se me salía par la boca: me puse a hablarle al cochero, pero no me salían las palabras, balbucí no sé qué estupidez. En ese estado acudí a casa del príncipe. A Darzan lo había dejado en la suya, y estaba solo. Pálido y de mal humor, paseaba par su despa cho. Lo repito una vez más: él había perdido mucho. Me miró con una perplejidad distraída.

—¡Todavía usted! —exclamó, frunciendo las cejas.

—¡Es para acabar con usted, caballero! —dije ahogándome—. ¿Cómo se ha atrevido a tratarme de esa manera? —Me lanzó una mirada interrogadora—. Si se llevaba usted a Darzan, no tenía más que decírmelo, en lugar de hacer que arrancara el caballo y que yo...

—¡Ah!, sí, se ha caído en la nieve, creo.

Y se me echó a reír en la cara.

—A estas cosas se responde con un desafío, y por eso primeramente vamos a arreglar nuestras cuentas...

Con mano temblorosa, saqué mí dinero; fui colocándolo sobre el diván, sobre el velador de mármol a incluso sobre un libro abierto, por paquetes, a puñados, por montones. Varias monedas rodaron por la alfombra.

—¡Ah!, sí, ha ganado usted, creo... Se le nota en el tono.

Nunca me había hablado tan insólentemente. Yo estaba muy pálido.

—Hay aquí... no sé cuánto. Habría que contar... Le debo a usted unos tres mil... o bien, ¿cuánto...? ¿Más o menos?

—Me parece que no le exijo a usted que me pague.

—No, soy yo quien desea hacerlo, y usted debe de saber por qué. Sé que en este fajo de arco iris *(100)* hay mil rublos. ¡Tenga! —Me puse a contar con manos temblorosas, pero desistí al poco rato—. Es igual, sé que hay mil rublos. Pues bien, cojo estos mil rublos para mí, y todo el resto, todos esos montones, tómelos en pago de mi deuda, de una parte de mi deuda: creo que debe de haber dos mil rublos o quizá más.

—¿Y esos mil se los queda usted? —dijo el príncipe, sonriendo.

—¿Los necesita? En ese caso... se los... pensé que usted no querría... pero, si le hacen falta... ahí están.

—No, no los quiero. —Se apartó de mí con desprecio y se puso a pasear por la habitación

—. ¿Y por qué diablos se le ocurre esta idea de pagar sus deudas? —me preguntó, volviéndose de repente hacia mí con aire provocador.

—Le devuelvo ese dinero para poderle exigir cuentas —grité por mi parte.

—¡Váyase al diablo con sus grándes palabras y sus gestos sempiternos! —pataleó, como fuera de sí—. Hace mucho tiempo que quería ponerles en la calle a los dos, a usted y a su Versilov.

—¡Está usted loco! —exclamé.

Y era como si lo estuviese.

—Me han puesto ustedes dos en el suplicio con sus frases grandilocuentes. ¡Siempre frases, frases, frases! ¡Por ejemplo, sobre el honor! ¡Puaf! Hace mucho tiempo que quería romper... Estoy contento, muy contento de que haya llegado el momento. Me creía atado y me avergonzaba de verme obligado a recibirles... ¡A los dos! Pues bien, ahora no me considero atado por nada, por nada, ¡sépalo bien! Y ese Versilov suyo que me incitaba a atacar a Akhmakova y a deshonrarla... Después de eso, no se arriesgue usted a hablar de honor en mí casa. Son ustedes mala gente... los dos, los dos. Y a usted, ¿es que no le daba vergüenza de coger mi dinero?

Yo veía turbio.

—Le he tomado dinero prestado en plan de camarada —empecé a decir muy dulcemente —. Fue usted quien me lo propuso y yo creí que me lo decía de corazón...

—¡No soy camarada de usted! Le he dado dinero, pero no por eso. Usted sabe muy bien por qué.

—Era a cuenta del dinero de Versilov. Desde luego estaba mal, pero...

—Usted no podía tomar nada a cuenta del dinero de Versilov sin que él lo autorizase, y yo no podía darle a usted nada sin permiso de él... Yo le daba a usted ese dinero por mi cuenta, y usted lo sabía; lo sabía y lo aceptaba; y yo he aguantado en mi casa esta comedia odiosa.

—¿Qué es to que yo sabía? ¿Qué comedia es ésa? ¿Y por qué me to daba usted entonces?

—Pour vos beaux yeux, mon cousin! —se me rió en plena cara.

—¡Váyase al diablo! —grité—. ¡Tómelo todo! ¡Tenga, ahí tiene también esos mil! Ahora estamos en paz, y mañana...

Le lancé el fajo de billetes con que me había quedado, le dio en el chaleco y cayó al suelo. Dio tres pasos rápidos, inmensos, y me declaró a quemarropa:

—¿Se atreverá usted a decir —hablaba. ferozmente y sílaba a sílaba— que, al aceptar mi dinero durante todo este mes, no sabía que su hermana está embarazada y que soy yo el culpable?

—¿Qué? ¡Cómo! —exclamé.

Mis piernas se negaron a sostenerme y me dejé caer sin fuerzas sobre el diván.

Él mismo me dijo después que yo me había quedado literalmente blanco como un pañuelo. Se me turbó la conciencia. Me acuerdo que nos miramos en silencio a los ojos. Una especie de espanto recorría su rostro; se inclinó bruscamente, me cogió por los hombros y me sostuvo. Me acuerdo muy bien de su sonrisa fija; se leía en ella la desconfianza y el asombro. ¡Sí! Él no esperaba un efecto semejante de sus palabras, porque estaba convencido de mi culpabilidad.

Aquello acabó con un temblor nervioso, pero que no duró más de un minuto; recuperé mis fuerzas, me puse en pie, lo miré y comprendí. ¡La verdad se descubrió de repente a mi espíritu, tanto tiempo dormido! Si me lo hubiesen dicho antes y me hubiesen preguntado: « ¿Qué haría usted de él en ese momento?», habría respondido, desde luego, que lo haría pedazos. Pero lo que sucedió fue completamente distinto, y no por cierto porque yo me lo propusiera: de

repente escondí la cara entre las manos y me puse a derramar amargas lágrimas. ¡Eso es lo que sucedió! El niñito volvía a encontrarse en el joven. El niñito estaba todavía vivo en mi alma, en una gran mitad. Caí sobre el diván y sollocé:

—¡Lisa! ¡Lisa! ¡La desgraciada!

El príncipe entonces me creyó completamente.

—¡Dios mío, qué gran culpable soy con usted! —exclamó con una pena profunda—. ¡Oh!, yo que pensaba cosas tan sucias de usted, con mis sospechas... ¡Perdóneme, Arcadio Makarovitch!

Me puse en pie de un brinco, quise decirle algo, me planté delante de él, pero, sin decir nada, salí huyendo de la habitación y del piso. Volví a mi casa a pie y apenas me acuerdo de cómo lo hice. Me lancé sobre mi cama, el rostro en la almohada, en la oscuridad, y pensé, pensé. En esos minutos, los pensamientos no se siguen nunca armoniosamente. El espíritu y la imaginación estaban como suspendidos de un hilo, y me acuerdo que me puse a soñar con cosas absolutamente extrañas y hasta Dios sabe con qué. Pero mi dolor y mi desgracia se me hicieron notar súbitamente con espanto y sufrimiento, y volví a retorcerme las manos, exclamando: ¡Lisa! ¡Lisa! Después de lo cual me eché de nuevo a llorar. No sé cómo me quedé dormido. Pero me dormí con un sueño intenso y delicioso.

Capítulo vii

I

Me desperté a eso de las ocho de la mañana, a inmediatamente cerré mi puerta con llave, me senté delante de la ventana y otra vez empecé a pensar. Me quedé así hasta las diez. La criada llamó dos veces, pero la despedí con cajas destempladas. Por fin, después de las diez, llamaron de nuevo. Me disponía a lanzar otro grito, pero era Lisa. La criada entró con ella, me trajo mi café y se dispuso a encender la estufa. Imposible echarla. Todo el tiempo que Fecla tardó en poner la leña y encender el fuego, paseé por mi habitacioncita a grandes zancadas, sin iniciar la conversación y hasta evitando mirar a Lisa. La criada maniobraba con una lentitud indecible, adrede, como hacen todas las criadas en semejantes casos, cuando notan que a los amos les molesta hablar delante de ellas. Lisa estaba sentada sobre la mesa delante de la ventana y me seguía con la mirada.

—El café se te va a enfriar —dijo de repente.

La miré: ni la más mínima turbación, una calma perfecta, e incluso una sonrisa en los labios.

«He aquí cómo son las mujeres», pensé, encogiéndome de hombros. Por fin la criada terminó de encender la estufa y empezó a arreglar la habitación. Pero la despedí enérgicamente y cerré la puerta con llave.

—¿Quieres hacer el favor de decirme por qué has cerrado la puerta? —preguntó Lisa.

Me planté delante de ella.

—¡Lisa!, ¿cómo has podido creer que ibas a engáñarme de semejante manera? —exclamé de improviso, sin haber pensado lo más mínimo que empezaría así.

Esta vez no fueron las lágrimas, sino un sentimiento casi malvado lo que me atravesó súbitamente el corazón, tanto que ni siquiera yo me lo esperaba. Lisa se sonrojó, pero no respondió, continuando solamente mirándome a los ojos.

—Un momento, Lisa, un momento, ¡oh, qué imbécil soy! ¿Pero soy imbécil? Hasta ayer no se han cerrado en un haz todas las alusiones, pero hasta entonces, ¿cómo podía yo adivinar? ¿Por el hecho de que ibas a casa de Stolbieieva y a casa de esa... Daria Onissimovna? Pero yo lo consideraba como un sol, Lisa, ¿cómo podría habérseme ocurrido...? ¿Te acuerdas cómo te recibí, hace dos, meses, en su casa, y cómo salimos a pasearnos juntos al sol y cómo nos alegramos...? ¿Ya estaba todo en marcha entonces? ¿Sí?

Ella respondió inclínando afirmativamente la cabeza.

—¡Entonces ya me engañabas en aquel momento! No, Lisa, no era estupidez, era más bien egoísmo por mi parte. No es la estupidez la causa, es el egoísmo de mi corazón y... y quizá mi fe en tu santidad. ¡Oh, siempre he estado convencido de que vosotras estabais infinitamente por encima de mí... y he aquí... ! Ayer, finalmente, en un solo día, no pude comprender a pesar de todas las alusiones... Y además ayer estaba muy ocupado con otra cosa.

Entonces me acordé de repente de Catalina Nicolaievna. Y sentí de nuevo un dolor en el corazón como una picadura de aguja, y me sonrojé violentamente. Como es natural, en aquel instante, yo no podía ser bueno.

—Pero, ¿de qué te justificas? Me parece, Arcadio, que tienes prisa en justificarte, pero, ¿de qué? —preguntó dul cemente Lisa, pero con una voz firme y convencida.

—¿Cómo que de qué? ¿Pero qué debo hacer ahora? ¡Aunque no hubiese más que esa cuestión! Y tú dices: «¿de qué?» ¡Ya no sé cómo comportarme! No sé cómo se comportan los hermanos en casos como éstos... Ya sé que hay veces en que se obliga al hombre a casarse poniéndole la pistola en el pecho... obraré como debe hacerlo un hombre honrado. Pero precisamente ignoro de qué manera debe obrar un hombre honrado. ¿Por qué? Porque nosotros no somos nobles; él, él es príncipe y sigue su carrera; no querrá ni siquiera escucharnos a nosotros, a la gente honrada. Ni siquiera somos hermano y hermana, sino bastardos sin nombre, hijos de siervos; ¿es que los príncipes se casan con las siervas? ¡Oh, qué infamia! ¡Y tú que te quedas ahí parada, mirándome y asombrándote!

—Creo que te atormentas mucho —dijo Lisa enrojeciendo de nuevo—, pero te apresuras demasiado y te atormentas a ti mismo.

—«¿Te apresuras?» Pero, ¿es que según tú, no he esperado todavía bastante? ¿Es propio del caso que seas tú, Lisa, la que hable así? —Por fin me dejaba llevar por mi indignación

—. ¡Cuánta ignominia he acumulado y cuánto ha debido despreciarme ese príncipe! ¡Oh!, ahora todo está claro, todo el cuadro está ahí delante dé mí: se ha figurado que desde hacía mucho tiempo yo había adivinado sus relaciones contigo, pero que me callaba o incluso que me hacía el tonto y me alababa del «sentimiento del honor»... ¡eso es lo que ha podido pensar de mí! ¡Y que era por mi hermana, por el precio de la deshonra de mi hermana por lo que yo cogía su dinero! Eso era lo que le resultaba odioso ver, y lo comprendo. Lo comprendo totalmente: ver un día y otro a un individuo infame, simplemente porque. es el hermano, y encima oírle ha blar de honor... ¡He ahí una cosa capaz de secar un corazón, incluso un corazón como el suyo! ¡Y tú has tolerado todo eso, no me has advertido! Él me despreciaba tanto, que le hablaba de mí a Stebelkov, y ayer mismo me dijo que quería ponernos en la calle a los dos, a Versilov y a mí. Y Stebelkov diciéndome: «Ana Andreievna no es menos hermana de usted que Isabel Makarovna.» Y me gritaba a mis espaldas: «Mi dinero vale más.» ¡Y yo; yo que me tendía insolentemente en su casa, sobre sus divanes, que me pegaba como un igual a sus amigos, el diablo los lleve! ¡Y tú, tú has permitido todo eso! Seguramente el mismo Darzan está

advertido ahora, a juzgar por el tono que adoptó anoche... ¡Todo el mundo, todo el mundo lo sabe, excepto yo!

—Nadie sabe nada. No ha hablado de esto con ninguno de sus amigos y no ha podido hablarles —interrumpió Lisa—. En cuanto a ese Stebelkov, lo único que sé es que ese tipo lo atormenta y todo lo más puede haber concebido alguna sospecha... En cuanto a ti, le he hablado varias veces de ti, y ha creído enteramente lo que le decía: que tú lo ignorabas todo, sólo que no sé por qué ni cómo ha sucedido ayer eso entre vosotros.

—¡Ah!; por lo menos ayer le pagué mi deuda. ¡Al menos eso es una carga que me he quitado del corazón! Lisa, ¿lo sabe mamá? Pero, ¿cómo no va saberlo? ¡Hay que ver cómo se levantó ayer contra mí! ¡Ah! ¡Lisa! Pero, ¿es que tú te crees verdaderamente justificada, no te acusas de nada? Igno ro cómo se consideran estas cosas hoy día y cuáles son tus ideas, quiero decir sobre mí mismo, sobre mamá, sobre tu hermano, sobre tu padre... ¿Lo sabe Versilov?

—Mamá no le ha dicho nada; él no pregunta nada; seguramente no quiere preguntar.

—Él lo sabe, pero no quiere saberlo. Es eso. ¡Eso le va muy bien! Pues bien, tú puedes burlarte de tu hermano, del idiota de tu hermano, cuando habla de pistolas, pero, ¿de tu madre, de tu madre? ¿No te has dicho jamás, Lisa, que es un reproche para mamá? Esta idea me ha atormentado toda la noche; el primer pensamiento de mamá hoy, helo aquí: « ¡Esto es porque yo también he sido culpable; a tal madre, tal hija! »

—¡Oh! ¡Qué malvado y cruel eso que acabas de decir! —exclamó Lisa, escapándosele las lágrimas de los ojos.

Se levantó y anduvo rápidamente hacia la puerta.

—¡Espérate! ¡Espérate!

La agarré, hice que se volviera a sentar y me coloqué junto a ella sin retirar mi mano.

—Yo me imaginaba muy bien, al venir aquí, que pasaría todo esto y que tú tendrías una absoluta necesidad de que yo me acusara. Tranquilízate, me acuso. Sólo por orgullo me he callado hace un momento y no he dicho nada, pero me da mucha más lástima de vosotros y de mamá que de mí misma...

No acabó la frase y se deshizo en lágrimas.

—¡Basta, Lisa!, no, no tengo necesidad de nada. No soy tu juez, Lisa; ¿y mamá? Dime, ¿hace mucho tiempo que ella lo sabe?

—Creo que sí, pero no hace mucho tiempo que se lo dije... cuando esto llegó —dijo dulcemente, bajando los ojos.

—¿Y entonces?

—Me dijo: « ¡Cuídalo! » —dijo aún más dulcemente Lisa.

—¡Ah!, Lisa, sí, « ¡cuídalo! » ¡No hagas nada por impedirlo, no lo permita Dios!

—No haré nada —respondió firmemente, y levantó los ojos de nuevo hacia mí—. Estáte tranquilo —añadió—; no se trata de eso en absoluto.

—Lisa, querida mía, veo solamente que no sé nada de nada; por el contrario, acabo de comprobar lo mucho que te quiero. Sólo hay una cosa que no puedo comprender, Lisa: todo está claro ahora, lo único que no comprenderé jamás es por qué te has enamorado de él. ¿Cómo has podido querer a un hombre semejante? Ésa es la pregunta.

—¿Y seguramente esa idea to habrá estado atormentando también esta noche? —dijo Lisa sonriendo dulcemente.

—Espera, Lisa, es una pregunta idiota, y veo que te burlas de mí. Búrlate, pero, a pesar de todo, es imposible no asombrarse: tú y él, ¡los dos polos opuestos! A él lo tengo bien estudiado: sombrío, suspicaz, tal vez muy bueno, lo reconozco, pero en compensación muy inclinado a ver el mal en todas partes *(en eso, por lo menos, es exactamente igual que yo)*. Respeta apasionadamente la nobleza, lo reconozco también, lo veo, pero estoy convencido de que solamente en el plano ideal. Le gusta estarse arrepintiendo toda la vida, sin descanso, se maldice y se arrepiente, pero jamás se corrige, por lo demás quizá también en eso es como yo. ¡Mil prejuicios, mil ideas falsas y ni siquiera una sola idea verdadera! Busca las grandes hazañas y acumula las pequeñas pillerías. Perdóna me, Lisa. En realidad, soy un imbécil: al hablar así, te ofendo y lo sé, lo comprendo...

—El retrato sería verdadero —sonrió Lisa— si tú no le tuvieras tanta antipatía por mi causa; por tanto, no hay nada de verdadero. Desde el principio, él desconfió de ti y tú no has podido verlo en su integridad, mientras que conmigo, ya en Luga... Desde Luga no ha visto más que por mis ojos... Sí, es suspicaz y descontentadizo, y sin mí habría perdido la cabeza; y, si me abandona, la perderá o se pegará un tiro; creo que él lo comprende y lo sabe —añadió Lisa como hablando consigo misma, pensativa—. Sí, él es siempre débil, pero esos débiles son a veces capaces de cosas extremadamente fuer tes... ¡Qué tontamente has hablado de la pistola, Arcadio!; no hace falta nada parecido y yo sé bien lo que pasará. No soy yo quien le persigue; es él quien corre tras de mí. Mamá llora, dice: «Si te casas con él, serás desgraciada, dejará de amarte.» No creo nada de esto; desgraciada tal vez lo sea, mas él no dejará de amarme. Pero no retrasaba por eso siempre mi consentimiento, sino por otra razón. Hace ya dos meses lo estaba dejando pasar, pero hoy le he dicho: Es sí, me casaré contigo. ¿Sabes, Arcadio?, ayer —sus ojos brillaban y ella me echó de pronto sus brazos al cuello—, ayer fue a casa de Ana Andreievna y le ha dicho con toda franqueza que no puede amarla... Sí, se ha explicado claramente, ¡y esa idea ha quedado descartada ahora para siempre! Además él no ha participado nunca de ella, no era más que un sueño del príncipe Nicolás Ivanovitch, y esos verdugos lo presionaban, Stebelkov y otro más... En recompensa, le he dicho hoy: Es sí. Mi querido Arcadio, te ruega insistentemente que vayas a verlo, que no te sientas molesto por la historia de ayer: hoy no se encuentra muy bien, estará todo el día en su casa. Verdaderamente no está bien, Arcadio; no creas que eso es un pxetexto. Me ha enviado exclusivamente para esto y me ha rogado que te diga que tiene «necesidad» de ti, que tiene muchas cosas que decirte y que aquí, en tu casa, en este apartamiento, eso estaría fuera de lugar. ¡Vamos! ¡Ah! Arcadio, da vergüenza decirlo, pero, al

venir aquí, yo tenía un miedo terrible de que tú no me quisieras ya; he venido santiguándome todo el camino. ¡Y tú, eres tan bueno, tan noble! ¡No lo olvidaré jamás! Voy a casa de mamá. Y tú, quiérelo un poco al menos, ¿eh?

La abracé calurosamente y le dije:

—Creo, Lisa, que eres un carácter fuerte. Sí, lo creo, no eres tú quien corre tras él, sino más bien él quien corre detrás de ti, sólo que, a pesar de todo...

—Sólo que, a pesar de todo, « ¿por qué te has enamorado de él?, ¡he aquí la pregunta! » —replicó Lisa, con una risa astuta, como otras veces, y pronunció exactamente igual que yo: « ¡He aquí la pregunta! »

Y, exactamente como yo hacía al pronunciar esta frase, ella elevó el índice hasta la altura de sus ojos. Nos abrazamos, pero, cuando ella se marchó, mi corazón se sintió de nuevo acongojado.

II

Lo anotaré aquí para mí: hubo por ejemplo instantes, después de la partida de Lisa, en que los pensamientos más inesperados me atravesaron tumultuosamente el cerebro, y yo me sentía incluso muy satisfecho. «Vamos, ¿por qué me mezclo en esto? - me decía -, ¿qué me importa esto? Estas cosas le suceden a todo el mundo o a casi todo el mundo. Le ha pasado a Lisa, ¿y qué? ¿Y qué, es que yo debería saltar por el «honor de la familia»? Anoto todas estas indignidades para mostrar hasta qué punto yo estaba aún vacilando en la comprensión del bien y del mal. Únicamente el sentimiento me salvaba: yo sabía que Lisa era desgraciada, que mamá era desgraciada; lo sabía por el sufrimiento que sentía cuando pensaba en ellas, y sentía también que todo lo que había sucedido no debía estar bien.

Prevengo ahora que a partir de ese día hasta la catástrofe de mi enfermedad, los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez, que me asombro yo mismo, al pensar en eso hoy, de haber podido resistir, de no haber sido aplastado por el destino. Excitaron mi inteligencia a incluso mis sentimientos y si, finalmente, no pudiendo resistir más, yo hubiera cometido un crimen *(crimen que estuvo a punto de cometerse)*, los jurados habrían podido absolverme con toda facilidad. Pero trataré de contarlo todo en un orden estricto, aunque, lo aviso de antemano, haya habido muy poco orden entonces en mis pensamientos. Los sucesos me asaltaron como una tempestad, y las ideas se arremolinaron en mi cabeza como las hojas secas de otoño. Como yo estaba totalmente nutrido por las ideas de los demás, ¿de dónde habría podido encontrar en mí ideas nuevas, en el momento en que las necesitaba para tomar una decisión independiente? Como guía, absolutamente a nadie.

Decidí ir por la noche a casa del príncipe, para hablar de todo con entera libertad, y hasta por la noche me quedé en casa. Pero con el crepúsculo recibí por correo una nueva cartita de Stebelkov, tres líneas, pidiéndome con urgencia y de la manera «más convincente» que fuera a visitarlo al día síguiente a las once de la mañana «para asuntos de la mayor importancia, usted

mismo verá cuáles». Después de reflexionar, decidí obrar según las circunstancias, en vista de que el día siguiente todavía estaba lejos.

Eran ya las ocho; por mi gusto me habría marchado hacía tiempo, pero seguía esperando a Versilov; tenía muchísimas cosas que decirle y el corazón me ardía. Pero Versilbv no venía, y no vino en absoluto. Yo no podía ya, de momento, presentarme en casa de mamá y de Lisa, y por lo demás presentía que Versilov no había estado allí en todo el día. Me fui a pie, y por el camino se me ocurrió la idea de echar un vistazo en el traktir de la víspera, en los sótanos. Versilov estaba allí, en el mismo sitio que el día anterior.

—Pensaba que vendrías—. dijo con una extraña sonrisa y una extraña mirada.

Su sonrisa no tenía bondad alguna; hacía mucho tiempo que no le había visto una expresión semejante en el rostro.

Me senté a su mesa y le conté desde el principio los hechos relativos al príncipe y a Lisa y mi escena de la noche anterior en la casa del príncipe, después de la ruleta; tampoco me olvidé de mi buena suerte en el juego. Me escuchó con mucha atención y me interrogó sobre la decisión tomada por el príncipe, de casarse con Lisa.

—Pauvre enfant! Quizás ella no salga ganando nada con eso. Pero sin duda, no llegará a realizarse... aunque él sea muy capaz...

—Dígame, como a un amigo: ¿usted lo sabía, lo presentía?

—Amigo mío, ¿qué podía yo hacer? Todo esto es cuestión de sentimiento y de conciencia, aunque no fuese más que a favor de esa desgraciada hija. Te lo repito: bastante me he entrometido en otros tiempos en la conciencia de los demás, lo que constituye la más torpe de las pretensiones. No me negaré nunca a ayudar a cualquiera que esté en la desgracia, en la medida de mis fuerzas y si me entero de algo. Pero tú, querido mío, ¿no has sospechado nada en todo este tiempo?

—Pero, ¿cómo ha podido usted —exclamé todo inflama do—, cómo ha podido usted, sospechando por poco que fue ra las relaciones del príncipe con Lisa y viendo que al mismo tiempo yo aceptaba dinero de él, cómo ha podido usted hablar conmigo, seguir sentado a mi lado, tenderme una mano, a mí, a quien, sin embargo, tenía usted que considerar como un perfecto miserable? Porque, me atrevería a hacer la apuesta, usted sospechaba seguramente que yo estaba enterado de todo y que cogía el dinero del príncipe a cambio de mi hermana, con perfecto conocimiento de causa.

—Te digo una vez más que es una cuestión de conciencia —sonrió—. ¿Y sabes tú —agregó claramente, con no sé qué sentimiento enigmático—, sabes tú si yo no temía, como tú ayer, en una ocasión completamente distinta, perder mi «ideal» y encontrarme, en lugar de mi muchacho leal y arrebatado, a un pillastre? Temiéndolo, yo retrocedía de momento. ¿Por qué no suponer en mí, en lugar de pereza o de perfidia, algo más inocente, más idiota si quieres, pero un poco más noble? Que diabde! Sin embargo, con bastante frecuencia soy un idiota sin nobleza. ¿De qué me habría servido todo si tú tenías inclinaciones de ese tipo? Aconsejar y

corregir en seme jantes casos es una bajeza; tú habrías perdido todo valor a mis ojos, incluso una vez corregido...

—¿Y de Lisa, tiene usted lástima de ella? ¿Le da lástima?

—Me da muchísima lástima, querido mío. ¿Y por qué supones que yo sea tan insensible... ? Por el contrario, trato por todos los medios... Bueno, ¿y tú?, ¿cómo van tus asuntos?

—Dejemos mis asuntos; ahora no hay asuntos míos que valgan. Escúcheme, ¿por qué duda usted de que él pueda casarse con ella? Ayer estuvo en casa de Ana Andreievna y seguramente ha renunciado... quiero decir, a esa idea estúpida... que ha nacido en el espíritu del príncipe Nicolás Iva novitch sobre to de casarlos. Ha renunciado seguramente.

—¿Sí? ¿Y cuándo ha ocurrido eso? ¿Y cómo te has enterado? —preguntó con curiosidad.

Le conté todo 1o que sabía.

—Hum... —murmuró, pensativo y como reflexionando para sí—. Entonces todo eso ha pasado exactamente una hora... antes de otra explicación. Hum... sí, sin duda, seme jante explicación ha podido tener lugar entre ellos... aunque, lo sé muy bien, nada se haya dicho ni hecho a11í hasta hoy de una parte o de otra... Sí, indudablemente, bastan dos palabras para explicarse. Pero he aquí —de repente tuvo una risa extraña— que voy a comunicarte una noticia extraordinaria que seguramente te interesará: si tu príncipe se hubiese declarado ayer a Ana Andreievna, lo que, teniendo sospechas sobre Lisa, yo me habría empeñado con todas mis fuerzas en no tolerar, entre nous soit dit, Ana Andreievna lo habría rechazado inmediatamente y de una manera total. Yo creo que tú quieres mucho a Ana Andreievna, que la respetas, que la aprecias. Es mucha amabilidad por tu parte, y, por consiguiente, te alegrarás por ella: pues bien, querido mío, se casa y, a juzgar por su carácter, se casará sin titubeos, y yo, naturalmente, le doy mi bendición.

—¿Que se casa? ¿Con quién? —pregunté, terriblemente asombrado.

—Adivínalo. Bueno, no quiero atormentarte; con el príncipe Nicolás Ivanovitch, tu querido anciano. —Abrí los ojos de par en par—. Es de creer que desde hace mucho tiempo ella alimentaba esa idea, y seguramente la ha trabajado con un arte exquisito en todas sus facetas —continuó él perezosamente y con entera claridad—. Calculo que eso debió de pasar exactamente una hora después de la visita del «príncipe Serioja». *(¡He ahí un bonito ejemplo de sus incursiones intempestivas!)* Con la mayor naturalidad ella se trasladó a casa del príncipe Nicolás Ivanovitch y se le declaró.

—¿Cómo que se le declaró? Querrá usted decir que él se le declaró.

—¡Él, vamos! ¡Ha sido ella, ella misma! El caso es que está lleno de entusiasmo. Por lo visto ahora parece que se asombra de que la idea no se le hubiese ocurrido a él. He oído decir que está incluso enfermo... de entusiasmo también, sin duda.

—Escuche un momento, habla usted tan irónicamente... Me cuesta trabajo creerlo. ¿Cómo ha podido ella hacer una propuesta semejante? ¿Qué es lo que le ha dicho?

—Puedes estar seguro, amigo mío, de que me alegro sinceramente —respondió de pronto con aire muy serio—. Sin duda, es viejo ya, pero puede casarse, con arreglo a todas las leyes y a todas las costumbres. En cuanto a ella, una vez más nos tropezamos con el campo de la conciencia del prójimo, como ya te lo he repetido, amigo mío. Por otra parte, es lo bastante lista para tener su propia opinión y adoptar sus decisiones. En cuanto a los detalles, las palabras de que se haya servido, no puedo decírtelo, amigo mío. Como quiera que sea, ha sabido salir del paso, y quizá como no habríamos podido nosotros, ni tú ni yo. Lo mejor del caso es que en todo esto no hay el menor escándalo, todo es très comme il faut a los ojos del mundo. Es evidente que ella ha querido crearse una situación, pero es que se la merece. Todo esto, amigo mío, son cosas completamente mundanas. Su proposición ha debido de hacerse en términos admirables y exquisitos. Es un carácter severo, amigo mío, una monja, como tú la definiste un día; «una muchacha de sangre fría», como yo la llamo desde hace tiempo. El caso es que ella es casi su pupila, tú lo sabes, y más de una vez ha experimentado sus bondades. Hace ya muchísinno tiempo, ella me aseguraba que sentía por él « ¡tanto respeto y tanta estima, tanta lástima y tan simpatía! », y todo lo demás, que yo estaba ya poco más o menos preparado. Todo esto me ha sido comunicado esta mañana, en su nombre y a ruego suyo, por mi hijo y su hermano Andrés Andreievitch, al que creo que no conoces y al que veo exactamente una vez cada seis meses. Él aprueba respetuosamente el paso dado por su hermana.

—¿Entonces es ya una cosa del dominio público? ¡Dios mío, que asombrado estoy!

—No, todavía no es completamente del dominio público; tardará aún algún tiempo, no sé cuánto. En general, es una cosa en la que ni entro ni salgo. Pero todo esto es verdad.

—Pero ahora, Catalina Nicolaievna... ¿Qué cree usted? Este preludio no creo que sea del gusto de Bioring.

—Ésa es una cosa que ignoro... En el fondo, ¿qué es lo que no le hará gracia? Pero créeme, Ana Andreievna, también en ese aspecto, es una persona de gran tacto. ¡Esta Ana Andreievna! Precisamente ayer mañana me preguntaba si quiero a la señora viuda Akhmakova. Te acuerdas, te lo dije ayer con asombro: ¿no podría ella casarse con el padre, si yo me casaba con la hija? ¿Comprendes ahora?

—¡Ah, en efecto! —exclamó—. Pero, ¿Ana Andreievna podia suponer verdaderamente que usted... pudiera querer casarse con Catalina Nicolaievna?

—Así es, amigo mío. En fin... en fin, creo que es tiempo de que vayas al sitio adonde tengas que ir. Ya ves, a mí me sigue doliendo la cabeza. Voy a decir que pongan Lucía. Me gusta la solemnidad del aburrimiento, creo habértelo dicho ya... Me repito imperdonablemente... Quizá también yo me marche dentro de poco. Te quiero muchísimo, muchacho, pero adiós. Cuando me duele la cabeza o las muelas, siempre tengo sed de soledad.

Un pliegue doloroso apareció en su rostro; creo ahora que le dolía la cabeza, sobre todo la cabeza...

—¡Hasta mañana! —dije.

¿Qué quiere decir hasta mañana? ¿Y qué pasará mañana - y tuvo una sonrisa torva.

—Yo iré a casa de usted o usted vendrá a la mía.

—No, yo no iré a tu casa; serás tú quien vendrá a buscarme...

Había en su rostro algo maligno, pero no puse mucha atención en ello: ¡era una noticia tan asombrosa!

III

El príncipe estaba efectivamente enfermo: se había quedado en casa, con la cabeza envuelta en un frapo mojado. Me esperaba impacientemente; pero no era solamente la cabeza lo que tenía enferma, era toda su persona la que sufría moralmente. Una advertencia más: en todos estos últimos tiempos y hasta la catástrofe, no encontré más que gente sobreexcitada hasta la locura, tanto que, a pesar de mi resistencia, tuve que sufrir el contagio. Llegué, lo confieso, con malos sentimientos, y además me daba mucha vergüenza de haber llorado en su casa la víspera. Me habían engañado tan astutamente, Lisa y él, que no podía menos que parecerme a mí mismo imbécil. En resumen, en el momento en que entraba en su casa, mi corazón latía irregularmente. Pero todo eso era superficial, y estos falsos latidos pronto desaparecieron. Debo rendirle justicia: desde que su susceptibilidad caía o se rompía, él se entregaba completamente; se descubrían en él rasgos casi infantiles de ternura, de confianza y de amor. Me abrazó con lágrimas en los ojos y comenzó en seguida a hablar del asunto... Sí, tenía verdaderamente gran necesidad de mí: había un gran desorden en sus palabras y en la ilación de sus ideas.

Me declaró muy firmemente su intención de casarse con Lisa lo antes posible.

—El que ella no sea noble, créame, no me ha turbado un solo instante —me dijo—. Mi abuelo se casó con una sierva que cantaba en el escenario privado de un propietario vecino. Sin duda mi familia acariciaba en cuanto a mí esperanzas sui generis, pero se verán obligados ahora a ceder sin lucha. ¡Quiero romper, romper definitivamente con todo este mundo de ahora! ¡Quiero una cosa distinta, nueva! No comprendo por qué su hermana se ha enamorado de mí; pero muy bien puede ser que, sin ella, yo no estuviera ya en este mundo. Se lo juro con todo mi corazón,. veo ahora en mi encuentro con ella en Luga el dedo de la Providencia. Creo que ella me amó por «la inmensidad de mi caída»... Pero, ¿comprende usted esto, Arcadio Makarovitch?

—¡Perfectamente! — dije con voz completamente convencida.

Yo estaba sentado en la butaca frente a la mesa y él paseaba de un lado a otro.

—Tengo que contarle toda esa historia de nuestro encuentro sin disimular nada. Todo comenzó por un secreto íntimo que sólo ella sabía, porque yo no se lo había confiado a nadie más que a ella. Y nadie más hasta ahora lo sabe. Llegué a Luga con la desesperación en mi alma, y fui a vivir a casa de Stolbieieva no sé por qué, tal vez porque yo buscaba el aislamiento más completo. Acababa entonces de dejar el ejército. Había entrado en mi regimiento a mi regreso del extranjero, después de aquel encuentro con Andrés Petrovitch. Yo tenía entonces una

fortuna considerable, echaba la casa por la ventana, vivía completamente al día; pero mis compañeros oficiales no me apreciaban, y sin embargo yo me esforzaba en no ofenderlos. Es una cosa que tengo que confesarle a usted: nadie me ha querido nunca. Había allí un corneta, un tal Stepanov, es preciso que se lo diga, extremadamente vacío, nulo, a incluso poco menos que embrutecido, en una palabra, sin nada de particular. Por lo demás, intachablemente honrado. Se pegó a mí. Yo no me enfadaba con él, se pasaba en mi casa, sentado en un rincón, días enteros, sin despegar la boca, pero con dignidad, y no me molestaba en lo más mínimo. Un día le conté una anécdota de ocasión, sobre la cual improvisé muchas tonterías: la hija del coronel no me miraba con indiferencia; el coronel, confiándose en mí, haría todo lo que yo quisiera ——. En una palabra, desdeñando los detalles, más tarde salieron de aquello comentarios muy complicados y terriblemente sucios. No procedían de Stepanov, sino de mi asistente, que lo había oído y se había quedado con todo, porque había allí una historia rara que comprometía a una persona joven. Pues bien, aquel asistente, interrogado por los oficiales en el momento en que la historia hizo explosión, nombró a Stepanov, o más bien dijo que era yo el que le había contado la cosa a Stepanov. Stepanov se vio en la impusibilidad de negar que lo había oído. Lo peor era que se trataba de una cuestión de honor. Y como, a aquella historia yo le había añadido dos terceras partes de mi invención, los oficiales se indignaron y el coronel tuvo que reunirnos en su casa y pedir explicaciones. Entonces fue cuando se le hizo a Stepanov, en presencia de todo el mundo, la pregunta esencial: ¿Lo oyó usted, sí o no? El otro dijo toda la verdad. Pues bien, ¿cómo me he comportado yo, yo, príncipe desde hace mil años? Negué y dije frente a Stepanov que él había mentido, claro que lo dije suavemente, es decir, que él no había «comprendido bien», etc. Una vez más me salto los detalles, pero la ventaja de mi posición consistía en que, como Stepanov se quedaba todo el tiempo en mi casa, yo podía, no sin cierta verosimilitud, presentar la cosa como si él se hubiera puesto de acuerdó con mi asistente para conseguir determinados beneficios. Stepanov se limitó a mirarmé sin decir palabra y a encogerse de hombros. Me acuerdo de su mirada; no la olvidaré jamás. Inmediatamente presentó su dimisión. Pero usted no adivinará nunca lo que ocurrió. Los oficiales, desde el primero al último, fueron a visitarlo y le pidieron que no se marchase. Quince días después era yo el que abandonaba el regimiento: nadie me daba con la puerta en las narices, nadie me invitaba a marcharme; pretexté un asunto de familia para presentar mi dimisión. He ahí cómo acabó el asunto. Al principio me quedé indiferente, incluso estaba enfadado contra ellos; vivía en Luga, conocí allí a Isabel Makarovna, pero a continuación, un mes más tarde, empecé a mirar mi revólver y a pensar en la muerte. Yo siempre veo las cosas negras, Arcadio Makarovitch. Preparé una carta para el coronel y los camaradas del regimiento, para confesarles mi mentira y rehabilitar a Stepanov. Escrita la carta, me planteé este problema: «¿Enviarla y vivir, o bien enviarla y morir?» Habría sido incapaz de encontrar la solución por mí mismo. El azar, un azar ciego, después de una conversación rápida y extraña con Isabel Makarovna, me aproximó bruscamente a ella. Hasta entonces se la veía con. frecuencia en casa de Stolbieieva; nos

encontrábamos allí, cambiábamos unos saludos y hablábamos raramente. De pronto se lo descubrí todo. Y entonces ella me tendió su mano.

—¿Y cómo resolvió ei problema?

—No envié la carta. Fue ella quien lo decidió. Ella lo razonaba de la siguiente manera: si yo enviaba la carta, sin duda obraría noblemente, lo bastante noblemente para lavar mi honra con creces, pero ¿soportaría yo mismo aquel paso? Su opinión era que nadie podría soportarlo, porque entonces todo porvenir quedaba perdido y toda resurrección a una nueva vida resultaba imposible. Y además, aquello estaría muy bien si Stepanov hubiese sufrido alguna consecuencia desagradable; pero ¿no estaba ya rehabilitado por la oficialidad? En una palabra, una verdadera paradoja; pero el caso es que ella me contuvo y yo me entregué completamente en sus manos.

—¡Ella decidió de una manera jesuítica, pero como mujer! —exclamé—. ¡Ya lo quería a usted!

—Y eso fue lo que hizo que yo renaciera a una vida nue va. juré transformarme, cambiar de vida, adquirir méritos a mis propios ojos y a los ojos de ella. Y he aquí en lo que ha terminado todo. Hemos recorrido, usted y yo, los garitos, hemos jugado al bacará; no me he contenido delante de la herencia, no he visto más que la alegría en mi camino, toda esa gente, ese fausto... He atormentado a Lisa. ¡Oh, qué vergüenza! —se pasó la mano por la frente y anduvo por la habitación—. Lo que nos sucede a nosotros, a usted y a mí, Arcadio Makarovitch, es el destino corriente de los rusos: usted no sabe qué hacer y yo no sé qué hacer. Desde que un ruso se sale, por poco que sea, del carril trazado oficialmente para él por la costumbre, he aquí que ya no sabe qué hacer. Dentro del carril, todo es claro: la renta, el rango, la situación en el mundo, el tren de vida, las visitas, el cargo, la mujer. A la menor desviación, ¿qué queda de mí? Una hoja llevada por el viento. Ya no sé qué hacer. Estos dos últimos meses he tratado de mantenerme dentro del carril, he querido amar mi carril, me he hundido dentro de mi carril. Usted no sabe todavía la profundidad de mi nueva caída: ¡quería a Lisa, la quería sinceramente y al mismo tiempo soñaba con Akhmakova!

—¿Es posible? —exclamé con dolor—. A propósito, príncipe, ¿qué es lo que usted me decía ayer de Versilov, sobre que lo estaba incitando a no sé qué infamia contra Caralina Nicolaievna?

—Quizás he exagerado. Quizá soy tan culpable hacia él, como hacia usted mismo, por culpa de mi susceptibilidad. Dejemos eso. Pues bien, ¿quiere usted figurarse que durante todo este tiempo, tal vez desde Luga, no he acariciado ningún ideal elevado de vida? Se lo juro, ese ideal no me ha abandonado jamás, estaba delante de mí constantemente, sin perder en mi alma nada de su belleza. Me acordaba del juramento prestado ante Isabel Makarovna de que me regeneraría. Andrés Petrovitch, al hablarme aquí de nobleza, ayer mismo, no me dijo nada nuevo, puede usted estar seguro. Mí ideal está sólidamente asentado: varias decenas de hectáreas ¡solamente varias decenas, puesto que, por decirlo así, no me queda más de mi herencia); luego una ruptura completa, absolutamente completa, con el mundo y con la carrera; una vivienda rústica, mi familia, yo mismo labrador o algo por el estilo. ¡Oh!, en nuestra familia eso no es

ninguna novedad: el hermano de mi padre empujaba el arado, mi abuelo también. Somos príncipes desde hace mil años y nobles como los Rohan, pero somos pobres. Y he aquí to que enseñaré a mis hijos: «Acuérdate toda tu vida de que eres noble, de que la sangre sagrada de los príncipes rusos corre por tus venas, pero no te avergüences de que tu padre haya empujado el arado: o ha hecho como tal príncipe.» No les dejaré otra fortuna que ese trozo de tierra, pero en compensación les daré una instrucción superior, eso será para mí un deber. Lisa me ayudará a eso. Lisa, hijos, el trabajo, ¡oh!, cómo he mos soñado con todo eso, ella y yo, aquí mismo, en este apartamienío. Pues bien, al mismo tiempo yo pensaba en Akhmakova; sin querer lo más mínimo a dicha persona, pensaba en la posibilidad de un casamiento mundano y rico. Y solamente después de la noticia, traída ayer por Nachtchokine, de ese Bioring, resolví dirigirme a casa de Ana Andreievna.

—¡Pero usted fue a11í para renunciar! Ése es un paso leal, creo.

—¿Cree usted? —se plantó delante de mí—. No, usted no conoce todavía mi manera de ser. O bien... o bien hay algo que ni siquiera yo mismo conozco: porque no debe tratarse sólo exclusivamente de una cosa de la naturaleza. Yo le quiero a usted sinceramente, Arcadio Makarovitch, y además soy un gran culpable por haberle mirado con desconfianza durante estos dos meses y por eso deseo que usted, como hermano de Lisa, lo sepa todo: fui a casa de Ana Andreievna para pedirle la mano y no para renunciar.

—¿Es posible? Pero Lisa decía...

—Engañé a Lisa.

—Permítame: ¿hizo usted una petición en regla y Ana Andreievna lo rechazó? ¿Sí? ¿Es eso? Los detalles son muy importantes para mí, príncipe.

—No, no hice petición en absoluto, pero únicamente por que no tuve tiempo para eso. Fue ella la que me previno, no con las palabras adecuadas, evidentemente, pero, en términos claros y bastante comprensibles, me dio a entender «delicadamente» que esa idea era ya imposible.

—Entonces, es como si no hubiera usted hecho petición alguna, y su orgullo no ha recibido ninguna ofensa.

—¿Es posible que razone usted así? ¿Y el juicio de mi propia conciencia, y Lisa, a la que he engañado, a la que, por consiguiente, he querido abandonar? ¿Y la palabra que me había dado a mí mismo y a todo el linaje de mis antepasados, de regenerarme, de borrar mis infamias pasadas? Se lo suplico, no hable usted de eso. Es quizá la única cosa que no podré perdonarme nunca. Desde ayer estoy enfermo por eso. Y sobre todo, me parece que ahora todo se ha acabado y que el último de los príncipes Sokolski va a marcharse a prisión. ¡Pobre Lisa! Le esperaba a usted con impaciencia, Arcadio Makarovitch, para descubrirle, en calidad de hermano de Lisa, lo que ella no sabe todavía. Soy un criminal de derecho común y participo en la fabricación de falsas acciones de una compañía de ferrocarriles.

—¡Qué me dice! ¿Cómo, a prisión?

Me levanté de un salto y me quedé mirándolo con espanto. Su rostro expresaba una profunda amargura, sombrío y sin brillo.

—Siéntese usted —dijo, y él mismo se sentó en un sillón frente a mí—. Por lo pronto sepa esto: hace ya más de un año, aquel mismo verano de Ems, de Lidia y de Catalina Nicolaievna y, a continuación, de París, precisamente en el momento en que iba a pasar dos meses en París, como es natural, me quedé sin dinero. Entonces se presentó Stebelkov, al que yo ya conocía. Me dio dinero y me prometió darme más, pero me pidió por su parte que lo ayudara: tenía necesidad de alguien, artista dibujante, grabador, litógrafo y todo lo demás... químico y técnico, todo eso para ciertos fines. Esos fines me los dejó adivinar desde el primer momento con bastante claridad. Pues bien, él sabía cómo era mi carácter; todo aquello me divirtió, sin darle más importancia. El caso era que yo había conocido, en los bancos de la escuela, a un individuo que es actualmente un emigrante ruso, por lo demás no ruso de nacimiento, y que habita en algún sitio de Hamburgo. En Rusia había estado ya metido en un 1ío de papeles falsos. Stebelkov contaba con aquel individuo, pero tenía necesidad de una recomendación para él y se dirigió a mí. Yo le di dos líneas escritas de mi puño y letra y no pensé más en aquello. Más tarde me vio todavía algunas veces, y recibí de el en total unos tres mil rublos aproximadamente. Literalmente llegué. a olvidarme de todo aquel asunto. Aquí. en Petersburgo, yo le pedía prestado dándole prendas o pagarés y él se inclinaba ante mí como un esclavo. Pero de pronto me entero por él, ayer, por primera vez, de que soy un criminal de derecho común.

—¿Cuándo fue eso, ayer?

—Ayer, en el momento en que gritábamos él y yo en mi despacho, poco antes de la llegada de Nachtchokine. Por primera vez y en términos muy claros, se atrevió a hablarme de Ana Andreievna. Levanté la mano para pegarle, pero de repente se puso en pie y me manifestó que yo era solidario de él y que debía acordarme de que era su cómplice, que era un canalla como él. En una palabra, si no fueron éstas sus expresiones, por lo menos sí el sentido.

—¡Pero eso es una estupidez! ¿Se trata de un sueño?

—No; no es un sueño. Hoy ha venido nuevamente a mi casa y se ha explicado con más detalle. Esas acciones están en circulación desde hace mucho tiempo y otras se pondrán en circulación en seguida. Parece que aquí y a11á está empezando a reve larse el engaño. Naturalmente, yo no tengo nada que ver con eso, pero Stebelkov me dijo que en otros tiempos bien me digné darle aquella cartita.

—Pero usted no sabía para qué. ¿O quizá lo sabía?

—Lo sabia —respondió el principe en voz baja, bajando los ojos también—. O más bien, mire, yo sabía sin saber. Reía, la cosa me parecía divertida. De momento no pensé en nada, tanto más cuanto que no tenía necesidad ninguna de acciones falsas y no estaba dispuesto en lo más mínimo a fabricarlas. A pesar de todo, esos tres mil rublos que me dio entonces, no los apuntó en mi cuenta, y se lo toleré: Y además, quién sabe, quizá yo también haya sido un falsificador. No era posible no saberlo; yo no era un niño; yo lo sabía, únicamente que aque llo

me hacía gracia, y he ayudado a unos criminales, los he ayudado por dinero. Por tanto, también yo soy un falsificador.

—¡Oh, usted exagera! Es usted culpable, pero exagera.

—Lo más grave es que en todo esto está metido un tal Jibelski, un hombre joven todavía, que pertenece a la carrera judicial y es algo así como secretario de un abogado fullero. También él ha participado en este asunto de las acciones y además ha venido varias veces a buscarme de parte de ese señor de Hamburgo, para tonterías, naturalmente, ni yo mismo sabía para qué, y no se trataba nunca de las acciones... Sólo que ha conservado consigo dos documentos escritos de mi puño y letra, siempre cartitas de dos líneas, y también esos papeles pueden servir de testimonio; hoy lo he comprendido muy bien. Stebelkov dice que este Jibelski es un tipo engorroso: ha robado no sé qué, el dinero de no sé dónde, de Hacienda, creo, y tiene la intención de robar más y de emigrar en seguida. Pues bien, le hacen falta, por lo menos, ocho mil rublos, para gastos de viaje. Mi parte de herencia es suficiente para satisfacer a Stebelkov, pero Stebelkov dice que hay que contentar también a Jibelski... En una palabra, que renuncie a mi parte de la herencia y que además les entregue diez mil rublos; ésa es la última palabra. Con esa condición me devolverán mis cartas. Están en convivencia, eso es evidente.

—¡Qué absurdo! Pero, si le denuncian a usted, éllos mismos se entregarán. Seguro que no harán nada.

—Ya lo comprendo. Por lo demás, no es que amenacen con denunciarme; únicamente dicen: «No vamos a denunciarle, pero si el asunto se descubre... » Eso es lo que dicen; es todo, y me parece que es bastante. Mas no es de eso de lo que se trata: pase lo que pase, a incluso si yo tuviese ya esas cartas en mi bolsillo... ¡pero ser solidario de esos sinvergüenzas, ser su camarada eternamentte, eternamente! ¡Mentirle a Rusia, mentir a los niños, mentir a Lisa, a mi propia conciencia. . . !

—¿Lo sabe Lisa?

—No, ella no lo sabe todo. En su posición, no sobreviviría al disgusto. Yo llevo ahora el uniforme de mi regimiento, y cada vez que me cruzo con un soldado del mismo, cada segundo, tengo la sensación de que soy indigno de llevarlo.

—Escuche —exclamé de repente—. No hace falta pronunciar largos discursos. No tiene usted más que un único camino de salvación. Vaya a buscar al príncipe Nicolás Ivanovitch, pídale diez mil rublos, sin contarle nada, y llame en seguida a esos dos bribones y arregle definitivamente sus cuentas y rescate sus cartas. Y todo se acabó. Todo se acabó, y a trabajar. Se acabaron las fantasías, ¡confíe usted en la vida!

—Había pensado en eso —dijo firmemente—. Todo el día de hoy he reflexionado y por fin me he decidido. No esperaba más que a usted. Iré. Mire, nunca en la vida le he pedido un solo copec al príncipe Nicolás Ivanovitch. Es bueno para nuestra familia a incluso nos ha testimoniado un interés afectuoso, pero personaimente nunca le he pedido dinero. Ahora estoy decidido. Fíjese bien que nuestra rama es más antigua que la del príncipe Nicolás Ivanovitch: la

de ellos es la rama menor, incluso colateral, casi discutida... Nuestros antepasados eran enemigos. Al principio de la reforma de Pedro el Grande, mi tatarabuelo, Pedro él también, era y siguió siendo Raskolnik y anduvo errante por los bosques de Kostroma. Ese príncipe Pedro se casó en segunda nupcias, él también, con una mujer que no era noble; entonces fue cuando se pasarón por delante estos otros Sokolski; pero... ¿de qué estaba yo hablando?

Se le veía abatido y como cansado de hablar.

—Cálmese —dije levantándome y cogiendo mi sombrero—; ante todo, váyase a acostar. En cuanto al príncipe Nicolás Ivanovitch, desde luego no se negará, sobre todo ahora que está tan contento. ¿Se ha enterado usted de la noticia? ¿No? ¡No es posible! Me he enterado de una cosa absurda: se casa. Es un secreto, pero no para usted, naturalmente.

Y se lo conté todo, ya de pie, con el sombrero en la mano. Él no sabía nada. Rápidamente preguntó detalles, sobre todo en cuanto a la fecha, al lugar y al grado de verosimilitud. Naturalmente no le oculté que aquello había sucedido, por lo que se decía, inmediatamente después de su visita de la víspera a Ana Andreievna. Yo no sabría reflejar la impresión penosa que le produjo esa noticia; su rosotro se deformó, apareció como surcado de arrugas, una sonrisa torva tendió convulsiva mente sus labios; acabó por palidecer y hundirse en una meditación profunda, bajando los ojos. Yo veía con demasiada claridad que su amor propio había quedado espantosamente he rido por la negativa de Ana Andreievna. Quizás, en su estado enfermizo, se representaba demasiado vivamente en aquellos instantes el papel ridículo y grotesco que había desempeñado la víspera delante de aquella muchacha cuyo consentimiento esperaba con tanta seguridad, como ahora se veía bien claro. En fin, tal vez era el pensamiento de la infamia que había cometido respecto a Lisa, una infamia sin consecuencias. Es curioso ver lo que los hombres de mundo piensan los unos de los otros y a título de qué pueden respetarse mutuamente; aquel príncipe podía sin embargo suponer que Ana Andreievna estaba ya enterada de sus relaciones con Lisa, con su propia hermana al fin y al cabo, y que, si no estaba enterada, se enteraría seguramente algún día; pues bien, a pesar de eso, él «no tenía dudas sobre su decisión».

—¿Cómo ha podido usted creer entonces —dijo clavando bruscamente en mí unos ojos fieros a insolentes— que yo sería capaz, yo, de ir ahora, después de semejante noticia, a pedirle dinero al príncipe Nicolás Ivanovitch? ¡Él, el novio de la mujer que acaba de negarme su mano! ¡Pero eso sería un acto de mendicidad, de servilismo! ¡No, ahora todo está perdido y, si la ayuda de ese viejo era mi última esperanza, dejemos que esa esperanza muera también!

En el fondo de mí mismo yo estaba de acuerdo con él; pero sin embargo era preciso considerar las cosas con mayor amplitud de miras: «¿era el anciano príncipe un hombre, un novio?» Varias ideas se agitaban en mi cerebro. Yo había resuelto ya que iría al día siguiente a hacerle una visita. Mientras tanto, me esforcé en suavizar la impresión producida y en enviar al pobre príncipe a la cama.

—Pasará usted una buena noche, y cuando se levante tendrá las ideas más claras, ya verá.

Me estrechó calurosamente la mano, pero sin besarme. Le di palabra de que vendría a verlo al día siguiente por la noche,

—Hablaremos, hablaremos: habrá muchas cosas de que hablar.

Al oír esas palabras, sonrió con una sonrisa fatal.

Capítulo viii

I

Toda aquella noche me la pasé soñando con la ruleta, con el juego, con el oro, con los arreglos de cuentas. Calculaba, como frente a una mesa de juego, las posturas y las oportunidades, y durante toda la noche aquello fue como una especie de pesadilla abrumadora. Diré la verdad: en todo el día anterior, a pesar de mis impresiones extraordinarias, no podía menos que acordarme una y otra vez de mis ganancias en casa de Zerchtchikov. Expulsaba la idea, pero no podía rechazar la impresión, y me estremecía a cada recuerdo. Aquella ganancia me había mordido en el corazón. ¿Habría -nacido yo jugador? Por lo menos, sí era probable que tuviese las cualidades ser jugador. Incluso hoy día, al escribir estas líneas, me gusta a veces pensar en el juego. Me sucede en ocasiones pasarme horas enteras, en silencio, haciendo cálculos de juego y viéndome en sueños apostando y ganando *(101)*. Sí, tengo «cualidades» muy diversas, y mi alma no está tranquila.

Tenía el proyecto de ir a las diez a casa de Stebelkov, a pie. Despedí a Matvei en cuanto se presentó. Mientras me bebía mi café, trataba de examinar las cosas. Estaba contento; al entrar por un instante en mí mismo, adiviné que estaba contento sobre todo porque «hoy estaría en casa del príncipe Nicolás lvanovitch». Pero aquella jornada de mi vida fue fatal a inesperada y principió con una sorpresa.

A las diez en punto, mi puerta se abrió de par en par y vi entrar toda sofocada a Tatiana Pavlovna. Yo podía esperarlo todo, excepto su visita, y me puse en pie de un salto, muerto de miedo. Traía un rostro feroz y sus gestos eran desordena. dos. Si yo le hubiese hecho alguna pregunta, quizá no habría podido contestarme para qué había entrado en mi casa. Debo advertirlo con anticipación: acababa de recibir una noticia extraordinaria, abrumadora, y se hallaba todavía bajo el efecto de la primera impresión. Ahora bien, la noticia también me afectaba a mí. Por lo demás, no pasó en mi casa más que medio minuto, un minuto si ustedes quieren, pero no más con seguridad. Y se me echó encima:

—¡Vaya, estás aquí! —se plantó delante de mí, toda inclinada hacia delante—. ¡Estás aquí, sinvergüenza! ¿Qué es lo que has hecho? ¿Cómo, no sabes? ¡Bebe su café! ¡Ah!, pe queño charlatán, molinillo de palabras, amante de papel mascado...! ¡Pero habría que darte con el látigo, con el látigo, con el látigo!

—Tatiana Pavlóvna, ¿qué ha pasado? ¿Qué ha sucedido? ¿Mamá... ?

—¡Ya lo sabrás! —amenazó ella, quitándose de en medio.

Desapareció. Naturalmente me lancé en su persecución, pero una idea me detuvo, o más bien no una idea, sino una vaga inquietud: percibía que en sus gritos «el amante de papel» había sido la frase esencial. Sin duda yo no habria podido adivinar nada por mí mismo, pero salí rápidamente, para acabar cuanto antes con Stebelkov a ir en seguida a casa del príncipe Nicolás Ivanovirch. « ¡A11í es donde está la clave de todo! », pensaba yo instintivamente.

Cosa asombrosa: Stebelkov sabía ya toda la historia de Ana Andreievna a incluso con sus menores detalles; no refiero su conversación y sus gestos, pero estaba encantado, loco de entusiasmo, delante del «valor artístico de esta hazaña».

—¡He ahí una verdadera personalidad! ¡Ella sí que es grande! —exclamaba—. No, no es como nosotros; nosotros nos quedamos aquí tranquilos, pero ella ha tenido ganas de beber el agua en su verdadera fuente, y la ha bebido. ¡Es... es una estatua antigua de Minerva, pero que anda y que lleva vestidos modernos!

Le rogué que se atuviese a los hechos; los hechos, como yo había adivinado perfectamente, consistían en que yo debía persuadir y convencer al príncipe para que fuera a pedir un socorro definitivo al príncipe Nicolás Ivanovitch.

—De lo contrario, la cosa puede ponerse muy mal, pero que muy mal para él, y no por mi culpa. ¿Es verdad o no?

Me miraba a los ojos, pero sin duda no suponía ni remotamente que yo supiese algo más que la víspera. No tenía por qué suponerlo y, naturalmente, yo no dejé adivinar ni con palabras ni con alusiones lo que sabía de la falsificación. Nuestra explicación no fue larga; casi inmediatamente me prometió dinero:

—Una buena suma, sépalo usted; lo único que tiene que hacer es que el príncipe vayá allí. Es urgente, muy urgente; todo consiste en eso: en que es terriblemente urgente.

No quise entrar en discusiones con él como en el día anterior, a hice intención de marcharme, diciéndole vagamente que lo intentaría. Pero de pronto me asombró de una manera indecible: me dirigía ya hacia la puerta cuando de improviso me rodeó tiernamente la cintura y empezó a decirme... las cosas más incomprensibles.

Desdeño los detalles y no recogeré todo el hilo de la conversación, para no cansar. Pero el sentido, helo aquí: me propuso que lo pusiera en relación con el señor Dergatchev, «puesto que usted frecuenta esa casa».

Inmediatamente agucé el oído, tratando con todas mis fuerzas de no traicionarme con gesto alguno. Respondí en se guida que yo no conocía a11í a nadie y que, si había estado, había sido exclusivamente una vez y por casualidad.

—Pero, si lo han admitido a usted una vez, puede ir una segunda vez, ¿no es verdad?

Le pregunté francamente, pero con mucha frialdad, que qué interés tenía. Y hasta hoy no consigo comprender cómo puede encontrarse tanta ingenuidad en ciertas personas que, por lo que se ve, no tienen pelo de tonto y son incluso « prácticas», como las definía Vassine. Me explicó con entera franqueza que, según sus sospechas, en casa de Dergatchev pasaba

«seguramente algo que estaba prohibido, severamente prohibido, que me bastaría estudiarlo para poder sacar de eso alguna ventaja». Y, sin dejar de sonreír, me hizo un guiño con el ojo izquierdo.

No respondí nada afirmativo, pero fingí reflexionar y prometí «pensar en aquello», después de lo cual me apresuré a irme. Las cosas se complicaban: vole a casa de Vassine y tuve la suerte de encontrármelo a11í.

—¡Ah, usted también!

Desde el mismo momento en que me vio, me acogió con esta frase enigmática. Sin prestarle atención, fui directamente al grano y le conté el asunto. Estaba visiblemente turbado, pero sin perder de ninguna forma su sangre fría. Me pidió que le contara todos los detalles.

—Es muy posible que usted no haya comprendido bien.

—No, he comprendido bien, el sentido estaba absolutamente claro.

—De todas formas, le estoy infinitamente agradecido —añadió él con sinceridad—. Sí, verdaderamente, si todo ha sucedido así, es que él suponía que usted no podría resistir ante cierta suma.

—Y además conocía bien mi situación; yo no hacía más que jugar, me portaba mal, Vassine.

—Lo he oído decir.

—Lo más extraño para mí es que él sabe que usted también frecuenta esa casa —me arriesgué a decir.

—Él sabe perfectamente —respondió Vassine con toda sencillez— que no tengo nada que ver con eso. Todos esos jóvenes son sobre todo charlatanes, nada más; usted se acordará por cierto mejor que nadie.

Me pareció que tenía en cuanto a mí algo de desconfianza.

—De todas formas, le estoy infinitamente agradecido.

—He oído decir que los asuntos del señor Stebelkov no iban muy bien ahora —dije intentando sonsacarle—, al menos he oído hablar de ciertas acciones.

—¿Y de que acciones ha oído usted hablar?

Yo había mencionado a propósito las «acciones», pero de ninguna forma para contarle el secreto del príncipe. Quería solamente hacer una alusión y juzgar por su rostro, por sus ojos, si él sabía alguna cosa. Alcancé mi objetivo: en un movimiento inapreciable a instantáneo de su rostro, adiviné que tal vez sabía alguna cosa. No respondí a su pregunta de «¿qué acciones?» y me callé; en cuanto a él, cosa extraña, no insistió.

—¿Cómo está Isabel Makarovna? —preguntó con ínterés.

—Está bien. Mi hermana siempre ha sentido respeto por usted...

La alegría brilló en sus ojos: yo había adivinado desde hacía mucho tiempo que él no miraba a Lisa con indiferencia.

—He recibido estos últimos días la visita del príncipe Sergio Petrovitch —me confió bruscamente.

—¿Cuándo? —exclamé.

—Hace exactamente cuatro días.

—¿Ayer, no?

—No, no ayer —me lanzó una mirada interrogadora—. Después le hablaré quizá con más detalle de esta visita, pero de momento creo necesario prevenirle — dijo Vassine misteriosamente —que me ha parecido encontrarse en un estado anormal, de alma... y hasta de espíritu. Y además, he tenido también otra visita— sonrió de pronto —ahora mismo, un poco antes que la de usted, y me he visto obligado a deducir también un estado de ninguna forma normal del visitante.

—El príncipe estaba aquí ahora mismo.

—No, no el príncipe, no hablo del príncipe ahora. He tenido aquí hace un rato a Andrés Pretrovitch Versilov y... ¿no sabe usted nada? ¿No le ha pasado a él nada?

—Puede ser que le haya sucedido alguna cosa tal vez, pero, ¿qué le ha pasado aquí, en casa de usted? —pregunté precipitadamente.

—Yo debía evidentemente guardar el secreto... he aquí una extraña conversación entre nosotros: siempre secretos —sonrió de nuevo—. Por cierto que Andrés Petrovitch no me ha exigido guardar el secreto. Además usted es su hijo y, sabiendo cuáles son sus sentimientos hacia él, me parece que yo haría bien previniéndole en esta ocasión. Figúrese que ha venido a plantearme la siguiente pregunta: « Si por casualidad uno de estos días, muy próximamente, me viera obligado a batirme en duelo, ¿consentiría usted en ser mi testigo?» Naturalmente, me he negado en redondo.

Yo estaba infinitamente asombrado; esta noticia era la más inquietante de todas; había sucedido algo, se había producido necesariamente cualquier acontecimiento que yo no sabía aún. Me acordé de pronto de que Versilov me había dicho la víspera: «No soy yo quien irá a tu casa, eres tú quien correrá a la mía.» Volé a casa del príncipe Nicolás Ivanovitch, presintiendo otra vez anticipadamente que allí estaba la clave del enigma. Vassine, al despedirme, me dio las gracias una vez más.

II

El anciano príncipe estaba sentado delante de su chimenea, las piernas envueltas en una manta. Me acogió con una mirada ligeramentc interrogadora, como sorprendido por mi visita; y sin embargo, casi a diario, me invitaba a visitarlo. Además me saludó amablemente, pero respondió a mis primeras preguntas con una especie de desdén y con aire horriblemente distraído. A cada instante parecía reflexionar y me examinaba fijamente, como si hubiera olvidado alguna cosa de la que se acordara ahora y que debía seguramente relacíonarse conmigo. Dije con franqueza que ya lo sabía todo y que estaba contento. Una afable sonrisa se mostró en seguida en sus labios. Se animó. Su prudencia y su desconfianza habían desaparecido; parecía haberlas olvidado. Y seguramente las había olvidado.

—Mi querido amigo, yo sabía muy bien que tú serías el primero en venir y, ¿sabes?, ayer mismo me dije: «¿Quién va a alegrarse? Él», nadie más, seguro. Pero eso no importa. La gente tiene mala lengua... pero poco importa... Cher enjant, todo eso es tan elevado y tan delicioso... Pero tú la conoces muy bien, por tu parte. Por lo demás, Ana Andreievna tiene de ti la mejor opinión. El suyo es un rostro severo y encantador, un rostro de keepsake inglés. Es el más delicioso de los grabados ingleses... Hace dos años, yo tenía toda una colección de esos grabados... Siempre tuve esta intención, siempre; lo único que me asombra es que nunca se me haya ocurrido.

—Pero, por lo que recuerdo, usted siempre ha querido y distinguido a Ana Andreíevna.

—Amigo mío, nosotros no queremos perjudicar a nadie. Vivir con amigos, con parientes, con personas queridas, es el paraíso. Nosotros somos todos poetas... En una palabra, esto se sabe desde los tiempos prehistóricos. Mira, pasaremos el verano primeramente en Soden *(102)*, después en Bad —Gastein (1*(13)*. Pero ¡cuánto tiempo llevabas sin venir! ¿Dónde has estado? Te aguardaba. ¡Cuántos, cuantísimos acontecimientos desde entonces!, ¿no es verdad? Solamente que es una lástima que yo no esté tranquilo: en cuanto me quedo solo, me pongo inquieto. He aquí por qué no debo quedarme solo, ¿no es verdad? Está claro como el día. La comprendí desde sus primeras palabras, y... era como la más maravillosa de las poesías. Pero es que tú eres su hermano, casi su hermano, ¿no es así? ¡Querido mío, por algo yo te apreciaba tanto! Yo presentía todo esto, te lo juro. Le besé la mano y me eché a llorar.

Sacó su pañuelo, como si otra vez fuera a echarse a llorar. Estaba muy conmovido y creo que en uno de los «estados» más tristes en que yo hubiese podido verlo durante todo el tiempo que lo conocía. Por lo general, a incluso casi siempre, se le veía muchísimo más fresco y más valiente.

—Yo los perdonaré a todos, amigo mío —balbució a continuación—. Tengo ganas de perdonar a todo el mundo y hace ya muchísimo tiempo que no le tengo antipatía a nadie. El arte, la poésie dans la vie, el socorro a los desgraciados y ella, ¡la belleza bíblica! Quelle charmante personne, ¿eh? Les chants de Salomon... non, ce n'est pas Salomon... c'est David qui mettait une belle jeune dans son lit pour se chauffer dans se vieillesse *(104)*. Enfin, David, Salomon, todo eso me da vueltas en la cabeza, un verdadero torbellino. Toda cosa, cher enfant, puede ser a la vez majestuosa y ridícula. Cette jeune belle de la vieillesse de David, c'est tout un poème, mientras que Paul de Kock no tiene ni gusto ni mesura, aunque tenga talento... *(105)*. Catalina Nicolaievna sonrió... Le he dicho que no la molestaríamos. Nosotros hemos empezado nuestra novela, que se nos permita terminarla. Es un sueño, si ustedes quieren, pero que no se nos quite nuestro sueño.

—¿Qué es eso de un sueño, príncipe?

—¿Un sueño? ¿Que qué es eso de un sueño? Todo lo que se quiera de sueño, pero que se nos deje morir con eso.

—¡Oh, príncipe!, ¿por qué morir? ¡Lo que hace falta ahora es vivir!

—¿Y qué era lo que yo decía entonces? Creo que no estoy diciendo otra cosa. No sé verdaderamente por qué la vida es tan corta. Seguramente para que no se aburra uno, porque la vida también es una obra de arte del Creador, bajo la forma definitiva a impecable de una poesía de Pushkin. La brevedad es la primera condición del arte. Pero a los que no se aburren, se les debía permitir que viviesen más tiempo.

—Dígame, prínc¡pe, ¿se ha hecho ya pública la noticia?

—No, querido mío, en absoluto. Sólo nos hemos puesto de acuerdo entre nosotros. En familia, en familia, nada más que en familia. De momento. No me he confiado abiertamente más que a Catalina Nicolaievna, porque me considero culpable delante de ella. Y es que Catalina Nicolaievna es un angel, un verdadero ángel.

—¡Sí, sí!

—¿Sí? ¿Tú también dices sí? ¡Y yo que te creía su enemigo! ¡Ah!, a propósito, ella me ha pedido que no te reciba más. Figúrate que, cuando has entrado, se me ha olvidado de pronto.

—¿Qué dice usted? —exclamé, poniéndome en pie de un salto—. ¿Y por qué?, ¿cuándo?

(Mi presentimiento no me había engañado: era algo por ese estilo lo que yo me esperaba después de la visita de Tatiana.)

—Ayer, amigo mío, ayer. No comprendo siquiera cómo has podido entrar, porque se han tomado todas las medidas necesarias. ¿Cómo has logrado entrar?

—De la manera más simple.

—Es lo más probable. Si hubieses intentado entrar astuta mente, te habrían detenido con toda seguridad, pero como has entrado con toda sencillez, te han dejado pasar. La simplicidad, mon cher, es en definitiva la mejor de las astucias.

—No comprendo nada. Entonces, ¿usted ha decidido, us ted también, no recibirme más?

—No, amigo mío, he dicho que eso no era asunto mío... Es decir, he dado mi pleno consentimiento. Y, puedes estar bien convencido, mi querido niño, te quiero enormemente. Pero Catalina Nicolaievna lo ha exigido con demasiada insistencia... ¡Ah!, ¡hela aquí!

En aquel instante apareció en el umbral Catalina Nico laievna. Estaba vestida como para salir y, como siempre, antes venía a darle un beso a su padre. Al verme, se detuvo, se turbó, volvió la espalda y salió.

—Voilà! —exclamó el prínc ipe, estupefacto y terriblemente impresionádo.

—¡Es una equivocación! —exclamé—. ¡Un momento solamente... yo... vuelvo en seguida, príncipe!

Y me eché a correr detrás de Catalina Nicolaievna.

Todo lo que sucedió a continuación pasó con tanta rapidez, que, lejos de poder reflexionar, ni siquiera pude preparar lo más mínimo mi conducta. ¡Si yo hubiese podido prepararme, desde luego me habría comportado de una manera muy distinta! Pero estaba trastornado como un niño. Me precipité hacia sus habitaciones, pero un criado me dijo que Catalina Nicolaievna había salido hacía un instante y que se dirigía a su coche. Me lancé, con la cabeza gacha, por la

gran escalera. Catalina Nicolaievna bajaba, embutida en una pelliza, y a su lado caminaba, o, por decir mejor, la conducía, un oficial alto y bien formado, en uniforme, sin capote, con el sable a un costado; un criado llevaba su capote detrás. Era el barón, coronel, de treinta y cinco años, el tipo de oficial elegante, seco, de rostro un poco demasiado ovalado, los bigotes rojizos, a incluso las pestañas. Su rostro no tenía nada de belleza, pero poseía una expresión descarada y provocativa. Lo describo a toda prisa, tal como lo vi en aquel momento. Hasta entonces, nunca me había encontrado con él. Corrí en seguimiento de la pareja, sin sombrero y sin pelliza. Catalina Nicolaievna fue la primera que se dio cuenta de mi presencia y le susurró algo al oído a su acompañante. Él volvió la cabeza, e inmediatamente les hizo una señal al criado y al portero. El criado dio un paso hacia mí, delante de la puerta, pero lo rechacé con la mano y, siguiéndolos, llegué hasta la escalinata. Bioring ayudaba a Catalina Nicolaievna a sentarse en el coche.

—¡Catalina Nicolaievna! ¡Catalina Nicolaievna! —exclamé estúpidamente *(¡como un imbécil!, ¡como un imbécil! ¡Oh!, me acuerdo de tedo. ¡Estaba sin sombrero!).*

Bioring, furioso, se volvió una vez más y le gritó en voz alta al criado una o dos palabras que no comprendí. Sentí que me agarraban por el codo. En aquel instante el coche arrancó; lancé un grito y corrí detrás. Catalina Nícolaievna, yo lo veía, miraba por la ventanilla del coche y parecía hallarse en un estado de gran inquietud. Pero en mi gesto rápido, en el momento en que me lanzaba, choqué fuertemente, sin proponérmelo en lo más mínimo, con Bioring, y creo que le pisé un pie. Lanzó una exclamación, rechinó los dientes y, cogiéndome por el hombro con una mano vigorosa, me rechazó con tanta rabia, que retrocedí tres pasos largos. En aquel momento le alargaron su capote, se lo echó por encima, subió a su trineo y desde a11í lanzó todavía un grito de amenaza señalándome a los criados y al portero. Me agarraron y me tuvieron sujeto: un criado me tiró mi pelliza, otro me alargó mi sombrero, y no me acuerdo ya de lo que me dijeron: hablaban y yo estaba allí escuchándolos sin comprender nada. Pero de repente los dejé plantados y me escapé.

Sin distinguir nada, tropezando con los transeúntes, corriendo siempre, llegué por fin a casa de Tatiana Pavlovna, sin que ni siquiera se me hubiese ocurrido coger un coche de punto por el camino. ¡Bioring me había empujado delante de ella! Sin duda, yo le había dado un pisotón y él me había rechazado instintivamente, como hombre al que le han aplastado un callo *(quizás, en realidad, yo le había aplastado un callo).* Péro e!la lo había presenciado, y había visto que los criados me agarraban, ¡todo eso delante de ella, en su presencia! Cuando irrumpí en casa de Tatiana Pavlovna, al príncipio no pude decir una sola palabra, mi mandíbula inferior estaba como sacudida por la fiebre. En realidad tenía fiebre, y además lloraba... ¡Me sentía tan terriblemente ofendido!

—¡Vaya! ¿Qué pasa ahora? ¿Te han puesto de patitas en la calle? ¡Muy bien hecho! ¡Muy bien hecho! —dijo Tatiana Pavlovna.

Sin decir nada me dejé caer sobre el diván y me quedé mirándola.

—Pero, ¿qué le pasará a este tonto? —dijo ella, mirándome fijamente—. ¡Toma, coge este vaso, traga un poco de agua, bebe! Y cuéntame qué nueva tontería has hecho.

Balbucí que me habían dado con la puerta en las narices y que Bioring me había pegado un empujón en la calle.

—¿Eres capaz de comprender algo, sí o no? ¡Pues bien, lee, deléitate!

Y, depués de tomar de encima de la mesa una carta, mé la tendió, y se plantó delante de mí. Reconocí inmediatamente la letra de Versilov; no había más que unas cuantas líneas: era una cartita a Catalina Nicolaievna. Me estremecí; instantáneamente la capacidad de comprender me volvió con todo su vigor. He aquí el contenido de ese billete terrible, escandaloso, absurdo, criminal, palabra por palabra:

A la señora Catalina Nicolaievna.

Señora:

Por perversa que usted sea por naturalexa y por estudio, pensaba sin embargo que sería dueña de sus pasiones y que, por to menos, no intentaría nada contra niños. Pero ni siquiera eso la ha espantado. Le informo que el documento que usted sabe no ha sido desde luego quemado sobre una bujía y nunca estuvo en poder de Kraft, por lo que, en ese aspecto, nada tiene usted que ganar. Por tanto no corrompa inútilmente a un muchacho. Déjelo tranquilo, es todavía menor de edad, casi un niño, y no ha alcanzado su completo desarrollo intelectual y físico: ¿de qué puede servirle a usted? Me intereso por él, y por eso me arriesgo a escribirle esta carta, aunque no espero ningún resultado satisfactorio. Tengo el honor de advertirle que envío copia de esta carta al barón Bioring.

A. versilov

✦

Mientras leía me puce palidísimo, luego estallé de pronto y mis labios temblaron de indignación.

—¡Se trata de mí! ¡Es a propósito de lo que le conté anteayer! —exclamé furioso.

—¡Precisamente lo que le contaste!

Y Tatiana me arrancó la carta.

—Pero... no es, no es de ninguna manera lo que yo le dije. ¡Oh, Dios mío!, ¿qué pensará de mí ella ahora? ¡Pero está loco! Es un loco... Lo vi ayer. ¿Cuándo ha sido enviada la carta?

—En el día de ayer; llegó por la noche, y hoy mismo me la ha traído ella en persona.

—¡Pero yo lo vi ayer, está loco! ¡Versilov no ha podido escribir eso, es la obra de un loco! ¿Quién puede escribirle así a una mujer?

—Precisamente los locos furiosos de su estilo, cuando los celos y la cólera los ponen sordos y ciegos y la sangre se les cambia en sus venas en vitriolo... ¡Y tú no sabías todavía la clase de personaje que es! Ahora, que lo van a arreglar por esto. Lo van a dejar hecho papilla. Él mismo pope la cabeza en el tajo. Mejor habría hecho yéndose una noche a la línea férrea de Nicolás y poniendo la cabeza sobre los raíles. Se la habrían cortado con más limpieza si tan pesada la encuentra de llevar. ¿Y qué lo impulsó a hablarle? ¿Qué necesidad tenías de darle rabia? ¿Es que quisiste pavonearte?

—¡Pero qué odio! ¡Qué odio! —me golpeaba la cabeza con la mano—. ¿Y por qué, por qué? ¡Contra una mujer! ¿Qué le ha hecho ella? ¿Qué relaciones ha habido entre ellos, para escribir cartas semejantes?

—¡El odio! —repitió Tatiana Pavlovna, remedándome con una ironía furiosa.

La sangre me subió de nuevo al rostro: me pareció súbitamente comprender alguna cosa por completo nueva; la miré con aire interrogador, con todas mis fuerzas.

—¡Vete de aquí! ! —gritó ella con voz agria, volviéndome la espalda después de amenazarme con la mano—. ¡Bastante jaleo he tenido ya con todos vosotros! ¡Ahora se acabó! Por mi pane podéis reventar todos... La única que me da lástima es tu madre...

Naturalmente corrí a casa de Versilov. Pero, ¡qué perfidia, qué perfidia!

IV

Versilov no estaba solo. Lo diré con anticipación: después de haber enviado la víspera esa carta a Catalina Nicolaievna y remitido en efecto una copia *(Dios sabe para qué)* al barón Bioring, debía naturalmente aguardar en el curso de la jornada ciertas «consecuencias» del

paso que había dado, y por consiguiente había tornado ciertas medidas: desde por la mañana había hecho que se trasladaran a la parte de arriba, al «ataúd», mamá y Lisa *(quien, como supe en seguida, al volver por la mañana, había caído enferma y estaba en cama)*, mientras que las habitaciones, y sobre todo nuestro «salón», habían sido cuidadosamente barridos y arreglados. Y en efecto, a las dos de la tarde se presentó un barón R., militar, coronel, un señor de unos cuarenta años, de origen alemán, alto, seco y con el aspecto de ser muy fuerte físicamente, pelirrojo él también, como Bioring, solamente que un poco calvo. Era uno de esos barones R. que abundan tanto en el ejército ruso, todos muy puntillosos en cuestiones de honor, sin fortuna de ninguna clase, viviendo de su sueldo, grandes militares y grandes batalladores. Yo no había asistido al comienzo de la conversación; los dos estaban muy animados, y, ¿cómo iba a ser de otra manera? Versilov estaba sobre el diván delante de la mesa, el barón en una butaca a11í al lado. Versilov estaba pálido, pero hablaba con mesura y pesando sus palabras; el barón elevaba la voz y parecía inclinarse a los gestos bruscos, pero se contenía; tenía una mirada severa, altiva a incluso desdeñosa, aunque no sin cierto asombro. Al verme, frunció las cejas, pero Versilov casi se alegró al darse cuenta de mi presencia:

—Buenos días, querido mío. Barón, he aquí justamente al jovencito del que se habla en la carta. Créame, lejos de mo lestarnos, puede hasta sernos útil. —El barón me miró con desprecio —. Querido mío —agregó Versilov—, me alegro de que hayas venido. Quédate en un rincón, te lo ruego, y espera que hayamos acabado. Esté usted tranquilo, barón, se quedará en su rincón...

Aquello me resultaba indiferente, puesto que me sentía decidido a todo, y además estaba asombrado; me senté sin decir palabra y lo antes posible en el rincón y permanecí a11í sin moverme y sin parpadear hasta el fin de la explicación.

—Se lo repito una vez más, barón —dijo Versilov, recalcando fuertemente todas las palabras —, considero a Catalina Nicolaievna Akhmakova, a quien le he escrito esa carta indigna y repugnante, no solamente como la más noble de las criaturas, sino también como el colmo de todas las perfecciones.

—Semejante refutación de sus propias palabras, ya se lo he dicho, se parece demasiado a una confirmación de las mismas —rugió el barón—. Las expresiones que usted emplea son positivamente irrespetuosas.

—Y sin embargo lo más conveniente será que usted las tome en su sentido literal. Es que, mire usted, sufro ataques... y diversos desórdenes, incluso me veo obligado a cuidarme, y en uno de esos momentos me ha sucedido...

—Esas explicaciones no pueden admitirse. Lo repito una vez más que continúa usted obstinándose en su error. Tal vez desea equivocarse aposta. Ya le he advertido desde el principio que la cuestión referente a esa dama, es decir, su carta de usted a la generala Akhmakova, debe ser dejada a un ládo en la explicación actual; y usted no hace más que volver a la carga. El barón Bioring me ha rogado y encargado que ponga en claro únicamente lo que a él le concierne, es

decir, el insolente envío de esa copia y además el post —scriptum donde usted dice estar «dispuesto a responder a no importa quién y no importa cómo».

—Pero me parece que ese último punto está bien claro sin más amplias explicaciones.

—Lo comprendo, lo sé. Usted ni siquiera se excusa, usted continúa afirmando que está «dispuesto a responder a no importa quién y no importa cómo». Pero eso sería para usted salir muy bien librado. Por eso estimo que es mi derecho, visto el giro que usted quiere dar forzosamente a la explicación, expresarle mi parecer sin molestarme: he llegado a la conclusión de que el barón Bioring no debe de ninguna manera tener con usted un asunto... en un pie de igualdad.

—Esa solución es naturalmente de las más ventajosas para su amigo el barón Bioring y, lo confieso, no me asombra usted lo más mínimo: era una cosa que me esperaba.

Lo haré notar entre paréntesis: yo había comprendido desde las primeras palabras, en la primera ojeada, que Versilov buscaba un choque, provocaba y azuzaba a aquel barón irritable y tal vez sometía su paciencia a una prueba dema siado ruda. El barón estaba sobre ascuas.

—Sabía que podía usted ser ingenioso, pero el ingenio no es lo mismo que la inteligencia.

—¡Observación extraordinariamente profunda, coronel!

—No tengo necesidad de sus elogios —gritó el barón—, y no he venido aquí para hablar en el desierto. Haga el favor de escucharme: el barón Bioring, al recibir su carta, se ha visto en una extrema perplejidad porque aquello olía a le guas a manicomio. Y sin duda se habría podido encontrar inmediatamente medios para... calmarle a usted. Pero, por ciertas razones particulares, se le han guardado miramientos y se han tomado informes: se ha sabido que usted perteneció en tiempos a la buena sociedad y que sirvió en la Guardia, pero también se ha sabido que fue usted excluido de esa sociedad y que su reputación es más que dudosa. Sin embargo, a pesar de eso, me he trasladado aquí para hacerme cargo personalmente, y resulta que, por si fuera poco, se permite usted jugar con las palabras a incluso llega a confesar que está sujeto a ataques... ¡Basta! La situación del barón Bioring y su reputación no pueden comprometerse en este asunto. En una palabra, caballero, estoy encargado de manifestarle que si este acto o cualquier otro por el estilo se repite, se hallarán inmediatamente los medios para tranquilizarle, medios muy seguros y muy rápidos, se lo garantizo. ¡No vivimos en los bosques, sino en un Estado organizado!

—¿Está usted muy seguro, mi buen barón R.?

—¡Pardiez! —el barón se levantó repentinamente—, me tienta usted a probarle inmediatamente que no soy «su buen barón».

—Le prevengo una vez más —Versilov se levantó también— que mi mujer y mi hija no están lejos, por lo que le ruego que no hable tan alto, ya que sus gritos llegan hasta ellas.

—Su mujer... ¡Diablos...! Si me he quedado aquí para hablar con usted, ha sido únicamente con la intención de poner en claro este sucio asunto —continuó el barón, siempre enfadado y sin bajar la voz lo más mínimo—. ¡Basta! —gritó enfurecido—, no sólo está usted excluido de la

sociedad de la gente digna, sino que además es un loco, un verdadero loco, un chiflado, y así es como me lo habían descrito. No me rece usted indulgencia alguna y le declaro que hoy mismo se tomarán medidas y que se le llamará a un lugar donde sabrán hacerle entrar en razón... ¡y se le hará salir de la ciudad!

Abandonó la habitación rápidamente y a grandes zancadas. Versilov no lo acompañó. Seguía de pie, mirándome distraídamente y como sin darse cuenta de mi presencia; de repente, sonrió, agitó su cabellera y, después de coger su sombrero, se dirigió también hacia la puerta. Lo agarré por la mano.

—¡Ah!, es verdad, estabas ahí. ¿Has... escuchado?

Se detuvo delante de mí.

—¿Cómo ha podido usted obrar así? ¿Cómo ha podido deformar así las cosas, deshonrar... con tanta perfidia? —Me miraba fijamente, pero su sonrisa se alargaba más y más y se transformaba verdaderamente en risa—. ¡Pero es a mí a quien se ha deshonrado... delante de ella!, ¡delante de ella! He sido ultrajado ante sus ojos; y él... me ha dado un empellón —exclamé, fuera de mí.

—¿Es posible? ¡Ah! Mi pobre niño, qué lástima te tengo... ¡Te han... ul —tra— ja —do!

—¡Usted se ríe, usted se ríe de mí! ¡A usted le parece esto gracioso!

Liberó rápidamente su mano de la mía, cogió su sombrero, que había soltado para hablar conmigo, y riéndose, riéndose ahora con una risa verdadera, salió de la habitación. ¿Alcanzarlo? ¿Para qué? ¡Yo lo había comprendido todo, y todo lo había perdido en un instante! De repente, vi a mamá; había bajado y lanzaba una mirada tímida.

—¿Se ha ido?

La besé silenciosamente, y ella me besó con fuerza, con mucha fuerza, pegándose a mí.

—Querida mamá, ¿puede usted quedarse aquí? Vámonos todos inmediatamente, yo las protegeré, yo trabajaré para ustedes como un condenado, para usted y para Lisa... Abandonémosle todos, todos, y vayámonos. Estaremos solos. Mamá, ¿se acuerda usted de cuando vino a verme a casa de Touchard y yo me negué a reconocerla?

—Me acuerdo, hijo mío. Toda mi vida he sido culpable contigo; te traje al mundo y no te conocí.

—El culpable es él, mamá; él, que es la causa de todo. No nos ha querido nunca.

—Sí, nos ha querido.

—Vámonos, mamá.

—¿Cómo podría yo abandonarlo? ¿Es que él es dichoso?

—¿Dónde está Lisa?

—En cama. Apenas volvió, cayó enferma. Tengo miedo, ¿por qué están tan furiosos contra él? ¿Qué van a hacerle? ¿Adónde ha ido? ¿Por qué lo amenazaba ese oficial?

—No le pasará nada, mamá, nunca le pasa nada. Jamás le pasará nada. Y nada puede pasarle. ¡Es un hombre que está hecho así! Pero he aquí a Tatiana Pavlovna, pregúnteselo, si no me cree

a mí. —Tatiana Pavlovna acababa de entrar—. Hasta la vista, mamá. Volveré en seguida y una vez más volveré a pedirle lo mismo...

Me marché. No podía ver a nadie. Sin hablar de Tatiana Pavlovna, ella, mamá, me ponía en el tormento. Quería estar solo, solo.

Pero no había llegado a la calle siguiente cuando ya me sentía incapaz de andar; chocaba absurdamente con aquellas rersonas indiferentes o extrañas; pero, ¿dónde refugiarme? ¿A quién era yo útil y qué me hacía falta a mí ahora? Me arrastré maquinalmente hasta la casa del príncipe Sergio Petrovitch, sin pensar en él de ninguna manera. No estaba en casa. Le dije a Pedro *(su criado)* que me quedaría a esperarlo en su despacho *(como lo había hecho tantísimas veces)*. Era una gran habitación de techo muy alto, abarrotada de muebles. Me hundí en el rincón más sombrío, me senté en un diván y, con los codos sobre la mesa, me cogí la cabeza entre las manos. Sí, la cuestión era: «¿qué me hacía a mí falta ahora?» Sí bien era capaz de. formular la pregunta, era absolutamente incapaz de responderla.

Pero yo no podía ni razonar ni preguntar. Ya he advertido más arriba que, al final de este perïodo, estaba «aplastado por los acontecimientos». Ahora, sentado, era como un caos que se arremolinaba en mi cerebro. «Sí, no he visto nada, no he comprendido nada de este hombre», tal era la idea que por momentos me atravesaba el espíritu. « Hace un instante se me ha reído en la cara: no, no se reía de mí; era siempre de Bioring, y no de mí. Anteayer en la comida, lo sabía ya todo y estaba sombrío. Sorprendió mi estúpida confesión en el traktir y lo ha deformado todo a expensas de la verdad. ¿Qué necesidad tenía él de la verdad? No cree ni una sola palabra de todo to que le ha escrito. Le hacía falta únicamente herir, herir sin motivo, sin saber siquiera por qué, agarrándose a cualquier pretexto, y el pretexto he sido yo quien se lo ha proporcionado... ¿Impulso de perro rabioso? ¿Va a matar ahora a Bioring? ¿Y por qué? Su corazón lo sabe, sabe el porqué. Pero yo ignoro lo que tiene en el corazón... No, no, todavía ahora lo ignoro, ¿y lo sabe él mismo? ¿Por qué le he dicho a mamá que a él no puede pasarle nada? ¿Qué quería decir con eso? ¿La he perdido o no la he perdido?»

... «Ella ha visto cómo me empujaban... Ella se ha reído también, ¿o no se ha reído? ¡Por mi parte, yo me habría reído! ¡Era el espía al que estaban vapuleando, el espía...!»

«¿Y qué significa *(esa idea se me ocurrió de repente)*, qué significa eso que él ha escrito en esa carta infame de que el documento no estaba quemado, sino que existía aún. .. ? »

« No matará a Bioring, seguramente en estos momentos está en el traktir y se dispone a escuchar Lucía. Pero quizá después de Lucía se irá a matar a Bioring. Bioring me ha empujado, casi me ha pegado. ¿Me ha pegado? Bioring desdeña batirse incluso con Versilov: ¿irá a batirse conmigo? » « ¿Debería yo quizá matarlo mañana de un tiro de revólver, acechándolo en la calle...?» Esa idea la concebí de forma enteramente maquinal, sin detenerme en ella to más mínimo.

En algunos instantes soñaba que la puerta iba a abrirse, dando paso a Catalina Nicolaievna: entraría y me tendería la mano y nos echaríamos a reír los dos... ¡Ah, el estudiante, querido mío!

Esa idea se presentó, o más bie n, ese deseo, cuando ya en la habitación reinaba la oscuridad. «¿Pero tanto tiempo hace que yo estaba delante de ella y le decía hasta la vista mientras ella me tendía la mano y se reía? ¿Cómo es posible que en tan poco tiempo se haya interpuesto una distancia tan espantosa? ¡Ir a buscarla sencillamente y explicarme con ella, ahora mismo, sencillamente, sencillamente! ¡Señor, pero es un mundo completamente nuevo el que acaba de empezar! Sí, un mundo nuevo, completamente, completamente nuevo... Lisa, el príncipe, eso es todavía cosa del tiempo antiguo... Ahora, estoy en casa del príncipe. ¿Y maná, cómo ha podido vivir con él, si es cierto? Yo, yo habría podido, yo puedo cualquier cosa, ¿pero ella? ¿Qué va a pasar ahora?» Y, como en un torbellino, las siluetas de Lisa, Ana Andreievna, Stebelkov, el príncipe, Aferdov, las siluetas de todos, desfilaron sin dejar huellas por mi cerebro enfermo. Las ideas se hacían por momentos más informes a inasibles; me contentaba cuando podía comprender una y recogerla.

«Tengo mi "idea" - pensé de pronto -, pero, ¿es verdad? ¿No es una frase aprendida de memoria? Mi idea es la oscuridad y la soledad, pero ahora, ¿puedo hundirme en la oscuridad de antes? ¡Ah, Dios mío, pero es que no he quemado el documento! Se me olvidó quemarlo anteayer. Volveré a casa y lo quemaré sobre la bujía, sí, sobre la bujía; únicamente que no sé si está bien lo que pienso ahora... »

Hacía ya tiempo que reinaba la oscuridad: Pedro trajo velas. Se detuvo delante de mí y me preguntó sí había comido. Me limité a hacerle un signo con la mano. Sin embargo, una hora después, me trajo té y me bebí ávidamente una gran taza. En seguida le pregunté la hora. Eran las ocho y media y ni siquiera me asombré de estar allí desde las cinco.

—He venido tres veces —dijo Pedro—, pero creía que estaba durmiendo.

Yo no me acordaba de que él hubiese entrado. No sé por qué, pero de repente, muy asustado por haberme «dormido», me levanté y me puse a caminar de arriba abajo para no «dormirme» más. Por fin, la cabeza empezó a dolerme. A las diez en punto, el príncipe entró y me asombré de haberlo esperado. Lo había olvidado completamente, de una manera total.

—¡Estaba usted aquí, y yo, en cambio, he ido a buscarlo a su casa! —me dijo.

Su semblante estaba sombrío y severo, sin la menor sonrisa. En sus ojos, una idea fija.

—He estado moviéndome todo el día y he empleado todos los medios —continuó, con aire concentrado—; todo ha fracasado y ahora es horrible... —Nota bene: no había estado en casa del príncipe Nicolás Ivanovitch—. He visto a Jibelski, es un hombre imposible. Mire, lo primero es tener el dinero, después veremos. Si es imposible con dinero, entonces... Pero he decidido no pensar hoy en eso. Hoy solamente encontrar el dinero, mañana veremos. Lo que usted ganó anteayer está todavía intacto, hasta el último copec. Hay ahí tres mil rublos, menos tres rublos. Deduciendo lo que usted me debía, le quedan trescientos rublos. Tómelos y añada setecientos para hacer el millar, y yo cogeré los otros dos mil. En seguida nos iremos a casa de Zerchtchikov, nos instalaremos en dos extremos opuestos y trataremos de ganar diez mil rublos, quizás así consigamos algo, si no... Es la única salida que me queda.

Me miró con aire fatal.

—Sí, sí —exclamé de repente, como si resuc itara—. ¡Vamos a11í! No esperaba más que a usted...

Nótese que, en todas aquellas horas, ni un solo instante se me había ocurrido pensar en la ruleta.

—¿Y la infamia? ¿La bajeza del acto? —preguntó de repente el príncipe.

—¿El qué? ¿El hecho de que vayamos a la ruleta? ¡Pero todo está a11í! —exclamé—. ¡El dinero lo es todo! Nosotros sí que somos santos, usted y yo, mientras que Bioring se ha vendido, Ana Andreievna se ha vendido, y Versilov, ¿sabe usted que Versilov es un loco? ¡Un loco! ¡Un loco!

—¿Se siente usted bien, Arcadio Makarovitch? Tiene una mirada muy rara.

—¿Dice usted eso para ir sin mí? Ahora, ya no le abandono. No en vano me he pasado toda la noche soñando con el juego. ¡Vamos a11á!, ¡vamos a11á! —grité, como si de pronto hubiese encontrado la solución del enigma.

—Pues bien, vamos, aunque usted tenga fiebre, y a11í...

No acabó. En su rostro había una cosa dolorosa, impresionante. Salíamos ya.

—¿Sabe usted —me dijo de pronto, parándose en el umbral— que hay todavía una salida además del juego?

—¿Cuál?

—¡Una salida principesca!

—Pero, ¿cuál? ¿Cuál?

—Ya lo sabrá usted más tarde. Sepa solamente que ahora soy indigno de ella, de esa salida, porque es demasiado tarde. Vamos, y acuérdese usted de mis palabras. Probemos la salida vulgar... ¿Es que por ventura no iba yo a darme cuenta de que conscientemente, con mi plena voluntad, voy a comportarme como un lacayo?

VI

Volé hacia la ruleta como si allí estuviesen concentradas la salud y la salvación, y sin embargo, como ya he dicho, antes de la llegada del príncipe no había pensado lo más mínimo en eso. Por lo demás, iba a jugar no para mí, sino con dinero del príncipe y para el príncipe. No llego a comprender lo que me atraía, pero me sentía atraído irresistiblemente. No, jamas aquella gentuza, aquellos rostros, aquellos ayudantes de banqueros, aquellos gritos de jugadores, toda aquella sala innoble de Zerchtchikov me parecieron tan repugnantes, tan sombríos, tan groseros ni tan tristes como aquella vez. Me acuerdo muy bien del dolor y la pena que por momentos se iban apoderando de mi corazón durante todas aquellas horas pasadas a11í, delante de la mesa. Pero, ¿por qué no me iba? ¿Por qué resistía, como si me hubiese impuesto un trabajo, un sacrificio, una proeza? Diré solamente esto: no sabría afirmar en verdad que tuviese entonces toda mi razón. Y sin embargo nunca he jugado tan razonablemente como

aquella noche. Estaba silencioso y concentrado, atento y calculador hasta inspirar pánico; me mostraba paciente y avaro, y al mismo tiempo resuelto, en los momentos decisivos. Me coloqué nuevamente delante del zéro, es decir, una vez más entre Zerchtchikov y Aferdov, que se sentaba siempre a la derecha de Zerchtchikov; aquel sitio me desagradaba, pero yo quería irresistiblemente apostar al zéro, y todos los demás sitios alrededor del zéro estaban ocupados. Llevábamos jugando ya más de una hora; por fin, vi desde mi sitio que el príncipe acababa de levantarse y, pálido, avanzaba hacia nuestro extremo y se detenía frente a mí, al otro lado de la mesa: había perdido todo y examinaba mi juego en silencio, probablemente sin comprender nada de él y sin ni siquiera pensar en el juego. Precisamente yo empezaba a ganar y Zerchtchikov me había pagado una determinada cantidad. De pronto Aferdov, sin decir una palabra, ante mis propios ojos, con la mayor insolencia, cogió uno de mis billetes de cien rublos y lo unió a un montón que tenía delante de él. Lancé un grito y lo agarré por la mano. Entonces me sucedió algo inesperado incluso para mí: estaba como disparado; todos los horrores y todas las ofensas del día se veían bruscamente concentradas en aquel solo instante, en aquella desaparición del billete. Se habría dicho que todo lo que estaba acumulado y comprimido en mí no aguardaba más que aquel instante para hacer explosión.

—¡Es un ladrón! ¡Acaba de robarme un billete de cien! —exclamé, fuera de mí, mirando alrededor.

No describo todo el tumulto que suscitaron estas pala bras. Un escándalo así era una cosa completamente nueva en aquel lugar. En el salón de Zerchtchikov la gente se comportaba de una manera decorosa, y su casa tenía fama por eso. Pero yo no podía dominarme. En medio del ruido y de los gritos, se oyó de repente la voz de Zerchtchikov:

—Han desaparecido, no hay más qué decir. ¡Estaban aquí! ¡Cuatrocientos rublos!

Era otra cuestión: un fajo de cuatrocientos rublos había desaparecido de la banca, bajo las propias narices de Zerchtchikov. Zerchtchikov señalaba el sitio donde había estado el fajo, «estaba ahí hace un momento», y aquel sitio se encontraba muy cerca de mí, me rozaba, rozaba el sitio donde estaba mi dinero, en una palabra, estaba infinitamente más cerca de mí que de. Aferdov.

—¡El ladrón está aquí! ¡Es él quien ha robado también eso, regístrenlo! —exclamé, señalando a Aferdov.

—Todo esto proviene —empezó a decir una voz imponente y atronadora en medio de los gritos— de que se permite entrar aquí a toda clase de gente. ¡Gente sin recomendación! ¿Quién lo ha traído? ¿Quién es?

—Un cierto Dolgoruki.

—¿El príncipe Dolgoruki?

—Ha sido el príncipe Sokolski quien lo ha traído —gritó alguien.

—¡Escuche, príncipe! —le grité fuera de mí, a través de la mesa—, creen que soy yo el ladrón; cuando se me acaba de robar hace un momento. ¡Dígales, dígales quién soy!

Entonces se produjo la cosa más espantosa de todas las que habían sucedido aquel día... a incluso de las que me habían sucedido en toda mi vida: el príncipe renegó de mí. Vi cómo se encogía de hombros y, en respuesta a las preguntas que llovían sobre él, declaró con voz limpia y cortante:

—Yo no respondo de nadie. Les ruego que me dejen en paz.

Sin embargo, Aferdov se erguía en medio de la multitud, reclamando en voz alta que lo registraran. Ya se sacaba los forros de los bolsillos. Pero a sus reclamaciones se respondía con gritos:

—¡No! ¡No!, ¡el ladrón, ya sabemos quién es!

Dos criados, llamados con anterioridad, me agarraron por detrás, cogiéndome por los brazos.

—¡No me dejaré registrar, no lo permitiré! —grité, tratando de soltarme.

Pero me arrastraron a una habitación contigua y allí, en medio de la multitud, se me registró completamente, hasta el último pliegue. Yo gritaba y me debatía.

—Sin duda ha tirado el dinero al suelo, será conveniente buscar —propuso alguien.

—Pero, ¿buscar dónde, en el suelo?

—Debajo de la mesa. Sin duda ha tenido tiempo de echar los billetes allí.

—Lo más seguro será que no quede ya ni rastro.

Se me condujo a la fuerza, pero Sin embargo pude pararme en el umbral y gritar, poseído de una rabia loca:

—¡La ruleta está prohibida por la policía! ¡Hoy mismo les denunciaré a todos!

Se me hizo bajar la escalera, me echaron encima el abrigo y... abrieron delante de mí la puerta de la calle.

Capítulo ix

✦

I

El día había terminado con una catástrofe, pero quedaba el resto de la noche. He aquí lo que recuerdo de aquellas horas.

Creo que era poco más de medianoche cuando me vi en la calle. La noche era clara, tranquila y fría. Yo casi corría, con una prisa febril, pero no hacia mi casa. «¿Para qué volver a entrar en casa? ¿Es que puede tratarse ahora de ir o no ir a una casa? En una casa se vive, mañana me despertaré para vivir: ¿es posible, ahora? La vida se ha acabado, imposible vivir, ahora.» Erré pues por las calles, sin distinguir adónde iba a ignoro por lo demás si quería ir a alguna parte. Tenía mucho calor y de vez en cuando me abría mi pesada pelliza de tejón. «En lo sucesivo ninguna acción, me parecía en aquel momento, puede tener objeto alguno.» Cosa extraña: me parecía sin cesar que todo, alrededor de mí, incluso el aire que respiraba, pertenecía a otro planeta, como si de pronto me hubiese trasladado a la Luna. Todo, la ciudad, los transeúntes, la acera sobre la que corría, todo aquello no tenía nada que ver conmigo. «Esto es la plaza de los Palacios; esto es San Isaac - me decía yo -, pero ahora no tengo nada que ver con ellos.» Todo se había hecho desconocido, todo había cesado bruscamente de ser para mí. «Yo tenía a mamá, a Lisa; pues bien, ¿qué me importan ahora Lisa y mamá? Todo se ha acabado, todo ha llegado de repente al fin, excepto una cosa: que soy un ladrón para toda la eternidad.»

«¿Cómo demostrar que no soy un ladrón? ¿Es posible, ahora? ¿Marcharme a América? Y bien, ¿qué demostraré con eso? Versilov será el primero en creer que he robado. ¿"La idea"? ¿Qué "idea"? ¿Qué es ahora "la idea"? Dentro de cincuenta años, de cien años, cuando yo pase, siempre habrá alguien para decir, señalándome con el dedo: Ése es un ladrón. Estrenó "su idea" robando dinero en la ruleta...»

¿Tenía yo rencor? No sé nada de eso. Tal vez sí. Es raro, pero siempre he tenido, quizá desde mi más temprana infancia, este rasgo característico: si se me hace daño, si. ese daño se lleva hasta el colmo, si se me ofende hasta el límite máximo, siento siempre un deseo insaciable de someterme pasivamente al ultraje a incluso de it más allá de los deseos del ofensor: «Bueno, usted me ha humillado. Pues bien, yo mismo me humillaré todavía más. ¡Mire, asómbrese! » Tuchard me azotaba y quería demostrar que yo era un criado y no un hijo de senador. Pues bien, yo me acomodaba inmediatamente a mi papel de criado, no me limitaba a alargarle su ropa, sino que yo mismo cogía el cepillo y me imponía el deber de quitarle hasta la última mota de polvo, sin que él me to hubiese pedido a ordenado; to perseguía a veces, con el cepillo en la

mano, en el ardor de mi celo de criado, para quitarle hasta la rnás pequeña suciedad que llevara en el traje, hasta el punto de que, a veces, era él mismo quien me frenaba: « ¡Basta, hasta ya, Arcadio, es suficiente! » Cuando volvía a casa y se quitaba el abrigo, yo se lo cepillaba, lo doblaba cuidadosamente y lo cubría con un trapo de seda con un dibujo de cuadraditos. Yo sabía que los camaradas se burlaban de mí y me despreciaban, lo sabía muy bien, pero eso era lo que me agradaba: « Habéis querido que sea criado, ¡pues lo soy! ¡Si hay que ser un tipo lacayuno, serlo hasta el final!» *(106)*. Aquel odio pasivo y aquel rencor secreto, he podido conservarlos durante años. En casa de Zerchtchikov, había gritado, completamente fuera de mí, a toda la sala: «Los denunciaré, la ruleta está prohibida por la policía»; pues bien, lo juro, había en eso un sentimiento de la misma clase: se me habia humillado, registrado, tratado públicamente como ladrón, matado, en una palabra. « ¡Pues bien!, sépanlo todos, ustedes lo han adivinado, no soy solamente un ladrón, soy también un denunciante.» Al acordarme hoy, así es como lo explico y resumo todo esto; pero entonces no se trataba de analizar; lancé ese grito sin intención; un segundo antes no sabía que iba a lanzarlo; salió de mí mismo, pero porque aquel rasgo estaba ya en mí.

En el momento en que corría, el delirio había empezado desde luego, pero me acuerdo muy bien de que obraba conscientemente. Sólo que, lo digo con toda seguridad, un ciclo entero de ideas y de conclusiones me estaba ya cerrado: incluso en aquel momento yo sentía aparte de mí mismo que «podía tener ciertos pensamientos, y no podía en absoluto tener otros determinados». De la misma manera, algunas de mis decisiones, aunque tomadas con una conçiencia lúcida, podían entonces no tener la menor lógica interna. Aún más,, me acuerdo muy bien de que en ciertos momentos podía tener perfecta conciencia de la absurdidad de una decisión y, al mismo tiempo, emprender inmediatamente y de una manera concienzuda su puesta en práctica. Sí, el crimen me acechaba aquella noche y sólo por una casualidad no llegó a realizarse.

Súbitamente me vino al recuerdo la frase de Tatiana Pavlovna sobre Versilov: «Que vaya a la línea de ferrocarril Nicolás *(107)* y que ponga la cabeza sobre los raíles; se la cortarán limpíamente.» Aquel pensamiento dominó por un instante todo mi ánimo, pero lo rechacé en seguida y con dolor: «¿Poner la cabeza sobre los raíles y morir? Pero mañana se dirá: si lo ha hecho, es que ha robado, se ha avergonzado. ¡No, nunca! »Pues bien, en aquel instante, me acuerdo con toda claridad, hubo de repente en mí la chispa de un odio terrible. « ¿Pues qué, me decía, será imposible ahora justificarse, imposible comenzar una nueva vida? Será preciso pues someterse, hacer de criado, de perro, de mosca, de denunciante, el verdadero denunciante ahora, y durante ese tiempo prepararme muy dul cemente y, un buen día, hacerlo saltar todo, aniquilarlo todo, a todo el mundo, culpables a inocentes. Entonces todo el mundo sabrá de pronto que es aquel a quien se ha tratado de ladrón... Y solamente entonces matarme.»

No sé cómo llegué a una calleja próxima al bulevar de los Caballeros-Guardias *(108)*. Estaba bordeada a los dos lados, en más de un centenar de pasos, por altas murallas que servían de

vallado a patios traseros. Detrás de una de ellas, a la izquierda, vi un inmenso montón de madera, un verdadero montículo que sobrepasaba al muro más de dos metros. Me detuve repentinamente y me puse a reflexionar. Llevaba en el bolsillo cerillas-velas en una cajita de plata. Lo repito, tenía entonces una conciencia clara de to que meditaba y quería hacer, y por eso me acuerdo aún hoy día de aquello, pero ignoro en absoluto la razón por la que quería hacerlo. Me acuerdo solamente de que de pronto se apoderó de mí este deseo. «Trepar a lo alto del muro es perfectamente posible», razoné; había precisamente, a dos pasos de a11í, una puerta de cochera cerrada sin duda desde hacía largos meses. «Poniendo el pie en el reborde de abajo - continué reflexionando -, se puede, agarrándose a lo alto de la puerta, trepar sobre el muro, y nadie verá nada; ¡nadie!, ¡silencio completo! Arriba sobre el muro me instalaré cómodamente y prenderé fuego a la madera. Es fácil, incluso sin volver a bajar, puesto que la madera casi roza con el muro. Con el frío seco, el fuego no puede. menos que prender muy bien; no hay más que alcanzar con la mano una rama de abedul... ¿y por qué precisamente un rama?, se puede directamente, sentado sobre el muro, arrancar con la mano un poco de corteza y prenderle fuego con la cerilla, prenderle fuego y lanzarla inmediatamente en medio de la madera, y es el incendio. Por mi parte, saltaré abajo del muro y me iré; no vale la pena ni siquiera de echarse a correr, porque tardarán mucho tiempo en darse cuenta...» *(109)*. Razoné todo aquello y bruscamente me decidí de una manera definitiva. Experimenté un placer extremado, un profundo gozo, y trepé. Sabía trepar muy bien: ya en el Instituto, la gimnasia era mi fuerte; pero los zapatos tenían suelas de goma y eso fue una dificultad. Logré sin embargo llegar con una mano a un reborde apenas perceptible y empecé a izarme; iba a lanzar la otra mano para sujetarme al filo del muro, cuando de repente perdí pie y me caí de espalda, Supongo que di con la nuca en el suelo y me quedé sin duda uno o dos minutos sin conocimiento. A1 volver en mí cerré maquinalmente mi pelliza, porque sentía un frío insoportable, y, todavía sabiendo apenas to que estaba haciendo, me arrastré hacia un rincón de la puerta cochera y me encogía11í, acurrucado, vuelto sobre mí mismo, en un hueco entre el portal y la salida del muro. Mis ideas estaban en completo desorden, y, sin duda, me amodorré muy pronto. Me acuerdo ahora como en un sueño de que de golpe resonó en mis oídos un tañido de campanas profundo y pesado, y que escuché con delicia...

II

La campana tañía precisamente una vez cada dos o cada tres segundos; sin embargo, no era el doble de difuntos, sino un sonido agradable y amplio, y lo reconocí inmediatamente: ¡pero si es un toque de campanas muy conocido, es el de San Nicolás, la iglesia bermeja frente a la casa de Tuchard! : una antigua iglesia moscovita, de la que me acuerdo tan bien, construida bajo Alexis Mikhailovitch, con sus encajes, sus múltiples cúpulas, sus columnas. La semana de Pascuas acaba de terminar, sobre los raquíticos abedules del jardín de los Tuchards tiemblan ya las hojas verdes recién nacidas. El sol vivo del final de la tarde vierte sus rayos oblicuos *(110)* en

nuestra clase y yo, en mi cuartito de la izquierda, donde Tuchard me ha relegado hace ya un año, lejos de los «hijos de condes y senadores», tengo una invitada. Sí, niño sin nacimiento, tengo una invitada, por primera vez desde que estoy en casa de Tuchard. Y la he reconocido desde que entró: era mamá; aunque, desde la época en que me hacía comulgar en la iglesia del pueblo y en que la paloma atravesaba la cúpula *(111)*, no la haya visto ni una sola vez. Estábamos a11í los dos, y yo la examinaba de una manera curiosa. Más tarde, muchos años después, he sabido que en aquel momento, habiéndose quedado sola, sin Versilov, que había salido súbitamente para el extranjero, ella había venido a Moscú por su propia autoridad, con su poquísimo dinero, casi ocultándose de los que debían cuidarse de ella, y eso únicamente para verme. Era desde luego una cosa rara: al entrar, había hablado con Tuchard, pero a mí no me había dicho que era mi madre. Estaba a11í cerca de mí, y, me acuerdo, me asombré de oírla hablar tan poco. Traía un paquete, que abrió: había dentro seis naranjas, algunos pasteles de pasta de especias y dos panecitos blancos. Me enfadé al ver aquellos panes, y respondí con aire ofendido que nos daban muy bien de comer y que cada día nos entregaban con el té un pan entero.

—Es igual, hijo mío, yo me había dicho ingenuamente: «Quizá les dan mal de comer en esa escuela.» No te enfades por eso conmigo, querido mío.

—Y Antonina Vassilievna *(la mujer de Tuchard)* se enfadará. Los camaradas también van a burlarse de mí...

—Entonces, ¿no los quieres? Sin embargo, puede ser que te los comas, ¿no?

—Déjelos usted, si quiere...

Ni siquiera toqué aquellos regalos; las naranjas y los panes de especias estaban sobre la mesa delante de mí, y yo seguía a11í sentado con los ojos bajos, pero con un gran aire de dignidad. Quién sabe, quizá yo tenía también ganas de no ocultarle que su visita me avergonzaba ante los camaradas; de demostrárselo un poquito, para que ella comprendiera: «Ya ves, me das vergüenza, y por tu parte tú no lo comprendes.» ¡Yo, que ya. en aquellos momentos corría detrás de Tuchard con el cepillo en la mano para quitarle la más pequeña mota de polvo! Me imaginaba también las burlas que tendría que sufrir por parte de los otros niños desde que ella se marchara, y quizá también por parte de Tuchard en persona, y no había en mi corazón ni un solo buen sentimiento para ella. Miraba de reojo su vestido oscuro y viejo, sus manos bastante groseras, casi de trabajadora, sus zapatos completa mente bastos y su rostro muy enflaquecido; la frente la tenía ya surcada por pequeñas arrugas, aunque Antonina Vassilievna me dijese aquella misma noche, después de su marcha:

—Su maman no ha debido estar mal en otros tiempos.

Estábamos, pues, así, cuando Ágata entró con una bandeja sobre la cual había una taza de café. Era por la tarde, y los Tuchard, a aquella hora, tomaban siempre el café en casa, en el salón. Pero mamá dio las gracias y no aceptó la taza: supe después que no tomaba nunca café, porque le producía palpitaciones. Los Tuchard, en su intimidad, consideraban su visita y la

autorización que se le había concedido para verme como una extrema condescendencia por su parte, de forma que la taza de café enviada a mi madre era por así decirlo el colmo de la humanidad, una hazaña que, siendo todas las cosas relativas, hacía un honor extremado a sus sentimientos de personas civilizadas y a sus conceptos europeos. Pero, como si lo hubiese hecho aposta, mi madre la rehusó.

Se me llamó a casa de los Tuchard. Él me dijo que cogiese todos mis cuadernos y todos mis libros y se los enseñase a mi madre.

—Para que vea lo mucho que usted ha progresado ya en mi colegio.

Entonces Antonina Vassilievna, con los labios fruncidos, me susurró por su parte, en tono burlón:

—Creo que nuestro café no le ha agradado a su maman.

Recogí mis cuadernos y se los llevé a mi madre, que estaba esperando. Pasé delante de «los hijos de condes y de senadores», apiñados en la clase y que nos espiaban á los dos. Incluso hallé un placer especial ejecutando la orden de Tuchard con una exactitud rigurosa. Abría metódicamente mis cuadernos y explicaba:

—Éstas son las lecciones de Gramática Francesa. Aquí están los dictados. Aquí, la conjugación de los verbos auxiliares avoir y étre. Aquí, la Geografía, la descripción de las principales ciudades de Europa y de todas las partes del mundo, etc.

Durante una media hora larga o más, expliqué todo aquello con una vocecita cadenciosa, bajando los ojos como un niño bien educado. Yo sabía que mama no entendía nada de ciencias, que quizá no sabía escribir, pero por eso me agradaba tanto más mi papel. No llegué sin embargo a fatigarla. Escuchaba todo sin interrumpirme, con una extremada atención y casi con lástima, tanto, que al final me cansé y terminé por mi cuenta. Por lo demás, su mirada estaba triste y no sé qué cosa lastimera se leía en su rostro.

Se levantó por fin, para irse. De repente entró Tuchard en persona. Con una gravedad imbécil, le preguntó si estaba contenta de los progresos de su hijo. Mamá balbuceó infinitas gracias. Entonces llegó Antonina Vassilievna. Mi madre les rogó a los dos que no abandonasen al huérfano, «puesto que ahora casi es un huérfano, continúen ustedes con él su obra de caridad...». Y, con lágrimas en los ojos, saludaba a los dos, a cada uno por separado, a cada uno con un profundo saludo, como hacen las gentes del «pueblo» cuando vienen a pedir algo a señores importantes. Los Tuchard no esperaban tanto, y Antonina Vassilievtia se ablandó visiblemente; sin duda cambió en seguida de conclusión en cuanto a la taza de café. Tuchard, redoblando su gravedad, respondió, muy humanitario, que él no hacía «distinción entre los niños, que todos aquí eran sus hijos y él el padre de todos, que yo estaba casi al mismo nivel que los hijos de los senadores y de los condes, y que eso era tanto más de apreciar... », etc., etc. Mi madre se deshacía en saludos, pero al fin, confusa, se volvió hacia mí y dijo, brillándole las lágrimas en los ojos:

—Adiós, hijo mío.

Me besó, o más bien le permití que me besara. Se le notaba que habría querido besarme más, estrecharme contra ella, pero, bien porque le diera vergüenza de hacerlo delante de la gente, bien porque estuviese poseída por la pena, o bien porque adivinase que yo me avergonzaba de ella, el caso es que después de un último saludo a los Tuchard, se apresuró a dirigirse hacia la salida. Yo me quedé a11í plantado.

—Mais suivez donc votre mère —dijo Antonina Vassilievna—. Il n'a pas de coeur, cet enfant!

Tuchard, en respuesta, se encogió de hombros, lo que quería decir: «Para que veas que no es por capricho por lo que te trato como a un criado.»

Dócilmente, bajé detrás de mi madre; salimos a la escalinata. Yo sabía que los demás me miraban ahora por la ventana. Mi madre se volvió hacia la iglesia a hizo la señal de la cruz tres veces, con ademanes profundos; sus labios temblaban; una campana grave tañía, regular y sonora, en lo alto del campanario. Se volvió hacia mí y no resistió más: me puso las dos manos en la cabeza y se deshizo en lágrimas.

—Basta, mamá... me da vergüenza... nos están viendo por la ventana...

Retrocedió y se turbó:

——Bueno, que el Señor... que el Señor sea contigo... Que los ángeles del cielo te guarden y la Santísima Virgen y San Nicolás... ¡Señor! ¡Señor!— repetía ella con palabras precipitadas signándome una y otra vez, tratando de depositar en mí más y más cruces y más y más aprisa—, ¡querido mío, querido mío! Pero espera un poco...

Rápidamente se metió la mano en el bolsillo y se sacó un pañuelo, un pañuelo azul a cuadros, con un pico fuertemente anudado y el cual nudo se puso a deshacer... Pero no lo conseguía. . .

—Bueno, es igual, quédate con el pañuelo, está completa mente limpio, quizá pueda servirte. Hay ahí cuatro moneditas, creo que podrán servirte para algo. No te enfades conmigo, hijo mío, no tengo más... no te enfades, querido mío.

Cogí el pañuelo; quise hacerle notar que «se nos trataba muy bien por parte del señor Tuchard y de Antonina Vassilievna y que no carecíamos de nada», pero me contuve y acepté el pañuelo.

Volvió a trazarme la señal de la cruz, farfulló aún no sé qué oración y de pronto, completamente de improviso, me hizo, exactamente igual que allá arriba les había hecho a los Tuchard, un saludo profundo, lento y largo; ¡no lo olvidaré jamás! Me estremecí desde la cabeza hasta los pies, sin saber yo mismo por qué. ¿Qué quería ella decir con aquel saludo? Ignoro si era «su falta que reconocía delante de mí» como me to imaginé muchísimo después. Pero entonces, una vez más me dio vergüenza, porque «ellos estaban a11á arriba mirando, y quizá Lambert iba a pegarme».

Por fin, ella se fue. Las naranjas y los panes de especias habían sido ya comidos mucho antes de mi regreso por los hijos de los condes y de los senadores, y las cuatro moneditas me las quitó

en seguida Lambert. Con ese dinero compraron en la confitería un montón de cocholate y de pasteles y ni siquiera me los dieron a probar.

Han pasado seis meses. Estamos ahora en octubre; viento y temporales. He olvidado completamente a mi madre; el odio, un odio sordo contra todo, ha penetrado ya en mi corazón, lo ha impregnado completamente; en vano cepillo como antes los trajes de Tuchard, lo detesto ahora con todas mis fuerzas y cada día más. Ahora bien, un día, a la hora triste del crepúsculo, estando rebuscando en mi maleta, vi de pronto en un rincón su pañuelo de batista azul; estaba a11í desde el día en que lo guardé. Lo saqué y lo miré incluso con una cierta curiosidad; el pico conservaba aún las señales bien visibles del nudo y hasta la marca redonda de una moneda; por lo demás, volví a poner el pañuelo en su sitio y cerré la maleta. Era víspera de fiesta y las campanas empezaron a sonar para los oficios de la noche. Después de la comida, los alumnos se habían ido con sus familias, pero esta vez Lambert se había quedado, porque no lo habían mandado a buscar. Continuaba pegándome como antes, pero ahora me confiaba muchas cosas y tenía necesidad de mí. Hablamos toda la tarde de las pistolas de Lepage *(112)*, que no habíamos visto ninguno de los dos; de los sables quirguices y de los golpes que se pueden dar con ellos; del buen negocio que sería organizar una banda de ladrones, y por fin Lambert vino a parar a su conversación favorita, sobre un tema asqueroso, y era en vano que yo me asombrara, me gustaba muchísimo escucharlo. Pero aquella vez me resultó de repente insoportable y le dije que me dolía la cabeza. A las diez nos fuimos a acostar; escondí la cabeza debajo de la manta y saqué de debajo de la almohada el pañuelo azul: yo había vuelto una hora antes para sacarlo de mi maleta y, en cuanto nuestras camas quedaron hechas, lo había metido debajo de la almohada. Lo apreté contra mi rostro y me puse a besarlo.

—Mamá, mamá —le susurraba yo a aquel recuerdo, y tenía todo el pecho apretado como dentro de un tubo.

Al cerrar los ojos volvía a ver su rostro de labios temblorosos en el momento en que se persignaba delante de la iglesia y trazaba en seguida sobre mí el signo de la cruz, mientras que yo le decía: «Me da vergüenza, nos están mirando.»

«Mamá, mi mamaíta, por lo menos una vez en mi vida te he tenido conmigo... ¿Dónde estás ahora, mi visitante lejana? ¿Te acuerdas tú ahora de tu pobre niñito que viniste a ver...? Muéstrate ahora una sola vez más, ven a verme por lo menos en sueños, que yo te diga cuánto te quiero, que pueda abrazarte y besar tus azules ojos, decirte que ahora ya no me da vergüenza de ti, que también te quería entonces y que mi corazón sufría, mientras que me quedaba a11í inmóvil como un criado. ¡Tú no sabrás nunca, mamá, cuánto te quería entonces! Mi mamaíta, ¿dónde estás ahora, me oyes? Mamá, mamá, : te acuerdas de la paloma, en el pueblo... ? »

—¡Demonios!, ¿qué le pasa a éste? —gruñe Lambert desde su cama—. ¡Espera un poco! No deja dormir a la gente.

Helo ahí que salta por fin de su cama, corre a la mía y trata de arrancarme la manta, pero me agarro a ella sólidamente, a esa manta bajo la que está escondida mi cabeza.

—Estás llorando, ¿por qué tienes que ponerte a gemir ahora, idiota? ¡Encaja esto! ¡Toma!

—y me golpea, me da puñetazos en la espalda, en las costillas, me hace más y más daño y... de pronto abro los ojos.

Es ya completamente de día, la helada brilla sobre la nieve, sobre el muro... Estoy sentado, acurrucado, medio muerto, entumecido dentro de mi pelliza, y alguien se yergue delante de mí, me despierta, con fuertes injurias y golpeándome las costillas con la punta de su pie derecho. Me enderezo y miro: un hombre en una rica pelliza de piel de oso, gorro de cebellina, ojos negros, dientes blancos brillando sobre mí, blanco, bermejo, un rostro como una máscara... Se ha inclinado sobre mí, y a cada soplo de su boca se escapa un vapor helado:

—¡Estás helado, rnaldito borracho, idiota! ¡Vas a que darte ahí helado como un perro! ¡En pie, en pie!

—¡Lambert! —exclamé.

—¿Quién eres tú?

—Dolgoruki.

—¿Qué Dolgoruki?

—¡Dolgoruki a secas! ... Tuchard... El mismo a quien le clavaste un tenedor en el muslo en la taberna...

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! —exclamé, sonriéndose con una sonrisa de hombre que se acuerda. *(¿Sería posible que me hubiese olvidado?)*—. ¡Ahl ¡Entonces eres tú!

Me endereza, me pone en pie; me cuesta trabajo sostenerme, moverme; me conduce aguantándome con la mano. Me mira a los ojos, como pará acordarse y comprender, y me escucha con toda atención; por mi parte balbuceo también con todas mis fuerzas sin pausa y sin descanso, y estoy contento, contento de hablar y contento de que sea Lambert. ¿Es porque se me ha aparecido como «la salvación», o bien me he echado en sus brazos en ese momento porque te he tomado por un hombre de otro mundo? Lo ignoro, yo no razonaba entonces, pero me he echado en sus brazos sin razonar. No me acuerdo en absoluto de lo que dije entonces, y sin duda no debía de ser nada coherente; ni siquiera debía de pronunciar con claridad; pero él me escuchaba con mucha atención. Detuvo al primer coche de alquiler que se presentó ~y unos cuantos minutos después estaba ya calentito, en su habitación.

III

Todo hombre, quienquiera que sea, conserva desde luego el recuerdo de algún incidente personal que considera o se siente inclinado a considerar como algo fantástico, insólito, fuera de to ordinario, casi maravilloso: sueño, encuentro, pre dicción, presentimiento o cualquier otra cosa por el estilo. Hasta ahora me siento inclinado a ver en aquel encuentro con Lambert algo incluso profético... Por lo menos a juzgar por sus circunstancias y sus consecuencias. Todo aquello sucedió, por lo menos en cierta manera, de la forma más natural del mundo: él volvió sencillamente de una de sus ocupaciones nocturnas *(la cual se pondrá en claro más adelante)*,

medio borracho, y, al detenerse un momento delante de una puerta cochera, me vio. Estaba en Petersburgo desde hacía algunos días solamente.

La habitación a la que me vi transportado era un cuartito amueblado con mucha sencillez, de un vulgar estilo petersburgués de segunda categoría. Por lo demás, Lambert estaba vestido lujosamente y de una manera admirable. En el suelo estaban tiradas dos maletas, vaciadas únicamente a medias. Un rincón del cuarto estaba aislado por un biombo, que ocultaba la cama.

—Alphonsine! —gritó Lambert.

—Présente! —respondió desde detrás del biombo una temblorosa voz femenina de acento parisiense y, dos minutos después, todo lo más, apareció mademoiselle Alphonsine vestida a la ligera, en peinador, en salto de cama.

Una criatura singular, grande y seca como una viruta, joven, morena, de talle alto, rostro alargado, ojos saltones y mejillas hundidas, una criatura terriblemente estropeada.

—¡Aprisa! —Traduzco, porque él le hablaba en francés—. En casa de ellos debe de haber un samovar que puedan pres tarnos. Pronto, agua hirviendo, vino tinto y azúcar, un vaso a toda prisa; está helado. Es amigo mío... Ha pasado la noche en la nieve.

—Malheureux! —exclamó ella, torciéndose las manos en un gesto teatral.

—¡Vamos! ¡Andando! —gritó Lambert como si se dirigiera a un perro y amenazándola con el dedo; ella dejó en seguida de hacer gestos y corrió a ejecutar la orden.

Él me examinó y me palpó, me tomó el pulso, me tocó la frente, las sienes.

—Es extraño —rezongaba— que no estés completamente helado... Cierto que estabas completamente embutido en tu pelliza, incluyendo la cabeza, como si te hubieses metido en una madriguera.

El vaso de agua caliente hizo su aparición, me lo tragué con avidez y me reanimó en seguida; nuevamente me puse a balbucear; estaba medio recostado en el rincón, sobre el diván, y no dejaba de hablar, me aturdía a fuerza de palabras, pero no me acuerdo apenas de lo que contaba de aquella manera; hay momentos, incluso episodios enteros, que he olvidado completamente. Lo repito: ignoro si él comprendió algo de mis relatos; pero en seguida adiviné desde luego una cosa: que me había comprendido lo bastante para extraer la conclusión de que aquel encuentro conmigo no había que pasarlo por alto... Explicaré en seguida, cuando qué podían consistir sus cálculos.

Yo no estaba solamente muy animado, estaba ihcluso, según creo, más y más alegre por momentos. Me acuerdo del sol que de pronto alumbró la habitación cuando se levantaron las cortinas, y de la estufa que empezó a crepitar cuando la encendieron, aunque no me acuerdo de quién la encendió ni cómo. Me acuerdo también de1 minúsculo perrito negro que mademoiselle Alphonsine tenía entre las manos, apre tándolo coquetamente sobre su corazón. Aquel perrito me distraía muchísimo, tanto que incluso dejé de hablar y tendí las manos hacia

él en dos ocasiones, pero Lambert hizo una señal, y Alphonsine con -su perro desaparecieron instantáneamente al otro lado del biomho.

E1 mismo estaba muy silencioso, sentado frente a mí, y me escuchaba muy inclinado hacia delante, sin separarse; a veces sonreía con una sonrisa larga y lenta, enseñaba los dientes y guiñaba los ojos, como en un esfuerzo por comprender y adivinar. He conservado el recuerdo claro de que cuando le conté la historia del «documento», no me era posible explicarme claramente y ofrecer un relato que tuviese cierta coherencia: veía demasiado bien eü su rostro que no llegaba a comprenderme; incluso se arriesgó a hacerme una pregunta, cosa que era peligrosa, puesto que, en cuanto se me interrumpía, yo cambiaba de tema y me olvidaba de lo que estaba hablando. Ignoro el tiempo que estuvimos charlando así y casi me es imposible hacer el menor cálculo. Él se levantó de pronto y llamó a Alphonsine.

—Hay que dejarlo tranquilo. Quizás haga falta llamar al doctor. Que se haga todo lo que pida, es decir... vous comprenez, ma fille. Vous avex de l'argent? ¿No? ¡Helo aquí!

Y sacó un billete de diez rublos; luego le susurró algo:

—Vous comprenez!, vous comprenez! —decía él amenazándola con el dedo y frunciendo severamente las cejas.

Vi que ella temblaba mucho delante de él.

—Volveré. Tú —me dijo sonriendo—, duerme; es lo mejor que puedes hacer.

Cogió su sombrero.

—Mais vous n'avex pas dormi du tout, Maurice! —gritó Alphonsine, toda patética.

—Taisez —vous, je dormirai après— y salió.

—Sauvée! —murmuró ella patéticamente, mostrándome el dorso de su mano.

—Monsieur, monsieur! —Se puso en seguida a declamar, colocándose en medio de la habitación—: Jamais homme ne fut si cruel, si Bismarck, que cet être, qui regarde une femme comme une saleté de hasard. Une femme, quest— ce que ça dans notre époque? "Tue la!", voilà le dernier mot de l'Académie f rançaise. ..! *(*)*.

Abrí los ojos de par en par, veía doble, percibïa ahora a dos Alphonsines... Noté de repente que la mujer estaba llorando, me estremecí y me di cuenta de que me hablaba desde hacía muchísimo tiempo y que, por consiguiente, todo aquel rato yo había estado dormido o me había quedado sin cono cimiento,

—...Hélas! de quoi m'aurait servi de le découvrir plus tôt —exclamó— et n'aurais —je pas autant gagné à tenir ma honte cachée toute ma vie? Peut— être nest —il pas honnête à une demoiselle de s'expliquer si librement devant monsieur, mais enfin je vous avoue que, s'il m'était permis de vouloir quelque chose, oh! ce serait de lui plonger au coeur mon couteau, mais en détournant les yeux, de peur que son regard exécrable ne f ît trembler mon bras et ne glaçât mon courage! Il a assassiné ce pope russe, monsieur, il lui arracha sa barbe rousse, pour la vendre à un artiste en cheveux au pont des Maréchaux, tout près de la maison de monsieur Andrieux: hautes nouveautés, articles de Paris, linge, chemises, vous savez, nest— ce pas... Oh!,

monsieur, quand l'amitié rassemble à table épouse, enfants, soeurs, amis, quand une vive allé gresse en f lamme mon coeur, je vous le demande, monsieur: est —il bonheur preférable à celui dont tout jouit? Mais il rit, monsieur, ce monstre exécrable et inconcevable, et si ce n'était pas par l'entremise de monsieur Andriéux, jamais, oh!, jamais je ne serais... Mais quoi, monsieur, qu'avez— vous, monsieur? *(* *)*.

(*) Jamás ha habido hombre tan cruel, tan Bismarck, como este individuo, que considera a una mujer una porquería del azar. Una mujer, ¿qué es eso en nuestra época? « ¡Mátala! », he ahí la última palabra de la Academia francesa.

(**) ¡Ay! ¿De qué me habría servido descubrirlo antes y no habría ganado lo mismo manteniendo oculta mi vergüenza toda mi vida? Quizá no sea decente para una señorita explicarse tan libremente delante del caballero, pero, en fin, le confieso a usted que, si me estuviese permitido desear algo, ¡oh!, sería clavarle en el corazón un cuchillo, pero apartando los ojos, por miedo a que su mirada execrable hiciese temblar mi brazo y helara mi valor. Ha asesinado a ese pope ruso, señor, le arrancó su barba roja, para vendérsela a un peluquero en el puente de los Mariscales, muy cerca de la casa de monsieur Andrieux, altas novedades, artículos de París, ropa interior, camisas, usted sabe, ¿verdad...? ¡Oh!, caballero, cuando la amistad reúne en la mesa esposa, hijos, hermanas, amigos cuando una viva alegría inflama mi corazón, le pregunto caballero: ¿hay felicidad preferible a esa én la que todo goza? Pero él río, caballero, ese monstruo execrable a inconcebible, y ei no fuera por la mediación de monsiems Andrieux, jamás, ¡oh!, jamás estaría yo... Pero, ¿ qué, caballero, qué tiene usted, caballero?

Se lanzó hacia mí: yo tenía escalofríos; creo, quizá incluso me desmayé. No sabría explicar la impresión lasti.mera y dolorrosa que me causaba aquella criatura medio loca. Quizá se figuraba que era su deber distraerme, en todo caso no me abandonaba un instante. Quizá había sido actriz en sus tiempos; declamaba, gesticulaba, hablaba sin interrupción, mientras que yo estaba callado ya hacía mucho tiempo. Todo lo que pude comprender de sus discursos fue que había tenido relaciones íntimas con "la maison de monsieur Andrieux, hautes nouveautés, articles de Paris" , etc., a incluso que ella salía quizá de "la maison de monsieur Andrieux", pero que le había sido arrancada para siempre a monsieur Andrieux, par ce monstre furieux et inconcevable, y en aquello era en lo que consistía su tragedia.:. Sollozaba, pero me parecía que era solamente para guardar las formas y que no lloraba en absoluto; yo tenía a veces la impresión de que iba a caerse toda ella convertida en polvo, como un esqueleto; hablaba con voz ahogada, temblorosa; la palabra préférable, por ejemplo, la pronunciaba préféa-ble y sobre la sílaba a hacía oír un balido de oveja. Cuando hube recobrado el conocimiento, la vi que hacía piruetas en medio de la habitación, pero sin bailar, porque aquella pirueta estaba relacionada con su relato, que ella animaba de esa forma. Repentinamente se lanzó y abrió un pe queño piano, viejo y desafinado, que había en la habitación, aporreó las teclas y cantó... Creo que, durante unos diez minutos o más, perdí el conocimiento y me dormí, pero el perrito ladró y

abrí los ojos: me había vuelto la conciencia, por un instante y repentinamente, alumbrándome con toda su luz; asustado, me puse en pie de un salto.

« ¡Lambert, estoy en casa de Lambert!», me dij.e y, tomando mi sombrero, me lancé sobre mi pelliza.

—Où allez —vous, monsieur?— me gritó la vigilante : —Alphonsine.

—¡Quiero irme, quiero salir! Déjeme, no me retenga...

—Oui, monsieur! —confirmó con todas sus fuerzas Alphonsine, que se lanzó para abrirme la puerta del corredor—. Mais c'est ne pas loin, monsieur, c'est pas loin du tout, ça ne vau pas la peine de mettre votre chouba *(113)*, c'est ici près, monsieur! —exclamó ella para que la oyese todo el pasillo.

Una vez salido de la habitación, giré a la derecha.

—Par ici, monsieur, c'est par ici! —gritaba ella con todas sus fuerzas, agarrándose a mi pelliza con sus largos y huesudos dedos, mientras que con la otra mano me enseñaba a la izquierda, en el pasillo, un sitio adonde yo no tenía ninguna necesidad de ir.

Me escapé y corrí a la puerta de salida en la escalera.

—Il s'en va, il s'en va! —gritaba Alphonsine con su voz cascada corriendo detrás da mí—. Mais il me tuera, monsieur, il me tuera!

Pero yo estaba ya en la escalera, y aunque ella siguió corriendo detrás de mí hasta el rellano inferior, conseguí abrir la puerta de abajo, saltar a la calle y meterme en el primer coche de punto. Di la dirección de mi madre...

IV

Pero la conciencia, después de haber brillado un instante, se apagó rápidamente. Apenas recuerdo cómo se me trasladó y se me condujo a casa de mamá, pero a11í caí casi inmediatamente sin conocimiento. Al día siguiente, como me lo han contado más tarde *(y por lo demás yo mismo me acordaba)*, mi razón se aclaró una vez más por algunos instantes. Me vuelvo a ver en la habitación de Versilov, sobre su diván; me acuerdo de que están alrededor de mí los rostros de Versilov, de mamá, de Lisa, recuerdo muy bien cómo Versdov me habló de Zerchtchikov y del príncipe, me mostró una cierta carta, trató de calmarme. Contaban que toda mi manía era hacer preguntas aterradas sobre un cierto Lambert y quejarme de que oía siempre los ladridos de un perrito. Pero aquella débil luce cita de conciencia se ensombreció en seguida: en la tarde de aquel segundo día estaba ya en plena fiebre. Pero anticiparé los acontecimientos para explicar lo que sigue.

Cuando aquella noche me vi fuera de la casa de Zerchtchikov y todo se hubo calmado un poco en la sala, Zerchtchikov, al reanudar el juego, declaró de repente con voz atronadora que se había producido un deplorable error: el dinero perdido, los cuatrocientos rublos, se había encontrado en un montón de otro dinero, y las cuentas de la banca estaban perfectamente justas. Entonces el príncipe, que se había quedado en la sala, abordó a Zerchtchikov a insistió

para que procla mara públicamente mi inocencia y, además, me expresase por escrito sus excusas. Zerchtchikov juzgó legítima esa exigencia y dio su pálabra delante de todo el mundo de que al día siguiente me dirigiría una carta de explicación y de excusas. El prínc ipe le comunicó la dirección de Versilov, y en efecto, al día siguiente Versilov recibió de Zerchtchikov una carta dirigida a mí, con más de mil trescientos rublos que me pertenecían y que yo había dejado olvidados en la ruleta. De esta forma el asunto de la casa de Zerchtchikov estaba terminado; aquella alegre noticia contribuyó muchísimo a mi restablecimiento cuando recobré el use de mis facultades.

El príncipe, al volver del juego, escribió por la noche dos cartas, una a mí, otra a su antiguo regimiento, en el que había tenido aquella historia lamentable con el corneta Stepanov. Las envió las dos al día siguiente por la mañana. Después de lo cual escribió un informe para sus jefes y muy temprano se presentó él mismo, con aquel informe entre las manos, al coronel y le declaró que «siendo criminal de derecho común, cómplice en un asunto de fabricación de acciones falsas, se entregaba a la justicia y pedía ser juzgado». Al mismo tiempo, le hizo entrega del informe en el que todo estaba expuesto por escrito. Lo detuvieron.

He aquí la carta, palabra por palabra, que me escribió aquella noche:

Inestimable Arcadio Makarovitch:

Después de haber intentado "la salida vulgar", he perdido por el mismo golpe el derecho a consolarme por poco que sea por haber sabido al fin decidirme a un acto valeroso y gusto. Soy culpable delante de la patria y delante de mi raza por este crimen, y yo, el último de mi linaje, me castigo a mí mismo. No comprendo cómo he podido aferrarme a un bajo instinto de conservación y pensar un solo momento en rescatarme a fuerza de dinero. A pesar de todo, delante de mi conciencia seguiría siendo siempre un criminal. Esas gentes, incluso si me hubieran restituido las cartas que me comprometen, no me habrían dejado en paz en toda mi vida. ¿Qué había que hacer? ¡Vivir con ellos, estar con ellos todo el resto de mi existencia: he ahí la suerte que me aguardaba! Yo no podía aceptarla, y he hallado por fin en mí mismo bastante firmeza o quizá bastante desesperación para obrar como lo hago ahora.

He escrito a mi antiguo regimiento, a mis antiguos camaradas, para justificar a Stepanov. No hay y no podría haber en este acto ninguna hazaña redentora: no es más que el testamento de un hombre que mañana será un muerto. He ahí cómo hay que comprenderlo.

Perdóneme por haberme apartado de usted en la sala de juego; es que en aquel momento no estaba seguro de usted. Ahora que ya soy un hombre muerto, puedo hacer con f esiones semejantes... desde el otro mundo.

¡Pobre Lisa! Ella no sabía nada de esta decisión; que no me maldiga, sino que rezone. Yo no puedo justificarme, no encuentro ni siquiera palabras para explicarle lo que quiera que sea. Sepa bien, Arcadio Makarovitch, que ayer mañana, cuando ella vinó a verme por última vez, le descubrí mi éngaño, le confesé que había ido a casa de Ana Andreievna con la intención de pedirle su mano. No podía tener aquello sobre mi conciencia ante mi última decisión, ya

tomada, en vista de su amor, y se lo descubrí. Ella ha perdonado, ha perdonado todo, pero yo no la he creído; no es un perdón; en su lugar, yo no hubiera podido perdonar.

Acuérdese usted de mí.

Su desgraciado y último príncipe,

SOKOLSKI

Estuve en la cama sin conocimiento exactamente nueve días.

Tercera parte

✦

CAPfTULO PRIMERO

I

Ahora, hablemos de otra cosa.

Proclamo siempre: «de otra cosa, hablemos de otra cosa», y siernpre vuelvo a hablar de mí misrno. Sin embargo he declarado mil veces que no tenia la menor intención de na - rrarme, y que estaba firmemente decidido a ello al comenzar estas notas: comprendo demasiado bien que no presento ningún interés pare el lector. Describo y quiero describir a los otros, y no a rní, y si es siempre mi individualidad la que vuelve bajo mi pluma, no es más que por efecto de un deplorable error, al que me resulta imposible escapar, a pesar de todos mis deseos. Lo que, sobre todo, me apena es que, al contar con tanto fuego mis propias aventuras, de rechazo doy motivos para creer que sigo siendo lo que era entonces. El lector se acuerda por otra parte de que he exclamado más de una vez: «Ah, si se pudiera cambiar el pasado y volver a empezar todo de nuevo! » Yo no habría podído lanzar esta exclamación si no estuviese ahora radicalmente cambiado, si no me hubiese convertido en un hombre completamente distinto. Es demasiado obvio; ¡si solamente fuera posible hacerse una idea de hasta qué punto rne fastidian todas estas excusas y estos prefacios que me veo obligado a insertar en todo instante, en mitad mismo de mis notas!

¡Al grano!

Después de nueve días de inconsciencia, volví en mi, resucitado, pero no corregido; mi renacimiento era por lo demás estúpido, si se le toma en un sentido amplio, y quizá, si eso sucediera hoy, ocurriría de una manera muy distinta. La idea, es decir, el sentimiento, consistía una vez más únicamente *(como millares de veces antes)* en abandonarlos de verdad, pero en absoluto, y no como antes, cuando me había propuesto mil veces esa resolución sin llegar nunca a ejecutarla. Yo no quería vengarme de nadie, doy mi palabra de honor, aunque tuviese motivos para quejarme de todos. Me preparaba a marchar sin disgusto, sin maldiciones, pero quería mi fuerza para mí, fuerza verdadera esta vez, independiente de todos ellos y del mundo entero; ¡yo, que había estado a punto de ponerme en paz con el mundo! Anoto mi sueño de entonces no como una idea, sino como mi sensación irresistible del momento. No quería formularla aún, mientras estuviese en cama. Enfermo y sin fuerzas, acostado en la habitación de Versilov, que ellos me habían dejado, sentía dolorosamente hasta qué gr ado de impotencia había caído; un maniquí de paja que se arrastraba en una cama, y no un hombre, y no era la

enfermedad el único motivo, ¡y cómo sufría yo por aquello! Así, de lo más profundo de mi ser, con todas mis fuerzas, empezó a elevarse una protesta, y yo me ahogaba con no sé qué sentimiento de insolencia infinitamente exagerada y de desafío. No me acuerdo de ninguna época de toda mi vida en que haya estado más lleno de sensaciones altivas que en aquellos primeros días de mi convalecencia, es decir, cuando la brizna de paja se arrastraba sobre el lecho.

Pero, mientras estaba aguardando, callaba e incluso había resuelto no reflexionar en nada. Estudiaba los rostros de ellos, para tratar de descubrir todo lo que yo necesitaba. Se veía que tampoco ellos tenían deseos de interrogarme ni de mostrarse curiosos, sino que hablaban conmigo de cosas indiferentes. Aquello me agradaba y al mismo tiempo me daba pena; no explicaré esa contradicción. Veía a Lisa más raramente que a mi madre, aunque viniera cada día a incluso dos veces por día. Por ciertos fragmentos de conversaciones y por el rostro de ellas deduje que Lisa tenía un montón de preocupaciones y que con mucha frecuencia no estaba en casa, a causa de sus asuntos: esta sola idea de que pudiera tener «sus asuntos» privativos de ella encerraba algo de ofensivo para mí; por lo demás no había a11í más que sensaciones enfermizas, puramente fisiológicas, que es inútil describir. Tatiana Pav1ovna también venía a verme casi todos los días y, sin mostrarse precisamente tierna, no me injuriaba como antiguamente, cosa que me molestó mucho, como se lo declaré con toda ingenuidad:

—Usted, Tatiana Pav1ovna, cuando no está diciendo injurias, resulta de lo más aburrido.

—Pues bien, ya no vendré más a verte —dijo en tono cortante, y se marchó.

Yo me alegré de haber espantado por lo menos a una.

Pero atormentaba sobre todo a mamá; era ella quien más me irritaba. Me había entrado un apetito feroz y a cada momento estaba refunfuñando, diciendo que se retrasaban siempre con la comida *(cosa que no sucedía nunca)*. Mamá no sabía qué imaginar para agradarme. Una vez, me trajo sopa y, según su costumbre, me la hizo comer ella misma: por mi parte, gruñía sin dejar de tragar. De repente me avergoncé de mis gruñidos: « ¡Ella es quizá la única a la que quiero, y es a ella a la que atormento! » Pero mi maldad no se alejaba y de repente aquella maldad me hizo derretirme en lágrimas. Ella, la pobrecilla, se figuró que yo lloraba de enternecimiento; se inclinó sobre mí y me besó largamente. Me enrigidecí, dejé pasar la tormenta, pero en realidad, en aquel minuto, la detestaba. Sin embargo yo siempre he querido a mamá, también entonces la quería, no era verdad que la detestase, únicamente pasaba lo que siempre ocurre: el más amado es el primer ofendido.

A quien yo odiaba realmente aquellos primeros días, era a un doctor. Ese doctor era un joven de aire orgulloso, que hablaba brutalmente a incluso con indecencia. Se diría siempre que esa gentecilla ha hecho en la ciencia, no más tarde de ayer mismo, un descubrimiento extraordinario y repentino, siendo así que ayer no sucedió nada de particular; pero así son siempre la «mediocridad» y el « arroyo». Aguanté con paciencia mucho tiempo, pero por fin estallé bruscamente y le declaré delante de todos los nuestros que hacía mal en molestarse, que yo me curaría muy bien sin él, que con su aire de realista estaba lleno de prejuicios y no

comprendía aún que la medicina no había curado jamás a nadie; que, en fin, según parecía lo más verosímil, él debía de ser groseramente inculto, «como todos nuestros técnicos y especialistas de hoy, que en estos últimos tiempos se dan tantos humos». El doctor se ofendió muchísimo *(con lo que demostró lo que era)*, pero continuó sus visitas. Le declaré en fin a Versilov que, si el doctor no dejaba de venir, le diría cosas diez veces aún más desagradables. Versilov me hizo observar solamente que cosas dos veces más desagradables que las que yo había dicho ya era perfectamente imposible, cuanto más diez veces. Me contentó su observación.

¡Qué hombre, sin embargo! Es de Versilov de quien hablo. Era él, él sólo quien tenía la culpa de todo; pues bien, únicamente a él no lo detestaba. No era solamente su manera de obrar conmigo lo que me había seducido. Creo que habíamos sentido entonces los dos que nos debiamos mutuamente muchas explicaciones... y que por esta razón lo mejor era no explicarnos jamás nada. Es infinitamente agradable, en tales circunstancias, tener que tratar con un hombre inteligente. Ya he dicho, en la segunda parte de mi relato, anticipadamente, que él me había hablado de una manera muy breve y muy clara de la carta que el príncipe detenido me había dirigido, de Zerchtchikov, de su explicación a mi favor, etc. Como yo ha bía resuelto callarme, le hice lo más brevemente posible dos o tres preguntas concretas; respondió a ellas de manera clara y concreta, pero sin palabras superfluas y, lo que es mejor aún, sin sentimientos superfluos. Los sentimientos superfluos, eso era lo que yo tenía entonces.

De Lambert no digo nada, pero el lector ha adivinado desde luego que pensaba mucho en él. En el delirio, yo había hablado varias veces de Lambert; pero, una vez vuelto en mí, al lanzar algunas ojeadas alrededor, me di cuenta en seguida de que toda la historia de Lambert seguía siendo un misterio y que ellos no sabían nada, ni siquiera Versilov. Entonces me alegré y mi miedo pasó. Pero yo me engañaba, como supe más tarde, con gran asombro mío: él había venido durante mi enfermedad, pero Versilov no me había dicho nada y deduje que, para Lambert, yo estaba ya en el otro mundo. Sin embargo yo pensaba frecuentemente en él; es más, pensaba en él no solamente sin repugnancia, no solamente con curiosidad, sino incluso con simpatía, como si yo hubiera presentido a11í algo nue vo, algo que respondía a los nuevos sentimientos y a los nuevos planes que estaban a punto de nacer en mí. En una palabra, decidí pensar en Lambert antes que en ninguna otra cosa, cuando me resolviera a empezar a pensar. Una cosa extraña: había olvidado completamente dónde vivía él y en qué calle había pasado todo aquello. La habitación, Alphonsine, el perrito, el pasillo, me acordaba de todo; habría podido dibujarlo inmediatamente; pero dónde había ocurrido todo aquello, en qué calle y en qué casa, lo había olvidado completamente. Y, lo que es más singular aún, me di cuenta de eso solamente al tercero o cuarto día de mi pleno conocimiento, cuando ha cía ya mucho tiempo que había empezado a inquietarme por Lambert.

Así, pues, he aquí cuáles fueron mis primeras sensaciones después de mi resurrección. No noté más que lo más superficial y es probable que no supiese notar lo esencial. En efecto, lo esencial fue quizá justamente en aquel momento cuando se resolvió y se formuló en mi

corazón; a pesar de todo, no perdía el tiempo enteramente enfadándome y enfureciéndome porque no se me traía mi caldo. ¡Oh, me acuerdo de lo triste que estaba, de cómo me aburría a veces, sobre todo cuando me quedaba mucho tiempo solo! En cuanto a ellos, como si lo hicieran a própósito, habían comprendido muy pronto que me sentía violento con ellos y que su compasión me irritaba, y me dejaban solo cada vez con mayor frecuencia: ¡exceso de delicadeza!

II

El cuarto día de mi pleno conocimiento, estaba en la cama, a eso de las dos de la tarde, y no había nadie conmigo. El tiempo era claro y yo sabía que después de las tres, cuando declinase el sol, un rayo rojo oblicuo daría en el ángulo de mi pared y alumbraría aquel sitio con una mancha brillante. Lo sabía por los días precedentes, sabía también que aquello ocurriría obligatoriamente dentro de una hora, y ese hecho de saberlo con anticipación como dos y dos son cuatro me irritó hasta la exasperación. Me volví convulsivamente con todo mi cuerpo, y de pronto; en el silencio profundo, oí claramente estas palabras: «Señor Jesucristo, Dios nuestro, ten piedad de nosotros,» *(114)*. Habían sido pronunciadas en un semimurmullo, luego llegó un profundo suspiró de todo el pecho, luego nuevamente volvió a caer todo en silencio. Levanté rápidamente la cabeza.

Ya antes, es decir, la víspera, a incluso la antevíspera, yo había notado algo de particular en nuestras tres habitaciones de la planta baja. En el cuartito donde se alojaban antiguamente mamá y Lisa, al otro lado de la sala grande, debía de haber ahora otra persona. Yo había oído ya varias veces algunos ruidos, y de día y de noche, pero siempre durante muy cortos intervalos, en seguida se restablecía el silencio, absoluto, durante varias horas, de manera que yo no había prestado mucha atención. La víspera se me había ocurrido la idea de que fuera Versilov, tanto más cuanto que un momento después había venido a verme; sin embargo yo sabía de manera segura, por sus conversaciones, que Versilov se había trasladado durante mi enfermedad a otro apartamiento donde pasaba la noche. En cuanto a mamá y a Lisa, yo sabía desde hacía mucho tiempo que se habían mudado las dos *(para mi tranquilidad, pensaba yo)* al piso superior, a mi antiguo «ataúd», a incluso cierto día me dije: «¿Cómo pueden ellas caber a11í las dos?», y de pronto resultaba ahora que su antigua habitación estaba habitada por algún otro y ese otro no era en modo alguno Versilov. Con una ligereza que yo no me había supuesto *(ya que hasta entonces me figuraba que estaba absolutamente sin fuerza s)*, saqué las piernas del lecho, me calcé unas babuchas, eché sobre mis hombros una bata gris de piel de cordero que estaba por a11í cerca *(ofrecida por Versilov)*, y me puse en marcha, a través de nuestro salón, hacia la antigua habitación de mi madre. Lo que vi allí me trastornó; no me suponía nada parecido y me detuve, como clavado en el sitio, en el umbral.

Estaba a11í un viejo completamente cano, con una gran barba terriblemente blanca, y era evidente que estaba allí desde hacía ya mucho tiempo. Estaba sentado no sobre la cama, sino en

el escabel de mamá, sólo la espalda apoyada en el lecho. Por cierto que se mantenía tan derecho, que parecía no tener necesidad de sostén alguno, aunque estuviese claramente enfermo. Llevaba, encima de su camisa, un chaquetón forrado de cordero, sus rodillas estaban cubiertas con la manta de viaje de mamá, y los pies estaban calzados con babuchas. Debía de ser alto, con los hombros anchos y el rostro saludable, a pesar de la enfermedad, a pesar de cierta palidez y de un poco de delgadez, el rostro ovalado, con cabellos muy espesos, pero no muy largos, y parecía tener más de setenta años. Junto a él, sobre una mesita al alcance de su mano, se encontraban tres o cuatro libros y unas gafas con montura de plata. Yo, que estaba seguro de no tener la menor idea de haberlo visto antes, adiviné instantáneamente quién era, sólo que no llegué a comprender de qué forma había pasado él tanto tiempo, casi pegado a mí, tan silenciosamente que yo no había sospechado nada hasta ahora.

No se movió al verme, sino que me miró fijamente y en silencio, y yo lo miré lo mismo, con la diferencia de que yo mostraba un inmenso asombro y él ni el más mínimo. Al contrario, después de haberme examinado por completo, hasta el último rasgo, durante esos cinco o diez segundos de silencio, sonrió de pronto y tuvo incluso una pequeña risita apenas perceptible que pasó rápidamente, pero cuya estela luminosa y alegre quedó sobre su rostro y sobre todo en sus ojos, muy azules, radiantes, grandes, pero de párpados hinchados y caídos por la vejez y rodeados de una infinidad de pequeñas arrugas. Fue sobre todo su risa lo que me impresionó.

Yo tengo la idea de que cuando un hombre ríe, la mayoría de las veces es una cosa que repugna contemplar. La risa manifiesta de ordinario en las personas un no sé qué de vulgar y de envilecedor, aunque el que ríe casi nunca sepa nada de la impresión que está produciendo. Lo ignora, lo mismo que se ignora por lo general la cara que se tiene durmiendo. Hay durmientes cuyo rostro sigue pareciendo inteligente, y otros, inteligentes por demás, que, al dormirse, adquieren un rostro estúpido y hasta ridículo. Ignoro a qué se debe eso: quiero decir solamente que el reidor, como el durmiente, lo más ordinario es que no sepa nada de su rostro. Hay una multitud extraordinaria de hombres que no saben reír en absoluto. En realidad, no se trata de saber: es un don que no se adquiere. O bien, para adquirirlo, es preciso rehacer la propia educación, hacerse mejor y triunfar de sus malos instintos: entonces la risa de un hombre así podría muy probablemente mejorarse.

Hay gente a la que su risa traiciona: uno se da cuenta en se guida de lo que llevan en las entrañas. Incluso una risa índiscutiblemente inteligente es a veces repulsiva. La risa exige ante todo franqueza, pero ¿dónde encontrar franqueza entre los hombres? La risa exige bondad, y la gente ríe la mayoría de las veces malignamente. La risa franca y sin maldad, es la alegría: ¿dónde encontrar la alegría en nuestra época y dónde encontrar a la gente que sepa estar alegre? *(Por lo que se refiere a la alegría de nuestra época, ésta es una observación que le escuché a Versilov y que he conservado.)* La alegría del hombre es su rasgo más revelador, juntamente con los pies y las manos. Hay caracteres que uno no llega a penetrar, pero un día ese hombre estalla en una risa bien franca, y he aquí de golpe todo su carácter desplegado delante de uno. Tan sólo las

personas que gozan del desarrollo más elevado y más feliz pueden tener una alegría comunicativa, es decir, irresistible y buena. No quiero hablar del desarrollo intelectual, sino del carácter, del conjunto del hombre. Por eso si quieren ustedes estudiar a un hombre y conocer su alma, no presten atención a la forma que tenga de callarse, de hablar, de llorar, o a la forma en que se conmueva por las más nobles ideas. Miradlo más bien cuando ríe. Si ríe bien, es que es bueno. Y observad con atención todos los matices: hace falta por ejemplo que su risa no os parezca idiota en ningún caso, por alegre a ingenua que sea. En cuanto notéis el menor rasgo de estupidez en su risa, seguramente es que ese hombre es de espíritu limitado, aunque esté hormigueando de ideas. Si su risa no es idiota, pero el hombre, al reír, os ha parecido de pronto ridículo, aunque no sea más que un poquitín, sabed que ese hombre no posee el verdadero respeto de sí mismo o por lo menos no lo posee perfectamente. En fin, si esa risa, por comunicativa que sea, os parece sin embargo vulgar, sabed que ese hombre tiene una naturaleza vulgar, que todo lo que hayáis observado en él de noble y de elevado era o contrahecho y ficticio o tomado a préstamo inconscientemente, y de manera fatal tomará un mal camino más tarde, se ocupará de cosas aprovechosas» y rechazará sin piedad sus ideas generosas como errores y tonterías de la juventud.

No inserto sin intención aquí esta larga parrafada sobre la risa, sacrificándole la coherencia del relato; la considero como una de las más serias conclusiones que yo haya extraído de la vida. Y se la recomiendo muy especialmente a las novias jóvenes que están en vísperas de casarse con el hombre elegido pero que lo miran todavía con desconfianza y perplejidad y no se han decidido aún definitivamente. No hay que burlarse de un pobre adolescente que se pone a dar lecciones en asuntos matrimoniales de los que no comprende una palabra. No comprendo más que una cosa: que la risa es la prueba más segura de un alma. Mirad a un niño; ciertos niños saben reír a la perfección, y por eso son irresistibles. Un niño que llora me resulta odioso, pero el que ríe y se alegra es un rayo del paraíso, una revelación del porvenir en el que el hombre llegará a ser, por fin, tan puro a ingenuo como un niño. Pues bien, no sé qué cosa infantil a increíblemente seductora pasó por la risa efímera de aquel anciano. Inmediatamente me acerqué a él.

III

—Siéntate, siéntate un momento, tus piernas no están todavía lo bastante fuertes —me dijo amablemente, indicándome un sitio a su lado y continuando mirándome a la cara, con la misma mirada radiante.

Me senté junto a él y dije:

—Yo le conozco a usted. Usted es Makar Ivanovitch.

—Sí, querido mío. Me alegro de que estés ya levantado. Tú eres joven y eso es lo que te conviene. Al viejo la tumba, al joven la vida.

—¿Está usted enfermo?

—Sí, amigo mío, las piernas sobre todo; las pobres me han podido traer todavía hasta aquí, pero, en cuanto me he sentado, se han hinchado. Esto ha comenzado el jueves pasado, cuando el termómetro separó. *(Nota bene: es decir, que ha helado.)* Antes, me las ablandaba con una pomada, ya ves; fue el doctor Lichten Edmundo Karlovitch quien me la recomendó en Moscú, hace tres años, y me hacía mucho bien esa pomada; muchísimo bien. Y luego, desde ayer, también la espalda; se diría que hay perros que me están comiendo... Ya no duermo por las noches.

—¿Y cómo es que yo no le oigo a usted lo más mínimo? —lo interrumpí.

Me miró y pareció reflexionar:

——.— Lo que tienes que hacer es no despertar a tu madre —añadió, como ante un brusco recuerdo—. Se ha estado agitando toda la noche, en la habitación de al lado, pero sin ruidos; se habría dicho que era una mosca; ahora descansa, lo sé. ¡Oh!, es triste ser un pobre viejo —suspiró—. Uno se pregunta a qué está aferrada el alma, y sin embargo se agarra muy bien, se alegra de ver el día; incluso si fuera necesario volver a empezar toda la vida, creo que mi alma no tendría miedo de eso; pero quizá es un pecado pensar así.

—¿Y por qué un pecado?

—Esa idea es un sueño, y un viejo debe marcharse suavemente. Sí, acoger la muerte con murmullos o descontento, es un gran pecado. A1 fin y al cabo, si es por alegría espiritual por lo que se ama a la vida, creo que Dios lo perdonará, incluso a un viejo. Al hombre le resulta difícil saber lo que es pecado y lo que no lo es; es un misterio que sobrepasa al entendimiento humano. Un viejo debe estar siempre contento, debe morir en la plena luz de su espíritu, dichosamente y con belleza, saturado de días, suspirando por su última hora y alegre de irse como una espiga a la parva, cumplido su misterio.

—Usted habla siempre de «misterio»; ¿qué quiere decir «cumplir su misterio»? —pregunté, lanzando una ojeada hacia la puerta.

Yo estaba contento de que estuviésemos solos y de que nos rodease un silencio imperturbable. El sol brillaba viva mente en la ventana antes de su ocaso. Él hablaba con un poco de énfasis y sin precisión, pero muy sinceramente y con una fuerte excitación, como si estuviera verdaderamente contento con mi presencia. Pero observé en él un estado febril indudable a incluso bastante acusado. Yo también estaba enfermo, también yo tenía fiebre, desde el instante en que había entrado a11í.

—¿Qué es un misterio? Todo es misterio, amigo mío, el misterio de Dios está en todas partes. En cada árbol, en cada brizna de hierba, está encerrado ese misterio. Que un pajarito cante, que las estrellas como un gran espectáculo brillen por la noche, todo eso es misterio, el mismo misterio. Pero el mayor de todos los misterios es lo que espera al alma del hombre en el otro mundo. ¡Helo ahí, amigo mío!

—No sé en qué sentido usted... Desde luego, no es por irritarlo, y esté seguro de que creo en Dios; pero todos esos misterios han sido descubiertos desde hace mucho tiempo por la razón, y

lo que no ha sido descubierto aún, lo será, eso es absolutamente cierto, y quizá dentro de un plazo brevísimo. La botánica sabe perfectamente cómo nace el árbol, el fisió logo y el anatomista saben incluso por qué canta el pájaro, o lo sabrán bien pronto, y en cuanto a las estrellas, no solamente han sido contadas, sino que cada uno de sus movimientos ha sido calculado con una exactitud de minutos, tanto que se puede predecir, con mil años de anticipación, el minuto exacto en que aparecerá no importa qué cometa... Y ahora estamos conociendo incluso la composición de las constelaciones más alejadas. Coja usted un microscopio, es un cristal de aumento que agranda los objetos un millón de veces, y mire dentro de una gota de agua; verá allí todo un mundo nuevo, toda una vida de criaturas vivas, y sin embargo eso era también un misterio; pues bien, nosotros lo hemos descubierto.

—Ya he oído hablar de eso, hijo mío, y muchas veces, a muchas gentes. No lo niego: es una cosa grande y prodigiosa; todo le ha sido entregado al hombre por la voluntad de Dios; no en balde Dios le dio el soplo de vida: «vive y conoce».

—Vamos, eso son lugares comunes. ¿No es usted un enemigo de la ciencia, un clerical? Es decir, que no sé si usted comprende...

—No, hijo mío, desde mi juventud he respetado las ciencias y, sin dármelas de entendido, no murmuro contra ellas; lo que no me ha sido dado a mí le ha sido dado a otros. Y quizá está mejor así: a cada uno su don. Lo que pasa, mi querido amigo, es que la ciencia no sirve para todos. Las gentes son intemperantes, cada cual quiere asombrar al universo, y yo también tal vez, y más aún que los demás, si me comprendiese a mí mismo. Mientras que, ignorante como soy ahora, ¿cómo puedo glorificarme, cuando no sé nada? Tú, tú eres joven y fino, es tu destino, estudia pues. Trata de conocerlo todo a fin de que cuando lo encuentres con un impío o con un libertino, tengas con qué responderle y que no pueda inundarte con vanas palabras y turbar tu cerebro sin madurez. En cuanto a ese cristal de aumento, no hace mucho tiempo que lo vi.

Tomó aliento y suspiró. Decididamente, mi llegada le procuraba un placer extremado. Tenía una sed enfermiza de desahogarse. Además, no me engañaré desde luego al afirmar que me consideraba, por instantes, con un afecto extraordinario: apoyaba tiernamente su mano en la mía, acariciaba mi hombro... pero también, por instantes, preciso es confesarlo, parecía haberme olvidado por completo. Se habría dicho que estaba solo y, si continuaba hablando con ardor, era, al parecer, en el vacío.

Hay, amigo mío - continuó -, en la ermita de San Gennade, un hombre de gran sentido. Es de raza noble y teniente coronel, y posee una gran fortuna. Cuando estaba en el siglo, no quiso dejarse atrapar por el matrimonio; hace ya diez años que se ha separado del mundo, por amor al silencio y a la soledad, y ha apartado sus sentidos de las vanidades mundanas. Observa toda la regla monástica, pero no quiere profesar. Y, amigo mío, hay tantos libros en su casa que yo no he visto jamás una cosa igual en ninguna otra parte; por lo menos tiene por valor de ocho mil rublos, es él quien me lo ha dicho. Se llama Pedro Valerianitch. En diferentes épocas me ha

enseñado muchas cosas, y a mí siempre me ha gustado mucho escucharlo. Una vez le dije: «¿Cómo es posible que, con un espíritu tan cultivado como el suyo y llevando desde hace diez años una existencia de monje que ha hecho renuncia por completo de su voluntad, cómo es posible que no desee recibir el hábito para ser todavía más perfecto?» Y él me contestó: «¿Cómo te atreves, anciano, a hablar de mi espíritu? Tal vez justamente soy prisionero de mi espíritu, en lugar de dominarlo. Y, en cuanto a mi obediencia, quizás es que desde hace mucho tiempo he perdido ya la justa estimación de mi persona. ¿Y hablas también del abandono de mi voluntad? Pues bien, abandonaría inmediatamente mi dinero, entregaría mis grados, soltaría encima de este mesa todas las condecoraciones, pero mi pipa... he aquí que han pasado ya diez años y me temo que no podré renunciar jamás a ella. ¿Qué monje sería yo después de eso, de qué abandono de mi voluntad puedes tú alabarme? » Y yo me asombré entonces de aquella humildad. Pues bien, el verano pasado, allá por el día de San Pedro, volví a aquella ermita, fue Dios quien lo quiso, y ¿qué es lo que veo en su celda? Precisamente, ese objeto: un microscopio que él había hecho venir con grandes gastos del extranjero. «Espera un poco, me dice, voy a enseñarte una cosa sorprendente y que nunca has podido ver hasta ahora. Tú ves esta gota de agua, limpia como una lágrima; pues bien, mira lo que hay dentro, y encontrarás que la mecánica descubrirá en seguida todos los secretos del buen Dios... no nos dejarán ni uno siquiera.» He aquí lo que me dijo y que yo he conservado en mi memoria. Por mi parte, yo había ya mirado en aquel microscopio treinta y cinco años antes, en casa de Alejandro VIadimirovitch Malgassov, nuestro dueño, el tío de Andrés Petrovitch por parte de su madre y cuyos bienes pasaron en seguida, después de su muerte, a Andrés Petrovitch. Era un señor importante, un gran general, tenía una jauría numerosa, y yo he vivido muchos años junto a él como montero. Él también había instalado aquel microscopio, que se había traído consigo, a hizo que viniera toda su gente, unos detrás de otros, hombres y mujeres, para mirar, y se mostraba allí una pulga y un piojo, una punta de aguja, un cabello y una gota de agua. ¡Cómo se divirtieron! Tenían miedo de acercarse, pero también se le tenía miedo al amo; no era una cosa cómoda. Unos no sabían mirar, cerraban los ojos y no veían nada; otros gritaban de espanto, y el alcalde Savine Makarov se tapó los ojos con las dos manos gritando: « ¡Haced conmigo lo que queráis, no me acercaré!» ¡Menudas carcajadas que hubo! Sin embargo, no le confesé a Pedro Valerianovitch que, hacía ya muchísimo tiempo, más de treinta y cinco años, yo había visto aquella misma maravilla; él disfrutaba muchísimo enseñándola. A1 contrario, hice como si me asombrara mucho y me espantara. Me deja un momento y luego me pregunta: «Pues bien, anciano, ¿qué me dices de eso?» Yo me incorporo y le digo: «El Señor ha dicho: "Que se haga la luz", y la luz se hizo.» Y él me interrumpe bruscamente: «¿No serían las tinieblas las que se hicieron?» Dijo aquello de una manera extraña, sin reírse. En aquel momento me quedé sorprendido y e1 casi se enfadó y no dijo nada más.

—Es muy sencillo, ese Pedro Valerianovitch está en el monasterio para comer kutia *(115)* y hacer inclinaciones, pero él no cree en Dios, y usted apareció por a11í en uno de esos

momentos, eso es todo —le dije—. Por lo demás, es un hombre bastante raro: seguramente había mirado por el telescopio su buena decena de veces; ¿pr qué ha caído en la cuenta a la undécima? Es una impresionabilidad un poco nerviosa... Efecto del monasterio, sin duda.

—Es un hombre puro y de espíritu elevado —declaró el viejo con tono convencido—, no es un impío. Tiene espíritu para dar y vender, pero su corazón está inquieto. Gentes de esta clase nos llegan ahora a manadas de casa de los señores sabios. Y he aquí además lo que voy a decirte: el hombre se castiga a sí mismo. Elúdelos, no los atormentes, y antes de dormirte nómbralos en tus oraciones, porque esos hombres buscan a Dios. ¿Rezas tus oraciones antes de dormirte?

—No. Opino que es un rito inútil. Pero debo confesarle que su Pedro Valerianovitch me agrada; él por lo menos no es un fantoche, sino un hombre, y por cierto se parece un poco a otro que está muy cerca de nosotros y que los dos conocemos.

El anciano no prestó atención más que a la primera frase de mi respuesta:

—Haces mal, amigo mío, al no rezar tus oraciones. Es una cosa buena, que alegra el corazón, tanto al acostarse como al levantarse, y cuando se despierta uno por la noche. Soy yo quien te lo dice. Un verano, en el mes de julio, nos apresurábamos a llegar al monasterio de la Virgen para una fiesta. Cuanto más nos acercábamos, más gentes se nos iban reuniendo, y nos encontramos por fin cerca de dos centenares, ansiosos todos por besar las santas y venerables reliquias de los dos grandes taumaturgos Anice y Gregorio. Pasamos la noche en un campo, y abrí los ojos muy de mañana, cuando todo el mundo dormía aún y ni siquiera el sol había salido todavía del bosque. Pues bien, hijo mío, levanté la cabeza, abracé con una mirada el horizonte y suspiré: ¡por todas partes una belleza inefable! Todo está tranquilo; el aire, ligero; la hierba brota, ¡brota, hierbecita del buen Dios!; el pajarito canta, ¡canta, pues, pajarito del buen Dios!; el niñito lloriquea sobre los brazos de su madre, ¡Dios te guarde, hombrecito, crece y sé dichoso! *(116)*. Y, quizá por primers vez en toda mi vida, encerré todo aquello en mí mismo... Me volví a acostar de nuevo, ¡y me dormí con un sueño tan ligero! ¡Se está bien aqui abajo, querido mío! Yo, si estuviese mejor, me pondria en camino desde que empieza la primavera. Tanto mejor que haya misterios. Es terrible para el corazón y es maravilloso, pero este miedo alegra el corazón: « ¡Todo está en Ti, Señor, yo mismo estoy en Ti, recíbeme! » No murmures, joven: lo más bello es ser misterio —agregó con enternecimiento.

—«Lo más bello es ser misterio...» Me acordaré de esas palabras. Es terrible ver lo inexactamente que usted se expresa, pero yo comprendo... Lo que rne choca es que usted sabe y comprende muchas más cosas que las que puede expresar; únicamente que se diría que habla usted delirando...

Esta frase se me escapó al ver sus ojos febriles y su rostro empalidecido. Pero él, creo, no me oyó.

—¿Sabes, mí querido pequeño —dijo, como prosiguiendo su discurso interrumpido—, sabes que hay un límite para la memoria del hombre sobre esta tierra? Este límite a la memoria del hombre ha sido fijado en cien años solamente. Cien años después de su muerte, su recuerdo

puede subsistir aún en sus hijos o en sus nietos que han llegado a ver su rostro; más tarde, si su recuerdo dura aún, no es más que un recuerdo oral, mental, porque todos los que han visto su figura viva habrán pasado. Y su tumba en el cementerio estará tapada por la hierba, su lápida se romperá, todos los hombres lo olvidarán e incluso su posterioridad, en cuanto se olvide también su nombre, porque son muy pocos los que permanecen en la memoria de los hombres; ¡pues bien, sea! ¡Que se me olvide, amigos míos, pero yo os quiero desde el fondo de la tumba! Oigo, niñitos, vuestras voces alegres, oigo vuestros pasos sobre las tumbas de vuestros padres el día de los Difuntos. Mientras tanto, vivid al sol, alegraos, y yo rezaré a Dios por vosotros, descenderé hasta vosotros en vuestros sueños... ¡El amor sub siste después de la muerte!

Yo estaba poseído de la misma fiebre que él; en lugar de irme o de exhortarlo a que se calmara, o quizá tenderlo en su cama, porque parecía hallarse en pleno delirio, lo agarré de pronto por la mano e, inclinándome sobre él y apretándole la mano, dije en un susurro conmovido y con lágrimas en el corazón:

—Soy feliz pudiendo verle. Le esperaba a usted quizá desde hace largo tiempo. Entre ellos, no quiero a nadie: no tienen belleza... No los seguiré, no sé adónde ir, iré con usted...

Pero, por fortuna, mi madre entró en aquel mome nto; de lo contrario, no sé cómo habría podido acabar aquello. Entró con el aire de una persona que acaba de despertarse y que se alarma. Tenía en la mano un frasco y una cuchara sopera; al vernos, exclamó:

——¡Ya lo sabía yo! ¡No le he dado la quinina a tiempo, y ahora está todo febril! ¡He dormidó demasiado, Makar Ivanovitch, querido mío!

Me levanté y salí. Ella le dio de todas formas su poción y lo acostó. También yo me acurruqué en mi cama, pero con una turbación extrema. Había vuelto con una gran curiosidad, y reflexionaba con todas mis fuerzas sobre aquel encuentro. Ignoro qué era lo que yo esperaba entonces de aquello. Sin duda, yo razonaba sin cesar y to que se sucedía en mi espíritu no eran ideas, sino muñones de ideas. Yo estaba acostado con la cara vuelta hacia la pared: de repente vi en el rincón la mancha brillante y luminosa del sol poniente, aquella misma mancha que yo aguardaba hacía poco con tantas maldiciones, y me acuerdo de que toda mi alma se exaltó, como si una luz nueva penetrase en mi corazón. Me acuerdo de aquel minuto delicioso, no quiero olvidarlo. No fue más que un instante de esperanza nueva y de nueva fuerza... Yo estaba ya convaleciente, y por lo tanto aquellos accesos podían ser la consecuencia inevitable del estado de mis nervios, pero por lo que se refiere a esa esperanza luminosa, todavía hoy día creo en ella: eso es lo que he querido hoy anotar y conservar aquí. Evidentemente, yo sabía ya muy bien que no me iría de peregrino con Makar Ivanovitch y sabía también que ignoraba por mi parte en qué consistía la aspiración nueva que se había apoderado de mí, pero yo había ya pronunciado aquella frase, aunque lo hubiese hecho en el delirio: « ¡Ellos no tienen belleza! » «Se acabó - pensaba yo en mi deslumbramiento -, a partir de este instante yo busco la belleza, ellos no la tienen, y por eso es por lo que los abandono.» Hubo a mi espalda como un

ligero roce; me volví; era mamá que se inclinaba sobre mí y me rniraba a los ojos con una curiosidad tímida. La agarré de pronto por la mano:

—¿Por qué, mamá, no se me ha dicho nunca nada de nuestro querido huésped? —le pregunté bruscamente, sin esperar a lo que ella me fuera a decir.

Toda su inquietud desapareció inmediatamente, y la alegría alumbró su rostro, pero no me respondió, excepto estas pocas palabras:

—No te olvides tampoco de Lisa, de Lisa; te has olvidado de Lisa.

Dijo aquello rápidamente, ruborizándose, a hizo un ademán como para marcharse en seguida, porque también ella tenía horror a desplegar sus sentimientos; en ese aspecto se me parecía, es decir, que era reservada y casta; además, naturalmente, ella no habría querido discutir conmigo aquel tema: Makar Ivanovitch; lo que habíamos podido decirnos con aquel cambio de miradas bastaba. Pero fui yo, que detesto todo despliegue de sentimientos, quien la retuvo a la fuerza por la mano: la miré dulcemente a los ojos, reí dulce y tiernamente, y con la otra mano acaricié su rostro querido, sus mejillas hundidas. Ella se inclinó y apoyó su frente contra la mía:

—¡Bueno, que Cristo sea contigo! —dijo repentinamente, irguiéndose y toda radiante—, cúrate. Te quedaré muy agradecida por ello. Él está enfermo, muy enfermo... Nuestra vida está en manos de Dios... ¡Ah!, ¿qué he dicho? ¡Pero es imposible!

Ella se fue. Ella había honrado siempre, durante toda su vida, en el temor y el temblor y en el respeto, a su legítimo esposo, al peregrino Makar Ivanovitch, que la había perdonado magnánimamente y de una vez para siempre.

Capítulo ii

✦

I

A Lisa, yo no la había «olvidado»; mamá se engañaba. Aquella madre sensible veía que reinaba una especie de frialdad entre el hermano y la hermana, pero no era cuestión de falta de cáriño, antes bien de celos. Voy a explicarme, puesto que viene a cuento, en dos palabras.

La pobre Lisa, después del arresto del príncipe, estaba como poseída de yo no sé qué orgullo arrogante, qué altivez inaccesible, casi insoportable; pero todo el mundo en la casa adivinó la verdad, a saber, que ella sufría, y, en cuanto a mí, si al principio me irritaba y fruncía las cejas ante aquellos modales, fue únicamente a causa de mi susceptibilidad mezquina, decuplicada aún por la enfermedad; por lo menos eso es lo que pienso hoy de ello. Pero jamás dejé de querer a Lisa. Muy al contrario, la quería todavía más. Solamente que no quería ser yo quien diera el primer paso, aun comprendiendo que tampoco sería ella quien to daría, a ningún precio.

Desde que se conoció la historia del príncipe, inmediatamente después de su arresto, Lisa no tuvo más preocupación que la de tomar respecto a nosotros y respecto a todo el mundo la actitud de una persona que no sabría ni siquiera admitir la idea de que se la pudiese compadecer o consolar, al justificar al príncipe. A1 contrario, siempre tratando de no explicarse y de no discutir jamás, tenía en todo momento el aire de glo riarse con la conducta de su desgraciado novio, como si se tratara de un heroísmo supremo. Ella parecía decirnos a todos y en cualquier instante *(sin pronunciar una palabra, lo repito)*: «Ninguno de vosotros hará jamás otro tanto. No seríais capaces de ir a entregaros por motivos de honor y de deber. Es que ninguno de vosotros tiene la conciencia tan delicada y tan pura. En cuanto a sus actos, ¿quién es el que no tiene alguna mala acción sobre su conciencia? Solamente que los demás se ocultan, mientras que él ha preferido perderse antes que seguir siendo indigno a sus propios ojos.» He aquí lo que significaba a ojos vistas cada uno de sus gestos. Yo no sé, pero me parece que yo habría obrado exactamente igual en la posición de ella. No sé tampoco si son éstas ciertamente las ideas que ella tenía en el fondo de su corazón, dentro de ella misma; sospecho que no. Con la otra mitad de su razón, la mitad clara, debía fatalmente mirar con entera claridad la nulidad de su «héroe»; porque, ¿quién se negará hoy a reconocer que aquel hombre infortunado a incluso magnánimo en su género era al mismo tiempo una perfecta nulidad? Aquella susceptibilidad misma, aquella disposición a lanzarse sobre todos nosotros, esas eternas sospechas de que pudiésemos pensar de él otra cosa, todo eso dejaba adivinar que se había formado en los arcanos del corazón de ella una opinion completamente diferente en cuanto a

su desgraciado amigo. Me apresuro sin embargo a añadir que, a mi entender, ella tenía razón por lo menos en la mitad; se le podía perdonar mejor que a nosotros todos que vacilase sobre la conclusión definitiva. Yo mismo, lo confieso de todo corazón, ahora que todo eso ha pasado ya, no sé en absoluto cómo juzgar, cómo estimar definitivamente a ese desgraciado que nos ha planteado a todos semejante enigma.

Sin embargo, por culpa de ella, la casa se transformó en un pequeño infierno. Lisa, que había querido tantísimo, debía de sufrir mucho. Con su carácter, prefirió sufrir en silencio. Su carácter era parecido al mío, es decir, autoritario y orgulloso, y siempre he creído, y lo sigo creyendo hoy, que ella había querido al príncipe por autoritarismo, porque él no tenía carácter y desde la primera palabra y la primera hora se había subordinado enteramente a ella. Todo éso ocurre por su cuenta en el corazón, sin ningún cálculo previo; pero ese amor del más fuerte hacia el débil es a veces infinitamente más violento y más torturante que el amor entre caracteres iguales, porque, a pesar de uno mismo, se asume la responsabilidad del amigo débil. Por lo menos, eso es lo que yo creo. Todos los nuestros, desde el principio mismo, la rodearon con la más tierna solicitud, sobre todo mamá; pero ella no se enterneció, no respondió a esa simpatía y pareció rechazar toda ayuda. Con mamá hablaba aún, al principio, pero de día en día se hacía rnás avara de palabras, más seca a incluso más cruel. A1 principio consultaba con Versilov, pero bien pronto tomó como consejero y ayudante a Vassine, cosa de la que me enteré más tarde con asombro... Iba cada día a casa de Vassine, recorría también los tribunales, veía a los jefes del príncipe, a los abogados, al procurador; al final, pasaban días enteros sin que casi se la viese en casa. Naturalmente, dos veces al día iba a visitar al príncipe, que estaba en la cárcel, en el departamento de los nobles, pero esas entrevistas, como terminé por darme cuenta a la larga, eran muy penosas para Lisa. Evidentemente, ¿cuál es la tercera persona que puede conocer de una manera perfecta los asuntos de dos enamorados? Sin embargo, yo sé que el príncipe la ofendía profundamente, más y más por momentos, ¿y cómo? Cosa curiosa: con unos celos incesantes. Pero más tarde volveremos sobre esto. Añadiré solamente una idea: es difícil decidir cuál de los dos atormentaba más al otro. Lisa, que, entre nosotros, se jactaba de su héroe, tal vez se comportaba de una manera completamente distinta frente a él, como he tenido ocasión de sospecharlo, según ciertos datos que también saldrán a relucir posteriormente.

Por tanto, en lo que concierne a mis sentimientos y a mis relaciones con Lisa, todo lo que se veía no era más que una mentira querida y celosa de una parte y de otra, pero jamás nos quisimos más intensamente que en aquel tiempo. Añadiré aún que, desde la aparición en nuestra casa de Makar Ivano vitch, después del primer movimiento de asombro y de curiosidad, Lisa se comportó con él con una especie de desdén, incluso de altivez. Parecía hacerlo adrede y no le concedía la más mínima atención.

Habiéndome jurado a mí mismo guardar silencio, como he explicado en el capítulo precedente, yo pensaba, como es natural en teoría, es decir, en mis sueños, en mantener mi

palabra. ¡Oh! Con Versilov, por ejemplo, antes habría hablado de zoología o de los emperadores romanos que de ella o por ejemplo de aquella línea esencial de su carta en que él la informaba de que el «documento» no había sido quemado, sino que existía y aparecería públicamente; aquella línea sobre la que yo me había puesto a pensar inmediatamente, desde que recobré el conocimiento y me volvió la razón después de la fiebre. Pero, ¡ay!, desde los primeros pasos prácticos, y casi antes de darlos, adiviné hasta qué punto era difícil a imposible persistir en semejantes decisiones preconcebidas. Al día siguiente de mi primer encuentro con Makar Ivanovitch, me vi terriblemente conmovido por una circunstancia inesperada.

II

Aquella emoción fue causada por la visita imprevista de Daria Onissimovna, la madre de la pobre Olia. Yo había sabido ya por mi madre que Daria había venido dos veces durante mi enfermedad, y que se interesaba mucho por mí salud. No me preocupé en averiguar si verdaderamente era por mí por quien había venido aquella «excelente mujer», como la nombraba siempre mi madre, o bie n sencillamente venía a ver a ésta, según la costumbre establecida. Mi madre me contaba siempre los acontecimientos de la casa, de ordinario en el momento en que venía a hacerme comer mi sopa *(en la época en que yo no podía aún comer por mí mismo)*, para distraerme; yo me empeñaba en demostrar todas las veces que me interesaba muy poco por aquellos informes, así es que no le pregunté mucho sobre Daria Onissimovna. No llegué a decir absolutamente nada.

Eran poco más o menos las once; iba a levantarme para trasladarme al sillón cerca de la mesa, cuando ella entró. Me quedé a propósito en la cama. Mamá estaba muy ocupada en las habitaciones de arriba y no bajó a verla, por lo que nos encontramos solos. Se instaló frente a mí, sobre una silla cerca de la pared, sonriendo y sin pronunciar una palabra. Yo presentía un largo silencio; por lo demás generalmente su llegada producía en mí una impresión de lo más irritante. Ni siquiera le hice un signo con la cabeza, y la miré fijamente a los ojos; pero ella también me miró cara a cara.

—¿Se aburre ahora usted mucho allá sola en su casa, sin el príncipe? —le pregunté de pronto, perdiendo la paciencia.

—Pero si ya no me alojo allí. Gracias a Ana Andreievna, me ocupo de vigilar ahora a su niñito.

—¿Qué niñito?

—El de Andrés Petrovitch —declaró ella en un susurro confidencial, mirando hacia la puerta.

—Pero está a11í Tatiana Pavlovna...

—Tatíana Pavlovna y Ana Andreievna, las dos, y también Isabel Makarovna, y la mamá de usted... todas. Todas toman parte. Tatiana Pav1ovna y Ana Andreievna son ahora muy amigas.

Aquello era una novedad. Ella se animaba mucho hablando. La miré con odio.

—La veo muy excitada en comparación con la última vez que vino.

—¡Ah, desde luego!

—Ha engordado usted, creo.

Tuvo una mirada extraña.

—Ahora la quiero mucho, muchísimo.

—¿A quién?

—Pues a Ana Andreievna. ¡Muchísimo! Una persona tan noble y tan razonable...

—¡Vaya! ¿Y cómo está ella ahora?

—Está muy tranquila, muy tranquila.

—Siempre ha sido tranquila.

—Desde luego, siempre.

—Si ha venido usted a contarme comadreos —exclamé de repente, no aguantando más—, sepa que no me mezclo en nada y que he decidido dejar todo eso... todo y a todos... todo me es igual: ¡voy a marcharme!

Me callé, porque me volvió la razón. No quería rebajarme explicándole mis nuevos propósitos. Ella me escuchó sin asombro y sin turbación, pero se produjo en seguida un nuevo silencio. De repente se levantó, se dirigió hacia la puerta y echó una ojeada a la habitación contigua. Después de haberse asegurado de que no había nadie a11í y de que estábamos solos, volvió con la mayor tranquilidad del mundo y se sentó nuevamente en el mismo sitio.

—¡Hombre, eso está muy bien! —dije, y estallé en una carcajada.

—¿Y su alojamiento en casa de los funcionarios, lo conservará usted? —preguntó ella de repente, inclinándose un poco hacia mí y bajando la voz, corno si fuera ésa la cuestion esencial por la que había venido.

—¿Mi alojamiento? No sé. Tal vez lo deje... ¿Es que lo sé yo mismo?

—Es que los caseros lo esperan a usted con ansia. El funcionario está muy impaciente; su esposa, también. Andrés Petrovitch les ha asegurado que seguramente usted volverá.

—Pero, ¿qué tiene usted que ver con eso?

—Ana Andreievna quería también saberlo; le ha alegrado mucho saber que usted continuará.

—¿Y por qué está tan segura de que continuaré en ese alojamiento?

Yo quería añadir: «¿Y qué le importa a ella?», pero me abstuve de hacer la pregunta, por orgullo.

—Es que se lo ha confirmado el señor Lambert.

—¿Co —ó— mo?

—El señor Lambent. Él también se lo ha confirmado con toda energía a Andrés Petrovitch que usted se quedaba, y se lo ha asegurado asimismo a Ana Andreievna.

Me quedé trastornado. Otra historia más. ¡Asi es que Lambent conoce ya a Versilov, Lambert se ha introducido hasta Versilov! ¡Lambent y Ana Andreievna: ha llegado también

hasta ella! Se apoderó de mí un acceso de fiebre, pero me callé. Un terrible aflujo de orgullo inundó mi alma, de orgullo o de otra cosa. Pero fue como si me dijese en aquel momento: «Si pido una sola palabra de explicación, me mezclaré de nuevo con ese mundo y no lo abandonaré jamás.» El odio se inflamó en mi corazón. Resolví con todas mis fuerzas callarme, y me quedé inmóvil en la cama. Ella también permaneció silenciosa un minuto largo.

—¿Y el príncipe Nicolás Ivanovitch? —pregunté de pronto, como perdiendo la cabeza.

Había hecho la pregunta en tono decidido, para cambiar de tema; y una vez más, a pesar de mis esfuerzos, planteaba la pregunta capital, volvía a entrar por mis propios pasos, como un loco, en el mismo mundo del que tan convulsivamente ha bía resuelto huir.

—Está en Tsarskoie —Selo *(117)*. Se encuentra un poco enfermo; la ciudad está llena ahora de estas fiebres. Todo el mundo le ha aconsejado que se retire a Tsarskoie, al palacio que tiene allí, a causa del buen aire.

No respondí.

—Ana Andreievna y la generala van a verlo cada tres días. Hacen el viaje juntas.

¡Ana Andreievna y la generala *(es decir, ella)*, amigas! ¡Hacen el viaje juntas! No dije nada.

—Es que las dos se han hecho muy amigas, y Ana Andreievna dice tantas cosas buenas de Catalina Nicolaievna...

Yo seguía silencioso.

—Catalina Nicolaievna se ha prendado nuevamente del mundo, no hay más que fiestas, está resplandeciente; se dice que toda la corte está enamorada de ella... En cuanto a lo del señor Bioring, todo ha quedado abandonado, no se hará el matrimonio; es lo que todo el mundo asegura... desde que...

Quería decir: desde la carta de Versilov. Tuve un temblor, pero no dije palabra.

—¡Cómo compadece Ana Andteievna al príncipe Sergio Petrovltch! ¡Y Catalina Nicolaievna también! No hacen más que hablar de él; ellas dicen que será absuelto y que condenarán al otro, a Stebelkov...

Yo la miraba con odio. Ella se levantó y de pronto se inclinó hacia mí.

—Ana Andreievna me ha recomendado mucho que me informe de la salud de usted —declaró susurrando apenas—, y me ha ordenado que le ruegue que vaya a verla en cuanto pueda salir a la calle. Hasta la vista. Cúrese usted, y yo diré que. . .

Salió. Me senté en la cama. Un sudor frío me resbalaba por la frente, pero lo que yo sentía no era espanto: la noticia, incomprensible para mí y monstruosa, concerniente a Lambert y a sus intrigas, no me había espantado lo más mínimo, en comparación con el miedo tal vez irreflexivo con que me había llenado durante mi enfermedad y en los primeros días de mi convalecencia el recuerdo de mi encuentro con él, aquella noche de marras. Al contrario, en aquel primer instante de turbación, sobre mi cama, inmediatamente después de la partida de Daria Onissimovna, ni siquie ra me detuve a pensar en Lambert, sino... lo que, me sobrecogió más fue la noticia de la ruptura entre ella y Bioring, su felicidad en el gran mundo, sus fiestas,

sus triunfos, su esplendor. «Ella brilla», había dicho Daria Onissimovna. Y sentí de repente que no tenía fuerzas para arrancarme a aquel torbellino, aunque las hubiese tenido para enrigidecerme, para callarme y para no interrogar a Daria Onissimovna después de sus relatos pasmosos. Una sed desmesurada de aquella vida, de la vida de ellos, se apoderó de mí y... también yo no sé qué otra sed deliciosa, que experimentaba hasta la felicidad y hasta un sufrimiento torturador. Mis pensamientos giraban en remolino, pero yo los dejaba correr. « ¿De qué sirve razonar? - me decía yo -. Sin embargo, incluso mamá me ha ocultado que Lambert había venido», pensé, por fragmentos, sin ilación. «Es que Versilov seguramente le ha dicho que se calle... Me moriré, pero no le haré ninguna pregunta a Versilov sobre Lambert.» Volvía sobre lo mismo: «Versilov, Versilov y Lambert, ¡oh, cuántas cosas nuevas en ellos! ¡Qué pillo este Versilov! Le ha metido el miedo en el cuerpo al alemán, a Bioring, con esa carta; la ha calumniado; la calomnie... il en reste toujours quelque chose, y ese cortesano de alemán ha tenido miedo del escándalo, ¡ja, ja! ¡Buena lección para ella! » «Lambert..: ¿pero Lambert no habrá llegado también hasta ella? ¿Cómo que no? ¡Seguro! ¿Y por qué iba a negarse ella a aliarse con él?»

Al llegar a ese punto, cesé de repente de agitar aquellos pensamientos sin coherencia y, desesperado, dejé caer la cabeza sobre la almohada.

—¡Ah, de ningún modo! —exclamé en una decisión súbita.

Salté de la cama, me puse las zapatillas y mi batín y me dirigí directamente a la habitación de Makar Ivanovitch, como si a11í estuviese el remedio para las obsesiones, la salvación, el ancla a la que me aferraría.

En efecto, podía ser que yo sintiese entonces aquella idea con todas las fuerzas de mi alma; porque, de lo contrario, ¿cómo habría dado yo aquel bote irresistible y súbito y me habría precipitado, en semejante estado de ánimo, en la habitación de Makar Ivanovitch?

III

Pero en la habitación de Makar Ivanovitch encontré a visitantes con los que no contaba: mamá y el doctor. Como me había figurado, al ir a11í, que me encontraría al viejo solo, como la víspera, me detuve en el umbral en una estúpida perplejidad. Pero no había tenido todavía tiempo de fruncir las cejas cuando llegó además Versilov y detrás de él, inmediatamente, Lisa... Todos se habían reunido pues en la habitación de Makar Ivanovitch, y «precisamente cuando menos falta hacía».

—He venido a informarme de su salud —dije, avanzando directamente hacia Makar Ivanivitch.

—Gracias, hijo mío, sabía que vendrías. Esta misma noche he estado pensando en ti.

Me miraba tiernamente a los ojos y yo veía que me quería quizá más que a todos los demás. Pero noté instantáneamente y a pesar de mi turbación que, si su rostro estaba alegre, no por eso la enfermedad había dejado de hacer grandes progresos durante la noche. E1 doctor acababa de

examinarlo muy en serio. Más tarde he sabido que ese doctor *(el joven con el que yo había disputado y que cuidaba a Makar Ivanovitch desde la llegada de éste)* trataba a su paciente con mucha atención y - no soy capaz de decirlo en la lengua médica que ellos emplean - suponía en él toda una complicación de enfermedades diversas. Makar Ivanovitch, como me di cuenta a la primera ojeada, tenía ya con él las relaciones más amistosas; de momento aquello no me agradó; por otra parte, yo estaba de muy mal humor en aquellos instantes.

—Bueno, Alejandro Semenovitch, ¿cómo se encuentra hoy nuestro querido enfermo? —preguntó Versilov.

Si yo no hubiese estado tan trastornado, mi primera ocupación habría sido la de estudiar con curiosidad las relaciones de Versilov con aquel viejo, y yo había pensado ya en eso la víspera. Lo que ahora me chocó sobre todo fue la expresión extremadamente dulce y conciliadora de su rostro; había a11í algo absolutamente sincero. Creo que ya he registrado la observación de que la fisonomía de Versilov se tornaba de una belleza asombrosa en cuanto que era un poco sencilla.

—Pero si no hacemos más que disputar —respondió el doctor.

—¿Con Makar Ivanovitch? No lo creo; con él no se puede disputar.

—Pero no quiere escucharme: no duerme en toda la noche...

—¡Vamos, ya está bien, Alejandro Semenovitch, ya está bien de bromas! —dijo, riendo, Makar Ivanovitch—. Entonces, mi querido Andrés Petrovitch, ¿qué ha hecho usted con nuestra señorita? Se ha pasado toda la mañana agitada, inquieta —añadió señalando a mi madre.

—¡Ah, Andrés Petrovitch! —exclamó mi madre con una inquietud extrema en efecto—. Cuéntenos todo rápidamente, no nos haga impacientarnos: ¿qué le han hecho a nuestra pobrecita?

—¡La han condenado, a nuestra pobrecita!

—¡Oh! —exclamó mi madre.

—Cálmate, ella no irá a Siberia: quince rublos de multa. ¡Es una comedia!

Se sentó y también lo hizo el doctor. Hablaban de Ta tiana Pavlovna, y yo no sabía aún nada de esa historia. Yo estaba a la izquierda de Makar Ivanovitch, y Lisa estaba sentada frente a mí, a la derecha; visiblemente traía una pena, su pena de cada día, que había venido a contársela a mamá; la expresión de su rostro era atormentada y despreciativa. En este momento, cambiamos una mirada y me dije de repente: «Los dos estamos deshonrados, y me corresponde a mí dar el primer paso haciá ella.» Mi corazón se había enternecido de pronto a su vista. Mientras tanto Versilov comenzaba a contar la aventura de la mañana.

Tatiana Pavlovna había comparecido por la mañana con su cocinera ante el juez de paz. El asunto era perfectamente ridículo; ya he dicho que la finesa intratable, cuando estaba furiosa, se quedaba callada a veces semanas enteras sin responder una sola palabra a las preguntas de su ama; he mencionado también la debilidad que sentía hacia ella Tatiana Pavlovna, que le

aguantaba todo y no la habría despedido definitivamente por nada del mundo. Todos esos caprichos de las viejas criadas y de las amas son a mi juicio completamente dignos de desprecio, y de ninguna forma merecen atención, y, si me decido a mencionar aquí esta historia, es únicamente porque esta cocinera desempeñará posteriormente en mi relato cierto papel de ningún modo despreciable, y sí fatal. Así, pues, al perder por fin la paciencia ante la testaruda finlandesa que no le respondía nada desde hacía varios días, Tatiana Pavlovna le había pegado de pronto, cosa que no había sucedido jamás. La finlandesa, en esta ocasión, no profirió tampoco el menor sonido, pero se puso en contacto el mismo día con un inquilino que habitaba en la misma escalera de servicio, por algún rincón de a11á abajo, el abanderado ya retirado Osetrov, quien hacía de solicitante en toda clase de asuntos y, naturalmente, presentaba quejas de ese género ante los tribunales, en virtud de la lucha por la existencia. El resultado fue que se citó a Tatiana Pavlovna ante el juez de paz y que Versilov fue llama do para prestar declaración.

Versilov relató toda esta historia con mucha alegría y en tono divertido, tanto, que hasta mamá se rió; él imitó a los personajes: Tatiana Pavlovna, el abanderado y la cocinera. La cocinera había comenzado por declarar al juez que ella solicitaba una indemnización en metálico, «de otra forma, si meten a la señora en la cárcel, ¿a quién voy a prepararle la comida?» A las preguntas del juez, Tatiana Pavlovna respondía con mucho orgullo, sin dignarse siquiera justificarse; por el contrario, concluyó con estas palabras: «Le he pegado y le pegaré otro vez», lo que hizo que fuera inmediatamente condenada a tres rublos de multa por insulto al juez. El abanderado, un joven como descoyuntado y flaco., se lanzó a pronunciar un largo dis curso en favor de su cliente, pero se despistó vergonzosamente e hizo reír a toda la sala. Los debates quedaron pronto terminados y Tatiana Pavlovna condenada a pagar a María, su víctima, quince rublos. Sin esperar sacó inmediatamente su portamonedas y contó la suma. Al punto, el abanderado surgió y tendió la mano, pero Tatiana Pavlovna apartó aquella mano, casi golpeándola, y se volvió hacia María: «Está bien, no se inquiete usted, señora, las añadirá usted a mi cuenta. A ése, ya me encargaré yo de arreglarlo. Ya ves, María, qué gran mocoso has escogido», dijo Tatiana Pavlovna, designando al abanderado y muy contenta de que María hubiera abierto por fin la boca. «Desde luego que ser mocoso, lo es, señora», respondió María con una mirada maligna. «¿Eran chuletas con guisantes lo que usted había pedido hoy? Hace un momento no la entendí bien; tenía prisa por venir aquí .» «No, no, con coliflores, María, y sobre todo -que no se te quemen, como ayer.» «Pondré toda mi atención, sobre todo hoy, señora. Déme usted la mano», y, en señal de reconciliación, besó la mano de su dueña. En una palabra, hizo que toda la sala se regocijara.

—¡Qué muchacha más rara! —dijo mi madre, meneando la cabeza, por lo demás muy satisfecha con el informe así como con el relato de Andrés Petrovitch, pero mirando a hurtadillas y con inquietud a Lisa.

—La señorita siempre ha tenido carácter, desde su infancia —dijo Makar Ivanovitch, riéndose.

—¡La bilis y la ociosidad! —respondió el doctor.

—¿Soy yo quien tiene carácter, soy yo la bilis y la ociosidad? —Era Tatiana Pavlovna que hacía irrupción, por lo visto muy contenta de sí misma—. Harías mejor, tú, Alejandro Semenovitch, no diciendo tonterías; me has conocido cuando todavía no tenías diez años; tú sabes si soy o no háragana, y, en cuanto a la bilis, hace todo un año que me estás cuidando, y no llegas a curarme. ¡Deberías avergonzarte de eso! Vamos, ya os habéis burlado bastante de mí; gracias, Andrés Petrovitch, por haber venido a declarar. Pues bien, mi querido Makar, sólo he venido a verte a ti, no a éste —me señaló, pero inmediatamente me dio una palmadita amistosa en el hombro; no la había visto nunca de un humor tan alegre.

—Bueno, ¿qué pasa? —concluyó, volviéndose de pronto hacia el doctor y frunciendo las cejas con aire preocupado.

—Pues que no quiere quedarse acostado, y, sentado, no hace más que agotarse.

—Pero no me quedaré más que un momento, con nuestros amigos —farfulló Makar Ivanovitch con una expresión suplicante, como un niño.

—Claro, a todos nos gusta eso, nos gustar charlar en público, cuando se hace corro alrededor de nosotros. Conozco a nuestro Makar —dijo Tatiana Pavlovna.

—¡Y mira que es ágil, cuantísimo! —sonrió todavía el anciano, volviéndose hacia el doctor —. Espera un poco, déjame que lo diga: me meteré en la cama. Lo sé, pero entre nosotros se dice: «Quien se mete en la cama es muy posible que ya no se levante.» Y eso es lo que me tiene escamado, amigo mío.

—¡Ah, ya lo sabía, siempre los prejuicios populares: «Si me meto en la cama, no me volveré a levantar», eso es lo que se teme con demasiada frecuencia en el pueblo, y se prefiere pasar la enfermedad en pie que ir al hospital. Pero lo de usted, Makar Ivanovitch, es sencillamente el aburrimiento, la nostalgia de la libertad y de la carretera. Ésa es toda su enfermedad: usted ha perdido la costumbre de quedarse en un sitio. ¿No es usted eso que se llama un vagabundo? Sí, el vagabundeo es una especie de pasión en nuestro pueblo. Lo he notado más de una vez. Nuestro pueblo es el vagabundo por excelencia.

—Entonces, ¿según tú, Makar es un vagabundo? —preguntó Tatiana Pavlovna.

—¡Oh!, no en ese sentido. Empleaba la palabra en su sentido general. El vagabundo religioso, piadoso, pero vagabundo al fin y al cabo. En el buen sentido, en el sentido honorable, pero un vagabundo... Desde el punto de vista médico...

Me volví completamente de improviso hacia el doctor:

—Le aseguro a usted que los vagabundos somos más bien usted y yo y todas las personas aquí presentes, y no este viejo, que todavía podría darnos tantas lecciones, porque tiene un principio firme en su vida, mientras que nosotros dos, tal como estamos aquí, no tenemos nada sólido... En realidad, usted no puede comprender.

Yo había hablado brutalmente; pero para eso era para lo que había venido. En el fondo no sé por qué seguía quedándome allí, y estaba sumido en una especie de locura.

—¿Cómo? —Tatiana Pavlovna me miró con aire suspicaz—. Y bien, ¿cómo lo has encontrado, Makar Ivanovitch? —dijo ella, señalándome con el dedo.

—Que Dios lo bendiga, tiene el espíritu vivo —dijo el anciano seriamente, pero a la palabra «vivo» casi todo el mundo se echó a reír.

Me puse rígido; el que más reía era el doctor. Lo molesto era que entonces yo no sabía el convenio que tenían hecho previamente. Versilov, el doctor y Tatiana Pavlovna se habían puesto de acuerdo, desde hacía ya tres días, para hacer todo lo posible con tal de apartar de mamá sus malos presentimientos y sus temores en cuanto a Makar Ivanovitch, que estaba infinitamente más enfermo y más incurable de lo que yo pensaba entonces. He ahí por qué todo el mundo bromeaba y se esforzaba en reír. Solamente que el doctor era un idiota y, por temperamento, no sabía bromear; ésa fue la causa de todo lo que pasó. Si yo hubiese estado enterado de su convenio, ha bría obrado de otra manera. Lisa tampoco sabía nada.

Me quedé escuchando nada más que a medias; ellos hablaban y reían mientras que yo tenía en la cabeza a Daria Onissimovna con sus noticias, y no podía desprenderme de aquello; me parecía verla a11í, sentada y mirando, levántándose prudentemente y lanzando una ojeada a la otra habitación. En fin, de repente, todos se echaron a reír: Tatiana Pavlovna, no sé a propósito de qué, había calificado de pronto al doctor de ateo:

—Pero ya se sabe, todos vosotros, doctores de mala muerte, no sois más que ateos.

—Makar Ivanovitch —exclamó el doctor, fingiendo, de la manera más estúpida del mundo, estar ofendido y reclamar justicia—, ¿soy yo ateo, sí o no?

—¿Tú, ateo? No, tú no eres ateo —respondió gravemente el anciano, mirándolo con fijeza

—no a Dios gracias — meneo la cabeza—, eres demasiado alegre.

—Entonces, ¿si se es alegre, no se puede ser ateo? —preguntó irónicamente el doctor.

—¡Es todo un pensamiento! — dijo Versilov, pero sin reírse.

—¡Es un, gran pensamiento! —exclamé yo, sin poder contenerme, impresionado por aquella idea.

El doctor miraba alrededor de él con aire interrogador.

—Esa gente instruida, esos profesores —empezó Makar Ivanovitch, bajando ligeramente los ojos *(sin duda se había dicho antes alguna cosa sobre los profesores)*—, al principio, me inspiraban un miedo atroz: me mostraba tímido frente a ellos, porque no había cosa que temiera más que a los ateos. Yo me decía: «No tengo más que un alma; si la pierdo, no volveré a encontrar otra.» Pero más tarde adquirí valor: «Vamos a11á, al fin y al cabo no son dioses, son hombres como nosotros, a incluso más bajos que nosotros.» Y además, la curiosidad aguijoneaba: «Quiero saber por fin qué es eso del ateísmo.» Únicamente, amigo mío, que también esa curiosidad pasó en seguida.

Se calló un momento, pero muy decidido a continuar, con la misma sonrisa digna y grave. Existe una ingenuidad que se fía de todo el mundo, sin sospechar que pueda existir la burla. Ese tipo de hombres se distingue porque son individuos limitados, dispuestos a desplegar delante del primero que llegue lo que de más precioso tiene en el corazón. Pero me parecía que en Makar Ivanovitch había una cosa distinta y que no era únicamente la inocencia de su simplicidad lo que lo empujaba a hablar: se adivinaba en él a un propagandista. Yo había captado con satisfacción cierta ironía, incluso un poco maligna, dedicada al doctor y quizá también a Versilov. Esta conversación era por lo visto la continuación de discusiones anteriores que habían tenido en el curso de la semana. Pero, por desgracia, se había dejado escapar una vez más la misma palabra fatal que tanto me había electrizado la víspera y que me impulsó a una salida que todavía lamento.

—El ateo —hombre— continuó el anciano, con aire concentrado —es posible que me inspire más temor aún. Lo que pasa únicamente, mi querido Alejandro Semenovitch, es que a ese ateo no lo he encontrado jamás, ni siquiera una sola vez, y en su lugar he encontrado al ateo embrollón, que es como hay que llamarlo. Son individuos de muy distintas clases; ni siquiera se puede distinguir sus especies; grandes y pequeños, tontos y sabios, a incluso gente del pueblo, y todos unos embrolladores. Se pasan toda la vida leyendo y razonando, están saturados por el encanto de los libros, péro por su parte permanecen siempre en la duda, sin poder decidir nada. Los hay que están totalmente dispersos, que ni siquiera se observan ya a sí mismos; otros están más endurecidos que la piedra, y su corazón está recorrido por sueños; otros son insensibles y ligeros con tal de poder soltar sus bromas. Otros no han cogido de sus libros más que la flor, y encima según la idea que ellos tienen; pero siempre son embrolladores y sin decisión; he aquí lo que os diré aún: hay en eso mucho de aburrimiento. El hombre sencillo vive en la necesidad, no tiene pan, no tiene nada que dar a los niños, duerme sobre la picante paja, pero tiene siempre el corazón alegre y ligero; comete pecados y dice groserías, pero el corazón sigue estando entero. El grande hombre se atraca de bebida y de alimento, está sentado sobre su montón de oro, pero el corazón lo tiene siempre lleno de fastidio. Los hay que han atravesado todas las ciencias, y el fastidio sigue estando a11í. Yo creo ciertamente que, cuanto más espíritu se tiene, tanto mayor es el tedio. Tomen en cuenta solamente una cosa: se está enseñando desde que el mundo es mundo, pues bien, ¿qué es lo que se ha áprendido de bueno, qué es lo que se ha aprendido para que el mundo sea una morada bella y alegre dentro de lo posible y desbordante de todos los gozos? Y os diré aún otra cosa: ellos no tienen belleza, ni siquiera la quieren; están todos muertos, únicamente que cada uno alaba su muerte y no piensa en volverse hacia la única Verdad; vivir sin Dios no es más que tormento. Sucede así que maldecimos a lo que nos alumbra, y eso sin siquiera saberlo. ¿Y qué sentido común hay en eso? El hombre no puede vivir sin arrodillarse; no se soportaría, ningún hombre sería capaz de ello. Si rechaza a Dios, se arrodilla delante de un ídolo, de madera, o de oro, o imaginario. Todos son idólatras, y no ateos, así es como hay que llamarlos. ¿Y cómo no ser ateo? Los hay que son verdaderamente ateos,

sólo que ésos son mucho más terribles que los otros, porque se presentan con el nombre de Dios en la boca. He oído hablar de ellos muchas veces, pero nunca me he encontrado con ninguno. Pero ellos existen, amigo mío, y creo que deben existir.

—Los hay, Makar Ivanovitch —confirmó de repente Versilov—, los hay y «deben existir».

—¡Desde luego que los hay y «deben existir»! —esta frase se me escapó irresistiblemente y con fuego, no sé por qué; pero el tono de Versilov me había arrastrado y una idea me seducía en la expresión: «deben existir».

Esta conversación me resultaba totalmente inesperada. Pero en aquel momento se produjo súbitamente algo completamente inesperado también.

IV

El día era de una luminosidad notable. Por lo general, en la habitación de Makar Ivanovitch no se levantaba la persiana en todo el día, por orden del doctor; solamente que lo que había en la ventana no era una persiana, sino una cortina, de forma que la parte alta de la ventana no llegaba a estar cubierta; en efecto, el viejo se encontraba mal cuando no vela en absoluto el sol, con la antigua persiana. Ahora bien, nos quedamos charlando justamente hasta el momento en que un rayo de sol le dio a Mákar Ivanovitch en pleno rostro. Ocupado en la conversación, al principio no se dio cuenta de eso, pero varias veces volvió la cabeza maquinalmente, sin dejar de ha blar, porque aquel rayo brillante lo molestaba a irritaba sus ojos enfermos. Mamá, en pie al lado de él, había mirado ya varias veces la ventana con inquietud; habría hecho falta sencillamehte cegarla del todo, pero, para no estorbar la conversación, imaginó el procedimiento de intentar arrastrar hacia la derecha el taburete sobre el que estaba sentado Makar Iva novitch: bastaba empujarlo quince centímetros, veinte como máximo. Ya ella se había inclinado varias veces para ponerle la mano encima, pero no había podido moverlo; el taburete, con Makar Ivanovitch sentado, no se movía lo más mínimo. Sintiendo sus esfuerzos, pero de manera completamente inconsciente, en el ardor de la conversación, Makar Ivanovitch había intentado varias feces levantarse, pero sus piernas no le obedecían. Sin embargo, mamá continuaba haciendo todos sus esfuerzos y tirando, y por fin todo aquello impacientó a Lisa. Me acuerdo de ciertas miradas brillantes, irritadas; únicamente que en el primer momento yo no sabía a qué atribuirlas, y además estaba distraído por la conversación. De repente, resonó esta invitación violenta, casi un grito, dirigida a Makar Ivanovitch:

—¡Pero, levántese usted un poco, ya ve las molestias que está pasando mamá!

El anciano la miró rápidamente, comprendió en seguida y trató inmediatamente de obedecer, pero sin éxito: apenas se había levantado diez centímetrqs, volvió a caer sobre el taburete.

—¡No puedo, hija mía! —respondió quejumbrosamente a Lisa, mirándola con humildad.

—Contar historias como para llenar un libro sí puede us ted, pero para hacer un sencillo movimiento no tiene fuerzas, ¿verdad?

—¡Lisa! —gritó Tatiana Pavlovna.

Makar Ivanovitch hizo de nuevo un esfuérzo extraordinario.

—¡Coja usted su muleta, está caída en el suelo, y ayúdese con ella! —lanzó Lisa de nuevo.

—¡Es verdad! —dijo el anciano, que se apresuró a coger su muleta.

—Sencillamente, no hay más que levantarlo —dijo Versilov, poniéndose en pie.

El doctor se puso en movimiento, Tatiana Pav1ovna se lanzó a su vez, pero no llegaron a tiempo: Makar Ivanovítch, apoyándose con todas sus fuerzas en la muleta, se había levantado de repente y se mantenía en pie mirando en torno a él, gozoso y triunfante.

—¡Lo he conseguido, yo solo! —exclamó casi con orgullo, riendo alegremente—. Gracias, hija mía, tú me has hecho más sabio, y yo que creía que mis piernas no servían ya para nada...

Pero no se quedó de pie mucho tiempo. No había terminado su frase, cuando la muleta sobre la que se apoyaba con todo su peso se deslizó de repente por la alfombra, y, como las piernas no lo sostenían casi en absoluto, se derrumbó cuan largo era sobre el entarimado. Resultó un espectáculo casi espantoso, me acuerdo muy bien. Hubo un « ¡Oh! » general, nos lanzamos todos a recogerlo, pero, a Dios gracias, no se había fracturado nada; sus rodillas habían chocado pesadamente con el entarimado, formando un gran ruido, pero él había tenido tiempo de avanzar la mano derecha y de aguantarse sobre ella. Lo levantaron y se le tendió en la cama. Estaba muy pálido, no de miedo, sino a causa del golpe. *(El doctor le había encontrado, entre otras cosas, una enfermedad del corazón.)* Mamá estaba fuera de sí, de terror. Súbitamente, Makar Ivanovitch, todavía pálido, sacudido el cuerpo y pareciendo apenas haber vuelto en sí, se volvió hacia Lisa y, con una voz dulce, casi tierna, le dijo:

—¡No, hija mía, ya lo ves, rnis piernas ya no me soportan!

Yo no sabría explicar la impresión que se había apoderado de mí. Las palabras del pobre viejo no tenían el menor acento de queja o de reproche; por el contrario, era evidente que él no había notado, desde el principio, la menor malignidad en las palabras de Lisa y que había considerado los gritos que ella le había dirigido como una cosa merecida, es decir, como una reprimenda a la que él se había hecho acreedor por su falta. Todo aquello obró también terriblemente sobre Lisa. En el momento de la caída, ella había dado un salto como todo el mundo y estaba a11í como muerta, sufriendo naturalmente porque ella era la causa de todo. Pero, al oír aquellas palabras, casi instantáneamente, enrojeció toda ella de vergüenza y de arrepentimiento.

—¡Basta! —ordenó de pronto Tatiana Pav1ovna—. Todo esto proviene de esas conversaciones tan tontas. Que cada uno se vaya a su habitación. Pero, ¿qué hacer cuando es el mismo médico el que empieza la cháchara?

—Desde luego —contestó Alejandro Semenovitch, afanándose en torno al enfermo—. Perdón, Tatiana Pav1ovna, él necesita reposo.

Pero Tatiana Pavlovna no escuchaba: desde hacía medio minuto observaba a Lisa silenciosamente y sin perderla de vista.

—Ven aquí, Lisa, y bésame, ¡vieja tonta que soy!; si quie res, claro está —invitó súbitamente.

Y la abrazó, ignoro por qué, pero desde luego eso era lo que había que hacer; hasta el punto que a mí mismo me faltó poco para lanzarme a abrazar a Tatiana Pavlovna; en efecto, era preciso no aplastar a Lisa bajo los reproches, sino acoger con alegría y felicitaciones el nuevo y buen sentimiento que seguramente iba a nacer en ella. Sin embargo, en lugar de todos esos sentimientos, me levanté de pronto y, martillando las palabras, empecé:

—Makar Ivanovitch, usted ha vuelto a emplear esa palabra: «la belleza», y justamente ayer y todos estos días esa pa labra me viene atormentando... En realidad toda mi vida me ha atormentado, solamente que otras veces yo no sabía lo que era. Considero esta coincidencia como fatal, casi maravillosa...Lo declaro en su presencia...

Pero se me interrumpió. Lo repito: yo ignoraba lo que ellos habían acordado en cuanto a mamá y Makar Ivanovitch; y, por mis actos pasados, ellos naturalmente me creían capaz de un escándalo de esa clase.

—¡Calmadlo, calmadlo!

Tatiana Pavlovna estaba completamente enfadada. Mamá se puso a temblar. Makar Ivanovitch, al ver el espanto general, se asustó también.

—— ¡Arcadio, cállate! —gritó con severidad Versilov.

—El verlos a todos ustedes alrededor de ese recién nacido —elevé la voz todavía más y señalé a Makar— es para mí una monstruosidad. Aquí no hay más que una santa, y es mamá, y todavía...

—¡Va usted a asustarlo! —insistió el doctor.

—Sé que soy el enemigo de todo el mundo —balbucí *(o alguna cosa de esa clase)*, pero, después de una nueva ojeada circular, lancé una mirada provocativa a Versilov.

—¡Arcadio! —gritó de nuevo—. Ya ha sucedido aquí entre nosotros una escena análoga. Te lo suplico, ¡reprímete ahora!

Yo no sabría expresar el potente sentimiento con el cual pronunció estas palabras. Había en sus rasgos una pena extraordinaria, sincera, completa. Lo más asombroso era que él tenía una expresión de culpabilidad: era yo el juez, y él, el criminal. Todo esto me sacó de quicio.

—¡Sí! —grité en respuesta—, esta escena se produjo ya el día en que enterré a Versilov, cuando lo arranqué de mi corazón... Luego ha habido la resurrección de los muertos, pero ahora... ahora ¡está terminado del todo! Pero... pero van a ver todos ustedes de lo que yo soy capaz. ¡No se esperan ustedes lo que yo soy capaz de probar!

Dicho esto, me lancé hacia mi habitación. Versilov corrió tras de mí.

Tuve una recaída: un acceso muy fuerte de fiebre, y, al atardecer, delirio. Pero no todo era delirio: había sueños innumerables, en procesión interminable, de entre los cuales he retenido durante toda mi vida uno, o un fragmento de uno. Lo registro aquí sin ninguna explicación; ese sueño era profético y no puedo omitirlo.

Me encontré de pronto, lleno el corazón con un propósito grande y orgulloso, en una sala vasta y alta; sólo que no en casa de Tatiana Pavlovna: me acuerdo muy bien de esta sala; hago esta observación por anticipado. Pero me esfuerzo en vano por estar solo; siento siempre, con inquietud y sufrimiento, que no estoy solo del todo, que se me espera y que se espera de mí alguna cosa. En alguna parte por detrás de la puerta hay personas que esperan to que voy a hacer. Una sensación insoportable: « ¡Ah, si yo estuviera solo! » Y de repente ella entra. Tiene un aspecto tímido y está terriblemente asustada; busca mis ojos. Tengo en mis manos el documento. Sonríe para seducirme, se pega a mí; me da lástima, pero comienzo a experimentar malestar. De pronto esconde su rostro entre las manos. Arrojo el «documento» sobre la mesa con un desprecio inexpresable: « ¡No me pida nada, tome, no le reclamo nada! ¡Me vengo con el desprecio de todas las injurias que he sufxido! »

Salgo de la habitación, lleno de un inmenso orgullo. Pero en el umbral, en la oscuridad, Lambert me detiene: « ¡Imbécil! Idiota! - musita con toda su fuerza, agarrándome por el brazo -: Ella va a abrir en Vassili Ostrov una pensión para niñas de la nobleza.» (Nota bene: es decir, para ganarse la vida si su padre, informado por mí de la existencia del documento, la deshereda y la pone de patitas en la calle. Anoto literalmente las expresiones de Lambert, tal como las oí en el sueño.)

—Arcadio Makarovitch busca «la belleza» —es la vocecita de Ana Andreievna la que oigo muy cerca, en la escalera; pero no era alabanza, era, por el contrario, una burla insoportable lo que vibraba en aquellas palabras.

Vuelvo a la habitación con Lambert. Pero, al verle, ella se echa inmediatamente a reír. Mi primera impresión es un terrible espanto, un espanto tal, que me detengo y me niego a seguir avanzando. La miro y no creo en mis ojos; es como si de repente se hubiese quitado una máscara del rostro: los rasgos son los mismos, pero cada uno de ellos está defermado por una desvergüenza desmedida. « ¡El rescate, señora, el rescate! », grita Lambert, y los dos se echan a reír cada vez con más fuerza, y mi corazón deja de latir: « ¿Es posible que esta mujer desvergonzada sea la misma que aquella que con una sola mirada hacía hervir mi corazón de virtud?»

—¡He aquí de to que son capaces por dinero, estos orgullosos, en su gran mundo! — exclama Lambert.

Pero la desvergonzada no se turba por tan poca cosa; se echa a reír precisamente al verme tan espantado. ¡Ah!, está dispuesta a pagar el rescate, lo veo, y.. . ¿qué es lo que pasa en mí? Ya no experimento ni lástima ni repugnancia. Tiemblo como nunca... Un nuevo sentimiento se apodera de mí, un sentimiento inexpresable, que no he conocido nunca, y poderoso conio todo el universo... ¡No tengo ya fuerzas para irme de a11í, por nada en el mundo! ¡Oh, qué dichoso soy al verla tan desvergonzada! La agarro por las manos, el contacto de sus manos me sacude dolorosamente, y aproximo mis labios a sus labios desvergonzados, bermejos, temblorosos de risa y que me llaman.

¡Lejos de mí ese recuerdo humillante! ¡Maldito sueño! ¡Lo juro, antes de ese sueño infame no había habido nada en mi espíritu que se pareciese en to más mínimo a aquel pensamiento vergonzoso! No, ni siquiera un sueño involuntario de aquella índole *(sin embargo, yo guardaba el documento cosido dentro de mi bolsillo y a veces me llevaba las manes al bolsillo con una sonrisa extraña)*. ¿De dónde había venido todo aquello de golpe? ¡Es que yo tenía un alma de araña! Qtliero ¿ecir que todo estaba desde hacía mucho tiempo en germen y reposaba en mi corazón perverso, en mi deseo, pero que el corazón estaba todavía retenido por la vergüenza, en el estado de vigilia, y el espiritu no osaba todavía representarse conscientemente nada parecido. En el sueño, por el contrario, el alma había presentado y desplegado delante de ella misma todo to que había en el corazón, con una precisión perfecta y en un cuadro muy completo, y bajo forma profética. ¿Era precisamente aquello to que yo quería probarles, al escaparme por la mañana de la habitación de Makar Ivanovitch? ¡Pero basta, ni una palabra más de eso antes de que llegue el momento! Aquel sueño que tuve es una de las aventuras más extrañas de mi vida.

Capítulo iii

✦

I

Tres días más tarde, me levanté por la mañana y comprendí de repente, una vez en pie, que no volvería a meterme en la cama. Experimentaba en todo mi ser la cercanía de la curación. Todos estos menudos detalles no valdrían quizá la pena de ser anotados, pero entonces sobrevino una serie de días en los cuales no se produjo nada de particular, y que, no obstante, han permanecido todos en mi memoria como algo tranquilo y gozoso: es una rareza en mis recuerdos. De momento, no hablaré de mi estado mental; si el lector supiese en qué consistía, no querría creerlo. Conviene más que esto resalte más tarde por los hechos. Mientras tanto, diré solamente esto: que el lector se acuerde de un alma de araña *(118)*. Y de esto, de la habitación desde la que quería abandonarlos y, con ellos, al mundo entero, en nombre de «la belleza». El anhelo de belleza estaba en su colmo, eso era una gran verdad, pero la forma en que pudo aliarse con otros anhelos, ¡y cuáles!, es para mí un misterio. Eso siempre ha sido un misterio, y mil veces me he asombrado de esta facultad que tiene el hombre *(y, creo, por excelencia el hombre ruso)* de mecer su corazón a una altura sublime y junto a la peor bajeza, y siempre con una absoluta sinceridad. Sobre si esta famosa amplitud de espíritu del ruso, que lo conducirá lejos, es eso, amplitud de espíritu, o si es sencillamente bajeza, la cuestión queda sin dilucidar.

Pero dejemos esto. De una manera o de otra, se produjo una calma. Yo había comprendido que era preciso a toda costa volver a estar sano y lo más pronto posible, para comenzar lo más pronto posible a obrar, y por eso decidí vivir higiénicamente, y escuchar al doctor *(cualquiera que fuese)*, aplazando las intenciones belicosas, con una sabiduría extrema *(fruto de la amplitud de espíritu)* hasta el día de mi salida, es decir, hasta la curación. La forma en que todas las impresiones pacíficas y los disfrutes de aquella calmá pudieran conciliarse con los latidus alarmados y agradablemente dolorosos de mi corazón, ante el presentimiento de las tempestuosas decisiones próximas, to ignoro, pero lo sigo atribuyendo a la «amplitud de espíritu». Sin embargo yo no esperaba la inquietud de otras veces; lo había aplazado todo hasta el término fijado, sin temblar ante el porvenir como antes temblaba, sino en plan de hombre rico, seguro de sus recursos y de sus fuerzas. La arrogancia y el desafío ante el destino que me aguardaba iba creciendo, un poco, creo, a causa de mi curación ya efectiva y del retorno rápido de las energías vitales. Aquellos pocos días de curación definitiva a incluso verdadera, los recuerdo todavía con gran satisfacción.

Me habían perdonado todo, quiero decir mi salida, ellos, esas mismas personas a las que yo había tratado como monstruos. Eso es to que me gusta en la gente, eso es lo que yo llamo la inteligencia del corazón; por lo menos, eso me sedujo inmediatamente, hasta un cierto punto sin duda. Versilov y yo, por ejemplo, continuábamos charlando como buenos y viejos amigos, pero hasta cierto punto: en cuanto se manifestaba demasiada expansión *(cosa que no dejaba de suceder de vez en cuando)*, los dos nos conteníamos inmediatamente, con un asomo de vergüenza. Hay casos en que el vencedor no tiene más remedio que avergonzarse ante su vencido, precisamente por haberlo derribado. El vencedor, evidentemente, era yo; y me sonrojaba por eso.

Aquella mañana, es decir, el día en que me levanté del lecho después de mi recaída, vino a verme y fue entonces cuando me enteré por él, por primera vez, del convenio que habían formado todos respecto a mamá y a Makar Ivanovitch. Añadió que el anciano estaba mejor, pero que, a pesar de todo, el doctor no respondía de él. Le hice de todo corazón la promesa de ser más prudente en el porvenir. En el momento en que Versilov me contaba todo aquello, noté de repente, por primera vez, que él mismo estaba muy sinceramente preocupado por aquel anciano, es decir, infinitamente más de lo que yo habría podido esperar de un hombre como él, y que lo consideraba como a una criatura particularmente querida, querida por él mismo y no tan sólo por causa de mamá. La cosa me interesó, casi me asombró, y, lo reconozco, sin Versilov hay muchas cosas que se me habrían escapado y que yo no habría apreciado suficientemente en aquel anciano, que me ha dejado uno de los recuerdos más sólidos y más originales de mi corazón.

Versilov parecía temer en cuanto a mis relaciones con Makar Ivanovitch, o más bien no se fiaba ni de mi inteligencia ni de mi tacto, y por eso se mostró extremadamente satisfecho más tarde, cuando se dio cuenta de que yo también era capaz a veces de comprender cómo había que comportarse con un hombre de ideas y de concepciones totalmente distintas; en una palabra, que yo sabía ser, cuando se presentaba el caso, conciliador y tolerante. Reconozco también *(creo que sin humillarme)* que encontré en aquella criatura venido del pueblo algo absolutamente nuevo para mí en cuanto a los sentimientos y a las ideas, algo que yo desconocía, infinitamente más limpio y consolador que la manera que yo tenía de comprender antes aquellas cosas. A pesar de todo, no había medio de no sulfu rarse algunas veces, ante ciertos prejuicios categóricos en los cuales él creía con una calma y una seguridad imperturbables. Pero de eso, naturalmente, la única causa estaba en su falta de instrucción, y su alma se hallaba bastante bien organizada, incluso tan bien, que no he conocido nunca a nadie que le sea superior en ese aspecto.

II

Ante todo, lo que me atraía en él, como ya he dicho anteriormente, era su extremo candor y una ausencia total de amor propio; se presentía allí un corazón casi sin pecados. Poseía «la

alegría» del corazón, y por consiguiente también «la belleza». Esta palabrita de «alegria», él la amaba mucho y la empleaba frecuentemente. Sin duda, a veces estaba poseído por una especie de excitación enfermiza, por una enfermedad de enternecimiento, un poco exagerada, supongo, porque la fiebre, a decir verdad, no lo abandonó en todo aquel tiempo; pero aquello no era obstáculo para la belleza. Había también contrastes: junto a una asombrosa ingenuidad, que a veces no se daba cuenta en absoluto de la ironía *(a menudo con gran despecho por mi parte)*, había también no sé qué fina astucia, sobre todo en las escaramuzas polémicas. La polémica era cosa que lo entusiasmaba, pero solamente de vez en cuando y a su manera. Se veía que había errado mucho a través de Rusia, oído mucho, pero lo repito, le gustaba más que nada el enternecimiento y por consiguiente todo lo que terminaba en ternura, y era muy aficionado a contar cosas enternecedoras. En general, le gustaba muchísimo relatar. De su boca he oído multitud de relatos sobre sus propios viajes, toda clase de leyendas sobre la vida secreta de los más antiguos ascetas. Tales temas no me son apenas conocidos, pero creo que él añadía a esas leyendas no pocas mentiras, procedentes en su mayor parte de la tradición oral de nuestro pueblo. Había cosas verdaderamente imposibles de admitir. Pero, junto a deformaciones evidentes o puras mentiras, resplandecía siempre no sé qué asombrosamente sólido, lleno de sentimiento popular y siempre enternecedor... He retenido, por ejemplo, de todos esos relatos, la larga historia denominada «Vida de Santa María Egipcíaca» *(119)*. De esa vida y de casi todas las otras análogas, yo no tenía hasta entonces la más mínima idea. Lo digo francamente: era imposible oírlo sin echarse a llorar, no de enternecimiento, sino por una especie de extraño entusiasmo: se sentía a11í algo extraordinario y ardiente, como la arena calcinada hasta el blanco vivo del desierto, habitado por leones, a través del cual erraba la santa. Pero no es de eso de lo que quiero hablar, y además no soy competente.

Además del enternecimiento, lo que me agradaba en él eran ciertos puntos de vista extremadamente originales sobre ciertas cuestiones extremadamente discutidas aun en nuestra época. Un día, por ejemplo, contaba la historia reciente de un soldado licenciado; él había sido casi testigo presencial del suceso. Aquel soldado había vuelto a sus Tares, y, al hallarse de nuevo entre los campesinos, no se había sentido ya a11í a gusto ni les había agradado a ellos tampoco. Nuestro hombre se descarrió, se puso a beber y cometió no sé qué acto de latrocinio; no había pruebas ciertas; sin embargo, lo detuvieron y lo juzga ron. El abogado había conseguido ya casi que lo absolvieran: ¡no había pruebas!, cuando de pronto el otro, que estaba escuchando, se levantó bruscamente a interrumpió a su defensor: « No, espera un poco.» Y lo contó todo «hasta el último entresijo»; se reconoció culpable de todo, con llantos y arrepentimiento. Los jurados se retiraron, se encerraron en su sala, y helos aquí que vuelven a salir: «No, no es culpable.» No hubo más que gritos de alegría. Pero el soldado se quedó clavado en el sitio, como si lo hubiesen transformado en una columna, sin comprender nada; no comprendió tampoco lo que le dijo el presidente para su gobierno, al ponerlo en libertad. Se marchó, no creyendo lo que veían sus ojos. Fue poseído por el fastidio: helo aquí sumergido en sus

reflexiones, ni come ni bebe, y no habla ya con la gente. Cinco días después se ahorcó. «¡He ahí lo que significa vivir con un pecado sobre la conciencia! », concluyó Makar Ivanovitch. Este relato carece evidentemente de valor, y de esas historias hay ahora multitudes en todos .los periódicos, pero lo que me agradó fue el tono, y más aún ciertas palabras que expresaban verdaderamente una idea nueva. A1 contar por ejemplo cómo el soldado, de vuelta al pueblo, no agradaba ya a los aldeanos, Makar Ivanovitch se expresó así: «Un soldado, ya se sabe lo que es: un soldado es un campesino echado a perder.» Hablando en seguida del abogado que había estado a punto de ganar el juicio, dijo también: «Ya se sabe lo que es un abogado: un abogado es una conciencia de alquiler.» Estas dos expresiones las encontró sin la menor dificultad y sin prestar la menor atención él irismo, y sin embargo contienen todo un concepto justo de esos dos seres, concepto que, si bien no es el de todo el pueblo, es el de Makar Ivanovitch, suyo propio y no tomado a préstamo. Esos juicios completamente acabados que tiene el pueblo sobre tal o cual tema son a veces verdaderamente maravillosos por su originalidad.

—Makar Ivanovitch, ¿y qué piensa usted sobre el pecado del suicidio? —le pregunté a propósito de aquel relato.

——El suicidio es el pecado mayor del hombre— respondió con un suspiro—, pero el Señor es el único juez de éste, por que Él solo lo sabe todo, las medidas y los límites. El deber por nuestra parte, es el de rezar por pecadores tan grandes. Cada vez que oyes hablar de un pecado como ése, antes de dormirte reza por ese pecador una tierna plegaria; a lo menos suspira por él cerca de Dios; incluso si no lo has conocido en absoluto, tu oración por eso será todavía más eficaz.

—Pero, ¿de qué le servirá mi oración, si está ya condenado?

—¿Y qué sabes tú? Muchos, ¡oh!, muchos no creen y aturden por eso a las personas mal informadas; no los escuches, porque no saben adónde van. La oración de un hombre todavía vivo por un condenado llega verdaderamente a Dios. Pero, ¿qué será de aquel que no tiene a nadie para rezar por él? Por eso, cuando reces, antes de acostarte, añade al terminar: «Señor jesús, ten piedad también de todos aquellos que no tienen a nadie que rece por ellos.» Esta oración es muy eficaz y muy agradable. Lo mismo por todos los pecadores aún vivos: «¡Señor, por los medios que Tu sabes, salva a todos los impenitentes! » Esta oración también es buena:

Le prometí rezar esas oraciones, comprendiendo que esa promesa le proporcionaría un placer extremo. Y en efecto, la alegría brilló en su rostro; pero me apresuro a añadir que en casos semejantes él no me miraba nunca de arriba abajo, como una especie de ermitaño podría tratar a un vulgar adolescente; al contrario, muy a menudo le gustaba escucharme discurrir, y no se cansaba, sobre diferentes temas, estimando sin duda que tenía que vérselas con un joven, pero también que ese joven era infinitamente más instruido que él. Le gustaba por ejemplo hablar muy a menudo de los ermitaños y colocaba «el desierto» inmensamente por encima de «la vida errante». Le hice ardientes objeciones, insistiendo sobre el egoísmo de esas personas que abandonan al mundo y desdeñan el bien que podían hacer a la humanidad, únicamente en

vista de una idea egoísta de su salvación. Al principio, él no comprendía e incluso sospecho que no me comprendió jamás; pero defendía mucho al desierto: «Primeramente se tiene lástima de sí mismo, como es natural *(es decir, en el momento de instalarse en el desierto)*, en seguida empieza a alegrarse más y más cada día y después, por fin, se ve a Dios.» Desarrollé entonces delante de él un cuadro completo de la actividad útil del sabio, del médico, en general del amigo de la humanidad en el mundo, y le causé un verdadero entusiasmo, puesto que él mismo ha blaba de eso calurosamente; a cada momento me aprobaba: «Sí, hijo mío, sí, Dios te bendiga, estás en lo cierto.» Pero cuando hube terminado, no se mostró sin embargo completamente de acuerdo: «Está bien eso - suspiró profundamente

—, pero ¿hay muchos que resistan bien y que no se dejen distraer? El dinero no es Dios, pero es un semidiós, es una gran tentación; y después hay también la mujer, y después la duda y después la envidia. Se olvida el gran negocio y se pone uno a ocuparse del pequeño. En el desierto pasa de una manera muy distinta. En el desierto, el hombre se fortifica para todas las hazañas. ¡Amigo mío! Pero ¿qué pasa en el mundo? —Y exclamó con un sentimiento extraordinario—. ¿No es solamente un sueño? Coge arena y siémbrala sobre los guijarros; cuando esa arena amarilla empiece a brotar sobre tus guijarros, entonces se realizará to sueño en el mundo, así es como se habla entre nosotros. Pero en Cristo se habla de otra manera: "Ve y distribuye to riqueza y hazte el servidor de todos." Y serás más rico que antes, una infinidad de veces; porque no es solamente el alimento ni los vestidos preciosos, ni el orgullo y la ambición los que dan la felicidad, sino el amor infinitamente multiplicado. ¡No es una pequeña riqueza, ni cien mil, ni un millón, sino el universo entero lo que ganarás! Ahora, amasamos sin hartarnos y disipamos locamente; pero entonces no habrá ni huérfanos ni pobres, porque todos son míos, todos son mis parientes, a todos los he adquirido, a todos los he comprado desde el primero hasta el último. Hoy, no es raro que incluso el rico y el grande se muestren indiferentes al número de sus días, y no sepan ellos mismos qué distracción inventar; pero entonces tus días y tus horas se multiplicarán por mil, porque tú no querrás ya perder ni un solo minutito y de cada uno to darás cuenta en la alegría de tu corazón. Entonces adquirirás la sabiduría no solamente por los libros, porque estarás con Dios mismo cara a cara; y la tierra resplandecerá más que el sol, y no habrá a11í ni penas ni suspiros, sino únicamente un paraíso único, sin precio... »

He ahí los accesos de entusiasmo que a Versilov le gustaban, creo, enormemente. Aquella vez se encontraba precisa mente en la habitación.

—¡Makar Ivanovitch! —lo interrumpí yo de repente, caldeado yo mismo sobremanera *(me acuerdo muy bien de aquella velada)*—. ¡Pero es el comunismo, un verdadero comunismo lo que está usted predicando!

Y como él no sabía absolutamente nada de la doctrina comunista, a incluso era aquélla la primera vez que oía esa palabra, me puse en seguida a explicarle todo lo que yo sabía de aquello. Confieso que sabía pocas cosas y las sabía mal, a inclúso ahora no soy nada competente en la

materia, pero lo que sabía, lo expuse a pesar de todo con mucho ardor. Me acuerdo aún con complacencia de la impresión extraordinaria que produje en el anciano. No era sólo una impresiór, sino más bien una sacudida. Se interesaba enormemente por los detalles históricos: «¿Dónde? ¿Cómo? ¿Quién lo hizo? ¿Quién lo dijo?» He observado por lo demás que eso es en general una particularidad del pueblo: no se contenta con la idea general; desde el momento en que algo le interesa mucho, reclama con avidez detalles firmes y precisos. Por mi parte, yo me extraviaba entre los detalles, y como Versilov estaba presente, yo tenía un poco de vergüenza delante de él y me acaloraba cada vez más. Finalmente, Makar Ivanovitch, todo enternecido, no hacía más que repetir después de cada palabra: « ¡Sí, sí! », pero visible mente sin comprender nada y sin seguir el hilo. Yo estaba irritado por aquello, pero de repente Versilov interrumpió la conversación, se levantó y declaró que era la hora de irse a acostar. Estábamos todos reunidos y era ya tarde. Cuando, algunos minutos después, lanzó un vistazo por mi habitación, le pregunté inmediatamente qué concepto tenía sobre Makar Ivanovitch en general y qué pensaba de él. Soltó una risa gozosa *(no era ni muchísimo menos por mis errores sobre el comunismo; al contrario, no habló de aquello)*. Lo repito una vez más: él estaba literalmente chiflado por Makar Ivanovitch, y yo sorprendía con frecuencia en su rostro una sonrisa extraordinariamente seductora cuando escuchaba al anciano. Esa sonrisa, por lo demás, no impedía la crítica.

—Has de tener en cuenta, ante todo, que Makar Ivanovitch no es un mujik, sino un siervo doméstico —declaró recalcándolo mucho—, un antiguo siervo doméstico y un antiguo servidor, nacido servidor y de un servidor. Esos siervos y esos domésticos compartían muchos aspectos de la vida privada, intelectual y espiritual de sus amos, en los viejos tiempos. Fíjate bien en que Makar Ivanovitch, incluso hoy día, se interesa sobre todo por los acontecimientos de la vida señorial y aristocrática. Tú no sabes hasta qué punto siente curiosidad por ciertos sucesos que han ocurrido en nuestro país estos últimos tiempos. .¿Sabías tú que es un gran político? He ahí a uno a quien no se le puede llevar por una oreja; hace falta contárselo todo, quién hace la guerra y dónde, y si nosotros la haremos también... En otros tiempos, con conversaciones de este tipo, le he proporcionado un auténtico bienestar. Respeta mucho las ciencias, y entre todas las ciencias prefiere la astronomía. Con todo, se ha creado en sí mismo algo tan independiente, que es imposible cambiarlo. Hay en él convicciones, firmes y bastante claras... y sinceras. A pesar de su enorme ignorancia, es capaz de asombrarlo o uno de repente con el conocimiento inesperado de ciertas nociones que jamás se habrían supuesto en él. Alaba el desierto con entusiasmo, pero él no irá por nada del mundo ni al desierto ni al convento, porque es sobre todo « un vagabundo», como lo ha llamado suavemente Alejandro Semenovitch, a quien, dicho sea de paso, detestas sin motivo alguno. ¿Qué más? Es un poco artista, tiene una cantidad de frases que son suyas propias, y otras también que no le pertenecen. Su lógica flaquea un poco. Algunas veces es muy abstracto, con accesos de sentimentalismo, pero de sentimentalismo puramente popular o, para decirlo mejor, accesos de ese enternecimiento

nacional que nuestro pueblo introduce tan ampliamente en su sentimiento religioso. Dejo aparte la cuestión de la pureza de su corazón y de su bondad: no es cosa nuestra ocuparnos de ese tema...

III

Para terminar el retrato de Makar Ivanovitch, reproduciré uno de sus relatos, tomado a préstamo de su vida privada. El carácter de estos relatos era singular, o más bien no tenían ningún carácter común; era imposible sacar de ellos ninguna moraleja ni ninguna tendencïa general, salvo la de que todos eran poco más o menos enternecedores. Pero los había tanmbién que no lo eran, los había incluso muy alegres y hasta con burlas contra ciertos monjes descarriados, tanto que al contarlos perjudicaba a su idea, cosa que le hice observar; pero él no comprendió lo que yo quería decir. Algunas veces resultaba difícil adivinar qué era lo que lo empujaba a relatar de aquella forma, de modo que yo llegaba incluso a asombrarme de semejante locuacidad, que atribuía en parte a la senilidad y a un estado enfermizo.

—Ya no es lo que era —me cuchicheó un día Versilov—. antes no era así, ni pensarlo. Morirá bien pronto, mucho antes de lo que pensamos, y hay que estar preparados.

Me he olvidado de decir que se había establecido entre nosotros algo así como «veladas» regulares. Además de mama, que no abandonaba casi nunca a Makar Ivanovitch, estábamos todos los días en su habitación Versilov y yo, que por lo demás no tenía otro sitio adonde ir; los últimos días Lisa solía entrar también, aunque más tarde que los otros, y casi siempre se quedaba silenciosa. Estaba también Tatiana Pavlovna y, aunque raras veces, el doctor. Yo no sé cómo se hizo aquello, pero bruscamente me había aproximado al doctor; no de una manera enorme, pero, en todo caso, nada de sofiones como antes. Lo que me agradaba en él era una cierta simplicidad que le había notado por fin y una cierta adhesión a nuestra familia, tanto que decidí por fin perdonarle su orgullo médico y además le enseñé a lavarse las manos y a cuidarse las uñas, puesto que decididamente le era imposible llevar la ropa limpia. Le hice comprender que no se trataba de la elegancia ni de las «bellas artes», sino que la limpieza entraba naturalmente en las funciones de un doctor, y se lo demostré. Finalmente, Lukeria venía a menudo desde su cocina hasta la puerta y escuchaba por detrás lo que contaba Makar Ivanovitch. Un día, Versilov la invitó a entrar y a sentarse con nosotros. Aquello me agradó; sin embargo, ya no volvió. Tenía su carácter.

Inserto aquí uno de esos relatos, al azar, únicamente porque es el que he retenido mejor. Es una historia de comerciantes, y creo que historias de esa clase, en nuestras ciudades grandes y pequeñas, las hay a millares, por poco que se sepa observar: El lector es libre de saltarse el relato, tanto más cuanto que lo cuento en el estilo del pueblo.

IV

Aquello sucedió en nuestro país, en la ciudad de Afinievo. Voy a contaros ahora esta maravilla. Había una vez un comerciante que se llamaba Rotoboinikov *(120)* Máximo Ivanovitch. Era el hombre más rico de toda la comarca. Había construido una fábrica de indiana y les daba trabajo a varios centenares de obreros. Acabó por endiosarse un poco. Y, preciso es decirlo, todo el mundo estaba a sus órdenes. Las autoridades no le presentaban ninguna dificultad, el archimandrita le daba las gracias por su celo; daba mucho para el convento, y, cuando el humor se lo decía, suspiraba grandemente por su alma y se preocupaba muchísimo por la vida futura. Era viudo y sin hijos; sobre su esposa corría el rumor de que él la había mimado muchísimo el primer año y que en su juventud había sido su esclavo; sólo que de aquello hacía ya muchísimo tiempo; en cuanto a volver a casarse, no quería ni oír hablar de eso. Tenía también una cierta debilidad por la bebida, y cuando le daba por ahí, se le veía correr borracho a través de la ciudad, desnudo y lanzando gritos; la ciudad no es nada grande, y todo se sabe. Pasado el momento, volvía a ponerse serio y todo lo que él juzgaba estaba bien juzgado, todo lo que ordenaba estaba bien ordenado. Con la gente arreglaba las cuentas según su fantasía. Helo aquí que coge su ábaco y se coloca las gafas: «¿Y contigo, Foma, cómo están las cuentas?» «No he recibido nada desde Navidad, Máximo Ivanovitch; se me deben treinta y nueve rublos.» «¡Huy, cuantísimo dinero! Es dema siado para ti; tú no los vales; eso no te conviene en absoluto; vamos, digamos diez rublos de menos, y quedan veintinueve, toma.» El otro no dice nada; nadie dice una palabra, silencio general.

—Yo sé muy bien cuánto hay que darles. Con esta gente es imposible obrar de otra manera. La gente de aquí está podrida. Sin mí, hace ya muchísimo tiempo que estarían todos muertos de hambre, desde el primero al último. Os lo repito, son todos ladrones: llenan antes el ojo que la barriga y no ponen corazón en el trabajo. Añadid a esto que son unos borrachos: les dais su paga, se la llevan a la taberna y salen de allí sin camisa, desnudos como gusanos. Y luego, son unos bribones: van a sentarse sobre una piedra enfrente de la taberna y hay que oírlos lamentarse: «Mamá querida, ¿por qué me has puesto en e1 mundo, pobre borracho que soy? ¡Mejor hubiera sido que a semejante borracho lo hubieses estrangulado al na cer! » ¿Es que puede llamarse a eso un hombre? Una bestia es, y no un hombre. Hace falta primero educarlo, y luego darle dinero. Yo sé muy bien cuándo hay que dárselo.

Pues bien, he ahí cómo Máximo Ivanovitch hablaba de la gente de Afinievo. Era una cosa que estaba mal por su parte, pero era verdad: nuestras gentes eran débiles, sin firmeza.

Habia en aquella misma ciudad otro comerciante, pero se murió; era un hombre joven y ligero, había quebrado y perdido todo su capital. El último año se debatía como un pez en la arena, pero su hora había llegado. Él y Máximo Ivanovitch se llevaban todo el tiempo disputando; el quebrado le debía montones de dinero. Todavía en su último suspiro maldecia a Máximo Ivanovitch. Dejó viuda todavía joven y con cinco hijos. Una viuda es como una golondrina sin refugio; es una dura prueba, y sobre todo con cinco niñitos, cuando no se tiene nada que darles de comer: su última propiedad, una casa de madera, Máximo Ivanovitch se la

arrebató para cobrarse. Entonces ella puso a todos los hijos delante de la puer ta de la iglesia como una fila de cebollas: el mayor tenía ocho años cumplidos, un varoncito; las otras eran todas hembras; la de más edad tenía cuatro años y la más joven mamaba aún. Acabada la misa, he aquí a Máximo Ivanovitch que sale, y todos los hermanos se arrodillan en cola delante de él *(la madre les había enseñado bien la lección)* y cruzan delante de él sus manecitas todos juntos, mientras que detrás de ellos, con la quinta niña en los brazos, la viuda le hace una inclinación hasta rozar con la tierra, delante de todo el mundo: «Mi buen señor, Máximo Ivanovitch, ten piedad de los pobres huérfanos, no les arrebates su último pedazo de pan, no los eches del nido paterno.» Todos los que estaban allí derramaron lágrimas: ¡ella les había enseñado muy bien la lección! Ella se decía: delante de la gente, le dará vergüenza y perdonará: «Tú, viuda joven, lo que quieres es un marido, y no es por los huérfanos por lo que lloras. Tu difunto me maldijo desde su lecho de muerte.» Y pasó sin devolver la casa. «¿Cómo voy a ceder a sus tqnterías? Se da el pie y se toman la mano. Todo eso no conduce a nada y no causa más que quebraderos de cabeza.» Ya corría el rumor de que, cuando aquella viuda era todavía joven, diet años atrás, él le había ofrecido una gran suma *(ella era muy guapa)*, olvidando que ese pecado es lo mismo que destruir una iglesia del buen Dios; pero él no había conseguido nada. Porquerías de aquella clase, él no había dejado de hacerlas en la ciudad a incluso en toda la provincia. Pero en aquel caso se había pasado de la raya.

La madre lanzó alaridos con sus pequeñuelos. Él expulsó a los huérfanos de la casa, no solo por maldad, sino porque hay veces en que uno no sabe por qué motivo se empeña en su idea. Así es que al principio se la ayudó y luego ella empezó a trabajar. Solamente que ¿qué se puede ganar entre nosotros, si no es trabajando en la fábrica? Lavar un suelo aquí, escardar un jardín a11á, calentar un baño, y encima con una criaturita en brazos, que no hace más que llorar, y las otras cuatro que están en la calle corriendo en camisa. Cuando ella había puesto a las criaturas de rodiilas delante de la iglesia, todas tenían todavía sus zapatitos y sus abriguitos, como hijas que eran del comerciante, al fin y al cabo; mientras que ahora corrían descalzas: ya se sabe que a los niños no les duran mucho las prendas. En el fondo, los pequeños no tienen necesidad de nada: están contentos desde que hay sol, no se dan cuenta de la desgracia, son como pajarillos, repiquetean como campanillas. La viuda se decía: « El invierno va a llegar, ¿qué haré de vosotros? ¡Si el buen Dios quisiera llamaros para entonces!» Pero no tuvo que esperar hasta el invierno. Hay en nuestra comarca una tos infantil, la tos ferina, que se pasa de un niño a otro. Primeramente murió la niña de pecho, en seguida las otras cayeron enfermas, y las cuatro hijas, el mismo otoño, fueron llevadas una detrás de otra. Verdad es que una de ellas fue aplastada en la calle. Pues bien, ¿qué crees que pasó?: las enterró a todas y lanzó gritos; antes, las maldecía, y cuando Dios las hubo llamado, las lloró muchísimo. ¡Ése es el corazón maternal!

Le quedaba vivo el mayor, el varoncito, y temblaba por él, no se atrevía ni siquiera a respirar. Era delgadíto y frágil, una figurita suave como una niña. Ella lo condujo a la fábrica, a casa de su padrino, que era capat az, y luego ella se quedó como criada en casa de un

funcionario. Un día que el niño corría por el patio, llega Máximo Ivanovitch en su coche y da la casualidad de que viene borracho. El niño, desde la parte baja de la escalera, cae directamente sobre él, se resbala y choca con él en el momento en ue bajaba de su coche. Le pone las dos manos en el vientre. El lo coge por los cabellos gritando: «¿De quién es? ¡Los látigos! ¡Que lo azoten inmediatamente, delante de mí! » El niño está muerto de miedo, lo azotan y él grita. «¿Encima vas a gritar? ¡Azótalo hasta que deje de gritar!» Lo siguieron azotando, no dejó de gritar hasta el momento en que se quedó ya totalmente inanimado. Entonces se pararon, se asustaron: el niño no respira ya, está tendido sin conocimiento. Se dijo en seguida que no lo habían azotado mucho, pero que era muy miedoso. Máximo Ivanovitch se asus tó también. « ¿De quién es? », pregunta. Se lo dicen. « ¡Encargaos de eso! ¡Llevadlo a casa de su madre! ¿Qué tenía él que hacer en la fábrica?» Do s días más tarde, pregunta: «¿Y el niño?» Las noticias eran malas: estaba enfermo, acostado en un rincón en casa de su madre, porque con aquel motivo ella había abandonado su puesto en casa de los funcionarios, y él tenía una congestión pulmonar. « ¡Qué tontería! ¿Y por qué, en definitiva? Si lo hubiesen azotado seriamente, se explica, pero lo único que se hizo fue meterle miedo. He pegado a todos los demás exactamente de la misma manera y nunca ha habido ninguna complicación. » Él esperaba que la madre fuera a quejarse, y se hacía el orgulloso. Solamente que ¿cómo quejarse? Ella no se atrevió. Entonces él le mandó quince rublos y un médico de su parte. No porque tuviera miedo, sino así como así, después de reflexionar. En seguida le vino la picada y no dejó de estar borracho en tres semanas.

Pasó el invierno. El día de Pascua, en plena fiesta, Máximo Ivanovitch pregunta de nuevo: «A propósito, ¿y aquel niño?» Todo el invierno había estado callado, no había preguntado nada. Le dicen: « Está curado, está en casa de su madre, y ella, ella hace faenas.» El mismo día, Máximo Ivanovitch fue a buscar a la viuda, sin entrar en la casa, pero la hizo llamar desde la entrada, y él estaba en su coche: «Mira, digna viuda, quiero el bien para tu hijo, quiero ser su verdadero bienhechor y testimoniarle bondades sin cuento: lo llevo a mi casa a partir de hoy, a mi hogar. Y por poco que simpatice con e1, le dejaré un capital suficiente; y si me gusta del todo, puedo dejarlo después de mi muerte heredero de toda nuestra fortuna, como si fuera mi hijo, a condición solamente de que tú no vengas jamás a mi casa, excepto en las grandes fiestas. Si eso te va bien, entonces, mañana por la mañana llévame al muchacho; no puede estar siempre jugando a los huesos.» Dicho esto, se volvió, y la madre se quedó como loca. La gente había escuchado, y le decía: «Cuando el niño sea grande, te reprochará haberlo privado de una suerte así.» Toda la noche, ella lloró encima de él, y luego, por la mañana, se lo llevó. El pequeño estaba más muerto que vivo.

Máximo Ivanovitch lo vistió como a un señorito y contrató a un preceptor, y desde ese momento lo puso delante de los libros. No le quitaba la vista de encima, siempre estaba a su lado. En cuanto el niño bostezaba, gritaba él: « ¡Coge tu libro! Estudia: quiero hacer de ti un hombre.» Pero el niño estaba delicado desde la otra vez, cuando lo del látigo. Tosía. «Entonces,

¡la vida no es buena en mi casa! » , se asombraba Máximo Ivanovitch. En casa de su madre corría descalzo, roía cortezas, y he aquí que ahora está más débil que antes.» Entonces el preceptor le dijo: «Los niños necesitan correr, no pueden estudiar todo el tiempo, necesitan moverse. . . » Y le explicó todo esto con razones. Máximo Ivanovitch pensó: «Tiene razón.» Este preceptor era Pedro Stepanovitch - que Dios lo tenga en su seno -, una especie de inocente. Bebía, y tal vez un poco demasiado; también lo habían expulsado de todas partes y vivía, en suma, de limosnas, y sin embargo era un gran cerebro, y estaba fuerte en ciencias. «Éste no es mi sitio - se decía a sí mismo -, yo debería ser profesor de universidad, mientras que por el contrario estoy aquí en el fango y "hasta mis costumbres me disgustan".» He aquí que Máximo Ivanovitch le grita al niño: « ¡Vete a correr! », y el otro respira apenas ante él. Llega incluso a no poder sufrir su voz: se había puesto a temblar. Máximo Ivanovitch se asombra del todo: «No se sabe nunca lo que tiene en la barriga. Lo he sacado del fango, lo he vestido con finas ropas, tiene botas de buen cuero, unu camisa bordada, lo trato como a un hijo de general, ¿y todavía no me quiere? ¿Por qué tiene que mirarme como un lobezno?» Desde hacía tiempo, nada asombraba ya que viniera de Máximo Iva novitch, pero en aquel momento empezaron nuevamente a asombratse: él no sabía ya qué imaginar, estaba todo pendiente de aquel pequeño, no podía abandonarlo. « Que me ahorquen, pero le cambiaré el carácter. Su padre me maldijo desde su lecho de muerte, después de haber recibido la Santa Comunión. Es su padre clavado.» Ni siquiera una sola vez le hizo dar de latigazos *(tenía ya demasiado miedo, desde la otra vez)*. El niño vivía en medio del terror, No había necesidad de latigazos.

Entonces se produjo la cosa. Un día que acababa de salir de la habitación, el niño soltó su libro para subirse a una silla: su pelota había caído en lo alto de una vitrina. Él quería cogerla, únicamente que la manga se le enganchó en una lámpara de porcelana que estaba arriba; la lámpara cae al suelo v se rornpe en mil pedazos. Toda la casa tiembla con el ruido, y era un objeto precioso, una porcelana de Sajonia. He aquí a Maximo Ivanovitch que lo oye desde la tercera habitación y que aúlla. El niño, de miedo, pone pies en polvorosa, se salva por la terraza, atraviesa el jardín y, por la puerta de atrás, desemboca derechamente en el muelle. Hay a11í un bulevar, con viejos cítisos, en una palabra un sitio alegre. Corrió hasta el agua, las gentes lo vieron, estiró los brazos, justamente en el sitio donde atraca el transbordador, y luego quizá tuvo miedo delante del agua, y se quedó clavado en el sitio. Aquella parte es ancha, el río rápido, las gabarras pasan , al otro lado, tiendas, una plaza, una iglesia, con cúpulas doradas que brillan. Justamente la coronela Ferzing bajaba del transbordador con su hija: teníamos en la ciudad un regimiento de infantería. La niña, ella también de ocho años, con su vestidito blanco, mira al muchachito y se ríe; ella llevaba en la mano una jaulita de madera y dentro un erizo. « ¡Mira, niamá, cómo ese niño mira mi erizo! » «No - dice la coronela -, solamente es que ha tenido miedo de alguna cosa.» «¿Por qué has tenido tanto miedo, lindo muchachito? - Así es como han contado la cosa después -. « ¿Y quién es este pequeño tan lindo? ¡Qué bien vestido va! ¿Quién er es tú, hijo mío?» Y él no había visto nunca erizos: se aproxima y mira. Ya ha

olvidado; ¡los niños! «¿Qué es lo que llevas ahí?» «Esto-dice la señorita - es un erizo. Lo hemos comprado hace un momento a un campesino, y él lo ha encontrado en el bosque.» «¿Y qué es un erizo?» Él ríe, quiere tocarlo con el dedo, el erizo se eriza y la niñita se divierte. « Nos lo llevamos a casa y vamos a domesticarlo.» « ¡Oh! ¡Dame tu erizo! » Se lo pedía así como así, con esa sencillez. Apenas había acabado cuando he aquí que Máximo grita desde lo alto: « ¡-Ah, estás ahí! ¡Detenedlo! »*(Estaba tan furioso, que había corrido detrás de él sin ponerse siquiera el sombrero.)* El niño se acuerda de todo, lanza un grito, avanza hacia el agua, apretando sus puñitos sobre el pecho, mira al cielo *(¡se lo ha visto, se lo ha visto!)* y, ¡puf, al agua! Entonces fueron los gritos, gente que se lanzó desde el transbordador; se creyó agarrarlo, pero el agua lo había arrastrado, el río es rápido, y cuando lo retiraron, ya estaba muerto. Estaba débil del pecho y no había soportado el agua. No le hacía falta mucho, ¿no es verdad? Y, por lo que pueda recordar el hombre., en nuestras tierras, nunca se había oído decir que un niño tan. pequeño hubiese atentado contra su vida. ¡Un pecado tan grand e! ¡Y qué es lo que podrá decir esa almita a11á arriba al buen Dios!

Desde aquel día Máximo Ivanovitch empezó a reflexionar sobre lo sucedido. Y se transformó hasta hacerse irreconocible. Se puso muy triste. Se dedicó a beber, bebió muchísimo, luego cejó: nada lo aliviaba. Dejó también de ir a la fábrica, ya no escuchaba a nadie. Cuando se le hablaba, no respondía, o bien hacía una señal indicando que lo aburrían. De esta forma se pasaron dos meses y en seguida se puso a hablar solo. Se paseaba hablándose. Cerca de la ciudad ardió el pueblecito de Vaskova, novecientas casas ardiendo. -Máximo Ivanovitch se acercó a ver. Los damnificados lo rodearon, lanzaron gritos: él prometió ayudarlos y dio órdenes, pero después llamó al administrador y anuló todo: «No ha y que darles nada», sin decir por qué: «El Señor me ha puesto como azote de todos los hombres, como una especie de monstruo. ¡Pues bien, sea! Mi fama se ha propagado como el viento.» El archimandrita en persona vino a buscarlo: era un viejo monje severo, y que había introducido la vida común en el monasterio *(121)*. «¿Cómo te estás conduciendo?», le dice severamente. «¡He aquí! » Y Máximo Ivanovitch le abrió un

libro y le indicó el pasaje:

✦

«Pero a quien escandalizare a uno de estos pequeños que creen en Mí, más le valiera que le colgasen al cuello una piedra de molino y lo lanzasen al fondo del mar.» *(San Mateo, 18, f6)*

——Sí—dijo el archiniandrita—, eso no ha sido dicho en este sentido, pero hay sin embargo una relación. Es una desgracia cuando el hombre pierde su mesura: ese hombre está acabado. Tú, tú lo has elevado demasiado.

Máximo Ivanovitch está rigido: se creería que lo ha atacado el tétanos. El archimandrita lo mira:

Escucha - l.e dice -, y recuérdalo bien. Se ha dicho: «Las palabras del desesperado son llevadas por el viento.» Y acuérdate también de esto, que los ángeles del buen Dios son ellos mismos imperfectos, y que el único perfecto y sin pecado es Dios, Jesucristo, al que sirven los ángeles. Por lo demás, tú no has querido la muerte de este niño, tú solamente has sido imprudente. Sólo que he aquí lo que yo encuentro incluso admirable: tú has cometido muchísimos otros desórdenes más graves, tú has reducido a tantísima gente a la mendicidad, tú has corrompido a tantas personas, a tantas las has empujado hacia la muerte, que es como si las hubieses matado. ¿Y sus hermanas, no han muerto antes que él, las cuatro de corta edad, casi ante tus ojos? ¿Por qué ha de ser éste el único en turbarte? ¿Es que por casualidad lo habrías olvidado de todos los precedentes, aparte de que no los hayas lamentado? ¿Por qué lo has asustado tan fuertemente por ese niño, de la muerte del cual no eres del todo culpable?

—Es que lo veo en sueños —declaró Máximo Ivanovitch.

—¿Y qué más?

Pero él no le descubrió nada más y permaneció silencioso. El archimandrita se asombró y se fue: ¡no había nada que responsable. hacer!

Entonces Máximo Ivanovitch envió a buscar al preceptor, Pedro Stepanovitch; no se habían visto desde el accidente.

—¿Tú te acuerdas? —le dijo.

—Me acuerdo.

—Se dice que tú has pintado cuadros al óleo para el traktir y que has hecho una copia del retrato del obispo. ¿Es que puedes hacerme un cuadro en colores?

—Sí, puedo hacerlo; domino todas las artes y puedo hacerlo todo.

—Entonces, hazme un cuadro, lo más grande posible, que ocupe toda la pared, y que todas las gentes que estaban entonces allí estén también ahora, Y que estén la coronela y su niñita, y el erizo. Y ponme la otra orilla toda entera, que se la vea tal como es, la iglesia, la plaza, las tiendas,

y aquí y allá los coches parados, todo como en la realidad. Y delante el transbordador, el niño, justamente al borde del río, en aquel sitio, y que tenga completamente sus dos puñitos apretados así sobre el pecho, sobre las tetillas. ¡Completamente! Y luego, delante de él, al otro lado, por encima de la iglesia, tú abrirás el cielo; y que todos los ángeles en la claridad celeste vuelen a su encuentro. ¿Tú puedes pacer eso, sí o no?

—Yo puedo todo.

—Es que yo podría, en lugar de un pintor de brocha gorda como tú, hacer venir al primer pintor de Mosrú o incluso de Londres, solamente que tú, tú te acuerdas de su carita. Si él no se parece o bien no se parece bastante, te daré cincuenta rublos, pero si lo haces completamente parecido, te daré doscientos. Acuérdate, los ojitos azules... Y que el cuadro sea lo más grande, lo más grande posible.

Tomaron sus disposiciones; Pedro Stepanovitch puso manos a la obra, pero helo aquí que va a buscar al comerciante:

—No, no hay medio de hacerlo de esa manera.

—¿Por qué?

—Es que ese pecado, él suicidio, es el más grande de todos los pecados. ¿Cómo pueden acogerlo los ángeles, después de un pecado semejante?

—Pero es un niño; no es responsable.

—No, no era ya un niño, tenía ya la edad de la razón. Tenía ocho años cuando sucedió la cosa. Es, a pesar de todo, un poco respozable.

Máximo Ivanovitch se asustó muchísimo más.

—Entonces —dijo Pedro Stepanovitch—, he aquí lo que he imaginado: inútil abrir el cielo y pintar ángeles. Solamente yo haré caer del cielo, a su encuentro, un rayo; un simple rayo de luz: eso será por lo menos algo.

Se hizo caer el rayo. Y yo mismo he visto, más tarde, ese cuadro y ese rayo, y el río, todo azul, alargándose por toda la pared; estaba a11í el niño, sus dos manecitas apretadas contra el pecho, y la niñita y el erizo; todo estaba a11í. Solamente que Máximo Ivanovitch no le enseñó el cuadro a nadie: lo encerró bajo llave en su despacho. Y sin embargo todo el mundo en la ciudad se precipitó para verlo: a todos les dio con la puerta en las narices. Se habló mucho de aquello. Pero Pedro Stepanovitch parecía no ser ya el mismo hombre: «Ahora ya lo puedo todo. Mi verdadero puesto está en Petersburgo, en la corte.» Era el más amable de los hombres, únicamente que le gustaba sobremanera endiosarse. Y su destino lo alcanzó bien pronto: habiendo recibido sus doscientos rublos, se puso en seguida a beber y a mostrar su dinero a todo el mundo, para pavonearse; fue asesinado una noche, en estado de embriaguez, por uno de nuestros paisanos con el que había estado bebiendo y que le quitó su dinero; todo se descubrió por la mañana.

Y el final de toda la historia fue tan raro, que todavía hoy lo recuerda todo el mundo, a11á abajo. Un buen día, Máximo Ivanovitch llega en coche a casa de la viuda: estaba alojada en una

pequeña isba en las afueras de la ciudad. Esta vez, él entró en el patio; se plantó delante de ella y le hizo un saludo inclinándose hasta el suelo. La otra, después de todas aquellas aventuras, estaba enferma, se arrastraba apenas. «Mi querida, mi digna viuda, ven, cásate conmigo, monstruo como soy, devuélveme la fuerza de vivir.» La otra lo mira, ni viva ni muerta. «Quiero - le dice él - que tengamos todavía un niñito, y si lo tenemos, eso será señal de que el otro nos ha perdonado a los dos, a ti y a mí. Es él quien me lo ha ordenado.» Ella ve que él no está en sus cabales, que está como fuera de sí, y sin embargo no se amedrenta:

—Todo eso son tonterías —le responde ella—, y cobardía. A causa de esa cobardía, he perdido a todas mis criaturas; no puedo ni siquiera verle a usted frente a mí, sin hablar de lo que sería condenarme para siempre a semejante martirio.

Máximo Ivanovitch se fue, pero no se calmó. Toda la ciudad se hizo lenguas de semejante milagro. Máximo Ivano vitch envió a comadres. Hizo venir de provincias a dos de sus tías, que eran burguesas. Tías o no tías, en todo caso parientes, pues a todo bien todo honor; ellas se pusieron a exhortarla, a halagarla y no la dejaban ni a sol ni a sombra. Envió también a gente de la ciudad, comerciantes, la mujer del arcipreste, mujeres de funcionarios; toda la ciudad le hizo la corte, pero ella los desdeñaba: «Si resucitaran mis huérfanos, tal vez; pero ahora, ¿para qué? ¡Sería un pecado delante de mis huerfanitos! » Él hizo ceder incluso al archimandrita, y éste fue también a soplarle a la oreja: «Puedes hacer nacer en é1 a un hombre nuevo.» Ella se asustó. La gente se asombraba dc su conducta: «¡Cómo se puede rehusar semejante felicidad?» Y he aquí de qué manera él la conquistó finalmente: «A pesar de todo, él se suicidó; no era ya un niñito, estaba ya en la edad de la razón, su edad le impedía ya comulgar sin confesar, por consiguiente era ya un poco responsable. Si tú te casas conmigo, yo hago una gran promesa: haré construir una iglesia nueva únicamente para el reposo eterno de su alma.» A este argumento, ella se rindió, consintió. Y se celebró el matrimonio.

El resultado asombró a todo el mundo; vivieron, desde el primer día en acuerdo perfecto y sincero, guardándose una inviolable fidelidad, como una sola alma en dos cuerpos. Ella concibió aquel mismo invierno, y se dedicaron a visitar iglesias y a temer la cólera del Señor. Estuvieron en tres monasterios y escucharon las profecías. Por su parte él hizo edificar el templo prometido y construyó en la ciudad un hospital y un asilo. Dio una parte de su capital para las viudas y los huérfanos. Se acordó de todos aquellos a los que había perjudicado, y deseo hacer restituciones; pero se puso a repartir el dinero sin mesura, de forma que su esposa y el archimandrita le sujetaron la mano: «¡Ya basta! Ya es suficiente así.» Máximo Ivanovitch obedece. «Una vez, engañé a Foma.» Se de vuelve pues a Foma lo que se le debía. Foma derramó lágrimas por aquello: «No valía la pena... Ya se ha recibido bastante de usted, todos les estamos eternamente agradecidos.» Todo el mundo, pues, estaba conmovido, y es que es verdad cuando se dice que el hombre vive de buenos ejemplos. Nuestra gente tiene buen corazón.

Fue la misma esposa la que gobernó la fábrica, y de tal manera, que todavía hoy se recuerda. Por su parte, él no dejó de beber, pero ella lo vigilaba esos días y trató de curarlo. Las palabras de él se hicieron graves a incluso su voz cambió. Se hizo infinitamente compasivo, incluso con las bestias: un día que había visto desde su ventana a un hombre dándole latigazos a un caballo ert la cabeza, mandó a comprar aquel caballo a un precio dos veces mayor del que valía. Y recibió el don de lágrimas: cuando hablaba con alguien, se le veía súbitamente inundado en llanto. Cuando llegó la hora, el Señor escuchó por fin las oraciones de la pareja y les envió un hijo. Y, por primera vez desde su desgracia, Máximo Ivanovitch pareció radiante; distribuyó muchas limosnas, perdonó muchas deudas a invitó a toda la ciudad al bautizo. Invitó, pero al día siguiente, en cuanto se hizo de noche, salió. Su esposa vio que había algo que no iba bien, y le trajo al recién nacido: «Nuestro hijo nos ha perdonado, ha escuchado nuestro llanto y nuestras oraciones.» Es preciso decir que ellos no habían tocado aquel tema en todo el año: lo guardaban los dos para sí. Y Máximo Ivanovitch la miró, sombrío como la noche: «Pues fíjate, él no había venido en todo el año y sin embargo esta noche he vuelto a verlo en sueños.» «Fue entonces cuando el horror penetró también en mi corazón, después de aquellas palabras singulares», se recordaba ella más tarde.

Y no era que el niño hubiese vuelto por capricho. Apenas Máximo Ivanovitch había pronunciado aquellas palabras cuando en el mismo instante le pasó algo al recién nacido: cayó bruscamente enfermo. Ocho días estuvo enfermo, se rezaba sin cesar y se llamaba a los doctores. Se hizo venir de Moscú al primero de todos los doctores, en ferrocarril. Llegó y se enfadó: «Soy el primero de todos los doctores, todo Moscú me aguarda.» Ordenó gotas y se apresuró a marcharse. Se llevaba ochocientos rublos, y por la noche el niño murió.

¿Qué pasó a continuación? Máximo Ivanovitch le dejó toda su fortuna a su querida esposa, le entregó todos sus capitales y todos sus papeles, ejecutó todo aquello con las reglas y las fórmulas legales, en seguida se plantó delante de ella y la saludó inclinándose hasta el suelo: « Deja, esposa mía inestimable, que vaya a salvar mi alma mientras tengo medios para eso. Si paso este tiempo sin resultado para mi alma, no volveré ya. He sido duro y cruel, he hecho sufrir a los demás, pero pienso que mis dolores futuros y mi vida errante me valdrán la misericordia de Dios, puesto que abandonar todo esto no es una pequeña cruz ni un pequeño dolor.» Su esposa se esforzó en calmarlo con fuertes lágrimas: « No tengo a nadie más que a ti sobre la tierra, ¿quién se cuidará de mí? En este año, mi corazón se ha abierto a la ternura.» Y toda la ciudad lo estuvo exhortando durante un mes, se le suplicó, se decidió retenerlo por la fuerza. Pero él no escuchó a nadie, se fue secretamente una noche y ya no volvió. Se dice que todavía está peregrinando y sufriendo, y que cada año va a hacer una visita a su querida esposa.

Capítulo iv

I

Llego ahora a la catástrofe definitiva que pone fin a estas notas. Pero, antes de continuar, me veo obligado a anticipar los acontecimientos y a explicar una cosa de la que yo no sabía nada por aquella época, pero que he conocido y que me he explicado perfectamente muchísimo después, cuando todo estaba ya acabado. De lo contrario, no podría ser claro, tendría que explicarme por enigmas. Así, pues, daré esta explicación franca y sencilla, sacrificando el pretendido lado artístico, y lo haré como si no fuese yo quien escribiera, sin que mi corazón esté interesado en ello, bajo la forma de una especie d'entre-filet de periódico.

Lambert, mi camarada de infancia, habría podido muy bien y casi literalmente estar afiliado a esas innobles bandas de pequeños intrigantes que se asocian con objeto de lo que hoy se llama «chantage» y que caen ahora bajo el peso de ciertas definiciones y penas del código. La banda en la que participaba Lambert se había formado en Moscú y había cometido ya allí no pocas fechorías *(posteriormente fueron descubiertas en parte)*. Supe después que en Moscú habían tenido, durante algún tiempo, a un dirigente extraordinariamente experimentado y no tonto del todo, un hombre ya maduro. Ejecutaban sus empresas, bien toda la banda junta, bien por grupos. Al lado de cosas extremadamente sucias a indecibles *(de las que por otra parte se ha hablado en los periódicos)*, se entregaban también a empresas bastante complicadas a incluso muy sabias, bajo la dirección de su jefe. Me he enterado de algunas de ellas luego, pero no entraré en detalles. Mencionaré solamente que el rasgo más caracteristico de su actividad consistía en descubrir los secretos de hombres a veces muy honrados y colocados en alta posición; tras de lo cual, iban a visitar a esos personajes y los amenazaban con publicar ciertos documentos *(que a veces no poseian en absoluto)*, reclamando dinero para seguir callando. Hay cosas que no son reprensibles y que de ninguna manera son criminales, pero cuya publicación teme el hombre más honrado y más firme. La mayoría de las veces explotaban secretos de familia. Para mostrar con qué habilidad operaba a veces su jefe, contaré, sin ningún detalle, y, en tres líneas, uno de sus desaguisados. En una casa muy honorable se había producido un acto realmente lastimoso a incluso criminal: la mujer de un hombre conocido y respetado tenía relaciones secretas con un joven y rico oficial. Los de la banda husmearon la cosa y he aquí lo que hicieron: informaron al joven de que advertirían al marido. Ellos no tenían la menor prueba, y el joven lo sabía perfectamente, sin que ellos, por su parte, lo ocultasen; pero toda la destreza del procedimiento y toda la hábilidad de su cálculo consistían, dadas las circunstancias,

en la consideración de que el marido, una vez enterado, obraría, incluso sin pruebas, exactamente de la misma manera y daría exactamente los mismos pasos que si hubiese recibido las pruebas más matemáticas. Especulaban aquí con el conocimiento del carácter de aquel hombre y con la situación de su familia. Había en la banda un joven de la mejor sociedad y que había conseguido procurarse previamente las informacioneg necesarias. Le extorsionaron al enamorado una suma muy importante, y sin el menor peligro para ellos, puesto que la víctima misma no deseaba más que el silencio.

Lambert, a pesar de participar en aquello, no pertenecía del todo a esa banda moscovita. Pero, una vez le tomó gusto a la cosa, comenzó poco a poco y a título de ensayo a operar por su cuenta. Lo diré de corrido: no era del todo capaz. No es que fuese imbécil del todo; calculador, pero demasiado ardiente y además demasiado simplote o, para decirlo mejor, demasiado ingenuo: no conocía ni a los hombres ni a la sociedad. Creo, por ejemplo, que no comprendía del todo el papel de aquel jefe de Moscú y que dirigir y organizar semejantes empresas le parecía muy fácil. En fin, creía que casi todo el mundo era tan pillo como él. O bien, por ejemplo, habiéndose figurado una vez que tal o cual persona tenía miedo o debía detenerlo por tal o cuál razón, no dudaba ya de que esa persona tuviese miedo realmente: era un axioma. No me explico bien; luego, todo esto será aclarado por los hechos, pero, a mi entender, él era de educación bastante grosera y había ciertos sentimientos nobles y buenos en los cuales no solamente no creía, sino de los que ni siquiera tenía quizá la menor idea.

Se dirigió a Petersburgo porque, desde hacía mucho tiempo ya, pensaba en aquella capital como en un campo de acción más vasto que el de Moscú, y también porque ya había tenido un tropiezo en Moscú y era buscado por cierta persona que estaba animada para con él de las más aviesas intenciones. Una vez en Petersburgo, se puso en seguida en relacíón con un antiguo camarada. Pero halló el campo reducido; los asuntos, mezquinos. Esos conocimientos se extendieron luego, pero sin llegar a nada: «Las gentes de aquí son unos desgraciados, muchachitos y nada más», me dijo posteriormente. Ahora bien, una buena mañana, al despuntar el día, he aquí que me encuentra helado al pie de un muro y cae así sobre la pista de un «negocio muy rico». Por lo menos tal era su opinión. Todo aquel negocio consistía en los comentarios que hice en su casa mientras entraba en calor. Sin duda, yo estaba, por decirlo así, presa del delirio. Pero no por eso dejaba de comprenderse por mis discursos que, de todas las ofensas que se me habían hecho en aquella jornada fatal, lo que más me venía a la memori.a y me pesaba solamente en el corazón, era la injuria recibida de Bioring y de ella, aunque ella no fue el único tema de mi delirio en casa de Lambert: deliré también por ejemplo a propósito de Zerchtchikov; ahora bien, él no se fijó más que en lo primero, como supe más tarde por boca del mismo Lambert. Además, yo estaba poseído de entusiasmo y consideraba, aquella mañana terrible, a Lambert y a Alphonsine como a una especie de liberadores y salvadores. Cuando, a continuación, durante mi convalecencia, me preguntaba a mí mismo, todavía en la cama: «¿Qué es lo que Lambert ha podido colegir de mis comentarios y hasta qué punto me he

entregado a él?», nunca me asaltaba la menor sospecha de que hubiera podido decirle tantas cosas. Claro es que, a juzgar por mis remordimientos, yo sospechaba ya entonces que había debido de hablar demasiado, pero, lo repito, no habría supuesto nunca que había hablado hasta tal punto. Esperaba también, y contaba con eso, no haber tenido fuerzas en aquellos momentos para pronunciar palabras articuladas; me había quedado de eso el recuerdo bastante claro: y sin embargo sucedió en realidad que yo pronunciaba entonces mucho más claramente de lo que suponía y esperaba. Pero lo importante es que todo aquello no se descubrió hasta mucho más tarde y largo tiempo después: en eso consistía mi desgracia.

Por mi delirio, mis comentarios, balbuceos, arranques entusiásticos y todo to demás, se enteró primeramente: poco más o menos de todos los nombres con exactitud, a incluso de algunas direcciones. En segundo lugar, se formó una idea bastante aproximada del papel de aquellos personajes *(el viejo príncipe, ella, Bioring, Ana Andreievna, a incluso Versilov)*; en tercer lugar, se enteró de que yo estaba ofendido y que amenazaba con vengarme; por fin, en último lugar y más importante, se enteró de que existía un cierto documento misterioso y escondido, una carta que bastaría enseñar a un viejo príncipe medio loco para que, al leerla y ver que su propia hija lo juzgaba loco y «consultaba a juristas» para hacerlo internar, o bien se volvería definitivamente loco, o bien la echaría de casa y la desheredaría, o bíen se casaría con una demoiselle Versilov con la que quería ya contraer un matrimonio que no se lo permitían. En una palabra, Lambert se enteró de muchas cosas. Sin duda, muchas otras quedaban oscuras, pero el chantajista no dejaba de estar ya sobre la pista. Cuando, posteriormente, me escapé de casa de Alphonsine, descubrió inmediatamente mi dirección *(de la manera más sencilla del mundo: en la Oficina de Direcciones) (122)*; en seguida recogió inmediatamente los informes necesarios, que le confirmaron que todas las personas mencionadas por mí existían realmente. Entonces dio el primer paso.

Lo esencial era que existía un documento y que era yo quien lo tenía. Ese documento tenía un gran.valor: Lambert no dudaba de eso lo más mínimo. Silencio aquí una circunstancia que será preferible mencionarla después en el lugar que corresponde; diré solamente que esa circunstancia robusteció de forma poderosa en Lambert su convicción en cuanto a la existencia real y sobre todo en cuanto al valor del documento. (Circunstancia fatal, prevengo con anticipación, y que yo no podia de ninguna manera figurarme en aquella época, ni siquiera hasta el final de toda la historia, hasta el momento en que todo se hundió de golpe y se aclaró por sí misma.) Así, bien convencido de aquel punto esencial, se fue a buscar, ante todo, a Ana Andreievna.

Es todavía para mí un enigma: ¿cómo pudo él, este Lambert, insinuarse y penetrar cerca de una persona tan inabordable y sublime como Ana Andreievna? Él había tomado sus informes, sin duda, pero ¿qué importancia tenía eso? Estaba bien vestido, desde luego, tenía acento parisiense y llevaba un apellido francés; pero ¿cómo Ana Andreievna no distinguió

inmediatamente al bribón? ¿O bien habría que suponer que era aquel bribón de quien tenía ella necesidad precisaménte en tales momentos? ¿Es posible?

No he podido saber nunca los pormenores de su entrevista, pero muchísimas veces me he imaginado la escena. Lo más probable es que Lambert, desde las primeras palabras y los primeros gestos, desempeñase ante ella el papel de amigo de la infancia, temblando por un camarada amado y querido. En todo caso, desde aquella primera entrevista, supo soltar una alusión muy clara al «documento» que yo poseía, darle a entender que era un secreto que únicamente él, Lambert, compartía, y que yo contaba con aquel documento para vengarme de la generala Akhmakova, y así sucesivamente. Y, sobre todo, pudo explicarle, con toda la precisión que era de desear, la importancia y el valor de aquel papel. En cuanto a Ana Andreievna, se encontraba en una situación tal, que no podía menos de aferrarse a una noticia de aquella categoría, escucharla con una extremada atención y dejarse coger en el anzuelo... a causa de «la lucha por la existencia».

Se acababa, justamente en aquellos momentos, de birlarle al novio y de conducirlo en tutela a Tsarskoie, y a ella misma se la había puesto bajo tutela también. Ahóra se presenta una verdadera ganga: no son cuchicheos de comadres, ni quejas lacrimosas, ni comentarios o murmuraciones; hay ahora una carta, un manuscrito, es decir, una prueba matemática de las intenciones pérfidas de la hija del príncipe y de todos los que se lo arrebatan; la prueba, por consiguiente, de que él necesita salvarse, aunque sea por la fuga, salvarse colocándose junto a ella, junto a Ana Andreievna, casándose con ella en el plazo de veinticuatro horas; de lo contrario, van a internarlo en un manicomio.

También es posible que Lambert no usara astucia alguna. ni un solo minuto, con aquella señorita, sino que, desde el primer momento, la intimara brutalmente: «Mademoiselle, o bien se queda usted solterona, o bien se convierte en princesa y millonaria; he aquí que existe el documento, yo se lo sustraeré a ese joven y se lo entregaré a usted... a cambio de un billete de treinta mil.» Creo incluso que fue esto lo que pasó. Sí, juzgaba a todo el mundo tan pillo como él; lo repito, tenía la ingenuidad del pillo, la inocencia del pillo... De una manera o de otra, es muy posible que Ana Andreievna también, frente a un ataque así, no se haya turbado un solo instante, haya sabido contenerse perfectamente y escuchar al chantajista que le hablaba en el estilo de él; todo eso por «largueza de espíritu». Sin duda, al principio, se sonrojó un poco, pero luego se atiesó y escuchó hasta el fin. Puedo imaginarme muy bien a esta mujer inabordable, orgullosa, verdaderamente digna y de tanto espíritu, su mano en la mano de Lambert. ¡Sí... precisamente de tal espíritu! ¡Un espíritu ruso, de semejante envergadura, enamorado de la «largueza»; y, además, un espíritu de mujer y en semejantes circunstancias!

Ahora, voy a resumir: en el día y en la hora de mi salida, Lambert ocupaba las dos posiciones siguientes *(ahora es cuando lo sé de manera segura)*: primeramente, exigir de Ana Andreievna, a cambio del documento, un billete de por lo menos treinta mil; seguidamente, ayudarla a hacer concebir temor al príncipe, a raptarlo y a celebrar el matrimonio bruscamente;

en una palabra, algo por ese estilo. Hubo incluso todo un plan establecido; se aguardaba únicamente mi cooperación, es decir, el documento.

Segundo proyecto: traicionar a Ana Andreievna, abandonarla y venderle el documento a la generala Akhmakova si había en eso más ventaja. En ese caso, se contaba también con Bioring. Pero Lambert no había visto todavía a la generala, únicamente la tenía sometida a su acecho. Para esta combinación, me aguardaba también.

¡Oh!, yo le era muy necesario, no yo, sino el documento. Con respecto a mí, él tenía también dos planes. El primero consistía, si no había otro medio, en obrar de consuno conmigo, e ir a medias, después de haberse apoderado de mí previamente tanto en el aspecto moral como en el físico. Pero el segundo plan le sonreía mucho más: consistía en engañarme como a un niñito y en hurtarme el documento o incluso arrebatármelo por la fuerza. Éste era el plan que él acariciaba y mimaba en sus sueños. Lo repito: existía una determinada circunstancia a causa de la cual no dudaba, por así decirlo, del éxito de su segundo plan, pero ya he dicho que lo explicaré más tarde. En todo caso, me aguardaba con una impaciencia convulsiva: todo dependía de mi, todos los pasos y la elección del plan.

Es preciso hacerle justicia en esto: se dominó hasta el momento deseado, a pesar de su fiebre. No vino a verme durante mi enfermedad, una vez solamente pasó por mi casa y habló con Versilov; no me atormentó, no me metió miedo, mantuvo respecto a mi, hasta el día y la hora de mi salida, una actitud de completa indiferencia. En cuanto al hecho de que yo pudiera dar a conocer o entregar o destruir el documento, él estaba completamente tranquilo. Había podido deducir de mis palabras en su casa el aprecio en que yo tenía aquel secreto y lo mucho que temía que el documento llegara a ser conocido. No dudaba to más mínimo de que iría a su casa y no a casa de otra persona, el primer día mismo de mi curación; eso era cosa de la que no dudaba: Daria Onissimovna había venido a verme en parte obedeciendo órdenes suyas, y él sabía que mi curiosidad y mi temor estaban ya despiertos, que no podría resistir... Además había tomado todas sus medidas, había podido saber hasta el día de mi salida, tanto que yo no podría esquivarlo de ninguna manera aunque hubïese querido.

Pero, si Lambert me aguardaba, Ana Andreievna , a su vez, me aguardaba todavía más. Lo diré francamente: Lambert podía tener razón al disponerse a traicionarla, y ella era la que tenía toda la culpa. A pesar de su convenio cierto *(ignoro la forma, pero no me cabe duda en, cuanto al hecho)*, Ana Andreievna, hasta el último minuto, no fue enteramente franca con él. Ella no se le había confiado. Le había hecho alusión a toda clase de consentimientos por su parte y a toda clase de promesas, pero solamente alusión; había escuchado, quizá, todo el plan de él en los detalles, pero lo había aprobado únicamente con su silencio. Tengo sólidas razones para creerlo, y la causa de eso es que ella me aguardaba. Ella prefería ponerse de acuerdo conmigo que no con un bribón como Lambert: ¡para mí ése es un hecho evidente! Y la comprendo; pero el error es taba en que Lambert también lo comprendió al fin. Para él habría resultado demasiado desventajoso el que ella me hubiese sacado el documento a espaldas de él, que se pusiese de

acuerdo conmigo a espaldas de él. Además, en aquel momento, él estaba ya convencido de lo serio que era «el negocio». Otro cualquiera en su lugar habría temblado, habría continuado teniendo dudas; pero Lambert era joven, audaz, sediento de ganancia inmediata, conocía poco a los hombres y los suponía a todos unos pillos; un hombre como él no podía tener dudas, tanto más cuanto que ya había obtenido de Ana Andreievna todas las confirmaciones esenciales.

Una palabra aún, y la más importante: ¿sabía Versilov aquel día algo? ¿Participaba él ya en ciertos planes, por lo menos remotos, en connivencia con Lambert? No, no y no; en aquel momento, ni participaba todavía, aunque quizá una palabra fatal hubiese sido ya arriesgada... Pero basta, basta: verdaderamente estoy anticipando demasiado.

Ahora bien, ¿y yo? ¿Sabía yo algo? ¿Qué sabía yo, el día de mi salida? A1 empezar ese entrefilet, he advertido que yo no sabía nada el día de mi salida, que me he enterado de todo muchísimo más tarde, a incluso cuando ya todo estaba consúmado. Es verdad, pero, ¿lo es totalmente? No, no totalmente. Yo sabía ya algo, es cierto, yo sabía incluso mucho, pero, ¿cómo? ¡Que el lector se acuerde del sueño! Si semejante sueño pudo existir, si pudo atrancarme de mi corazón y formularse como lo hizo, es que yo ignoraba todavía este montón de cosas, pero las presentía según lo que acabo de explicar aquí, y de las que no me enteré en efecto más que en el momento en que «todo estaba ya terminado»: Conocimiento, lo que se dice conocimiento, yo no tenía, pero mi corazón latía de presentimientos, y los malos. espíritus se habían apoderado ya de mis sueños. ¡He ahí, pues, el hombre a cuya casa yo me dirigía, sabiendo perfectamente lo que él era y presintiendo incluso los detalles! ¿Y por qué me lanzaba tan impetuosamente? Figú rense ustedes una cosa: ahora, en este instante mismo en el que escribo, me parece que yo sabía ya en aquel momento, hasta en los menores detalles, por qué me lanzaba hacia él, siendo así que en realidad, entonces, repito una vez más, yo no sabía nada. Tal vez el lector podrá comprender. Ahora, al grano, y todos los hechos unos detrás de otros.

II

Todo comenzó de esta manera: dos días antes de mi primera salida, Lisa entró por la tarde toda agitada. Su trastorno era terrible; en efecto, le había sucedido algo intolerable.

Ya he mencionado sus relaciones con Vassine. Ella había ido a buscarlo no solamente para demostrarnos que no tenía necesidad de nosotros, sino también porque lo apreciaba de verdad. Se habían conocido en Luga, y a mí siempre me había parecido que Vassine no miraba a Lisa con indiferencia. En la desgracia que la abrumaba, ella podía naturalmente desear los cónsejos de un espíritu firme, tranquilo, siempre elevado, como to suponía en Vassine. Además, las mujeres no son nada expertas en la aprecia ción de los espíritus masculinos, desde el momento que un hombre les agrada. Gustosamente, toman paradojas por conclusiones estrictas en cuanto esas paradojas coinciden con sus deseos. A Lisa le gustaba en Vassine el interés que éste se tomaba por su situación actual y le gustaba su simpatía por el príncipe, como le había

parecido desde la primera vez. Sospechando por otra parte los sentimientos de él hacia ella, no podía menos que apreciar aquella simpatía hacia su rival. El príncipe, a quien ella misma le había confiado que iba a veces a consultar a Vassine, acogió esa noticia, desde el primer momento, con una extremada inquietud; se mostró celoso. Lisa se ofendió por eso y continuó, ahora completamente aposta, viendo a Vassine. El príncipe se calló, pero permaneció sombrío. Lisa me confesó posteriormente *(muchí simo tiempo después)* que Vassine dejó bien pronto de agradarle; era tranquilo, y esa tranquilidad perpetua y regular que tanto le había agradado a ella en un principio, le pareció en seguida antipática. Desde luego, él era un hombre práctico y le había dado sin duda varios consejos excelentes en apariencia, pero todos esos consejos, como por casualidad, resultaban ser impracticables. Él juzgaba algunas veces desde muy arriba, y sin la más mínima timidez delante de ella; cada vez con menor timidez: lo que ella atribuyó a una falta de interés involuntario y creciente por su situación. Una vez, ella le dio las gracias por el hecho de que él continuará portándose benévolamente conmigo, siendo así que me era tan superior intelectualmente, y que hablase conmigo como con un igual *(es.decir, que ella le transmitió mis propias palabras)*. Él le respondió:

—No es eso y no es por eso. Es que entre él y los demás yo no veo la menor diferencia. Yo no lo juzgo ni más tonto que la gente inteligente ni más malvado que los buenos. Yo soy el mismo para todos, porque a mis ojos todos son idénticos.

——¿Cómo? ¿Usted no ve diferencias?

—¡Oh! Claro, unas personas difieren de otras por tal o cual punto, pero a mis ojos esas diferencias no existen porque no me afectan; para mí, todos son iguales y todo me da lo mismo, y por eso soy igualmente bueno con todo el mundo.

—¿Y no se aburre usted?

—No; siempre estoy satisfecho de mí mismo.

—¿Y no tiene usted deseos?

—Sí. Únicamente que no tengo muchos. No tengo necesidad de nada, o casi de nada, ni siquiera de un rublo de más. Yo, vestido de oro o tal como estoy, soy siempre el mismo; los vestidos de oro nada añadirían a Vassine. Los buenos bocados no me seducen: ¿existen puestos a honores que valgan más que lo que yo valgo?

Lisa me aseguró por su honor que un día él le dijo todo aquello textualmente. En realidad, antes de juzgar, haría falta saber en qué circunstancias fueron pronunciadas aquellas palabras.

Lisa llegó poco a poco a la conclusión de que, también en lo referente al príncipe, él mostraba indulgencia tal vez sola mente porque todo el mundo era igual a sus ojos, y las diferencias no existían, y de ninguna manera por simpatía hacia. ella; pero, al final, perdió visiblemente aquella indiferencia y consideró al príncipe no solamente con desaprobación, sino incluso con una ironía despreciativa. Aquello irritó a Lisa, pero no por eso Vassine dejó de continuar. Sobre todo, usaba siempre expresiones delicadas, incluso al condenar se mostraba sin indignación, limitándose a extraer las conclusiones lógicas de la nulidad del héroe de Lisa;

en esa lógica consistía la ironía. En fin, dedujo abiertamente todo «lo irracional» de su amor, toda la naturaleza forzada de aquel amor. «Usted se ha equivocado en cuanto a sus propios sentimientos, y los errores, una vez reconocidos, deben necesariamente ser reparados.»

Aquello había sucedido justamento aquel día; Lisa, indignada, se levantó para marcharse, pero, ¿qué es lo que hizo y a qué conclusión 11egó aquel hombre razonable? Con el aire más noble a incluso con sentimiento, le ofreció su mano. Lisa lo trató inmediatamente y bien cara a cara de idiota y de necio, y salió.

Proponerle traicionar a un desgraciado porque este desgraciado «no se la merece», y sobre todo hacerle esa proposición a una mujer que estaba encinta por causa de aquel mismo desgraciado, ¡he ahí la inteligencia de esa gente! Yo llamo a eso un espantoso confinamiento en las teorías y una ignorancia absoluta de la vida, procedente todo de un inmenso orgullo. Para colmo, Lisa se dio cuenta muy claramente de que él estaba orgulloso de su propia conducta, aunque no fuese más que porque sabía que ella estaba embarazada. Con lágrimas de indigna ción, ella corrió a ver al príncipe, y éste, éste incluso se portó peor que Vassine; lo lógico habría sido que se convenciera, después del relato de ella, de que no tenía por qué estar celoso; en lugar de eso, perdió la cabeza. Por lo demás, todos los celosos son así. Le hizo una escena terrible y la ofendió tanto, que ella estuvo a dos dedos de romper inmediatamente todas las relaciones.

Pero ella volvió a casa conteniéndose todavía, pero no pudo menos que confiarse a mi madre. Aquella tarde volvieron a compenetrarse como antes: el hielo se había roto; las dos, naturalmente, lloraron a sus anchas, muy abrazadas, según su costumbre, y Lisa pareció calmarse, aunque quedándose muy sombría. A1 anochecer, se quedó sentada en la habitación de Makar Ivanovitch sin pronunciar una palabra, pero sin salir de la habitación. Escuchó gran parte de lo que aquél decía. Desde el día del taburete, tenía hacia él un respeto extraordinario y un poco tímido, aunque permaneciendo poco locuaz.

Pero aquella vez, Makar Ivanovitch, de forma un poco inopinada y sorprendente, cambió el tema de conversación; haré constar que Versilov y el doctor habían hablado por la mañana sobre su salud con aire muy preocupado. Haré notar también que, desde hacía ya varios días, se estaban haciendo preparativos en nuestra casa para celebrar el cumpleaños de mamá, que caía exactamente dentro de cinco días, hablándose con frecuencia de aquello. A propósito de esto, Makar Ivanovitch se lanzó de repente a escarbar en sus recuerdos y rememoró la infancia de mamá, en la época en que «ella no podía sostenerse aún sobre sus piernecitas». «Yo no la abandonaba nunca - recordaba el anciano -. La enseñaba a andar, la ponía de pie en un rincón a tres pasos de mí, y luego la llamaba, y ella atravesaba el.cuarto toda bamboleante, sin miedo, riéndose, y corría hasta mí, se echaba en mis brazos y se me abrazaba al cuello. En seguida, yo te contaba cuentos, Sofía Andreievna, tú eras muy aficionada a los cuentos; ella se quedaba dos horas seguidas sobre mis rodillas, escuchando. Todo el mundo se asombraba en la isba: "Mirad lo mucho que se ha encariñado con Makar." O bien yo te llevaba al bosque, descubría un frambueso, te sentaba a11í y te hacía un silbato de madera. Después de habernos paseado

mucho, volvíamos a entrar en casa: la niña, dormida en mis brazos. Un día, ella tuvo miedo del lobo, se lanzó sobre mí toda temblorosa, y no había lobo por ninguna parte.»

—De eso me acuerdo —dijo mama.

——¿Te acuerdas? ¡No es posible!

Me acuerdo de muchas cosas. Por mucho que me remonte en mis recuerdos, siempre encuentro el amor y la ternura que usted ha tenido para conmigo - dijo ella con una voz palpitante, poniéndose roja como una amapola.

Makar Ivanovitch aguardó un instante:

—Adiós, hijos míos, me voy. Ahora ha llegado el final de mi vida. En mi vejez, he encontrado el consuelo de todas mis penas; gracias, amigos míos.

—No diga eso, Makar Ivanovitch, querido mío —exclamó Versilov, un poco conmovido

—; el doctor me decía hace un momento que está usted incomparablemente mejor...

Mamá prestaba oídos toda espantada.

—¿Qué sabe de eso tu Alejandro Semenovitch? —sonrió Makar Ivanovitch—. Él es muy bondadoso, pero eso es todo. Dejaos de eso, amigos míos, o ¿es que os figuráis que tengo miedo de morir? Esta mañana, después de mi rezo, me vino al corazón una especie de presentimiento de que no saldré ya de aquí; alguien me lo ha dicho. ¡Pues bien, vamos, bendito sea el nombre del Señor! Solamente que me gustaría contemplaros a todos todavía otra vez. El paciente Job *(123)*, al mirar a sus nuevos nietos se consolaba, pero ¿olvidaba a los anteriores y podia olvidarlos? ¡No, eso es imposible! Solamente con los años, la pena se mezcla con la alegría, se transforma en un suspiro dichoso. Así pasa en el mundo: cada alma es probada y consolada a la vez. He decidido, hijos míos, deciros una palabrita no más —continuó con una dulce y bella sonrisa, que no olvidaré jamás; luego, volviéndose de repente hacia mí—. Tú, querido mío, muéstrate celoso de la santa Iglesia y, si te llega la hora, muere por ella; pero aguarda, no te asustes, no es una cosa que vaya a pasar en seguida —añadió riendo—. Ahora, tú no piensas en eso; más tarde, tal vez se te ocurrirá. Solamente una cosa todavía: si proyectas hacer algún bien, hazlo por Dios, y no por envidia. Aférrate firmemente a tu propósito, y no cedas por ninguna clase de cobardía; pero obra poco a poco, sin precipitarte ni lanzarte; eso es todo lo que necesitas. Todavía esto: acostúmbrate a rezar sin falta todos los días tus oraciones. Te lo digo así, quizá te acordarás algún día. A usted también, Andrés Petrovitch, querido mío, querría decirle algunas palabras, pero Dios sabrá encontrar su corazón sin que yo tenga que decir nada. Hace mucho tiempo que hemos dejado de hablar de aquello, desde que esta flecha atravesó mi corazón. Pero ahora, al irme, recordaré sólo... la promesa que me hizo usted entonces...

Pronunció estas últimas palabras en un susurro, la cabeza gacha.

—¡Makar Ivanovitch! —dijo Versilov con emoción y levantándose.

Bueno, bueno, no se turbe usted, querido mío, no es más que un simple recuerdo... El más culpable hacia Dios en este asunto soy yo; por mucho que usted fuera mi señor, yo no debía ceder a aquella debilidad. Así, tú también, Sofía, no tur bes tu alma con exceso, puesto que

todo tu pecado es el mío y yo estoy convencido de que en aquellos momentos tú no eras dueña de tu razón, y usted no lo era, querido mío, mucho más que ella - sonrió, temblándole los labios con algún dolor -. Yo habría podido darte una lección, esposa mía, ihcluso bastonazos, y habría debido hacerlo, pero me dio lástima cuando caíste delante de mí bañada en lágrimas y me descubriste... Tú besabas mis pies... No es un reproche, mi bienamada, es solamente para recordarle a Andrés Petrovitch... puesto que usted mismo, querido mío, usted se acuerda de su promesa de caballero, y que el rnatrimonio todo lo tapa... Hablo delante de mis nietecitos...

Estaba extremadamente conmovido y miraba a Versilov como si aguardase una palabra de confirmación. Lo repito, todo aquello era tan inesperado, que me quedé en la silla sin hacer el menor movimiento. Versilov estaba por lo menos tan conmovido como él: se acercó en silencio a mamá y la abrazó fuertemente; en seguida mamá avanzó, sin decir nada tampoco, hacia Makar Ivanovitch y le hizo un profundo saludo.

En una palabra, la escena era turbadora; esta vez no había ninguna persona extraña en la habitación, ni siquiera Tatiana Pavlovna. Lisa se había enderezado toda ella sobre su silla y escuchaba en silencio; de repente se levantó y le dijo con firmeza a Makar Ivanovitch:

—Bendígame también a mí, Makar Ivanovitch, para la gran prueba que me espera. Mañana se decide todo mi destino... Rece hoy por mí.

Y ella salió. Yo sé que Makar Ivanovitch estaba ya informado de su asunto por mamá. Pero era la primera vez aquella noche en que yo veía a Versilov y a mamá juntos; hasta entonces, yo no había visto junto a él más que a una esclava. Había una enormidad de cosas que yo no sabía aún y que no había notado en aquel hombre al que ya había condenado; por eso volví a entrar en mi habitación. muy turbado. Es preciso decir que justamente en aquel momento todas mis dudas respecto a él se habían espesado; nunca me había parecido tan misterioso, tan enigmático; pero eso es precisamente toda la historia que estoy escribiendo: todo llegará a su tiempo.

«Sin embargo - pensaba yo al meterme en la cama -, él le dio a Makar Ivanovitch su "palabra de caballero" de casarse con mi madre en el momento en que ella se quedara viuda. Él no había dicho nada de eso cuando me habló en otro tiempo de Makar Ivanovitch.» A1 día siguiente, Lisa no estuvo en casa en todo el día, y cuando entró, era ya bastante tarde y se fue derechamente a la habitación de Makar Ivanovitch. Yo no quería entrar para no molestarlo, pero habiendo observado que estaban ya allí mamá y Versilov, terminé por entrar. Lisa estaba sentada al lado del anciano, y lloraba sobre su hombro; el otro, con rostro triste, le acariciaba la cabeza en silencio.

Versilov me explicó *(en mi habitación, seguidamente)* que el príncipe se portaba bien y que estaba decidido a casarse con Lisa a la primera oportunidad, incluso antes de que el tribunal dictara su fallo. A Lisa le costaba trabajo decidirse, aunque casi no tuviera ya derecho para negarse. Makar Ivanovitch le «ordenaba» también que se casara. Naturalmente, todo aquello se habría arreglado a la larga por sí solo, y desde luego ella se habría casado con él por sí misma,

sin orden ni vacilación, pero de momento había sido ofendida tan cruelmente por aquel al que amaba y se veía tan humillada por aquel amor, incluso a sus propios ojos, que le era difícil resolverse a ello. Además de la ofensa, se mezclaba en aquello una nueva circunstancia que yo no podía sospechar.

—¿Has oído hablar de todos esos jóvenes de Petersburgskaia Storona detenidos ayer? —añadió de pronto Versilov.

—¿Cómo? ¿Dergatchev? —exclamé.

—Sí. Y Vassine también.

Yo estaba estupefacto, sobre todo por to de Vassine.

—¿Es que se ha mezclado en algo? ¿Qué van a hacer con ellos, Dios mío? ¡Y precisamente en el momento en que Lisa lo ha acusado tanto...! ¿Qué les puede pasar, según usted? ¡En esto tiene que estar metido Stebelkov! ¡Se lo juro a usted, Stebelkov está metido en esto!

—Dejemos eso —dijo Versilov lanzándome una mirada rara *(como se mira a un hombre que no comprende nada y no adivina nada)*—, ¿quién sabe lo que hay en ese asunto? ¿Quién puede saber lo que harán ellos? No es eso lo que quería decirte: me he enterado de que quieres salir mañana. ¿No irás a ver al príncipe Sergio Petrovitch?

—Claro que iré. Aunque, lo confieso, esa visita va a resultarme muy penosa. ¿Quiere usted que le diga alguna cosa?

—No, nada. Yo mismo iré a verlo también. Me da lástima de Lisa. ¿Qué consejo podrá darle Makar Ivanovitch? Él no sabe nada ni de los hombres ni de la vida. Otra cosa, querido mío *(hacía mucho tiempo que no me llamaba ya «querido mío»)*, hay... algunos jóvenes... uno de los cuales es tu antiguo camarada, Lambert... Tengo la impresión de que son todos unos pillos redomados... Solamente quería advertirte... Pero todo eso es cuestión tuya, y comprendo que no tengo derecho...

—Andrés Petrovitch —lo agarré de la mano sin pensarlo y casi arrastrado por el entusiasmo, como me sucede con frecuencia *(aquello sucedía en una oscuridad casi completa)*—, Andrés Petrovitch, no he dicho nada, usted ha podido verlo, no he dicho nada hasta ahora, ¿y sabe por qué? Para eludir los secretos que usted pueda tener. Estoy firmemente decidido a no conocerlos jamás. Soy cobarde, tengo miedo de que sus secretos puedan arrancarlo a usted de mi corazón, y esta vez por completo, y no quiero eso. Entonces, ¿para qué iba usted a conocer los míos? ¡Manténgase indiferente en cuanto a mis idas y venidas! ¿Es verdad?

—Tienes razón, pero ni una palabra más, te lo suplico — declaró al abandonarme.

De esta forma, por casualidad, tuvimos una brizna de explicación. Pero él no había hecho más que aumentar mi turbación antes del nuevo paso que yo debería dar al día siguiente, de forma que me pasé toda la noche en un desvelo constante. Pero me encontraba bien.

III

Al día siguiente, cuando sali de casa, eran ya las diez; pero hice todo lo posible para irme furtivamente, sin decir adiós, sin una palabra; para decirlo más claramente, me escabullí ¿Por qué obraba así? Lo ignoro, pero, incluso si mamá me hubiese visto salir y hubiese querido iniciar una conversación, yo le habría respondido cualquier cosa maligna. Una vez en la calle, cuando respiré el aire fresco, me estremecí con una sensación muy fuerte, casí animal, y que yo llamaría carnicera. ¿Por qué y adónde iba yo? Era algo completamente indeterminado y al mismo tiempo carnicero. Tenía miedo y alegría a la vez.

—¿Me mancharé o no me mancharé hoy? —pensaba alegremente, aunque sabiendo muy bien que el paso que iba a dar aquel día, una vez dado, sería definitivo a irreparable pata toda mi vida. Pero ¿qué objeto tiene hablar en enigmas?

Me encaminé derechamente a la prisión del príncipe. Desde caso, es que hacía ya tres días, yo tenía una carta de Tatiana Pavlovna para el director, que me recíbió muy bien. No sé si era un hombre bueno, y creo que es una cuestión superflua; pero autorizó mi entrevistacon el príncipe y la dispuso en su propia habitación, que nos cedió amablemente. La habitación era como todas: una habitación vulgar de funcionario mediano alojado por el Estado: es superfluo por tanto, creo, describirla. Así, pues, nos quedamos solos el príncipe y yo.

Me acogió vestido con un traje de casa semimilitar, pero con ropa blanca muy limpia, una corbata elegante, lavado y peinado, y, sin embargo, terriblemente enflaquecido y amarillento. Noté aquella amarillez hasta en sus ojos. En una palabra, estaba tan cambiado, que me detuve estupefacto.

—¡Cómo ha cambiado usted! —exclamé.

—¡No es nada! Siéntese usted, querido mío. —Con aire un poco lánguido, me indicó una butaca, y él se sentó frente a mí—. Abordemos el punto esencial: mire usted, mi querido Alejo Makarovitch...

—¡Arcadio! —rectifiqué yo.

—¡Cómo! ¡Ah, sí!; bueno, bueno, poco importa. ¡Ah, sí! —acababa de comprender—. Perdón, querido mío, vayamos al punto esencial...

En síntesis, tenía una prisa furiosa por llegar a su objetivo. Estaba todo traspasado, de la cabeza a los pies, por yo no sé qué idea esencial, que deseaba formular y exponer. Hablaba mucho y de prisa, explicándose con esfuerzo y súfrimiento y gesticulando, pero al principio no comprendí absolutamente nada.

—En una palabra *(había empleado ya aquella expresión una docena larga de veces)*, en una palabra —concluyó—, si le he molestado a usted, Arcadio Makarovitch, si ayer insistí tanto, por intermedio de Lisa, para hacerle venir, es que es urgente, pero, como la decisión debe ser excepcional y definitiva, nosotros...

—Permítame un momento, príncipe —lo interrumpí—, ¿me llamó usted ayer? Lisa no me ha dicho absolutamente nada.

El príncipe se sobresaltó y se puso en pie.

—¿Dice usted la verdad, Arcadio Makaroviteh? En ese caso, es que...

—Pero ¿qué hay en eso que pueda... ? ¿Por qué está usted tan inquieto? Ella se ha olvidado simplemente, o bien alguna cosa...

Se sentó, pero estaba como entontecido. Se diría que la notícia de que Lisa no me había transmitido su mensaje lo había aplastado. Volvió a hablar muy de prisa y agitó los brazos, pero seguía siendo terriblemente difícil de comprender.

—Espere —declaró de pronto, callándose luego y levantando el dedo en el aire—. Espere: son... si no me equivoco... son todas esas historias... —farfulló con una sonrisa de loco—, y por consiguiente. . .

—Eso no tiene la menor importancia —le interrumpí—. Y no comprendo por qué una circunstancia tan insignificante lo atormenta a usted tanto... ¡Ah!, príncipe, desde aquel momento, desde aquella noche, usted se acuerda...

—¿Qué noche y qué? —gritó con tono de niño capricho so, visiblemente descontento de que lo hubiera interrumpido.

—En casa de Zerchtchikov, donde nos vimos por última véz, ya usted sabe, antes de su carta. También usted estaba entonces en un apuro espantoso. Pero entre entonces y ahora hay una diferencia tal, que me asusto al mirarlo... ¿O es que usted no se acuerda?

—¡Ah, sí! —declaró con voz de hombre de mundo y como acordándose de repente—, ¡ah, sí! Aquella noche... He oído decir... Bueno, ¿cómo se encuentra usted?, ¿qué ha sido de usted después de todas estas historias, Arcadio Makarovitch? Pero vayamos al punto esencial. Es que, mire usted, yo persigo tres fines; tengo ante mí tres objetivos y yo...

Volvió a hablar de su «punto esencial». Comprendí por fin que tenía que vérmelas con un hombre al que haría falta por lo menos aplicarle inmediatamente sobre la cabeza un trapo empapado en vinagre, o bien hacerle una sangría. Toda su conversación deshilvanada giraba, como en un remolino, en torno al proceso, en torno al posible resultado, en torno a la visita que le había hecho el comandante del regimiento en persona, quien durante mucho tiempo había tratado de apartarlo de una cierta gestión pero al cual no había escuchado; en torno a una carta que acababa de enviar a alguna parte; en torno de un procurador; en torno a la idea de que lo desterrarían ciertamente a alguna parte, despojado de sus derechos, al norte de Rusia; en torno a la posibilidad de hacerse colono y de rehabilitarse en Tachkent *(124)*; en torno a las lecciones que le daría a su hijo *(por nacer, de Lisa)* y de lo que le enviaría «al desierto, a Arcángel, a Kolmogory» *(125)*.

—Si he querido escuchar la opinión de usted, Arcadio Makarovitch, crea que es porque aprecio tanto... Y si usted supiera, si usted supiera, Arcadio Makarovitch, mi querido amigo, mi querido hermano, lo que es para mí Lisa, lo que ella ha sido para mi aqui, ahora, todo este tiempo ... . — exclamó de repente, cogiéndose la cabeza entre las manos.

—Sergio Petrovitch, ¿es posible que usted desee su muerte y que se la lleve consigo? ¡A Kolmogory! —esa frase se me escapó en contra de mi voluntad...

La suerte de Lisa, ligada para toda su vida con aquel loco, se me aparecía bruscamente en toda su claridad y como por primera vez. Me miró, se levantó de nuevo, dio un paso, volvió la espalda y se sentó otra vez, teniendo siempre la cabeza entre las manos.

—¡No hago más que soñar con arañas! —dijo de repente.

—Está usted en una situación espantosa. Yo le aconsejaría, príncipe, que se metiese en la cama y llamase inmediatamente al médico.

—No, permita, más tarde. Sobre todo, le he hecho a usted venir para explicarle... a propósito del casamiento. El casamiento, como usted sabe, se celebrará aquí mismo, ya lo he dicho. La autorización está concedida, a incluso se me anima... Por lo que se refiere a Lisa...

—Príncipe, tenga usted piedad de Lisa, querido amigo —exclamé—, no la atormente usted, por lo menos ahora, no se muestre celoso.

—¿Cómo? —exclamó, mirándome fijamente con los ojos abiertos de par en par y alargando todo su rostro en una amplia sonrisa absurdamente interrogativa.

Se veía que la palabra «celoso» lo había impresionado te rriblemente.

—Perdón, príncipe, es una cosa que se me ha escapado. Es que en estos últimos tiempos he conocido a un anciano, mi padre legal... ¡Oh!, si usted lo viese, se tranquilizaría... Lisa lo aprecia mucho también.

—¡Ah, sí, Lisa...! ¡Ah, sí, el padre de ustedes! Sí... pardon, mon cher, hay algo... Me acuerdo... ella me lo ha contado... un viejecito... Estoy seguro de eso, estoy seguro de eso. He conocido también a un viejecito... Mais passons, lo esencial es llevar la luz al fondo de la cosa, es preciso...

Me levanté para irme. Me daba pena mirarlo.

—¡No comprendo! — declaró él, severo y grave, al ver que me iba.

—Me hace daño verlo —dije.

—¡Arcadio Makarovitch, una palabra todavía, una sola palabra! —y me cogió por los hombros, con una expresión y un ademán completamente diferentes, y me hizo sentar en la butaca—. Usted ha oído hablar de esa gente, ¿comprende?

Y se inclinó hacia mí.

—¡Ah, sí, Dergatchev! Seguramente está metido en eso Stebelkov —exclamé sin poderme contener.

—Sí, Stebelkov y... ¿no lo sabe usted?

Se calló y nuevamente me miró muy fijo, con los mismos ojos abiertos de par en par y la misma sonrisa larga, convulsiva, estúpidamente interrogativa, cada vez más ancha. Su rostro palidecía poco a poco. De repente fui asaltado por un temblor: me acordé de la mirada de Versilov cuando, la víspera, me había anunciado la detención de Vassine.

—¡Oh!, ¿es posible? —exclamé, espantado.

—Ya ve usted, Arcadio Makarovitch, le he hecho venir justamente para explicarle... Yo quería... —cuchicheó rápidamente.

—¡Es usted quien ha denunciado a Vassine! —exclamé.

—No, es que, mire usted, había un manuscrito. Vassine se lo había entregado a Lisa antes del último día... para que se lo guardara. Y ella me lo dejó aquí para que yo le echase una ojeada, después de lo cual sucedió que al día siguiente se enfadaron...

—¿Y usted ha enviado el manuscrito a las autoridades?

—¡Arcadio Makarovitch! ¡Arcadio Makarovitch!

—Y de esa forma —exclamé, poniéndome e n pie de un salto y martillando mis palabras—, sin otro motivo, sin otro objeto, únicamente porque el desgraciado Vassine es su rival, únicamente por celos, ha remitido usted el manuscrito confiado a Lisa... ¿a quién se lo ha remitido usted? ¿A quién? ¿Al fiscal?

Pero él no tuvo tiempo de responder. ¿Y qué habría podido responder? Estaba clavado delante de mí como una estatua, siempre con la misma sonrisa morbosa y la misma mirada quieta; pero de improviso la puerta se abrió y entró Lisa. Se cayó casi sin conocimiento, al vernos allí juntos.

—¿Tú aquí? ¿Cómo estás tú aquí? —gritaba ella con un rostro bruscamente cambiado y agarrándome por las manos—. Entonces, ¿tú... sabes?

Ella había leído ya en mi rostro que yo «sabía». La abracé rápidamente, sin que ella pudiera oponerse, fuerte, fuerte. Y por primera vez comprendí, en aquel instante, en toda su energía, qué pena sin consuelo, sin límites y sin horizonte pesaba para siempre sobre todo el destino de aquella... buscadora benévola de tormentos.

—Pero ¿se le puede hablar ahora? —dijo ella arrancándose de mí de improviso—. ¿Se puede estar con él? ¿Por qué estás tú aquí? ¡Míralo, míralo! Pero, ¿se le puede juzgar?

En el rostro de ella había un sufrimiento y una compasión infinita en el momento en que, lanzando aquellas exclamaciones, me mostraba al desgraciado. Él estaba en el sillón, con el rostro oculto entre las manos. Y ella tenía razón: era un hombre presa de una fiebre furiosa, irresponsable; tal véz desde hacía tres días era ya irresponsable. Aquella misma mañana lo llevaron a la enfermería y por la tarde se le había declarado una congestión cerebral.

IV

Después de ver al príncipe, al que dejé con Lisa, a eso de la una de la tarde, me dirigí a mi antiguo alojamiento. Se me ha olvidado decir que el tiempo estaba húmedo, cubierto, con un comienzo de deshielo y un viento tibio capaz de atacar los nervios de un elefante. El casero me acogió con alegría, afanándose y agitándose, cosa que detesto en momentos seme jantes. Me mostré seco y fui directamente a mi habitación, pero él me siguió: no se atrevía a hacerme preguntas, pero la curiosidad brillaba en sus ojos, y tenía el aspecto de uno que tiene ya cierto derecho . a ser curioso. Yo debería haberme mostrado cortés por mi propia conveniencia; pero por más que tenía la mayor necesidad de saber algo *(y sabía que terminaría por saberlo)*, me resultaba odioso lanzarme a un interrogatorio. Me informé sobre la salud de su mujer y fuimos

a verla a su cuarto. Ella me acogió con atención pero con aíre extremadamente serio y poco locuaz; eso me calmó un poco. En una palabra, me enteré aquella vez de cosas muy sorprendentes.

Naturalmente, Lambert había venido, y después había ve nido otras dos veces más y había «visitado todas las habitaciones», diciendo que tal vez alquilaría una. Daria Onissimovna había venido varias veces y era cosa de preguntarse por qué: «También ella se ha mostrado muy curiosa», añadió el casero, pero no le di el gusto de preguntarle en qué consistía su curiosidad. En general, yo no interrogaba, él era el único en hablar y yo fingía estar rebuscando en mi maleta *(donde no quedaba ya casi nada)*. Pero lo más portentoso fue que también él tuvo la ocurrencia de jugar a los misterios y, notando que me abstenía de hacer preguntas, juzgó necesario, él también, hacerse más fragmentario, casi enigmático.

—Ha venido también una señorita —añadió mirándome de una manera extraña.

—¿Qué señorita?

—Ana Andreievna. Ha venido dos veces. Ha hecho amistad con mi mujer. Una persona muy fina, muy agradable. Un conocimiento así es muy de apreciar, Arcadio Makarovitch...

Al decir esas palabras, incluso avanzó un paso hacia mí: quería literalmente darme a comprender algo.

—¿Dos veces? ¡No es posible! —me asombré yo.

—La segunda vez estaba con su hermano.

«Sería Lambert», pensé involuntariamente.

—No, no venía con el señor Lambert —dijo el casero de improviso como si sus ojos hubieran penetrado hasta el fondo de mi alma—, sino con su hermano, un joven señor Versilov. Creo que es chambelán.

Yo estaba muy turbado. Él me miraba con una sonrisa ho rriblemente acariciadora.

—¡Ah!, todavía otra persona ha venido a buscarlo, aquella señorita; la francesa, la señorita Alphonsine, de Verdún. ¡Oh, qué bien canta! ¡Qué bien declama los versos! Se fue a escondidas a Tsarkoie a ver al príncipe Nicolás Ivanovitch para venderle un perrito muy raro, todo negro, no mayor que el puño...

Le rogué que me dejase solo, pretextando que me dolía la cabeza. Me obedeció instantáneantente, incluso sin acabar su frase, no solamente sin el menor despecho, sino casi con placer, haciendo con la mano un signo misterioso que quería decir: «Comprendo, comprendo.» No dijo nada de aquello, pero salió de puntillas, concediéndose ese gusto. Hay gente muy desconcertante en este mundo.

Me quedé solo, reflexionando, una hora y media. Por lo demás, no reflexionaba en nada, me contentaba con soñar. Estaba turbado, pero de ninguna manera sorprendido. Incluso esperaba más, maravillas más grandes. « ¡Ya han tenido que trabajar, ya! », pensé. Estaba convencido desde hacía mucho tiempo, ya en mi casa, de que le habían dado cuerda a su máquina y ésta se encontraba en plena marcha. «Únicamente soy yo lo que les falta, eso es todo», me dije una vez

más, con una satisfacción nerviosa y agradable. Me aguardaban con todas sus fuerzas, querían tramar algo en mi alojamiento, estaba claro como el día. « ¿Y si fuera el matrimonio del viejo príncipe? Todo el mundo se le echa encima. Lo que hay que ver, señores, es si yo lo permitiré, ésa es la cuestión», decidí una vez más con una altivez satisfecha.

—Si me meto en esto, me veré cogido inmediatamente en el torbellino, como una brizna de paja. ¿Soy libre ahora, en este momento, o no lo soy ya? ¿Puedo aún, al volver a entrar esta noche en casa de mamá, decirme como todos los días: «Soy yo mismo»?

He aquí la sustancia de mis preguntas o, por mejor decir, de los latidos de mi corazón durante aquella hora y media que pasé en el filo de la cama, los codos sobre las rodillas, y la cabeza entre las manos. Yo sabía muy bien, lo sabía ya, que todas aquellas preguntas no eran más que futilidades y que lo que me atraía, era ella, y nada más que ella. En fin, lo digo con toda claridad, y lo escribo con todas sus letras sobre el papel, porque incluso hoy día, en el momento en que escribo, transcurrido ya más de un año, no sé todavía el nombre que habría que darle al sentimiento que yo experimentaba entonces.

Cierto que me daba lástima de Lisa y que mi corazón se veía presa del menos hipócrita de los dolores. Aquel solo sentimiento de dolor hacia ella habría podido, al parecer, calmar o borrar en mí, aunque no fuese más que por cierto tiempo, el sentimiento carnicero *(vuelvo a utilizar esta palabra)*. Pero yo éstaba arrastrado por una curiosidad sin limites y una especie de miedo, a incluso por un sentimiento, no sé cuál; sé sola mente, y lo sabía ya en aquellos momentos, que no era un sentimiento bueno. Quizá yo aspiraba a caer a sus pies, quizá también habría querido entregarla a todos los tormentos y probarle algo «aprisa, aprísa». Ningún dolor, ninguna compasión para Lisa podían detenerme. Vamos, ¿podía yo levantarme y volver a casa... cerca de Makar Ivanovitch?

«Pero es realmente una cosa imposible: ir a casa de ellos, enterarme por ellos de todo lo que hay y abandonarlos bruscamente para siempre, pasando indemne ante las maravillas y los monstruo. »

A las tres de la tarde, después de salir de mi estupor y de darme cuenta de que estaba casi retrasado, salí rápidamente, tomé un coche de punto y volé a casa de Ana Andreievna.

Capítulo v

I

En cuanto me anunciaron, Ana Andreievna abandonó su labor y se apresuró a venir a recibirme a su primera habitación, cosa que nunca había sucedido hasta entonces. Me tendió las manos y se ruborizó rápidamente. En silencio, me condujo a su cuarto, volvió a coger su labor a hizo que me sentara a su lado; pero ya no cosía, continuaba mirándome con un interés caluroso, sin decir palabra.

—Me mandó usted a Daria Onissimovna —empecé a quemarropa, un poco molesto además por aquel interés demasiado manifiesto que, por otra parte, resultaba agradable.

Ella tomó de pronto la palabra, sin contestar a mi pregunta:

—Me lo han contado, lo sé todo. Aquella noche terrible... ¡Cuánto debió usted de sufrir! ¿Es verdad, puede ser verdad que lo encontraron a usted sin conocimiento, expuesto a la helada?

—¿Es que a usted... Lambert...? —farfullé ruborizándome.

——Me lo contó todo en aquellos momentos; pero yo lo aguardaba a usted: Vino a mi casa espantado. En casa de usted... donde estaba usted en la cama, enfermo, no quisieron dejarlo pasar... lo recibieron de una manera extraña... No sé verdaderamente cómo sucedió aquello, pero él me ha hablado mucho de esa noche; me dijo que al abrir usted los ojos me nombró en seguida... que habló del afecto que me tiene. Me conmoví hasta las lágrimas, Arcadio Makarovitch, e ignoro incluso por qué he merecido tanta simpatía de su parte, sobre todo en el estado en que usted se hallaba. Dígame, ¿el señor Lambert es sú camarada de infancia?

—Sí, solamente que en este caso... confieso que he sido imprudente, tal vez le he dicho demasiado.

—¡Oh! ¡Aun sin él, yo habría sabido ver esa negra y terrible intriga! Yo siempre presentí que lo acorralarían a usted hasta ese extremo. Dígame, ¿es verdad que Bioring se atrevió a levantarle a usted la mano?

Hablaba como si fuera únicamen.te a causa de Bioring y a causa de ella por lo que yo me había encontrado al pie del muro. Y en realidad tenía razón, me dije. Sin embargo, estallé:

—Si a mí me hubiese puesto la mano encima, no se habría quedado impune, y yo no estaría aquí, delante de usted, sin haberme vengado suficientemente —respondí con calor.

Sobre todo me daba cuenta de que ella parecía querer hostigarme, excitarme contra alguien *(yo sabía bien contra quién)*; y sin embargo me dejaba manejar.

—Si dice usted que había previsto que se me acorralaría hasta ese extremo, lo cierto es que por parte de Catalina Nicolaievna sólo ha habido una equivocación... aunque, verdad es que ella cambió demasiado pronto sus buenos sentimientos hacia mí a causa de esa equivocación...

—¡Está gracioso eso de que ella cambió bien pronto! —dijo Ana Andreievna con una especie de arrebato de simpatía—. ¡Oh, si supiese usted qué intriga se está tramando ahora! Desde luego, Arcadio Makarovitch, le costará a usted ahora mucho trabajo comprender lo delicado de mi posición —declaró ella enrojeciendo y bajando los párpados

—. Desde entonces, desde la misma mañana en que nos vimos por última vez, he dado un paso que todo el mundo no es capaz de comprender y de apreciar como lo comprendería un hombre que tenga como usted la inteligencia todavía intacta; el corazón, amante, fresco y no corrompido. Esté usted seguro, amigo mío, soy capaz de apreciar su adhesión y de pagarla con un eterno agradecimiento. En el mundo, sin duda, me lanzarán la piedra, me la han lanzado ya. Pero incluso si tuvieran razón desde su innoble punto de vista, ¿quién podría, quién se atrevería entre ellos a condenarme? Desde mi infancia estuve abandonada por mi padre; nosotros, los Versilov, una antigua y noble familia rusa, somos aventureros, y estoy comiendo el pan que otros me dan por caridad. ¿No era natural que me dirigiese al que, desde mi infancia, tenía para conmigo el papel de padre y del que no he recibido más que bondades durante tantos años? Dios sólo ve y juzga mis sentimientos respecto a él, no admito el juicio de los hombres en el paso que he dado. Y cuando, además, se trama la más pérfida y más negra de las intrigas, cuando un padre magnánimo y confiado va a ser víctima de su propia hija, ¿se puede soportar eso? ¡No, perderé en ello mi reputación, pero lo salvaré! ¡Estoy dispuesta a hacer en su casa el oficio de criada, de guardiana, de enfermera, pero no dejaré triunfar un cálculo frío, mundano, odioso!

Hablaba con una animación extraordinaria, quizá afectada a medias, pero sincera a pesar de todo, porque se veía hasta qué punto estaba interesada en aquel asunto. Yo comprendía que estaba mintiendo *(por lo demás, sinceramente, porque se puede mentir sinceramente)* y que era falsa; pero es asombroso lo que pasa con las mujeres: esa especie de buen tono, esas formas superiores, esa altivez mundana y esa orgullosa castidad, todo aquello me desorientaba y estuve de acuerdo con ella en todos los puntos, es decir, mientras permanecí en su casa; a lo menos, no me atreví a contradecirla. ¡Oh, decididamente el hombre es el esclavo moral de la mujer, sobre todo si es magnánimo! Una mujer semejante puede convencer de no importa qué a un hombre generoso. « ¡Ella y Lambert, Dios mío! », pensaba yo mirándola, perplejo. Por lo demás, lo diré todo: incluso hoy día me hallo incapaz de juzgarla. Bien es verdad que sólo Dios podía ver sus sentimientos, y además el hombre es una máquina tan complicada, que a veces no se comprende nada de él, sobre todo si ese hombre es una mujer,

——Ana Andreievna, ¿qué espera usted entonces de mí?—pregunté con aire bastante decidido.

—¿Cómo? ¿Qué significa su pregunta, Arcadio Makarovitch?

—Me parece, después de todo esto... y después de otras determinadas consideraciones... —expliqué, embrollándome—, que me había usted mandado llamar porque esperaba de mí alguna cosa. Pero, ¿qué, precisamente?

Sin responder a la pregunta, ella se puso a hablar inmediatamente, tan de prisa y con idéntica animación:

—Pero yo no puedo, soy demasiado orgullosa para entrar en explicaciones y regateos con desconocidos como el señor Lambert. Era a usted a quien esperaba, y no al señor Lambert. ¡Mi situación es crítica, espantosa, Arcadio Makarovitch! Estoy obligada a usar de la astucia, rodeada como me veo por las intrigas de esta mujer, y es algo insoportable. Me rebajo casi hasta la intriga y lo aguardaba a usted como a un salvador. No se me debe acusar porque mire ávidamente alrededor de mí tratando de descubrir al menos un amigo, y por eso no he podido menos que acoger con alegría a ese amigo; el que pudo, incluso aquella noche, casi helándose, acordarse de mí y repetir solamente mi nombre, ése desde luego me es fiel. Es lo que me ha dicho todo este tiempo, y por eso contaba con usted.

Me miraba a los ojos con una interrogación impaciente. Y he aquí que de nuevo me faltó el valor para desilusionarla y explicarle francamente que Lambert la había engañado y que yo no le había dicho ni muchísimo menos que yo fuera tan devoto de ella y que de ningún modo había «repetido sola mente su nombre». Así, con mi silencio, yo confirmaba la mentira de Lambert. Sé muy bien que ella misma comprendía perfectamente que Lambert había exagerado o incluso le había mentido, únicamente para tener un pretexto honorable para presentarse en su casa y entrar en contacto con ella; si me miraba a los ojos, como convencida de la sinceridad de mis palabras y de mi adhesión, era naturalmente porque ella sabía muy bien que yo no me atrevería a desmentirla, por delicadeza y, por así decirlo, por juventud. Por lo demás, ignoro si esta hipótesis es justa o no. Tal vez me muestro espantosamente perverso,

—Mi hermano tomará mi defensa —declaró ella repentinamente con fuego, al ver que yo no quería contestar.

—Me han dicho que fue usted a verme acompañada por él —balbucí, turbado.

—Pero ese desgraciado príncipe Nicolás Ivanovitch no tiene ya casi ningún refugio contra toda esta intriga o, por mejor decir, contra su propia hija, si no es la ayuda de usted, es decir, la ayuda de un amigo; ¿no tiene derecho, en realidad, a considerarle a usted, por lo menos a usted, como un amigo? Por tanto, si usted desea hacer algo por él, hágalo, si es que puede hacerlo, si tiene el corazón noble y atrevido... y en fin, si verdaderamente puede usted hacer algo. ¡Oh!, no es por mí, no es por mí, no, es por un desgraciado anciano que, él sólo, le ha querido a usted sinceramente, que le ha tomado cariño como si de su propio hijo se tratara, y que hasta ahora siempre se ha preocupado de usted. Para mí, yo no espero nada, puesto que mi mismo padre ha desempeñado conmigo una comedia tan pérfida y tan malvada.

—Me parece que Andrés Petrovitch —empecé yo.—

—Andrés Petrovitch —me interrumpió ella con una sonrisa amarga—, Andrés Petrovitch respondió a mi pregunta franca dándome su palabra de honor de que nunca ha tenido la menor intención respecto a Catalina Nicolaievna, lo que yo creí totalmente cuando di el paso que di; y sin embargo se ha descubierto que sólo estuvo tranquilo hasta la primera noticia sobre un cierto señor Bioring.

—¡No es eso! —exclamé yo—. Hubo un instante en que, yo también, creí en su amor hacia esa mujer, pero no es eso... Sí, incluso si fuera, me parece que ahora podría estar absolutamente tranquilo... después de la retirada de ese señor.

—¿Qué señor?

—Bioring.

—¿Y quién le ha hablado a usted de su retirada? Ese señor quizá no haya tenido nunca tanta fuerza como ahora —dijo ella riéndose malignamente; me pareció incluso que me miraba, a mí también, con ironía.

—Me lo ha dicho Daria Onissimovna —balbuceé con una turbación que no supe disimular y que ella observó muy bien.

—Daria Onissimovna es una persona encantadora y desde luego yo no puedo prohibirle que me quiera, pero ella no tiene ningún medio para enterarse de lo que no le incumbe. Mi corazón sufrió un choque; y, como ella contaba justamente con despertar mi indignación, la indignación hirvió en mí, no contra la otra mujer, sino, mientras tanto, contra la misma Ana Andreievna. Me levanté.

Como hombre leal debo advertirle, Ana Andreievna, que sus esperanzas... en cuanto a mí... podrían resultar vanas...

—Yo espero que usted tome mi defensa —me miró firmemente—, la defensa de una persona. abandonada por todos... ¡de la hermana de usted, puesto que usted lo quiere; Arcadio Makarovitch!

Un instante después, se deshacía en lágrimas.

—Entonces vale más que no espere usted nada, porque «quizá» nada sucederá —balbucí con un sentimiento infinitamente penoso.

—¿Cómo debo interpretar esas palabras? —preguntó ella con muchas precauciones.

—Pues así: ¡los abandonaré a todos y se acabó! —exclamé bruscamente, casi furioso—. En cuanto al documento, lo haré trizas. ¡Adiós!

La saludé y salí en silencio, sin atreverme casi a mirarla. Pero no había llegado todavía a los escalones más bajos de la escalera, cuando Daria Onissimovna me alcanzaba con una hoja de papel de cartas plegada en dos dobleces. De dónde venía Daria Onissimovna, dónde había estado instalada mientras yo le hablaba a Ana Andreievna, es cosa que no llego a comprender. Sin decir palabra, me entregó el papel y se escabulló. Desplegué la hoja: contenía, en letras limpias y claras, la dirección de Lambert, y por lo visto todo estaba preparado desde hacía algunos días. Me acordé de repente de que el día en. que Daria Onissimovna había venido a mi

casa, yo había dejado escapar que no sabía dónde vivía Lambert, pero lo había dicho en el sentido de que «no lo sabía y no quería saberlo». La dirección de Lambert, la sabía ahora por Lisa, a la que le había rogado que se informase en la Oficina de Direcciones. La ocurrencia de Ana Andreievna me.. pareció demasiado decidida, incluso cínica: a pesar de mi negativa a colaborar, ella me enviaba derechamente a casa de Lambert, forma ésta de darme a entender que no creía en mí lo más mínimo. Estaba demasiado claro que ella sabía ya toda la his toria del documento: ¿y por quién, sino por Lambert, a cuya casa me enviaba ella justamente para que nos pusiéramos de acuerdo?

«Decididamente, me toman todos, desde el primero hasta el último, por un niñito sin voluntad y sin carácter y del que es posible hacer lo que se quiera», pensaba yo con indignación.

II

A pesar de todo, fui a casa de Lambert. ¿Dónde, si no, habría podido satisfacer mi curiosidad? Lambert vivía muy lejos, en el Kossoi Pereulok, cerca del jardín de Verano, en el mismo departamento amueblado que antes; pero cuando yo me había escabullido de su casa, me había fijado tan poco en el camino y en la distancia, que, al recibir, cuatro días antes, su dirección por mediación de Lisa, me había asombrado y casi me había negado a creer que viviese allí. Ante la puerta de su vivienda, en el tercer piso, conforme yo subía la escalera, via dos jóvenes y pensé que habían llamado antes que yo y que esperaban que se les abriera. Mientras yo subía, los dos, de espaldas a la puerta, me miraban fijamente. «Es un piso amueblado. Sin duda, irán a ver a otros inquilinos», me dije al llegar junto a ellos. Me habría resultado muy desagradable encontrar a alguien en casa de Lambert. Procurando no mirarlos, tendí la mano hacia la campanilla.

—¡Espere! —me gritó uno de ellos.

—¡Espere, haga el favor, antes de tocar! —dijo el otro, con una vocecita sonora y tierna, ligeramente arrastrada—. Vamos a terminar, y luego llamaremos todos juntos, si le parece bien.

Me detuve. Eran muchachos muy jóvenes todavía, de veinte a veintidós años. Estaban haciendo allí, delante de la puerta, no sé qué cosa rara, y me esforzaba en comprender, asombrándome. El que había gritado « ¡Espere! » era de estatura muy alta, un metro ochenta por lo menos, delgado y alcohó lico, pero muy musculoso, con una cabeza muy pequeña para su estatura y una exprcsión singular, cómicamente sombría, en un rostro ligeramente picado de viruelas, pero bastante inteligente a incluso agradable. Sus ojos miraban con fijeza y con una energía inútil a incluso superflua. Iba muy mal vestido con un viejo capote enguatado, con un pequeño cuello de tejón muy pelado, demasiado corto para su estatura, visiblemente pedido a préstamo, feas botas de aldeano, y, en la cabeza, una chistera de reflejos rojizos y espantosamente deteriorada. En conjunto, un descuidado: las manos, sin guantes, estaban sucias, y las uñas, largas y con luto. Por el contrario, su cama rada estaba de veinticinco alfileres:

una ligera pelliza de veso, un sombrero elegante, guantes nuevos y claros sobre dedos finos; tenía mi estatura, pero con una expresión extremada mente agradable en su rostro fresco y juvenil.

El muchacho alto se quitaba la corbata, una cinta completamente usada y grasienta, reducida casi al estado de cuerda, mientras que su elegante camarada, sacándose del bolsillo otra negra completamente nueva, recién salida de la tienda, se la ponía a continuación en el cuello. El otro tendía dócilmente y con una terrible seriedad su cuello, muy largo, echándose ha cia atrás el capote.

—No, es imposible, con una camisa tan sucia; no solamente no producirá ningún efecto, sino que parecerás todavía mucho más sucio. Ya lo dije que te pusieras un cuello postizo. No sé.. . ¿Y usted, no sabría usted? —dijo, volviéndose hacia mí.

—¿El qué? —pregunté.

—Ponerle la corbata. Mire usted, hace falta ponérsela de forma que no se le vea la camisa sucia, de lo contrario se perderá todo el efecto. Acabo de comprarle expresamente una corbata en casa de Felipe, e1 peluquero, por un rublo.

—¿Era tuyo ese rublo? —balbució el alto.

—Sí. Ahora no me queda más que un copes. Entonces, ¿no sabe usted? Habrá que pedírselo a Alphonsine.

—¿Va usted a casa de Lambert? —me preguntó bruscamente el alto.

—Sí, a casa de Lambert —respondí no menos decidido, mirándole a los ojos.

—.¿Dolgorowky? —repitió él con el mismo tono y la misma voz.

—No, no es Korovkine —respondí con la misma brutalidad, porque había entendido mal.

—¿Dolgorowky? —gritó casi el alto repitiéndose y avanzando hacia mí, casi amenazador.

Su camarada se echó a reír.

—Él dice Dolgorowky, y no Korovkine —me explicó— Ya usted sabe, los franceses del Journal des Débats estropean a menudo los apellidos rusos...

—De L'Indépendance *(126)* —gruñó el alto .

... Poco importa, de L'Indépendance también. Dolgorukov, por ejemplo, lo escriben Dolgorowky, yo mismo lo he leído, y a V-ov to llaman siempre comte Wallonieff *(127)*.

—¡Doboyny! —gritó el alto.

—Sí, hay también un tal Doboyny; lo he leído yo mismo, y los dos nos hemos reído: una cierta madame Doboyny, rusa, en el extranjero... Solamente, compréndelo, ¿de qué sirve recordarlos a todos? —dijo volviéndose hacia el alto.

—Perdón, ¿es usted el señor Dolgoruki?

—Sí, Dolgoruki. Pero, ¿cómo lo sabe usted?

El alto cuchicheó algo al oído del elegante, éste frunció las cejas a hizo un gesto de negación; pero el alto se volvió de repente hacia mí:

—Monsieur le prince, vous n'avez pas de rouble d'argent pour nous, pas deux, mais un seul, voulez vous?

—¡Qué mala persona eres! —exclamó el pequeño.

—Nous vous rendons —concluyó el alto, pronunciando groseramente y con torpeza las palabras francesas.

—Es que, mire usted, es un cínico —el pequeño se echó a reír— y ¿querrá usted creer que no sabe habla r francés? Pues se equivoca usted: lo habla como un parisiense, sola mente que remeda a los rusos, que siempre tienen unas ganas locas en el gran mundo de hablar francés entre ellos cuando en realidad no lo saben...

—Dans les wagons —explicó el alto.

—Está bien, también en los vagones. ¡Qué fastidiioso eres! ¿Qué necesidad hay de explicarse? ¡Qué gana más tonta de hacerse pasar por un imbécil!

Sin embargo, yo había sacado un rublo y se lo tendí al alto.

—Nous vous rendons — —dijo, guardándose el rublo.

Luego, volviéndose de repente hacïa la puerta, con un rostro absolutamente serio a inmóvil, se puso a golpearla con la punta de su enorme bota, por lo demás sin la menor irritación.

—¡Ah! ¡Otra vez vas a pelearte con Lambert! —observó el pequeño con inquietud—. Será mejor que llame usted con la campanilla.

Llamé, pero el alto no por eso dejó de dar puntapiés.

—¡Ah! sacré...

Era la voz de Lambert que se hacía oír detrás de la puerta. Abrió rápidamente.

—Dites doncs, voulez —vous que je vous casse la tete, mon ami?— le gritó al alto.

—Mon ami, voilà Dolgorowky, l'autre mon ami —declaró el alto seria y gravemente mirando a la cara de Lambert, rojo de cólera.

Pero, al divisarme, cambió radicalmente.

—¡Eres tú, Arcadio! ¡Por fin! ¡Y bien!, ¿cómo estás? ¿Estás curado por fin?

Me agarró las manos y me las estrechó con fuerza. En una palabra, demostró un entusiasmo tan sincero, que inmediatamente me sentí encantado y casi prendado de él.

—¡Es la primera visita que hago!

—¡Alphonsine! —gritó Lambert.

Ella saltó inmediatamente desde detrás del biombo.

—Le voilà!

—C'est lui! —exclamó Alphonsine, juntando las manos.

Luego, abriéndolas nuevamente, se lanzaba para abrazarme, pero Lambert me defendió.

—¡Vamos, vamos, ya está bien! —le gritaba como a un perrito—. Ya ves, Arcadio; hoy nos hemos puesto de acuerdo unos cuantos para comer en casa de los Tatars; no te suelto, vendrás con nosotros. Comeremos. Me desembarazaré inmediatamente de todos éstos, y luego charlaremos. ¡Pero entra! Vamos a salir dentro de un mome nto. Un minuto solamente.

Entré y me coloqué en el centro de la habitación, mirando en torno y reuniendo mis recuerdos. Lambert se vestía a toda prisa detrás del biombo. El alto y su camarada entraron también detrás de nosotros, a pesar de lo que había dicho Lambert. Todos estábamos de pie.

—Mademoiselle Alphonsine, voulez —vous me baiser?—— canturreó el alto.

—Mademoiselle Alphonsine —dijo el pequeño, avanzando y mostrando la corbata.

Pero ella se lanzó furiosamente contra los dos:

—Ah, le petit vilain! —era al pequeño a quien insultaba—, ne m'approchez pas, ne me salissez pas. Et vous, le grand dadais, je vous flanque à la porte tous les deux, savez vous cela?

El jovencito, aunque ella se apartase de él con desdén y desprecio, como si realmente tuviese miedo de mancharse *(cosa que yo no comprendía, porque él estaba muy limpio y apareció muy bien vestido, una vez despojado de su pelliza)*, el jovencito le rogó encarecidamente que hiciera el favor de hacerle el nudo de la corbata al zangolotino y además prestarle antes uno de los dos cuellos postizos limpios de Lambert. Ella estuvo a punto de golpearlos de indignación al escuchar era propuesta, pero Lambert, que había oído, le gritó desde detrás del biombo que no los entretuviera y que hiciese lo que le pedían, «de lo contrario, no nos dejarán nunca en paz», y Alphonsine cogió en seguida un cuello postizo y se puso a atender al largo, sin la menor repugnancia. Éste, exactamente igual que en la escalera, tendió el cuello mientras ella le hacía el nudo de la corbata.

—Mademoiselle Alphonsine, avez vous vendu votre bologne? —preguntó él.

—Quest —ce que ça, ma bologne?

El pequeño explicó que «ma bologne» significaba un perrito.

—Tiens, quel est ce baragouin?

—Je parle comme une dame russe sun les eaux minérales —observó le grand dadais, que seguía con el cuello tendido.

—Quest —ce que ça qu'une dame russe sun les eaux minérales..., et où est donc votre jolie montre que Lambent vous a donnée?— dijo ella, volviéndose bruscamente hacia el más joven.

—¿Cómo?, ¿otra vez sin reloj? —se oyó la voz furiosa de Lambert, detrás del biombo.

—r¡Se lo han comido! — gruñó le grand dadais.

—Lo he vendido en ocho rublos: era de plata sobredorada, y usted decía que era de oro. Eros relojes valen ahora dieciséis rublos en la tienda — le respondió el joven a Lambert, justificándose sin ardor.

—¡Es preciso acabar de una vez! —continuó Lambert, todavía más furioso—. Amiguito, si le compro a usted trajes y si le doy objetos bonitos, no es para que se los gaste en su zangolotino amigo... ¿Qué significa esa corbata que usted le ha comprado?

—¿Eso?, eso no cuesta más que un rublo, y además no de los de usted. Ël no tenía ninguna corbata. Ahora hace falta comprarle un sombrero.

—¡Idioteces! —dijo Lambert, totalmente rabioso esta vez—. Ya le he dado bastante para comprarse también un sombrero, pero él se lo gasta todo en seguida en ostras y en champaña;

apesta. Es un cerdo. No se le puede llevar a ninguna parte. ¿Cómo lo voy a llevar a comer?

—¡En coche! —gruñó le dadais—. Nous avons un rouble d'argent que nous avons preté *(128)* chez notre nouvel ami.

—¡No les des nada, Arcadio, nada! —volvió a gritar Lambent.

—Permita usted, Lambert. Le exijo inmediatamente dies rublos —dijo de pronto el pequeño, tan furioso, que se puso todo colorado y pareció casi dos veces más guapo—. Y no diga nunca estupideces como las que acaba de decir a Dolgoruki. Reclamo diez rublos para devolverle inmediatamente su rublo a Dolgoruki, y con el resto le compraré un sombrero a Andreiev, va usted a ver.

Lambert salió de detrás del biombo:

—He aquí tres billetes amarillos, tres rublos, y nada más hasta el mantes, y no vuelvan a aparecer por aquí... de lo contrario...

Le grand dadais le arrancó el dinero de las manos.

—Dolgorowky, he aquí un rublo, nous vous rendons avec beaucoup de grace. ¡Pierrot, nor vamos! — le gritó a su camarada.

Luego, de improviso, levantándolos en el aire y blandiendo los dos billetes, mientras miraba cara a cara a Lambert, gritó con todas sus fuerzas:

.-Ohé, Lambert!, où est Lambent?, as-tu-vu-Lambent?

—¡Cállese, cállese! —aulló Lambert con una cólera espantosa.

Vi que en todo aquello había alguna vieja historia que yo ignoraba completamente, y me quedé mirando con asombro. Pero el alto no se asustó lo más mínimo por el enfado de Lambert. A1 contrario, aulló todavía con más fuerza: Ohé, Lambert!, y la continuación *(129)*. Salieron y llegaron a la escalera. Lambert corrió tras ellos, pero se volvió en seguida.

—¡Les daré con la puerta en las narices! ¡Me cuestan más de lo que me producen! ¡Vamos, Arcadio! Estoy retrasado. Hay alguien que me espera, una... una persona útil... Un pillo, también... ¡Todos son unos pillos! ¡Los muy canallas! ¡Canallas! —exclamó una vez más, casi rechinando los dientes.

Pero de pronto se contuvo de una manera definitiva.

—Me alegro de que por fin hayas venido. ¡Alphonsine, que no se te vaya a ocurrir salir! ¡Vamos!

Delante de la puerta lo esperaba un coche de lujo. Nos acomodamos a11í, pero durante todo el camino no llegó a recobrarse del todo de no sé qué extraño furor contra aquellos jóvenes. Yo me asombraba de ver que tomaba la cosa tan en serio y también de que ellos se hubiesen mostrado tan poco respetuosos con Lambert y que Lambert casi hubiera temblado ante ellos. Me seguía pareciendo, según una vieja impresión de la infancia, que todo el mundo debía de tenerle miedo a Lambert, tanto más cuanto que, a pesar de toda mi independencia, seguramente yo le tenía miedo en aquellos instantes.

—Te digo que son unos canallas espantosos —continuaba él desahogando su cólera—. Créeme: ese alto me hizo sufrir un verdadero martirio hace tres días, en la buena sociedad. Se ponía delante de mí a gritar: Ohé, Lambert! ¡En la buena sociedad! Todo el mundo se reía. Se sabía que era para que yo le diese dinero. Ya puedes figurarte la escena. Se lo di. ¡Oh, son unos sinvergüenzas! Ha sido cadete y lo expulsaron de la Academia, ya puedes formarte una idea; es instruido; se ha criado en una buena casa, ¡en una buena casa, puedes creerme! Tiene ideas, habría podido... ¡Diablos, y es fuerte como un hércules! Hace servicios, pero no muchos. Y, tú mismo puedes comprobarlo, no se lava nunca las manos. Se lo recomendé a una señora, una vieja aristócrata, como arrepentido que quería matarse de remordimiento; fue a verla, se sentó; ¡y se puso a silbar! El otro es un buen muchacho, hijo de un general; su familia se avergüenza de él; lo he salvado del tribunal, le he tendido una mano, y he aquí cómo me paga. ¡No hay nadie decente! Pero, ¡les daré con la puerta en las narices, tan cierto como me llamo Lambert!

—Ellos saben cómo me llamo. ¿Eres tú quien les ha hablado de mí?

—He cometido esa tontería. En la comida, te lo ruego, domínate, quédate en tu sitio... Acudirá otro canalla espantoso. Es un canalla horrible y térriblemente astuto. Por lo demás, aquí no hay más que gentuza; ¡ni un solo hombre honrado! Pero acabaremos, y luego... ¿qué es lo que más te gusta? Bueno, es igual, las comidas son buenas. Soy yo quien paga, no te preocupes. Es una suerte que estés bien vestido. Puedo darte dinero. No tienes más que venir. Figúrate que les he echado de comer y de beber; cada día pastelillos; ese reloj que ha vendido, es ya la segunda vez. Ese pequeño, Trichatov, tú has visto cómo a Alphonsine le da horror incluso de mirarlo y cómo le prohi'be que se acerque a ella, pues bien, ese mismo, en pleno restaurante, delante de unos oficiales, se pone a gritar: « ¡Quiero chochas!» ¡Y ha tenido sus chochas! Sólo que ya me vengaré.

—¿Te acuerdas, Lambert, del día en que fuimos contigo al traktir, en Moscú; y me diste un pinchazo con el tenedor? Aquel día llevabas encima más de quinientos rublos.

—Sí, me acuerdo. ¡Diablo, tanto que me acuerdo! Te aprecio... Créeme. Nadie te quiere, pero yo te quiero. Yo únicamente, recuérdalo bien... Habrá uno en la comida, todo marcado de viruelas, que es el más astuto de los bribones; no le respondas si te habla, y, si se pone a hacerte preguntas, respóndele tonterías, no digas nada...

Por lo menos, su turbación le impidió hacerme preguntas durante el trayecto. Incluso me sentí ofendido al verlo tan seguro de mí, sin sospechar en mí la menor desconfianza. Me pareció que se figuraba tontamente poderme dar todavía órdenes como en otros tiempos. «Y para colmo es terriblemente inculto», pensé al entrar en.el restaurante.

III

Aquel restaurante, en la Morskaia *(130)*, ya lo habia yo frecuentado en la época de mi vergonzosa caída y de mi libertinaje, y por consiguiente la vista de aquellos salones, de aquellos camareros que me miraban y descubrían en mí a un visitante conocido, en fin, la impresión

producida por aquellos misteriosos amigos de Lambert, por esta reunión en medio de la cual me encontraba de repente y a la cual parecía yo pertenecer, y sobre todo un vago presentimiento de que iba voluntariamènte al encuentro de ciertas porquerías y que acabaría sin duda por hacer una mala acción, todo aquello me atravesó de repente. Hubo un instante en que estuve a punto de marcharme, pero ese instante pasó y me quedé.

El «marcado por la viruela» a quien tanto temía Lambert estaba ya esperándonos. Era uno de esos individuos de apariencia estúpidamente afanosa y práctica que tanto detesto desde mi infancia; de unos cuarenta y cinco años, estatura mediana, algunos pelos blancos, una cara imberbe hasta la obscenidad y pequeñas patillas grisáceas cortadas al ras, como dos salchichas, sobre las dos mejillas de un rostro extraordinariamente aplastado y desagradable. Como le correspondía, era aburrido, serio, poco locuaz a incluso, según la costumbre de todos estos individuos, altanero. Me estuvo mirando con mucha atención, pero no dijo palabra, y Lambert cometió la torpeza de, a pesar de sentarnos en la misma mesa, no creer necesario hacer las presentaciones. Así, el otro pudo tomarme por uno de aquellos chantajistas que acompañaban a Lambert. A tales jóvenes *(llegados casi al mismo tiempo que nosotros)* tampoco les dijo nada en toda la comida, pero se veía sin embargo que los conocía íntimamente. No le hablaba más que a Lambert, y para eso casi cuchicheando, y por otra parte Lambert era poco más o menos el único que hablaba, contentándose el marcado por la viruela con responder de tarde en tarde, con palabras molestas y provocativas. Tenía una actitud altanera, era mordaz y burlón, y parecía dedicarse todo el tiempo a meterle prisa, sin duda para que participara en determinada empresa. Una vez, tendí la mano hacia una botella de vino tinto; el marcado por la viruela cogió una botella de jerez y me la tendió; todavía no me había dirigido la palabra.

—Pruebe usted de éste —invitó, tendiéndome la botella.

Entonces adiviné que él también debía de saber todo lo que humanamente se podía saber de mí, y mi historia, y mi nombre, y quizá para qué contaba Lambert conmigo. La idea de que me tomaba por un empleado de Lambert me enfureció una vez más y 1eí en el rostro del último una inquietud muy fuerte y muy estúpida en cuanto el otro me dirigió la palabra. El picado de viruelas lo notó y se echó a reír. «Decididamente, Lambert depende de todos ellos», me dije, detestándolo en aquel momento con todo mi corazón. Así, pues, aunque sentados a la misma mesa, estábamos divididos en dos grupos: el marcado por la viruela con Lambert, cerca de la ventana, el uno frente al otro; yo al lado del grasiento Andreiev y, frente a mí, Trichatov. Lambert tenía prisa por acabar continuamente estaba azuzando al camarero. En cuanto se sirvió el champaña, tendió de pronto su copa hacia mí:

—¡A tu salud, brindemos! —dijo, interrumpiendo su conversación con el picado de viruelas.

—Permítame a mí también brindar con usted —dijo el elegante Trichatov tendiéndome su copa por encima de la mesa.

Hasta llegar al champaña, él había estado pensativo y silencioso. El dadais no decía absolutamente nada, pero comía en silencio y mucho.

—¡Con mucho gusto! — le respondí a Trichatov.

Brindamos y bebimos.

—Pues lo que es yo, yo no beberé a su salud —dijo de repente el dadais volviéndose hacia mí—. No es que le desee la muerte, es para que no beba usted más hoy.

Pronunció estas palabras sombría y sentenciosamente. Continuó:

—Para usted, ya está bien con tres copas. Veo que está usted mirando mí puño sucio, ¿eh? —continuó, exponiendo su puño sobre la mesa—. No me lo lavo y se lo alquilo tal como está, sin lavar, a Lambert, para romper las cabezas de los demás en los asuntos que se le ponen de mala manera.

Dicho esto, dio sobre la mesa un puñetazo tan violento, que saltaron los platos y los vasos. Además de nosotros, había en aquella sala otras cuatro mesas de comensales: oficiales y señores distinguidos. Era un restaurante a la moda; instantáneamente, todas las conversaciones se interrumpieron y todas las miradas se dirigieron a nuestro rincón. Por lo demás, desde hacía ya largo rato, despertábamos una cierta curiosidad. Lambert se sonrojó violentamente.

—¡Ah!, ¡he aquí que empieza otra vez! ¡Me parece, Nicolás Semenovitch, que le rogué bien claramente que se reprimiera! —declaró, en un cuchicheo furioso, dirigiéndose a Andreiev.

El otro le clavó una mirada larga y lenta.

—No quiero que mi nuevo amigo Dolgorowky beba hoy demasiado vino.

Lambert enrojeció todavía más. El picado de viruela prestaba oído atentamente y en silencio, pero con visible satisfacción. La ocurrencia de Andreiev le agradaba. Yo era el único que no comprendía por qué no debía beber más.

—¡Es sencillamente para que le dé más dinero! ¡Recibirá usted todavía siete rublos, ¿me entiende?, después de la comida, pero ahora déjenos terminar y no nos comprometa! —dijo Lambert rechinando los dientes.

—¡Ah, ah! . —mugió victoriosamente el dadais.

Aquello encantó decididamente al marcado por la viruela, que soltó una risita.

—¡Oye, estás exagerando...! — le dijo Thichatov a su amigo con inquietud y casi con dolor, queriendo visiblemente contenerlo.

Andreiev se calló, pero no por mucho tiempo; eso no iba con él. A cinco pasos de nosotros, en la segunda mesa, estaban comiendo dos señores que sostenían una animada conversación. Eran señores de edad madura y de aspecto extremadamente susceptible. Uno, alto y corpulento; el otro, muy gordo también, pero bajito. Hablaban en polaco sobre los últimos acontecimientos de París. Desde hacía ya largo rato, el dadaís los miraba con curiosidad, atento el oído. El polaco bajito le produjo sin duda el mismo efecto que un personaje cómico, a inmediatamente le tomó odio, como les pasa a todos los individuos biliosos y enfermos del hígado, en los que eso se produce siempre bruscamente, incluso sin motivo alguno. De repente,

el polaco bajito pronunció el nombre del diputado Madier de Montjau, pero, según la costumbre de muchos polacos, lo pronunció a la polaca, es decir, acentuando la penúltima sílaba, lo que sonaba Mádier de Móntjau *(131)*. No le hacía falta más al dadais... Se volvió hacia los polacos, e, irguiéndose gravemente, con voz alta y clara, dijo, como si hiciera uná pregunta:

—¿Mádier de Móntjau?

Los polacos se revolvieron furiosos.

—¿Qué desea usted? —gritó en ruso el polaco alto y corpulento, en tono amenazador.

El dadais estaba esperando precisamente aquello.

—¿Mádier de Móntjau? —repitió en forma tal que lo oyera toda la sala, sin dar más explicaciones, exactamente como hacía un momento; ante la puerta, me había repetido estúpidamente, avanzando hacia mí: ¿Dolgorowky?

Los polacos se sobresaltaron. Lambert se levantó y pareció que iba a lanzarse sobre Andreiev. Pero, abandonándolo, se precipitó cerca de los polacos y se confundió en excusas.

—¡Son payasos, demontre, payasos! — repetía, despreciativo, el polaco bajito, todo colorado de indignación como una cereza—. ¡Bien pronto, no habrá forma de venir aquí!

Toda la sala se agitaba, por todas partes se oían murmullos, pero, más todavía, risas.

—¡Salga..., se lo ruego..., vámonos! —balbuceaba Lambert completamente trastornado, tratando de empujar a Andreiev fuera de la sala.

El otro, después de haberle lanzado a Lambert una mirada inquisitiva y adivinado que ahora le daría dinero, consintió en seguirlo. Sin duda, más de una vez lo había extorsionado con aquel procedimiento cínico. Trichatov quería también correr detrás de ellos, pero me miró y se detuvo.

—¡Ah, qué cosa más sucia! —dijo, tapándole los ojos con sus delicados dedos.

——¡Bien sucia, en efecto!— murmuró el picado de viruelas, esta vez con aire descontento.

Pero Lambert se había puesto casi blanco y, con visajes animados, le cuchicheaba algo al picado de viruelas. Este había ordenado ya que trajesen lo antes posible el café. Escuchaba con aire desdeñoso. Se veía que habría querido irse. Y sin embargo toda aquella historia no era más que una chiquillada. Trichatov, con su taza de café, se vino a mi lado y se sentó cerca de mí.

—Yo quiero mucho a este Andreiev — —me dijo con un aire tan franco como si siempre hubiésemos estado tratando de aquel tema—. No podría usted creer lo desgraciado que es. Se ha comido y bebido la dote de su hermana, en. general se les ha comido y bebido todo durante el año que estuvo haciendo el servicio, y veo que ahora se atormenta. Si no se lava, es por pura desesperación. Se le ocurren ideas locas: le dice a uno de repente que ser bribón o ser hombre honrado es la misma cosa, que no hay diferencia; que no hace falta hacer nada, ni para bien, ni para mal; se puede hacer indistintamente el bien o el mal, pero lo mejor es quedarse acostado sin desnudarse un mes entero, beber, comer y dormir, sin preocuparse de nada. Pero, créame, todo eso lo dice solamente por decirlo. Y mire usted, yo creo incluso que la tontería que acaba de hacer, la ha hecho para romper definitivamente con Lambert. Ayer mismo me lo decía.

¿Creerá usted que a veces, por la noche o cuando se queda mucho tiempo solo, se echa a llorar? Y, mire, cuando llora, es a su manera, como no llora ninguna otra persona: aúlla, lanza aullidos espantosos, y es todavía más digno de compasión... Un hombre tan alto y tan fuerte, que se pone a aullar... ¡Qué desgraciado!, ¿verdad? Yo quiero salvarlo, pero yo mismo soy un tipo tan asqueroso, un muchacho perdido, no puede usted formarse idea. ¿Me dejará usted entrar en su casa, Dolgoruki, si voy alguna vez a verlo?

—Desde luego, me es usted muy si.mpático.

—¿Y por qué eso? En fin, gracias. Escuche, tomemos otra copa. Pero, ¿qué digo? No beba usted. Él tenía razón: no debe usted beber más—. me lanzó una mirada expresiva—, pero yo sí beberé. A mí no me causa efecto, y no puedo contenerme en nada. Dígame que no debo comer en los restaurantes, pues bien, estoy dispuesto a todo con tal de seguir comiendo en ellos. ¡Oh!, queremos ser sinceramente honrados, se lo aseguro. Sólo que siempre lo aplazamos para más tarde,

¡Y los años pasan, los años mejores! *(132)*, pero tengo mucho miedo por él: se ahorcará. Irá a ahorcarse sin decírle nada a nadie. Está hecho así. Hoy todo el mundo se ahorca. ¿Quién sabe? Tal vez hay rnuchos como nosotros. Yo, por ejemplo, no puedo vivir de ninguna manera si no tengo dinero de más. El dinero superfluo me es mucho más necesarío que el dinero indispensable. Escuche, ¿le gusta a usted la música? A mí me gusta con locura. Le tocaré algo cuando vaya a verlo. Toco muy bien el piano, y he estudiado mucho tiempo. He estudiado seriamente. Si compusiera una ópera, ¿sabe usted?, elegiría un tema del Fausto *(133)*. Me gusta mucho ese tema. Construyo siempre una escena en una catedral, de esa forma, en mi cabeza solamente; me la imagino. Una catedral gótica, el interior, los coros, los himnos, Margarita entra y, ya comprende usted, coros medievales, que se percibía en ellos el siglo XV. Margarita está melancólica: primeramente un recitativo en voz baja, pero terrible, torturante. Y los coros retumban con un canto sombrío, severo, indiferente:

Dies irae, dies illa!

y de repente, la voz del diablo, el canto del diablo. Es invisible, no hay más que su canto, al lado de los himnos, con los himnos, casi coincidiendo con ellos, y sin embargo completamente diferente, eso es lo que hay que conseguir. El canto es largo, infatigable, es un tenor, un tenor de cuerpo entero. Comienza dulcemente, tiernamente: « ¿Te acuerdas, Margarita, de cuando, todavía inocente, todavía niña, venías con tu mamá a esta catedral y balbuceabas plegarias leídas en un viejo libro?» Pero el canto se hace cada vez más fuerte, cada vez más apasionado, más ardiente. Las notas son más altas: se perciben a11í lágrimas, un tedio inagotable y sin fin, y, por último, la desesperación: « ¡Nada de perdón, Margarita! ¡Nada de perdón aquí para ti! » Margarita quiere rezar, pero de su pecho no se escapan más que gritos, ya usted sabe, cuando a fuerza de lágrimas se tiene convulsiones en el pecho, y el canto de Satanás no se calla nunca, penetra cada vez más profundamente en el alma como la punta de una espada, es cada vez más alto, y de pronto se interrumpe con este grito: « ¡Todo ha terminado, maldita! » Margarita cae

de rodillas, junta las manos al frente, y entonces es cuando llega su oración, algo muy corto, un semirrecitativo, pero ingenuo, sin arte, algo Poderosamente medieval, cuatro versos, cuatro versos solamente, Stradella *(134)* tiene notas por ese estilo, y, con la última nota, ¡la apoteosis! Un desmayo. La levantan, se la llevam entonces, súbitamente, el trueno del coro. Un relámpago, un coro .inspirado, triunfante, abrumador, algo por el estilo de nuestro himno de los Querubines *(135)*. Todo se ve sacudido hasta sus cimientos y todo termina en un hosanna. Se diría que es el grito de todo el universo mientras se la llevan. Se la llevan, y el telón cae. Sí, mire usted, si yo fuera capaz, haría algo. Sólo que no sirvo para nada. Me contento con soñar. ¡Siempre estoy soñando! Toda mi vida no es más que un sueño, por las noches sueño también. ¡Ah!, Dolgoruki, ¿ha leído usted Almacén de Antigüedades, de Dickens? *(136)*.

—Sí, sí, ¿por qué?

—Recordará usted que... Espere, me tomaré otra copa. Recordará usted aquel pasaje, hacia el final, en que los dos, aquel viejo loco y la encantadora niñita de trece años, su nieta, encuentran ún refugio, después de su fuga fantástica y de sus peregrinaciones en algún sitio remoto de Inglaterra cerca de una vieja catedral gótica, donde la niña consigue un empleo: el de enseñar la catedral a los visitantes. Un día, el sol se está poniendo y esa niña, de pie en el pórtico de la catedral, inundada por los últimos rayos, mira el ocaso con una dulce y pensativa contemplación en su alma infantil, en su alma asombrada, como si se encontrara frente a un enigma, porque, ¿no son enigmas el Sol pensado por Dios, y la catedral pensada por los hombres? ¿No es eso verdad? . ¡Oh!, no conaigo explicarme bien, pero a Dios le gustan estos primeros pensamientos de los niños... Y allí, cerca de ella, sobre los escalones, aquel viejo loco, su abuelo, la contempla con una mirada fija. .. Mire usted, no hay en eso nada de extraordinario, en esa escena de Dickens, solamente que uno no la olvidará nunca, y ha permanecido en toda Europa. ¿Por qué? ¡He ahí lo que es hermoso! ¡Porque está la inocencia! ¡Ah!, tampoco yo sé lo que hay, lo único que sé es que es bello. En el Instituto, yo siempre estaba leyendo novelas. Mire usted, tengo una hermana en el campo, sólo me lleva un año... Ahora lo han vendido todo y ya no tenemos campo. Estábamos juntos en la terraza, bajo nuestros viejos tilos, leyendo esa novela, y el sol también se ponía: de repente, dejamos de leer y nos dijimos el uno al otro que también nosotros seríamos buenos, seríamos bellos... Yo me preparaba entonces para entrar en la Universidad. . , Es que, mire usted, Dolgoruki, cada cual tiene sus recuerdos...

Y de repente inclinó su bonita cabeza sobre mi hombro y se deshizo en lágrimas. Me dio lástima, mucha lástima de él. Sin duda había bebido mucho vino, pero me hablaba tan sinceramente, tan fraternalmente, con tanto sentimiento... Y, en aquel instante, se oyó en la calle un grito y grandes golpes en la ventana *(las ventanas eran de una sola pieza, grandes y situadas en la planta baja, de forma que se las podía golpear desde la calle)*.

—Ohé, Lambert! Où est Lambert? As —tu vu Lambert?

Ese grito salvaje hizo irrupción desde la calle.

—¡Ah! ¡Pero es que todavía está aquí! ¡No se ha marcha do entonces! —exclamó el pequeño, levantándose de su sitio.

—¡La cuenta! —le ordenó Lambert al camarero.

Sus manos temblaban de cólera cuando pagó la cuenta, pero el picado de viruelas no le permitió que pagase su parte.

—¿Y por qué? Soy yo quien le he invitado, y usted ha aceptado la invitación.

—No, permítame.

El picado de viruelas sacó su portamonedas y, después de haber hecho el cálculo, pagó su parte.

—Me está usted ofendiendo, Semen Sidorytch.

—¡Ya lo sé! —cortó Semen Sidorovitch.

Cogió su sombrero y, sin decirle hasta la vista a nadie, salió solo de la sala.

Lambert lanzó su dinero al camarero y se apresuró a correr tras el otro, incluso olvidándome en su trastorno. Trichatov y yo salimos los últimos. Andreiev estaba plantado delante de la puerta como un poste, y aguardaba a Trichatov.

—¡Sinvergüenza! —dijo Lambert, que no podía ya contenerse.

—¿Qué es eso? —rugió Andreiev; y, con un revés de la mano, le hizo caer el bombín, que rodó por la acera.

Lambert corrió humildemente a recogerlo.

—Vingt —cinq roubles!— dijo Andreiev, mostrándole a Trichatov el billete que acababa de sacarle a Lambert.

—¡Basta! —le gritó Trichatov—. ¿Por qué has de andar siempre formando escándalo? ¿Y por qué le has pedido veinticinco rublos? No te debía más que siete.

—¿Por qué? Me prometió que íbamos a comer en un reservado, con mujeres, y en lugar de mujeres nos ha traído a ese picado de viruelas. Además, no he acabado de comer y ha hecho que me hiele aquí en la calle, precisamente por dieciocho rublos. Con los siete rublos que nos debía, hace un total de veinticinco.

—¡Váyanse los dos al diablo! —aulló Lambert—. Les despido a los dos y ya les mostraré...

—Lambert, soy yo quien le despide, soy yo quien le dará una lección —gritó Andreiev—. Adieu, mon prince! ¡No bebas más vino! ¡Pierrot, adelante, en marcha! Ohé, Lambert! Où est Lambert? As —tu vu Lambert?— profirió una vez más, alejándose a pasos de gigante.

—Entonces, yo iré a casa de usted, ¿me permite? — me balbuceó a toda prisa Trichatov, obligado a seguir a su amigo.

Nos quedamos solos Lambert y yo.

—Pues bien... vamos —dijo él como si le costara trabajo recobrar el aliento a incluso como transportado.

—¿Ir adónde? ¡No iré contigo a ninguna parte! —me apresuré a gritar con tono provocativo.

—¿Cómo es eso? —preguntó él temerosamente, de pronto vuelto en sí—. ¡Pero si precisamente yo esperaba que nos quedásemos solos!

—Pero, ¿adónde, ir?

Lo confieso, yo tenía la cabeza también un poco trastornada, después de tres copas de champaña y dos vasitos de jerez.

—Aquí, aquí, ¿ves?

—Pero ahí hay ostras frescas, ya lo ves, lo pone el letrero. Eso huele mal.

—Siempre pasa lo mismo después de comer, pero es la tienda de Miliutine. Ostras no comeremos, pero pagaré el champaña.

—¡No quiero! Tú quieres hacerme beber.

—Son ellos los que te han dicho eso. Se han burlado de ti. ¿Vas a crees a esos sinvergüenzas?

—No, Trichatov no es un sinvergüenza. Por otra parte, también yo sabré ser prudente. ¡Eso es!

—¿Entonces, es que tienes carácter?

—Sí, tengo carácter, un poco más que tú puesto que tú eres esclavo del primero que llega. Nos has cubierto de vergüenza, has pedido perdón, como un lacayo, a esos polacos. ¿Es que te han pegado mucho en las tabernas?

—¡Pero tenemos que hablar, imbécil! —gritó con una impaciencia despreciativa que parecía decir: «¿Tú también?»—. ¿Es que tienes miedo? ¿Eres amigo mío o no?

—No soy amigo tuyo, y tú no eres más que un bribón. ¡Pues bien, vamos! Quiero solamente demostrarte que no te tengo miedo. ¡Ah! ¡Qué mal huele esto, esto huele a queso! ¡Qué porquería! *(137)*.

Capitulo vi

I

Recuérdese una vez más que yo tenía la cabeza un poco vacilante. De no ser así, yo habría hablado y obrado de otra manera. En aquel establecimiento, en una sala trasera, se podía en efecto comer ostras, y nos instalamos en una mesa cubierta por un mal mantel sucio. Lambert pidió champaña; una copa llena de un vino frío color de oro apareció delante de mí, mirándome con aire atractivo; pero yo estaba descontento.

—Mira, Lambert, lo que más me ofende es que te figures que puedes todavía darme órdenes como en casa de Tuchard, siendo así que aquí eres tú el esclavo de todos.

—¡Imbécil! ¡Vamos, brindemos!

—Ni siquiera te molestas en fingir delante de mí; si, por to menos, disimulases que quieres hacerme beber...

—Estás diciendo tonterías y estás borracho. Es preciso seguir bebiendo, y te sentirás más alegre. Vamos, coge tu cops, cógela.

—¿Cómo es eso de «cógela»? Voy a irme, eso es todo.

Y en efecto, iba a levantarme. Le entró una gran cólera.

—Es Trichatov quien te ha contado historias contra mí: os he visto, murmurabais juntos. Pues bien, no eres más que un imbécil. A Alphonsine se le revuelve el estómago cuando él se le acerca... —Es repugnante. Ya te contaré lo que vale.

—Ya me lo has dicho. A cada momento tienes en la boca a Alphonsine. Eres terriblemente estrecho.

—¿Estrecho? —No comprendía—. Ahora se han puesto de acuerdo con el picado de viruelas. Por eso los he despedido. Son indecentes. Ese picado de viruelas es un canalla, va a pervertirlos. Yo, por el contrario, exigía que se comportasen siempre noblemente.

Me senté, cogí maquinalmente la copa y bebí un trago.

—Pero tú, tú tienes miedo de ellos, ¿no es así? —continué enrabiándolo *(y ciertamente yo era entonces todavía más repulsivo que él)*—. Andreiev te ha tirado el sombrero y tú le has dado veinticinco rublos de recompensa.

—Sí, pero me los pagará. Se rebelan, pero ya los domaré...

—El picado de viruelas te atormenta. Mira, me parece que ahora no te queda nadie más que yo. Todas tus esperanzas descansan ahora únicamente en mí. ¿No?

—Sí, mi pequeño Arcadio, eso es una gran verdad: tú sigues siendo mi único amigo. ¡Lo has dicho muy bien!

Y me dio una palmada en el hombro. ¿Qué hacer con un hombre tan grosero? Era totalmente inculto, y tomaba una burla por un elogio.

—Podrías evitarme disgustos si fueses un buen camarada, Arcadio —prosiguió mirándome tiernamente.

—¿Cómo es eso?

—Tú to sabes muy bien. Sin mí, no eres más que un imbécil, y lo seguirás siendo siempre, mientras que yo en cambio puedo darte treinta billetes de a mil y, yendo a medias, ¿tú te figuras lo que eso produciría? Considera un poco lo que eres: no tienes nada, ni nombre, ni familia. Y así, de golpe y porrazo, será la fortuna. Con una suma semejante, puedes empezar una carrera.

Me quedé estupefacto con el procedimiento. Suponía que él iba a recurrir a la astucia, y he aquí que se metía de lleno en el asunto, en plan infantil. Resolví escucharlo, por largueza de espíritu *(138)* y... por loca curiosidad.

—Mira, Lambert, tú no comprenderás quizá esto, pero consiento en escucharte porque tengo amplitud de espíritu —declaré firmemente, y me bebí otro trago.

Lambert, inmediatamente, volvió a llenar la copa.

—Pees bien, helo aquí, Arcadio: si un individuo como Bioring se hubiese permitido decirme injurias y golpearme delante de una dama a la que adoro, bueno, no sé lo que yo habría hecho. Tú, en cambio, te has aguantado y me repugnas: no eres más que un poltrón.

—¿Cómo te atreves a decir que Bioring me ha pegado? —exclamé ruborizándome—. Soy más bien yo quien le ha pegado a él, y no él a mí.

—No, es él quien te ha pegado, y no tú.

—¡Mientes, incluso le he aplastado un pie!

—Pero él te rechazó a empellones y ordenó a los criados que te despidieran con malos modos... ¡Y ella, que estaba en el coche mirándote y riéndose de ti! Ella sabe que no tienes padre y que se te puede hacer tragar todo.

—No sé, Lambert, pero en este momento estamos hablando como escolares, y me da vergüenza por ti. Quieres solamente irritarme, y lo haces de una manera tan grosera, tan descaradamente, que se diría que te las estás entendiendo con un muchachillo de dieciséis años. ¡Te has puesto de acuerdo con Ana Andreievna ! —exclamé temblando de cólera y sin dejar de beber maquinalmente, a sorbitos.

—¡Ana Andreievna es una buena pájara! Nos dará carrete a ti y a mí y al mundo entero. Te esperaba porque a ti te será más fácil ponerte de acuerdo con la otra.

—¿Qué otra?

—La señora Akhmakova. Lo sé todo. Tú mismo me has dicho que ella tiene miedo de la carta que tú conservas...

—¿Qué carta? ... Estás mintiendo... ¿La has visto? —balbucí todo conmovido.

—La he visto. Es guapa. Très belle, y has tenido muy buen gusto.

—Sé que la has visto. Pero también sé que no te has permitido hablarle, y no quiero tampoco que te permitas hablar de ella.

—Eres todavía joven y ella se ríe de ti, eso es todo. Había una de esas virtudes allá en Moscú: ¡oh, cómo arrugaba la nariz! Y bien, cuando se la amenazó con contar todo se puso a temblar y en seguida se mostró obediente. Y conseguimos lo uno y lo otro; ¿comprendes?: el dinero y lo demás. Ahora ella está de nuevo en el mundo, inabordable, vuela alto, ¡diablo!, ¡y qué tren de vida! ¡Y si tú vieras en qué cuchitriles ha pasado eso! Tú todavía no has conocido eso. Si supieras que esos cuchitriles no las asustan...

—Ya me figuraba algo de eso —balbucí sin poder aguantarme.

—Están corrompidas hasta la médula de los huesos. ¡No sabes de lo que son capaces! Alphonsine ha vivido en una de esas casas: pues bien, ¡estaba asqueada!

—Ya me lo suponía —confirmé de nuevo.

—Se te pega y tú tienes lástima...

—Lambert, eres un miserable, eres un maldito —exclamé comprendiendo de pronto y echándome a temblar—. He visto todo eso en sueños. Tú estabas a11í con Ana Andreievna... ¡Oh, eres un maldito miserable! ¿Es que te figurabas que yo soy hasta ese punto miserable? Lo he visto en sueños porque yo sabía ya que me dirías todo eso. ¡Y, en fin, las cosas no pueden ser tan sencillas, para que me hables tan franca y simplemente!

—¡Ah, se pone furioso! Ta, ta, ta —dijo Lambert riendo y triunfal—. Y bien, mi pequeño Arcadio, ya sé todo lo que necesitaba. Por eso te esperaba. Escúchame: la amas y quieres vengarte de Bioring. Eso es lo que yo quería saber. Lo sospechaba ya mientras te esperaba. Ceci posé, cela change la question! Y eso resulta tanto mejor cuanto que ella también te ama. Además, no puedes hacer otra cosa, has escogido lo más seguro. Y luego has de saber, Arcadio, que tienes un amigo: yo, de quien puedes hacer lo que quieras. Este amigo te ayudará y te casará. Encontraré todo lo que haga falta, lo haré salir de debajo de la tierra, mi pequeño Arcadio. A cambio, le darás en seguida a tu antiguo camarada treinta billetitos para consolar su pena. ¿Eh? Te ayudaré, no te preocupes. En esta clase de negocios, conozco todos los trucos. Te darán toda la dote, y hete aquí rico, con una bonita carrera en perspectiva. . .

La cabeza me daba vueltas, pero yo no dejaba de mirar a Lambert con asombro. Estaba hablando en serio o, más bien, yo veía claramente que él creía a pies juntillas en la posibilidad de casarme, que incluso adoptaba aquella idea con entusiasmo. Naturalmente, yo veía también que me ponía la trampa como a un niño *(desde luego, ya lo veía por aquel entonces)*; pero la idea de aquel casamiento con ella me había traspasado tan enteramente, que, aun asombrándome de que Lambert pudiera creer en semejante ocurrencia, yo mismo le había prestado crédito irresistiblemente, sin dejar de darme cuenta por un solo instante de que la cosa era manifiestamente irrealiznble. No sé cómo se conciliaba todo aquello.

—Pero, ¿es posible? —balbucí.

—¿Y por qué no? Tú le enseñas el documento, ella te coge miedo y se casa contigo, para no perder el dinero.

Resolví no frenar a Lambert en sus, pillastrerías, porque las desplegaba tan ingenuamente ante mí, que ni siquiera sospechaba que de pronto yo pudiese indignarme. Sin embargo murmuré que no querría casarme exclusivamente por la fuerza:

—De ninguna manera, no me casaré por la fueza. ¿Cómo puedes ser tan vil como para creerme capaz de eso?

—¡Bueno, ya estamos! Pero si eso es una cosa que saldrá de ella misma; no serás tú, será ella. Ella cogerá miedo y se casará contigo. Y también se casará contigo porque te ama —añadió Lambert, corrigiéndose.

—Estás inventando. Te burlas de mí. ¿Cómo sabes tú que ella me quiere?

—Claro que lo sé. También Ana Andreievna lo supone. Te hablo en serio y te digo la verdad: Ana Andreievna lo supone. Más tarde te contaré todavía algo más, cuando vengas a verme, y ya verás que ella te quiere. Alphonsine ha estado en Tsarskoie; también ella se ha informado por su parte...

—¿Y qué es lo que ha podido averiguar allí?

—Vamos a casa; ella misma te lo contará, será más agradable para ti. Y además, ¿es que tú no vales tanto como otro cualquiera? Eres guapo, estás bien educado...

—Sí, estoy bien educado —susurré, respirando apenas.

El corazón me latía como si fuera a romperse, y, naturalmente, el vino no era la única causa.

—Eres guapo, estás bien vestido.

—Sí, estoy bien vestido.

—Y eres bueno...

—Sí, soy bueno.

—¿Por qué, entonces, no iba ella a consentir? Bioring, a pesar de todo, no la tomaría sin dinero, y tú, en cambio, puedes privarla de su dinero, por tanto ella tendrá miedo. Te casas y, al mismo tiempo, te vengas de Bioring. Tú mismo me dijiste, aquella noche, cuando estabas helado, que ella está enamorada de ti.

—— ¿Cómo?, ¿te he dicho yo eso? Seguramente no hablé así.

—Sí, sí, lo dijiste.

—Sería delirando. ¿Fue entonces cuando te hablé también del documento?

—Sí, me dijiste que tenías esa famosa carta. Y entonces yo pensé: ¿Cómo es posible que, teniendo esa carta, pierda el tiempo de esta manera?

—¡Todo eso no son más que figuraciones! No soy lo bastante estúpido para creérmelo —balbucí—. Primeramente, la diferencia de edad. Además, yo no tengo nombre.

—Te digo que se casará contigo. Es imposible obrar de otra manera cuando se puede perder tanto dinero. Ya arreglaré yo eso. Además, ella te quiere. Mira, el viejo príncipe está muy bien dispuesto hacia ti; tú sabes las relaciones que puedes conseguir gracias a su protección. En lo

que al nombre se refiere, hoy no hace falta ninguna: en cuanto tengas dinero, lo único que necesitas es avanzar, a irás lejos, y dentro de diez años tendrás tantos millones, que temblará toda Rusia: ¿qué necesidad tendrás entonces de nombre? En Austria se puede comprar un título de barón. Una vez casado, átala corto. Con ellas, es preciso saber manejarlas. Una mujer enamorada prefiere que se la trate con dureza. A la mujer le gusta que el hombre tenga carácter. Tú le mostrarás el tuyo después de haberla asustado con la carta. Ella pensará: «¡Tan joven y ya tiene carácter!»

Me quedé en mi asiento como aturdido. Con ninguna otra persona me habría dejado arrastrar a una conversación tan estúpida. Pero no- sé qué sed deliciosa me empujaba a prolongarla. Por lo demás, Lambert era demasiado estúpido y demasiado vil para que pudiera uno ruborizarse delante de él.

—No, mira, Lambert —dije de pronto—, será —todo tu que tú quieras, pero hay en eso muchas cosas absurdas. Si te hablo, es porque somos camaradas y no tenemos por qué avengonzarnos el uno del otro. Pero con ninguna otra persona me habría yo rebajado hasta este punto. Y sobre todo, ¿por qué afirmas con tanta seguridad que ella me quiere? Hace un momento has hablado acertadamente en cuanto se refiere a la fortuna. Pero, mira, Lambert, tú no conoces el gran mundo: allí dentro todo transcurre en el plan más patriarcal, es el régimen de los clanes, por así decirlo, y ahora que ella no conoce todavía cuáles son mis capacidades ni a qué puedo llegar en la vida, a pesar de todo, se avergonzará de mí. Pero no lo ocultaré, Lambert, que hay en efecto un punto que puede hacer concebir esperanzas. Mira: ella podría casarse conmigo por agradecimiento, porque así la libraría yo del odio de un hombre. Y a ella le da miedo, miedo de ese hombre.

—¡Ah! ¿Te refieres a tu padre? ¿Tanto la quiere él, entonces?

Y Lambert se estremeció de pronto con una extraordinaria curiosidad.

—¡Oh, no! —exclamé—. ¡Qué terrible y qué idiota eres al mismo tiempo, Lambert! ¿Es que iba yo a querer casarme con ella si él la amase? ¡El hijo y el padre!, sería, de todas formas, una vergüenza. Él a quien quiere es a mamá; a mamá, lo he visto a punto de abrazarla, ¡y yo que me figuraba antes que a quien quería era a Catalina Nicolaievna! Ahora comprendo muy bien que él pudo quererla antes, pero que desde hace tiempo la detesta... Él quiere vengarse, y ella tiene miedo por eso, porque, mira, Lambert, él es terrible cuando empieza a vengarse. Se vuelve medio loco. Cuando odia a alguien, es capaz de todo.

»Son odios de antiguas familias, por altas razones de principios. En nuestra época, se escupe a todos los principios; en nuestra época, no hay ya principios, sino únicamente casos particulares. ¡Ah!, Lambert, tú no comprendes nada: eres bruto como un alcornoque; te hablo ahora de estos principios y desde luego tú no comprendes lo más mínimo. Eres terriblemente inculto. ¿Te acuerdas cómo me pegabas? Ahora yo soy más fuerte que tú, ¿lo sabes?

—¡Mi pequeño Arcadio, vamos a mi casa! Pasaremos la tarde juntos, beberemos todavía otra botellita y Alphonsine cantará acompañándose con la guitarra.

—No, no iré. Escucha, Lambert, yo tengo mi «idea». Si eso no cuaja no me caso, me retiraré dentro de mi idea; tú en cambio no tienes idea ninguna.

—¡Bueno, bueno, ya me contarás eso después, vamos!

—¡No iré! —y me levanté—. No quiero, y no iré. Iré a tu casa, pero tú no eres más que un bribón. Te daré treinta mil rublos, de acuerdo, pero yo soy más puro que tú y más noble... Veo muy bien que quieres engañarme. Pero en cuanto a ella, te prohibo incluso pensar: ella está por encima de todos nosotros, y tus planes son una porquería tal, que incluso me asombro por ti, Lambert. Quiero casarme, eso es un asunto distinto, pero no tengo necesidad de capital, desprecio el capital. No aceptaré, ni siquiera aunque ella me ofreciese su fortuna poniéndose de rodillas... Casarme, casarme, eso es una cosa completamente distinta. Y mira, lo has dicho muy bien. es preciso atarlas corto. Amar, amar apasionadamente, con toda la grandeza de alma de que es capaz el hombre y que una mujer no podrá tener jamás, por ser déspota, eso es lo que está bien. Porque, mira, Lambert, a la mujer le gusta el despotismo. Tú, Lambert, tú conoces a las mujeres, pero en todo lo demás eres asombrosamente estúpido. Y, mira, Lambert, no eres en realidad tan repugnante como pareces, eres simplote. Yo te quiero. ¡Ah, Lambert! ¿Por qué eres tan bribón? ¡Sería tan agradablc vivir contigo! Mira, Trichatov es muy agradable.

Estas últimas frases sin ilación fueron balbuceadas ya en la calle. ¡Oh!, me acuerdo de los menores detalles: hace falta que el lector vea cómo; con todos mis entusiasmos, todos mis juramentos y mis promesas de volver al bien y de buscar la belleza, pude entonces caer tan fácilmente y en semejante cieno. Y, lo juro, si no estuviese perfecta y enteramente convencido de que soy ahora otro hombre y de que he adquirido la costumbre de la vida práctica, a ningún precio haría semejantes confesiones.

Habíamos salido del establecimiento, y Lambert me sostenía rodeándome ligeramente la cintura. De pronto, volví los ojos hacia él y vi. en su mirada fija, escrutadora, terriblemente atenta y perfectamente sobria, casi la misma expresión que la mañana en que estuve a punto de quedarme helado y en que me condujo, ciñéndome con el brazo exactamente de la misma manera, hasta un coche, escuchando con sus ojos y con sus oídos mis balbuceos sin ilación. Las personas atrapadas por la bebida, pero que no están completamente ebrias, tienen de pronto instantes de entera lucidez.

—¡No iré a tu casa a ningún precio! —dije con ilación y con firmeza, mirándolo con aire burlón y rechazando su brazo,

—Vamos, vamos. Le diré a Alphonsine que haga té.

Él estaba profundamente convencido de que yo no me escaparía. Me rodeaba y me sostenía con satisfacción, como a su víctima, y bien que le era yo necesario precisamente aquella tarde y en aquel estado. Más adelante se verá el porqué.

—¡No iré! —repetía yo—. ¡Cochero!

Justamente pasaba un trineo y salté dentro.

—¿Adónde vas? ¿Qué haces ahí? —aulló Lambert con un miedo terrible, sujetándome por la pelliza.

—¡Y no trates de seguirme! —exclamé—. No corras detrás de mí.

En aquel instante, el cochero le dio un latigazo a su caballo, y mi pelliza se soltó de las manos de Lambert.

—¡Es igual, ya vendrás! —gritó detrás de mí con una voz malvada.

—Iré, si quiero. ¡Soy libre! —le grité desde el trineo, vuelto hacia él.

II

No me persiguió, sin duda porque no halló otro vehículo a mano, y pude escaparme de él. Pero me hice llevar únicamente hasta la Siennaia; a11í, me levanté y despedí el trineo. Tenía ganas locas de caminar a pie. No sentía ni fatiga, ni una gran embriaguez. Tenía solamente una especie de entusiasmo, un aflujo de fuerzas, una capacidad extraordinaria para cualquier empresa, una infinidad de ideas agradables en la mente.

Mi corazón latía con rapidez y con fuerza: oía cada uno de los latidos. ¡Y todo me resultaba tan agradable, tan fácil! A1 pasar ante el puesto de guardia de la Siennaia *(139)*, tuve unas ganas locas de acerçarme al centinela y abrazarlo. Era el deshielo, la plaza estaba negra y olía mal, pero todo me agradaba, incluso la plaza.

Ahora voy a seguir por la Perspectiva Obukhov, me decía yo. En seguida doblaré a la izquierda y desembocaré en el Semenovski, cambiaré de pronto de dirección y seguiré caminando, porque es delicioso, todo es delicioso. Llevo la pelliza desabrochada, pero nadie me la quita, ¿dónde están entonces los ladrones? Dicen que hay ladrones en la Siennaia, ¡que se acerquen! Tal vez les daré mi pelliza. ¿Qué falta me hace? Una pelliza es una propiedad. La propiété, c'est le vol. Pero es idiota. ¡Qué hermoso es todo! ¡Qué cosa más buena que sea ahora el deshielo! ¿De qué sirve la helada? No debería haber nunca helada. Se siente uno satisfecho diciendo así tonterías. ¡Caramba!, ¿qué le he dicho a Lambert sobre los principios? Le dije que no hay principios, sino únicamente casos particulares. ¡He mentido, requetementido! Aposta para deslumbrarlo. Es un poco vergonzoso, pero es igual, repararé eso. ¡No te avergüences, no te atormentes, Arcadio Makarovitch! Arcadio Makarovitch, usted me agrada. Incluso me agrada mucho, mí joven amigo. Es una lástima que sea usted un pequefio, un pequeñito bribonzuelo... y... y... ¡ah!... ¡ah!...

Me detuve de pronto y todo mi corazón se sintió nueva mente invadido de embriaguez.

—¡Señor! ¿Qué es lo que él ha dicho? Ha dicho que ella me quiere. ¡Oh!, el muy pillo, ha mentido. Era para que fuese a pasar la noche en casa de él. En realidad, puede que no sea eso. Ha dicho que Ana Andreievna también lo cree por su parte... ¡Ja, ja! Es que Daria Onissimovna ha podido enterarse de algo: siempre está metiendo la nariz por todas partes. Y ¿por qué, a pesar de todo, no he ido a casa de él? Me lo habría contado todo. ¡Hum!, él tiene su plan; yo presentía todo esto hasta en los menores detalles. Un sueño. Está bien concebido, señor Lambert,

únicamente que está usted mintiendo, que esto no pasará así. Pero ¡quizá sí! ¡Quizá sí! ¿Es que no podría él conseguir que me casara? Es muy capaz. Es ingenuo y tiene fe. Es estúpido y audaz como todos los hombres de negocios. La estupidez y la audacia reunidas son una gran fuerza. Confiesa que has tenido miedo de Lambert, Arcadio Makarovitch. Y ¿qué necesidad tiene él de gente honrada? Lo dice con toda seriedad: no hay un solo hombre honrado en este mundo. Pero, ¿y tú, entonces? ¡Vamos!, ¿qué estoy diciendo? ¿Es que los hombres honrados no son necesarios para los pillos? En la pillería la gente honrada es más necesaria que en cualquier otra parte. ¡Ja, ja, ja, en tu completa inocencia, tú no sabías todavía esto, Arcadio Makarovitch! ¡Señor! ¡Y si verdaderamente consigue casa.rme!

Me detuve de nuevo. Debo confesar aquí una tontería *(puesto que hace mucho tiempo que ha pasado)*, debo confesar que, desde hacía mucho tiempo, yo quería casarme, o más bien no quería y eso no sucedería jamás *(y eso no sucederá jamás, doy mi palabra)*, pero más de una vez y mucho tiempo antes, yo había pensado lo agradable que sería casarse, un número incalculable de veces, sobre todo al dormirme por las noches. Aquello había empezado cuando yo tenía dieciséis años. Tenía en el Instituto un camarada de mi edad, Lavroski, un muchacho muy agradable, tranquilo y bonito, que, por lo de más, sólo tenía eso de particular. Yo - no le hablaba casi nunca. De repente nos encontramos un día solos, sentados el uno al lado del otro; él estaba muy pensativo y me dijo de pronto:

—¡Ah, Dolgoruki!, ¿qué opina usted, si fuéramos ya hombres casados? Porque, ¿qué mejor época para casarse que aho ra? Y, sin embargo, ¡es tan imposible!

Dijo aquello sinceramente. Y de improviso me sentí de acuerdo con toda mi alma, porque también yo tenía ya entonces el mismo sueño. A partir de entonces nos encontramos varios días seguidos y siempre hablábamos de lo mismo, a escondidas por decirlo así. Más tarde, no sé cómo pasó, pero nos separamos y dejamos de hablarnos. Pues bien, fue entonces cuando me puse a soñar. Sin duda era inútil mencionarlo, pero he querido solamente indicar hasta qué punto se remontan a veces las cosas en el pasado...

No hay más que una objeción seria, pensaba yo, continuando mi marcha. ¡Oh!, sin duda una miserable diferencia de edad no es obstáculo, pero he aquí: ¡ella es tan aristócrata, y yo Dolgoruki a secas! Es un feo asunto. ¡Hum! Versilov bien podría, al casarse con mamá, pedirle al Gobierno permiso para adoptarme... en recompensa de los servicios del. padre... Él ha servido, por tanto ha prestado servicios. Él era mediador de paz... ¡Vamos, que el diablo me lleve! ¡Qué ignominia!

Lancé esta exclamación y, bruscamente, por tercera vez, me detuve, como aplastado enel sitio. Un sentimiento doloroso de humillación ante la idea de que hubiera podido formar un deseo tan vergonzoso como el de cambiar de apellido me diante la adopción, esa traición a toda infancia, todo aquello aniquiló en un instante todas mis disposiciones precedentes, toda mi alegría se disolvió en humo. No, no se lo diré a nadie, pensé, ruborizándome terriblemente; si me he rebajado tanto, es que... estóy enamorado y soy un idiota. No, si hay un punto sobre el

que Lambert tenga razón, es cuando dice que ahora ya no hay necesidad de todas esas tonterías, y que en nuestra época lo esencial es el hombre, y después su dinero. O más bien, no el dinero, sino el poder. Con esa fortuna, me entrego a mi «idea», y dentro de diez años toda Rusia se estremecerá y yo me vengaré de todo el mundo. ¿A qué guardarle a ella tantos miramientos? En eso también Lambert tie ne razón. Ella tendrá miedo y se casará conmigo con la mayor facilidad. Dará su consentimiento de la manera más simple y más trivial del mundo, y se casará conmigo. « ¡No puedes figurarte lo fácil que es eso!» Era la frase de Lambert que me volvía a la memoria. Y es verdad, confirmaba yo, Lambert tiene razón en todos los aspectos. Tiene mil veces más razón que yo y que Versilov y que todos esos idealistas. Él sí es un realista. Ella verá que tengo carácter y dirá: « ¡Es que tiene carácter! » Lambert es un pillo y no piensa más que en sacarme los treinta mil, pero, a pesar de todo, es mi único amigo. No hay otra amistad posible; son gentes prácticas las que han imaginado todo esto. Y en cuanto a ella, ni siquiera la humillo. ¿Es humillarla esto? En to más mínimo. Todas las mujeres son iguales. ¿Existe una sola mujer sin bajeza? Por eso es por lo que tienen necesidad del hombre. Han sido creadas para la sumisión. La mujer es vicio y escándalo, el hombre nobleza y generosidad. Será así hasta la consumación de los siglos. Me propongo hacer use del «documento»; pues bien, eso no significa nada. Eso no será obstáculo ni para la nobleza ni para la generosidad. No existen Schiller en el estado puro; los han inventado. Poco importa que haya un defecto si el fin es magnífico. En seguida todo será lavado y repasado. De momento es todo sencillamente largueza de espíritu, es vida, es la verdad práctica. ¡He aquí cómo se llaman las cosas hoy día!

¡Oh!, lo repito una vez más: que se me perdone que transcriba aquí todo este delirio de borracho, sin perdonar ni una sola línea. No es más que la quintaesencia de mis ideas del momento, pero me parece sin embargo que son las palabras mismas que empleé. Tenía que transcribirlas, puesto que escribo para juzgarme. ¿Qué habría que juzgar sino esto? ¿Puede haber en la vida nada más serio? El vino no era una justificación. In vino veritas.

Soñando así, y todo hundido en mis imaginaciones, no noté que había llegado por fin a casa, quiero decir a la vivienda de mamá. Ni siquiera me di cuenta de cómo había entrado; pero acababa de poner los pies en nuestra minúscula antecámara cuando comprendí de golpe que había pasado en nuestra casa algo extraordinario. Se hablaba alto en las habitaciones, se lanzaban gritos y se oía a mamá que lloraba. En el umbral, estuve a punto de ser derribado por Lukeria, que pasaba en torbellino de la habitación de Makar Ivanovitch a la cocina. Me quité la pelliza y entré en el cuarto de Makar Ivanovitch, donde todo el mundo se había reunido.

Estaban a11í Versilov y mamá. Mamá estaba recostada en sus brazos; y él la estrechaba fuertemente contra su corazón. Makar Ivanovitch estaba sentado, según su costumbre, en su taburete, pero como sin fuerzas, mientras que Lisa le sostenía penosamente el hombro para impedirle que cayera; estaba claro que siempre tenía tendencia a caer. Vivamente, di un paso hacia él, me sobresalté y adiviné: el anciano estaba muerto.

Acababa de morir, tal vez un minuto antes de mi llegada. Diez minutos antes se sentía todavía como siempre. Lisa estaba sola con él; estaba sentada a su lado y le contaba sus penas, mientras que él, como la víspera, le acariciaba la cabeza. De repente, fue asaltado por un temblor *(contaba Lisa)*, quiso levantarse, quiso gritar, pero volvió a caer en silencio sobre el lado izquierdo.

—¡Es el corazón! —dijo Versilov.

Lisa profirió un grito que puso en pie a toda la casa, acudió todo el mundo, ¡y todo aquello acababa de pasar tal vez un minuto antes de mi llegada!

—¡Arcadio! —me gritó Versilov—, ¡corre inmediatamente a casa de Tatiana Pavlovna! Seguramente debe de estar en su casa. Que venga en seguida. Coge un coche. ¡Date prisa, te lo suplico!

Sus ojos brillaban, me acuerdo muy bien. En su rostro no noté nada que se pareciese a una pena auténtica, a lágrimas; sólo lloraban mamá, Lisa, y Lukeria. Por el contrario, lo he retenido perfectamente, lo que me chocaba en su rostro era una excitación extraordinaria, una especie de entusiasmo. Corrí a cases de Tatiana Pavlovna.

El trayecto, como se sabe por lo que precede, no es largo. No cogí ningún coche, sino que hice todo el camino al trote, sin detenerme. Tenía el espíritu turbado, pero, aun así, casi entusiasta. Comprendía que acababa de suceder un acontecimiento radical. Mi embriaguez había desaparecido completamente, hasta la última gota, y con ella todas las ideas innobles cuando llamé en casa de Tatiana Pavlovna.

Abrió la finesa:

—¡La señora ha salido! —y quiso volver a cerrar inmediatamente.

—¿Cómo que ha salido? —dije yo, colándome a viva fuerza en la antecámara—. ¡Pero es imposible! ¡Makar Ivanovitch ha muerto!

—¿Cómo? —resonó bruscamente el grito de Tatiana Pavlovna a través de la puerta cerrada de su salón.

—¡Muerto! ¡Makar Ivanovitch ha muerto! Andrés Petrovitch le ruega que vaya en seguida.

—¡Mientes...!

El cerrojo rechinó, pero la puerta no se abrió más que una pulgada.

—¿Qué hay de eso? ¡Cuenta!

—Yo no estoy enterado. Acabo de llegar; él estaba ya muerto. Andrés Petrovitch dice que es el corazón.

—¡Pronto! ¡Pronto! Corre, di que ya voy, pero vete, date prisa. ¿Qué haces ahí parado?

Yo veía claramente, a través de la puerta entreabierta, que alguien acababa de salir desde detrás de la cortina que disimulaba la cama de Tatiana Pavlovna y se había colocado en lo profundo de la habitación, detrás de Tatiana Pavlovna. Maquinalmente, instintivarnente, yo había puesto la mano sobre el cerrojo y no dejaba ya que la puerta volviera a cerrarse.

—¡Arcadio Makarovitch! ¿Es verdad que ha muerto?

Era una voz conocida, dulce, regular, metálica, que hizo instantáneamente que todo temblara en mi alma; en su pregunta se notaba un acento emocionado; conmovido.

—Si es así —dijo Tatiana Pav1ovna apartándose de pronto de la puerta—, si es así, arrégleselas usted misma como quiera. ¡Usted es quien lo ha querido!

Se escabulló precipitadamente, atrapando al vuelo un chal y una corta pelliza, y se precipitó hacia la escalera. Nos quedamos solos. Me quité la pelliza, di un paso y cerré la puerta.

Estaba enfrente de mí como la otra vez, cuando el día de la entrevista, el rostro claro, la mirada clara y, como la otra vez, me tendió las dos manos. Fue como si me hubiesen cortado las piernas en el sitio, y caí literalmente a sus pies.

Yo iba a echarme a llorar, no sé por qué. No sé ya cómo hizo que me sentara cerca de ella; me acuerdo solamente, en un recuerdo sin precio, que estábamos sentados lado a lado, juntas las manos, hablándonos precipitadamente: ella me hacía preguntas sobre el viejo y sobre su muerte y yo le iba dando detalles, de forma que se habría podido creer que yo lloraba por Makar Ivanovitch, siendo así que eso habría sido el colmo de lo absurdo; y sé que ella no habría podido suponer jamás en mí una vulgaridad tan infantil. En fin, me recobré de repente y me dio vergüenza. Supongo ahora que entonces lloraba únicamente de entusiasmo, y creo que ella lo comprendió muy bien, por lo que, en cuanto a ese recuerdo, estoy muy tranquilo.

De improviso me pareció muy extraño que me interrogase en tal forma sobre Makar Ivanovitch.

—Pero, ¿es que usted lo conocía? —pregunté con asombro.

—Desde hace mucho tiempo. No lo he visto jamás, pero desempeñó un papel en mi vida. Le oí contar muchas cosas suyas en otros tiempos al hombre que ahora temo. Usted sabe a quién me refiero.

—Sé solamente que ese hombre estuvo mucho más cerca de su corazón de lo que usted me ha confesado —dije, sin saber qué era lo que yo quería expresar con eso, pero con acento de reproche y con less cejas fruncidas.

—¿Dice usted que él ha abrazado hace un momento .a su madre de usted? ¿La ha abrazado? ¿Lo ha visto usted con sus propios ojos? —continuaba ella interrogándome, sin escucharme,

—Sí, lo he visto, Y puede creer que todo eso era perfectamente sincero y generoso —me apresuré a confirmar, viendo su alegría.

—¡Alabado sea Dios! —se santiguó—. ¡Ahora ya está libre! Ese anciano admirable le tenía la existencia encadena da. Con su muerte, se verá renacer en él el deber y... la dignidad, como ya pasó una vez. Como él es generoso sobre todas las cosas, cálmará el corazón de su madre de usted, a la que quiere más que a nadie en el mundo, y él mismo se calmará al fin, y, ¡gracias a Dios!, ya era hora.

—¿Tanto le quiere usted?

—Sí, me es muy querido, aunque no en el sentido que a él le gustaría ni en el que usted lo toma.

—Pero ahora, ¿es por él o es por usted misma por quien teme? —pregunté repentinamente.

—¡Oh!, son cuestiones difíciles, dejémoslas.

—Dejémoslas, por supuesto; solamente que yo no sabía nada de todo eso y quizá de muchas otras cosas. En fin, usted tiene razón: ahora todo ha cambiado y, si alguien ha resucitado, soy yo el primero de todos. En el pensamiento, estoy de lo más bajo delante de usted, Catalina Nicolaievna, y quizá no hace ni una hora he cometido una bajeza contra usted, también como acto, pero sepa que, sentado aquí ahora a su lado, no experimento el menor remordimiento. Es que ahora todo ha desaparecido, todo ha cambiado; y el hombre que hace una hora meditaba contra usted una bajeza, es un hombre al que conozco y al que no quiero conocer.

—¡Cálmese! —sonrió ella—, se diría que delira un poco.

—¿Es que es posible juzgarse cerca de usted? —continué yo—. Lo mismo da ser leal que ser bajó: usted es inaccesible como el Sol... Díga me cómo ha podido salir a mi encuentro después de todo lo que ha pasado. Pero, ¡si supiese usted lo que ha habido hace una hora, no más de una hora! ¡Qué sueño estaba a punto de realizarse!

—Creo que lo sé todo —dijo ella con una dulce sonrisa—. Hace un momento usted ha querido vengarse de mí, usted juró perderme, y, sin embargo, seguramente habría matado o molido a golpes al que se hubiese atrevido a pronunciar una sola palabra contra mí en su presencia.

Sin duda, ella sonreía y bromeaba; pero era únicamente un efecto de su extrema bondad, porque en aquel momento toda su alma estaba llena, según me di cuenta después, de una inmensa preocupación personal y de un sentimiento tan fuerte y tan poderoso, que ella no podía hablar conmigo y responder a mis preguntas huecas a irritantes más que de la manera como se responde a veces a las preguntas pueriles y tercas de un niñito para verse libre de él. Lo comprendí de repente y me dio vergüenza, pero ya no podía detenerme.

—No —exclamé, sin poderme dominar—, no, no he matado al que hablaba mal de usted; al contrarió, incluso le he dado la razón.

—¡Oh!, por el amor de Dios, no me cuente nada, es inútil, no hace falta — y tendió la mano para detenerme, incluso con una cierta expresión de sufrimiento en el rostro.

Pero yo ya me había levantado de un brinco y estaba en pie delante de ella para declarárselo todo, y, si lo hubiese hecho, lo que pasó a continuación no habría sucedido, porque desde luego yo habría terminado por confesárselo todo y por devolverle el documento. Pero de repente ella se echó a reír:

—¡Es inútil, no tengo necesidad de nada, no hacen falta detalles! Todos sus crímenes los conozco. Me apuesto cualquier cosa a que ha querido usted casarse conmigo o algo parecido y que acaba de ponerse de acuerdo a11í con uno de sus auxiliares, uno de sus antiguos condiscípulos... ¡Ah, creo que he adivinado! —exclamó mirándome gravemente.

—¿Cómo... cómo ha podido usted adivinar? —balbucí como un imbécil, estupefacto.

—¡Vamos, otra vez! ¡Ya basta, basta! Lo perdono, pero no hable más de eso. —Hizo de nuevo un ademán con la mano, con una impaciencia manifiesta—. ¡A mí también me gusta soñar, y si supiera usted a qué procedimientos recurro en mis sueños, cuando nada me retiene! Ya está bien, no hace usted más que turbarme. Me alegra mucho que Tatiana Pavlovna haya salido; yo tenía mucho interés en verlo a usted y, en presencia de ella, no podríamos hablar como lo estamos haciendo. Me parece que soy culpable ante usted de lo que ha sucedido ahora. ¿Sí? ¿Es eso?

—¿Usted, culpable? Pero si soy yo quien la ha entregado a él. ¿Qué habrá usted pensado de mí? He reflexionado todo este tiempo, todos estos días, en cada instante he estado reflexíonando y he tenido esa sensación. *(No le mentía.)*

—Ha hecho mal atormentándose así; comprendí demasiado bien al momento cómo se había producido todo. Usted le confesó buenamente en su alegría que estaba enamorado de mí y que yo... lo dejaba hablar. Por algo tiene usted veinte años. Es que usted lo quiere más que a nada en el mundo, buscaba en él un amigo, un ideal, ¿no? Lo comprendí, pero ya era demasiado tarde. Sí, desde luego, yo me he equivocado también: habría debido llamarlo a usted en seguida y calmarlo, pero yo estaba de mal humor, y dije que no se le recibiera más en la casa; entonces es cuando sucedió la escena delante de la puerta, y luego aquella noche: Y, ¿sabe?, durante todo ese tiempo, lo mismo que usted, he acariciado él sueño de verlo a escondidas, sólo que no sabía cómo llevarlo a la práctica. Y, en cuanto a usted, ¿qué és lo que yo más temía? Pues bien, era que usted creyese en cuentos relativos a mí.

—¡Jamás! —exclamé.

—Aprecio nuestros encuentros anteriores. Lo que más me gusta de usted es su juventud y también, tal vez, esa sinceridad... Porque soy un carácter extremadamente serio. Soy la más seria y la más triste de las mujeres modernas, sépalo... ¡Ah, ah, ah! Vamos a charlar juntos de nuevo, ahora no estoy a mis anchas, estoy demasiado emocionada y... creo que estoy histérica. ¡Pero, al fin, al fin, él me dejará vivir en paz!

Esta exclamación se le escapó de pronto; lo comprendí en seguida y no quise recogerla, pero yo estaba temblando.

—¡Sabe que lo he perdonado! —exclamó ella de nuevo, como hablándose a sí misma.

—¿Cómo ha podido usted perdonarle esa carta? ¿Y cómo podría él saber que usted lo ha perdonado? —exclamé, no reteniéndome ya.

—¿Cómo? ¡Oh, él lo sabe muy bien! —continuó respondiéndome, pero con el aspécto de olvidarme y hablarse para sí—. Ahora él ha recobrado el sentido. ¿Y cómo no iba a saber que lo he perdonado, cuando se sabe de memoria toda mi alma? Sabe muy bien que soy algo parecida a él:

—¿Usted?

—Sí, sí, y él lo sabe. ¡Oh!, no soy apasionada, soy tranquila: pero, amigo mío, yo quisiera, lo mismo que él, que todo el mundo fuese bueno... No se enamoró de mí sin alguna razón.

—Entonces, ¿por qué decia él que usted tiene todos los vicios?

—Sólo lo decía; aparte eso, él tiene un secreto muy diferente. Pero, ¿no es verdad que su carta es muy rara?

—¿Rara? —La escuchaba con todas mis fuerzas; supongo que ella tenía en efecto una crisis de histeria y que quiza no hablaba de ninguna forma para mí; pero no podia evitar el interrogarla.

—Desde luego, rara, y, ¡cuánto me reiría si... si no tuviera tanto miedo! No soy sin embargo tan cobarde, no lo crea. Pero esa carta me impidió dormir aquella noche; estaba escrita con sangre, con sangre de enfermo... Después de una carta así, ¿qué cabía hacer? Me gusta la vida, temo enormemente por mi vida, en ese punto soy enormemente cobarde... ¡Ah, escuche! —exclamó de repente—, ¡vaya a buscarlo! Está solo, seguramente no está ya en casa, sin duda se habrá ido a alguna parte, descúbralo usted pronto, inmediatamente, corra a su lado, demuéstrele que es usted un hijo cariñoso, pruébele que es usted un muchacho bueno y agradable, mi estudiante, al que yo... ¡Oh! ¡Que Dios le otorgue a usted toda clase de felicidades! Yo no quiero a nadie, y más vale así, pero a todos les deseo felicidad, a todos, y a él el primero, que lo sepa... a incluso que lo sepa inmediatamente; eso me resultaría tan agradable...

Se levantó y desapareció repentinamente detrás de la cortina; en aquel instante había lágrimas brillando en su rostro *(lágrimas histéricas, después de la risa)*. Me quedé solo, conmovido y turbado. Ignoraba verdaderamente a qué atribuir una emoción semejante, que yo nunca habría supuesto en ella. Algo se apretó en mi corazón.

Aguardé cinco minutos, luego diez; un profundo silencio me impresionó de pronto y decidí mirar por la puerta y llamar. A mi llamada se mostró María, que me declaró con el tono más tranquilo del mundo que su ama se había vestido hacía mucho tiempo y había salido por la escalera de servicio.

Capítulo vii

I

No me faltaba más que eso. Cogí mi pelliza y, poniéndomela al vuelo, me escabullí con esta idea: «Ella quiere que vaya junto a él, pero ¿dónde lo encontraré?»

Pero, además de todo el resto, yo estaba impresionado por esta cuestión: «¿Por qué piensa ella que ahora los tiempos han cambiado y que él la dejará tranquila? Seguramente porque él va a casarse con mamá, pero ¿qué tiene ella que ver? ¿Se alegra ella de que se case con mamá o, por el contrario, se siente desgraciada por eso? ¿No será de eso de lo que proviene su histerismo? ¡Que no sea yo capaz de resolver este problema! »

Anoto esta segunda idea que me atravesó entonces el espiritu, de memoria, literalmente: es importante. Aquella tarde fue fatal. A pesar de uno mismo se llega a creer en la predestinación: no había dado yo cien pasos en dirección a la vivienda de mamá cuando me tropecé con aquel a quien buscaba. Me cogió por el hombro y me detuvo.

—¿Eres tú? —exclamó gozosamente y, al mismo tiempo, con el mayor asombro—, figúrate que he ido a tu casa —dijo él rápidamente—, te he buscado, he preguntado por ti: ¡ahora solamente tengo necesidad de ti en todo el universo! Tu burócrata me ha contado no sé qué historia; pero tú no estabas allí, y me he marchado, incluso olvidándome de dejarle el encargo de que corrieses inmediatamente a mi casa. Pues bien, mientras caminaba, tenía la convicción indestructible de que la suerte no podía menos que colocarte en mi camino en el mo mento en que me eras tan necesario. ¡Y eres la primera persona con que tropiezo! Vamos a mi casa. Tú no has venido nunca a mi alojamiento...

En una palabra, nos buscábamos el uno al otro y a los dos nos había sucedido una aventura idéntica. Apresuramos el paso.

Por el camino no me dirigió más que algunas cortas frases: había dejado a mamá con Tatiana Pavlovna, etc., etc. Me conducía llevándome de la mano. Él no vivía lejos de allí y llegamos pronto. En efecto, yo no había ido nunca a su casa. Era un pequeño apartamiento de tres habitaciones, que él tenía en alquiler *(o más exactamente, que tenía en alquiler Ta tiana Pavlona)* únicamente para «el niño de pecho». Este alojamiento había estado siempre bajo el control de Tatiana Pavlovna y había allí una muchacha con el niño *(y, ahora, Daría Onissimovna)*; pero siempre había habido allí una habitación para Versilov, la primera al entrar, bastante espaciosa y bastante bien amueblada, una especie de sala de lectura y de tra, bajo. Había allí en efecto, sóbre la mesa, en un armario y sobre estanterías, una gran cantidad de

libros *(en el apartamiento de mamá no había casi ninguno)*; había papeles cubiertos de escrituras, mazos de cartas: en resumen, todo eso parecía una vivienda habitada desde hacía mucho tiempo, y sé que Versilov, ya otras veces *(aunque bastante raramente)*, se mudaba de vez en cuando a ese apartamiento para vivir allí durante semanas enteras. El primer objeto que retuvo mi atención fue un retrato de mamá colgado encima de la mesa escritorio, en un magnífico marco de madera tallada; una fotografía tomada, evidentemente, en el extranjero, un objeto de gran precio, a juzgar por sus inusitadas dimensiones. Yo no conocía ese retrato y no había oído jamás hablar de él hasta entonces, pero lo que me asombró sobre todo fue su extraordinario parecido, parecido espiritual, por decirlo así: se hubiera dicho un verdadero retrato hecho por la mano de un artista, y no una prueba mecánica. Tan pronto entré, me quedé contemplándolo a pesar mío.

—¿No es verdad, no es verdad? —repetía Versilov.

Quería decir: «¿No es verdad que se parece muchísimo?» Me volví hacia él y me quedé asombrado por la expresión de su rostro. Estaba un poco pálido, pero su mirada tensa y cálí da brillaba de felicidad y de energía: yo no le conocía todavía esta expresión.

—¡No sabía que usted quisiera tanto a mamá! —lancé de repente, entusiasmado.

Tuvo una sonrisa feliz que reflejaba además también algo de sufrimiento, o, para expresarlo con más claridad, un sentimiento humano, superior... no sé cómo explicarlo; pero las personas de elevada cultura, me parece, no pueden tener la expresión triunfal y victoriosamente feliz. Sin responder, cogió con las dos manos el retrato, se lo acercó y lo besó. Después lo colgó de nuevo tranquilamente en la pared.

—Fíjate —dijo—, las fotografías se parecen muy pocas veces, y eso se comprende; el original, es decir, cada uno de nosotros, es tan raro que se parezcá a sí mismo... No hay más que pocos instantes en que el rostro refleje el rasgo esencial del hombre, su pensamiento más característico. El artista estudia el rostro y adivina esta idea esencial, incluso si, en el momento en que pinta, ésta no está marcada en el rostro. La fotografía, ella sí, sorprende al hombre tal como es, y es muy posible que en ciertos momentos Napoleón hubiera sido sórprendido con expresión estúpida, y Bismarck, con expresión tierna. Pero aquí, en esta fotografía, el sol ha. cogido como por azar a Sonia en un instante esencial, púdico, dulcemente ena morada, con su castidad un poco salvaje, temerosa. ¡Cuán feliz estaba ella entonces, una vez se convenció de que yo deseaba tanto tener su retrato! Esta fotografía no es de hace mucho tiempo, pero, de todas formas, ella era entonces más joven y más bonita; y sin embargo tenía ya esas mejillas hundidas, esas arrugas en la frente, esa timidez temerosa en la mirada, cosas que no hacen más que crecer con los años, más y más marcadas. ¿Lo creerás, mi pequeño? Yo soy casi incapaz ahora de representármela con otro rostro. ¡Y sin embargo ella ha sido, también ella, joven y encantadora! Las mujeres rusas se afean rápidamente, su belleza no hace más que pasar y desde luego eso no procede solamente de ciertas particula ridades etnográficas, sino también de que saben amar sin freno. De golpe, la mujer rusa se entrega toda, si ama, para el instante y para el destino, para el

presente y para el porve nir: no saben ahorrar, no hacen reservas, y su belleza pasa rápida a aquellos a quienes aman. Esas mejillas hundidas son también belleza que me ha sacrificado para mi corta alegría. Estás contento de que yo haya amado a tu madre; ¿quizá no creías que yo la hubiese amado? Sí, amigo mío, la he querido mucho, pero no le he hecho más que daño. Allí hay otro retrato. ¡Toma, míralo también!

Lo cogió de encima de la mesa y me lo tendió. Era también una fotografía, de tamaño infinitamente más reducido, en un pequeño marco de madera, fino y ovalado: un rostro de muchachita, flaco y tísico, y a pesar de todo, bonito; pensativo y, al mismo tiempo, extrañamente desprovisto de pensamientos. Los rasgos, regulares, de un tipo afinado por las generaciones, pero que dejaban una impresión de debilidad: se habría creído que esta criatura había sido atrapada brusca mente por alguna idea fija, dolorosa por estar más a11á de sus fuerzas.

—Ésa... ¿es la jovencita con la que quiso usted casarse allí y que murió tísica...? ¿Su hijastra?' —dije un poco tímidamente.

—Sí, yo quería casarme con ella, murió tísica, era su hijastra. Yo sabía que tú sabías... Son murmuraciones. Por lo demás, áparte de las murmuraciones, aquí no podrás enterarte de nada. Deja ese retrato, amigo mío, es una pobre loca y nada más.

—¿Completamente loca?

—O idiota. Pero loca también, creo. Tuvo un niño del príncipe Sergio Petrovitch *(por locura y no por amor; es uno de los actos más innobles del príncipe Sergio Petrovitch)*: ese niño está ahora aquí, en esta habitación, y desde hace mucho tiempo yo quería enseñártelo. El príncipe Sergio Petrovitch no se ha atrevido a venir aquí a ver a su hijo; es el convenio que habíamos hecho en el extranjero. Yo lo he recogido en mi casa, con el permiso de tu madre. Con el permiso de tu madre, yo quería también casarme con... esa desgraciada...

—¿Es que esos permisos son posibles? —dije yo con ardor.

—¡Pues claro! Ella me lo dio: se puede sentir celos de una mujer, pero no era una mujer.

—No sería una mujer para los demás; pero para mama... ¡No creeré nunca que mama no haya estado celosa! —exclamé.

—Y tienes razón. Me di cuenta de eso cuando todo estaba ya acabado, es decir, una vez dado el permiso. Pero dejemos eso. La cosa no llegó a realizarse a causa de la muerte de Lidia, y quizá no se hubiera llegado a realizar tampoco si hubiera vivido. Como quiera que sea, ni aun ahora dejo venir a tu madre a ver al niño. No es más que un episodio. Querido mío, hace ya mucho tiempo que te esperaba aquí. Desde hace mucho tiempo, yo soñaba con un encuentro aqui entre nosotros; ¿sabes tú desde hace cuánto tiempo? Dos años.

Me miró, con una mirada sincera y verídica, con un caluroso impulso del corazón. Le cogí la mano:

—¿Por qué tardó usted, por qué no me llamó? Si supiese usted lo que ha pasado... y que no habría pasado si usted me hubiese hecho un signo cualquiera...

En aquel instante trajeron el samovar, y Daria Onissimovna, repentinamente, trajo al niño, que dormía.

—Míralo —dijo Versilov—. Lo quiero y he dicho que lo traigan, aposta para que lo veas. Ahora, llévatelo, Daria Onissimovna. Siéntate a la vera del samovar. Me imaginaré que siempre hemos vivido así, tú y yo, y que todas las tardes nos reuníamos de esta forma, sin separarnos jamás. Déjame mirarte: ponte así, que yo te vea la cara. ¡Cómo me gusta tu cara! ¡Cómo me la imaginaba ya, cuando esperaba que vinieses de Moscú! Me preguntas por qué no he mandado a buscarte desde hace tanto tiempo. Espera; vas, tal vez, a comprender ahora.

—¿Será solamente la muerte de ese viejo lo que le ha soltado la lengua? Es raro...

Pronuncié esta frase, pero no por eso lo miraba con .menos cariño. Charlábamos como dos amigos, en el sentido superior y completo de la palabra. Me había traído aquí para explicarme, para contarme, para justificarse... Pero, antes de pronunciar una palabra, todo estaba ya claro y justificado. Me dijera de lo que me dijese, el resultado estaba ya conseguido, lo sabíamos los dos con alegría, y nos mirábamos.

No es la muerte de ese anciano - respondió él -, no es solamente su muerte; hay también otra cosa que ha obrado en el mismo sentido... ¡Dios bendiga este instante y toda nuestra vida, desde ahora y para siempre! Hablemos, querido mío. Yo divago siempre, me distraigo, quiero hablar de una cosa y me pierdo en mil detalles que nada tienen que ver. Es lo que pasa siempre cuando el corazón está rebosando... Pero hable mos; ha llegado el momento, y hace mucho tiempo que te quiero, hijo mío.

Se echó hacia atrás sobre el respaldo de su butaca y me examinó una vez más desde los pies a la cabeza.

—¡Qué extraño es esto! ¡Qué raro resulta oírlo! —repetíe yo, ahogado en un transporte de alegría.

Pero he aquí que, de pronto, recuerdo, reapareció en su rostro su pliegue ordinario de pena y de burla al mismo tiempo, pliegue tan conocido por mí. Se enrigideció y empezó con cierto esfuerzo.

II

—Pues bien, he aquí, Arcadio: si yo te hubiese llamado antes, ¿qué te habría dicho? Esta pregunta es toda mi respuesta.

—¿Quiere usted decir que hoy es el marido de mamá y padre mío, mientras que entonces... no habría usted sabido qué decirme sobre mi situación social? ¿Es eso?

—No solamente eso. Hay muchas cosas que me habría visto obligado a callarte. Hay muchas cosas ridículas, humillantes incluso porque se parecen a manejos de prestidigitadores, sí, a movimientos de saltimbanquis. ¿Cómo habríamos podido comprendernos el uno al otro, cuando yo no me he comprendido a mí mismo más que hoy, a las cinco de la tarde, exactamente dos horas antes de la muerte de Makar Ivanovitch? Veo que me miras con un

asombro penoso. No te inquietes: to explicaré lo sucedido. Pero lo que he dicho es perfectamente justo: toda una vida pasada en peregrinaciones y dudas, y de pronto la solución de todo, tal día, a las cinco de la tarde. Es incluso molesto, ¿no te parece? No hace aún mucho tiempo, me habría sentido verdaderamente ofendido por eso.

Yo escuchaba. en efecto con una perplejidad dolorosa; veía, fuertemente marcado, el viejo pliegue de Versilov, que no habría querido volver a encontrar aquella noche después de las palabras ya pronunciadas. De repente exclamé:

—¡Dios mío! ¿Ha recibido usted hoy algo... de ella, a las cinco?

Me miró fijamente y, visiblemente extrañado por mi exclamación y quizá también por mi expresión: «de ella», dijo con una sonrisa pensativa:

—Lo sabrás todo. Y naturalmente no te ocultaré nada de lo que haga falta, puesto que para eso es para lo que to he traído aquí. Pero ya volveremos a eso más tarde. Ya lo ves, amigo mío, desde hace mucho tiempo yo sabía que tenemos hijos que, desde su infancia, se hacen preguntas sobre su familia, se sienten heridos por la fealdad de su padre y de su medio ambiente. En la escuela he notado ya la presencia de esos niños inquietos y deduje entonces que eso procedía de que ellos habían conocido la envidia demasiado pronto. Y era porque yo mismo formaba parte del número de esos niños, pero... perdón, querido mío, estoy terriblemente distraído. Quería solamente decir lo mucho que todo este tiempo he estado temiendo aquí constantemente por ti, casi todo este tiempo. Te he visto siempre como una de esas pequeñas criaturas, pero convencidas de su talento y refugiándose en el aislamiento. Yo también, lo mismo que tú, no he querido nunca a mis camaradas. ¡Desgracia de esas criaturas, abandonadas a sus solas fuerzas y a sus sueños y dotadas de una sed apasionada, demasiado precoz y casi vindicativa, de belleza; sí: «vindicativa»! Pero basta, querido mío, una vez más me he desviado... Incluso antes de empezar a quererte, yo te veía ya con tus sueños de aislado, de salvaje... Pero basta; he olvidado verdaderamente de qué quería hablarte... Por lo demás, todo esto también había que decirlo. Antes, antes, ¿qué te habría podido decir? Ahora veo tu mirada fija en mí y sé que es mi hijo quien me mira. Todavía ayer, yo no podía creer que un día me sorprendería, como hoy, de estar hablando con mi hijo.

En efecto, se mostraba extremadamente distraído y al mismo tiempo parecía profundamente emocionado.

—Ahora ya no tengo necesidad de soñar ni de fantasear, ¡ahora me basta con tenerle a usted! ¡Le seguiré! —dije, entregándome a él con toda mi alma.

—¿Seguirme a mí? Pero precisamente hoy han acabado mis peregrinaciones: llegas con retraso, querido mío. Hoy es el fin del último acto, cae el telón. Este último acto ha durado largo tiempo. Comenzó hace mucho tiempo, la última vez que me marché al extranjero. Entonces lo abandoné todo y, sábelo, amigo mío, abandoné entonces a to madre y se lo declaré. Debes saberlo. Le expliqué que me iba para siempre, que ella no me volvería a ver jamás. Lo

peor es que se me olvidó incluso dejarle dinero. Tampoco en ti pensé un solo instante. Me fuí con la intención de quedarme en Europa, querido mío, y de no volver nunca a casa. Emigré.

—¿Junto a Herzen? *(140)*. ¿Para hacer propaganda en el extranjero? Seguramente, toda su vida ha participado usted en algún complot, ¿no? —exclamé, incapaz de contenerme.

—No, amigo mío, no he participado en ningún complot. He visto brillar tus ojos; me gustan tus exclamaciones, querido mío. No, me marché simplemente por aburrimiento. Como consecuencia de un aburrimiento repentino. Era el aburrimiento del aristócrata ruso, no encuentro una expresión mejor. Un aburrimiento de gentilhombre ruso, y nada más.

—¿La servidumbre... la liberación del pueblo? —musité, anhelante.

—¿La servidumbre? ¿Tú crees que yo echaba de menos la servidumbre? ¿Que no podía soportar la liberación del pueblo? Pues no, amigo mío, por lo demás fuimos nosotros quienes lo liberamos. Emigré sin el menor resentimiento. Acababa de ser mediador de paz, y había prodigado mis mejores esfuerzos; había trabajado con desinterés y, si me fui, tampoco fue porque me hubieran recompensado mal mi liberalismo. Entonces no se recompensó a ninguno de los nuestros, quiero decir a gente como yo. Me marché más bien por orgullo que por arrepentimiento, y, créelo, estoy muy lejos de creer que haya llegado el momento para mí de acabar mi vida como modesto zapatero. Je suis gentilhomme avant tout et je mourrai gentilhomme! Pero no por eso dejaba de estar menos triste. Hay en Rusia tal vez un millar de personas así; no más, pero es suficiente para que la idea no muera. Nosotros somos los portadores de la idea, querido mío. Amigo mío, te hablo con la extraña esperanza de que comprenderás este galimatías. Te he hecho venir no por un capricho de mi corazón: hacía mucho tiempo que soñaba con lo que te diría... a ti, ¡sí, a ti! Por otra parte... por otra parte...

—¡No, no, hable! —exclamé—. Leo en su cara la sinceridad... Y entonces, ¿no llegó a Europa a resucitarlo? ¿En qué consistía su «aburrimiento de gentilhombre»? Perdóneme, pero todavía no comprendo.

—¿Si Europa me ha resucitado? ¡Pero si yo salía para enterrarla!

—¿Enterrarla? —repetí yo, asombrado.

Sonrió.

—Arcadio, amigo mío, ahora mi alma está enternecida y mi espíritu está turbado. No olvidaré jamás mis primeros instantes en Europa. Yo había ya vivido en Europa, pero entonces —era en una época especial y nunca jamás había yo puesto los pies en ella con una pena tan desesperada ni... con tanto amor. Te contaré una de mis primeras impresiones de entonces, un sueño que tuve, un verdadero sueño.

»Era todavía en Alemania. Yo acababa de abandonar Dresde, había rebasado por distracción una estación en la que me era preciso cambiar de tren y había ido a parar a otro empalme. Inmediatamente me hicieron bajar; eran poco más de las dos de la tarde; el tiempo era claro. Se trataba de una pequeña ciudad de Alemania. Me indicaron un hotel. Había que esperar: el próximo tren pasaba a las once de la noche. Incluso estaba encantado con la

aventura, porque nada me urgía. Yo erraba, amigo mío, era un errante. El hotel era pequeño y malo, pero estaba anegado en verdor y en arriates floridos, como siempre pasa entre ellos. Me dieron una habitación estrecha y, como había pasado toda la noche viajando, me dormí después del almuerzo, a eso de las cuatro de la tarde.

» Y tuve un sueño absolutamente inopinado, porque nunca he tenido sueños parecidos. Hay en Dresde, en el museo, un cuadro de Claude Lorrain que el catálogo titula Acis y Galatea; yo siempre lo he llamado «La Edad de Oro», pero ignoro por qué. Lo había visto anteriormente y esta vez, tres días antes, lo había vuelto a ver al pasar. Vi pues en sueños aquel cuadro, solamente que no en pintura, sino como una realidad. Por lo demás no sé exactamente lo que vi así; como en el cuadro, un rincón del Archipiélago, hace más de tres mil años; olas azules y acariciadoras, islas y rocas, una costa florida, a lo lejos un panorama portentoso, una puesta de sol seductora... imposible expresar eso en palabras. Es la humanidad europea que se acuerda de su cuna: esa idea llenó mi alma de un amor filial. Estaba allí el paraíso terrestre de la humanidad: los dioses bajados del cielo y apareciéndose ante los hombres... ¡Oh, cuán hermosos eran aquellos hombres! Se levantaban y se dormían dichosos a inocentes; los prados y los bosquecillos se llenaban con sus cánticos y con sus gritos gozosos; una inmensa abundancia de energías vírgenes se derramaba en amor y en ingenua alegría. El sol los inundaba de calor y de luz, admirando a aquellos hijos maravillosos... ¡Sue ño maravilloso, sublime aberración de la humanidad! La edad de oro es el sueño más inverosímil de todos los que hayan existido jamás, pero por él ha habido hombres qúe han dado toda su vida y todas sus fuerzas, por él han muerto o han sido sacrificados los profetas; sin él, los pueblos no quieren vivir y no pueden ni siquiera morir. Y toda esa sensación la viví en aquel sueño; las rocas y el mar, los rayos oblicuos del sol poniente, todo aquello, me parecía seguirlo vie ndo aún cuando me desperté y abrí los ojos literalmente bañados en lágrimas. Yo era dichoso, me acuerdo de eso. Una sensación de felicidad nunca experimentada atravesó mi corazón hasta el punto de hacerse dolorosa; era un amor a toda la humanidad. Caía ya completamente la atardecida; a través del follaje de las flores colocadas en la ventana, un haz de rayos oblicuos golpeaba el vidrio de mi habitacioncita y me inundaba de luz. Pues bien, amigo mío, pues bien, ese sol poniente del primer día de la humanidad europea, que yo había visto en mi sueño, se transformó de pronto para mí, en cuanto me desperté, en una realidad, en sol poniente del último día de la humanidad europea. En aquel momento sobre todo se oía redoblar sobre Europa un toque de difuntos. No quiero hablar solamente de la guerra, ni de las Tullerías *(141)*; yo sabía, sin el sueño, que todo aquello pasaría, toda la faz del viejo mundo europeo, tarde o temprano; pero yo, como tal europeo ruso, no podía admitirlo. Sí, acababan entonces de quemar las Tullerías... ¡Oh!, estáte tranquilo, ya sé que eso era «lógico». Y comprendo muy bien el poder irresistible de la idea corriente, pero, como representante del alto pensamiento ruso, yo no podía admitirlo, porque el alto pensamiento ruso es la conciliación universal de las ideas. ¿Y quién habría podido comprender entonces aquel pensamiento en el mundo entero?: yo estaba solo y errante. No hablo de mí

personalmente, sino del pensamiento ruso. Allá abajo había combate y lógica; allá abajo el francés no era más que francés; el alemán, alemán, y eso con una intensidad más fuerte que nunca en el curso de toda su historia; por consiguiente, jamás el francés ha hecho tanto daño a Francia, ni el alemán a su Alemania que en aquella época. En toda Europa no había entonces un solo europeo. Yo solo, entre todos los incendiarios, podía decirles a la cara que sus Tullerías eran un error; yo solo entre todos los conservadores-vengadores podía decirles a los vengadores que las Tullerías eran un crimen sin duda, pero no por eso dejaban de ser lógicas. Y eso, pequeño mío, porque sólo, en tanto que ruso, era yo entonces en Europa el único europeo. No hablo de mí, hablo de todo el pensamiento ruso *(142)*. Yo estaba errante, amigo mío, yo estaba errante y sabía muy bien que no me quedaba otra cosa que hacer sino callarme y vagabundear... Pero a pesar de todo, yo estaba triste. Es que, hijo mío, no puedo dejar de respetar mi nobleza. ¿Te ríes, verdad?

—No, no me río —declaré con voz conmovida—. No me río lo más mínimo: usted ha trastornado mi corazón con su visión de la edad de oro, y esté convencido de que empiezo a comprenderlo. Pero lo que me hace más dichoso es que usted se respetara tanto. Me apresuro a declarárselo. ¡Jamás habría esperado eso de usted!

—Ya lo he dicho que me gustan tus exclamaciones. querido mío —sonrió de nuevo a mi ingenua observación, y, levantándose de su butaca, empezó, sin darse cuenta de ello, a recorrer la habitación de arriba abajo.

Yo me levanté también. Continuó hablando con su extraño lenguaje, pero con una extremada penetración de pensamiento.

III

—Sí, pequeño mío, te lo repito, no puedo dejar de respetar mi nobleza. Se ha creado entre nosotros, en el curso de los siglos, un tipo superior de civilización desconocido en otras partes, que no se encuentra en todo el universo: el de sufrir por el mundo. Ése es un tipo ruso, pero, como está tomado en la categoría más cultivada del pueblo ruso, tengo por tanto el honor de pertenecer a él. Contiene en sí el porvenir de Rusia. Tal vez no somos más que un millar de individuos, quizá más, quizá menos, pero toda Rusia no ha vivido hasta ahora más que para producir este millar. Se dirá que es poco, se escandalizarán de que para producir un millar de hombres se hayán gastado tantos siglos y tantos millones de individuos. Según yo, no es poco.

Yo escuchaba con esfuerzo. Veía aparecer la convicción, la tendencia de toda una. vida. Aquel «millar de hombres» lo traicionaban por entero. Yo me daba cuenta de que ese exceso de expansión conmigo procedía de una sacudida exterior. Él me decía todas aquellas palabras calurosas porque me quería; pero la causa por la que de repente se había puesto a hablar y por la que había querido hablarme, precisamente a mí, seguía siéndome desconocida.

—Emigré —prosiguió— y no eché de menos nada de lo que dejaba detrás de mí. Todas las fuerzas que yo tenía las había puesto al servicio de Rusia mientras había vivido en ella; una vez

alejado, continué sirviéndola, solamente que agrandando mi idea. Pero, al servirla así, la servía infinitamente mejor que si hubiese sido sencillamente ruso de pies a cabeza, como el francés de entonces no era más que francés, y el alemán, alemán. En Europa seguirán sin comprender esto. Europa ha creado los nobles tipos del francés, del inglés, del alemán, pero de su hombre futuro ella no sabe todavía casi nada. Y creo que todavía no quiere saber nada de esto. Es comprensible: ellos no son libres, mientras que nosotros somos libres. Yo solo en Europa, con mi aburrimiento ruso, era entonces libre.

»Nuestro bien, amigo mío, constituye una rareza: cada francés puede servir, con su Francia, a la humanidad, a condici6n solamente de que él siga siendo sobre todo francés; lo mismo les pasa al inglés y al alemán. Sólo el ruso, incluso en nuestra época, es decir, mucho antes de que se haya trazado el balance general, ha recibido el don de ser precisamente tanto más ruso cuanto es más europeo. Es el distintivo nacional más importante que nos separa de todos los demás, y, en ese aspecto, no somos como nadie. En Francia soy francés, soy alemán con el alemán, griego con el griego de la antigüedad y, por eso mismo, soy siempre ruso al máximo. Por eso mismo soy verdaderamente ruso y presto el máximo de servicios a Rusia, porque hago valer su pensamiento principal. Soy el pionero de este pensamiento. Emigré, pero ¿abandoné Rusia? No, continué sirviéndola. Incluso aun no habiendo he cho nada en Europa, incluso habiéndome ido simplemente para vagabundear *(y yo sabia que iba únicamente para eso)*, era bastante para que fuese a11í con mi pensamiento y con mi con. ciencia. Transporté a11í mi tedio ruso. ¡Oh!, no es solamente la sangre que corría entonces to que me espantó tanto, no fueron ni siquiera las Tullerías, sino todo to que debía seguir. Estaban condenados a batirse aún durante mucho tiempo, porque son todavía demasiado alemanes y demasiado franceses y no han acabado de actuar en estos papeles. Hasta entonces, a mí me daba pena por las destrucciones. Para el ruso, Europa es tan preciosa como Rusia; cada piedra allí es dulce y cara a su corazón. Europa no era menos nuestra patria que Rusia. ¡Incluso más! Es imposible querer a Rusia más que la quiero yo, pero jamás me he reprochado de encontrar a Venecia, a Roma, a París, sus tesoros de ciencia y de arte, toda su historia, más amables que Rusia. ¡Oh!, los rusos acarician esas viejas piedras extranjeras, esas maravillas del viejo mundo, esos restos de milagros sagrados; a incluso todo eso nos es más querido que a ellos. Ellos tienen ahora otras ideas y otros sentimientos, han dejado de apreciar las viejas piedras... Allá abajo, el conservador no lucha más que por la existencia; el incendiario no obra más que para reclamar su derecho a un pedazo de pan. Solamente Rusia no vive para ella misma, sino por el pensamiento, y, reconócelo, amigo mío, es un hecho notable que, desde hace ya cerca de un siglo, Rusia no vive ya decididamente para ella misma, sino únicamente para Europa. En cuanto a ellos, están destinados a terribles sufrimientos, antes de alcanzar el Reino de Dios.

Yo lo escuchaba, lo confieso, con una turbación extrema; incluso el tono de su discurso me espantaba, aunque no pudiera impedir sentirme impresionado por sus ideas. Yo tenía un miedo enfermizo a la mentira. Bruscamente, le hice observar con voz severa:

—Acaba usted de decir: «el Reino de Dios...». Me he enterado de que a11á abajo usted hacía de predicador, usted llevaba cadenas.

—En cuanto a lo de mis cadenas, más vale dejarlo —sonrió—; es un asunto completamente distinto. En aquella época yo no predicaba todavía nada, pero me aburría cerca de su Dios, es verdad. Acababan de proclamar el ateísmo *(143)*... un puñado de entre ellos, pero poco importa; no eran más que los primeros corredores de vanguardia, pero era el primer paso en la ejecución, y eso sí que era grave. Siempre la lógica de ellos. Pero es el caso que la lógica siempre trae consigo el aburrimiento. Yo era de .otra civilización y mi corazón no admitía aquello. La ingratitud con que se separaban de una idea, aquellos silbidos, aquellas salpicaduras de fango, me resultaban insoportables. Aquellos procedimientos de zapatero me daban miedo. Por otra parte, la realidad deja oler siempre la bota, incluso cuando, de manera deslumbradora, se tiende ha cia el ideal,. y yo debía saberlo sin duda; sin embargo, yo era otro tipo de hombre: era libre en mi elección, y ellos no to eran. Yo lloraba, lloraba por ellos, lloraba sobre la vieja idea y tal vez eran lágrimas verdaderas las que yo lloraba, sin pala bras bonitas.

—¿Tan firmemente creía usted en Dios? —pregunté, incrédulamente.

—Amigo mío, he ahí una cuestión tal vez superflua. Supongamos incluso que yo no creyese de tal forma; no podía sin embargo abstenerme de echar de menos una idea. Había momentos en que no llegaba a imaginarme cómo el hombre podría vivir sin Dios, ni si eso sería posible alguna vez. Mi corazón respondía siempre que era imposible; pero quizá será posible en un determinado período... Para mí, no cabe duda alguna de que ese período vendrá; pero entonces yo me imaginaba un cuadro completamente distinto...

—¿Cuál?

Sin duda, él me había declarado ya que era dichoso; había evidentemente en sus palabras mucho entusiasmo; así es como tomo una buena parte de lo que me dijo entonces. Respetando a este hombre, no me arriesgaré desde luego a transcribir sobre el papel todo lo que nos dijimos entonces; pero ciertos rasgos del cuadro singular que llegué a conseguir de él deben mencionarse aquí. Sobre todo yo había estado siempre atormentado por aquellas «cadenas» y quería ponerlas en claro: por eso era por lo que yo insistía. Varias ideas fantásticas y extremadamente singulares expresadas por él aquel día, se han quedado grabadas en mi corazón para siempre.

—Me imagino, querido mío —empezó él con una sonrisa pensativa—, el combate ya terminado y la lucha calmada. Después de las maldiciones, las pelladas de fango y los silbidos, viene la calma, y los hombres se quedan solos, como ellos querían: la gran idea de antes los ha abandonado; la gran fuente de energía que hasta aquí los ha alimentado y calentado se ha retirado, como el sol majestuoso y seductor del cuadro de Claude Lorrain, pero áhora es el último día de la humanidad. Y de pronto los hombres han comprendido que se han quedado completamente solos, han sentido bruscamente un gran abandono de huérfanos. Mi querido pequeño, yo nunca he podido figurarme a los hombres ingratos y embrutecidos. Los hombres

convertidos en huérfanos se apretarían inmediatamente los unos contra los otros, más estrechamente y más afectuosamente; se cogerían de las manos, comprendiendo que de ahora en adelante son totalmente los unos para los otros. Entornces desaparecería la gran idea de la inmortalidad, y sería preciso reemplazarla; todo aquel gran exceso de amor para lo que era la inmortalidad se vo lveria hacia la naturaleza, hacia el mundo, hacia los hombres, hacia la menor brizna de hierba. Se prendarían de la tierra y de la vida irresistiblemente, y en la medida misma en que progresivamente irían dándose cuenta de su estado pasajero y finito, cons iderarían todo aquello con un amor especial, que no sería ya el de antes. Notarían y descubrirían en la naturaleza fenómenos y misterios hasta entonces insospechados, porque la mirarían con ojos nuevos, con una mirada de amantes hacia su bienamada. Se despertarían y se apresurarían a abrazarse los unos a los otros, se darían prisa en amarse, sabiendo que sus días son efímeros y que es todo lo que les queda. Trabajarían los unos para los otros, y cada cual daría todo a todos y con eso sería dichoso. Cada niño sabría y comprendería que todo hombre en la tierra es para él un padre y una madre. «Que mañana sea mi último día, se diría cada cual mirando al sol poniente; yo moriré, poco importa: ellos permanecerán, todos, y, después de ellos, sus hijos», y ese pensamiento de que permanecerán, continuando amándose y temblando los unos por los otros, reemplazará a la idea del reencuentro de ultratumba. ¡Oh!, cómo se apresurarán a quererse, para ahogar la gran pena de sus corazones. Serán orgullosos y atrevidos para con ellos mismos, pero tímidos para con los demás; cada uno temblará por la vida y la felicidad de cada uno. Serán tiernos unos con otros y no tendrán vergüenza como hoy de acariciarse como niños. Al encontrarse, se mirarían con una mirada profunda y llena de inteligencia, y en sus ojos habría amor y pena.

Se interrumpió de repente con una sonrisa. Explicó:

—Querido mío, todo esto no es más que una fantasía, e incluso de las más inverosímiles; pero me la he imaginado muy a menudo porque nunca he podido vivir sin ella ni evitar pensar en ella. No hablo de mi fe: mi fe no es grande; soy deísta, deísta filósofo como todo ese millar de hombres, por lo me nos lo supongo, pero... pero lo que es curioso, es que siempre he terminado mi cuadro con una visión, como en Heine, «del Cristo sobre el Báltico» *(144)*. Nunca he podido prescindir de Él. No podía ni siquiera no verlo entre los hombres convertidos en huérfanos. Él venía a ellos, tendía hacia ellos los brazos y decía: «¿Cómo habéis podido olvidarme?» Entonces una especie de venda caería de todos los ojos y resonaría el himno entusiasta de la nueva y última resurrección...

»Dejemos esto, amigo mío; en cuanto a mis «cadenas», es una tontería: no te inquietes por eso. Otra cosa todavía: tú sabes que soy púdico y sobrio en mi lenguaje; si me he dejado ir hablando, es... a causa de diversos sentimientos y porque estoy contigo; a ninguna otra persona yo le diría nunca nada. Añado esto para tranquilizarte. .

Pero yo estaba incluso conmovido; la mentira que yo temía no estaba a11í y me sentía particularmente dichoso al ver con toda claridad que él se hallaba verdaderamente presa del

fastidio, que sufría, y que desde luego amaba muchisimo, y eso era lo que me emocionaba más. Se lo dije con ímpetu.

—Pero, mire usted — añadí de repente—, me parece que, a pesar de todo su aburrimiento, usted debió de sentirse extremadamente feliz en aquella época, ¿no?

Se echó a reír gozosamente.

—Hoy das siempre en el clavo con tus observaciones —dijo—. Sí, era dichoso, pero ¿es que podía ser desgraciado con un aburrimiento así? No hay nada más libre ni más dichoso que el trotamundos ruso y europeo perteneciente a nuestro millar de individuos. Lo digo sin reírme, y hay en eso mucha seriedad. Sí, mi aburrimiento, yo no lo habría cambiado por ninguna clase de felicidad. En ese sentido, siempre he sido dicho so, querido mío, toda mi vida. Y fue por esa felicidad por lo que quise entonces a tu madre por primera vez en mi vida.

»Así es. Errando y en mi aburrimiento, de pronto la quise como nunca la había querido antes, a inmediatamente la mandé buscar.

—¡Oh, cuénteme usted eso, háble me de mamá!

—Pero si para eso es para lo que te he llamado y, mira —sonrió gozosamente—, ya temía que me mantuvieses apartado de mamá a cambio de Herzen o de cualquier conspiracioncita...

Capítulo viii

✦

I

Como nos pasamos toda la tarde hablando y nos quedamos hasta que se hizo de noche, no contaré todo lo que se dijo: sino solamente lo que por fin me explicaba un punto enigmático de su vida.

Comenzaré con esto: no hay para mí duda alguna de que quiso a mamá y que si la abandonó y se separó de ella al marcharse al extranjero fue porque estaba demasiado abrumado por el fastidio o por alguna otra .razón de esa índole, cosa que por otra parte le sucede aquí a todo el mundo, pero que siempre es difícil de explicar. Por lo demás, en el extranjero, después de haber pasado no mucho tiempo, se sintió invadido de pronto por su amor a mamá, desde lejos, en pensamiento, y la mandó a buscar. «Una picada», se dirá tal vez, pero yo diría otra cosa: a mi entender, había a11í todo to que puede haber de más serio en la vida de un hombre, a pesar de todas las falsedades de las que en parte admito la existencia. Pero, lo juro, su tedio europeo está fuera de dudas y no se halla únicamente al nivel, sino infinitamente por encima de no importa cualesquiera de esas actividades prácticas de hoy día, la construccion de ferrocarriles por ejemplo. En su amor por la humanidad veo un sentimiento extremadamente sincero y profundo, sin la menor falsedad; y en su amor a mamá, algo absolutamente indiscutible, aunque tal vez un poco fantástico también. En el extranjero, en «el aburrimiento y la felicidad», y, añadicé aún, en el aislamiento más estrictamente monacal *(este dato particular me ha sido suministrado más tarde por Tatiana Pav1ovna)*, se acordó de pronto de mamá, se acordó precisamente de sus «mejíllas hundidas» y al punto la mandó llamar.

—Amigo mío —esta frase se le escapó entre otras—, comprendí de pronto que servir a la idea no me liberaba en lo más mínimo, en tanto que ser moral y razonable, del deber de hacer, en el curso de mi vida, por lo menos a una persona prácticamente feliz.

—Entonces, ¿ha sido un pensamiento tan libresco la causa de todo? —pregunté, perplejo.

—No es un pensamiento libresco. En realidad, puede que sí. Todo se mezcla a la vez: yo quería a tu madre realmente, sinceramente, en absoluto de una manera libresca. Si yo no la hubiese querido de esa forma, no la habría mandado llamar, habría «hecho la felicidad» del primer alemán o de la primera alemana que hubieran llegado, desde el momento mismo en que yo había descubierto aquella idea. En cuanto a hacer obligatoriamente la felicidad de una criatura al menos en el curso de su vida, pero prácticamente, es decir, efectivamente, lo erigiría como mandamiento para todo hombre cultivado, exactamente como podría hacer una ley o

imponer una obligación a todo campesino de plantar por lo menos un árbol en su vida, en vista de los muchos árboles que se pierden en Rusia; aunque un árbol sería poco, se podría ordenar plantar uno cada año. Un hombre superior y cultivado, persiguiendo un alto pensamiento, se vuelve a veces de espaldas a la vida cotidiana, se hace ridículo, caprichoso y frío a incluso, lo diré francamente, estúpido, en la vida práctica se entiende, pero también, al final, incluso en sus teorías. Por eso, el deber de ocuparse de la práctica y hacer la felicidad real al menos de una criatura real curaría y refrescaría en primer lugar al bienhechor. Como teoría, es muy ridículo, pero, si esto se pusiese en práctica y se transformase en costumbre, no sería tan idiota. Yo lo experimenté en mí mismo: desde que empecé a desarrollar esta idea de un nuevo mandamiento —al principio, como es natural, a modo de broma— empecé a comprender cuán grande era el amor que había en mí hacia tu madre. Hasta entonces, yo no había comprendido del todo que la quería. Mientras vivía con ella, me contentaba con encontrar a11í mi placer mientras ella era hermosa; más tarde, me las di de caprichoso. Solamente en Alemania comprendí que la quería. Aquello empezó por sus mejillas hundidas, que yo no lograba recordar nunca, que a veces incluso veía con un dolor en el corazón, literalmente un verdadero dolor, auténtico, físico. Hay recuerdos dolorosos, querido mío, que causan un daño real; existen en cada uno de nosotros o poco falta, solamente que se los olvida; pero sucede que de repente se recuerda algo, a veces un simple rasgo, y ya no es posible desligarse de aquello. Me puse pues a recordar mil detalles de mi vida con Sonia; al final acudían por sí mismos y me asediaban en masa; estuvieron a punto de hacerme morir de tormento mientras la aguardaba. Pero estaba atormentado sobre todo por el recuerdo de su eterno rebajamiento delante de mí, por la idea de que ella siempre se había considerado como infinitamente por debajo de mí en todos los aspectos, y, ¡figúrate!, incluso físicamente. Tenía incluso oleadas de vergüenza y de rubor cuando, a veces, yo miraba sus manos y sus dedos, que no tenían nada de aristocráticos. No era solamente de sus dedos, sino de toda su persona de lo que ella tenía vergüenza, aunque yo amase su belleza. Conmigo era siempre púdica hasta el salvajismo. Y lo que estaba mal era que, en ese pudor, se percibía siempre como una especie de espanto. En una palabra, se consideraba frente a mí como no sé qué cosa inexistente o casi indecente. A veces, sin duda, al principio, yo creía que ella seguía viendo en mí a su señor y que me temía, pero no era aquello en absoluto. Y sin embargo, te lo juro, ella era más capaz que cualquiera de comprender mis defectos y no he encontrado en toda mi vida un corazón de mujer tan delicado y tan perspicaz. ¡Qué desgraciada era cuando, al principio, siendo todavía tan bella, yo la obligaba a adornarse! Había en eso amor propio, y también otro sentimiento pronto a sentirse herido: ella comprendía que no sería nunca una señora y que con un vestido extraño estaría sencillamente ridícula. Como mujer, no quería ser ridícula en su atavío y comprendía que cada mujer debe tener el vestido que le es propio, cosa que millares y cientos de millares no comprenderán jamás; ¡con estar a la moda, tienen suficiente! A ella le daba miedo de mi mirada burlona, ésa es la verdad. Pero me resultaba penoso sobre todo acordarme de sus miradas profundamente asombradas, que a menudo yo

sorprendía clavadas en mí durante toda nuestra unión: se sentía en ellas un perfecto entendimiento de su suerte y del porvenir que la aguardaba, hasta un punto tal, que yo mismo me sentía molesto por aquello, aunque, lo confieso, no entrase en conversación con ella y la tratase siempre con altanería. Y, mira, no siempre ella ha sido temerosa y huraña como hoy; incluso ahora, le sucede a veces engallarse de pronto y embellecerse como una mujer de veinte años; pero entonces, en su juventud, le encantaba a veces charlar y reír, desde luego en su ambiente, con las criadas, con nuestras vecinas; ¡y cómo se estremecía cuando, de pronto, la sorprendía yo a punto de reírse, con qué rapidez se ruborizaba y me miraba temerosamente! Un día, no mucho antes de mi salida para el extranjero, o quizá casi la víspera del día en que me separé de ella, entré en su habitación y me la encontré sola, sin labor, puestos los codos sobre la mesa y sumida en una profunda meditación. Casi nunca le sucedía aquello de estar así, ociosa. En aquella época, hacía ya mucho tiempo que yo había dejado de acariciarla. Pude acercarme a ella muy suavemente, de puntillas, y agarrarla de pronto y besarla... Se sobresaltó: no olvidaré nunca aquel deslumbramiento, aquella felicidad pintada en su rostro, y de repente todo aquello hizo sitio a un rápido rubor y sus ojos lanzaron un relámpago. ¿Sabes tú lo que yo leí en aquel relámpago? « ¡Me has dado una limosna, eso es lo que has hecho! » Se puso a sollozar cómo una histérica, con el pretexto de que la había asustado, a incluso yo me quedé pensativo. En general, todos estos recuerdos son algo muy penoso, amigo mío. Pasa como en los grandes artistas: hay a veces en sus poemas escenas tan dolorosas, que te hacen daño a lo largo de toda la vida cuando las recuerdas, por ejemplo el último monólogó de Otelo, Eugenio a los pies de Ta tiana *(145)*, o bien el encuentro del condenado a trabajos forzados, que se ha evadido, con la niña, en.la noche fría, cerca de un pozo, en Los miserables, de Víctor Hugo; eso te atraviesa el corazón de una vez para siempre, y la herida no se cierra nunca. ¡Oh, cómo esperaba yo a Sonia y cómo quería abrazarla lo antes posible! Soñaba con una impaciencia convulsiva en todo un programa de vidá nueva; pensaba en destruir poco a poco en su alma, por un esfuerzo metódico, su eterno miedo ante mí, hacerle comprender lo que ella valía, cuán por encima estaba de mí. ¡Oh!, yo sabía muy bien, ya en aquel momento, que yo empezaba siempre a querer a tu madre en cuanto nos separábamos y que me enfriaba siempre que nos reuníamos de nuevo; pero en aquel momento había otra cosa, no era eso.

Yo estaba asombrado; una pregunta me atravesó el espíritu: «¿Y ella?»

—Y entonces, ¿cómo se desarrolló el encuentro? —pregunté prudentemente.

—¿Aquella vez? ¡Pero si no llegó a realizarse en absoluto! Ella llegó a duras penas hasta Koenigsberg y se quedó allí, mientras que yo estaba junto al Rin. No fui a buscarla, le dije que se quedase allí y que me esperara. Nos vimos mucho después, ¡oh!, mucho más tarde, cuando fui a pedirle permiso para casarme.

II

No registraré aquí más que lo esencial del asunto, es decir, lo que he podido retener. Y por lo demás, también él se puso a hablar sin ilación. Sus parrafadas se hicieron de pronto diez veces más incoherentes y desordenadas al llegar a ese pasaje.

Se encontró con Catalina Nicolaievna por casualidad, precisamente cuando estaba esperando a mamá, en el minuto más impaciente de aquella espera. Estaban todos entonces junto al Rin, en el balneario, pasando la temporada. El marido de Ca talina Nicolaievna estaba ya casi moribundo o, por lo menos, condenado por los médicos. Ella le causó una gran impresión desde el primer encuentro: se hubiera dicho que lo había embrujado. Era una fatalidad. Noten ustedes que al registrar y recordar ahora todo esto, no tengo el menor recuerdo de que él haya empleado jamás en su relato la palabra « amor» ni que haya dicho que hubiese estado «prendado». En cuanto a la palabra «fatalidad», la he retenido.

Y verdaderamente fue una fatalidad. Él no quiso aquello, «él no quiso amar». No sé si podré explicarlo claramente; pero toda su alma estaba indignada por el hecho de que le hubiese podido suceder aquello. Todo lo que en él había de libre había sido bruscamente aniquilado con aquel encuentro, y el hombre se vio ligado para siempre a una mujer que no tenía nada de común con él. Él no había deseado aquella esclavitud de la pasión. Lo diré hoy francamente: Catalina Nicolaievna es un tipo raro de mujer de mundo, tipo que, tal vez, no se encuentra en ese ambiente. Es un tipo de mujer sencilla y franca en el más alto grado. He oído decir, o más bien lo sé de buena tinta, que por eso precisamente resultaba irresistible en el gran mundo cuando se dejaba ver en él *(con frecuencia, se alejaba totalmente)*. Versilov, como es natural, a raíz de aquel primer encuentro, no creyó que ella tuviese esas cualidades, y creyó justamente lo contrario, es decir, que era afectada e hipócrita. Registraré aquí, anticipándome a los hechos, el juicio que ella hizo sobre él: aseguraba que él no había podido formarse de ella otra opinión, «porque un idealista, al chocar con la realidad, está siempre más dispuesto que los otros a suponer toda clase de porquerías». Ignoro si esto es verdad en general por lo que se refiere a los idealistas, pero era perfectamente cierto por lo que se refería a él. Tal vez añadiré aquí mi propio juicio, que se formó en mi espíritu mientras lo estaba escuchando: me dije que él amaba a mamá con un amor, por decirlo así, humanitario y universal, más bien que con el amor simple con que se ama en general a las mujeres, y que, al primer encuentro que tuvo con una mujer a la que amó con ese amor simple, rechazó dicho amor, sin duda por falta de costumbre. Pero es quizá una idea falsa; por lo demás no se la expuse. Habría sido una falta de tacto; juro que él se hallaba en un estado en que había que tratarlo con miramiento: estaba trastornado; en algunos pasajes del relato, se interrumpía a veces y se quedaba silencioso varios minutos, recorriendo a zancadas la habitación con semblante hosco...

Ella adivinó bien pronto su secreto o tal vez coqueteó con él: incluso las mujeres más puras se muestran vulgares en estos casos, es su instinto insuperable. Todo acabó con una ruptura violenta y creo que él la quiso matar; le inspiró miedo, tal vez la habría matado; «pero todo aquello se transformó bruscamente en odio». A continuaeión, sobrevino un período singular:

se vio cogido de repente por una idea extraña: domarse por medio de la disciplina, «esa misma disciplina que emplean los monjes. Mediante una práctica progresiva y metódica, uno llega a superar su propia voluntad, empezando por las cosas más ridículas y más menudas, para acabar por conseguir un triunfo completo sobre la propia voluntad y llegar a ser libre». Agregó que en los monjes era una cosa seria, puesto que estaba erigida en ciencia por mil años de experiencia. Pero lo más notable es que esa idea de «disciplina» se le ocurrió entonces no para desembarazarse de Catalina Nico -. laievna, sino por la completa convicción de que, lejos de amarla ahora, la odiaba hasta el último grado. Creyó tanto en su odio a ella, que imaginó de improviso enamorarse de su hijastra, engañada por el príncipe, y casarse con ella; se persuadió a sí mismo de su nuevo amor y se atrajo irresistiblemente el amor de aquella pobre idiota, amor que le procuró a la infeliz en los últimos meses de su vida la perfecta felicidad. El por qué, en lugar de ella, no se acordó de mamá, que seguía esperándolo en Koenigsberg, es cosa que queda para mí inexplicada... Por el contrario, olvidó a mamá súbita y totalmente, y dejó incluso de mandarle dinero para vivir, tanto que ella debió entonces su salvación a Tatiana Pavlovna; sin embargo, de repente, fue a buscarla para «pedirle permiso» para casarse con aquella muchacha, con el pretexto de que «una novia así no era una mujer». ¡Oh, tal vez todo esto no es más que el retrato de un «hombre libresco»!, como lo calificó posteriormente Catalina Nicolaievna. Pero, ¿por qué estos «hombres de papel» *(si son verdaderamente de papel)* son capaces, a pesar de todo, de atormentarse tan verdaderamente y llegar a semejantes tragedias? Por lo demás, aquella tarde yo pensaba de una manera un poco diferente, y fui sacudido por una idea:

—Toda la cultura de usted, toda su alma, se la debe al sufrimiento y a los combates de toda su vida, mientras que ella ha recibido la perfección gratuitamente. No es lo mismo... En eso es en lo que la mujer resulta repelente.

Lo dije no para congraciarme con él, sino con fuego a incluso con indignación.

—¿La perfección? ¿Su perfección? ¡Pero si ella no tiene la más mínima perfección! —declaró, casi asombrado de mis palabras—. ¡Es la más ordinaria de las mujeres, es hasta una mujer del montón...! ¡Pero está obligada a tener todas las perfecciones!

—¿Qué quiere decir eso de obligada?

—Pues que, teniendo semejante poder, está obligada a tener todas las perfecciones—. exclamó con cólera.

—Lo más triste es que ahora está usted completamente atormentado.

Esa frase se me escapó involuntariamente.

—¿Ahora? ¿Atormentado? —repitió parándose delante de mí en una especie de perplejidad.

De pronto, una sonrisa tranquila, pensativa y prolongada, iluminó su rostro. A continuación, completamente vuelto en sí, cogió de encima de la mesa una carta sacada de su sobre. y la lanzó ante mí:

—¡Toma, lee! Debes saberlo todo absolutamente... ¿Por qué me has dejado rebuscar durante tanto tiempo en estas viejas tonterías? ¡No he hecho más que ensuciar a irritar mi corazón!

No sabría expresar mi asombro. Aquella carta le había sido dirigida por ella hoy mismo, y había llegado a eso de las cinco de la tarde. La leí, casi temblando de emoción. No era larga, pero estaba escrita con tanta franqueza y sinceridad, que, mientras la leía, me parecía verla a ella misma enfrente de mí y oír sus palabras. De manera perfectamente verídica *(y por consiguiente casi conmovedora)*, ella le confesaba su temor y a continuación le suplicaba «que la dejase en paz». Al terminar, le informaba que ahora iba a casarse definitivainente con Bioring. Hasta entonces, ella nunca le había escrito.

Y he aquí ahora lo que comprendí por las explicaciones de él.

No había hecho más que leer esa carta cuando sintió de pronto en sí mismo un fenómeno totalmente inesperado: por primera vez en aquellos dos años fatales no experimentaba el menor odio hacia ella ni la menor emoción, como en el mo mento en que, hacía todavía poco, había « perdido la cabeza» al escuchar solamente el nombre de Bioring. «Por el contrario, le he enviado mi bendición con la mayor cordialidad», me dijo con un sentimiento profundo. Escuché aquellas palabrás con admiración. De esa forma, todo lo que había en él de pasión, de sufrimiento, había desaparecido de golpe de él mismo, como un sueño, como una obsesión de dos años. Asombrado de sí mismo, se había apresurado a ir a casa de mamá y había entrado en el instante preciso en que ella pasaba a ser una mujer libre y en que el anciano que se la había legado la víspera acababa de morir. Aquellas dos coincidencias lo habían trastornado. Un momento después, se lanzó a buscarme, y no olvidaré jamás el hecho de que tan rápidamente hubiese pensado en mí.

No olvidaré tampoco el fin de aquella velada. Aquel hombre se halló, una vez más y súbitamente, todo transformado. Nos quedamos juntos hasta bien entrada la noche. El efecto que nos produjo aquella «nueva» lo diré más adelante, cuando llegue la hora; de momento, me limitaré a algunas palabras de conclusión sobre él. Al reflexionar hoy, comprendo que lo que más me sedujo entonces fue esa especie de humildad ante mí, esa sinceridad tan verdadera delante de un mocoso de mi especie. « ¡Era una ceguera, pero ceguera bendita! - exclamó él -. Sin esta ceguera, tal vez nunca habría podido volver a encontrar en mi corazón, tan completamente y para siempre, a mi sola reina, a mi mártir, a tu madre.» Estas palabras entusiastas que se le escaparon irresistiblemente, las anoto con particular empeño, en previsión de lo que seguirá. Pero entonces, él se apoderó de mi alma y triunfó completamente.

Me acuerdo de que al final teníamos una alegría loca. Hizo traer champaña, y bebimos a la salud de mamá y «por el porvenir». Él estaba tan lleno de vida, tan dispuesto a vivir... Pero, si estábamos locamente alegres, no era a causa del vino: no habíamos bebido más que dos copas cada uno. No sé por qué, pero al final reíamos sin poder contenernos. Nos pusimos a hablar de cosas indiferentes; él contó anécdotas; yo, también. Esas risas y esas anécdotas eran

perfectamente inocentes, de ninguna manera burlonas, pero nos alegraban. Él no que ría soltarme: « ¡quédate, quédate todavía! », repetía, y yo me quedaba. Incluso salió para acompañarme; la noche era espléndida, helaba ligeramente.

—Dígame: ¿le ha contestado usted ya? —pregunté de pronto, completamente de improviso, apretándole la mano por última vez, en una encrucijada.

—No, todavía no. Pero es igual. Ven mañana, ven más pronto... ¡Ah!, una cosa todavía: abandona completamente a Lambert y rompe el «documento» lo antes posible. ¡Adiós!

Dicho esto, se fue rápidamente; me quedé clavado en el sitio y tan turbado que no me atreví a llamarlo. La palabra «documento» me había impresionado sobre todo: ¿por quién se habría enterado, y en términos tan precisos, sino por Lambert? Volví a casa con una extrema turbación. Una idea me atravesó el cerebro: ¿cómo podía ser aquello de que una «obsesión de dos años» hubiese desaparecido como un sueño, como una humareda, como una visión?

Capítulo ix

I

Me desperté por la mañana más fresco y mejor dispuesto. Me reproché incluso, involuntaria y cordialmente, una cierta ligereza y la especie de altivez con las que, me acordaba, había escuchado la víspera ciertos pasajes de su «confesión». A veces había sido desordenada, algunas revelaciones eran un tanto vagas y hasta incoherentes; pero ¿se había él preparado para un discurso de orador cuando me invitó a su casa? Sólo me había hecho un gran honor al dirigirse a mí como a su único amigo en un momento semejante, y jamás yo podría olvidar aquello. Por el contrario, su confesión era «conmovedora», aunque él tuviera que burlarse de ese calificativo, y si a veces contenía elementos cínicos o incluso un poco ridículos, yo era lo bastante ancho de miras para comprender o admitir el realismo, sin, por otra parte, manchar el ideal. Sobre todo, yo había comprendido por fin a aquel hombre y estaba un poco molesto y despechado por el hecho de que hubiera sido una cosa tan sencilla: a aquel hombre yo lo había instalado siempre en mi corazón, a una altura extrema, en las nubes; me era preciso absolutamente revestir su destino de misterio, y deseaba, como es natural, que ese misterio no se descubriese de una manera tan fácil. Por otra parte, en su encuentro con ella y en sus dos años de sufrimiento, había también bastantes cosas complicadas: «él no había querido la fatalidad; el tenía necesidad de libertad, y no de la servidumbre del destino; era esa servidumbre del destino lo que lo había obligado a ofender a mamá, que lo esperaba en Koenigsberg... Además, ese hombre, en todo caso, era para mí un predicador: llevaba en su corazón la edad de oro y conocía el porvenir del ateísmo. ¡Pues bien, su encuentro con ella lo había roto todo, todo lo había deformado! ¡Oh!, desde luego, yo no la traicioné, pero sin embargo tomé partido por él. Mamá, por ejemplo, razona ba yo, no habría turbado nada en su destino, ni siquiera casándose con él. Yo to comprendía; era completamente diferente de su encuentro con la otra. Sin duda, mamá no le habría dado ni siquiera la calma, pero incluso era mejor así: esos hombres deben ser juzgados de otra manera, su vida será siempre así; no hay en eso nada de monstruoso; al contrario, la monstruosidad sería que encontrasen la calma o, en general, que llegasen a ser parecidos a todos los hombres mediocres-- Su elogio de la nobleza y su frase: «Moriré siendo gentilhombre» no me turbaban to más mínimo: yo comprendía de qué clase de gentilhombre se trataba; el que da todo y se hace el anunciador del ciudadano del universo y de la gran idea rusa de la «reunión universal de las ideas». Todo aquello eran tal vez tonterías, quiero decir «la reunión universal de las ideas» *(que es evidentemente indispensable)*, pero de todas formas

estaba ya bien el que se hubiese dedicado toda su vida a la idea y no al estúpido becerro de oro. ¡Dios mío!, pero yo, desde que concebí mi «idea», ¿es que me he inclinado ante el becerro de oro, es el dinero to que yo necesitaba? ¡Lo juro, yo no tenía necesidad más que de la idea! ¡Lo juro, no habría tapizado ni una sola silla ni un solo diván de terciopelo y ha bría comido, con cien millones, el mismo plato de sopa que hoy!

Me vestí. y me sentí irresistiblemente impulsado hacia él. Añadiré: con respecto a su alusión de la víspera al «documento», yo estaba también cinco veces más tranquilo que la noche anterior. Primeramente, esperaba explicarme con él; después, si Lambert se había insinuado también con él y le había hablado de algo, ¿que mal había en eso? Pero mi principal alegría estribaba en una sensación extraordinaria; era la idea de que ahora «él ya no la quería»; yo tenía de eso una persuasión absoluta y sentía que era un peso espantoso del que se había librado mi corazón. Me acuerdo incluso de una suposición que me atravesó entonces el cerebro: la monstruosidad y la absurdidad de su última y furiosa ocurrencia al recibir la noticia de Bioring, y el envío de su carta injuriosa; ese exceso había podido ser el anuncio y la anticipación de un cambio radical en sus sentimientos y de un pronto retorno al buen sentido; debía de ser, me decía yo, poco más o menos como en una enfermedad, y tenía que llegar al punto opuesto: ¡un episodio médico y nada más! Esa idea me hacía dichoso.

«Y ahora, que ella disponga de su destino como Dios le dé a entender, que se case con su Bioring todas las veces que quiera, pero por lo menos que él, mi padre, mi amigo, no la ame ya», exclamaba yo para mis adentros. Por lo demás en mis propios sentimientos había un cierto misterio, pero aquí, en estos recuerdos, no tengo ganas de seguir insistiendo sobre eso.

Basta ya de esto. Ahora contaré todos los horrores que se siguieron y toda la complicación de los hechos, esta vez sin reflexiones de ninguna clase.

II

A las diez de la mañana, cuando me disponía a salir *(para ir a casa de él, naturalmente)* apareció Daria Onissimovna. Le pregunté alegremente si era que venía de parte de él y tuve el disgusto de enterarme que no venía de ninguna manera de parte de él, sino de parte de Ana Andreievna, y que ella, Daria Onissimovna, «había salido del piso al romper el día».

—¿De qué piso?

—¿De cuál va a ser? Del de ayer. Del apartamiento de ayer; el del niñito; está alquilado a mi nombre, pero es Tatiana Pavlovna la que paga...

—¡Eso me tiene sin cuidado! —la interrumpí, molesto—. Pero él, ¿está él en casa? ¿Lo encontraré allí?

Me asombré al enterarme de que había salido todavía más ternprano que ella; o sea, que ella había salido «con el día», y él todavía antes.

—¿Y ahora, puede haber vuelto?

—No, seguramente no ha vuelto, y quizá no volverá nunca —sentenció, mirándome con sus agudos y astutos ojos, que no apartaba de mí un solo momento, lo mismo que en la visita ya referida, cuando yo estaba en la cama, enfermo.

Lo que más rabia me daba, sobre todo, eran esos misterios y esas estupideces que reaparecían: decididamente, esta gente no podía pasarse sin misterio y astucia.

—¿Por qué dice usted que seguramente no volverá? ¿Qué quiere decir con eso? ¡Ha ido a casa de mi madre, eso es todo!

—No sé.

—Pero usted, ¿para qué ha venido usted?

Me declaró que, de momento, venía de casa de Ana Andreievna y que ésta me invitaba y me esperaba precisamente ahora mismo; si no, «será demasiado tarde». Una vez más, esa frase enigmática me hizo salir de mis casillas.

—¿Por qué demasiado tarde? ¡No quiero ir allí y no iré! ¡No me dejaré dar órdenes una vez más! ¡Me importa tres pitos Lambert, dígaselo, y añada que, si me envía a su Lambert, lo pondré de patitas en la calle y de mala manera! ¡Dígaselo así!

Daria Onissimovna se quedó espantada.

—¡Oh, no, no! —dijo, dando un paso hacia mí, juntando las manos y casi suplicándome—, ¡no se precipite usted! La cosa es grave, incluso muy grave para usted, para ellos también, para Andrés Petrovitch, para su mamá, para todo el mundo... Vaya usted a ver inmediatamente a Ana Andreievna, porque ella no puede estarlo esperando mucho tiempo... Se lo aseguro por mi honor... Luego, usted podrá tomar una decisión.

La miré con sorpresa y con repugnancia.

—¡Tonterías, no pasará absolutamente nada, no iré! —exclamé con obstinación— y malignidad—. ¡Ahora, ya ha cambiado todo! ¿Puede usted comprenderlo? Adiós, Daria Onissimovna, no iré, lo hago aposta, y aposta no quiero hacerle ninguna pregunta. Me haría usted perder la cabeza. No quiero meter la nariz en sus enigmas.

Pero, como ella no se iba y se quedaba a11í plantada, cogí mi pelliza y mi gorro y salí, dejándola en medio de la habitación. En mi habitación no había ni cartas ni papeles, y yo casi nunca la cerraba con llave al salir. Pero no había llegado aún a la puerta de la calle cuando mi casero, Pedro Hippolitovitch, sin sombrero y sin abrigo, echó a correr detrás de mí.

—¡Arcadio Makarovitch! ¡Arcadio Makarovitch!

—¿Qué le pasa a usted ahora?

—¿No time usted ninguna orden que darme al marcharse?

—No

Me miró con mirada penetrante y llena de inquietud.

—En cuanto al cuarto, por ejemplo.

—¿Cómo en cuanto al cuarto? ¡Ya le he entregado el dinero del mes!

—Pero no, si no se trata de dinero —dijo él, sonriendo de pronto con una ancha sonrisa y atravesándome con la mirada.

—Pero, ¿se puede saber qué les pasa a todos ustedes? —grité, casi lleno de rabia—. ¿Qué quiere usted ahora?

Aguardó algunos segundos, como si siguiera esperando algo de mí.

—Bueno, ya me lo dirá usted más tarde... puesto que aho ra no está de buen humor —refunfuñó él, sonriendo todavía más marcadamente—. Bueno, váyase, también yo tengo que irme a la oficina.

Subió la escalera corriendo. Naturalmente, todo aquello daba que pensar. Me propongo no descuidar ningún detalle de todas estas pequeñas cosas absurdas del momento, porque cada una entró más tarde en el ramillete definitivo y encontró allí su lugar, como el lector podrá persuadirse de ello, es la verdad pura. Si yo estaba tan trastornado y tan irritado, era porque acababa de encontrar en sus palabras ese tono de intriga y de enigma del que me daba asco y que me recordaba el pasado. Pero prosigo.

Versilov no estaba en su casa: se había marchado, en efecto, al romper el día. «Estará seguramente en casa de mamá», pensé obstinándome. No le pregunté nada a la nodriza, una buena mujer bastante tonta; no había nadie más en el piso. Corrí a casa de mamá y, lo confieso, con una inquietud tal, que a mitad de camino cogí un coche. En casa de mamá, no había aparecido desde el día anterior por la tarde. Con ella no estaban más que Tatiana Pavlovna y Lisa. En el momento en que yo entraba, Lisa se disponía a salir.

Seguían estando arriba, en mi «ataúd». En el salón, abajo, Makar Ivanovitch estaba estirado sobre la mesa, y un viejo desconocido leía a su lado el Salterio. Ya no describiré nada de lo que no se refiera directamente al asunto. Solamente haré constar que el féretro, que estaba ya hecho y que se encontraba allí, en la habitación, no era vulgar: aunque negro, estaba tapizado de terciopelo, y la tela que recubría el cuerpo era de valor: lujo que apenas cuadraba con el anciano ni con sus convicciones; pero tal había sido el deseo imperioso de mamá y de Tatiana Pavlovna.

Naturalmente, yo no esperaba hallarlas alegres; pero de golpe me impresionaron la pena abrumadora, la inquietud y la preocupación que leí en sus ojos, y deduje al punto que «había seguramente otra cosa además del muerto». Todo eso, lo repito, es cosa de la que me acuerdo perfectamente.

A pesar de todo, abracé tiernamente a mamá y en seguida le pregunté por él. Instantáneamente, una curiosidad alarmada se encendió en sus ojos. Añadí apresuradamente que habíamos pasado la velada juntos hasta bien entrada la noche, pero que hoy él no estaba en casa, de donde había salido al rayar el día, siendo así que él mismo me había invitado la víspera, al separarnos, a que fuera a buscarlo lo antes posible. Mamá no respondió nada, pero Tatiana Pavlovna, aprovechando una ocasión, me amenazó con el dedo.

—¡Hasta la vista, hermano! —dijo de improviso Lisa, saliendo rápidamente del tabuco.

Desde luego, la alcancé, pero ya antes ella se había detenido en la puerta de la calle.

—Ya pensaba yo que se te ocurriría bajar —dijo en un susurro rápido.

—¿Qué sucede, Lisa?

—Tampoco yo sé nada; pero ocurren muchas cosas. Seguramente es el desenlace de esta «eterna historia». Él no ha venido, pero ellas tienen noticias de él. No, te contarán nada, estáte tranquilo, y no les preguntes tú tampoco, si tienes un poco de juicio. Pero mamá está muerta. Yo, por mi parte, tampoco he preguntado nada. ¡Hasta la vista!

Abrió la puerta.

—¡Lisa!, ¿y tú, no sabes tú nada?

Y brinqué en seguimiento de ella por el vestíbulo. Su semblante terriblemente fatigado, desesperado, me traspasaba el corazón. Me miró no con cólera, pero casi con encarnizamiento, soltó una risa amarga a hizo un gesto de desesperación:

——¡Y aunque hubiera muerto, tanto mejor!— me lanzó desde la escalinata, al marcharse.

Quería referirse al príncipe Sergio Petrovitch, el cual e5staba entonces acostado con fiebre y sin conocimiento. «¡La eterna historia! ¿Qué eterna historia?», pensé con irritación, e inmediatamente me entraron ganas de contarles al menos una parte de mis impresiones de la víspera, después de su confesión nocturna, y la confesión misma. «Están formándose sobre él sabe Dios qué ideas perversas: ¡pues bien, que lo sepan todo! » He ahí el pensamiento que me atravesó el cerebro.

Me acuerdo de que empecé mi. relato con mucha destreza. Inmediatamente, una loca curiosidad se marcó en sus rostros. Por una vez, la misma Tatiana Pav1ovna bebía mis palabras; mamá estaba más reservada; estaba muy grave, pero una sonrisa ligera, admirable, aunque absolutamente desesperada, iluminó su rostro y permaneció allí casi hasta el final del relato. Naturalmente yo hablaba bien, aun sabiendo que para ellas resultaba poco más o menos ininteligible. Con gran asombro por mi parte, Tatiana Pavlovna no refunfuñó, no pidió preci siones, no me tendió trampas, como hacía siempre que yo me ponía a hablar. Se limitaba a apretar los labios de cuando en cuando y a entornar los ojos, como para esforzarse en comprender. Había veces en que incluso me parecía que lo captaban todo, pero era casi imposible. Por ejemplo, hablé de las convicciones de él, sobre todo de su entusiasmo por mamá, de su amor por mamá, conté cómo había besado su retrato... Al escucharme, ellas cambiaban en silencio miradas rápidas; mamá enrojeció de la cabeza a los pies. Por lo demás, las dos continuaron sin decir nada. Luego... luego, naturalmente no pude, delante de mamá, referirme al punto esencial, es decir, al encuentro de él con la otra y su « resurrección» moral después de aquella carta; ahora bien, aquello era lo esencial, de forma que todos los sentimientos de él de la víspera, con los que tanto yo esperaba alegrar a mamá, quedaron, lógicamente, incomprendidos, y no por culpa mía, porque todo lo que era posible contar, lo conté muy bien. Cuando terminé, estaba absolutamente turbado; su silencio no se había interrumpido, y yo me encontraba muy incómodo con ellas.

—Seguramente, ya habrá vuelto. Quizá esté en mi casa esperándome.

—Pues bien, ve, ve —me animó Tatiana Pavlovna, categórica.

—¿Has estado en la habitación de abajo? . —me preguntó mamá en un susurro.

—Si, le he hecho mi reverencia y he rezado por él. ¡Qué rostro tan tranquilo y tan bello tiene, mamá! Gracias por no haber ahorrado nada para el féretro. Al principio, eso me pareció un poco raro, pero inmediatamente comprendí que yo habría hecho lo mismo.

—¿Vendrás mañana a la iglesia? —preguntó, y sus labios temblaron.

—¿Qué le pasa a usted, mamá? —me asombré—. También hoy iré al oficio, y volveré a venir: y además... mañana es el cumpleaños de usted, mamá, mamá querida. A él sólo le han faltado tres días para llegar a esta fiesta.

Me fui, presa de un asombro doloroso: ¡qué pregunta tan rara! ¡Decirme si iba a ir o no a la iglesia! Y si se han preocupado tanto por mí, ¿qué piensan entonces de él?

Sabía que Tatiana Pavlovna correría detrás de mí, y me detuve aposta en el umbral. Ella me alcanzó en efectó, pero me empujó con la mano hasta la escalera, salió detrás de mí y cerró la puerta.

—¡Tatiana Pavlovna!, ¿es que no esperan ustedes a Andrés Petrovitch ni hoy, ni siquiera mañana? Estoy asustado...

—¡Cállate! ¡Asustarte tú, vaya una novedad! Habla: tú no lo has dicho todo al contar esas historias de lo que ocurrió ayer, ¿verdad?

No juzgué necesario disimular, y, casi molesto con Versilov, le conté todo el asunto de la carta de Catalina Nicolaievna y el efecto producido, es decir, su resurrección a una nueva vida. Con gran sorpresa por mi parte, vi que el hecho de la carta no le extrañaba lo más mínimo, y comprendí que ya ella estaba advertida.

—¿Mientes?

—No, no miento.

—¿Y pretendes —sonrió pérfidamente, como reflexionando— que él ha resucitado? ¡No faltaba más que eso! ¿Es verdad que ha besado el retrato?

—Es verdad, Tatiana Pavlovna.

—¿Lo ha besado con sentimiento, no ha sido una cosa fingida?

—¡Una cosa fingida! ¿Es que él finge alguna vez? Debería usted avergonzarse, Tatiana Pavlovna; tiene usted el alma grosera, un alma de mujer.

Lo dije con calor, pero ella hizo como si no me hubiese oído: estaba nuevamente sumida en sus pensamientos, a pesar del frío que reinaba en la escalera. Por mi parte, llevaba la pelliza, mientras que ella no tenía puesto más que su vestido.

—Te confiaré una cosa, solamente que es una lástima que seas tan idiota —profirió con desprecio y como fastidiada—. Escucha un momento, ve a casa de Ana Andreievna, y mira lo que pasa a11í, en las habitaciones de ella... O más bien, no, no vayas; ¡no dejarás de ser siempre un imbécil! Vamos, vete, ¿qué haces ahí, plantado como un poste?

—¡Oh, no! No iré a casa de Ana Andreievna. Y sin embar go Ana Andreievna me ha mandado llamar.

—¿Ella? ¿Por medio de Daria Onissimovna?

Y se volvió bruscamente hacia mí; estaba ya a punto de irse y de abrir la puerta, pero la volvió a cerrar.

—¡Por nada en el mundo iré a casa de Ana Andreievna! —repetí con placer—. Y no iré, porque se me acaba de tratar de imbécil, siendo así que nunca he estado tan penetrante como hoy. Todas esas historias de ustedes, las comprendo aho ra de pe a pa. De todas formas no iré a casa de Ana Andeievna.

—¡Ya lo sabía yo! —exclamó ella, pero sin responder a lo que yo le había dicho, prosiguiendo sus reflexiones—. Ahora la van a amarrar y a meterla en el saco.

—¿A Ana Andreievna?

—¡Idiota!

—Entonces, ¿de quién habla usted? ¿De Catalina Nicolaievna? ¿Qué saco?

Yo estaba terriblemente asustado. Una idea vaga, pero espantosa, me atravesaba el alma. Tatiana me lanzó una mirada penetrante:

—Y a ti, ¿qué te importa eso? —preguntó «de repente— ¿Qué papel desempeñas tú en todo esto? También he oído hablar de ti. ¡Ten cuidado!

—— Escuche, Tatiana Pavlovna. Le contaré a usted un secreto terrible, pero no ahora, no tengo tiempo: mañana, a solas. Solamente dígame ahora mismo toda la verdad, y de qué saco se trata... porque estoy~ temblando de la cabeza a 1os pies...

—¡Me importa un comino que tiembles! —exclamó ella—. ¿Qué es ahora ese misterio que quieres contarme mañana? Vamos, dilo francamente, ¿no sabes nada? —y fijó sobre mí una mirada interrogativa—. ¿Es que no le juraste entonces que habías quemado la carta de Kraft?

—Tatiana Pavlovna, se to repito, no me atormente —continué a mi vez, sin responder a su pregunta porque yo estaba fuera de mí—, ponga usted atención, Tatiana Pavlovna: a causa de lo que usted me oculta puede suceder todavía algo peor... ¡Ayer él estaba en plena resurrección!

—¡Vete al diablo, farsante! Tú estás enamorado, tú también, como un pierrot. ¡El padre y el hijo, enamorados de una misma persona! ¡Uf, qué asquerosos!

Desapareció, haciendo retemblar la puerta de indignación. Furioso por el cinismo desvergonzado, impúdico, de sus últimas palabras, ese cinismo del que sólo puede ser capaz una mujer, me marché profundamente ofendido. Pero no contaré mis turbadas impresiones: he dado palabra de eso; no contaré más que los hechos, que, ahora, darán la clave de todo. Naturalmente, fui otra vez en un salto a casa de él y otra vez me enteré por la nodriza de que no había vuelto.

—¿Y no volverá?

—¡Dios lo sabe!

¡Los hechos, los hechos...! Pero, ¿es que el lector comprende algo de esto? Me acuerdo de hasta qué punto, yo mis mo, estaba entonces aplastado por aquellos mismos hechos, que no llegaba a comprender, tanto, que al final de la jornada la cabeza me daba vueltas, literalmente. Por eso, en dos o tres palabras, anticiparé los acontecimientos.

He aquí en qué eonsistían todos mis tormemos: si la víspera él había resucitado y había dejado de amarla, en ese caso, ¿dónde debía él de estar hoy? Respuesta: ante todo, en mi casa, a verme a mí, a quien había abrazado la víspera, a inmediatamente a continuación en casa de mamá, cuyo retrato había besado. Pues bien, en lugar de esas dos visitas lógicas, resultaba que había salido de casa «con el día» y había desaparecido no se sabía dónde, y Daria Onissimovna opinaba que sin duda no volvería. Hay más: Lisa hablaba del desenlace de una «eterna historia», aseguraba que mamá tenía ciertos informes sobre él, más recientes todavía; además se sabía lo de la carta de Catalina Nicolaievna *(yo lo había notado)*, y a pesar de todo no se creía en su «resurrección a una nueva vida», aunque me hubiesen escuchado atentamente. Mamá estaba destroza da, y Tatiana Pavlovna sonreía pérfidamente ante aquella pala bra de «resurrección». Pero entonces, ¡entonces era que durante la noche había tenido otra revolución, una nueva crisis, y eso después de su entusiasmo de ayer, de su enternecimiento, de su emoción! Así, pues, toda esa « resurrección» había estallado como una pompa de jabón. Y tal vez ahora estaba dominado por la misma rabia que había tenido después de la noticia de Bioring. Entonces, ¿qui iba a ser de mamá, de mí, de nosotros todos y... qué iba a ser en fin de ella? ¿De qué «saco» hablaba Tatiana al enviarme a casa de Ana Andreievna? ¿Era entonces a11í donde se encontraba ese «saco», en casa de Ana Andreievna? ¿Y por qué en casa de Ana Andreievna? Desde luego corrí a casa de Ana Andreievna. Había sido aposta, por despecho, por lo que dije que no iría; ahora corrí a11á. Pero, ¿qué es lo que dijo Tatiana del «documento»? ¿No fue él quien me dijo ayer: « Quema el documento,»?

Tales eran mis pensamientos. He ahí lo que me ahogaba. Pero sobre todo yo tenía necesidad de él. Con él, lo habría resuelto todo en un abrir y cerrar de ojos, lo presentía; nos habríamos comprendido con medias palabras. Yo le habría cogido las manos, se las habría apretado; habría encontrado en mi corazón palabras calurosas, pensaba yo a pesar de mí mismo. ¡Habría triunfado de su locura...! Pero, ¿dónde estaba él? ¿Dónde estaba? ¡No me faltaba más, en momento semejante, que encontrarme con Lambert, hallándome yo tan acalorado! Me faltaban unos pasos para llegar a la casa cuando, de repente, tropecé con Lambert. Lanzó gritos de alegría al verme y me cogió por la mano.

——Es la tercera vez que he estado en tu casa.:. enfin! Vamos a almorzar.

——¡Espera! ¿Vienes de mi casa? ¿No está allí Andrés Petrovitch?

—No, no hay nadie. ¡Déjalos a todos! ¡Imbécil, ayer te enfadaste; estabas borracho, y tengo que hablarte seriamente; hoy me he enterado de noticias excelentes relativas a lo que decíamos

ayer. . . !

—Lambert —lo interrumpi, jadeante y apresurado, decla mando ligeramente sin proponérmelo—, si me he parado, es únicamente para acabar contigo de una vez para siempre. Te lo dije ayer, pero te obstinas en no comprender. Lambert, eres un niño y bruto como un francés, Te sigues figurando que estás en casa de Tuchard y que yo soy tan tonto como en casa de Tuchard... Pero no soy tan tonto como en casa de Tuchard... Ayer yo estaba borracho, no de vino, sino porque ya estaba excitado; si aprobé lo que tú me decías, lo hice fingiendo, para saber cuáles eran tus pensamientos. Te engañaba, y tú te alegraste y me creíste y continuaste charlando. Entérate, casarme con ella es una tontería en la que no podría creer ni siquiera un alumno de preparatorio. ¿Cómo es posible figurarse que haya creído yo? Sin embargo tú te lo has figurado. Y es que no se te recibe en la buena sociedad y no sabes lo que pasa a11í. En su ambiente, en el gran mundo, las cosas no ocurren con tanta facilidad. No es tan sencillo como tú crees el que ella decida de pronto casarse conmigo... Ahora te diré claramente qué es lo que tú quieres: quieres atraerme para hacerme beber, para que entregue el documento y participe contigo en alguna canallada contra Catalina Nicolaievna. Pues bien, te equivocas, no iré jamás a tu casa, y convéncete además de que mañana mismo o a lo más tardar pasado mañana, ese papel estará en manos de ella, porque ese documento le pertenece, por. que es ella quien lo escribió, y se lo devolveré personalmente, y si quieres saber cómo, pues bien, entérate de que se lo devolveré por conducto y en casa de Tatiana Pavlovna y no le reclamaré nada a cambio... Y ahora, ¡lárgate! De lo contrario, de lo contrario, Lambert, me mostraré menos educado.

Terminado eso, me sacudió un gran temblor. La peor cosa, la costumbre más mala, una costumbre que perjudica a cualquier hombre y en cualquier circunstancia, es la de conducirse con afectación. ¿Qué diablo me impulsó a acalorarme ante él hasta el punto de contarle, al acabar mi discurso y recalcando con complacencia las palabras y elevando la voz más y más, ese detalle completamente superfluo de que entregaría el documento a Catalina Nicolajevna por conducto de Tatiana Pavlovna y en casa de esta misma? Era un brusco deseo que había tenido de dejarlo abrumado de estupor. Cuando hablé tan crudamente del documento y me di cuenta en seguida de su estúpido espanto, me dieron ganas de aplastarlo todavía más con la precisión de los detalles. Pues bien, esa charla vanidosa de comadre fue luego causa de desgracias horribles, porque ese detalle concerniente a Tatiana Pavlovna y a su alojamiento se grabó inmediatamente en su espíritu de pillo y de hombre práctico en pequeños negocios; en los grandes y serios, era nulo y no comprendía nada, pero para esos detalles tenía siempre buen olfato. Si yo no hubiese mencionado a Tatiana Pavlovna, muchas desgracias no habrían ocurrido. Sin embargo, después de haberme escuchado, al principio se mostró totalmente aturdido.

—Escucha —farfulló——, Alphonsine.. . Alphonsine cantará... Alphonsine ha estado en casa de ella; escucha, tengo una carta, casi una carta, en la que Akhmakova habla de ti; me la há procurado el picado de viruelas, tú te acuerdas de él. Ya verás, ya verás, vamos a11á.

——Estás mintiendo, enséñame la carta.

—Está en casa, la tiene Alphonsine, vamos a11á.

Naturalmente, en su miedo a que me escapase de él, mentía, deliraba; pero lo abandoné de repente en medio de la calle, y, como pareciera dispuesto a seguirme, me detuve y lo amenacé con el puño. Tuvo un momento de vacilación que me permitió escabullirme: quizá un nuevo plan germinaba ya en su cabeza. Pero para mí no habían acabado las sorpresas y los encuentros. Cuando me acuerdo de aquel día de desgracias, me parece siempre que esas sorpresas y esos encuentros imagina dos se dieron cita para derramarse sobre mí desde no sé qué maldito cuerno de la abundancia. Apenas había abierto la puerta de mi alojamiento cuando me tropecé, en la antecámara, con un joven de alta estatura, de rostro ovalado y pálido, de aire importante y «distinguido», vestido con una maravillosa pelliza. Tenía lentes; pero, en cuanto me divisó, se los quitó *(sin duda por cortesía)* y, levantando cortésmente con la mano su sombrero de copa, pero sin detenerse, me dijo con una sonrisa delicada: «Ah!, bonsoir!» Luego llegó a la escalera. Nos habíamos reconocido inmediatamente, aunque yo no lo hubiera visto más que una vez, de pasada, en Moscú. Era el hermano de Ana Andreievna, el chambelán, el joven Versilov, hijo de Versilov, y por consiguiente casi hermano mío. Iba acompañado por la casera *(el marido de ésta aún no había vuelto de la oficina)*. Una vez él se hubo marchado, me lancé sobre ella:

—¿Qué hacía ése aquí? ¿Estaba en mi habitación?

—No, no, en su habitación no. Es a mí a quien ha venido a verme —cortó ella rápida y secamente, y me volvió la espalda.

—¡No, esto no se quedará así! —exclamé—. Haga el favor de responderme: ¿qué ha venido a hacer aquí?

—¡Ah, Dios mío!, ¿es que va a haber que contarle a usted por qué viene aquí gente? Creo que también nosotros podemos tener nuestros asuntos. Ese joven quizá ha venido para pedirme prestado dinero, para pedirme una dirección. Quizá yo se lo había prometido la última vez...

—¿Cómo la última vez?

—¡Ah, Dios mío!, ¡pues no es la primera vez que viene!

La mujer se alejó. Yo había cornprendido que en la casa estaba cambiando el tono: se ponían ahora a decirme groserías, ¡Otro secreto más! Los secretos se acumulaban a cada paso, a cada hora. La primera vez, el joven Versilov había venido con su hermana, Ana Andreievna, mientras que yo estaba enfermo; me acordaba de aquello muy bien, como asi mismo de que Ana Andreievna había dejado escapar la víspera una frasecita asombrosa: que tal vez el viejo príncipe se quedaría en mi casa... Pero todo aquello era tan confuso y tan anormal, que yo no podía comprender casi nada. Me di una palmada en la frente y, sin sentarme siquiera para descansar, corrí a casa de Ana Andreievna; no estaba en su casa, pero el portero me dijo que había salido para Tsarskoie; no volvería hasta el día siguiente, poco más o menos a la misma hora,

¡A Tsarskoie! ¡Seguramente a casa del viejo príncipe, y su hermano inspecciona mi alojamiento! ¡No, es imposible!

Rechiné los dientes: ¡y si en efecto hay en eso una amena za, defenderé a «la pobre mujer»!

Desde la casa de Ana Andreievna no volví a la mía, porque de repente en mi inflamado cerebro surgió el recuerdo de la taberna donde Andrés Petrovitch tenía la costumbre de refugiarse en sus horas de tristeza. Muy contento por aquella idea, corrí a11í inmediatamente; eran ya más de las tres de la tarde y el sol declinaba. En el traktir me dijeron que había venido: «Se quedó un momento y luego se marchó. Quizá vuelva.» Decidí de pronto, con toda mi energía, que lo esperaría, y pedí que me sirvieran de comer; por lo menos había una esperanza.

Comí, comí incluso más de la cuenta, para tener derecho a quedarme el mayor tiempo posible, y creo que permanecí más de cuatro horas. No describo mi pena y mi impaciencia febril. Todo en mí estaba sacudido y temblaba. Aquel organillo, aquellos bebedores, todo aquel fastidio se imprimieron en mi alma, quizá para toda la vida. No describo tampoco los pensamientos que se elevaban en mi cabeza como una nube de hojas secas, en otoño, después de un huracán; era verdaderamente algo por ese estilo y, lo confieso, sentía por momentos que la razón me abandonaba.

Pero lo que me atormentaba hasta el sufrimiento *(dejando, naturalmente, a un lado el sufrimiento principal)* era una impresión tenaz, venenosa, tenaz como una mosca de otoño, en la que no se piensa, pero que gira alrededor de uno, lo molesta y de pronto le pica dolorosamente. No era más que un recuerdo, un acontecimiento del que no he hablado todavía a nadie de este mundo. He aquí de to que se trata, porque, de todas formas, es preciso que to cuente en alguna parte.

IV

En el momento en que, en Moscú, había quedado decidido que me trasladara a Petersburgo, se me hizo saber por Nicolás Semenovitch que tenía que esperar el dinero que me sería enviado para el viaje. No me preocupé en saber de quién procedería ese dinero; yo sabía que era de Versilov, y como en aquella época, noche y día, yo soñaba, con fuertes latidos del corazón y con planes ambiciosos, en mi encuentro con Versilov, dejé completamente de hablar de eso en alta voz, incluso con María Ivanovna. Recuerdo por otra parte que yo tenía también mi dinero para el viaje; pero decidí, a pesar de todo, esperar: yo suponía que el dinero vendría por correo.

Ahora bien, un buen día, Nicolás Semenovitch, al entrar en casa, me declaró *(brevemente, según su costumbre, y sin insistir)* que debía ir al día siguiente a la Miasnitskaia, a las once de la mañana, a la casa y apartamiento del príncipe V-ski, y que a11í el chambelán Versilov, hijo de Andrés Petrovitch, venido de Petersburgo y alojado en casa de su camarada de Instituto el príncipe V-ski, me entregaría la suma enviada para el viaje. La cosa parecía muy sencilla: Andrés Petrovitch muy bien había podido hacerle ese encargo a su hijo, en lugar de enviar el dinero por

correo; sin embargo, esa noticia me ahogó y me espantó de manera poco natural. No cabía ninguna duda de que Versilov quería hacer que yo entablara conocímiento con su hijo, mi hermano; de esa forma se dibujaban las intenciones y los sentimientos del hombre con el que yo soñaba. Pero se planteaba una pregunta colosal: ¿cómo iba yo a comportarme y cómo debería hacerlo, en aquel encuentro totalmente inesperado, y cómo mi dignidad iba a salir parada?

Al día siguiente, a las once en punto, me presenté en casa del príncipe V-ski,. un apartamiento de soltero, pero, por lo que me pareció, lujosamente amueblado, con criados de librea. Me detuve en la antecámara. Del interior llegaban rumores de conversación animada y risas: además del chambelán, el príncipe debía de tener otros invitados. Me hice anunciar, y sin duda en términos bastante orgullosos: por lo menos, al retirarse, el criado me miró de una manera extraña a incluso, por lo que me pareció, menos respetuosamente de lo que habría convenido. Con gran asombro por mi parte, permaneció bastante tiempo ausente, cerca de cinco minutos, y durante aquel rato se seguían oyendo siempre las mismas risas y los mismos ecos de conversación.

Naturalmente, yo esperaba de pie, sabiendo muy bien que, al ser «un señor como es debido», resultaba indecoroso, imposible, sentarme en la antecámara, donde se reunían los criados. Por otra parte, yo no quería a ningún precio, por mi propia autoridad y sin invitación particular, poner el pie en el salón, por orgullo; por orgullo refinado, es posible, pero tenía que ser así. Me asombró ver que los criados que quedaban *(dos)* se permitieron sentarse en presencia mía. Me volví para no notarlo y sin embargo me puse a temblar con todo el cuerpo. De repente, dando media vuelta y dirigiendome a uno de los criados, le ordené que fuera «inmediatamente» a anunciarme una vez más. A pesar de mi mirada severa y de mi extremada excitación, el criado me miró perezosamente sin levantarse, y fue el otro quien respondió por él:

—Ya han ido, no se preocupe.

Resolví seguir esperando un minuto solamente o incluso, si era posible, menos de un minuto, y luego, marcharme. Yo estaba vestido muy correctamente: mi traje y mi abrigo eran nuevos, mi ropa blanca, absolutamente impecable, María Ivanovna se había preocupado especialmente de todo para aquella ocasión. Pero, en lo que se refiere a los criados, me enteré de buena fuente, mucho después y ya en Petersburgo, que habían sido informados la víspera, por un criado venido con Versilov, que iba a llegar « un fulano, hermano natural y estudiante». Ahora lo sé a ciencia cierta.

El minuto transcurrió. Esa sensación singular que se experimenta cuando uno quiere decidirse y no llega a hacerlo: « ¿marcharse o no, irse o no? », yo la sentía a cada segundo casi estremeciéndome; de repente apareció el criado que había ido a anunciarme . Traía en la mano, entre los dedos, cuatro billetes rojos, cuarenta rublos.

—Tenga, haga el favor de recoger estos cuarenta rublos.

Me puse a hervir. ¡Qué injuria! Toda la noche precedente yo había soñado en aquel encuentro organizado por Versilov entre los dos hermanos; toda la noche me había preguntado

febrilmente cómo iba a comportarme para no dejarme enpequeñecer, no dejar empequeñecer todo el ciclo de ideas que me había forjado en mi aislamiento y de las que podia estar orgulloso en no importa qué ambiente. Pensaba hasta qué punto yo me mostraría noble, orgulloso, y triste quizá, incluso en el ambiente del príncipe V-ski, cómo sería de esa manera introducido directamente en aquel mundo. ¡Oh! ¡No silencio nada: así es como hay que registrar el hecho, en sus menores detalles! ¡Y bruscamente, esos cuarenta rublos, enviados por ün criado, en la antecámara, después de diez minutos de espera, y directamente de la mano, de los dedos del criado, y no sobre una bandeja o en un sobre!

Grité con tanta fuerza tras el criado, que éste tembló y retrocedió; le ordené inmediatamente que se llevase su dine ro:. « ¡Que me lo traiga su propio dueño! » En una palabra, mi exigencia resultaba, como es lógico, incoherente y desde luego incomprensible para el criado. Sin embargo, grité con tanta fuerza, que él volvió para a11á. Además, mis gritos fueron oídos desde el salón, y las conversaciones y las risas cesaron inmediatamente.

Casi al instante oí pasos, importantes, mesurados, afelpa dos, y la alta estatura de un joven guapo y altivo *(me pareció entonces todavía más pálido y más esbelto que luego, en el segundo encuentro)* se mostró en el umbral, o más bien se detuvo algunos centímetros antes de llegar al umbral. Lleva ba un maravilloso batín de seda roja y pantuflas y unos lentes. Sin decir palabra, dirigió sus lentes hacia mí y se puso a exa - minarme. Como una bestia feroz, di un paso hacia él y me planté en una actitud. de desafío, mirándolo fijamente. Pero no me examinó así más que un instante, no más de diez segundos; de repente una burla imperceptible se esbozó en sus labios, y sin embargo infinitamente ofensiva, ofensiva precisamente porque era casi imperceptible; dio media vuelta en silencio y regresó al salón, sin apresurarse lo más mínimo, tan d:ulce y regularmente como había venido. ¡Oh!, estos insolentes aprenden desde su infancia, en el seno de su familia, de sus madres, a ofender a los demás. Naturalmente, perdí mi presencia de espíritu... ¡Oh, si no la hubiese perdido!

Casi en el mismo instante, el mismo criado volvió con los mismos billetes en las manos:

—Haga usted el favor de aceptar. Es un envío de Petersburgo. No se le puede recibir: «En otro momento, quizá, cuando el señor esté más desocupado.»

Comprendí que estas últimas palabras las había agregado por su cuenta. Pero mi turbación era cada vez mayor; cogí el dinero y me dirigí hacia la puerta; fue por turbáción por lo que lo cogí, puesto que era preciso rechazarlo; pero el criado, deseando naturalmente ofenderme, se permitió una verdadera salida de lacayo: bruscamente, abrió delante de mí la puerta de par en par y, teniéndola muy abierta, pronunció gravemente y recalcando las palabras, cuando pasé delante de él:

—Si hace usted el favor...

—¡Bribón! —grité levantando el brazo, pero sin dejárselo caer encima—, y tu dueño otro tanto. Díselo inmediatamente —añadí, dirigiéndome rápidamente hacia la escalera.

—¡No tiene usted derecho! Si se lo contase todo inmediatamente al señor, el señor podría hacerle conducir ahora mismo a la comisaría con una nota suya. En cuanto a amenazarme, no tiene usted derecho...

Bajé la escalera. La escalera era lujósa, al descubierto, y desde arriba se me podía ver de cuerpo entero mientras bajaba sobre la alfombra roja. Los tres criados salieron y se colocaron en lo alto de la rampa. Naturalmente, decidí guardar silencio: ¿cómo disputar con criados? Llegué abajo sin apresurar el paso y, creo, más bien retrasándolo.

¡Oh!, quizás hay filósofos *(¡mal rayo los parta!)* que dirán que éstas son tonterías, irritación de mocoso; sea, pero para mí era y es una herida, una herida que todavía no está cicatrizada, ni siquiera en el momento presente en que escribo y cuando todo esté ya concluido a incluso vengado. ¡Oh! ¡Lo juro, lo juro! No soy rencoroso ni vengativo. Sin duda, siempre tengo deseos, hasta un grado doloroso, de vengarme cuando se me ofende, pero, lo juro, es solamente por generosidad. Devolver la ofensa con generosidad pero de forma que el otro lo vea, lo comprenda, y heme así vengado. A este respecto, añadiré que no soy vengativo, pero sí rencoroso, aunque generoso: ¿pasa lo mismo en los demás? El caso es que, en aquella época, yo había ido a11í con sentimientos generosos, quizá ridículos, sea, pero vale más ser ridículo y magnánimo que no ser ridículo siendo bajo, vulgar y mediocre. De aquel ercuentro con mi « hermano» no le hablé a nadie, ni siquiera a María Ivanovna, ni siquiera a Lisa en Petersburgo; ese encuentro equivalía a una bofetada recibida vergonzosamente. Y he aquí que de pronto me tropezaba con aquel caballero en el momento en que él menos me esperaba. Me sonríe, se quita el sombrero y me dice de improviso amistosamente: «Bonsoir». Naturalmente, había motivos para estar pensativo... Pero el caso era que la herida había vuelto a abrirse.

V

Después de más de cuatro horas pasadas en el traktir, me levanté de pronto aprisa y corriendo, como presa de un ataque, naturalmente para ir a casa de Versilov, y naturalmente no lo encontré a11í: no había vuelto en absoluto; la nodriza estaba preocupada y me rogó al punto que mandase a llamar a Daria Onissimovna; ¡bueno estaba yo para pensar en eso! Corrí también a casa de mamá, pero no entré, y llamé a Lukeria al vestíbulo; ella me dijo que él no estaba a11í y que tampoco Lisa había vuelto. Vi que Lukeria habría querido también hacerme una pregunta y quizás igualmente darme un encargo; pero, ¡bueno estaba yo para pensar en eso! Quedaba una última esperanza: la de si él habría ido a mi casa. Pero yo ya no lo creía así.

He advertido ya que poco más o menos había perdido la razón. Ahora bien, he aquí que de improviso me encuentro en mi habitación a Alphonsine y a mi casero. Cierto es que salían, y Pedro Hippolitovitch llevaba una vela en la mano.

—¿Qué significa esto? —le grité casi absurdamente al casero—. ¿Cómo se ha atrevido usted a introducir a esa criatura en mi habitación?

—Tiens! —exclamó Alphonsine—. Et les amis?

—¡Fuera de aquí! —bramé.

—Mais c'est un ours! —y corrió por el pasillo con aire asustado, luego desapareció en un abrir y cerrar de ojos en la habitación de la casera.

Pedro Hippolitovitch, con la vela todavía en la mano, se aproximó a mí con semblante severo:

—Permítame hacerle observar, Arcadio Makarovitch, que se acalora usted demasiado. Por mucho que lo respetemos, la señorita Alphonsine no es una criatura, ni muchísimo menos. Está de visita no en casa de usted, sino en casa de mi mujer. Se conocen desde hace ya algún tiempo.

—¿Y cómo se ha permitido usted introducirla en mi habitación? —repetí llevándome las manos a la cabeza, que, casi de pronto, había empezado a dolerme de una manera horrible.

—Pues por casualidad. Entré para cerrar la ventana, que había abierto para airear el cuarto, y como proseguíamos con Alphonsine Carlovna nuestra cónversación anterior, ella entró hablando en el cuarto de usted, únicamente para acompañarme.

—Es falso. Alphonsine es una espía, Lambert es un espía. Tal vez usted también es otro. Y Alphonsine ha entrado en mi habitación para robar algo.

—Como a usted le plazca. Hoy dice usted una cosa, mañana otra. Pero he alquilado mis habitaciones por algún tiempo, y mi mujer y yo nos trasladaremos al despacho; de forma que Alphonsine Carlovna es ahora inquilina aquí, al menos con los mismos derechos que usted.

—¿Es a Lambert a quien ha alquilado usted las habitaciones? —grité espantado.

—No, no a Lambert —sonrió con su larga sonrisa, en la que se leía por demás una cierta firmeza substituyendo al embarazo de por la mañana—, y supongo que usted mismo sabe a quién. Solámente que finge no saberlo nada más que para divertirse, y por eso es por to que se molesta usted. ¡Buenas noches!

—¡Sí, sí, déjeme, déjeme tranquilo!

E hice un ademán, llorando casi, de forma que me miró asombrado; sin embargo, salió. Le eché el cerrojo a la puerta y me tendí en la cama, la cabeza en la almohada. He aquí cómo transcurrió para mí esta primera y terrible jornada, en las tres últimas jornadas fatales que terminan mis memorias.

Capítulo x

I

Pero, una vez más, anticiparé los acontecimientos: juzgo necesario dar ahora al lector algunas aclaraciones, porque se han mezclado en el curso lógico de esta historia tantos incidentes fortuitos, que, sin explicaciones previas, sería imposible saber a qué atenerse. Se trataba de aquel «saco» del que había hablado Tatiana Pavlovna. Consistía en que Ana Andreievna se había arriesgado, por fin, a dar el paso más osado que hubiera sido posible imaginarse en su situación. ¡He ahí verdaderamente un carácter! Aunque el viejo príncipe, bajo pretexto de su delicada salud, hubiese sido confinado en Tsarskoie-Selo, de forma que la noticia de su proyectado casamiento con Ana Andreievna no había podido propagarse por el gran mundo y había sido de momento, por así decirlo, ahogada en germen, el débil anciano, del que se podía concebir todo, no habría consentido jamás, por nada en el mundo, en abandonar su idea y en traicionar a Ana Andreievna, que le había pedido que se casara con ella. En este aspecto era un caballero; tarde o temprano, podría levantarse de repente y poner en ejecución su proyecto con una energía indomable, cosa que sucede tan a menudo, precisamente en los caracteres débiles, porque hay un límite más a11á del cual no conviene empujarlos. Además se daba cuenta perfectamente de la situación delicada de Ana Andreievna, a la que respetaba infinitamente, así como de la posibilidad de rumores, burlas y comentarios de mal gusto a cuenta de ella. La que lo calmaba y lo detenía de momento, era únicamente que Catalina Nicolaievna no se había permitido nunca, ni con palabras, ni por alusiones, emitir en su presencia una opinion molesta sobre Ana Andreievna, ni manifestar nada contra su intención de casarse con ella. Por el contrario, testimoniaba una alegría extrema, una extremada atención hacia la novia de su padre. Ana Andreievna ae halla ba por tanto en una situación extremadamente delicada, comprendiendo muy bien, con su olfato de mujer, que si arriesgaba el menor ataque contra Catalina Nicolaievna, ante la cual el príncipe estaba también en adoración, hoy incluso más que nunca, y justamente porque ella le había permitido tan generosa y respetuosamente pensar en casarse, ofendería sus sentimientos más delicados y despertaría en él una gran descon. fianza respecto a ella a incluso tal vez indignación. Era, pues, en ese campo donde se desarrollaba de momento la batalla: las dos rivales parecían competir entre ellas en delicadeza y pa ciencia, y el príncipe, en definitiva, no sabía cuál de las dos era más admirable. Según la costumbre de todos los hombres débiles, pero de corazón tierno, acabó por sufrir y por acusarse a sí mismo de todo. Su melancolía, se dice, llegó hasta la enfermedad; sus

nervios se vinieron abajo, y, en lugar de dirigirse a Tsarskoie, estuvo, se aseguraba, a punto de meterse en cama.

Anotaré aquí entre paréntesis una cosa de la que no me he enterado sino mucho tiempo después: Bioring le había propuesto con entera franqueza a Catalina Nicolaievna trasladar al anciano al extranjero, preparándolo para eso con cualquier ardid, haciendo correr secretamente por el gran mundo el rumor de que había perdido totalmente la razón; tras de lo cual, en el extranjero, sería fácil obtener un certificado de los médicos. Pero eso era lo que Catalina Nicolaievna no habría aceptado por nada en el mundo; por lo menos así se afirmaba más tarde. Habría rechazado, pues, ese proyecto con indigna ción. Todo esto no es más que un rumor muy vago, pero yo creo en él.

Ahora bien, estando el asunto, por decirlo así, parado en un callejón sin salida, he aquí que Ana Andreievna se entera por Lambert de que existe una carta en la que la hija consulta a un jurista sobre el medio de hacer declarar loco a su padre. Su espíritu orgulloso y vengativo se vio excitado hasta el último extremo. Recordando sus precedentes conversaciones conmigo y relacionando una multitud de circunstancias ínfimas, no pudo dudar de la exactitud de la noticia. Entonces, en aquel corazón de mujer firme a inflexible, maduró irresistiblemente un plan de ataque. Consistía en revelar bruscamente al príncipe, sin rodeos ni circunloquios de ninguna clase, toda la historia, asustarlo, sacudirlo, mostrarle que el manicomio lo aguardaba fatalmente y, en el momento en que se mostrase terco, se indignara, se negase a creer, enseñarle la carta de su hija: «Esta intención de declararlo a usted loco ha existido ya: por tanto, hoy, para impedirle que se case, con mucha más razón.» En seguida, coger al anciano asustado, destrozado, y trasladarlo a Petersburgo, directamente a mi casa.

Era un riesgo terrible, pero ella contaba firmemente con su poder. Diré aquí, apartándome un instante de mi tema, y anticipando mucho los acontecimientos, que ella no se equivocaba sobre el efecto del golpe; al contrario, sobrepasó en mucho a sus esperanzas. La noticia de aquella carta obró sobre el viejo príncipe mucho más fuertemente de lo que Ana Andreievna y todos nosotros suponíamos. Yo no había sabido jamás, hasta entonces, que el príncipe sabía ya algo de aquella carta; pero, según la costumbre de todos los hombres débiles y tímidos, no había creído en aquel rumor y se había defendido contra él con todas sus fuerzas, para conservar su tranquilidad; aún más, se acusaba a sí mismo de ingratitud y de ligereza. Añadiré también que el hecho de la existencia de la carta obró igualmente sobre Catalina Nicolaievna con muchísima más fuerza de lo que yo me imaginaba entonces. En una palabra, aquel papel resultó ser muchísimo más importante de lo que suponía yo, yo que lo llevaba en el bolsillo. Pero estoy anticipando demasiado.

Pero, se preguntará, ¿para qué trasladarlo a mi casa? ¿Para qué transportar al príncipe a nuestros miserables cuartitos y asustarlo tal vez con aquel cuadro miserable? Si ir a su casa era imposible *(porque a11í se podía impedir de golpe toda la empresa)*, ¿por qué no darle un

alojamiento «rico», como proponía Lambert? Pero en eso consistía todo el riesgo del paso extraordinario dado por Ana Andreievna.

Lo esencial era, inmediatamente después de la llegada del príncipe, presentarle el documento; pero yo no quería entregarlo por nada en el mundo. Como no había tiempo que perder, Ana Andreievna, contando siempre con su poder, se decidió a emprender la cosa sin documento, pero conduciendo al príncipe directamente a mi casa, ¿y para qué? Justamente primero para comprometerme y, como dice el refrán, para matar dos pájaros de un tiro. Ella calculaba obrar también sobre mí por medio del choque, la sacudida, la sorpresa. Reflexionaba que, viendo en mi casa al anciano, viendo su espanto, su angustia, y escuchando sus comunes súplicas, yo me rendiría y presentaría el documento. Lo confieso, el cálculo era hábil e inteligente, muy psicológico, y casi estuvo a punto de dar resultado. En cuanto al anciano, Ana Andreievna lo arrastró, lo obligó a creerla por su palabra, declarándole con toda franqueza que lo conducía a mi casa. Todo esto lo he sabido más tarde. La mera noticia de que el documento estaba en mi casa destruyó en el corazón tímido del anciano sus últimas dudas sobre la realidad del hecho: ¡tanto me quería y me respetaba él!

Haré constar además que Ana Andreievna por su parte no dudó un solo instante que el documento estuviese todavía en mi poder y nunca temió que lo hubiese soltado. Sobre todo, élla comprendía mal mi carácter, contaba cínicamente con mi inocencia, con mi simplicidad, a incluso con mi sensibilidad; por otra parte, ella estimaba que, incluso si yo me decidía a entregarle la carta a Catalina Nikolaievna por ejemplo, sería necesariamente en ciertas circunstancias especiales: esas círcunstancias ella quería apresurarse a impedirlas, impedirlas por la sorpresa, por el ataque inopinado, por el choque.

En fin, estaba informada de todo eso por Lambert. Ya he dicho que la situación de Lambert era en aquel momento extremadamente crítica: él, el traidor, quería con todas sus fuerzas apartarme de Ana Andreievna, para que, de acuerdo con él, yo le vendiese el documento a Akhmakova, cosa que él encontraba más ventajoso. -Pero como por nada en el mundo yo consentía en entregar el documento hasta el último minuto, resolvió, en el peor de los casos, ayudar incluso a Ana Andreievna, para no perder todo beneficio, y por esa razón se empeñaba en ofrecerle sus servicios, hasta el último momento, y sé que propuso incluso buscarle, si se daba el caso, un sacerdote... Pero Ana Andreievna le rogó, con una sonrisa despreciativa, que se callara. Lambert le parecía horriblemente grosero y no suscitaba en ella más que una profunda repugnancia; por prudencia. aceptó sin embargo sus servicios, que consistían por ejemplo en espionaje. A propósito de esto, ignoro hasta hoy si habían comprado a Pedro Hippolitovitch, mi casero, o no, y si él había recibido algo de ellos por sus servicios, o bien si había entrado sencillamente en su sociedad por afición a la intriga; lo único que sé es que también él me espiaba, y en cuanto a su mujer, lo sé a ciencia cierta.

El lector comprenderá ahora que, aun estando advertido en parte, yo no podía sin embargo adivinar que al día siguiente o al otro me encontraría al viejo príncipe en mi casa. Yo no habría

podido nunca suponer semejante audacia por parte de Ana Andreievna. En palabras, se podía decir todo lo que se quería, hacer alusión a no importa qué; pero decidirse, emprender y realizar... ¡no, lo digo yo, eso es tener carácter!

II

Continúo.

Me desperté por la mañana bastante tarde. Había tenido un sueño extraordinariamente pesado y sin pesadillas, me acuerdo de eso con asombro, de forma que, nada más despertar, me sentí de nuevo con una extraordinaria valentía moral, como si la jornada de la víspera no hubiera existido. Decidí no ir a casa de mamá y encaminarme directamente a la capilla del cementerio. Después de la ceremonia iría a casa de mamá para no abandonarla en todo el día. Estaba firme mente convencido de que lo volvería a encontrar, en todo caso, en casa de mamá, tarde o temprano a lo largo del día, pero que lo encontraría.

Ni Alphonsine ni el casero estaban tampoco desde hacía largo rato. Yo no quería preguntarle nada a la casera, y había decidido en general terminar todas las relaciones con ellos e incluso abandonar la casa lo antes posible; por eso, en cuanto me trajeron el café, volví a encerrarme. Pero inmediatamente llamaron a mi puerta; me asombré: era Trichatov.

Le abrí, inmediatamente y, contento, le rogué que entrase. Pero se negó.

—No tengo que decirle más que dos palabras, desde el umbral... O quizá será mejor que entre; creo que aquí habrá que hablarse al oído; sólo que no me sentaré. Está usted mirando mi asqueroso abrigo: Lambert me ha retirado la pelliza.

En efecto, tenía un abrigo viejo, en mal estado y demasiado largo para su estatura. Estaba allí, plantado delante de mí, preocupado y sombrío, con las manos en los bolsillos y sin quitarse el sombrero.

—No me sentaré, no me sentaré. Escuche, Dolgoruki, no sé ningún detalle, pero sé que Lambert maquina contra usted alguna traición, rápida a inevitable, lo sé a ciencia cierta. Así, pues, manténgase en guardia. Es el picado de viruelas quien se ha ido de la lengua. ¿Se acuerda usted del picado de viruelas? Pero no me ha dicho de qué se trata, de forma que no puedo decide más. He venido solamente para avisarle. ¡Hasta la vista!

—¡Pero siéntese usted, mi querido Trichatov! Aunque yo también tengo mucha prisa, me alegro mucho de verle... —exclamé.

—No, no me sentaré. Pero me acordaré de que usted me ha recibido muy bien. Sí, Dolgoruki, ¿de qué sirve engañar a los demás?: conscientemente, con pleno consentimiento, he consentido toda clase de porquerías, ignominias tales que a mí mismo me da vergüenza de nombrarlas en casa de usted. Todavía ahora, en casa del picado de viruelas... ¡Adiós! No merezco sentarme en casa de usted.

—Deje usted, Trichatov, querido amigo...

—No, mire usted, Dolgoruki, me avergüenzo delante de todo el mundo y voy a tomar parte en una juerga. Bien pronto tendré una pelliza mucho más bonita y me pasearé en calesa. Pero sabré a pesar de todo, para mí, que no me he sentado en casa de usted porque no me he juzgado digno de eso; porque, delante de usted, soy bajo. De todos modos, me alegrará acordarme de eso cuando esté en plena orgía. ¡Bueno, adiós, adiós! Tampoco le doy la mano. La misma Alphonsine no acepta darme la mano. Y, se lo ruego, no corra detrás de mí ni venga a verme. Tenemos nuestro convenio.

El singular muchacho dio media vuelta y se fue. Yo no tenía tiempo, pero me prometí localizarlo a toda costa, lo antes posible, en cuanto se arreglasen nuestros asuntos.

A continuación no describiré toda aquella mañana, y sin embargo tal vez habría muchos recuerdos que conservar. Versilov no estaba en la iglesia y creo incluso, por la actitud de los demás, que se podía estar seguro antes del levantamiento del cadáver, de que no aparecería por la iglesia. Mamá rezaba con fervor; estaba absorta en su oración. Cerca del cadáver no estaban más que Tatiana Pavlovna y Lisa. Pero no describo nada, no describo nada. Después del entierro, todo el mundo volvió a casa y se sentó a la mesa. Y una vez más deduje por la expresión de sus rostros que tampoco se lo esperaba a la mesa. Cuando ésta fue quitada, me acerqué a mamá, la besé calurosamente y le deseé un feliz cumpleaños; Lisa, después de mí, hizo lo mismo,

—Escucha, hermano —me cuchicheó a hurtadillas—, lo esperan.

—Lo calculo, Lisa, lo veo.

—Seguramente vendrá.

Es preciso, me dije, que tengan informes concretos. Pero no pregunté. Aunque no describo mis sentimientos, todo aquel enigma, a pesar de mi buen humor, me pesaba en el corazón. Nos instalamos todos en el salón, en la mesa redonda, alrededor de mamá. ¡Oh, cuán feliz me sentía por estar con ella y poder mirarla! Mamá me pidió de pronto que le leyese un pasaje del Evangelio. Le leí un capítulo de San Lucas. Ella no lloraba, no estaba ni siquiera demasiado triste, pero jamás su rostro me había parecido tan espiritual. En su dulce mirada brillaba una idea, pero yo no llegué a. notar que estuviese aguardando algo con impaciencia. La conversación no se ago taba; se recordaron muchas cosas del difunto; Tatiana Pav1ovna dio también de él muchos detalles que hasta entonces yo ignorabá en absoluto. Y en general, si se hubiese querido to mar notas, habría habido material de sobra. Incluso Tatiana Pavlovna parecía haber cambiado completamente de actitud: estaba muy tranquila, muy cariñosa, y, sobre todo, ella también, poseída de una gran cálma, aunque hablase mucho, para distraer a mamá. Pero me acuerdo perfectamente de un detalle: mamá estaba en el diván, y a la izquierda, sobre un pequeño velador, estaba colocada una imagen que parecía puesta allí expresamente, un viejo icono, sin chapa de metal, con simples aureolas sobre las cabezas de los dos santos que a11í estaban representados. Esa imagen perteneció a Makar Ivanovitch: yo lo sabía, y sabía

también que el difunto no se separaba de ella jamás y la consideraba milagrosa. Tatiana Pavlovna la miró unas cuantas veces.

—Escucha, Sofía —dijo de repente, cambiando de conversación—, ¿no sería mejor colocar ese icono en la mesa, apoyándolo contra la pared, y encender una lamparilla delante?

—No, está mejor como está —dijo mamá.

—Es verdad. Además, parecería demasiado solemne...

De momento no comprendí nada, pero el caso era que aquella imagen había sido legada ya, desde hacía mucho tiempo, por Makar Ivanovitch, de viva voz, a Andrés Petrovitch, mamá se preparaba a entregársela.

Eran ya las cinco de is tarde; nuestra conversación se prolongaba, y de pronto observé en el rostro de mamá una especie de estremecimiento: se enderezó rápidamente y aguzó el oído, mientras Tatiana Pavlovna, que hablaba en aquel mo mento, continuaba sin notar nada. Me volví inmediatamente hacia al puerta y un instante después divisé en el umbral a Andrés Petrovitch. No había entrado por la escalinata, sino por la escalera de servicio, la cocina y el corredor, y sólo mamá de entre todos nosotros había escuchado sus pasos. Voy ahora a describir toda la escena insensata que se siguió, gesto por gesto, palabra por palabra; fue breve.

A1 principio no noté nada en su rostro, a primera vista al menos, ni el menor cambio. Estaba vestido como siempre, es decir, casi elegantemente. Tenía en la mano un ramillete pequeño, pero precioso, de flores frescas. Se aproximó y se lo tendió a mamá con una sonrisa. Ella lo miró con un asombro temeroso, pero aceptó el ramillete, y de pronto un ligeró rubor animó sus mejillas pálidas y la alegría brilló en sus ojos.

—Sabía muy bien que me recibirías así, Sonia —declaró él.

Como todos nor habíamos levantado a su entrada, él se acercó a la mesa y ocupó el sillón de Lisa, que estaba a la izquierda cerca de mamá, y se sentó sin notar que cogía el sitio de otro. De esta forma se encontró justamente al lado del velador sobre el que estaba colocada la imagen.

—Buenas tardes a todo el mundo. Sonia, tenía un gran interés en traerte hoy ese ramillete para tu aniversario; si no he ido al entierro ha sido para no presentarme delante de un muerto con un ramillete; pero tú no me esperabas para el entierro, lo sé. El viejo no me guardará rencor por estas flores, puesto que él mismo nos puso como precepto la alegría, ¿no es así? Creo que está aquí, en algún sitio de esta habitación.

Mamá lo miró extrañamente; Tatiana Pavlovna estaba como trastornada.

—¿Quién está aquí en la habitación? —preguntó ella.

—El difunto. Pero dejemos esto. Ya saben ustedes que el hombre que no cree del todo en esos milagros es el más propenso a toda clase de prejuicios... Pero hablemos más bien del ramillete: no comprendo cómo he podido traerlo hasta aquí. En tres ocasiones he sentido ganas de tirarlo a la nieve y de pisotearlo.

Mama se estreinéció. El continuó:

—Tenía unas ganas locas. Ten piedad de mí, Sonia, y de mi pobre cabeza. Tenía esas ganas porque era demasiado hermoso. ¿Qué hay en el mundo más hermoso que una flor? Lo llevo, y por todas partes hay nieve y helada. Nuestra helada y las flores: ¡qué contraste! Pero no es eso lo que me interesa: tenía ganas de pisotearlo simplemente porque era hermoso. Sonia, voy a desaparecer de nuevo, pero volveré muy pronto, porque me parece que tendré miedo. Tendré miedo: ¿quién me curará pues del espanto, dónde encontrar un ángel como Sonia? Pero, ¿qué es esta imagen que tenéis aquí? ¡Ah!, es la del difunto, ya me acuerdo. Le venía de su familia, de su abuelo; de toda su vida, no se ha separado jamás de ella, lo sé, me acuerdo, me la ha legado; me acuerdo muy bien... y creo que es un icono de viejos creyentes... dejadme que lo mire.

Tomó el icono en sus manos, lo aproximó a la vela y lo miró con fijeza. Pero, después de haberlo tenido solamente algunos segundos, lo soltó sobre la mesa, esta vez delante de él. Yo estaba asombrado, pero todas aquellas frases extrañas habían sido pronunciadas tan inopinadamente, que yo no podía todavía reunir mis ideas. Me acuerdo solamente de que un espanto enfermizo me atravesó el corazón. El esppato de mamá se cambiaba en perplejidad y en compasión; veía en él ante todo a un desgraciado: era cosa que le había sucedido, ya antes, hablar casi de la misma extraña manera. Lisa se puso de repente palidísima y me hizo con la cabeza una señal designándolo. Pero la más espantada de todas era Tatiana Pavlovna.

—Pero, ¿qué tiene usted, mi querido Andrés Petrovitch? —dijo ella con precaución.

—No sé verdaderamente lo que tengo, mi querida Tatiana Pavlovna. Esté usted tranquila, me acuerdo aún de que usted es Tatiana Pavlovna y de que es encantadora. Pero no he venido. más que por un minuto; quisiera decirle a Sonia alguna cosa buena y busco una palabra, aunque mi corazón está lleno de palabras, que no sé pronunciar y que, en verdad, son palabras raras. Mirad, me parece que me desdoblo —nos miró a todos con rostro. terriblemente serio y con el más sincero deseo de franquearse—. En verdad, me desdoblo con el pensamiento, y eso es lo que temo tanto. Se diría que uno tiene al lado a su doble; uno es sensato y razonable, pero el otro quiere hacer, completamente a la vera de uno, una absurdidad o a veces una cosa muy graciosa, y de repente se nota que es uno mismo quien quiere hacer esa cosa graciosa, y Dios sabe por qué; uno lo quiere como a pesar suyo, lo quiere oponiéndose a eso con todas sus fuerzas. Conocí una vez a un doctor que, en los funerales de su padre, en plena iglesia, se puso de pronto a silbar. Verdaderamente, hoy me daba miedo de ir al entierro, porque se me había metido en la cabeza la completa certidumbre de que de pronto me pondría a silbar o a soltar carcajadas, como aquel desgraciado doctor, que acabó bastante mal... Y verdaderamente no sé por qué el recuerdo de ese doctor acude hoy a mi mente a cada momento; acude tanto, que no llego a librarme de él. Mira, Sonia, ahora que he cogido la imagen *(la había cogido y le daba vueltas entre las manos)*, ¿sabes?, tengo unas ganas locas, en este mismo momento, de lanzarla contra la estufa, sobre aquel rincón. Estoy seguro de que del golpe se rompería en dos mitádes, ni más ni menos.

Decía todo aquello sin la más mínima afectacíón, sin el menor deseo de hacer nada original; hablaba con la más completa sencillez, y por eso resultaba tanto más horrible; se hubiera dicho que temía efectivamente algo; noté de improviso que las manos le temblaban ligeramente.

—¡Andrés Petrovitch! —exclamó mamá, juntando las manos.

—¡Deja. deja la imagen, Andrés Petrovitch! ¡Déjala, suéltala! —dijo Tatiana Pavlovna con un sobresalto—. Desnúdate y métete en la cama. ¡Arcadio, ve a buscar al doctor!

—¡Vaya... vaya, qué agitados estáis todos! —dijo dulcemente, abrazándonos a todos con una mirada fija.

En seguida, posó los codos sobre la mesa y se cogió la cabeza entre las manos.

—Os produzco miedo, pero me vais a hacer un favorcito, amigos míos. Sentaos de nuevo y calmaos todos, por un minuto solamente. Sonia, no es eso en absoluto lo que he venido a decirte; he venido a comunicarte algo, pero completamente diferente. Adiós, Sonia, parto de nuevo de viaje, como me he ido ya varias veces... Ciertamente, volveré un día a ti; en este sentido, tú eres inevitable. ¿A quién, si no, volvería yo cuando todo esté acabado? Créelo, Sonia, he venido hoy a ti como a un ángel, y no a un enemigo; ¿qué enemigo puedes. tú ser para mí, cómo serías tú mi enemigo? No creas que yo quiera romper esta imagen, porque, mira, Sonia, a pesar de todo tengo ganas de romperla...

Cuando Tatiana Pavlovna exclamó hacía un momento: « ¡Suelta la imagen! », ella se la había arrancado de las manos; ahora la tenía en las suyas. De pronto, al pronunciar su última palabra, él dio un brinco, arrancó instantáneamente la imagen de las manos de Tatiana y, blandiéndola salvajemente, golpeó con todas sus fuerzas en el ángulo de la estufa de azulejos. El icono se rompió exactamente en dos pedazos... Se volvió bruscamente hacia nosotros, su rostro palidísimo se puso de repente todo rojo, casi bermejo, y cada uno de sus rasgos tembló:

—No tomes esto por una alegoría, Sonia; no es la herencia de Makar lo que he roto, ha sido solamente porque sí, por romper... Pero, a pesar de todo, volveré al último ángel. Aunque, al fin y al cabo, puedes tomarlo, si quieres, por una alegoría; porque también lo era...

Y salió de la habitación con pasos precipitados, esta vez también por la cocina *(donde había dejado la pelliza y el gorro)*. No contaré con detalles lo que fue de mamá: mortalmente asustada, estaba de pie, los brazos levantados y cruzados sobre la cabeza, y de repente le gritó:

—¡Andrés Petrovitch!, ¡vuelve por lo menos para decir adiós, querido mío!

—¡Volverá, Sofía, volverá! ¡No te inquietes! —gritó Tatiana, toda temblorosa, en un terrible acceso de rabia, de rabia animal——. ¡Ya lo has oído, ha prometido volver! Déjalo, deja que el pobre loco se pasee todavía una última vez. Cuando esté viejo y paralítico, ¿quién irá a mimarlo, si no tú, su vieja criada? Él lo proclama bien alto, no le da vergüenza...

Por lo que a nosotros se refiere, Lisa había perdido el conocimiento. Yo había querido echarme a correr detrás de él, pero me lancé hacia mamá. La cogí y la sostuve en mis brazos. Lukeria acudió con un vaso de agua para Lisa. Pero mamá se recobró en seguida; se dejó caer sobre el diván, se cubrió el rostro con las manos y lloró.

—¡A pesar de todo, a pesar de todo... alcánzalo! —gritó de repente Tatiana Pavlovna con todas sus fuerzas, como volviendo en sí—. ¡Ve... ve... alcánzalo, no lo abandones un momento, ve pues! —y hacía toda clase de esfuerzos por separarme de mamá—. ¡Si no, voy a ser yo la que me lance detrás!

—¡Mi pequeño Arcadío, vamos, corre aprisa tras él! —gritó de pronto también mi madre.

Salí a la carrera, también por la cocina y por el patio; pero él no estaba ya en ninguna parte. A lo lejos, sobre la acera, se divisaban en las tinieblas las manchas negras de los transeúntes; me lancé para alcanzarlos y, a medida que iba llegando a la altura de cada uno, los miraba, y los rebasaba luego. Llegué así hasta una encrucijada.

«Nadie se enfada contra un loco; ahora bien, Tatiana se ha puesto rabiosa de cólera contra él; por tanto, no es que esté loco... » Tal fue la idea que me atravesó la cabeza. Me parecía que todo aquello era una alegoría, y que él había que rido a rajatabla acabar con algo, como había acabado con aquel icono, y hacérnoslo comprender, a mamá y a nosotros todos, pero su «doble» estaba ciertamente también a su lado; de aquello no cabía la menor duda...

III

Sin embargo, él no estaba en ninguna parte y no había por qué correr a su casa: era difícil figurarse que hubiese vuelto sencillamente a su casa. De pronto se me ocurrió una idea, y corrí a casa de Ana Andreievna.

Ana Andreievna había vuelto ya, y me introdujeron inmediatamente. Entré, dominándome lo más que podía. Sin sentarme, le conté de pe a pa la escena que acababa de ocurrir, es decir, la historia del «doble» . No olvidaré jamás y no le perdonaré nunca la curiosidad ávida, pero implacablemente tranquila y segura, con que me escuchó, también sin sentarse.

—¿Dónde está él? ¿Lo sabe usted quizá? —concluí con insistencia—. Tatiana Pavlovna quería ayer enviarme a casa de usted...

——Es que yo quería verle a usted ayer. Ayer él estuvo en Tsarskoie, estuvo también en mi casa. Mientras que hoy— miró el reloj—, son las siete... Estará seguramente en su propia casa.

—Veo que lo sabe usted todo. Entonces, ¡hable, hable! —exclamé.

—Sé mucho, pero no todo. Naturalmente, no hay nada que tenga que ocultarle a usted... —me clavó una mirada singular, sonriendo y pareciendo reflexionar—. Ayer por la mañana él le dirigió a Catalina Nicolaievna, en respuesta a su carta, una petición de mano en regla.

—¡No es verdad! —dije abriendo los ojos de par en par.

—La carta pasó por mis manos; fui yo quien se la llevó, sin abrir. Esta vez, él ha obrado «como caballero» y no me ha escondido nada.

—Ana Andreievna, no comprendo una palabra.

—Sin duda, resulta difícil de comprender. Pero es como cuando un jugador lanza sobre el tapete su último rublo y tiene en el bolsillo un revólver completamente preparado. Ese es el sentido de su petición. Hay nueve probabilidades sobre diez de que ella no lo acepte; pero él

cuenta por lo menos con la décima y confieso que me resulta muy curioso... Por lo demás, tal vez estaba fuera de sí...: el «doble» del que usted acaba de hablar con tanta justeza.

—¿Y se ríe usted? ¿Puedo creer que la carta haya sido transmitida por mediación suya? ¿No es usted la prometida de su padre? No me atormente, Ana Andreievna.

—Me ha rogado que sacrifique mi destino a su felicidad. O más bien, no me ha rogado verdaderamente nada:, todo se ha hecho silenciosamente, pero lo he leído todo en sus ojos. ¡Ah, Dios mío!, ¿pero qué más hace falta?; ha ido, ¿no es cierto?, a Koenigsberg, a casa de la madre de usted, a pedirle permiso para casarse con la hijastra de madame Arkhmakova, ¿no? He ahí algo que recuerda mucho su conducta de ayer, cuando me escogió como delegada y confidente suya.

Estaba un poco pálida. Pero su calma no era más que un reforzado sarcasmo. ¡Oh!, yo le perdoné mucho en aquellos momentos porque fui comprendiendo poco a poco las cosas. Durante un minuto, reflexioné; ella se callaba y aguardaba.

—¿Sabe usted una cosa? —dije de pronto, echándome a reír——. Usted ha llevado la carta porque no había ningún riesgo para usted, porque, de todas formas, el casamiento no se celebrará. ¿Pero, y él? ¿Y ella, en fin? Naturalmente, ella rechazará su proposición, y entonces... entonces, ¿qué puede pasarle a él? ¿Dónde está él ahora, Ana Andreievna? —exclamé—. Cada minuto es precioso, en cualquier instante pue de sucederle una desgracia.

—Está en su casa, ya se lo he dicho. En su carta a Catalina Nicolaievna, que yo llevé ayer, él me pedía, en todo caso, una cita en casa de él, hoy a las siete en punto de la tarde. Y ella ha aceptado.

—¿Ella, en casa de él? ¿Cómo es posible eso?

—¿Y por qué no? El apartamiento pertenece a Daria Onissimovna: ellos dos han podido muy bien encontrarse en casa de ésta como visitantes...

—Pero ella le tiene miedo... ¡Puede matarla!

Ana Andreievna se limitó a sonreír:

—Catalina Nicolaievna, a pesar de todo su temor, que yo misma he notado claramente, ha sentido siempre, ya hace tiempo, cierta admiración o cierto asombro por la nobleza de principios y la elevación de espíritu de Andrés Petrovitch. Por esta vez, ella se ha confiado a él, a fin de terminar para siempre jamás. Y él, en su carta, le ha dado su palabra más solemne, más caballeresca, de que ella no tiene nada que temer... En resumen yo no me acuerdo de las expresiones de la carta, pero ella se ha confiado... por última vez, por decirlo así... y, por decirlo así también, ella ha respondido con los sentimientos más heroicos. Ha podido haber en eso un torneo de caballería por una y otra

parte.

✦

—¿Y el doble, el doble? —exclamé—. ¡Es que ha perdido el juicio!

—Al dar ayer su palabra de acudir a la cita, sin duda Catalina Nicolaievna no preveía la posibilidad de un accidente así.

De repente di media vuelta y emprendí la fuga... ¡En casa de él, en casa de ellos, naturalmente! Pero desde la antecámara volví todavía un segundo:

—¡Pero tal vez es eso lo que usted quiere: que él la mate!

Lanzado ese grito, salí corriendo de la casa.

Aunque estuviese todo tembloroso, como en un acceso de fiebre, entré en el apartamiento sin formar ruido, por la cocina, y pregunté en voz baja por Daria Onissimovna; pero apareció ella misma inmediatamente y me lanzó en silencio una mirada terriblemente interrogadora.

—¿El señor? No está en casa.

Pero yo expuse tercamente y con precisión, en un cuchicheo rápido, que estaba enterado de todo por Ana Andreievna y que venía de casa de ésta.

—Daria Onissimovna, ¿dónde están ellos?

—En el salón, donde estuvieron ustedes anteayer, ante la mesa...

—¡Daria Onissimovna, déjeme ir hasta allí!

—¿Cómo iba a poder hacerlo?

—No hasta allí, sino hasta la habitación contigua. Daria Onissimovna, quizás Ana Andreievna lo desea también. Si ella no lo deseara, no me habría dicho que ellos estaban aquí. No me oirán... Es ella misma quien lo desea...

—¿Y si no lo desea? —dijo Daria Onissimovna, sin quitarme la mirada de encima.

—Daria Onissimovna, acuérdese de su Olia... Déjeme pasar.

De pronto sus labios y su barbilla se pusieron a temblar:

—Querido mío, desde luego es por Olia... por tu comportamiento... ¡No abandones a Ana Andreievna, querido mío! ¿No la abandonarás? ¿No la abandonarás?

—No, no la abandonaré.

—Dame tu palabra de honor de que no entrarás en el salón y no gritarás, si te llevo a la habitación de al lado.

——Lo juro por mi honor, Daria Onissimovna.

Me agarró por mi redingote, me condujo a una habitación sombría; contigua a aquella donde ellos estaban instalados, me cóndujo sin ruido, por una blanda alfombra, hasta la puerta,

me colocó ante la cortina echada y, levantando una esquinita de aquella cortina, me los mostró a los dos.

Yo me quedé, ella se marchó. Naturalmente, me quedé. Comprendía que escuchaba indebidamente, que sorprendía los secretos del prójimo, pero me quedé. ¿Cómo no quedarse: y el doble? ¿No había ya él roto el icono ante mis propios ojos?

IV

Estaban sentados el uno frente al otro, ante la misma mesa donde la víspera habíamos bebido juntos por su «resurrección». Yo podía distinguir perfectamente sus fisonomías. Ellá estaba con un vestido negro, bella y tranquila al parecer; como siempre. Él hablaba, y ella lo escuchaba con una atención extraordinaria y cautelosa. Tal vez se habría podido adivinar en ella una cierta timidez. Él, por el contrario, estaba muy excitado. Yo había llegado en plena conversación y por eso tardé unos momentos en comprender. Me acuerdo de que ella preguntó de repente:

—¿Y soy yo quien tiene la culpa?

—No, soy yo —respondió él—; usted, usted es culpable sin serlo. Ya se sabe, éstas son cosas que pasan. Son las faltas más imperdonables, y casi siempre son castigadas —añadió con una risa singular—. Y yo, pensé por un instante haberme olvidado completamente de usted y que llegué a reírme verdaderamente de mi estúpida pasión... Pero usted lo sabe. Al fin y al cabo, ¿por qué había yo de preocuparme del hombre con que usted se case? Ayer le dirigí a usted una petición de mano; no me tenga rencor por eso, es una tontería, pero no tengo nada para reemplazarla... ¿Qué podía yo hacer que no fuera esa tontería? No sé...

Al decir estas palabras estalló en una risa frenética, levantando bruscamente los ojos hacia ella; hasta entonces había hablado pareciendo mirar de soslayo. Si yo hubiese estado en el lugar de ella, aquella risa me habría dado miedo, ésa era mi sensación. De repente él se levantó de su silla:

—Dígame cómo es posible que haya consentido en venir aquí —le preguntó él de pronto, como si se acordara de la cuestión esencial—. Mi invitación y toda mi carta no eran más que una tontería... Espere, puedo todavía adivinar cómo ha sucedido esto de que usted haya consentido en venir, pero, ¿para qué ha venido?, ésa es la cuestión. ¿Habrá sido sola mente por miedo?

—He venido a verle a usted —declaró ella, mirándolo con una prudencia temerosa.

Los dos permanecieron medio minuto en silencio. Versilov volvió a sentarse y, con una voz dulce, pero conmovida, casi temblorosa, empezó:

—Hace ya muchísimo tiempo que no la había visto a usted, Catalina Nicolaievna, tanto tiempo que ya casi ni juzgaba posible encontrarme un día, como me encuentro hoy, sentado a su lado, mirando su rostro y oyendo su voz... Hace dos años que no nos hemos visto, dos años que no nos hablamos. No contaba ya con hablarle nunca. ¡Bueno, sea!, ¡lo que ha pasado ha

pasado y lo que es hoy desaparecerá mañana como una nubecilla, sea! Consiento en ello, porque una vez más no tengo con qué reemplazarlo, pero no se vaya usted ahora sin nada —agregó él de repente, casi suplicante—. Puesto que me ha hecho la limosna de venir, ¡no se vaya sin nada: contésteme una pregunta!

—¿Qué pregunta?

—No nos volveremos a ver nunca más. ¿Qué trabajo le cuesta? Dígame la verdad de una vez para siempre, responda a una pregunta que no hace nunca la gente sensata: ¿me ha querido usted por lo menos un momento, o bien... me he equivocado?

Ella se ruborizó de la cabeza a los pies.

—Le he querido —dijo ella.

Yo esperaba que ella hablase así. ¡Oh, la veraz!, ¡oh, la sincera, ¡oh, la leal!

—¿Y ahora? —continuó él.

—Ahora, ya no le quieto.

—¿Y se ríe usted?

—No, si me he reído ahora, ha sido a pesar mío, porque sabía muy bien que usted iba a preguntar: « ¿Y ahora? » Y he sonreído .... porque cuando se adivina, se sonríe siempre...

Era extraño; yo no la había visto nunca tan prudente, casi tímida incluso y confusa en cuanto a aquel punto. Él la de voraba con los ojos.

—Yo sé que usted no me quiere... y en absoluto.

—Quizá no en absoluto. No le quiero —añadió ella firmemente, sin sonreírse y sin ruborizarse—. Sí, le he querido, pero no mucho tiempo. Muy pronto dejé de quererle...

—Ya sé, ya sé, usted vio que no era yo quien le hacia falta, pero... ¿qué es lo que le hace a usted falta? Explíquemelo una vez más...

—¿Es que se lo he explicado alguna vez? ¿Lo que me hace falta? Pero si yo soy la más ordinaria de las mujeres; soy una mujer tranquila, me gusta... me gusta la gente alegre.

—¿Alegre?

—Ya ve usted como soy hasta incapaz de hablar con usted. Me parece que, si usted hubiese podido quererme menos, yo le habría querido entonces —y de nuevo sonrió tímidamente.

La más completa sinceridad brillaba en su respuesta. ¿Cómo no comprendía ella que esa respuesta era la fórmula más definitiva de sus relaciones, la que lo explicaba todo y lo decidía todo? ¡Qué bien debió de comprenderlo él! Pero la miró y tuvo una sonrisa especial:

—¿Es alegre Bioring?

—Él no debe inquietarle a usted en lo más mínimo —respondió ella un poco apresuradaménte—. Me caso con él únicamente porque con él estaré más tranquila que con otro. Toda mi alma se quedará para mí.

—Se dice que se ha prendado usted nuevamente del gran mundo, de la sociedad.

—No de la sociedad. Sé que en nuestro mundo reina el mismo desorden que en todas partes. Pero, vistas desde el exterior, las formas son todavía bellas, de manera que, si se las ve

únicamente al pasar, se está mejor allí que en otra parte.

—He oído a menudo esa palabra de «desorden». Usted ha tenido mucho miedo a mi desorden... cadenas, ideas, tonterías, ¿no?

—No, no era eso todo...

—¿Qué, entonces? ¡Dígalo francamente, por el amor de Dios!

—Bueno, voy a decírselo francamente, porque le considero un espíritu muy generoso... siempre he encontrado en usted algo de ridículo.

Dicho esto, enrojeció de pronto, como si se hubiera dado cuenta de haber cometido una imprudencia extrema.

—¡Bien!, por esta palabra que usted ha pronunciado, soy capaz de perdonarle muchas cosas —dijo él extrañamente.

—No he terminado —se ápresuró ella a añadir todavía ruborizándose——. Soy yo quien es ridícula al hablarle como una tonta.

—No, usted no es ridícula, ¡usted es solamente una mujer de mundo, depravada! —y palideció terriblemente—. Hasta ahora yo tampoco he dicho todo cuando le he preguntado por qué ha venido. ¿Quiere que termine? Hay aquí una carta, un documento, y usted tiene un miedo terrible, porque su padre, al tener esa carta en sus manos, puede maldecirla en vida y desheredarla legalmente en su testamento. Usted le teme a esa carta y... ha venido a buscarla —dijo él, temblando casi por completo y hastá casi castañeteándole los dientes.

Ella lo escuchó con expresión enojada y dolorida.

—Sé que usted puede causarme muchos disgustos —dijo ella como justificando sus palabras—, pero he venido menos para persuadirlo de que no me persiga, que para verlo. Hasta tenía el mayor deseo de verme con usted desde hace mucho tiempo... Pero lo he encontrado igual que antes —añadió ella de pronto, como impulsada por una idea particular y decisiva, y hasta por cierto sentimiento extraño y súbito.

—¿Y esperaba usted verme de otra forma? ¿Después de mi carta sobre su perversión? Dígame, ¿ha venido sin el me nor temor?

—He venido porque lo he amado en otros tiempos. Pero, se lo ruego, no me amenace. Mientras estemos juntos, no me recuerde mis malos pensamientos, mis sentimientos malos. Si pudiera usted hablarme de otra cosa, me sentiría muy feliz. Las amenazas pueden venir después, pero por ahora, si hace el favor, hable de otra cosa... Es verdad, he venido para verle y escucharle un minuto. Si usted no puede resistirlo, máteme ahora mismo, pero no me amenace ni se atormente delante de mí —concluyó ella, mirándolo en una extraña espera, como si verdaderamente lo supusiese capaz de matarla.

Él se levantó de nuevo y, examinándola con una mirada ferviente, declaró con firmeza:

—Saldrá usted de aquí sin haber recibido la menor ofensa.

——¡Ah!, ¡sí, su palabra de honor!—— sonrió ella.

—No, no es solamente porque yo haya dado mi palabra de honor en la carta, es porque quiero pensar y pensaré en usted toda la noche

—— ¿Para atormentarse?

—Siempre la veo a usted, cuando estoy solo. No hago más que conversar con usted. Me voy por los bajos fondos y por las covachas, y, como contraste, inmediatamente usted se aparece delante de mí. Pero siempre se está usted riendo de mí, como ahora... —dijo esto como fuera de sí.

—¡Nunca, nunca me he reído de usted! —exclamó ella con voz angustiada y con una compasión extrema pintada en su rostro—. Si he venido, es porque he hecho todo lo que está en mi mano para no ofenderle en lo que quiera que sea —añadió ella de pronto—. He venido aquí para decirle quo casi le quiero... Perdóneme, tal vez me he expresado mal —se apresuró a añadir.

Él se rió.

—¿Por qué no sabe usted fingir? ¿Por qué es usted tan simplota, por qué no es como todo el mundo?... Vamos, ¿cómo se le puede decir a un hombre a quien se le da con la puerta en las narices: «Casi le quiero a usted»?

—Es que no he sabido expresarme, no lo he dicho bien. Es que delante de usted, siempre me ha dado vergüenza, nunca he sabido hablar, desde nuestro primer encuentro. Y si no me he expresado bien, al decir que «casi le quiero», es que, también en mi pensamiento, casi era así. Por eso es por lo que lo he dicho, aunque yo lo quiera a usted con ese querer... ese querer general con que se quiere a todo el. mundo y que nunca se avergüenza una de confesar...

En silencio, sin apartar de ella su mirad a ardiente, él prestaba oídos.

—Sin duda la ofendo —continuó, como fuera de sí—. Esto debe de ser efectivamente lo que se llama una pasión... Sé una cosa: que con usted estoy acabado; sin usted, también. Sin usted o con usted, todo es lo mismo: dondequiera que se halle, siempre está conmigo. Sé también que puedo odiarla mucho más de lo que puedo quererla... Por lo demás, hace ya mucho tiempo que no pienso en nada, todo me da lo mismo. Únicamente es una lástima que haya querido a una mujer como usted...

Le faltaba la voz. Continuó, como ahogándose:

—¿Qué quiere usted? ¿Le parece bárbaro que hable así? —dijo con una pálida sonrisa—. Creo que, si eso pudiera seducirla, sería capaz de quedarme en cualquier sitio treinta años sobre una sola pierna... Lo veo: le doy lástima; su cara está diciendo: «Te querría si pudiera, pero no puedo... » ¿Es eso? Poco importa, no soy orgulloso. Estoy dispuesto, como un mendigo, a recibir de usted no importa qué limosna, ¿comprende?, no importa cuál... ¿Qué orgullo puede tener un mendigo?

Ella se levantó y se acercó a él:

—¡Amigo mío! —dijo ella, tocándole el hombro con la mano y con un sentimiento inexpresable en su rostro—, ¡no puedo oír tales palabras! Pensaré en usted toda mi vida como

en el más precioso de los hombres, en el más noble de los corazones, en el objeto más sagrado entre todo lo que yo pueda respetar y amar. Andrés Petrovitch, compréndame usted... ¡No es que yo haya venido por nada, querido amigo, usted que siempre ha sido y será siempre mi querido amigo! No olvidaré nunca lo mucho que usted me conmovió en nuestros primeros encuentros. Pues bien, separémonos como amigos, y usted será el pensamiento más serio y más querido que yo tenga en toda mi vida.

—«Separémonos; y entonces le querré»; le querré, pero separémonos. Escuche —dijo muy palido—, déme otra limosna: no me quiera, no viva conmigo, no nos veamos jamás; seré su esclavo si usted me llama, desapareceré inmediatamente si usted no quiere ni verme ni oírme, pero... pero ¡no se case usted!

Mi corazón se oprimió hasta el sufrimiento cuando oí esas palabras. Aquella súplica ingenuamente humillada era tanto más lastimera, traspasaba tanto más el corazón cuanto que era más franca y más imposible. Sí, sin duda, él estaba pidiendo limosna. ¿Podía él creer que ella consintiera? Y sin embargo se rebajaba hasta realizar el intento: trataba de pedírselo. Ese último grado de la derrota era insoportable presenciarlo. En cuanto a ella, todos los rasgos de su rostro se deformaron de dolor. Pero, antes de que ella hubiese dicho una palabra, él se reprimió.

—¡La aniquilaré! —declaró él de pronto con una voz extraña, cambiada, que no era ya la suya.

Pero ella le respondió también extrañamente, también con una voz inesperada que no era ya la suya:

—Si le concedo a usted esa limosna, más tarde se vengará todavía más cruelmente de lo que ahora me amenaza, porque usted no se olvidará nunca de que se puso como mendigo delante de mí... ¡No puedo oír esas amenazas de su boca! —concluyó ella casi con indignación, lanzándole una mirada de desafío.

—«Amenazas de su boca», es decir, de la boca de seme jante mendigo. Bromeaba —dijo él dulcemente, con una sonrisa—. No le haré a usted nada, no tenga miedo, váyase... y, en cuanto a ese documento, haré todo lo posible para enviárselo, pero ahora váyase, váyase. Le he escrito a usted una carta absurda, a esa carta absurda usted ha respondido y ha venido: estamos en paz. ¡Por aquí! —le mostró la puerta *(ella quería pasar por la habitación en la que yo me encontraba oculto por la cortina)*.

—Perdóneme, si puede... —dijo ella, deteniéndose en el umbral.

—¿Y si nos volviéramos a encontrar un día completamente amigos y nos acordáramos también de esta escena con una buena carcajada? —preguntó él de repente.

Pero todos los rasgos de su rostro temblaban, como en un hombre al borde de un ataque.

—¡Dios lo quiera! —exclamó ella, juntando las manos, pero mirando temerosamente su rostro, como adivinando lo que él quería decir.

—¡Váyase usted! Somos demasiado inteligentes los dos, pero usted... ¡Oh, usted es una persona de mi estilo! Le he escrito una carta loca, y ha consentido usted en venir para decirme

que «casi me quiere». No, usted y yo tenemos la misma locura. Somos unos grandes originales. Siga siendo siempre tan loca, no cambie, y volveremos a encontrarnos como buenos amigos, soy yo quien se lo predice, se lo juro.

—¡Y entonces yo le querré sin remedio, lo presiento des de ahora!

No pudo contenerse más y le lanzó desde el umbral estas últimas palabras.

Salió. Me apresuré a ir sin ruido hacia la cocina y, casi sin mirar a Daria Onissimovna, que me esperaba, me lancé por la escalera de servicio y por el patio a la calle. pero apenas tuve tiempo de verla subir a un coche que la esperaba delante de la puerta. Me puse a correr por la calle.

Capitulo xi

I

Me dirigí a casa de Lambert. ¡Oh!, en vano quiero dar una apariencia lógica y descubrir una brizna de sentido común en mi conducta de aquella tarde y de toda aquella noche; incluso hoy, que puedo considerar todo el conjunto de los acontecimientos, me veo incapaz de presentarlos con la ilación y la claridad deseadas. Había a11í un sentimiento o, por decirlo mejor, todo un caos de sentimientos entre los cuales yo debía naturalmente extraviarme. Sin duda, había uno, esencial, que me aplastaba y dominaba a todos los demás, pero... ¿debo confesarlo? Tanto más cuanto que no estoy seguro...

Me colé en casa de Lambert, naturalmente, fuera de mí. Incluso me daba miedo de él y de Alphonsine. He observado siempre que los franceses, incluso los más desatinados, los más libertinos, se muestran extraordinariamente apegados, en su interior, a un cierto orden burgués, a un cierto plan de vida, terriblemente prosaico, rutinario y ritual, adoptado de una vez para siempre. Por lo demás, Lambert comprendió muy pronto que había sucedido algo y se mostró encantadó al ver que me tenía por fin en su casa. ¡No soñaba más que con eso, día y noche, todos aquellos días! ¡Qué necesario le era yo! Y ahora que había perdido toda esperanza, me presentaba de repente, por mis propios pasos, y además poseído de una locura tan enorme, exactamente en el estado que a él le hacía falta.

—¡Lambert, vino! —grité—. ¡Dame de beber! ¡Déjame formar escándalo! ¡Alphonsine!, ¿dónde tiene usted su guitarra?

No describo la escena, es superfluo. Bebimos, y se lo conté todo, todo. Él escuchaba ávidamente. Fui yo quien le propuso primero una conspiración, un incendio. Ante todo, debíamos atraer a Catalina Nicolaievna a nuestra casa por medio. de una carta...

—Eso se puede hacer —aprobó Lambert, captando al vue• to cada una de mis palabras.

Además, para más seguridad, era preciso enviarle en esa carta toda la copia de su «documento», para que ella pudiese ver bien que no se trataba de un engaño.

—¡Eso es, eso es lo que hace falta hacer! —aprobaba Lambert, que no cesaba de cambiar miradas con Alphonsine.

En tercer lugar, era Lambert quien debía invitarla, por su propia cuenta, bajo la apariencia de un desconocido llegado de Moscú, y yo por mi parte debía atraer a Versilov...

—Y Versilov también, quizás —aprobaba Lambert.

—¡Nada de quizás, decididamente! —exclamé—. ¡Es indispensable! ¡Para él es para quien se hace todo esto! —expliqué yo, bebiendo trago tras trago. *(Bebíamos los tres, pero creo que me bebí yo solo toda la botella de champaña, mientras ellos solamente fingían beber)*

—. Nos instalaremos con Versilov en la otra habitación *(¡Lambert, es preciso procurarse otra habitación!)* y, en el mismo momento en que de pronto ella consienta en todo, en el rescate con dinero y en el otro rescate, porque todos son repulsivos, entonces Versilov y yo saldremos y la convenceremos de toda su ignominia. Versilov, al ver lo repugnante que es, se curará de golpe y la echará a puntapiés. ¡Pero nos hace falta todavía Bioring, para que él también la vea! —añadí, entusiasmado.

—No, Bioring es inútil —observó Lambert.

—¡Sí, sí! —aullé de nuevo—. ¡No comprendes nada de esto, Lambert, porque eres idiota! A1 contrario, hace falta que haya un escándalo en el gran mundo: de esa manera nos vengaremos del gran mundo y de ella. ¡Que sea castigada! Lambert, ella te dará una letra de cambio... Por mi parte, no tengo necesidad de dinero, escupiré encima del dinero, pero tú te agacharás y te lo meterás en el bolsillo con mis gargajos. Pero yo, ¡yo la habré humillado!

—Sí, sí —seguía aprobando Lambert—. Así es. ..

Él no dejaba de cambiar miradas con Alphonsine.

—¡Lambert! Ella adora a Versilov; acabo de convencerme de eso —balbucí.

——Es una suerte que lo hayas visto todo: ¡no to habría supuesto jamás semejante talento de espía, ni tanta presencia de ánimo!

Decía aquello para congraciarce conmigo.

—¡Tú mientes, francés, no soy espía, pero tengo mucho espíritu! Y mira, Lambert, ¡es que ella lo quiere! —continué, esforzándome penosamente en reflejar mi pensamiento—. Pero ella no se casará con él, porque Bioring es de la Guardia, mientras que Versilov no es miás que un hombre generoso y un amigo de la humanidad, por tanto, para ellos, un personaje cómico, y nada más. ¡Oh!, ella comprende esta pasión y disfruta con eso, coquetea con él, lo atrae, pero no se casará con él. ¡Es una mujer, es una serpiente! Toda mujer es serpiente y toda serpiente es mujer. Hay que curarlo; es preciso hacer caer el velo de sus ojos: que él la vea tal como es, y quedará curado. Te lo traeré, Lambert.

—Está bien —aprobaba siempre Lambert, llenando mi vaso a cada instante.

¡Él temblaba tantísimo con el temor de serme desagradable, de contradecirme, se empeñaba tanto en hacerme beber más! Aquello era tan grosero y tan evidente, que, incluso yo, no podía menos de darme cuenta. Pero por nada en el mundo me habría ido; continuaba bebiendo y hablando y tenía unas ganas locas de decir de una vez lo que pensaba. Cuando Lambent fue a buscar otra botella, Alphonsine tocó en su guitarra un motivo español; estuve a punto de deshacerme en lá grimas.

—Lambent, ¿te das cuenta de todo? —exclamé con profundo sentimiento—. Es absolutamente necesario salvar a este hombre, porque está... embrujado. Si ella se casase con él,

por la mañana, después de la primera noche, él la expulsaría a puntapiés... porque eso es lo que pasa. Porque este amor salvaje, exasperado, obra como un ataque, como una enfermedad, como un salto mortal, y, apenas obtenida la satisfacción, inmediatamente cae el velo y surge el sentimiento opuesto: repugnancia y odio, deseo de destruir, de aplastar. ¿Conoces tú la historia de Abisag *(146)*, Lambert? ¿La has leído?

—No, no me acuerdo. ¿Es una novela? —farfulló Lambent.

—Es que tú no sabes nada, Lambert. Eres terrible, terriblemente inculto... Pero me tiene sin cuidado. Poco importa. ¡Oh!, él quiere a mamá; besó su retrato; expulsará a la otra al día siguiente y volverá con mamá; pero será demasiado tarde, y por eso es preciso salvarlo ahora mismo...

Finalmente, lloré con amargura; pero continué siempre ha blando y bebiendo; es extraordinario lo que bebí. El rasgo más característico era que Lambert, en toda la tarde, no me pidió ni una sola vez noticias del «documento», quiero decir: de dónde estaba. No me pidió que se lo enseñara, que lo desplegase sobre la mesa. ¿Qué había sin embargo más natural que hacer esa pregunta desde el momento en que habíamos llegado a un acuerdo para empezar a obrar? Otro rasgo más: decíamos solamente que era preciso obrar así, que « lo» haríamos sin falta, pero dónde, cuándo y cómo, ¡de eso, ni una palabra! ¡No hacía más que darme la razón en todo y cambiar miradas con Alphonsine, absolutamente nada más! Sin duda, yo era entonces incapaz de darme cuenta de eso, pero de todos modos, me acuerdo.

Acabé por dormirme sobre su diván, sin desnudarme. Dormí mucho tiempo y me desperté muy tarde. Me acuerdo de que, una vez despierto, me quedé algún tiempo tendido sobre el diván, como atontado, tratando de reunir mis ideas y mis recuerdos, fingiendo dormir todavía. Pero Lambert no estaba ya allí: había salido. Eran ya más de las nueve; se oía el crepitar de la estufa, exactamente como la otra vez, cuando, después de la famosa noche, yo había abierto de nuevo los ojos en casa de Lambert. Pero detrás del biombo Alphonsine me acechaba: lo noté inmediatamente, porque en dos ocasiones ella miró y me examinó, pero yo tenía siempre cerrados los ojos y fingía dormir. Obraba de esa manera porque estaba deprimido, y tenía necesidad de comprender en qué situación me hallaba. Me daba cuenta con horror de toda la absurdidad y de toda la ignominia de mi confesión nocturna a Lambent, de mi convenio con él y de mi error al haber venido a su casa. Pero, gracias a Dios, el documento seguía estando conmigo, cosido siempre a mi bolsillo del costado; lo palpé con la mano: estaba allí. Por tanto no había más que dar un brinco y escabullirme; en cuanto a avergonzarme delante de Lambert, era inútil: Lambert no se lo merecía.

Pero me avergonzaba ante mí mismo. Me hacia mi propio juez y... ¡Dios, cuántas cosas había en mi alma! Pero no describiré ese sentimiento infernal, intolerable, esa sensación de fango y de inmundicia. Debo sin embargo confesarlo, porque creo llegado el momento. Es algo que tengo que registrar en mis memorias. Así, pues, que se sepa bien, si quería deshonrarla, si me preparaba a ser testigo de la escena durante la cual ella pagaría su rescate a Lambert *(¡oh,*

bajeza!), no era de ningún modo para salvar a aquel loco de Versilov y devolvérselo a mamá, era porque... quizá yo mismo estaba enamorado de ella, ¡enamorado y celoso! ¿Celoso de quién? ¿De Bioring? ¿De Versilov? ¿De todos aquellos a quienes ella miraría y con quienes hablaría en los bailes mientras yo me quedaría en mi rincón, avergonzado de mí mismo... ? ¡Oh, monstruosidad!

En una palabra, ignoro de quién estaba yo celoso; pero comprendía solamente, y me había persuadido de eso la víspera por la noche como dos y dos son cuatro, que ella estaba perdida para mí, que esa mujer me rechazaría y se burlaría de mi falsedad y de mi absurdidad. Ella es veraz y leal; yo, en cambio, soy un espía y detentador de documentos.

Todo esto lo he guardado para mí hasta este momento, pero ahora ha llegado la hora, y... hago balance. Pero, todavía una vez, y por última vez: es posible que, en una mitad larga o incluso en tres cuartas partes, me haya calumniado a mí mismo. Aquella noche, yo la odiaba como un poseído, y más tarde, como un borracho desatado. Lo he dicho ya, era un caos de sentimientos y de sensaciones en el que era incapaz de encontrarme. Pero, es igual, hacía falta expresarlo, puesto que una parte al menos de esos sentimientos ha existido seguramente.

Con una irresistible repugnancia y una irresistible intención de borrarlo todo, salté inmediatamente del diván; pero apenas había dado el brinco cuando al punto acudió Alphonsine. Cogí mi pelliza y mi gorro y le dije que le comunicase a Lambert que la víspera yo había estado delirando, que había calumniado a una mujer, que había bromeado y que él no debía permitirse nunca más poner los pies en mi casa... Todo aquello lo expresé, bien que mal, apresurándome, en francés y sin duda muy oscuramente, pero, con gran ssombro mío, Alphonsine comprendió perfectamente; cosa más extraña aún, pareció incluso alegrarse de eso.

—Oui, oui —me aprobaba ella—, c',est une honte! Une dame... Oh!, vous êtes généreux, vous! Soyez tranquille, je ferais voir raison à Lambert...

Aunque en aquel instante debí parecer extrañado, al ver una revolución tan inesperada en sus sentimientos, y por consiguiente también, sin duda, en los de Lambert, sin embargo salí en silencio; la turbación reinaba en mi alma y yo razonaba mal. ¡Oh!, después lo examiné todo, pero entonces, ¡era ya demasiado tarde! ¡Oh, qué infernal maquinación salió de alli! Hago aquí una parada, para explicarlo anticipadamente, porque de otra forma el lector no podría comprender nada.

El hecho es que, cuando mi primera entrevista con Lambert, mientras me estaba deshelando en su casa, le había farfullado como un imbécil que el documento estaba cosido en mi bolsillo. En aquel momento me había dormido de pronto por algún tiempo sobre su diván en el rincón, y Lambert había palpado inmediatamente mi bolsillo y se había convencido de que, en efecto, a11í estaba cosido un papel. Luego. había podido convencerse en varias ocasiones de que el papel seguía estando a11í: por ejemplo, durante nuestra comida en los Tatars, me acuerdo de que varias veces me agarró por la cintura. Comprendiendo por fin de qué importancia era aquel papel, había forjado todo un plan particular que yo no sospechaba

en to más mínimo. Yo me figuraba siempre, como un imbécil, que, si me invitaba a su casa con tanto empeño, era sencillamente para inducirme a entrar en su banda y actuar con ellos. Pero, ¡ay!, ¡me invitaba para una cosa completamente distinta! Me invitaba para dejarme borracho perdido, y, en el momento en que me tendiese, privado de conocimiento, y me pusiera a roncar, cortarme las puntadas y apoderarse del documento. Es exactamente lo que hicieron aquella noche Alphonsine y él; fue Alphonsine quien abrió el bolsillo. Una vez en posesión de la carta, de la carta de ella, de mi documento de Moscú, tomaron una vulgar hoja de papel de cartas de, la misma dimensión y la colocaron en el mismo sitio; luego recosieron todo como si nada hubiese pasado, de forma que no me di cuenta de nada, También fue Alphonsine la que recosió. ¡Y yo, yo, casi hasta el fin, durante un día y medio aún, continué creyéndome el detentador del secreto, creyendo que la suerte de Catalina Nicolaievna seguía estando en mis manos!

Una última palabra: aquel robo del documento fue la causa de todo, de todas las demás desgracias.

II

He aquí ahora los últimos días de mis memorias, y llego al final del fin.

Eran, creo, poco más o menos las diez y media, cuando, muy excitado y, por lo que recuerdo, extrañamente distraído, pero con una decisión definitiva en el corazón, llegué a mi alojamiento. No me deba prisa, sabía ya lo que haría. Y de repente, no había hecho más que poner el pie en el pasillo, comprendí que una nueva desgracia había caído sobre nosotros y que se había producido una complicación extraordinaria: el viejo príncipe, recién traído de Tsarkoie-Selo, se encontrába en nuestro apartamiento, con Ana Andreievna a su lado.

Lo habían instalado, no en mi habitación, sino en las dos habitaciones contiguas, las del casero. La víspera misma se habían efectuado en aquellos dos cuartos algunas modificaciones y embellecimientos, por lo demás muy ligeros. El casero se había trasladado con su mujer a la habitación del inquilino caprichoso y picado de viruelas del que ya he hablado, y este último había sido confinado ya no sé dónde.

Fui acogido por el casero, que se coló inmediatamente en mi habitación. Mostraba un aire menos decidido que la víspera, pero se le veía poseído por una excitación insólita, al nivel de los acontecimientos, si se puede decir así. No le dirigí la palabra, pero, retirándome a un rincón y cogiéndome la cabeza entre las manos, permanecí así un rato. Él pensó al principio que yo adoptaba una «pose», pero por fin no pudo contenerse más y se asustó:

—¿Es que pasa algo? —balbuceó—. Le esperaba para preguntarle —agregó al ver que yo no le respondía— si no le molestaría a usted abrir esta puerta, para comunicar directamente con las habitaciones del príncipe en lugar de hacerlo por el pasillo.

Señalaba a una puerta lateral, siempre cerrada, y que comunicaba con sus dos habitaciones que ahora servían de alojamiento al príncipe.

—Pedro Hippolitovitch —le declaré con semblante grave—, le ruego que haga el favor de ir inmediatamente a invitar a Ana Andreievna a que venga aquí a hablar conmigo. ¿Hace mucho tiempo que están aquí?

—Pronto hará una hora.

—Pues bien, vaya usted.

Se fue y me trajo esta extraña respuesta: que Ana Andreievna y el príncipe Nicolás Ivanovitch me esperaban con impaciencia en sus habitaciones; por tanto, Ana Andreievna no había querido venir. Me abroché y me cepillé mi redingote, que se había arrugado durante la noche, me lavé, me peine, todo ello sin darme prisa; luego, comprendiendo hasta qué punto había de ser prudente, me dirigí a las habitaciones del anciano.

El príncipe estaba sentado en un diván delante de una mesa redonda, mientras Ana Andreievna, en otro rincón, delante de otra mesa cubierta por un mantel y sobre la cual hervía el samovar de la casa, reluciente como nunca, le preparaba el té. Entré con el mismo semblante severo, y el viejecito, que lo había notado al momento, se estremeció; rápidamente, su sonrisa dejó sitio a su verdadero espanto; pero yo no insistí, me eché a reír y le tendí las manos; el pobre se lanzó a mis brazos.

Sin ninguna clase de dudas, comprendí inmediatamente con quién tenía que habérmelas. Por lo pronto, estaba claro como la luz del día que, de un anciano todavía casi gallardo y, a pesar de todo, bastante sensato, dotado de un cierto carácter, habían hecho, desde que no nos veíamos, una especie de momia, un verdadero niño, temeroso y desconfiado. Añadiré: él sabía perfectamente para qué lo habían traído aquí, y todo había pasado exactamente como por anticipado he explicado antes. Literalmente, lo habían aterrorizado, destrozado, aplastado con la noticia de la traición de su hija y del manicomio. Se había dejado traer, apenas consciente de lo que hacía, por el miedo tan grande que experimentaba. Se le había dicho que yo era el detentador del secreto y que tenía la clave de la solución definitiva. Lo diré de corrido: eran esa solución definitiva y esa clave to que él temía más que nada en el mundo. Esperaba verme entrar en su habitación llevándole la sentencia en la frente y el papel en la mano; por eso se mostró locamente feliz al verme, en cambio, dispuesto a reír y a charlar de cualquier otra cosa. Cuando nos abrazamos, se deshizo en lágrimas. Lo confieso, también yo lloré un poco; pero de repente experimenté hacia él una lástima inmensa... El perrito de Alphonsine dejaba oír un ladrido agudo como una campanilla y se lanzó desde el diván sobre mí. Este perro miniatura no lo abandonaba nunca desde que lo había adquirido; dormía con él.

—Oh!, je disais qu'il a du ecoeur! —exclamó, dirigiéndose a Ana Andreievna y señalándome.

—¡Qué repuesto está usted, príncipe! ¡Qué cara más fresca y rozagante tiene! —observé.

¡Ay!, era todo lo contrario: era una momia, y yo hablaba así únicamente para animarlo.

—Nest —ce pas? Nest— ce pas? —repetía él gozosamente.

—Pero tómese usted su té. Si me ofrece una taza a mí también, la —beberé en su compañía.

—¡Maravillosa idea! «Bebamos y gocemos»... ¿cómo es eso? Hay unos versos por ese estilo. Ana Andreievna, déle us ted té; il prend toujour par les sentiments... Dénos té, querida.

Ana Andreievna sirvió el té, pero de pronto se volvió ha cia mí y empezó con extremada solemnidad:

—Arcadio Makarovitch, henos aquí a los dos, mi bienhechor el príncipe Nicolás Ivanovitch y yo, refugiados en su casa. Porque hemos venido a su casa, precisamente a la casa de usted, y los dos le pedimos asilo. Recuerde que casi todo el destino de este hombre santo, noble y afligido, está en sus manos... ¡Confiamos en la decisión de su corazón justo!

Pero no pudo terminar; el príncipe fue asaltado por el temor y casi tembló de espanto:

Après, après, nest-ce pas, chère amie? - repetía levantando las manos hacia ella.

No sabría expresar la penosa impresión que me produjo esta interrupción. No respondí nada y me contenté con hacer un saludo frío y grave; en seguida me senté a la mesa y hablé intencionadamente de otra cosa, de tonterías, me puse a reír y a bromear... El anciano me estaba visiblemente agradecido y se alegraba, muy animado. Pero su alegría, aunque exaltada, era manifiestamente frágil y podía en un instante dar paso a un desánimo completo; eso estaba claro a ojos vistas.

——Cher enfant! Me he enterado de que has estado enfermo... ¡Ah, pardón!, me han dicho que todo este tiempo te has ocupado de cosas de espiritismo, ¿es verdad?

—Ni siquiera he pensado en eso—. dije, con una sonrisa.

—¿No? ¿Quién es entonces el que me ha hablado de es —pi— ri —tis— mo?

—Es el portero de aquí, Pedro Hippolitovitch, quien ha blaba de eso hace un momento —explicó Ana Andreievna—. Es un hombre muy jovial y que sabe muchas anécdotas. ¿Quiere que to llame?

—Oui, oui, il est charmant... sabe anécdotas, pero será mejor llamarlo más tarde. Lo llamaremos, y nos contará todo; mais après. Figúrate que hace un momento estaban poniendo la mesa y he aquí que dice: «Estén tranquilos, la mesa no se marchará volando, no somos espíritus.» ¿Es que, en casa de los espíritus, las mesas desaparecen volando?

—No sé. Se dice que se levantan sobre las patas.

—Mais ce'st terrible ce que to dis —exclamó el príncipe, y me lanzó una mirada espantada.

—¡Oh!, no se preocupe, son tonterías.

—Eso es lo que yo digo. Natasia Stepanovna Salonievna... tú la conoces... ¡ah!, es verdad, no la conoces... Bueno, figúrate que ella cree también en el espiritismo y que yo, chère enfant —se volvió hacia Ana Andreievna— le dije un día: en los Ministerios hay también mesas, con ocho pares de manos de burócratas puestas encima, que no dejan de escribir, y bien, ¿por qué no bailan esas mesas? ¡Figúrate si se pusieran de pronto a bailar! Una insurrección de mesas en el Ministerio de Hacienda o en el de Instrucción Pública, ¡no faltaría más que eso!

—¡Qué cosas tan divertidas dice usted siempre, príncipe! —exclamé, tratándo de reír sinceramente.

—Nest —ce pas? Je ne parle pas trop, mais je dis bien.

—Voy a buscar a Pedro Hippolitovitch —dijo Ana Andreievna levantándose.

El contento brillaba en su rostro: al verme tan amable con el anciano, se alegraba. Pero apenas hubo salido, la fisonomía del anciano cambió de golpe de una manera fulminante. Miró temerosamente hacia la puerta, lanzó una ojeada en torno e, inclinandose desde su diván hacia mi, me çuchicheó con voz espantada:

——Cher ami? ¡Si pudiese verlas a las dos aquí juntas! Oh, cher enfant!

—¡Príncipe, cálmese usted...!

—Sí, sí, solamente que:.. nosotros las reconciliaremos, ¿verdad? Es una peleíta sin importancia entre dos mujeres muy dignas, ¿no? No tengo esperanzas más que en ti... Vamos a arreglar todo esto aquí; pero ¡qué alojamiento tan extraño éste! —añadió lanzando una mirada casi temerosa—, y, mira, este casero... tiene una cabeza tan rara... Dime, ¿no es peligroso ?

—¿El casero? ¡De ninguna manera! ¿Por qué iba a ser peligroso?

—C'est ça. Tanto mejor. Il semble qu'il est bête, ce gentilhomme. Cher enfant, por el amor de Dios, no le digas a Ana Andreievna que aquí me da miedo de todo; a ella le digo que todo está muy bien, desde el primer paso que di aquí, a incluso alabo al casero. Oye, tú sabes la historia de Von Sohn *(147)*, ¿te acuerdas?

—Sí; ¿y qué?

—Rien, rien du tout... Mais je suis libre ici, nest —ce pas?

¿Qué crees tú, no podrá pasarme aquí algo por el mismo estilo?

—Pero, ¡qué absurdo!, le aseguro a usted, mi querido ami go... créame...

Quería cogerme en brazos; las lágrimas corrían por su rostro; yo no sabría decir hasta qué punto se me oprimió el corazón: el pobre viejo se parecía a un niño lastimero, débil, espantado, robado de su nido natal por gitanos y traído a casa de desconocidos. Pero no se nos permitió abrazarnos: la puerta se abrió y entró Ana Andreievna, pero no con el casero, sino con el hermano de ella, el chambelán. Esa novedad me desconcertó; me levanté y me dirigí hacia la puerta.

—Arcadio Makarovitch, permítame que le presente —declaró en voz alta Ana Andreievna, de forma que, a pesar mío, me vi obligado a detenerme.

—— Conozco ya demasiado bien a su hermano —dije martillando las palabras y recalcando la de demasiado.

—¡Ah!, ¡qué terrible error! Y soy tan culpable, mi querido And... Andrés Makarovitch —farfulló el joven aproximándose a mí con un aire muy desenvuelto y cogiéndome la mano, que no me fue posible retirar—. Mi criado Esteban tuvo la culpa de todo; le anunció a usted de una manera tan estúpida que lo tomé por otro. Es una cosa que pasó en Moscú

—le explicó a su hermana—. Después hice toda clase de esfuerzos para localizarlo y explicarle lo sucedido, pero caí enfermo, pregúnteselo a él... Cher prince, nous devons être amis, même par droit de naissance...

Y el desvergonzado joven se atrevió incluso a ponerme la mano en el hombro, lo que era el colmo de la familiaridad. Di un salto de costado, pero, confuso, preferí retirarme sin pronunciar una palabra. Vuelto a mi habitación, me senté. en la cama, pensativo y turbado. La intriga me ahogaba, pero yo no podía sin embargo confundir y aplastar de golpe a Ana Andreievna. Comprendí de pronto que también ella me era querida y que su situación era espantosa.

III

Como yo esperaba, ella entró en mi habitación, dejando al príncipe con su hermano, que se había puesto a contarle al viejo toda clase de rumores mundanos, calentitos y recién sacados del horno, cosa que al momento cautivó y divirtió al anciano, tan susceptible de dejarse influir. En silencio y con aire interrogativo, me levanté de la cama.

—Ya se lo he dicho todo a usted, Arcadio Makarovitch —empezó ella abiertamente—; nuestra suerte está en sus manos.

—Pero también yo le advertí que no podía... Los deberes más sagrados me impiden hacer eso con lo que usted cuenta...

—¿De verdad? ¿Es ésa su respuesta? Entonces, yo pereceré, pero ¿y el viejo? Sépalo: esta misma tarde perderá la razón.

—No, perderá la razón si le enseño una carta de su hija, en la que ella consulta a un abogado para saber qué hay que hacer para declarar loco a su padre —exclamé con fuego

—. Eso es to que él no soportará. Y sépalo usted: él no cree en esa cárta, me lo ha dicho ya.

Yo mentía al afirmar que él me lo había dicho; pero aquello venía a propósito.

—¿Se lo ha dicho ya? ¡Me lo imaginaba! En tal caso, estoy perdida; él ha llorado y ha pedido volver a casa.

—Dígame en qué consiste precisamente el plan que tiene usted formado —le pregunté con insistencia.

Ella se ruborizó, por orgullo herido, por decirlo así, pero se puso rígida:

—Con esa carta de su hija entre mis manos, estamos justificados a los ojos del mundo. Inmediatamente mandaré buscar al príncipe V... y a Boris Mikhailovitch Pelitchev, sus amigos de infancia; son dos personajes honorables a influyentes en el gran mundo, y sé que hace dos años manifestaron su indignación ante ciertos pasos dados por esa hija ávida a implacable. Ciertamente lo reconciliarán con, su hija, si yo se lo pido, y yo misma insistiré en eso; pero, por otra parte, la situación habrá cambiado completamente. Además, mis parientes, los Fanariotov, estoy segura, se decidirán entonces a sostener mis derechos. Pero lo que para mí importa sobre todo, es la felicidad de él; que comprenda por fin y que vea quiénes le tienen verdadero cariño. Sin duda, yo cuento principalmente con la influencia de usted, Arcadio Makarovitch: usted lo quiere tanto... Pero ¿quién lo quiere, aparte de usted y yo? É1 no ha hecho más que hablar de

usted durante estos últimos días. Se preocupaba por usted, usted es «su joven amigo»... Ni que decir tiene que, durante toda mi vida, mi agradecimiento no conocerá límites...

Ahora ella me prometía una recompensa, ¡dinero tal vez!

La interrumpí brutalmente:

—¡Por mucho que usted diga, no puedo! —declaré con un acento de decisión inflexible—. Sólo puedo corresponderle a usted con la misma sinceridad y explicarle mis últimas intenciones: dentro de poco le entregaré esa carta fatal a Catalina Nicolaievna en propia mano, pero a condición de que ella no forme ningún escándalo con todo lo que ha pasado y que dé por anticipado su palabra de que no impedirá la felicidad de usted. Es todo to que puedo hacer.

——¡Es imposible!— exclamó ella, enrojeciendo de pies a cabeaa.

La sola idea de que Catalina Nicolaievna pudiera compade cerla excitaba su indignación.

——No cambiaré de decisión, Ana Andreievna.

—Es posible que cambie.

—Diríjase usted a Lambert.

—Arcadio Makarovitch, usted no sabe las desgracias que pueden nacer de su obstinación

—amenazó con severidad y furor.

—Nacerán desgracias, eso desde luego... —La cabeza me da vueltas—. Pero basta ya: he decidido y se acabó. Solamente, se lo ruego, por el amor de Dios, no me traiga aquí a su hermano.

—Pero si él desea precisamente borrar...

—¡No hay nada que borrar! ¡No tengo necesidad, no quièero, no quiero! —exclamé cogiéndome la cabeza entre las ma nos *(¡oh!, ¡quizá la he tratado con demasiada altivez!)*

—. Pero dígame dónde va a pasar el príncipe la noche. ¿Aquí?

—Pasará la noche aquí, en casa de usted y con usted.

—¡Esta misma tarde me mudo!

Pronunciadas esas palabras implacables, cogí mi gorro y empecé a ponerme la pelliza. Ana Andreievna me observaba en silencio, con aire sombrío. ¡Me daba lástima, sí, me daba mucha lástima de aquella muchacha altanera! Pero me marché sin darle ni una palabra de esperanza.

IV

Trataré de resumir. Mi decisión estaba tomada irrevocablemente, y me dirigí derechamente a casa de Tatiana Pav1ovna. ¡Ay!, una gran desgracia se podría haber evitado, si yo la hubiese encontrado en casa; pero, como por azar, aquel día me perseguía la mala suerte. Fui también, naturalmente, a casa de mamá, primero para visitar a mi madre enferma, y luego porque contaba con encontrarme a11í casi con toda seguridad a Tatiana Pavlovna; pero tampoco estaba a11í; acababa de salir, mamá estaba en cama, y Lisa se había quedado sola con ella. Lisa me pidió que no entrara y no despertara a mamá:

——No ha dormido en toda la noche, no ha hecho más que atormentarse. Es una suerte que ahora mismo se haya quedado dormida.

Besé a Lisa y le dije en dos palabras que había tomado una decisión inmensa y fatal y que iba a ponerla en práctica. Me escuchó sin gran asombro, como si fueran las palabras más corrientes. ¡Estaban todos de tal forma acostumbrados a mis interminables «últimas decisiones» y, a continuación, al cobarde abandono de las mismas! ¡Pero ahora, ahora era muy diferente! A pesar de todo, me pasé por el traktir y estuve a11í un momento esperando, para ir a buscar en seguida, a tiro hecho, a Tatiana Pavlovna. Explicaré por cierto por qué tenía yo de pronto tanta necesidad de ver a esta mujer. Quería mandarla inmediatamente a casa de Catalina Nicolaievna para hacerla venir a casa de la primera y restituirle el documento en presencia de esta misma Tatiana Pavlovna, después de ha - berles explicado todo de una vez para siempre... En resumen, yo quería solamente hacer el bien; quería justificarme de una vez para siempre. Resuelto este punto, decidí absoluta y resueltamente decir algunas palabras en favor de Ana Andreievna y, si era posible, tomar a Catalina Nicolaievna y a Tatiana Pavlovna *(como testigos)*, llevarlas a mi casa, es decir, a casa del príncipe, y allí reconciliar a las mujeres enemigas, resucitar al príncipe y... y... en una palabra, a11í, en ese pequeño grupo, al menos ese día, hacer a todo el mundo feliz, después de to cual no faltaría más que Versilov y mamá. Yo no podía dudar del éxito: Catalina Nicolaievna, agradecida por la devolución de la carta, a cambio de la cual yo no le pediría nada, no podría negarse a mi súplica. ¡Ay!, creía todavía estar en posesión del documento. ¡Oh, en qué situación tan estúpida e indigna me encontraba sin saberlo!

La oscuridad había ya sobrevenido y serían alrededor de las cuatro cuando me presenté de nuevo en casa de Tatiana Pavlovna. María respondió groseramente que «no había vuelto». Me acuerdo muy bien ahora de su mirada sin levantar los ojos; pero, en ese momento, yo no podía sospechar nada, al contrario, fui traspasado por esta otra idea: al bajar, irritado y un poco desanimado, la escalera de Tatiana Pavlovna, me acordé del pobre príncipe que hacía un momento me había tendido los brazos, y de pronto me reproché amargamente haberlo abandonado, tal vez por despecho personal. Con inquietud, empecé a figurarme lo que podía haberle sucedido durante mi ausencia, tal vez algo muy malo, y me apresuré a regresar a casa. Ahora bien, en casa se habían producido los acontecimientos siguientes:

Ana Andreievna, al abandonarme toda enfadada, no había perdido aún los ánimos. Es preciso decir que, por la mañana, había mandado a buscar a Lambert; luego, una vez más, y como Lambert seguía sin estar en casa, había enviado por fin a su hermano a buscarlo. La desgraciada, al ver mi resistencia, ponía en Lambert y en el influjo que éste pudiera ejercer sobre mí su última esperanza. Lo aguardaba con impaciencia y lo único que la asombraba era que él, que no la abandonaba y había rondado en torno a ella hasta aquel día, la hubiese abandonado de pronto y hubiese desaparecido. ¡Ay!, no podía ocurrírsele la idea de que Lambert, en posesión ahora del documento, hubiese tomado decisiones muy distintas y que, por consiguiente, era lo más natural que se ocultase, y que se ocultase, sobre todo, de ella.

Así, pues, con la inquietud lógica del caso y una alarma creciente en el corazón, Ana Andreievna casi no tenía ya fuerzas para distraer al anciano; y, para colmo, la inquietud de éste había adquirido proporciones temibles. Hacía preguntas extrañas y temerosas, se ponía a mirarla con suspicacia y, en varias ocasiones, se deshizo en lágrimas. El joven Versilov no se quedó mucho tiempo. Después que su hermano se marchó, Ana Andreievna trajo, por fin, a Pedro Hippolitovitch, en el que confiaba muchísimo, pero éste, lejos de agradar, no inspiró más que repugnancia. De una manera general, el príncipe consideraba a Pedro Hippolitovitch con una desconfianza y una suspicacia cada vez más grandes. El otro, como por casualidad, se había puesto de nuevo a charlar sobre el espiritismo y otros fenómenos que él había presenciado: un charlatán de paso, que cortaba cabezas en público, la sangre corría y todo el mundo to veía, a continuación las volvía a colocar sobre el cuello respectivo y se pegaban, igualmente a la vista del público, y todo aquello habría pasado en 1859. El príncipe se espantó tanto y a la vez concibió tal indignación, que Ana Andreievna se vio obligada a alejar inmediatamente al narrador. Por fortuna llegó la comida, especialmente encargada la víspera *(por precaución de Lambert y de Alphonsine)* a un notable cocinero francés de la vecindad, que no tenía empleo y lo buscaba en una casa aristocrática o en un club. Esa comida con champaña alegró mucho al anciano; comió y bromeó de lo lindo. Después de la comida, se sintió naturalmente pesado y tuvo ganas de dormir; como estaba acostumbrado a hacer la siesta, Ana Andreievna le había preparado una cama. Mientras se dormía, él le besaba las manos y decía que ella era su paraíso, su esperanza, su hurí, su «flor de oro»; en una palabra, se lanzó de lleno a las expresiones más orientales. En fin, se durmió y fue eñtonces cuando yo volví.

Ana Andreievna se apresuró a entrar en mi habitación, juntó las manos delante de mí y dijo que me suplicaba «no por ella, sino por el príncipe», no marcharme a ir a verlo cuando se despertara. « Sin usted, está perdido, tendrá un ataque; temo que no resista hasta la noche. .. » Añadió que ella no tenía más remedio que ausentarse, «tal vez incluso por dos horas, y que por consiguiente dejaba al príncipe a mi custodia». Le di calurosamente palabra de que me quedaría hasta por la no che y que, cuando se despertara, haría todo lo que estuviese en mi mano para distraerlo.

—¡Y yo cumpliré mi deber! —concluyó ella enérgicamente.

Se fue. Explicaré, anticipadamente: se iba en busca de Lambert; era su última esperanza; además visitó a su herma no y a sus parientes Fanariotov; se comprende en el estado en que debió de volver.

El príncipe se despertó aproximadamente una hora después de su marcha. A través de la pared, lo oí gemir y corrí inmediatamente a su habitación; me lo encontré sentado en su cama, en camisón de dormir, pero tan asustado por la soledad, por la luz de la única lámpara y por aquella habitación desconocida, que en el momento en que entré se estremeció, tuvo un sobresalto y lanzó un grito. Me precipité hacia él y cuando distinguió que era yo, me abrazó con lágrimas de alegría.

—Me habían dicho que lo habías mudado, que habías cogido miedo y te habías quitado de en medio.

—¿Quién ha podido decirle eso?

—¿Quién? Bueno, quizá he sido yo que lo he inventado, quizá también ha sido alguien que me lo ha dicho. Figúrate que hace un momento he tenido un sueño: de repente veo en. trar a un viejo barbudo con un icono, un icono partido en dos pedazos, que me dice: «¡Así se romperá tu vida!»

—¡Oh Dios mío!, seguramente ha sabido usted por alguien que Versilov rompió ayer un icono.

—Nest —ce pas? Sí, sí, lo he sabido. Me he enterado esta mañana por Daria Onissimovna. Ella ha transportado aquí mi maleta y mi perro.

—¡Vaya un sueño raro!

—¡Poco importa! Y figúrate que ese viejo no dejaba de amenazarme con el dedo. Pero, ¿dónde está Ana Andreievna?

—Va a volver en seguida.

—¿De dónde? ¿Adónde ha ido? —exclamó dolorosamente.

—No, no, estará aquí en seguida. Me pidió que me queda se con usted un momento.

—Oui, ella vendrá. Así, pues, nuestro Andrés Petrovitch ha perdido el juicio; «y tan repentinamente, con tanta prontitud». Yo siempre le había predicho que acabaría así. Espera, amigo mío...

De pronto se aferró a mi redingote y me atrajo hacia él.

—El casero —dijo en voz baja— me ha traído hace un momento fotografías, sucias fotografías de mujeres, nada más que mujeres desnudas en diversas posturas orientales, y se ha puesto a enseñármelas a la luz de la lámpara... Yo, compréndelo, se las he elogiado, a regañadientes, pero es lo mismo que cuando le llevaban mujeres malas a aquel desgraciado, para en seguida embriagarlo más fácilmente...

—Usted quiere seguir hablando de Von Sohn. Pero dejemos eso, príncipe. El casero es un imbécil, ni más ni menos.

—Un imbécil, ni más ni menos. C'est mon opinion. ¡Amigo mío, si puedes, sácame de aquí!

Y de repente juntó las manos delante de mí.

—Príncipe, haré todo lo que pueda... Le pertenezco. Mi querido príncipe, espere un poco y tal vez me será posible arreglarlo todo...

Nest-ce pas? No diremos esta boca es mía, nos escabulliremos, y dejaremos la maleta para hacerle creer que volveremos.

—¿Adónde iríamos? ¿Y Ana Andreievna?

—— No, no, con Ana Andreievna. Oh, mon cher!, la cabeza me da vueltas... Espera: hay ahí, en el saco de la derecha, un retrato de Katia; lo he metido a escondidas hace un momento

para que Ana Andreievna y, sobre todo, para que esa Daria Onissimovna no lo noten; sácalo pronto, por el amor de Dios, y ten cuidado de que no nos sorprendan... ¿no hay manera de echarle el cerrojo a la puerta?

Encontré efectivamente en el saco de viaje una fotografía de Catalina Nicolaievna, en un marco ovalado. La cogió, la llevó a la luz y pronto empezaron a correr lágrimas por sus mejillas flacas y amarillentas:

—C'est un angel, c'est un ange du ciel! —exclamó—. Toda mi vida he sido culpable ante ella... ¡Y ahora también! Chère enfant, no creo en nada, ¡en nada! Amigo mío, dime: ¿es posible que se me quiera encerrar en un manicomio? Je dis des choses charmantes et tout le monde rit... ¿y éste es el hombre al que van a enviar a un manicomio?

—¡Es imposible! —exclamé—. Es un error, yo conozco los sentimientos de ella.

—¿También tú conoces sus sentimientos? ¡Pues bien, tanto mejor! Amigo mío, me has resucitado. ¿Qué es lo que no me han dicho de ti? ¡Llama aquí a Katia, amigo mío, y que las dos se abracen delánte de mí, las llevaré a casa, y pendremos al casero de patitas en la calle!

Se levantó, juntó las manos y de pronto se puso de rodillas delante de mí.

—Cher —me susurró, con un miedo insensato, temblando como una hoja—, amigo mío, dime toda la verdad: ¿dónde me van a encerrar ahora?

—¡Cielo santo! —exclamé, levantándolo y sentándolo en la cama—, ¡tampoco a mí me cree usted! ¿Cree que yo también formo parte de la confabulación? ¡Pero yo no permitiré a nadie aquí que le toque con un dedo!

—C'est ça, no lo permitas! —balbuceó apretándome fuertemente los codos con sus manos y sin dejar de temblar—. ¡No me entregues a nadie! Y tú mismo, no me mientas... porque... ¿es posible que me saquen de aquí? Escucha, ese casero, Hippolito, o bien... ¿cómo lo llaman?, ¿no es... doctor?

—¿Qué doctor?

—¿Y esto... no es un manicomio, esto, esta habitación?

Pero en aquel instante, repentindmente, la puerta se abrió y entró Ana Andreievna. Sin duda había estado escuchando a la puerta y, no resistiendo más, había abierto demasiado bruscamente: el príncipe, que se estremecía al menor ruido, lanzó un grito y escondió la cabeza en la almohada. Tuvo por fin una especie de ataque, que se resolvió en sollozos.

—¡He aquí el fruto de su hermoso trabajo! —le dije señalándole al anciano.

—¡No, es el fruto del trabajo de usted! —dijo ella elevando la voz—. Por última vez, me dirijo a usted, Arcadio Makarovitch: ¿quiere usted revelar la intriga infernal urdida contra este anciano sin defensa y sacrificar «sus sueños de amor insensatos a infantiles» para salvar a su propia hermana?

—Os salvaré a todos, pero solamente como le he dicho a usted hace un momento. Doy un salto, y dentro de una hora quizá, Catalina Nicolaievna en persona estará aquí. Yo reconciliaré a todo el mundo y todo el mundo será feliz —exclamé, casi inspirado.

—¡Tráela aquí, tráela aquí! —dijo el príncipe, por fin vuelto en sí—. ¡Llevadle junto a ella! ¡Quiero estar con Katia, quiero ver a Katia y bendecirla! —exclamaba él levantando los brazos y echándose abajo de la cama.

—Ya ve usted —dije mostrándoselo a Ana Andreievna—, ya oye lo que dice: ahora, de todas maneras, ningún «documento» podrá salvarla a usted.

—Ya lo veo, pero todavía podría servir para justificar mi conducta a los ojos del mundo, mientras que ahora me veo deshonrada. ¡Basta!, mi conciencia está tranquila. Me veo abandonada por todos, incluso por mi propio hermano, que ha temido un fracaso... Pero cumpliré mi deber y me quedaré junto a este desgraciado, ¡para servirle de criada, de enfermera!

Pero no había tiempo que perder, y salí de la habitación:

—¡Volveré dentro de una hora y no volveré solo! —grité desde el umbral.

Capítulo xii

I

¡Por fin, encontré a Tatiana Pavlovna! De un tirón se lo conté todo, toda la historia del documento y todo lo que pasaba en mi casa, hasta el último detalle. Aunque ella comprendió el asunto perfectamente y pudo darse cuenta con dos palabras, la exposición nos ocupó, creo, una docena de minutos. Y o no sabía qué más hablar, decía toda la verdad y no me ruborizaba. Silenciosa a inmóvil, derecha como un poste, esta ba sentada en su silla, apretados los labios, sin quítarme los ojos de encima, escuchándome con toda atención. Pero cuando acabé, de pronto dio un salto, tan precipitadamente, que también yo brinqué.

—¡Ah, bribón.! ¡Entonces, esa carta la llevabas verdade ramenté cosida encima, y fue la imbécil de María Ivanovna quien te la cosió! ¡Ah, canalla, sinvergüenza! ¡Entonces, para eso venías aquí, para domar los corazones, para conquistar el gran mundo, para vengarte, no importa contra quién, por ser un bastardo!

—¡Tatiana Pavlovna —exclamé—, le prohibo que me injurie! Quizás ha sido usted, con sus injurias, desde el principio, la causa del encarnizamiento que he mostrado aquí. Sí, soy bastado y acaso haya querido en efecto vengarme de ser un bastardo, y quizás en efecto me he querido vengar en no importa quién, puesto que ni el mismo diablo podría descubrir al culpable; pero acuérdese usted de que he repudiado mi alianza con los pillos y he vencido mis pasiones. Soltaré sin decir nada el documento delante de ella y me iré, sin esperar siquiera a que me diga una palabra; usted será testigo.

—¡Dame esa carta, dámela inmediatamente, ponla aquí en la mesa! ¿Quién sabe si estás mintiendo?

—La llevo cosida al bolsillo; fue María Ivanovna en persona quien me la cosió; y aquí, cuando me hicieron un redinjote nuevo, la saqué del vicio y la cosí yo mismo en éste; aquí está, mire, palpe, no miento.

—¡Pues bien, dámela, sácala! —se emperraba Tatiana Pavlovna.

—Por nada en el mundo, se lo repito. La depositaré delante de ella en presencia de usted, y me iré sin esperar una sola palabra. Pero es preciso que ella sepa y que vea con sus propios ojos que soy yo, yo mismo, quien se la devuelve, voluntariamente, sin coacción y sin recompensa.

—Para lucirte otra vez, ¿verdad? ¿Sigues estando enamorado?

—Diga usted todas las maldades que quiera. Está bien, me las he merecido y no me ofendo. Ella me tomará tal vez por. un jovencito que la ha espiado y que se ha imaginado una

conspiración, ¡sea!, pero que confiese que me he domado a mí mismo, que he puesto su felicidad por encima de todo en el mundo. Es igual, Tatiana Pavlovna, es igual. Me grito a mí mismo: ¡valor y esperanza! Es tal vez mi primer paso en la carrera, sí, pero ha acabado bien, ha acabado noblemente. Además, sí la quiero —continué, inspirado y con los ojos brillantes—, no me avergüenzo de eso: mamá es un ángel del cielo, y ella, ¡ella es una reina en la tierra! Versilov volverá a mamá, y delante de ella yo no tengo por qué avergonzarme; he oído lo que decían ella y Versilov, yo estaba detrás de la cortina... ¡Oh, sí!, los tres, los tres somos «gente de la misma locura». ¿Sabe usted de quién es esta frase: «gente de la misma lo cura»? ¡Es de él, de Andrés Petrovitch! ¿Y sabe usted que quizá somos aquí más de tres los que tenemos esta misma locura? ¡Sí, me apuesto algo a que usted es la cuarta! ¿Quiere que se lo diga?: me apuesto algo a que usted ha estado enamorada toda la vida de Andrés Petrovitch y que continúa estándolo, incluso ahora...

Lo repito, yo estaba como inspirado y dichoso, pero no tuve tiempo de acabar: de pronto, con un ademán extraordinariamente rápido, me agarró por los cabellos y me tiró por dos veces con toda su fuerza hacia atrás... En seguida me soltó y se retiró a un rincón, la cara contra la pared y oculta en su pañuelo:

—¡Sinvergüenza' ¡No me digas esas cosas! —exclamó llorando.

Era algo tan inesperado, que naturalmente me quedé -estupefacto. Me quedé clavado en el sitio, mirándola, sin saber qué hacer.

—¡Uf, el imbécil! ¡Ven aquí, ven a besar a tu vieja idiota! —dijo de pronto, riendo y llorando—. ¡Y no repitas nunca esas cosas... ! ¡A ti, a ti te quiero, y, toda mi vida te he querido...! ¡Idiota!

La besé. Diré entre paréntesis que, a partir de ese momento, Tatiana Pavlovna y yo siempre hemos sido buenos amigos.

—¡Pues sí! Pero, ¿qué es lo que hago aquí? —exclamó de pronto, dándose una palmada en la frente—. ¿Qué me dices, que el viejo príncipe está en tu casa? ¿Es verdad eso?

——Se lo aseguro.

—¡Ah, Dios mío! ¡Se me va a parar el corazón! —se puso a dar vueltas y a bullir por la habitación—. ¡Y así es cómo lo tratan! ¡Dos idiotas nunca son castigados! ¿Y desde por la mañana? ¡Vaya con la Ana Andreievna! ¡Miren la monjita! ¡Y la otra, la Militrissa *(148)*, no sabe nada!

—¿Qué Militrissa?

—¡Pues la reina de la tierra, el ideal, qué sé yo! ¿Y qué vamos a hacer ahora?

—¡Tatiana Pavlovna! —exclamé recobrando mi presencia de espíritu—; hemos estado diciendo tonterías y nos hemos olvidado de lo principal: he venido a buscar a Catalina Nicolaievna, y me esperan allá.

Y le expliqué que entregaría el documento a condición de que ella me prometiera hacer inmediatamente la paz con Ana Andreievna y consentir incluso en su casamiento...

—Eso está muy bien —interrumpió Tatiana Pav1ovna—, yo misma se lo he repetido infinidad de veces. De todas maneras, él se morirá antes del casamiento, no se casará con ella y, si le deja a Ana dinero en su testamento, de todas formas el mal estaría hecho...

—¿Es que Catalina Nicolaievna lo único que siente es el dinero?

No, ella siempre temía que el documento estuviese en poder de la otra, de Ana, y yo también temía lo mismo. Era ella a quien vigilábamos. La hija no tenía ningún deseo de separarse del viejo, pero era el alemán, Bioring, quien es cierto que sólo se preocupa del dinero.

—¿Y después de eso puede ella casarse con Bioring?

—¿Y qué quieres tú hacer con una idiota? Cuando se es idiota, se lo es para toda la vida. Mira, él le proporcionará una especie de tranquilidad: «Hace falta casarse con alguien; pues bien, lo mismo da él que otro.» ¡Vamos!, verémos después cómo le sale la cosa. En seguida se tirará de los pelos, pero será demasiado tarde.

—Entonces, ¿por qué lo permite usted? Usted sin embar go la quiere. Usted le ha dicho en su cara que estaba enamorada de ella.

—Enamorada, sí, y la quiero más que todos ustedes juntos... Lo cual no impide que ella sea una soberana idiota.

—Entonces, corra a su casa inmediatamente, tomaremos una decisión y la llevaremos junto a su padre.

—¡Pero es imposible, imposible, tontito! ¡Eso es lo que es precisamente imposible! ¡Ay!, ¿qué hacer? ¡Ah!, la cabeza me da vueltas. —Y se agitó de nuevo, pero echando esta vez mano de una esclavina—. ¡Ah! , si hubieses venido cuatro horas antes. Ahora son ya más de las siete, ha ido a cenar a casa de los Pelitchev, para ir en seguida con ellos a la ópera.

—¡Dios mío!, ¿y si corriésemos nosotros a la ópera? Pero no, es imposible... Pero, ¿qué va a ser del viejo? ¡Tal vez se morirá esta noche!

—Escúchame, no vayas allí, ve a casa de mamá, pasa a11í la noche, y mañana temprano...

—No, por nada en el mundo abandonaré al viejo, pase lo que pase.

—Tienes razón, no lo abandones. Pero yo, mira... a pesar de todo yo correré a su casa y le dejaré una notita... Mira, le escribiré a nuestro modo *(ella comprenderá)* que el documento está aquí y que mañana, a las diez en punto de la mañana, debe estar en mi casa sin falta. Tranquilízate, ella vendrá, me escuchará. Y de un solo golpe to arreglaremos todo. Tú, corre a11á abajo y arréglatelas con el viejo... acuéstalo, tal vez resista hasta por la mañana. No asustes tampoco a Ana; también a ella la quiero; eres injusto con ella porque no puedes comprender: ella está ofendida, ha estado ofendida desde su más tierna infancia; ¡ah, la de cosas que me habéis hecho ver entre todos! Pero no lo olvides, dile de mi parte que yo en persona me encargo de todo y de todo corazón, que esté tranquila, que su urgullo no tendrá que sufrir... Y es que estos días nos hemos peleado, nos hemos dicho verdaderas injurias. Vamos, vete ya... Espera, enséñame otra vez el bolsillo... ¿es verdad, completamente verdad? Bueno, ¿es verdad?

Entonces, dámela, dame esa carta, por lo menos por esta noche, ¿qué te importa eso? Déjamela, no me la voy a comer. Por manos del diablo, podrías perderla esta noche... cambiar de opinión.

—¡Por nada en el mundo! —exclamé—. ¡Tenga, palpe, mire! ¡Pero por nada en el mundo se la dejaré!

——¡Bien veo que hay un papel!— palpaba con los dedos—. Bueno, está bien; vete y quizá yo me alargue hasta el teatro, es una buena idea que has tenido. Pero, ¡corre, vete ya!

—¡Tatiana Pav1ovna, un momento! ¿Y mamá?

—Está bien.

—¿Y Andrés Petrovitch?

Ella hizo un gesto evasivo.

—Recobrará el juicio.

Me marché, animado, lleno de esperanza, aunque el resultado hubiese sido muy distinto del que yo esperaba. Pero, ¡ay!, la suerte había decidido otra cosa muy diferente, y yo no sabía to que me tenía preparado: verdad es que hay un destino en esta tierra.

II

Desde la escalera oí ruido en mi casa. La puerta del apartamiento se encontraba abierta. En el pasillo estaba un criado desconocido, vestido de librea. Pedro Hippolitovitch y su mujer, aterrados los dos, estaban también en el pasillo, en actitud de espera. La puerta del príncipe estaba abierta: en el interior resonaba una voz atronadora que reconocí inmediatamente como la de Bioring. No había dado yo dos pasos, cuando vi de repente al príncipe, todo deshecho en lágrimas, tembloroso, arrastrado por el pasillo por Bioring y su compañero, el barón R., el mismo que había ido a negociar con Versilov. El príncipe sollozaba, abrazaba y besaba a Bioring. Bioring gritaba contra Ana Andreievna que había, ella también, salido ai pasillo en seguimiento del príncipe: Bioring la amenazaba y, creo, pataleaba rabioso: en una palabra, se conducía como grosero soldado alemán, a pesar de todo «su gran mundo». Más tarde se supo que se le había ocurrido la idea de que Ana Andreievna había cometido un crimen de derecho común y debía ahora responder de su conducta ante la justicia. Por ignorancia del asunto, lo exageraba, como les pasa a muchos, y por eso se juzgaba con derecho para obrar absolutamente sin miramientos. Sobre todo, no había tenido tiempo de profundizar en el caso: lo habían avisado de todo anónimamente, como se descubrió luego *(y como mencionaré a continuación)*, y había acudido en ese estado de señor enfurecido en el que, incluso los individuos más espirituales de esa nacionalidad, sc encuentran dispuestos a veces a comportarse como traperos. Ana Andreievna había acogido todo aquel asalto con una perfecta dignidad, pero yo no fui testigo. Vi solamente que, después de haber arrastrado al anciano por el pasillo, Bioring lo dejó de pronto entre las manos del barón R. y volviéndose precipitadamente hacia Ana Andreievna, le lanzó, probablemente en respuesta a alguna observación de ella:

—Es usted una intrigante. Lo que usted quiere es su dinero. A partir de este momento, está usted deshonrada en —el mundo y responderá ante la justicia...

—Es usted quien explota a un pobre enfermo y lo ha llevado a la locura... Grita usted contra mí porque soy una mujer y no tengo a nadie que me defienda...

—¡Ah, sí!, usted es su novia, su novia —se echó a reír malvada y rabiosamente Bioring.

—Barón, barón... Chère enfant, je vous aime —sollozó el príncipe tendiendo las manos hacia Ana Andreievna.

—Vamos, príncipe, vamos, hay una conspiración contra usted, y tal vez contra su vida —exclamó Bioring.

—Oui, oui, je comprends, j'ai compris au commencement...

—Príncipe — —dijo Ana Andreievna, alzando la voz—, me ofende usted y permite que me ofendan.

—¡Fuera de aquí! —le gritó de pronto Bioring.

No pude sufrirlo.

—¡Canalla! —grité—. Ana Andreievna, ¡yo soy su defensor!

No tengo ni la intención, ni la posibilidad, de anotar todos los detalles. Fue una éscena espantosá a innoble. Perdí de repente la razón. Creo que me lancé sobre él y que le golpeé: al menos, lo empujé fuertemente. Él me golpeó también con toda su fuerza, en la cabeza, tan fuerte, que caí al suelo. Vuelto en mí, me lancé en su persecución por la escalera; recuerdo que la sangre me salía por la nariz. Ante la puerta los esperaba un coche. Mientras se instalaba al príncipe, salté al coche y, a pesar del lacayo que me apartaba, me arrojé de nuevo sobre Bioring. Ya no recuerdo cómo llegó la policía. Bioring me cogió por el cuello y ordenó imperiosamente al agente que me condujera a la comisaría. Grité que él debía ir también, para que se extendiera un proceso verbal, y que no había derecho para arrestarme casi a la puerta de mi casa. Pero, como esto pasaba en la calle y no en mi apartamiento, y como yo gritaba, juraba y me debatía como un borracho, y Bioring estaba de uniforme, el agente me llevó conducido. Pero entonces me enfurecí por completo y, resistiendo con todas mis fuerzas, golpeé, creo recordar, al agente. Luego, lo recuerdo, llegaron dos que me condujeron. Me acuerdo apenas de cómo se me introdujo en una habitación llena de humo, apestada de tabaco, en la que una multitud de individuos de todas clases, sentados o de pie, esperaban o escribían; allí también continué gritando: reclamé el proceso verbal. El asunto se complicó con resistencia y desacato a la autoridad. Por otra parte, mis vestidos estaban demasiado en desorden. De pronto alguien gritó algo contra mí. El agente mientras tanto me acusaba de pelea y hacía su informe: un coronel...

—¿Su nombre? —me gritaron.

—Dolgoruki —chillé.

—¿Príncipe Dolgoruki?

Fuera de mí, respondí con insultos muy bajos, luego... luego, recuerdo que me llevaron a un cuartito negro, «hasta que me refrescara». ¡Oh!, no protesto. Todo el mundo ha leído

recientemente en los periódicos la queja de un señor que pasó una noche entera en la comisaría, encadenado en la «habitación de los borrachos», y éste, en mi opinión, era completamente inocente; yo, por el contrario, era culpable. Me tendí en un dormitorio común, en compañía de dos individuos que dormían con un sueño de cadáveres. Me dolía la cabeza, me latían las sienes, me galopaba el corazón. Sin duda había perdido el conocimiento y deliraba. Me acuerdo únicamente de que me desperté en plena noche y me senté en el camastro. Bruscamente me acordé de todo, lo comprendí todo y, con los codos sobre las rodillas y la cabeza entre las manos, me sumergí en una profunda meditación.

¡Oh!, no voy a describir aquí mis sentimientos, no tengo tiempo para eso; anotaré solamente esto: quizá no he vivido nunca instantes más gozosos que aquellos minutos de meditación, en la noche profunda, en el camastro, en la comisaría. Esto puede parecerle raro al lector, como una fanfarronada, un deseo de brillar por mi originalidad, y sin embargo es como digo. Fue uno de esos instantes que llegan tal vez a todos los hombres, pero no más de una vez en la vida. En ese instante se decide su suerte, se fijan sus opiniones, se dice de una vez para siempre: «He ahí donde está la verdad y adonde hay que ir para encontrarla.» Sí, ese instante iluminó mi alma. Ofendido por aquel desvergonzado Bioring y contando con ser ofendido el día siguiente por aquella mujer del gran mundo, yo sabía muy bien que podía tomarme una terrible venganza, pero resolví no vengarme. Resolví, a pesar de la tentación, no revelar la existencia del documento, no hacer que el mundo lo conociera *(como la idea se agitaba ya en mi cerebro)*; me repetía que al día siguiente colocaría aquella carta delante de ella y que, si era preciso, en lugar de agradecimiento, recibiría su sonrisa burlona, pero que, a pesar de todo, no diría una sola palabra y la abandonaría para siempre... Pero es inútil insistir. En cuanto lo que sucedería al día siguiente cuando se me hiciera comparecer ante las autoridades y lo que harían conmigo, casi se me olvidó pensar en ello. Me santigüé con amor, me acosté en el camastro y me dormí con un limpio sue ño de niño.

Me desperté tarde, cuando ya era de día. Estaba ahora solo en el cuarto. Me. senté y me puse a esperar en silencio, mucho tiempo, cerca de una hora; eran sin duda las nueve poco más o menos cuando me llamaron de pronto. Habría podido entrar en muchos más detalles, pero eso no vale la pena, puesto que toda esta historia está ya pasada; me bastará con decir lo esencial. Haré constar solamente que, para gran asombro mío, se me trató con una cortesía inusitada: me hicieron unas cuantas preguntas, respondí no sé qué y me soltaron inmediatamente. Salí en silencio y leí con satisfacción en sus ojos un cierto respeto hacia un hombre que, en una situación semejante, había sabido no perder nada de su dignidad. Si yo no lo hubiese notado, no lo haría constar aquí. Delante de la puerta me aguardaba Tatiana Pavlovna. Explicaré en dos palabras por qué había salido tan bien librado.

Muy temprano, quizás a eso de las ocho, Tatiana Pavlovna había ido a mi casa, es decir, a casa de Pedro Hippolitovitch, esperando encontrar todavía allí al príncipe, y de pronto se había enterado de todos los horrores de la víspera y sobre todo de que yo estaba detenido. En un

santiamén se plantó en casa de Catalina Nicolaievna *(que ya, la víspera, al regreso del teatro, había tenido una entrevista con su padre, que acababan de traerle)*, la despertó, le metió miedo y exigió mi liberación inmediata. Provista con una carta que le facilitó, corrió en seguida a casa de Bioring y exigió inmediatamente de él otra nota para la persona competente, con el ruego de aponerme en libertad sin demora, ya que había sido detenido por error». Con esa nota, llegó al puesto de policía y su ruego fue atendido.

III

Retorno ahora al punto esencial.

Tatiana Pavlovna me agarró por el brazo, me metió en el coche y me llevó a su casa. A11í mandó preparar inmediatamente un samovar, me lavé y me arreglé en su cocina. En esa misma cocina, me dijo en voz alta que a las once y media Catalina Nicolaievna vendría a su casa, según habían quedado de acuerdo momentos antes, para verme. Entonces fue cuando María escuchó esas palabras. Un minuto después trajo el samovar, y dos minutos más tarde, cuando Tatiana Pavlovna la llamó de pronto, no respondió: había salido. Ruego al lector que lo tenga en cuenta; eran entoñces, supongo, las diez menos cuarto. Tatiana Pavlovna se enfadó por el hecho de que hubiera desaparecido sin su permiso; pero se dijo solamente que habría ido a la tienda y no perisó más en aquello. Teníamos otra cosa en qué pensar; hablábamos sin parar, porque había de qué, de forma que yo, por ejemplo, no noté, por así decirlo, la desaparición de María; le ruego al lector que se acuerde también de esto.

Ni que decir tiene que yo estaba como aturdido; exponía mis sentimientos, y sobre todo aguardábamos a Catalina Nicolaievná, y la idea de que dentro de una hora iba a encontrarme por fin con ella, y además en un instante tan decisivo de mi vida, me daba temblores. En fin, después que me hube tómado dos tazas, Tatiana Pav1ovna se levantó bruscarnente, cogió las tijeras que estaban sobre la mesa y dijo:

—Acerca el bolsillo: hay que sacar la carta. ¡No vamos a andar cortando delante de ella!

—¡Sí! —exclamé, desabrochándome mi redingote.

—¡Qué chapucería! ¿Quién ha cosido esto?

—He sido yo, Tatiana Pavlovna, yo mismo.

—Ya se ve que has sido tú. Vamos...

Sacamos la carta; el viejo sobre seguía siendo el mismo, pero dentro no había más que un papel blanco.

—¿Qué quiere decir esto? —exclamó Tatiana Pavlovna dándole vueltas en todos los sentidos—. ¿Qué te pasa?

Yo estaba en pie, con la lengua paralizada, lívido... y de pronto me dejé caer sin fuerzas sobre la silla; estuve a punto de perder el conocimiento.

—¿Qué quiere decir todo esto? —gritó Tatiana Pav1ovna—. ¿Dónde está la carta?

—¡Lambert! —exclamé de repente, dando un brinco.

Había adivinado por fin y me daba puñadas en la frente.

A toda prisa, sin aliento, se lo expliqué todo, tanto la noche pasada en casa de Lambert como nuestra conspiración de entonces; por lo demás ya le había confesado aquella conspiración la víspera.

—¡Me la han robado! ¡Me la han robado! — gritaba yo pataleando y mesándome los cabellos.

—¡Qué desgracia! —dijo de pronto Tatiana Pavlovna, comprendiendo de lo que se trataba

—. ¿Qué hora es?

Eran cerca de las once.

—Y María que no está aquí. ¡María, María!

—¿Qué desea la señora? —respondió de pronto Matía desde el fondo de la cocina.

—¿Estás ahí? Pero ¿qué hacer ahora? Voy a ir en un salto a su casa... ¿Y tú, idiota, idiota!

—¡Yo voy a casa de Lambert! —aullé—, ¡y lo estrangularé si es necesario!

—¡Señora! —dijo de pronto María desde su cocina—, hay aquí una persona que quiere verla.. No había terminado su frase cuando la «persona» hizo irrupción por su cuenta, con gritos y lamentos. Era Alphonsine. No describiré la escena en todos sus detalles; realmente era una escena teatral: engaño y mentira, pero hay que hacer notar que Alphonsine la representó a las mil maravillas.Con llantos de arrepent¡m¡ento y gestos frenéticos, contó *(en francés, naturalmente)* que la carta había sido ella quien la había robado, que la tenía ahora Lambert y que Lambert, de acuerdo con aquel «bandido», cet homme noir, quería atraer a su casa a madarne la générale y matarla, inmediatamente, dentro de una hora... que ella se había enterado de todo por boca de los dos y que se había sentido presa de un miedo terrible, al ver que tenían en las manos una pistola, un pistolet, y que había corrido aquí, a nuestra casa, para que fuéramos a11í, para que la salváramos, para que la avisáramos... Cet homme noir...

En resumen, todo aquello era extremadamente verosímil, e incluso la estupidez de ciertas explicaciones de Alphonsine aumentaba la verosimilitud.

—¿Qué homme noir? —gritó Tatiana Pavlovna.

—Tiens, j'ai oublié son nom... Un homme affreux... —Tiens,

Versiloff .

—¡Versilov, es imposible! . —exclamé.

—¡Pues no, es muy capaz! —gritó Tatiana Pavlovna—. Pero dime, jovencita, sin dar saltos, sin mover los brazos, ¿qué es lo que ellos quieren hacer?

Explicate razonablemente: no puedo creer que quieran tirar sobre ella...

La «jovencita» explicó lo que sigue *(nota: todo esto no era más que mentira, lo advierto una vez más)*: Versilov se quedará detrás de la puerta, y Lambert, en cuanto ella entre, le mostrará cette lettre, y entonces Versilov saltará, y ellos... Oh!, ils feront leur vengance! Y ella, Alphonsine, teme una desgracia, porqué ha sido cómplice y cette dame, la générale, vendrá seguramente, «en seguida, en seguida» , porque ellos le han enviado copia de la carta y ella verá

inmediatamente que ellos son verdaderamente los detentadores del original, por tanto ella vendrá; pero es Lambert sólo quien le ha escrito la carta; ella no sabe nada de Versilov; Lambent se ha presentado como una persona llegada de Moscú de parte d'une dame de Moscou *(nota: ¡Maria Ivanovna!)*.

—¡Ah!, me duele el corazón. ¡Me encuentro mal! —exclamó Tatiana Pavlovna.

—Sauvex —la, suuvex— la! —gritó Alphonsine.

Ciertamente, incluso a primera vista, había en esta noticia insensata algo incoherente, pero no había tiempo de reflexionar en eso, porque en efecto todo era horriblemente verosímil. Hasta se podia suponer, con mucha verosimilitud, que Catalina Nicolaievna, habiendo recibido la invitación de Lambert, pasaría primero por nuestra casa, por casa de Tatiana Pavlovna, para aclarar la cosa; pero esto también podia muy bien no suceder, ¡y ella podia ir directamente a casa de ellos, y entonces estaba perdida! Era sin embargo difícil creer que se lanzara así a casa de un desconocido como Lambert, a la primera llamada de éste; pero de todas formas eso también podia suceder, por ejemplo después de haber visto la copia y haberse convencido de que su carta estaba realmente en casa de ellos, y entonces sería una catástrofe. Y sobre todo, no nos quedaba ni un minuto que perder, ni para reflexionar.

—¡Y Versilov la estrangulará! ¡Si ha llegado hasta a confa bularse con Lambert, seguramente la estrangulará! ¡Es el doble! —exclamé yo.

—¡Ah, ese «doble»! —dijo Tatiana Pavlovna retorciéndose las manos—. Vamos, no hay nada que hacer —decidió de pronto—; coge tu gorro y tu pelliza y vámonos juntos. Condúcenos, jovencita. ¡Ah, qué lejos está! Maria, Maria, si Catalina Nicolaievna viene, dile que vuelvo en seguida, que se siente y que me espere, y, si no quiere esperarme, cierra la puerta con llave y retenla a la fuerza, dile que soy yo quien lo manda. Habrá cien rublos para ti, Maria, si me haces este servicio.

Nos lanzamos por la escalera. Sin ninguna duda, no había nada mejor que hacer, porque en todo caso el mal principal residía en casa de Lambert y, si Catalina Nicolaievná venía en efecto primero a casa de Tatiana Pavlovna, Maria podría retenerla. Sin embargo, Tatiana Pavlovna, que ya había llamado a un cochero, cambió de pronto de parecer:

—¡Ve con ella! —me ordenó, dejándome con Alphonsine—. Y muere si es preciso, ¿comprendes? Yo iré a buscarte, pero antes ire en un salto a casa de ella, quizá la encuentte allí, porque, ¡por mucho que digas, tengo sospechas!

Y voló a casa de Catalina Nicolaievna. Alphonsine y yo corrimos a casa de Lambert. Le di prisa al cochero y al mismo tiempo continué haciéndole preguntas a Alphonsine, pero ésta no respondía más que con exclamaciones y finalmente con lá grimas. Pero Dios velaba y nos protegió a todos, en el momento en que todo estaba colgado de un hilo. No habíamos hecho ni la cuarta parte del camino, cuando de repente oí un grito a mis espaldas: me llamaban por mi nombre. Me volví: era Trichatov, que nos alcanzaba en coche.

——¿Adónde va usted?— gritaba con aire espantado—. ¡Y con ella, con Alphonsine!

—¡Trichatov! —le grité—. ¡Tuvo usted razón: una desgracia! ¡Voy a casa de ese canalla de Lambert! ¡Vayamos juntos, así habrá más gente!

—¡Vuelva, vuelva inmediatamente! — —gritó Trichatov— Lambert miente y Alphonsine miente también. Me envía el picado de viruelas. Ellos no están en casa: acabo de encontrarme con Versilov y Lambert; han ido a casa de Tatiana Pavlovna... están ya a11í...

Detuve el coche y salté al de Tricnatov. No comprendo cómo pude tomar tan de repente esa decisión, pero de repente lo creí y de repente me decidí. Alphonsine lanzó gritos terribles, pero nosotros la dejamos a ignoro si nos siguió o si volvió a su casa; en todo caso no la volví a ver.

En el coche, Trichatov me contó, mal que bien y jadeando, que había montada toda una trampa, que Lambert se había puesto de acuerdo con el picado de viruelas, pero que éste lo había traicionado en el último minuto y acababa de enviarlo a él, a Trichatov, a casa de Tatiana Pavlovna, para advertirla que no creyese a Lambert ni a Alphonsine. Añadió que él no sabía nada más, porque el picado de viruelas no le había dicho otra cosa; no había tenido tiempo, porque por su parte tenía prisa y todo aquello era urgente. «He visto - continuó Trichatov - como usted salía y he corrido detrás. » Era evidente que aquel picado de viruelas ebtaba enterado también de todo, puesto que había enviado a Trichatov directamente a casa de Tatiana Pavlovna; pero aquello constituía un nuevo enigma.

Para que no haya ccmfusión en las ideas, antes de describir la catástrofe, explicaré toda la verdad auténtica y anticiparé una vez más.

IV

Después de haber robado la carta, Lambert se había puesto en contacto con Versilov. El cómo Versilov había podido ponerse de, acuerdo con Lambert, no lo diré todavía; eso llegará más tarde; en todo caso era siempre «el doble». Pero, una vez aliado con Versilov, Lambert tenía que atraer lo más diestramente posible a Catalina Nicolaievna. Versilov le decía rotundamente que ella no acudiría. Pero, después que, la antevíspera por la tarde, se había encontrado conmigo en la calle y, para jactarme, le había declarado que restituiría la carta en casa de Tatiana Pavlovna y en presencia de Tatiana Pavlovna, Lambert, desde aquel mismo instante había organizado una especie de vigilancia -sobre el apartamiento de Tatiana Pav1ovna: ha bía comprado a María. Le había dado veinte rublos; a continuación, al día siguiente, una vez realizado el robo, le había hecho una segunda visita y entonces se había puesto de acuerdo definitivamente con ella, prometiéndole por sus servicios doscientos rublos.

He ahí por qué María, en cuanto oyó que a las once y media Catalina Nicolaievna estaría en casa de Tatiana Pavlovna y que yo estaría también, había salido inmediatamente de la casa y corrido en coche a llevarle la noticia a Lambert. Eso era precisamente lo que ella tenía que comunicarle a Lambert, en eso consistían sus servicios. Justamente Versilov se encontraba en aquel momento en casa de Lambert. En un abrir y cerrar de ojos imaginó aquella infernal combinación. Se dice que los locos tienen sus momentos de horrible lucidez.

La combinación consistía en atraernos a los dos, a Tatiana y a mí, fuera de la casa de aquélla a toda costa, aunque se tratase sólo de un cuarto de hora, pero antes de la llegada de Catalina Nicolaievna. En seguida, esperar en la calle y, en cuanto Tatiana Pavlovna y yo saliéramos, penetrar en el apartamiento que María les abriría, y esperar a11í a Catalina Nicolaievna. Durante ese tiempo, Alphonsíne debía retenernos con todas sus fuerzas donde quisiera y como quisiera. Ahora bien, Catalina Nicolaievna debía llegar, como lo había prometido, a las once y media, por consiguiente mucho antes de que nosotros pudiésemos estar de vuelta. (Naturalmente, Catalina Nizolaievna no había recibido la menor invitación de Lambert, y Alphonsine había mentido: toda esa historia, era Versilov quien la había inventado en todos sus detalles; Alphonsine representaba solamente el papel del traidor asustado.) Evidentemente, corrían un riesgo, pero el razonamiento era acertado: «Si eso da resultado, es perfecto; si no, tampoco se pierde nada puesto que tenemos el documento.» Pero la cosa dio resultado y no podía dejar de darlo, puesto que nosotros no teníamos más remedio que correr en seguimiento de Alphonsine, en virtud de esta sola suposición: « ¡Y si fuera verdad! » Lo repito: no teníamos tiempo para razonar.

V

Hicimos irrupción, Trichatov y yo, en la cocina, y encontramos a María presa de terror. Se había quedado espantada cuando, al hacer entrar a Lambert y Versilov, vio de pronto en manos del primero un revólver. Desde luego, había acepta do el dinero, pero lo del revólver no entraba en sus cálculos. Estaba perpleja, y, en cuanto me vio, se lanzó a mí:

—¡Ha venido la generala, y ellos tienen una pistola!

—Trichatov, quédese usted aquí en la cocina —ordené—. En cuanto grite, acuda en mi ayuda con toda su fuerza.

María me abrió la puerta del pasillo y me deslicé en la habitación de Tatiana Pavlovna, aquel cuartito donde no había sitio más que para 1a cama de Tatiana Pavlovna, y donde yo una vez había escuchado por casualidad una conversación. Me senté en la cama y descubrí inmediatamente una rendija en la cortina.

En la habitación había ya ruido, y se hablaba en voz alta; haré observar que Catalina Nicolaievna había entrado exactamente un minuto después que ellos. Aquel ruido y esas conversaciones yo los había oído ya desde la cocina; los gritos procedían . de Lambert. Ella estaba sentada en el diván, y él, plantado delante de ella, gritaba como un idiota. Ahora ya sé por qué habia perdido tan estupidamente su sangre fría: tenía prisa, temía que los sorprendieran; más tarde explicaré quién era la persona a la que temía. Tenía la carta en la mano. Pero Versilov no estaba en la habitación; yo me preparaba a saltar al primer asomo de peligro. Registro únicamente el sentido de las conversaciones; hay quizá muchas cosas que no recuerdo bien, pero yo estaba entonces demasiado impresionado para retenerlo todo con la debida precisión.

—¡Esta carta vale treinta mil rublos, y usted se asombra! ¡Vale cien mil y no pido más que treinta! —dijo Lambert en alta voz y acalorándose terriblemente.

Catalina Nicolaievna, aunque visiblemente asustada, lo miraba con una sorpresa desdeñosa.

—Veo que es una trampa, y no comprendo nada de esto —dijo—, pero si es verdad que tiene usted esa carta...

—¡Tenga, hela aquí, mírela, mírela! ¿No es ésta? ¡Un billete de treinta mil, ni un copec menos! —la interrumpió Lambert.

—No llevo dinero encima.

—Escriba usted un pagaré, he aquí papel. En seguida irá usted a buscar el dinero, y esperaré, pero no más de una semana. Cuando traiga usted el dinero le devolveré el pagaré con la carta.

—Me habla usted con un tono muy raro. Está equivocado. Hoy mismo le quitarán ese documento, si presento denuncia.

—¿A quién? ¡Ah, ah! ¿Y el escándalo? ¿Y la carta que le enseñaremos al príncipe? ¿Dónde me la van a coger? No guardo documentos en mi casa. Haré que se la enseñe al príncipe una tercera persona. No se obstine, señora, déme las gracias por pedir tan poco, otro cualquiera en mi lugar pediría además determinados servicios... usted sabe cuáles... esos que ninguna mujer bonita rehúsa en un caso de apuro, esos mismos... ¡Ja, ja, ja! Vous êtes belle, vous!

Catalina Nicolaievna no dio más que un salto, enrojeció de la cabeza a los pies... y le escupió a la cara. En seguida, se dirigió rápidamente hacia la puerta. Entonces aquel imbécil de Lambert sacó su revólver. Como idiota congénito que era, creía ciegamente en el efecto que produciría el documento, es decir, que no había considerado con quién tenía que habérselas, justamente porque, como ya he dicho, suponía en todo el mundo los mismos sentimientos innobles que él tenía por su parte.

Desde las primeras palabras la había irritado con su grosería, siendo así que ella tal vez no hubiese rehusado una transacción financiera.

—¡No se mueva! —aulló él, todo furioso por el salivazo, cogiéndola por un hombro y enseñándole el revólver, evidentemente para meterle miedo.

Ella lanzó un grito y se dejó caer en el diván. Yo me lancé hacia la habitación; pero, en aquel mismo instante, por la puerta del pasillo entró Versilov. *(Estaba a11í esperando.)* Apenas había tenido yo tiempo de lanzar una ojeada, cuando le arrancó el revólver a Lambert y con todas sus fuerzas le dio unos golpes en la cabeza. Lambert vaciló y cayó sin conocimiento; la sangre salía a raudales de su cráneo manchando la alfombra.

Ella,. al divisar a Versilov, se puso de pronto pálida como una mortaja; lo miró algunos instantes fijamente, con un espanto indecible, y de pronto cayó desmayada. Se lanzó sobre ella. Todo eso, me parece verlo aún. Me acuerdo de haber visto con espanto el rostro rojo, casi carmesí, de Versilov, y sus ojos encarnizados. Creo que, aun viéndome y todo en la habitación, no me había reconocido. La cogió, inani mada, la levantó con una fuerza increíble, la tomó en sus brazos tan fácilmente como si fuera una pluma, y, con un aire insensato, se puso a pasearla

por la habitación como a un niño. La habitación era minúscula, pero él erraba de un rincón a otro, sin comprender por qué obraba así. En el espacio de un instante, había perdido la razón. La miraba siempre, miraba su rostro. Yo corría detrás de él: me daba miedo sobre todo del revólver, que él se había olvidado en la mano derecha y que tenía pegado a la cabeza de ella. Pero me rechazó una vez con el codo, otra vez con el pie. Yo quería llamar a Trichatov, pero temía también irritar al loco. Por fin, corrí de golpe la cortina y le supliqué que la depositara en la cama. É1 se acercó y la soltó, pero se plantó delante de ella, la miró a los ojos un minuto, fijamente, y de improviso, agachándose, besó por dos veces sus labios pálidos. Comprendí por fin que estaba decididamente fuera de sí. De pronto blandió contra ella el revó1ver, pero, como si una idea se le hubiese ocurrido súbitamente, lo empuñó por la culata y le apuntó a la cabeza. Instantáneamente, con todas mis fuerzas, le cogí el brazo y llamé a Trichatov. Me acuerdo de que los dos luchamos contra él, pero que consiguió zafarse el brazo y tirar sobre sí mismo. Había querido matarla, y matarse a continuación. Pero, como nosotros le habíamos impedido que la matara, dirigió el revólver derechamente contra su propio corazón. Pero yo tuve tiempo de tirarle del brazo para arriba, y la bala se le alojó en el hombro. En áquel instante, un grito: ¡Tatiana Pav1ovna hizo irrupción! Pero él estaba ya tendido sobre la alfombra, sin conocimiento, al lado de Lambert.

Capítulo xiii conclusion

✦

I

Desde aquella escena, han pasado cerca de seis meses; mucha agua ha corrido bajo los puentes, muchas cosas han cambiado por completo y para mí ha empezado una vida nueva... Pero voy a liberar, también yo, al lector.

Para mí al menos, la primera pregunta, tanto entonces como mucho tiempo después, fue ésta: ¿cómo pudo Versilov áliarse con un Lambert y qué meta tenía entonces a la vista? Poco a poco, llegué a una cierta explicación: a mi juicio, Versilov, en aquel momento, es decir, durante toda aquella última jornada y la víspera, no podía tener en absoluto ningún propósito firme e incluso, lo creo a pies juntillas, no razonaba en absoluto, sino que se encontraba bajo la influencia de no sé qué torbellino de sentimientos. Por lo demás, no admito en él verdadera locura, tanto más cuanto que tampoco hoy está loco en lo más mínimo. Pero la existencia del «doble», la admito sin vacilar. ¿Qué es en el fondo el doble? El doble, a lo menos según el libro de medicina de un experto que, más tarde, he leído expresamente, no es otra cosa sino el primer grado de un serio desarreglo mental que puede conducir a un final bastante lamentable. El mismo Versilov, cuando la escena en casa de mamá, nos había explicado, con una espantosa sinceridad, aquel «desdoblamiento» de sus sentimientos y de su voluntad. Pero, lo repito una vez más, aquella escena en casa de mamá, aquel icono roto, todo eso se produjo indiscutiblemente bajo el influjo de un verdadero doble, y sin embargo siempre me pareció desde entonces que a11í se mezclaba una cierta alegoría malévola, una especie de odio hacia la espera de las mujeres, una especie de maldad respecto a sus derechos y a su juicio, y fue entonces cuando, de acuerdo con el doble, rompió la imagen. Una manera de decir: « ¡Así quedará rota vuestra esperanza! » En una palabra, había el doble, había también una simple picada... Pero todo esto no es más que mi conjetura; es difícil de decidir a ciencia cierta.

A pesar de su culto por Catalina Nicolaievna, él siempre había conservado una desconfianza sincera y profunda con respecto a sus cualidades morales. Creo que lo que él esperaba entonces, detrás de la puerta, era que ella se humillase delante de Lambert. Pero, aun esperándolo, ¿lo deseaba? Lo repito una vez más: creo firmemente que él no deseaba nada en absoluto y que ni siquiera razonaba. Tenía ganas simplemente de estar a11í, de lanzarse a continuación, de decirle no importa qué... quizá de ultrajarla, quizá también de matarla... En aquel momento, todo era posible; solamente que, al llegar con Lambert, él no sabía nada de to que iba a pasar. Añadiré que el revólver pertenecía a Lambert y que él, por su parte, había venido sin armas. Viendo la

orgullosa dignidad de ella y, sobre todo, no pudiendo soportar la grosería de Lambert que la amenazaba, se lanzó, y fue entonces cuando perdió la razón. ¿Quería él tirar sobre ella en aquel momento? A mi entender, él mismo no sabía nada de aquello, pero seguramente habría tirado si nosotros no le hubiésemos sujetado el brazo.

Su herida no era mortal. Se curó, pero después de estar mucho tiempo en cama, naturalmente en casa de mamá. Ahora que escribo estas líneas, estamos en primavera. Es a mediados de. mayo, el día es espléndido, y nuestras ventanas están abiertas. Mamá está sentada al lado de él, él le acaricia las mejillas y los cabellos y la mira a los ojos con enternecimiento. No es más que una mitad del Versilov de otros tiempos; ahora no deja nunca a mamá y ya no la dejará más. Incluso ha recibido « el don de lágrimas», según la expresión del inolvidable Makar Ivanovitch en su historia del comerciante; por lo demás, me parece que Versilov vivirá mucho tiempo. Con nosotros, es ahora totalmente sencillo y sincero como un niño, sin perder por otra parte la mesura ni la reserva, y sin decir nada de más. Ha conservado toda su inteligencia y todo su carácter moral, aunque todo lo que había en él de ideal se haya hecho todavía más saliente. Diré con franqueza que nunca lo he querido tanto como hoy que lamento no tener tiempo ni ocasión para hablar de él más extensamente. Sin embargo contaré una historia reciente *(hay muchísimas)*: Cuando llegó la cuaresma, estaba ya curado y a la sexta semana dijo que comulgaría *(149)*. No lo hacía desde unos treinta años atrás, creo, o más. Mamá era dichosa; no se preparaban más que platos de vigilia, pero bastante caros y delicados. Desde la habitación vecina, yo lo oía cantar, el lunes y el martes: «He aquí el novio que viene», y entusiasmarse con la tonada y con la letra. Aquellos dos días habló admirablemente y en varias ocasiones de la religión; pero el miércoles todo quedó interrumpido. Fue asaltado por una brusca irritación, «un contraste divertido», como él decía riendo. Algo le había desagradado en la actitud del sacerdote, en el ambiente; en todo caso, al volver a casa, dijo de repente, con una dulce sonrisa: «Amigos míos, yo amo mucho a Dios, pero no estoy preparado para eso.» El mismo día, en la comida, se sirvió carne asada. Pero yo sé que con frecuencia, ahora todavía, mamá se sienta a su lado, y con voz dulce, con una dulce sonrisa, aborda con él los temas más abstractos: ahora está poseída de no sé qué audacia frente a él; cómo haya sucedido esto, lo ignoro. Se sienta a su lado y le habla, por lo general en voz baja. Él escucha con una sonrisa, le acaricia los cabellos, le besa las manos, y la más perfecta felicidad brilla en su rostro. Tiene algunas veces crisis casi histéricas. Entonces coge su fotografía, la que besaba aquella famosa noche, la mira con lágrimas, la besa, se acuerda y nos llama a todos, pero en esos momentos habla poco... Parece haber olvidado completamente a Catalina Nicolaievna, no la ha nombrado ni una sola vez. De su casamiento con mamá no se ha tratado todavía. Se quería, durante el verano, llevarlo al extranjero; pero Tatiana Pavlovna insistió para que no se hiciera nada de eso, y por otra parte tampoco él ha querido. Pasarán el verano en el campo, en algún sitio del distrito de Petersburgo. A propósito, de momento vivimos todos a costa de Tatiana Pavlovna. Añadiré una cosa: a lo largo de todas estas memorias me he desesperado por haberme permitido con frecuencia tratar a esta persona

con irreverencia y altivez. Pero he escrito describiéndome demasiado exactamente tal como yo era en cada uno de los momentos relatados. Después de haber terminado, escrita la última línea, he sentido de pronto que me había reeducado a mí mismo, precisamente por este proceso de rememoración y registro de mis recuerdos. Reniego de no pocas de las cosas que he escrito,. y sobre todo del tono de ciertas frases o páginas, pero no quiero borrar ni corregir una sola palabra.

He dicho que él no habla ya en absoluto de Catalina Nicolaievna; creo incluso que está completamente curado. De Ca talina Nicolaievna, los únicos que hablamos a veces somos Tatiana Psvlovna y yo, y, para eso, en secreto. Catalina Nico laievna está ahora en el extranjero; la vi antes de su marcha y estuve varias veces en su casa. Del extranjero he recibido ya dos cartas de ella, las cuales he contestado. Del contenido de estas cartas y de los temas que tratamos al despedirnos antes de su partida, no diré nada: es una historia distinta, completamente nueva y que tal vez está todavía del todo en el porvenir. Incluso con Tatiana Paviovna hay ciertos temas que no abordo; pero basta. Añadiré solamente que Catalina Nicolaievna no se ha casado y que viaja con Pelitchev. Su padre ha muerto, y ella es la más rica de las viudas. Se encuentra actualmente en París. Su ruptura con Bioring se produjo rápidamente y por sí misma, es decir, de la manera más natural del mundo. Por lo demás, contaré esto.

La mañana de la terrible escena, el picado de viruelas, aquel mismo en cuya casa habían estado Trichatov y su amigo, había tenido tiempo de advertir a Bioring de la trampa que se preparaba. He aquí cómo se hizo eso: a pesar de todo, Lambert lo había convencido para que tomara parte y, ya en posesión del documento, le había comunicado todos los detalles y todas las circunstancias de la empresa, y por fin los últimos detalles de su plan, es decir, la combinación imaginada por Versilov para engañar a Tatiana Pavlovna. Pero, en el mo mento decisivo, el picado de viruelas prefirió traicionar a Lambert, porque aquél era el más razonable de todos y preveía en estos otros proyectos la posibilidad de un crimen. Y sobre todo, iuzgaba el agradecimiento de Bioring infinitamente más seguro que el plan fantástico de un Lambert, acalorado y torpe, y de un Versilov casi loco de pasión. De todo esto me he enterado más tarde por Trichatov. A propósito, ignoro y no comprendo las relaciones que existían entre Lambert y el picado de viruelas y por qué Lambert no podía pasarse sin él. Pero para mí, la pregunta más curiosa es ésta: ¿Qué necesidad tenía Lambert de Versilov, siendo así que, poseyendo ya el documento, podía prescindir perfectamente de su concurso? Ahora, la respuesta está clara: tenía necesidad de Versilov primeramente porque éste conocía las circunstancias, y sobre todo tenía necesidad de él en caso de alarma o de desgracia, para echarle encima todas las responsabilidades. Ahora bien, como Versilov no tenía necesidad de dinero, Lambert juzgó su concurso extremadamente útil. Pero Bioring no llegó en el momento deseado. Llegó solamente una hora después del disparo, cuando el apartamiento de Tatiana Pavlovna presentaba ya un aspecto completamente distinto. En efecto, cinco minutos después de haber caído Versilov sobre la alfombra todo ensangrentado, Lambert se incorporó y se levantó, cuando todos lo

creíamos muerto. Con asombro, lanzó una ojeada circular, lo comprendió todo inmediatamente y se dirigió a la cocina sin decir palabra, se puso la pelliza y desapareció para siempre. El «documento» había quedado sobre la mesa. He oído decir que ni siquiera estuvo enfermo, apenas un poco molesto; el golpe lo había derribado y había provocado un derramamiento de sangre, sin entrañar ningún daño. Sin embargo, Trichatov había corrido ya a llamar al médico; pero antes de la llegada del doctor, Versilov había recobrado el sentido, y, todavía antes que él, Tatiana Pavlovna había conseguido volver a la vida a Catalina Nicolaievna y la había llevado a su casa. Así, pues, cuando Bioring hizo irrupción a11í, en casa de Tatiana Pavlovna no estábamos más que yo, el doctor, Versilov herido y mamá enferma, pero llegaba fuera de sí, avisado por el mismo Trichatov. Bioring nos miró con asombro y en cuanto se enteró de que Catalina Nicolaievna se había ido ya, se dirigió a casa de ella sin haber pronunciado una sola palabra ante nosotros.

Estaba turbado; veía claramente que a continuación el escándalo y la publicidad eran casi inevitables. Sin embargo, no hubo gran escándalo, sólo corrieron algunos rumores. Desde luego fue imposible ocultar lo del disparo; pero toda la historia, en su parte esencial, permaneció poco más o menos igno rada; la encuesta estableció solamente que un cierto V..., enamorado, por lo demás casado y casi cincuentón, en un acceso de pasión y en el momento en que declaraba esa pasión a una persona digna del mayor respeto, pero que no compartía en forma alguna sus sentimientos, se había disparado un tiro en un ataque de locura. No se supo nada más, y en esa forma la noticia pasó oscuramente por los periódicos, sin nombres. con sólo las iniciales. Sé por ejemplo que a Lambert no lo molestaron lo más mínimo. Sin embargo, Bioring, que sabía la verdad, concibió gran temor. Como por casualidad, se había enterado de pronto de la entrevista que había tenido lugar entre Catalina Nicolaievna y Versilov, enamorado de ella, dos días antes de la catástrofe. Se enfureció por eso y se permitió bastante imprudentemente hacerle la observación a Catalina Nicolaievna de que, después de aquello, no le asombraba que pudiesen ocurrirle historias tan fantásticas. Catalina Nicolaievna lo despidió inmediatamente, sin cólera pero sin vacilación. Todo su prejuicio sobre la conveniencia de un matrimonio con aquel hombre se desvaneció como humo de paja. Quizá, mucho tiempo antes, había ya calado quién era el individuo; quizá también, después de la sacudida experimentada, algunos de sus puntos de vista y de sus sentimientos habían cambiado bruscamente. Pero, en cuanto a eso, también me callo. Añadiré tan sólo que Lambert desapareció de Moscú y que me he enterado de que lo han cogido en otro asunto. En cuanto a Trichatov, hace ya muchísimo tiempo, casi desde aquella época, que lo he perdido de vista, a pesar de todos los esfuerzos que continúo haciendo para encontrar su rastro. Desapareció después de la muerte de su amigo «el gran tonto»: éste se saltó la tapa de los sesos.

II

He mencionado la muerte del viejo príncipe Nicolás Iva novitch. Este bondadoso y simpático anciano murió poco despues del acontecimiento, aproximadamente un mes después, de noche, en su cama, de un ataque de apoplejía. Desde el día que había pasado en mi alojamiento, yo no lo había vuelto a ver. Se contaba de él que en el curso de aquel mes se había hecho infinitamente más sensato, incluso más serio, que no tenía ya miedo y no lloraba más, y hasta que no había pronunciado en todo ese tiempo una sola palabra sobre Ana Andreievna. Todo su amor se había volcado sobre su hija. Catalina Nicolaievna, justamente una semana antes de la muerte de él, le había propuesto mandarme a buscar, para distraerlo, pero él había fruncido las cejas: registro el hecho sin otra explicación. Sus tierras se encontraron en buen estado y, además, había un capital muy importante. Una tercera parte aproximadamente de este capital se debía, de acuerdo con el testamento del anciano, distribuir entre sus innumerables ahijadas; pero pareció muy asombroso a todo el mundo que Ana Andreievna no fuera ni siquiera mencionada en ese testamento: su nombre estaba ausente. He aquí sin embargo lo que sé, como un hecho absolutamente cierto: unos días sólo antes de su muerte, el anciano, que había hecho llamar a su hija y a sus amigos, Pelitchev y el príncipe V..., ordenó a Ca talina Nicolaievna que, en el caso posible de su muerte próxima, cediera de ese capital a Ana Andreievna una parte de sesenta mil rublos. Expresó su voluntad de manera clara, breve y precisa, sin permitirse una sola exclamación ni rángún comentario. Después de su muerte, cuando todo fue puesto en claro, Catalina Nicolaievna informó a Ana Andreievna, por mediación de su procurador, que podía cobrar esos sesenta mil cuando quisiera; pero Ana Andreievna, secamente y sin palabras inútiles, rehusó el ofrecimiento: se negó a cobrar el dinero, a pesar de todas las aseveraciones de que tal era efectivamente la voluntad del príncipe. El dinero está siempre esperándola, a incluso ahora Catalina Nicolaievna confía en que cambiará de parecer; pero no habrá nada de esto, y lo sé con toda seguridad, pues soy hoy uno de los pocos conocidos y amigos más íntimos de Ana Andreievna. Su negativa ha hecho algún ruido y se ha hablado de ella. Su tía Fanariotova, al principio descontenta por su escándalo con el viejo príncipe, ha cambiado de pronto de opinión y, después de su negativa a aceptar el dinero, le ha manifestado solemnemente su respeto. Por el contrario, su hermano se ha enfadado definitivamente con ella a causa de esa misma negativa. Pero aunque yo vaya con frecuencia a casa de Ana Andreievna, no podría decir que tengamos una gran intimidad. Del pasado no hablamos en absoluto; me recibe con mucho gusto, pero me habla un poco abstraída. Entre otras cosas me ha declarado con firmeza que se iría con mucho gusto a un convento; de esto no hace mucho tiempo; pero no la creo y no veo en eso más que una frase amargada.

Pero la palabra «amargada» debo pronunciarla sobre todo a propósito de mi hermana Lisa. La suya sí que es desgracia, y ¿qué son todos mis fracasos al lado de su amargo destino? Primero, el príncipe Sergio Petrovitch no se curó y, antes del juicio, murió en el hospital. Murió antes que el príncipe Nicolás Ivanovitch. Lisa se quedó sola, con su hijo por venir- No lloraba y

parecía incluso tranquila; se hizo dulce, sumisa; pero todo el antiguo ardor de su corazón estaba como enterrado en el fondo de ella misma. Ayudaba humildemente a mamá, cuidaba a Andrés Petrovitch enfermo, pero se hizo terrible mente taciturna, no queriendo mirar a nada ni a nadie, como si todo le diese igual, como si pasara indiferente junto a todo. Cuando Versilov estuvo mejor, ella comenzó a dormir mucho. Yo le traía libros, pero ella no los leía; enflaqueció hasta causar miedo. No me atrevía a consolarla, aunque con frecuencia fuese con aquella intención; pero en su presencia sentía una especie de dificultad en aproximarme a ella y no me acudían las palabras para tratar de aque l tema. Aquello duró casi hasta que ocurrió un terrible accidente: se cayó por la escalera, no de muy alto, de tres peldaños solamente, pero abortó y su enfermedad se arrastró durante casi todo el invierno. Ahora ya está levantada, pero su salud tardará mucho en recuperarse del todo después de semejante golpe. Con nosotros, como siempre, se muestra silenciosa y pensativa, pero con mamá ha empezado de nuevo a hablar un poco. Todos estos últimos días hemos tenido un maravilloso sol de primavera, alto y claro; me acordaré siempre de aquella mañana soleada, en el otoño último, en que los dos, Lisa y yo, nos paseábamos juntos, los dos gozosos y llenos de esperanza, encariñadísimos el uno con el otro. ¡Ay!, ¿qué ha pasado después? Yo no me quejo, para mí ha empezado una vida nueva, pero ¿y ella? Su porve nir es un enigma, y no puedo mirarla sin dolor.

Hace tres semanas conseguí sin embargo ínteresarla al hablarle de Vassine. Por fin lo han soltado y lo han puesto definitivamente en libertad. Se dice que este hombre lleno de sentido común ha proporcionado las explicaciones más detalladas y los datos más interesantes, que lo han justificado por entero en la opinión de la gente de la que dependía su suerte. Por lo demás, su famoso manuscrito no ha resultado ser más que una traducción del francés, materiales que él reunía exclusivamente para su uso, contando con sacar de eso más tarde un documentado artículo para una revista. Ahora se ha marchado para la provincia de... En cuanto a su suegro Stebelkov, está todavía en prisión por su asunto, que, por lo que sé, no hace más que crecer y complicarse. Lisa se ha enterado de esas noticias sobre Vassine con una sonrisa extraña, y me ha hecho observar que eso era lo que tenía que pasarle. Pero por lo visto está contenta: sin duda, de que la intervención del difunto príncipe Sergio Petrovitch no haya perjudicado a Vassine. De Dergatchev y de los demás, no tengo nada que decir aquí.

He terminado. Algunos lectores querrían tal vez saber un poco más:. ¿qué ha pasado con mi «idea», cuál es esta nueva vida que ha empezado para mí y de la que hablo tan misteriosamente? Pero esta nueva vida, esta vía nueva que se abre ante mí, es justamente mi «idea», la misma que antiguamente, pero bajo una forma completamente distinta, hasta el punto de que ya no se la puede reconocer. Todo esto no puede entrar en estas memorias, porque es una cosa completamente diferente. La vida antigua ha acabado y la nueva no hace más que empezar. Añadiré sin embargo lo indispensable. Tatiana Pavlovna, mi amiga sincera y querida, me insta casi todos los días a que ingrese a toda costa y lo antes posible en la Universidad: «Luego, cuando hayas terminado tus estudios, decidirás lo que has de hacer. De

momento, termina tus estudios.» Confieso que esta proposición me da qué pensar, pero ignoro totalmente la decisión que tomaré. Le he objetado sin embargo que ahora ni siquiera tengo derecho a estudiar, porque debo trabajar para mantener a mamá y a Lisa; pero ella me ofrece su fortuna y me asegura que eso será suficiente para todo el tiempo que duren mis estudios. He resuelto finalmente pedirle consejo a alguien. Después de haber mirado atentamente en torno, he escogido a ese hombre con cuidado y crítica. Se trata de Nicolás Semenovitch, mi antiguo maestro en Moscú, el marido de María Ivanovna. No es que yo tenga una necesidad tal de consejos; pero he tenido sencillamente unas ganas irresistibles de conocer la opinión de ese egoísta absolutamente fuera de todo a incluso un poco frío, pero indiscutiblemente inteligentísimo. Le he enviado todo mi manuscrito, pidiéndole el secreto, porque todavía no se to había enseñado a nadie, desde luego en forma alguna a Tatiana Pavlovna. El manuscrito me ha sido devuelto quince días más tarde, acompañado por una carta bastante larga. Daré solamente algunos extractos de esa carta, porque encuentro en ella una cierta opinión general que tiene un valor explicativo. He aquí esos extractos.

III

«... Mi inolvidable Arcadio Makarovitch, nunca ha podido usted emplear más útilmente sus ocios pasajeros que como lo ha hecho ahora escribiendo esas memorias. Por decirlo así, se ha equipado de esa forma con un reflexivo ajuste de cuentas de sus primeros pasos, tormentosos y arriesgados, en la carrera de la vida. Creo firmemente que esa exposición le ha permitido en efecto, en muchos puntos, «rehacer su educación», como usted mismo dice. No me permitiré la menor crítica verdadera, aunque cada página suscite reflexiones... por ejemplo, el hecho de que haya conservado consigo tanto tiempo y tan tercamente el «documento» es característico hasta el más alto grado... Pero ésta no es más que una observación entre ciento, que me he permitido. Aprecio mucho, igualmente, que se haya usted decidido a comunicarme, y sin duda a mí solo, «el misterio de su Idea», según su propia expresión. Pero cuando usted me pide que le haga conocer mi opinión sobre esa «idea», me veo obligado a negarme categóricamente: ante todo, no cabría en una carta; por otra parte, no estoy dispuesto a responder y todavía tengo necesidad de digerir todo eso. Observaré solamente que su «idea» se distingue por su originalidad, mientras que la gente joven de la generación actual se lanza la mayoría de las veces a ideas totalmente hechas, que no proce den de ellos mismos, cuyo número es extremadamente reducido y que a menudo son peligrosas. Su « idea» le ha preservado, por ejemplo, al menos durante algún tiempo, de las de los señores Dergatchev y Cía., que son seguramente menos originales. En fin, estoy completamente de acuerdo con la opinión de la muy honorable Tatiana Pavlovna, a la que he conocido personalmente, pero que hasta ahora no había tenido ocasión de apreciar como ella se lo merece. Su idea de hacerle a usted ingresar en la Universidad le resultará enormemente provechosa. Sin duda alguna, la ciencia y la vida ampliarán aún más,

dentro de tres o cuatro años, el horizonte de sus pensamientos y de sus aspiraciones, y si, después de la Universidad, quiere usted todavía volver a su «idea», nada se lo impedirá.

»Permítame ahora, sin que usted me lo haya pedido, exponerle francamente ciertas reflexiones o impresiones que me han sido sugeridas por la lectura de estas memorias tan sinceras. Sí, estoy de acuerdo con Andrés Petrovitch en que verdaderamente había motivo para concebir temores por usted y por su juventud aislada. No faltan jóvenes como usted, y su talento se ve siempre amenazado con la posibilidad de desarrollarse por el mal camino: servilismo a lo Moltchaline *(150)*, o bien deseo oculto de desorden. Este deseo de desorden proviene, a incluso tal vez con la mayor frecuencia, de una sed secreta de orden y de «belleza» *(empleo la palabra de usted)*. La juventud es pura, sólo por el hecho de ser juventud. Quizás esos impulsos tan precoces de locura encierran justamente esta sed de orden y esta búsqueda de la verdad. ¿De quién es la falta, si ciertos jóvenes de nuestra época ven esa verdad y ese orden en cosas tan estúpidas y tan ridículas que ni siquiera se comprende cómo han podido creer en ellas? Diré a este propósito que antiguamente, en una época que no está tan lejana, el espacio solamente de una generación, se habría podido sentir menos lástima por esos interesantes jóvenes, puesto que entonces acababan casi siempre por sumarse con éxito a la capa superior de nuestra sociedad cultivada y no formar más que un conglomerado con ella. Si, por ejemplo, al iniciarse el camino, se daban cuenta del desorden y de la absurdidad, de la ausencia de nobleza de su ambiente familiar, de la ausencia de tradiciones y de bellas formas, pues bien, era muchísimo mejor, puesto que en seguida aspiraban conscientemente a todas esas cosas y por eso mismo se acostumbraban a apreciarlas. Ahora, sucede un poco de otra manera, porque ya no se sabe a qué sumarse.

»Me expiicaré. con la ayuda de una comparación o, si se quiere, de una similitud. Si yo fuera novelista y tuviese talento, elegiría siempre mis héroes en la vieja nobleza rusa, porque solamente en aquel ambiente de hombres cultivados se puede encontrar el bello orden y la bella impresión que son tan necesarios en una novela para dar al lector el sentimiento de lo exquisito. Al hablar así no bromeo, aunque yo mismo no sea noble; como, por lo demás, usted lo sabe. Pushkin había indicado ya los temas de sus futuras novelas en Las tradiciones de una familia rusa, y, créalo, hay allí realmente todo lo que hasta ahora hemos tenido de hermoso. Hay a11í, por lo menos, todo lo que hemos tenido de un poco acabado. Si hablo así, no es porque yo esté absolutamente de acuerdo con la exactitud y la verdad de esa belleza; pero había allí, por ejemplo, formas acabadas de honor y de deber que, fuera de la nobleza, no están en ninguna parte en Rusia no solamente acabadas, sino ni siquiera esbozadas. Hablo como hombre tranquilo y que busca la tranquilidad.

»Lo de si este honor es bueno y este deber es verdadero, es otra cuestión. Pero to importante para mí es el carácter acabado de esas formas, es un cierto orden, no prescrito, sino emanando de la vida de esa nobleza. ¡Dios mío, lo que nos importa más, es tener por fin un orden, cualquiera que sea, pero realmente nuestro! En eso reside la esperanza y, por así decirlo,

el reposo: algo construido en fin, que no sea ya esta eterna demolición, estas virutas que vuelan por todas partes, estos escombros y estas basuras de los que no sale nada desde hace doscientos años.

»No me acuse de eslavofilia; ¡hablo únicamente por misantropía, pues tengo mucha en el corazón! Desde hace algún tiempo asistimos a un movimiento absólutamente opuesto al que acabo d'e describir. No es ya la basura to que sube hasta la capa superior de la sociedad, son por el contrario trozos y bloques que se separan, con una prisa alegre, del tipo de la belleza para no hacer más que un mismo montón con los hombres del desorden y del odio. No son aislados los casos en que los padres y los jefes de antiguas familias cultas se burlan ahora de cosas en las cuales, tal vez, sus hiios querrían creer aún. Además, se tiene buen cuidado de ocultar a sus hijos su ávida alegría por haber adquirido súbitamente el derecho al deshonor, derecho que se han apropiado de pronto, en masa, y no sé cómo. No quiero hablar de los verdaderos progresistas, mi muy querido Arcadio Makacovitch, sino de esa gentuza, innumerable hoy, a propósito de la cual se ha dicho: Grattez le Russe, et vous verrez le Tartare. Créalo, los verdaderos liberales, los verdaderos y generosos amigos de la humanidad, están lejos de ser tan numerosos en nuestra patria como nos ha parecido de pronto.

»Pero esto no es más aún que filosofía; volvamos a nuestro imaginario novelista. La situación de nuestro novelista, en ese caso, estaría bien determinada: no podría escribir más que cosas del género histórico, pues la belleza tipo no existe ya en nuestra época, y, si quedan restos, según la opinión dominante hoy día, no han conservado su belleza. ¡Ciertamente, también en el género histórico se puede representar una multitud de pormenores todavía extremadamente agradables y consoladores! Se puede incluso cautivar tan bien al lector que éste tomará un cuadro histórico por una realidad posible aún hoy. Esa obra, a condición de tener un gran talento, pertene cerá menos a la literatura rusa que a la historia. Será un cuadro, estéticamente acabado, del milagro ruso, el cual ha existido realmente hasta hoy en que se han dado cuenta de que era un milagro. El nieto de los héroes del cuadro que representa una. familia rusa de mediana cultura durante tres generaciones y en relación con la historia rusa, ese descendiente de sus antepasados no podría figurar, en su tipo contemporáneo, más que como un misántropo, un solitario y un melancólico. Debéría ser hasta una especie de hombre original, de quien el lector podría pensar, a primera vista, que se ha apartado del camino hollado y que le falta el suelo que pisar. Un poco más, y este nieto misántropo desaparecerá a su vez; vendrán nuevos personajes, todavía desconocidos, y un nuevo milagro; ¿pero qué personaje? Si no son bellos, no hay novela rusa posible. Pero ¡ay!, ¿es que entonces solamente sería imposible la novela?

»Sin ir a buscar más lejos, volveré a su manuscrito. Mire por ejemplo a las dos familias del señor Versilov *(permítame, por esta vez, ser completamente franco)*. Primeramente, no me extenderé sobre el mismo Andrés Petrovitch; a pesar de todo, es siempre un jefe de familia. Es un noble de raza muy vieja y al mismo tiempo un comunero parisiense. Es un verdadero poeta

y que ama a Rusia, pero por otra parte la niega. No tiene religión, pero casi está dispuesto a morir por yo no sé qué cola indeterminada que él es incapaz de nombrar, pero en la que cree apasionadamente, siguiendo el ejemplo de una multitud de nuestros civilizadores europeos del período Petersburgués de la historia de Rusia. Pero ya basta en cuanto a él; tomemos su verdadera familia: de su hijo, no hablaré, no merece este honor. Los que tienen ojos saben anticipadamente cómo acabarán esos insensatos y adónde podrán conducir a los demás. Pero tomemos a su hija, Ana Andreievna; he ahí una muchacha de carácter, ¿no es así? Es un personaje que tiene las dimensiones de la madre Metrofania *(151)*, naturalmente sin predecirle nada de criminal, lo que sería verdaderamente injusto por mi parte. Dígame ahora, Arcadio Makarovitch, que esa familia es una excepción, y me alegraré de eso. Pero, por el contrario, ¿no será más justo sentar la conclusión de que hay ya una multitud de estas familias rusas, indiscutiblemente nobles, que se transforman, en masa, con una fuerza irresistible, en familias del azar y que se mezclan con estas últimas en el caos y en el desorden general? En su manuscrito usted esboza el tipo de una de esas familias del azar. Sí, Arcadio Makarovitch, usted es un miembro de una familia del azar, en oposición a los tipos aún recientes de hijos nobles que han tenido una infancia y una adolescencia tan diferentes de las de usted.

»¡Lo confieso, no quisiera ser el novelista de un héroe de una familia del azar!

»Labor ingrata y sin belleza. Estos tipos, de todas formal, pertenecen aún a la vida corriente y en consecuencia no pueden estar estéticamente acabados. Son posibles graves errores, exageraciones, olvidos. De todas formas, uno se vería obligado a adivinar demasiado. ¿Qué debe hacer, a pesar de todo, el escritor que no quiera limitarse al género histórico, que esté poseído por el deseo de to actual? Adivinar y... equivocarse.

»Sin embargo, memorias como las de usted podrían, creo, servir de materiales para una futura obra de arte, para un futuro cuadro, desordenado, pero de una época ya pasada.

Desde luego, cuando la actualidad haya pasado y venga el porvenir, el artista futuro descubrirá fotmas bellas incluso para hacer figurar el desorden y el caos pasados. Entonces es cuando serán necesarias memorias como las de usted; suministrarán materiales, con tal. de que lean sinceras, a pesar de su carácter caótico y fortuito... Subsistirán al menos algunos rasgos verídicos que permitirán adivinar lo que haya podido ocultarse en el alma de tal o cual adolescente del tiempo de los disturbios, investigación que de ninguna forma resulta despreciable, puesto que son los adolescentes los que forman una generación...»

Fin

NOTAS

(1) Yo: todo el relato aparece como si lo hubiera escrito el adolescente, pero no en plan de diario, sino de recuerdo. Dostoiewski, al igual que le sucedió en Crimen y castigo, vaciló mucho antes de decidirse por la forma de exposición. El 12 de agosto de 1864 escribe en su cuaderno

de notas: «Importante solución del problema: escribir en nombre propio. Comenzar por la palabra: Yo. La confesión de un gran pecador... »

(2) El desarrollo cronoiógico de la acción, en esta novela, está cuidadosamente precisado por el autor: la primera parte dura tres días, que son el 19, el 20 y el 21 de septiembre «del año pasado»; la segunda; tres días también, el 15, el 16 y 17 de noviembre; la tercera empieza «después de nueve días». El lector obtiene así el sentimiento directo del desarrollo dramático de los acontecimientos.

(3) Ivanov: patronímico formado sin la final -itch. únicamente los nobles tenían derecho oficialmente al patronímico en itch.

(4) Cuatrocientos mil rublos: se trata de rublos oro. El rublo oro valía 2,66 francos oro.

(5) Los Dolgoruki eran una familia principesca muy conocida: Jorge Dolgoruki había fundado en el siglo XII el principado de Suzdal.

(6) La fortuna territorial en Rusia se calculaba según el número de siervos *(almas)* que estaban obligados a prestar servicio personal a su señor o al pago de un tributo anual, pudiendo el propietario disponer de ellos libremente, vendiéndolos o hipotecándolos. A esta institución puso fin el emperador Alejandro II en un decreto promulgado en marzo de 1861 y por el que se abolía la servidumbre.

(7) El título con que en español se conoce esta novela es Antonio Goremyka, que quiere decir, poco más o menos: «Antonio burro de carga o cabeza de turco». El autor de esta obra, Demetrio Vasilievitch Grigorovitch *(1822-1900)*, estudió ingeniería con Dostoiewski, y sus obras mas famosas fueron la ya mencionada y La aldea, en las que describe la vida penosa del campesino ruso. Antonio Goremyka tuvo en su época una popularidad comparable a la de La cabaña del Tío Tom.

(8) Paulina Saxe es una novela de Alejandro Vasilievitch Drujinine *(1824-1864)* que fue publicada en 1847. Es la historia de un marido cariñoso que, engañado por su mujer, la deja en libertad para que pueda casarse con su rival.

(9) Dostoiewski, que seguía con mucha atención la crónica judicial se pronunció en diversas ocasiones contra la teoría de la responsabilidad en materia criminal.

(10) El errante *(strannik)* es uno de los tipos preferidos de la conciencia religiosa popular. Ha sido representado frecuentemente en la literatura.

(11) En San Petersburgo, en el barrio de los cuarteles del regimiento de la Guardia Semenovski.

(12) Consejero privado *(o secreto)* era el título civil que correspondía al tercer grado de la «Tabla de Honores», que contenía catorce. En la jerarquía militar, correspondía al grado de general de División.

(13) El Kuznekski most o «Puente de los Mariscales», que era en Moscú la calle de los almacenes elegantes.

(14) El príncipe Sokolski es para Dostoiewski un representante de aquella parte de la nobleza que se dedicaba entonces a los negocios, rivalizando con los «comerciantes».

(15) Dostoiewski sintió siempre por Schiller una admiración que se transparentaba en muchos pasajes de sus obras.

(16) El Jardín de Vérano es un paseo célebre al borde del Neva, adornado con jarrones y estatuas.

(17) Versilov esmalta su ruso de palabras a inclusó de frases en francés porque es un noble desarraigado.

(18) Para mortificarse, ciertos ascetas se cargaban con pesadas cadenas de hierro.

(19) Desde finales de abril de 1871, Dostoiewski había dejado de jugar, pero todavía siente las emociones propias del jugador.

(20) El barón James de Rothschild *(1792-1868)*, «el prestamista de los reyes», acababa de morir en París. Por otra parte, Petrachevski del que Dostoiewski había sido más o menos discípulo en 1848-1849, propagaba activamente un folleto francés titulado Rothschild, rey de los judíos.

(21) Literalmente significa «el lado de Petersburgo», barrio construido en una isla del Neva, más a11á de la ciudadela.de Pedro y Pablo; para llegar hasta allí, desde Semenovski polk, hacía falta atravesar de sur a norte una buena parte de la ciudad.

(22) «Lo que los medicamentos no curan, el hierro lo cura; lo que el hierro no cura, el fuego lo cura.» Este texto latino fue una de las inscripciones encontradas por la policía en la villa del revolucionario Dolguchine. *(Véase la nota siguiente.)*

(23) El prototipo de este personaje es un ingeniero, Dolguchine, que acababa de ser juzgado *(del 9 al 15 de julio de 1874)* como jefe de una conspiración revolucionaria. El nombre de Dergatchev puede significar «el que tira de las cuerdas». A1 mismo tiempo habían sido juzgados Kracht, al que Dostoiewski ha convertido en Kraft, y Vasnine, que se conviérte en Vassine. Los conspiradores se reunían en una casa de Petersburgskaia storona.

(24) Tikhomirov era un apellido revolucionario que había pasado ya a la crónica judicial: Dostoiewski se lo da aquí a un compañero de Dolguchine, el estudiante Panine.

(25) En todos estos párrafos de su obra, Dostoiewski está refiriéndose al escritor Tchernychevski y a su famoso libro ¿Qué hacer? Él lo había refutado ya en El subsuelo.

(26) La juventud se marchaba de Rusia a América «para conocer el trabajo libre en un país libre». En otras de sus obras, Dostoiewski vuelve a hacer alusión a aquel atractivo que ejercía América en la gente joven.

(27) El traktir *(como en italiano, trattoria)* es un establecimiento popular donde se puede comer y beber.

(28) Después de la abolición de la servidumbre se instituyó una magistratura temporal bajo el nombre de «Mediadores de Paz», para resolver amistosamente, entre propietarios y antiguos siervos, el reparto de las tierras, el importe de las rentas y en general todos los litigios que podían

derivarse de la nueva legislación. Estos mediadores eran elegidos por la nobleza. Los primeros cumplieron sus funciones con seriedad y generosidad; sus sucesores se mostraron menos equitativos. Esta magistratura fue suprimida en 1874.

(29) Pliuchkine es el tipo del avaro en Las almas muertas, de Gogol.

(30) La hija de Dostoíewski cuenta de su padre: «Cuidaba mucho sus trajes, los cepillaba siempre él mismo, y poseía el. secreto para conservarlos nuevos mucho tiempo.»

(31) Los años que siguieron a la abolición de la servidumbre vieron un florecimiento extraordinario de todas las actividades económicas: minas, industrias, ferrocarriles, Bancos. Después de la fiebre del principio, aparecieron los primeros síntomas de crisis, hacia 1873-1875. La literatura se hizo eco de estos diversos fenómenos. Dostoiewski da aquí los nombres de hombres de negocios muy conocidos en aquella época: Kokorev era el más universal; Polinkov y Bubonine eran sobre todo constructores de líneas férreas.

(32) Estas palabras están tomadas del monólogo del barón en El caballero avaro, de Pushkin. Toda la «idea» de Arcadio está inspirada en este monólogo.

(33) Probablemente éste es un rasgo autobiográfico.

(34) Dostoiewski siguió siempre con mucha atención las actividades de Bismarck, que estaba entonces en su apogeo.

(35) Troitski-Possad es la localidad que surgió cerca del gran monasterio de la Trinidad *(Troitsa)*: hoy día Zagorsk, a 71 kilómetros al norte de Moscú.

(36) Uno de los bulevares de la cintura interior de Moscú; arranca de la calle Tverskaia *(hoy día calle Gorki)* hacia el sudeste.

(37) Las confesiones, libro III, al principio: Dostoiewaki da una explicación más detallada de lo que Rousseau no hace más que sugerír: «Yo buscaba alamedas sombrías, sitios ocultos donde poder exponer desde lejos a las personas el sexo en el estado en que habría querido estar cerca de ellas.»

(38) Fija: La expresión rusa empleada aquí *(literalmente: inmóvil)* es bastante extraña y recuerda la frase de La dama de picas, de Pushkin, que escribe que «dos ideas fijas *(literalmente: inmóviles)* no pueden existir juntas en la naturaleza moral, lo mismo que dos cuerpos no pueden ocupar el mismo espacio en la naturaleza física».

(39) Agrafena: es una forma popular del nombre de pila Agripina.

(40) Arina: forma popular de Irene.

(41) Rodivonovna: el nombre de pila griego Herodion se convirtió en ruso en Rodion y luego en Rodivon para evitar el hiato; de ahí el patronímico Rodivonovna.

(42) Lukeria: es is forma rusa de Gliceria.

(43) Dostoieswki conocía bastante bien Dresde, donde había vivido algunos meses después de su matrimonio en 1867, y, más tiempo aún, en 1869-1871. En la Pinacoteca le gustaba pararse delante de la Madonna Sixtina, de Rafael, principal ornamento de la famosa Galería.

(44) El autor se refiere sin duda a las famosas puertas de bronce del baptisterio, frente a la catedral. La hija de Dostoiewski dice en su Vida de Dostoiewski: «Frecuentemente, mis padres daban un rodeo para ver las puertas del baptisterio, ante las cuales se extasiaba mi padre.» Esa estancia en Florencia se sitúa en 1868-1869.

(45) Sonia es una forma afectuosa de Sofía. Se ha hecho la observación de que este nombre de pila, que en griego significa Sabiduría, la Sabiduría divina, es en Dostoiewski el de las mujeres que personifican el bien.

(46) A través de todo el universo y en otros lugares.

(47) Elissieev: propietario de uno de los más grandes almacenes de productos alimenticios; Ballet: confitería en la Perspectiva Nevski, todavía mencionada en el Baedeker de 1897.

(48) Verso tomado de Merzliakov, profesor de literatura y crítico de principios del siglo XIX *(1798-1830)*, que compuso también algunas canciones.

(49) Recuerdo autobiográfico, confirmado por la mujer de Dostoiewski, en sus anotaciones sobre esta obra. En la Iglesia rusa se da, en efecto, la comunión a los niños pequeños.

(50) Krylov, el La Fontaine ruso *(1768-1844)*, es el autor de excelentes fábulas.

(51) Se trata de una obra de teatro, Gore ot Ouma, de Griboiedov *(1795-1829)*, que rápidamente se hizo muy popular en Rusia.

(52) Tchatski: personaje principal de la obra de Griboiedov mencionada en la nota precedente. Al final del último acto, Tchatski, en un monólogo elocuente, condena a toda la sociedad y anuncia que se marcha de Moscú «para buscar en la tierra un sitio apartado donde se tenga libertad para ser hombre de honor», y exclama: « ¡Mi coche, mi cochel»

(53) Jileiko: actor muy conocido en aquella epoca

(54) Los Relatos de un cazador, de Turgueniev, aparecieron en vo lumen en 1852.

(55) La novia difícil: una de las primeras fábulas de Krylov.

(56) La fábula es relativamente larga.

(57) En la obra de Grigoiedov, Tchatski es «humillado y ofendido» porque la joven a la que ama, Sofía, prefiere a un secretario y porque, por sus acciones virtuosas, se le juzga loco; es «grande» porque sólo opone la inteligencia y la integridad intransigente a todos los vicios de la sociedad.

(58) Serpukhov: pequeña ciudad de la provincia de Moscú, junto al río Oka, a 99 kilómetros al sur de Moscú.

(59) Todo el pasaje referente a la pensión Tuchard *(en realidad Suchard)* tiene un sello de autobiografíá. Sin embargo, no está confirmado por otros datos,

(60) Arbat: calle y barrio de Moscú, en la parte oeste de la ciudad, donde se encontraban muchos hoteles de la nobleza.

(61) Ivanytch: en lugar de Ivanovítch, reproduce la pronunciación corriente.

(62) Ivanov. *(Véase la nota número 3.)*

(63) Eslavófilo: los eslavófilos estimaban que Rusia, gracias a sus instituciones propias, a la comunidad rural y a la Iglesia ortodoxa debía seguir su camíno de desarrollo original sin imitar a Occidente. Se oponían a los «occidentalistas», para los cuales nada de lo ruso valía la pena.

(64) Los eslavófilos, según lo que ellos pensaban de ellos mismos.

(65) Este verso está tomado del poemíta titulado Blas, en el que Nekrassov, en 1854, representaba a un aldeano avaro a implacable que en sus últimos días se convierte en «errante» y se dedica a pedir limosnas para las iglesias.

(66) La Fontanka: es el gran canal que atraviesa la parte central de San Petersburgo desde el puerto, en el sudoeste, hasta el Jardín de Verano al norte.

(67) La danza de picas, de Pushkin *(1834)*, es una novelita fantástica inspirada en Hoffmann, poco notada en la época, pero sobre cuyo valor simbólico llamó la atención precisamente este pasaje de Dostoiewski. Hermann, el héroe del relato, después de haber causado con su brutalidad interesada la muerte de una vieja condesa, la ve en sueños que viene a entregarle aquel mismo secreto de los naipes que él le había querido arrancar.

(68) Alusión a una célebre obra teatral de Pushkin: El caballero de bronce y al monumento que la inspiró: la estatua ecuestre de Pedro el Grande por Falconer, que se alzaba no lejos del Neva.

(69) La isla Vassili, o Vasilievski Ostrov, es la gran isla que se encuentra inmediatamente frente al Almirantazgo y al Senado y se extiende hacia el oeste, es decir, hacia el mar.

(70) El puente de San Stmeón atraviesa la Fontaka en su parte norte, un poco antes del Castillo de los Ingenieros y el Jardín de Verano.

(71) Olia: forma afectuosa de Olga.

(72) Dostoiewski ha creado el personaje de Stebelkov basándose en un proceso por fabricación de falsas acciones de ferrocarril, que cons tituyó un gran escándalo en 1874. Solamente cambió el nombre del falsificador.

(73) Para el uso de desgraciados, había en San Petersburgo habitaciones que se alquilaban no a un solo inquilino, sino a varios, por «rincones».

(73) Barrio pobre, en lea parte sur de San Petersburgo, más allá do los mataderos. Se trata del «Arco de Triunfo» de Moscú.

(75) Consejero aulico: grado civil de séptima categoría *(entre catorce)* en la tabla de honores *(teniente coronel en la jerarquía militar)*.

(76) En una carta a su mujer, del 19 de febrero de 1875, Dostoiewski le cuenta la terrible impresión que este capítulo había producido en el poeta Nekrassov, su editor.

(77) Dostoiewski seguía con mucha atención la epidemia de suicidios registrada en esta época por la Prensa.

(78) Palabras del «Poeta», en la obra teatral de Pushkin El héroe.

(79) Luga: pequeña ciudad de la provincia de San Petersburgo, a mitad de camino entre esta capital y Pskov.

(80) Borel: restaurante francés de San Petersburgo, ya célebre en tiempos de Pushkin. Al decir «los Borel» , Dostoiewski se refiere a todos los restaurantes de lujo.

(81) Grado civil que ocupa el noveno lugar en la tabla de honores y corresponde al de capitán en el Ejército. El prototipo de este personaje es, según los borradores, un tal Fedor Antonovitch Markus, administrador del hospital donde el padre de Dostoiewski era médico.

(82) El difunto emperador es Nicolás 1, muy autoritario.

(83) La catedral de San Isaac el Dálmata, empezada en 1819, no se acabó hasta 1858. Los planos fueron trazados por el arquitecto francés Ricard de Monferrand.

(84) La provincia de Iaroslavl, al norte de Moscú, tiene fama por el espíritu ingenioso de sus habitantes, de los cuales muchos van a trabajar a las capitales, especialmente en los traktirs.

(85) Dostoiewski recoge aquí una de las numerosas anécdotas en curso para oponer la ingeniosidad de simple artesano ruso a la ciencia y a las máquinas de los extranjeros, a menudo menos eficaces.

(86) Zavialov: industrial ruso.

(87) El rey de Suecia Carlos XI, en la noche del 16 al 17 de diciembre de 1867, vio en una sala iluminada una asamblea en la que unos desconocidos degollaban a una gran cantidad de jóvenes en presencia de un rey de 15 años, sentado en un trono y la sangre corría a raudales. Esta visión fue propalada por el embajador de Suecia.

(88) Este personaje no es otro sino el emperador Alejandro I, quien, según la leyenda, habría sido convocado por el Senado para dar cuenta de su conducta.

(89) Bachutski *(Pablo)*, 1771-1836. Valiente militar que hizo todas las campañas de la revolución y del imperio y que, ascendido a general, ejerció las funciones de comandante de la guarnición de San Petersburgo desde 1814 hasta su muerte.

(90) Tchernychev *(Alejandro, 1786-1857)*: Después de haberse distinguido en Austerlitz y como jefe de guerrilleros en 1812, fue empleado por Alejandro I en misiones diplomáticas, hecho conde por Nicolás I y ejerció las funciones de ministro de la Guerra de 1827 a 1852.

(91) Esta misma idea de la imposibilidad de amar a su prójimo se desarrolla también en Los hermanos Karamazov, en boca de Iván.

(92) La «vida viviente» es una expresión favorita de Dostoiewski y procede de los eslavófilos, que la tomaron de Hegel.

(93) Bielinski *(Bessarion, 1811-1848)*: crítico positivista y radical al que Dostoiewski había admirado mucho antes de ser repelido por su anticristianismo.

(94) Este nombre era el de un sacerdote ruso en Nueva York que había escrito en los periódicos sobre los emigrantes rusos en América.

(95) La Grande Millionnaia: calle paralela al Neva y una de las más ricas de San Petersburgo.

(96) El Puente de la Ascensión sobre el canal de Catalina en la parte sudoeste de San Petersburgo y cerca de la Iglesa de la Ascensión.

(97) Véase nota 92.

(98) Célebre aria de la ópera de Donizetti Lucia de Lammermoor.

(99) Semi- imperial: moneda de oro de un valor nominal de cinco rublos.

(100) Es decir, de billetes de cien rublos.

(101) Rasgo autobiográfico.

(102) Soden: pequeña ciudad con balneario al pie del Taunus, a 16 kilómetros al oeste de Francfort de Meno.

(103) Bad-Gastein: ciudad con balnearios en Austria, cerca de Salzburgo.

(104) Es la historia de Abisag, contada en el Libro III de los Reyes, capítulos I y II.

(105) Dostoiewski había leído a Paul de Kock en su juventud, y, por boca del viejo príncipe, expresa aquí su juicio sobre él.

(106) Este sentimiento se lo atribuye Dostoiewski con frecuencia a sus personajes; se puede reconocer en eso un valor autobiográfico.

(107) Se llamaba así a la línea férrea de Moscú a San Petersburgo porque había sido construida por iniciativa personal del emperador Nicolás I.

(108) Cerca de San Isaac.

(109) En un primer burrador de El adolescente aparecía aquí un episodio que fue suprimido en el momento de la impresión.

(110) Dostoiewski experimentaba un sentimiento muy especial hacia los rayos oblicuos del sol poniente.

(111) Rasgo autobiográfico.

(112) Lepage: armero francés.

(113) Chuba: pelliza forrada.

(114) Esta oración jaculatoria es de use corriente en el pueblo ruso y, en los místicos, indefinidamentc repetida, sírve de oración permanence.

(115) La kutia *(nombre tomado del griego bizantino)* es una comida ritual en honor de los muertos. Probablemente se trata de un recuerdo infantil del autor.

(116) Este sentimiento de la naturaleza renovada por la mística vuelve a encontrarse en Los hermanos Karamazov.

(117) Tsarskoie-Selo, a 24 kilómetros al sur de San Petersburgo, lugar de vacaciones y residencia imperial.

(118) La araña es siempre en Dostoiewski el símbolo del mal y de la bajeza.

(119) El relato de la vida de Santa María Egipcíaca, a los doce años cortesana de Alejandría en Egipto; a los diecisiete, milagrosamente convertida en Palestina; muerta después de cuarenta y siete años de penitencia en el desierto, encantaba al pueblo ruso. Tenía el poder de volver al buen camino al hijo pródigo y a la hija perdida, y el privilegio de juzgar en el cielo a las cortesanas.

(120) Skotoboinikov : la palabra significa «matador de ganado».

(121) En Rusia, como en Grecia y en el monte Athos, existían monasterios sin vida común en los qqe cada monje conservaba sus propiedades, se vestía y se alimentaba a sus expensas. A este régimen, los reformadores trataban de substituirlo por el más perfecto de la comunidad.

(122) Cada ciudad rusa tenía su Oficina de Direcciones, donde cualquiera podía informarse de la dirección de la persona cuyo nombre le fuera conocido. Esa Oficina recibía los datos de las Comisarías de Policía, en las que había que declarar todo cambio de domicilio.

(123) El Libro de Job había producido una fuerte impresión en Dostoiewski desde su infancia, y en esta época lo estaba releyendo con emoción.

(124) Dostoiewski escribía en la época en que la colonización del Turquestán estaba en su apogeo.

(125) Kolmogory: pequeña ciudad junto al Duina, a 80 kilómetros al sur de Arcángel.

(126) L'Indépendence: se trata de L'Indépendence Belge, periódico favorito de Dostoiewski,

(127) No se comprende de qué apellido ruso puede ser Deboyny la deformación; Wallonieff es la deformación de Valonev.

(128) La confusión entre «prêter» *(prestar)* y «emprunter» *(tomar prestado)* es frecuente entre los rusos que creen saber francés.

(129) «Ohé Lambert!» era un grito que por aquel tiempo estaba de moda en París.

(130) La *(Gran)* Morskaia: o «Calle del Mar», una de las principales, arrancando de la Perspectiva Nevski, no lejos del Neva. Estaba a11í el restaurantè Cubat.

(131) Se trata de Noel-François-Alfred Madier de Montjau *(18141892)*. político desterrado en 1852 y elegido diputado de extrema izquierda en 1874.

(132) Verso tomado de una poesía famosa de Lermontov: «Tedio y pena, y a nadie a quien tender la mano...» *(1840)*.

(133) Fausto ocupa un lugar importante en la obra de Dostoiewski. Suya es la idea de hacer cantar a Margarita el hosanna de arrepentimiento.

(134) Stradella: compositor napolitano del siglo XVIII, discípulo de Scarlatti.

(135) Una de las partes más solemnes de la misa ortodoxa.

(136) Dostoiewski admiraba mucho a Dickens. Almacén de anti.güedades aparece citado en otras obras suyas.

(137) La comicidad grosera de esta escena del restaurante, con sus frases en francés, evoca reminiscencias de novelas como Los misterios de París, de Eugenio Sue, que a Dostoíewski le habían encantado en su juventud.

(138) Alusión a las ideas de la época, de las que Dostoiewski volverá a burlarse más adelante.

(139) Siennaia o Plaza del Heno: plaza muy popular y de bastante mala fama, en la parte sur de San Petersburgo, al final de la Sadovaia.

(140) Herzen, publicista radical, abandonó Rusia en 1847 para vivir en el extranjero. Publicó en Londres de 1857 a 1869 una hoja semanal, La Campana, y murió en París en 1870.

Dostoiewski había tenido con él una entrevista personal en Londres en el verano de 1862.

(141) Se trata de la guerra franco-prusiana y del incendio de las Tullerías bajo la Comuna. Dostoiewski se había sentido muy impresionado por aquellos hechos trágicos.

(142) En su famoso discurso sobre Pushkin, en 1880, Dostoiewski desarrollará esta idea de la univetsalidad del pensamiento ruso.

(143) Dostoiewski alude al Congreso de la Paz, celebrado en Ginebra en 1868 y en el que Bakunin y otros oradores proclamaron su ateísmo. El mismo había asistido con indignación a una de las sesiones.

(144) Dostoiewski cita a Heine en algunas de sus obras. Aquí se trata de un poema de El Mar del Norte titulado «La paz». Dostotewski vio en él el Báltico en lugar del mar del Norte.

(145) En Eugenio Onietuin. de Pushkin.

(146) Abisag: Arcadio nombra aquí a Abisag, a la que el viejo príncipe no había hecho más que aludir. *(Véase nota 104.)*

(147) Von Sohn: héroe de un proceso que formó mucho ruido en San Petersburgo en 1869-1870. Hombre de edad, había sido asesinado, metido en una maleta y expedido como equipaje a Moscú; durante la macabra operación, los autores bailaban y cantaban.

(148) Militrissa es la hija del rey Kilbit en Bova el hijo de un rey, novela de caballería que hizo las delicias del pueblo ruso desde el siglo XVIII a finales del XIX. Militrissa es una deformación de meretrix, la cortesana.

(149) Comulgaria: más exactamente, que haría el retiro preparatorio para la comunión, retiro que; en la Iglesia rusa, dura varios días y requiere abstinencia y asistencia a los oficios durante todo ese tiempo.

(150) Molichaline: personaje de la comedia de Grigoiedov ya citada en la nota 51.

(151) La madre Metrofania: abadesa de un convento de Serpukhov, perseguida por ciertas operaciones arriesgadas y condenada el 18 de octubre de 1874 a tres años de destierro en Siberia. El proceso tuvo mucha resonancia y lo comentaron numerosos escritores.

Índice de los personajes

✦

(Los diminutivos de los nombres propios figuran en cursiva)

AKHMAKOVA *(Catalina Nicolaievna)*, Katia, hija del príncipe Nicolás Ivanovitch Sokolski. Viuda del general Akhmakov.

AKHMAKOVA *(Lidia)*, hija de un primer matrimonio del general Akhmakov. De sus relaciones con el príncipe Sergio Petrovitch Sokolski tiene un niño al que ha recogido Andrés Petrovitch Versilov.

ALEJO NIKANOROVITCH, véase Andronikov.

ALPHONSINE CARLOVNA DE VERDUN, cantante, amante de Lambert.

ANDRÉS ANDREIEVITCH, véase Versilov.

ANDREIEV *(Nicolás Semenovitch)*, «el dadais», joven libertino de la pandilla de Lambert.

ANDRES PETROVITCH, véase Versilov.

ANDRONIKOV *(Alejo Nikanorovitch)*, gestor administrativo encargado de los asuntos de Andrés Petrovitch Versilov y de los Akhmakov.

ANA ANDREIEVNA, véase Versilov.

ANA FEDOROVNA, véase Stoibieieva.

ARCADIO MAKAROVITCH, véase Dolgoruki.

BIORING *(El barón)*, pretendierte de Catalina Nicolaievna Akhmakova.

CATALINA NICOLAIEVNA, véase Akhmakova.

DARIA ONISSIMOVNA, viuda de un funcionario. Madre de Olia. Afecta al círculo familiar de Ana Fedorovna Stolbitieva.

DARZAN *(Alejo Vladimirovitch)*, amigo y compañero de juego del príncipe Sergio Petrovitch Sokolski.

DERGATCHEV, ingeniero, miembro de una sociedad secreta revolucionaria.

DOLGORUKI *(Makar Ivanov o Ivanytch o Ivanovitch)*, antiguo siervo de los señores Versilov. Marido de Sofía Andreievna, Sonia. Ha dado su nombre a los hijos que su mujer ha tenido de Andrés Petrovitch Versilov: Arcadio Makarovítch, Arkacha, el narrador; e Isabel Makarovna, Lisa.

FANARIOTOV *(Los)*; abuelos maternos de Andrés Andreievitch y de Ana Andreievna Versilov.

ISABEL MAKHAROVNA, véase Dolgoruki.

KRAFT, antiguo colaborador .de Andronikov. Relacionado con Arcadio Makarovitch Dolgoruki.

LAMBERT *(Mauricio)*, antiguo camarada de pensionnda de Arcadio Makarovitch Dolgoruki. Caballero de industria.

LIDIA, véase Akhmakova.

LISA, véase Dolgoruki *(Isabel Makarovna)*.

MARIA IVANOVNA, mujer de Nicolás Semenovitch. Vela por los intereses de Arcadio Makarovitch Dolgoruki.

NICOLAS IVANOVITCH, véase Sokolski.

NICOLAS SEMENOVITCH, maestro y protector de Arcadio Makarovitch Dolgoruki durante sus años de bachiller en Moscú.

OLIA, joven ínstitutriz en busca de trabajo.

PEDRO HIPPOLITOVITCH, funcionario, alquila una habitación a Arcadio Makarovitch Dolgoruki.

PRUTKOVA *(Tatiana Pavlovna)*, fiel amiga de los Versilov.

SEMEN SIDORYTCEI o SIDOROVITCH, «el picado de viruelas»; cómplice de Lambert.

SERIOJA, véase Sokolski *(Sergïo Petrovitch)*.

SOKOLSKI *(Nicolás Ivauovitch)*, «el viejo príncipe», padre de Catalina Akhmaicova. Amigo de Andrés Petrovitch Versilov.

SOKOLSKI *(Sergio Petrovitch)*, Serioja, «el joven principe», sin lazo de parentesco con el anterior. Oficial, amante de Isabel Makarovna Dolgoruki.

SOFIA ANDILEIEVNA, Sonia, véase Dolgoruki.

STEBELKOV, negociante sin escrúpulos, acreedor del príncipe Sergio Petrovitch Sokolski.

STOLBIEIEVA *(Ana Fedorovna)*, pariente de los Versilov y del joven príncipe Sokolski, que es el que ocupa su apartamiento en San Petersburgo.

TATIANA PAVLOVNA, véase Prutkova.

TRICHATOV, joven de la pandilla de Lambert. Traba amistad con Arcadio Makarovitch Dolgoruki.

TUCHARD, y su mujer, Antonina Vassilievna, directores del pensio nado donde Arcadio Makarovitch Dolgoruki fue alumno.

VASSINE *(Gricha)*, yerno de Stebelkov. Miembro de una sociedad secreta revolucionaría.

VERSILOV *(Andrés Petrovitch)*, señor y antiguo alto funcionario. Padre de Arcadio y de Isabel Dolgoruki, nacidos de su unión con Sofía Andrcievna. De su matrimonio con una Fanariotova tiene dos hijos: Ana Andreievna, la cual se propone casarse con el príncipe Nicolás Ivanovitch Sokoiski, y Andrés Andreievitch, chamberlán.